



DA
CCIO

M. BEULE

AUGUSTO

G. FERRERO

LAS MUJERES

DG279

B4

C.1

V
18587

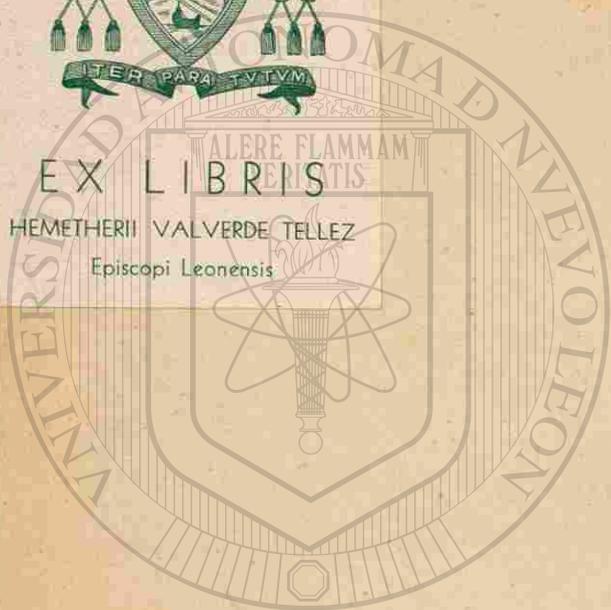


1080020104

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AUGUSTO,
SU FAMILIA Y SUS AMIGOS

POR M. BEULÉ,
DEL INSTITUTO FRANCES.

TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA EL "SIGLO XIX"

POR
FRANCISCO ELORRIAGA.

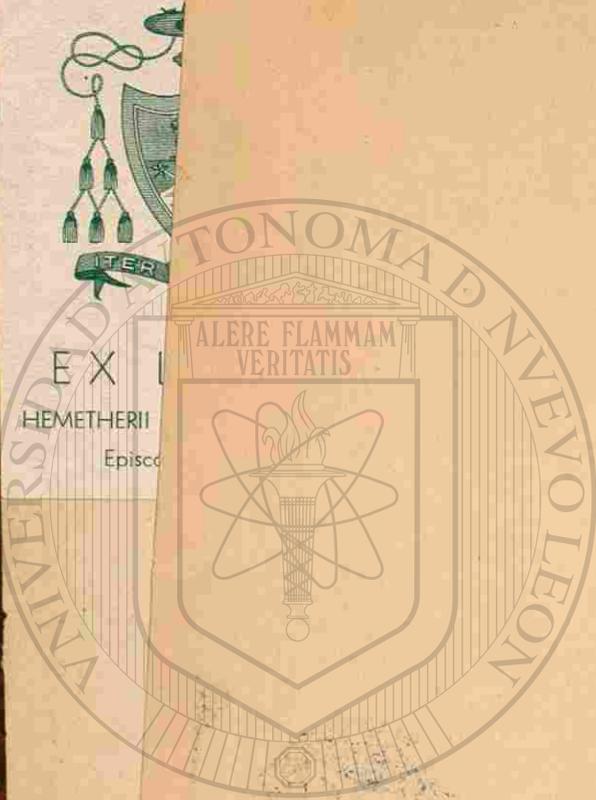


Capilla Alfonsina[®]
Biblioteca Universitaria

MÉXICO: 1872.

Imprenta de Ignacio Cumplido,
Calle de los Rebeldes núm. 2.

43531



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V
923

A



Capilla Estudiantil
Biblioteca Universitaria

ADVERTENCIA.

No es un libro lo que ofrezco al público, sino una serie de pláticas que han sido estenografiadas y que me han pedido que reuna, á las que he dejado su forma primitiva para que recuerde el lector incesantemente mis títulos & su indulgencia, pues justo es, en efecto, conceder ciertas licencias á la improvisacion y pensar que la misma rapidez de la palabra, si suele servir á las ideas, puede á menudo serles perjudicial. Ruego á los historiadores y á los críticos, que escuchando la voz del sentimiento, no me apliquen sus instrumentos de precision. Los retratos que trazo son sobre todo estudios morales, en los que he procurado hacer resaltar las enseñanzas de la historia. Las conciencias firmes sacarán de ellos algun consuelo, y las débiles saludables aclaraciones, pues los poetas, los aduladores, los falsos legistas de todos los tiempos, han hecho de Augusto un tipo que no puede ménos que entristecer á los que piensan, justificar á los que adulan, engañar á los que reinan.

006387

Dedico estas páginas á mis oyentes de la Biblioteca imperial, á quien ya pertenecian; pero este homenaje me permite darles las gracias públicamente por la simpatía que me han demostrado desde hace catorce años y por la fuerza que gracias á ellos he tenido. Algunas veces acaso les he ayudado á admirar lo bello: en cambio, ellos me han enseñado á no apreciar y á no elogiar mas que lo bueno, pues el respeto que el público impone es para el orador un manantial de inspiracion, y una regla, por decirlo así, infalible.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AUGUSTO,

SU FAMILIA Y SUS AMIGOS.

L.

AUGUSTO Y SU SIGLO.

Al fin de la República romana, un jóven que se llamaba Octavio se empezó á dar á conocer en la historia como concluyó Neron. Durante las guerras civiles, que son una prueba temible para la juventud, mostró una resolucion y una ferocidad precoces. Carecia completamente de escrúpulos y de moralidad, lo que es cómodo en todas las posiciones políticas, y sobre todo, cuando los partidos combaten con las armas en la mano. Para cubrir su conducta con una apariencia de justicia, daba por pretexto la venganza que tenia que tomar de los asesinos de César, lo que no era mas que un manto en cuyos pliegues se ocultaban sus propios rencores,

Dedico estas páginas á mis oyentes de la Biblioteca imperial, á quien ya pertenecian; pero este homenaje me permite darles las gracias públicamente por la simpatía que me han demostrado desde hace catorce años y por la fuerza que gracias á ellos he tenido. Algunas veces acaso les he ayudado á admirar lo bello: en cambio, ellos me han enseñado á no apreciar y á no elogiar mas que lo bueno, pues el respeto que el público impone es para el orador un manantial de inspiracion, y una regla, por decirlo así, infalible.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AUGUSTO,

SU FAMILIA Y SUS AMIGOS.

L.

AUGUSTO Y SU SIGLO.

Al fin de la República romana, un jóven que se llamaba Octavio se empezó á dar á conocer en la historia como concluyó Neron. Durante las guerras civiles, que son una prueba temible para la juventud, mostró una resolucion y una ferocidad precoces. Carecia completamente de escrúpulos y de moralidad, lo que es cómodo en todas las posiciones políticas, y sobre todo, cuando los partidos combaten con las armas en la mano. Para cubrir su conducta con una apariencia de justicia, daba por pretexto la venganza que tenia que tomar de los asesinos de César, lo que no era mas que un manto en cuyos pliegues se ocultaban sus propios rencores,

pues los crímenes que ordenaba no tenían mas objeto que limpiar el camino que estaba llamado á recorrer. La disposición que tenía para verter la sangre, era tanta como el placer que experimentaba en verla correr. Los juegos del Circo, cuyo uso habían trasmitido los etruscos á los romanos, desarrollaron en estos un fondo de crueldad que no ha desaparecido nunca, y que los combates de gladiadores incesantemente conservaban. Octavio tenía gusto en asistir á los suplicios que ordenaba; hizo combatir á un hijo contra su padre, y se dice que él mismo arrancó los ojos á un desgraciado que creía armado contra él. No necesito recordaros los nombres de sus víctimas; ciudades enteras, como Perusa, fueron casi despobladas; no perdonó ni á su mismo tutor, y Ciceron, su primer protector, fué abandonado, por no decir matado, por él.

Ademas, era prostituido; y llevaba á tal grado sus vergonzosos excesos, que ya sus amigos no trataban de justificarlo, no encontrando otra excusa á su conducta sino el deseo de penetrar los secretos de las familias poderosas, y de crearse connivencias aun en el mismo hogar de sus enemigos.

No teniendo mas guia que su ambicion, traicionó sucesivamente á todos los partidos: primero al senado, para hacerse nombrar tribuno del pueblo; luego á este, para hacerse nombrar propretor por el senado; y en fin, al senado de nuevo, cuando se aseguró el deplorable apoyo de los veteranos de César.

La historia nos ha conservado fielmente la actitud feroz del triunviro Octavio. Recordais tambien la muerte de los principales amigos de Caton, que saludaron á Antonio con el nombre de general, y no tuvieron mas que ironías sangrien-

tas para Octavio *el verdugo*, nombre que Mecenas, su mejor amigo, debía mas tarde arrojarle al rostro.

Tal fué su juventud. De repente se opera un cambio palpable.

La sangre ha corrido á torrentes. Han muerto los otros triunviros, el poder está conquistado. Surge un hombre nuevo. La crisálida rompe su cubierta, y de ella sale una mariposa. Augusto aparece ante la posteridad en todo su esplendor, y la posteridad lo absuelve, deslumbrada con tanto brillo.

Confieso, señores, que para los espíritus que quieren estudiar la marcha de las cosas humanas sin someterse á las preocupaciones reprobadas por la moral, es muy duro tener que externarse sobre este súbito cambio. Porque, no hay que negarlo, Augusto está proclamado como uno de los bienhechores de la humanidad. Su nombre ha sido consagrado como un símbolo de clemencia. Este hombre, cuyas manos estaban teñidas de sangre, ha llegado á ser el tipo de la generosidad. Corneille lo hace el héroe de una de sus tragedias, y el mayor elogio que hacerse pueda de un soberano, vivo ó muerto, es tratar de compararlo con Augusto. No hay nada mas allá de esta alabanza. Preciso es creer que Neron fué muy torpe al empezar por la virtud y acabar por el crimen. Bastaba invertir el órden cronológico de estas dos partes de su vida, para que Neron se convirtiera tambien en un bienhechor de la humanidad.

En todas épocas, los hombres han sido inclinados á la bajeza, y la historia misma está llena de contemporizaciones con los que se han tomado el trabajo de desfigurarla. Apenas se atreve uno á examinar un proceso que ha sido juzgado por tantas opiniones y por tantos siglos. Pero en fin, ¿cuál es

el fondo de este juicio? El fondo es que el bien hecho por Augusto hace olvidar el mal causado por Octavio; que los beneficios del fin de su vida han borrado los crímenes del principio de ella; en una palabra, el resultado es la gran doctrina política, practicada constantemente, de que el fin justifica los medios. Ese imperio conquistado *per fas et nefas* llegará á ser sagrado, augusto, querido por los dioses, solo porque despues de hacer mucho mal se hará mucho bien.

Difícil es someterse, á pesar de los innumerables testimonios que han fijado la opinion pública sobre Augusto. Yo, por mi parte, no me someto, sino que al contrario, me indigno, y ántes de entrar á ese siglo, en el que elogiaré sucesivamente lo que merece ser elogiado, siento necesidad de hacer una protesta de conciencia. Cuando os hable de todos los hermosos monumentos construidos en esa época, en Roma, temo que creais que hago un elogio de Augusto, sin reservas; por eso, os pido permiso para explicarme ántes acerca de este personaje tan medido en el fin, y tan malvado en el principio de su vida.

¿A qué se debe la popularidad de Augusto? Durante su vida, á su hábil política, é inmediatamente despues de su muerte, á una especie de grito público que resonó en Roma; pues al dia siguiente mismo, el senado quiso llamar *seculum Augusti* al espacio de tiempo en que Augusto reinó. Los sucesores de Augusto lo hicieron mas querido todavía á la memoria del pueblo, unos con su respeto, otros con sus crímenes. Los cristianos contribuyeron tambien á formar esa auréola; Cristo nació bajo el reinado de Augusto, y aquel gran imperio fundado con sus manos, era necesario al cristianismo para convertir al mundo. Los bárbaros, á su vez, derrocaron, pero admiraron el imperio romano; los emperadores

de los tiempos bizantinos y de la edad media, Carlomagno y los emperadores de Alemania tomaron á Augusto por modelo. El Renacimiento elogió de nuevo á aquel que Virgilio habia vuelto inmortal, y mas tarde, los súbditos de Luis XIV se deshicieron en alabanzas suyas. En una palabra, no parece sino que la humanidad entera, por medio de sus grandes gé-nios, se ha puesto de acuerdo para hacer de Augusto el tipo de lo que sobre la tierra hay de mas perfecto, en cuanto á dominio, á clemencia y á moderacion. Ha bastado que Augusto perdonase á Cinna, hecho dudoso, para que el que habia derramado tanta sangre, se convirtiera en el mas clemente de los hombres.

Antes de ocuparnos de la historia del arte, veamos, señores, hasta qué punto tuvo Augusto derecho de dar su nombre á su siglo. Antes de examinar si fué el iniciador del progreso de las artes, y de la perfeccion de las letras en el siglo que precedió y siguió al nacimiento de Cristo, reasumamos su causa, discutamos sus títulos á la admiracion de la posteridad. Echemos una rápida ojeada á las cuatro facces que, semejante á ciertos Janos antiguos, nos presenta la personalidad de Augusto. Puede, en efecto, considerársele bajo cuatro puntos de vista: como hombre privado, como hombre público, como administrador, y en fin, como protector de las artes y las letras.

Augusto, convertido en emperador, ¿se nos presenta, como hombre privado, con esa figura sobrehumana de los grandes hombres de la antigüedad? ¿Es un Pericles? ¿es un Alejandro? ¿uno de esos hombres que llevan en la frente el respeto y el amor de la humanidad? ¿Vése brillar en él la grandeza de alma, el amor de la libertad, ó la noble adhesion á la patria? ¿Es uno de esos caracteres que llamamos por excelen-

cia antiguos? No. Fácil es conocer su vida, para ello no tenemos mas que consultar á sus mismos conciudadanos. Aun en el trono, no fué siempre sino el egoísta. mas hábil, un hipócrita que jamas pensó mas que en sí mismo. En el momento que colmó su ambicion, que consiguió todo lo que un hombre puede soñar, viendo al mundo entero inclinado ante él como un bosque de rosales, ya no tuvo mas que practicar la mod racion y darse esa especie de placer que se llama la tranquilidad de espíritu. Pero no por eso deja de ser el hombre moderado, el hombre dueño de sí mismo, que debiendo conducir á los hombres, se conduce él mismo con precaucion. Cuando perdona á Cinna, no hace mas que acceder á los ruegos de Livia, á las instancias de una muger dotada de rara astucia y capaz de grandeza de alma. Lo que permite juzgar hasta qué punto desconfiaba de sí mismo, en la vida privada, es que cuando tenia que comunicar alguna idea importante á Livia, que era para él un verdadero consejo de Estado, escribia ántes lo que tenia que decirle, á fin de que su pensamiento no lo arrastrase mas allá de donde queria. Fué, pues, en la vida privada lo que fué en el senado, afectando el desinterés, fingiendo querer abandonar el poder en el momento mismo en que mas e regreido con él estaba. Toda su vida se reasume en las palabras que pronunció el dia de su muerte: «¿Ha estado bien representada la farsa? Aplaudid.» Esta muerte es la de un cómico.

El arte, animado por el brillo de las recompensas, obligado por el mismo poder absoluto, podrá venir á su vez á consagrar esta figura de Augusto y hacer de ella uno de los modelos de la escultura romana; pero por mas que haga, jamas podrá dar á esta fisonomía el carácter de grandeza, de franqueza, la expresion que deja traslucir el alma de un

hombre verdaderamente grande, que nada tiene que ocultar y que obliga á la humanidad á inclinarse no ante él, sino ante su bondad y su génio. No busquemos esto en Augusto, que será un tipo en el arte, porque un artista lo habrá inmortalizado, pero en la realidad de la historia no será nunca sino un cómico. El mismo lo dijo, y la frase ha pasado á la historia y á la posteridad.

Si se quiere tener una idea exacta de Augusto, preciso es consultar mas que á los escritores que lo han adulado, á los artistas que tambien lo han embellecido, pero que lo han copiado. Es necesario distinguir en la escultura del siglo de Augusto, la doble influencia del arte griego y del arte etrusco-romano. El arte griego, al representar á los soberanos, les da un tipo ideal, heróico ó divino. El arte romano los quiere semejantes, precisos, expresivos como el natural. El arte griego, en las estatuas imperiales, crea y dispone á su antojo las proporciones, las actitudes, los atributos, las vestiduras, en una palabra, todo lo que no es el rostro. El arte romano, acostumbrado á vaciar en moldes de cera la cara de los antepasados y á conservarlos en el atrio, exige que la mascarilla sea exacta y lleva la verdad hasta la dureza. De aquí nace una conciliacion bastante extraña, que es la única que puede explicar la mayor parte de las estatuas de los emperadores. Su cuerpo es convencional, sus facciones individuales, y el ideal de Augusto no ha escapado á esta ley comun. Se sabe que era pequeño, de salud delicada, un poco contrahecho, cojeando á veces, y rodeadas las piernas de lana: sus estatuas lo representan alto, de proporciones magníficas, con un gesto heróico; pero la cabeza tiene un carácter tal de personalidad, que no se puede dudar que los artis-

tas obedecieron á la tiranía de las costumbres romanas, al traducir fielmente las bellezas y los defectos del original.

A nuestros ojos, la imagen mas auténtica de Augusto es sin duda la estatua encontrada hace cuatro años en Prima-Porta, á siete millas de Roma, en la villa de Livia. Livia, que se habia constituido en sacerdotisa de Augusto, despues de su muerte evidentemente habia hecho ejecutar por el artista mas hábil de la época, una estatua tan parecida como hermosa.

En efecto, el conjunto es admirable; la postura es la de un Dios que reina y que manda. La coraza está cubierta de adornos en relieve que parecen camafeos. Pero la cabeza atrae toda la atención, porque en ella es donde se ve la energía real del personaje, la verdad histórica y las involuntarias manifestaciones de una alma acostumbrada al disimulo.

Lo que impresiona desde luego es lo saliente de los huesos maxilares que están acentuados hasta la dureza. La mandíbula pinta la contracción y la tenacidad. La frente expresa la voluntad perseverante y tranquila, y la costumbre de abrigar mucho mas las ideas personales que las ideas elevadas. Los ojos son apagados; en vez de expresar, rechazan; no tienen ni esa dulzura ni ese velo de serenidad en que sobresalía la escultura antigua. La boca es enérgica, apretada, inflexible. ¡Qué de secretos supo guardar! ¡Qué de astucia encubre! ¡Qué prudencia y qué reserva! Esta boca es mejor que la de Maquiavelo, es la boca del que escribía ántes lo que quería decir á Livia, su consejera y su cómplice, de miedo de decir demasiado ó demasiado poco, en el abandono de una conversacion íntima. Tiene el pelo corto y le braja hasta la nuca, que era un signo de raza entre los Julios. El cuello..... pero el arte griego hace valer sus derechos, pues el

cuello es de hermosas proporciones, cuando sabemos, por innumerables monedas, que era desmedidamente largo.

La parte inferior del rostro, merece particular exámen: expresa la prostitucion, tiene algo de material, y no está exenta de cierta bajeza. Se comprende que Livia juzgase prudente cerrar los ojos acerca de sus infidelidades, que aun á veces se prestase á ayudarlas, y que ninguna romana estuviese al abrigo de los excesos del emperador: pues bastaba que un esclavo se presentase con la litera imperial delante de la puerta del mas grande personaje de Roma, para que se creyera obligado, tan solo al recordar al triunviro Octavio, á dejar subir á su muger en aquella litera y que se dirigiese al palacio.

El conjunto de la cara expresa muy bien todo lo que los contemporáneos han descrito: la crueldad y la hipocresía, la pasión y la astucia, la concentración y una fogaosidad mal contenida que á veces se escapaba en terribles estallidos de cólera; es el dueño del mundo que trata de ser dueño de sí mismo y que no siempre lo consigue.

La ferocidad innata del que decretaba las proscripciones, ha dejado una huella eterna: este es precisamente el Augusto que un día, en plena paz, estando en el tribunal de justicia criminal, se olvidaba, ó mas bien se acordaba de sí mismo, decretando sentencias de muerte y excitándose como el tigre que ha olfateado la sangre. Entónces fué cuando Mecenas, confundido entre la multitud, no pudo contener su indignación y le arrojó su libro de memorias, en el que acababa de escribir estas palabras: «Ya basta, verdugo.» ¡Ah, señores, qué revelacion! ¡qué rayo de luz que no podrán hacer desaparecer nunca ni la poesía ni los aduladores! «Ya basta, verdugo,» pues ya te conocemos, vemos al traves de

tu máscara, no nos engaña ni tu fácil clemencia con Cinna ni los magníficos versos de Corneille, ni los lugares comunes de que se alimenta la posteridad, ni tus funestas virtudes, ni tu reputación usurpada, ni esa inmensa y poética ficción que los oradores más elocuentes de tu siglo degradado han formado al rededor de tí. Mecénas, el confidente de toda tu vida, te ha traicionado con esas tres palabras, y el artista predilecto á quien Livia mandó hacer tu imagen, te ha traicionado igualmente, dejando percibir tu alma á través de tus facciones.

Llego al hombre público. Proceso es este que cada generación ha juzgado á su vez; pero que es imposible juzgar en favor de Augusto, si se tiene en la mano una balanza cuyos dos platillos no admiten más que la justicia y la verdad.

Se dice que Augusto fué un bienhechor en su vida pública y en sus relaciones con el Estado. Sin embargo, cuando se examinan día á día los acontecimientos, se ve que fué muy culpable con su patria, que faltó á todos sus juramentos, que traicionó los intereses más nobles que le estaban confiados, y sobre todo la libertad y la dignidad del pueblo romano. A esto contestan que nadie lo niega, pero que solo lo hizo por salvar á la sociedad que estaba desmoronándose. Al fundar el imperio, conservó el Estado romano la vida que se le escapaba; estableció con el principio de sucesión la única base estable en que pudiese apoyarse un gobierno. El inmenso poder de los romanos, desgarrado por las facciones, fué conservado por él; él fué el salvador no solo de Roma, sino del mundo entero.

Confieso que absolutamente estoy convencido. Se dice que salvó á Roma; pues qué, ¿Roma estaba tan amenazada en el momento que los cónsules acababan de someterle todas las

provincias de Europa y del extremo Oriente? ¿Desde cuándo se llama la salvación á un sistema que establece el poder de uno solo, que aniquila al pueblo y lo hace depender de una sola voluntad? Y esta prosperidad que dicen prolongó durante cuatro siglos ¿no consoló ni siquiera á dos generaciones! Apenas duró un solo reinado, pues al día siguiente de la muerte de Augusto principia una serie de tiranos efímeros y de usurpadores que se derrocan unos á otros. Primero, Tiberio, Calígula, Nerón; en seguida, después de algunas batallas perdidas ó ganadas, vemos aparecer y pasar como sombras á Galba, Othon, Vitelio; Vespasiano y Tito interrumpen esta larga serie de desórdenes, pero tienen por sucesor á un monstruo, á Domiciano. Después de los emperadores ineptos que comprometen la hacienda y los destinos del pueblo romano, se ve á algunos buenos príncipes como los Antoninos, pero á poco vemos á un Cómodo, á un Caracalla, á un Heleogábalo. En una palabra, la historia del imperio no es más que una sucesión de vergonzosas caídas, interrumpidas por vanos esfuerzos para volverse á levantar.

Durante este tiempo, la administración romana, la disciplina de los ejércitos, la integridad de las provincias, están comprometidas á cada instante y en vísperas de perecer. En consecuencia, ¿qué vale ese hermoso principio del derecho de herencia, cuando la elección la hacen los ejércitos, y depende á menudo de los bárbaros? Todos los generales, en la Galia, en Bretaña, en Siria, en Africa, son candidatos para el imperio; las guerras civiles no cesan. ¿Es acaso un principio el de la fuerza de las armas reemplazando al derecho de los ciudadanos y sustituyendo su elección á la del pueblo? ¿Es acaso una forma de gobierno duradera esta sucesión violenta de tiranos, que se asaltan unos á otros, cada

cual á su vez, y que no buscan en las batallas y en las mantanzas, mas que un camino hácia el trono?

El derecho de herencia, esa quimera, ese beneficio de Augusto, no subsistió ni siquiera para sus hijos ni para sus nietos, que murieron todos ántes de sucederle, y el hombre que lo reemplazó fué aquel de quien mas desconfiaba, Tiberio, con quien no tenia ningun parentesco, á quien detestaba, y que no era sino el hijo del primer marido de Livia.

Lo repito, señores, no es un principio de gobierno el que Augusto habia introducido por la fuerza, y si fuese posible remontarse á través de los siglos para evocar á algunos de los miembros de la familia de los Escipion, de los Marcelos, de los Caton, y suponiendo que esos grandes espíritus se hubiesen hallado en lugar de Augusto al terminar las guerras civiles, cuando la sangre habia corrido en todas partes del mundo, y cuando una especie de laxitud habia calmado la fiebre de que habia sido presa el pueblo romano, se pregunta uno si habrian observado la misma conducta que Augusto. ¿Qué, en aquel momento, un espíritu desinteresado, amante de la cosa pública y de la grandeza de Roma, no habria pensado que era posible restablecer la paz en aquella república que necesitaba tranquilizarse, pero no poniéndola bajo el yugo de un amo, sino usando únicamente de un poder de corta duracion?

Admitid, señores, que Augusto hubiese aceptado la dictadura, como lo hizo, ó bien un poder mas pacífico, el tribunado del pueblo, que lo hacia inviolable, ó el consulado, que le daba el mando de los ejércitos; admitid todavía que reuniese todos los poderes en uno solo, al que dareis, como los antiguos romanos, el nombre de dictadura; ¿qué, no podia, si hubiera querido, levantar á la república, hacerla mas

fuerte, mas respetada, mas unida que nunca? ¿Era acaso un papel tan difícil? ¿Habria tenido que hacer otra cosa que lo que hizo para establecer el imperio?

Habria tenido que hacer absolutamente el mismo esfuerzo; con la diferencia de que no conservaba el poder mas que por diez años, y que lo entregaba en seguida en manos del senado, pero no con aquella hipocresía de que dió ejemplo, sino con la voluntad seria, firme, inquebrantable de deshacerse de él, y acompañando este grande acto de desinterés con uno de aquellos discursos que sabia pronunciar, para tranquilizar al pueblo acerca de la sinceridad de su abdicacion. Ya se habia visto á Sylla entregar el poder y se habia visto asesinar á César por haber extendido la mano hácia la corona real. Si Augusto hubiera entregado el poder, haciendo reelegir en su presencia á un sucesor que á su vez hubiera hecho elegir á otro, y si hubiera preparado de este modo una serie continuo de gefes escogidos por la república, creo que habria desempeñado un gran papel, y habria fundado algo mas duradero que lo que estableció. Esta conducta habria convenido á una alma generosa. Tal vez semejante proceder era audaz, pero estoy convencido que si Augusto lo hubiera procurado, habria prolongado la república, no por cuatro, sino por diez siglos. Estoy persuadido de que esta grande unidad del mundo, podia encontrar en sí misma elementos de duracion; que el senado romano, viciado en tiempo de César, podia purificarse; que la órden de los caballeros, á la que pudo dársele mayor extension, como lo hizo Augusto, habria ofrecido ancho campo á todas las ambiciones y habria formado excelentes administradores; y que el pueblo, en fin, admitido en los comicios á elecciones verdaderas y no ya forzado á votar por candidatos presentados é impuestos, habria podido

AUGUSTO.

2.

ejercer libremente su derecho, satisfaciendo así á los pueblos latinos y á las provincias que reclamaban contra las violencias y las exacciones de los procónsules y de los propretos.

Habia, pues, grandes cosas que hacer, un noble papel que desempeñar, no teniendo por mira un interes personal, sino en provecho de la cosa pública, y ello se habria conseguido con la ayuda de ese sentimiento vivo y rudo que se llamaba por excelencia el sentimiento romano. El cristianismo, léjos de ser un motivo de temor, como lo fué para los emperadores, habria sido un auxiliar para la república, y habria esparcido entre los ciudadanos pobres y sin esperanzas, ese principio de caridad, de amor, de dulzura y de obediencia que jamas conoció el antiguo pueblo romano.

Difícil es, lo confieso, resolver, á distancia, semejante problema; pero es indudable que el que hubiese tratado de resolverlo en el sentido indicado, mereceria el nombre de grande, aun cuando hubiera sucumbido en la empresa. En cuanto á Augusto, no merece este nombre, puesto que hizo precisamente lo contrario. Nunca pensó mas que en sí mismo, y agotó en su provecho las fuerzas vivas del Estado. Aquel senado, en que habia tantos nombres hermosos, tantas tradiciones, tantos generales y políticos, lo anuló, lo hizo cómplice de sus comedias, lo convirtió en un adulator sin respeto, en un complaciente sin pudor, y le impuso el secreto en sus deliberaciones; pues en tiempo de Augusto fué cuando empezaron á dejarse de publicar los actos del senado.—Los legisladores romanos, convertidos en adictos del emperador, van á servir para hacer procesos inicuos, para justificar las ilegalidades, para hacer condenar á todos los que conviene; van á crear las complicaciones de derecho, que harán que los procedimientos estén erizados de peligros para los ciudadanos.

—El ejército, que era la fuerza del país, que se componia de labradores, de ciudadanos que tomaban las armas para defender el suelo de la patria, va á convertirse en soldadesca del emperador. Se llama á los veteranos de César; se les distribuye, mezclados con los de Augusto, en veintiocho colonias, y se constituyen, por decirlo así, en estado de perpetua amenaza al servicio del amo.—Los empleos públicos se multiplican hasta lo infinito, y forman en manos del emperador una especie de red que se extiende, en provecho de su poder, sobre todas las partes del imperio. El pueblo se resentirá de esta perniciosa influencia. En lugar de elevarlo, todos los esfuerzos del emperador tenderán á envilecerlo. Así como el amo, el pueblo se verá tambien obligado á representar una comedia y á ir á los comicios á votar con una apariencia de libertad; ya no será mas que un pueblo ageno á sus deberes, que espera su bienestar únicamente del emperador, y al que solo preocupan los juegos que se le preparan, y que se inquieta sobre todo por saber si los trigos le llegan de Sicilia ó de Africa.

Pues bien ¡todo esto se borra, se olvida, se perdona! Veis á los espíritus mas graves que hacen á un lado todos estos grandes intereses políticos, y que dicen: ¡era necesario! ¡era preciso crear la grandeza romana! Y os hacen aparecer á Augusto como administrador.

Se os dice: era preciso que todos estos elementos disímboles fuesen amalgamados, era preciso romper y volver á hacer aquel molde demasiado pequeño para contener al mundo, era preciso que las formas republicanas desapareciesen, era necesario sacrificar á todos los partidos políticos para crear aquella administracion que ha sido el modelo de la humanidad, y de la que tratamos de acercarnos como de un ideal.

La administracion romana del imperio se ha convertido, en efecto, en una especie de ideal, hácia el que se dirigen siempre las miradas.

Es cierto que bajo el punto de vista de la administracion, se hicieron cosas muy bellas en tiempo de Augusto. El mundo entero se quejaba, la conquista habia dejado tras sí muchos sufrimientos, y no siempre habia podido el senado satisfacer las reclamaciones de los pueblos conquistados. Sin embargo, es muy difícil juzgar á distancia todos los hilos imperceptibles de la administracion. Lo veis aún en nuestro país, cuando queremos abrazar con una sola ojeada todo lo que pasa en la administracion, con cuánta dificultad nos damos cuenta de las numerosas ruedas que la componen. ¿Qué será á una distancia tan considerable, cuando queremos remontarnos á los últimos tiempos de la república? No obstante, parece que en el arte de regir á los pueblos, aquella república romana no era tan incapaz como se nos pinta; que aquel senado, que habia conquistado tantos reinos, que los habia sometido á su dominio, que habia convertido á tantos pueblos en tributarios de los romanos, que habia llevado el nombre romano hasta los últimos límites del mundo conocido, que aquel senado, digo, tenia en sí una fuerza administrativa; que aquella órden de los caballeros tenia, sin duda, alguna ciencia y algun talento de los negocios, y que, en resúmen, todas las provincias, todos los países, que durante tres siglos tuvo Roma bajo su dominio, no habian estado tan mal administrados. Que haya habido abusos, que algunos procónsules ávidos de riquezas y que tuviesen gusto por la ilegalidad, que los Vérres, por ejemplo, hayan á veces violado de la manera mas flagrante las reglas de aquella administracion, no lo niego; pero era la excepcion, y no es posible admitir que un

pueblo tan reducido en número como el pueblo romano, haya podido apoderarse del mundo conocido, y conservarlo en su poder, sin poseer cualidades administrativas esenciales. Además, estad persuadidos de que si no hubiera habido ya un cuadro que constituyese la administracion, Augusto nada habria hecho. Quiero reconocer en él al regulador, al hombre de órden que ha sabido establecer una unidad maravillosa; pero tampoco olvido que nada fué posible sino despues de la república, que lo habia fundado todo, que todo lo habia desarrollado, y que la omnipotencia, concentrada en las manos de un solo hombre, no podria explicar aquella grandeza.

Que Augusto haya singularmente desarrollado con su habilidad lo que yo llamo la *almohada política*, ese sentimiento suave, fácil, amable, que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios, que, en los dias de crisis y de peligro, en que es menester mostrar que se tiene corazon, los dispensa tambien de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: vivid tranquilos, ahí teneis granos, teneis juegos, la paz está asegurada, el templo de Jano está cerrado; todo esto está muy bueno, pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso. Pero tambien sabeis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre todo entre los amigos del príncipe. Y de ello encontramos testimonios, aun en los mismos admiradores de Augusto; en sus sátiras, Horacio hace alusion á ellas de una manera trasparente.

Extender así sobre un imperio una red de funcionarios adictos, fundirlo todo en un mismo molde, hacer que todo venga á dar á una sola mano, ¿es esto una condicion de grandeza duradera? A esto contestarán los siglos siguientes, y la decadencia inmediata de ese coloso facticio que se llama im-

perio. Tal vez no tengo, señores, en estas materias delicadas, una autoridad suficiente á vuestros ojos. Por lo mismo, me coloco tras de un espíritu eminente que vivió bajo la monarquía y que ha juzgado de una manera admirable á los romanos. Oid á Montesquieu; él nos dirá lo que en este punto debemos decidir:

«Augusto, astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre. No es imposible que aquello que mas lo deshonrara haya sido lo que le sirvió mejor. Si al principio hubiese mostrado una alma grande, todo el mundo habria desconfiado de él. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera, pues en un Estado libre en el que se quiere usurpar la soberanía, se llama *regla* á todo lo que puede fundar la autoridad sin límites, y se llama *motin*, *disension*, *mal gobierno*, á todo aquello que puede conservar la honrada libertad de los súbditos.»

Llego al cuarto punto de vista: á Augusto protector de las letras y las artes.

Como tal, señores, hace una gran figura; como tal, supo procurarse una singular ventaja, pues observad que los poetas, los literatos y los artistas, son los que mas que nadie, y me atreveria á decir los únicos, que han contribuido á crear para la posteridad, ese fantástico personage de Augusto, y á imaginar esa quimera de la autoridad absoluta y divinizada, ante la que diez y ocho siglos se han arrodillado.

Augusto, protegiendo las letras y las artes, hace levantar á su derredor un concierto de voces elocuentes y poéticas, y que manos hábiles lo reproduzcan con ayuda del mármol y del bronce, como un tipo de belleza. Por medio de ese cortejo de hombres de génio, de talento y de ingenio, impuso á la sucesion de los siglos la memoria de su nombre, pues las

obras que no inspiró, pero en las que supo tomar parte, han llegado á ser inmortales.

Sin sustraerse á lo que parece justo, preciso es, sin embargo, mirar hácia atras, y mostrarse equitativo con el tiempo que precedió. No rehusó mis elogios á Augusto, protector de las artes y las letras, pero con la condicion de que se haga tambien justicia á las épocas anteriores. Fuerza es no desconocer todo lo que habia de grandeza, de originalidad, de atrevida concepcion en el arte de los últimos siglos de la república. No olvidemos que el sentimiento etrusco supo acomodarse al arte latino, y que el mismo arte griego, aunque se introdujo como vencedor, tuvo que someterse á aquella influencia secreta de grandeza que Roma poseía. Recordemos que todos los tipos de arquitectura se encontraban bajo la república. Bajo el imperio, púdose desarrollarlos, darles énfasis, emplear mas bellos materiales, buscar dimensiones mas imponentes sobre la imaginacion y los sentidos; pero la invencion, la grandeza, todo lo que era, en fin, verdaderamente romano, remonta á los últimos siglos de la república.

¿Tenia Augusto inclinacion por las letras? Sí, la tenia, como todos los romanos de aquella época. Entre sus contemporáneos, no habia jóven romano que no tuviese pasion por las letras griegas, que no tuviese preceptores escogidos entre los mas ilustres de los pueblos conquistados, que no hubiese ido á Atenas y á la Asia Menor, que no estuviese educado, en fin, con un esmero de que hoy dia ni siquiera podemos formarnos idea.

Augusto no solo amaba seriamente las letras, sino que las cultivaba. Hacia versos, algunos muy licenciosos, que son los únicos que han llegado hasta nosotros. Marcial nos los

ha transmitido, y nadie se atrevería á traducirlos. Hizo un ensayo de tragedia de Ajax, que á lo que parece era una obra bastante mediana, puesto que un dia frotó sobre ella su esponja. Con este motivo, decia á sus aduladores: "Ajax ya no existe, mi esponja lo mató." Hizo un poema sobre la Sicilia, compuso discursos, escribió cartas, unas injuriosas, que dirigió á Antonio, antes de ser su cómplice, otras lisonjeras, que dirigió á Ciceron, antes de dejarlo asesinar.

En sus obras, lo mas elevado son sus discursos políticos, que desgraciadamente no han podido conservarse, y su famoso testamento, que es la narracion de toda su vida y de los actos mas importantes de su reinado. Solo allí puede juzgarse de la sencillez y de lo altivo de su estilo: cuando se está colocado en ciertas esferas y que se habla desde arriba, el estilo toma naturalmente el sello de la situacion de que se ocupa.

En cuanto á las artes, las amaba como los grandes señores de la república. No las practicaba, pero como los personajes de la época, se procuraba por todos los medios posibles las obras maestras de la Grecia. Se atrajo á los artistas griegos, y provocó, si no una escuela, por lo menos una inmensa produccion de obras de arte.

Todos aquellos poetas que cantaban á su rededor, cantaban necesariamente sus alabanzas. Horacio, el antiguo republicano, el viejo camarada de Bruto, no vacila en unir sus acentos á los de tantos otros aduladores y en escribir ese verso que lo ha de deshonorar á nuestros ojos, en el que, para hacerse perdonar de Augusto el haber combatido al lado de Bruto, se acusa de haber arrojado su escudo. Era la lisonja mas vergonzosa pero tambien la mas delicada. Virgilio, el jóven propietario de los alrededores de Mántua, desposei-

do por los veteranos de Octavio, muestra su gratitud al que despues de despojarlo, le vuelve sus bienes. ¿Y qué diré de Ovidio, el triste amante de Julia? En suma, esos grandes espíritus, que habrian podido sostener y difundir las ideas generosas, y levantar al pueblo, recordándole su grandeza y sus pasadas luchas, no han sido mas que complacientes aduladores. El poema épico, en que Virgilio cuenta la historia de la Roma real, á fin de hacer remontar á la familia de Augusto hasta Eneas y hasta Véus, no es mas que una inspiracion que recibió orden de tener y una lisonja dirigida al emperador.

Sin embargo, en el patronato de las letras y las artes, Augusto se mostró entendido: lo que ha servido á su reputacion y á su gloria casi tanto como los versos que cantaban sus alabanzas, ha sido la eleccion que hacia de sus amigos. No fué á buscar á los antiguos conspiradores, á los fautores de las guerras civiles, ó á los amantes de Julia, para confiarles la mision delicada que consiste en acariciar á los espíritus, en atraerlos, en seducirlos, en encantarlos. No; buscó á Mecéas, que se ha conservado como un tipo; pues hoy decimos un Mecéas, así como desde Molière un anfitrión. Es un término general. Por conducto de Mecéas llegaban los beneficios á los poetas indigentes, y las inspiraciones á los poetas agradecidos. Augusto habia escogido tambien para secundarlo á un hombre lleno de energía, tan bueno para la guerra como para la paz, y cuya actividad se hacia sentir en todo el imperio, que era Agrippa, su yerno. Este tenia la direccion de los trabajos públicos, é hizo ejecutar un gran número de obras considerables, tanto en Roma como en las provincias. Era un hombre honrado, que fué universalmente

sentido. Elecciones tan hábiles ennoblecian la servidumbre impuesta á los espíritus.

Es mas difícil seguir é indicar la influencia de Augusto en los arquitectos célebres ó en los escultores de su tiempo, porque no conocemos casi á ninguno, con excepcion de Vitruvio. El nombre de aquellos no ha hecho gran ruido y no ha llegado hasta nosotros, y esto quiere decir que su vida es desconocida, y que nada sabemos de la accion que pudo ejercer en sus inspiraciones personales el poder de Augusto ó de sus ministros. Pero al ménos podremos señalar las tendencias generales de cada ramo del arte.

La arquitectura va á ser magnífica. Ya no será aquella arquitectura de la república, tan apropiada al espíritu de Roma. Todo va á tomar proporciones inmensas, á volverse enfático, griego por la forma, imperial por las pretensiones y el carácter. Las ciudades van á trasformarse. Augusto se jactará de haber recibido á Roma de ladrillos y de haberla dejado de mármol. En efecto, es cierto. Augusto y Agrippa hicieron innumerables construcciones en Roma, tal vez demasiadas, pues muchas veces, al buscar en lugares muy conocidos, no se encuentra la huella de los monumentos de la república. Sea que esos monumentos hubieran llegado á ser insuficientes por su exigüedad, ó que los materiales parecieran poco dignos de la época imperial, ó que evocasen un recuerdo importuno bajo Augusto, se suprimieron en general las construcciones de la república, para construir edificios mas hermosos, mas ricos, mas extensos, que llevaban todos el sello de la garra imperial. Todo lo que databa de la república estaba condenado á desaparecer; el templo de Vesta, que existe todavía en Roma, fué reconstruido bajo el imperio. Casi todos esos nuevos monumentos tendrán por ob-

jeto recordar las victorias del emperador, la grandeza de César, ó los beneficios del soberano durante la paz, y llevarán el nombre de los diversos miembros de su familia, de su mujer, de su hija, de su yerno. La dinastía entera podrá clasificarse por medio de estos edificios. Habrá los pórticos de Octavia, los baños de Livia, el teatro de Marcelo, la basílica de César, el foro de Augusto, etc. En todas partes dominará el carácter personal. Por otro lado, el público encontrará tambien su parte de placeres. Tendrá abrigos contra la lluvia, basílicas para hablar de sus negocios privados y comerciales, pero no de política! Tendrá hermosos foros, nada menos cinco; tendrá tantos mas, cuanto menos podrán servir á la libertad. En ellos se conversará, se paseará; pero reunirse y deliberar sobre los negocios públicos, rara vez. Habrá baños y teatros en abundancia. Y cuando se trate de votar, siendo el campo de Marte malsano y húmedo, se prepararán lugares abrigados, á los que se irá á votar, á lo largo de las barreras, como vemos en nuestros días á la entrada de los teatros. Pero votar, por quien? Qué importa? Habrá comodidad, es lo esencial.

Sea como fuere, la arquitectura del tiempo de Augusto, impregnada de arte griego, era muy hermosa. Era sobre todo admirablemente propicia á los goces de los ciudadanos. Así fué como se formó esa almohada de que os hablaba hace poco, en la que no se tienen inquietudes, pero en la que, al mismo tiempo, se pierde el sentimiento de los deberes políticos.

En cuanto á las fuentes erigidas ó reparadas durante el reinado de Augusto, son innumerables; van á inundar á Roma. Su número asciende á mas de setecientas. Es una avalanche de cascadas, de acueductos, de surtidores de agua, de

albercas. Habrá agua para todas las necesidades de la vida. Estas aguas animarán el paisaje, derramarán por todas partes la frescura, y serán agradables al pueblo romano. Lo celebre: Roma se aprovecha de los beneficios de Augusto, hace bien; Roma, durante muchos siglos, se había privado de toda esta agua; pero también es cierto que en aquella época no se habría privado de la libertad.

Por todas partes se ve que el gran cuidado es administrar la ciudad. Además, como decía Aristóteles, que tiene algo de la penetración de Maquiavelo, cuando habla del poder absoluto, que ya comenzaba á reconocerse en el tiempo de Alejandro: «Es preciso que un usurpador (los griegos eran impolíticos, usaban la palabra tirano) administre su ciudad como si fuera propiedad suya.» Esto fué lo que se vió en Roma, en tiempo de Augusto. Todo se transforma. Aquel campo de Marte, que en la época republicana era un vasto campo de gimnástica, donde la juventud sencilla y vigorosa se entregaba á todos los ejercicios del cuerpo, para ir á arrojarse, en seguida, inundada de sudor, á las aguas del Tíber; aquella inmensa llanura que era, por decirlo así, la escuela de la fuerza, del valor, del heroísmo romano, Augusto que, sin embargo, necesitaba soldados, pero que prefería hacer cuidar las fronteras y hacerse cuidar á sí mismo por los veteranos, encontraba el campo de Marte demasiado grande, y ponía especial cuidado en llenarlo de una multitud de construcciones. La parte que baña el Tíber, la vasta plaza que representaba tantos siglos de trabajos, se llena de agradables monumentos. Hay mercados donde los vendedores están á cubierto, hay paseos con muchos árboles, hay baños, hay el inmenso mausoleo de la familia imperial, con sus jardines; en una palabra, se provee á los goces de los ciudadanos; pero con este pre-

texto, se invade esa plaza consagrada en otro tiempo á la vida pública y á la libertad.

Admiraremos, pues, la arquitectura de Augusto en sus detalles, pero no olvidaremos que, en su conjunto, aquel brillo exterior oculta redes tendidas á los ciudadanos.

En cuanto á la escultura, es otra cosa. La escultura, se puede llamar el arte imperial por excelencia. En los monumentos de aquella época, domina en todas partes el sentimiento griego. Augusto tenía pasión por la antigua escultura griega. Amaba á los artistas de Scio, á los de la escuela de Sámos, á los antiguos artistas jónicos; hizo traer de Grecia y colocar en el Palatino, pero no en su propia casa, obras salidas de sus manos. En cuanto á los artistas que vivían cerca de él, á juzgar por los numerosos monumentos que quedan de aquella época, han debido pasar una parte de su vida en representar á su antojo las facciones de los diversos miembros de la familia imperial. Lo que indica que hubo una producción considerable de esas estatuas y de esos bustos, es el número que de ellos se encuentra en Roma y en las aldeas vecinas. En los mármoles que representan á Augusto, examinados con un poco de atención, se reconoce la mano de artistas consumados en el arte de imitar la naturaleza; pero al mismo tiempo se nota que han tratado de dar á esos retratos una expresión grandiosa; es este un rasgo particular del génio griego; los griegos no han podido nunca dejar de estampar cierto carácter ideal á la fisonomía de los tiranos, aun los más execrables.

El arte, pues, se convierte al mismo tiempo en decorativo y personal. Pero Augusto será generoso; no querrá que el cincel reproduzca tan solo sus facciones. Escogerá con discernimiento entre los muertos cierto número de romanos

ilustres, y mandará hacer estatuas de ellos para adornar su foro, y él mismo redactará las inscripciones, á fin de hacerles justicia á su modo.

En cuanto á los personajes que tiene su tumba en la vía Appia, y á las estatuas y bustos que se hallan sobre esas tumbas á lo largo de las vías romanas y que son retratos de muertos, son de un orden secundario. Es evidente que los artistas que trabajaban para personajes subalternos, como los libertos ó mugeres desconocidas, no eran los mismos que hacian estatuas para los personajes de la corte.

La pintura tomará tambien el carácter de la época. Ya no será la gran pintura griega, creadora, heroica, inspirada, representando á los dioses ó las escenas de la epopeya. Será, sobre todo, una pintura decorativa, y ya sabeis á qué grado de perfeccion habia llegado por los frescos de Pompeya, que os revelan lo que seria en la capital del mundo.

Las artes subsidiarias que se acomodan generalmente al gusto de los soberanos, florecerán, en fin, bajo Augusto. El arte de grabar camafeos, piedras, sellos en que estén representados ya la efigie del soberano, ya el símbolo que prefere ó el signo bajo que nació, será llevado muy léjos por los artistas griegos, entre los que figuran Solon y Dioscórides, grabadores favoritos de Augusto.

En las medallas, se nota sobre todo una perfecta interpretacion de la indicacion del asunto. Se advierte en ellas un talento increíble, no ménos grande que en el arte de grabar los camafeos.

Al llegar al poder, Augusto encontró todos los elementos de esa grandeza, cuya iniciativa se quiere conceder á él solo, y sin embargo no hizo mas que continuar lo que sus predecesores habian hecho. Despojó á la Grecia de sus obras maes-

tras, hizo venir á artistas griegos, y toda su gloria consistió en ese patronato que hizo dar á su época el nombre de siglo de Augusto.

Entendámonos, sin embargo, señores, en lo que se ha convenido en llamar un gran siglo. Lo que es yo, confieso que me siento ofendido cuando en las artes y en las letras no hay moralidad. Me complazco en hallar que una cosa bella es al mismo tiempo justa. Quisiera que nada hubiese grande, respetado por la unanimidad de los espíritus, mas que lo que es honrado. No puedo admitir, por tanto, una conciliacion perfecta entre la perfeccion en las obras del espíritu ó del arte, y las preocupaciones bajas de servilismo, de interes, de adulacion, á las que se añade el sacrificio de la libertad, que en todo me parece la necesaria inspiracion del génio.

Cuando comparo los siglos que tienen un nombre en la historia, me espantaria si tuviera que reconocer que tal época degradada, ha sido mas grande y mas fecunda en las letras y las artes, que tal otra época en que los hombres han sabido honrar la justicia, amar á la patria y defender la libertad. Ciertos espíritus tienen la inclinacion contraria: y se adivina por qué motivo. He tratado, señores, de resolver este delicado problema; habria deseado deciros algo absoluto; pero os traigo al ménos proposiciones consoladoras acerca de las que quisiera despertar vuestras propias reflexiones.

Considerad, por ejemplo, los siglos de Pericles y de Alejandro, esos dos siglos en que el espíritu humano, teniendo necesidad de reasumirse, toma á un hombre como tipo de los demas: ¿qué encontrais en ellos? En la época de Pericles, tenemos todos esos goces, esa serenidad superior que eleva al hombre sobre sí mismo; en todas partes brilla la verdad, el

amor de lo grande y de lo bello, en política el respeto de la libertad. En la de Alejandro, hay también verdadera grandeza. Alejandro representa, no el despotismo, aunque se apoderara de la Grecia, sino la fuerza de expansión del genio griego. Esto es lo que va á llevar hasta el fondo del Asia, hasta los bordes del Indo. Aquella vida tan rápida y tan corta, no tuvo tiempo de crear la servidumbre; bajo el reinado de Alejandro, los artistas conservan una especie de independencia. Había todavía inspiraciones fuertes, grandes cosas creadas, aunque ya el carácter de los artistas empezaba á ceder, inclinándose hacia el soberano.

Y antes de Augusto, ¿qué es lo que encontramos? La época etrusca, que ciertamente es poco conocida, pero es una época de libertad. Los pueblos etruscos formaban una federación. Es una civilización aparte, que tiene su carácter propio, que no se confunde con ninguna otra, que no depende más que de sí misma, y que por consiguiente es creadora. Los pueblos etruscos no crearon más que hasta cierto grado, pero el hecho es que crearon.

En esa época de la república, que ilustraron los Escipión y los Catón, el arte recibió un grande impulso. En todo lo grande y bello, el imperio no hizo sino desarrollar todo lo que había inventado el arte de la república, aceptando al mismo tiempo sus principios.

¿Qué representa Augusto en las artes? ¿La creación? No, sino la imitación. Bajo él, se imita. Se hace venir el arte griego, tal cual es, ya rebajado; las obras maestras de la Grecia inundan á Roma por orden del emperador. Todo lo que se hace no es más que imitación. Horacio imita á los poetas griegos en sus odas y en sus elucubraciones anacreónticas; sus *Eglogas*, sus *Geórgicas*, en su *Eneida*, Virgilio

imita á los más célebres poetas griegos. Los contemporáneos de Augusto son esencialmente imitadores, la mayor parte de los artistas de la misma época han pasado su vida copiando las obras maestras de la Grecia.

Si pasais al Renacimiento italiano, ¡oh! este sí fué creador, y es en su conjunto una de las más bellas creaciones del genio humano. ¿Pero dónde se hizo esa creación? ¿Fué bajo Leon X, en Roma? No, sino en las repúblicas de Pisa, de Florencia, de Siena, de Venecia, de Ginebra. Allí fué la cuna del Renacimiento y no en Roma, á donde no fué sino una importación. Si Leon X supo apoderarse de Rafael, de Miguel Angel, de Bramante, que son los últimos corifeos del Renacimiento, no fué más que una apropiación en beneficio de Roma, que siendo la capital de la cristiandad, esforzabase por ser la capital de las artes; pero el verdadero origen del Renacimiento debe buscarse en las repúblicas del Norte de Italia, en las que sí hubo creación fecunda, y de las que salieron todos los artistas para ir á decorar á Roma.

Tal es, pues, el germen que quisiera depositar en vuestros espíritus: la libertad hace crear, el despotismo hace imitar. Con vuestras meditaciones, señores, desarrollareis este principio, y sacareis la consecuencia de que en el arte y en la literatura debe haber moralidad.

Sé muy bien que no se puede impedir que los poetas y los literatos sean sensibles á las caricias, á los halagos, á las recompensas. No se pueda hacerlos insensibles á las órdenes del soberano. Por consiguiente, cuando un soberano lo quiere enérgicamente y dispone de medios poderosos, puede animar, excitar, agotar á un artista, ó más bien á una turba de artistas. Pero cualquiera que sea la fuerza de una voluntad, hay algo que nunca podrá producir, y es la creación original de

AUGUSTO.

los poetas, de los artistas, como lo vemos bajo Pericles, en Atenas y en la época del Renacimiento, en aquellas repúblicas libres del siglo XV. Los mismos etruscos tuvieron su desarrollo original, y fueron creadores. Los romanos de la república también lo fueron y mucho más de lo que generalmente se cree: hace dos años, señores, que os lo demuestro.

Esas épocas de la verdadera libertad, lo son también de la creación verdadera. Entónces aparecen los tipos, las formas, que más tarde serán imitadas. Entónces las ideas se manifiestan. Después, solo se harán ampliaciones de retórica, reproducciones más ó menos exactas, para complacer á tal ó cual soberano; pero fuerza será pedir á esas fuentes generosas y puras la inspiración y los modelos.

Las épocas de servidumbre en que un solo hombre gobierna un país, pueden ser épocas brillantes, deslumbradoras, relativamente fecundas, que se imponen á la humanidad á la que se le hacen gustar y admirar; pero solo son brillantes por el exterior, por la forma, por el don de imitar. Estas épocas no inventan y son incapaces de crear nada. Por casualidad puede surgir un destello, pero es la excepción.

No nos cansaremos de repetirlo, señores, las grandes épocas para las artes y las letras, son y deben ser grandes épocas también para la libertad.

II.

AUGUSTO EN SU CASA.

No puedo dejar de alabar el ejemplo que dió Augusto, y que debía haberse propuesto á los soberanos, de preferencia á muchos otros, cuando lo veo tratando de introducir entre los ciudadanos la sencillez de las antiguas costumbres romanas, habitando una casa modesta, contentándose con lo necesario, haciendo grandes gastos en los monumentos públicos, y muy cortos en las cosas privadas. Ciertamente hay en este punto de la vida de Augusto, una sabiduría real, cualquiera que sea la causa de su conducta, ya que haya sido guiado por el instinto político, por su gusto ó por el cálculo. Por lo que hace á mí, prefiero creer que fué por su voluntad, pues el buen juicio, cuando se quiere tener, es más honroso que la prudencia instintiva. Era, pues, el jefe del Estado quien quería conducir al pueblo que gobernaba á cierta sencillez, juzgándola conveniente, en las costumbres roma-

los poetas, de los artistas, como lo vemos bajo Pericles, en Atenas y en la época del Renacimiento, en aquellas repúblicas libres del siglo XV. Los mismos etruscos tuvieron su desarrollo original, y fueron creadores. Los romanos de la república también lo fueron y mucho más de lo que generalmente se cree: hace dos años, señores, que os lo demuestro.

Esas épocas de la verdadera libertad, lo son también de la creación verdadera. Entónces aparecen los tipos, las formas, que más tarde serán imitadas. Entónces las ideas se manifiestan. Después, solo se harán ampliaciones de retórica, reproducciones más ó menos exactas, para complacer á tal ó cual soberano; pero fuerza será pedir á esas fuentes generosas y puras la inspiración y los modelos.

Las épocas de servidumbre en que un solo hombre gobierna un país, pueden ser épocas brillantes, deslumbradoras, relativamente fecundas, que se imponen á la humanidad á la que se le hacen gustar y admirar; pero solo son brillantes por el exterior, por la forma, por el don de imitar. Estas épocas no inventan y son incapaces de crear nada. Por casualidad puede surgir un destello, pero es la excepción.

No nos cansaremos de repetirlo, señores, las grandes épocas para las artes y las letras, son y deben ser grandes épocas también para la libertad.

II.

AUGUSTO EN SU CASA.

No puedo dejar de alabar el ejemplo que dió Augusto, y que debía haberse propuesto á los soberanos, de preferencia á muchos otros, cuando lo veo tratando de introducir entre los ciudadanos la sencillez de las antiguas costumbres romanas, habitando una casa modesta, contentándose con lo necesario, haciendo grandes gastos en los monumentos públicos, y muy cortos en las cosas privadas. Ciertamente hay en este punto de la vida de Augusto, una sabiduría real, cualquiera que sea la causa de su conducta, ya que haya sido guiado por el instinto político, por su gusto ó por el cálculo. Por lo que hace á mí, prefiero creer que fué por su voluntad, pues el buen juicio, cuando se quiere tener, es más honroso que la prudencia instintiva. Era, pues, el jefe del Estado quien quería conducir al pueblo que gobernaba á cierta sencillez, juzgándola conveniente, en las costumbres roma-

nas, para mantener el espíritu de obediencia y conservar también cierta grandeza relativa del pueblo romano, que realizaba el brillo de su servidumbre.

Suetonio nos dice cuál era el género de vida de Augusto, y nos da algunos detalles sobre su casa: «No era notable ni por su tamaño ni por sus adornos; los pórticos eran pequeños, los materiales eran la piedra comun de Alba; los cuartos no estaban adornados ni con mármoles ni con hermosas baldosas. Durante cuarenta años ocupó la misma pieza, tanto en verano como en invierno. Cuando quería trabajar sin testigos, y que no lo interrumpiesen, tenía un retrete en un pabellon muy elevado, que llamaba su ciudad de Siracusa, ó bien se retiraba á los arrabales en casa de alguno de sus libertos. Cuando estaba enfermo vivia en la casa de Mecénas. No le gustaban las habitaciones vastas y suntuosas: mandó arrasar una casa que su nieta Julia habia hecho construir con demasiado lujo. La suya, aunque pequeña, estaba embellecida, no con estatuas y pinturas, sino con Zystos,¹ con bosquecillos y curiosidades tales como hosamentas de monstruos gigantescos encontrados en Caprera, y armas de héroes antiguos.

Las mesas y las camas muestran cuán económico era para la eleccion de sus muebles, que desdeñarian la mayor parte de los particulares. Se acostaba en una cama baja y cubierta muy sencillamente. Sus vestidos eran casi todos hechos en la casa por su muger, su hermana y sus nietas. Usaba un calzado un poco elevado, para parecer mas alto de lo que era.

1 Zysto. Palabra griega que pudiera traducirse por palenque. Significa un vasto espacio al aire libre ó cubierto, con pavimento muy terso y bruñido, destinado á luchar, á apostar carreras y á toda clase de ejercicios corporales.—(Nota del traductor.)

Comia muy poco y cosas comunes; pan de segunda clase, pescaditos, queso, leche, higos frescos. Una vez escribia en una carta: «No hay judío que ayune mas rigurosamente el dia del sábado, que lo que lo he hecho yo hoy;» y en otra parte: «Comí en mi litera una onza de pan y algunas uvas secas,» ó bien: «He comido en mi carruaje, pan y dátiles.» Para refrescarse tomaba pan mojado en agua, un pedazo de sandía, un tallo de lechuga, ó una fruta ácida.

Tenia el cuerpo con manchas esparcidas en el vientre y en el pecho como las siete estrellas de la Osa. Una especie de sarpullido lo obligaba muchas veces á frotarse y á abusar del estrígil.¹ Tenia bastante débiles la cadera, y el muslo y pierna izquierdos, y aun cojeaba algunas veces. De cuando en cuando se le helaba y entumecía de tal manera un dedo, que era necesario para que pudiese escribir rodeárselo con un pedazo de cuerno. Ya se quejaba de la vejiga, ya de obstrucciones en el hígado. Tenia enfermedades anuales y periódicas. En invierno usaba cuatro túnicas debajo de una gruesa toga. Sostenia su frágil salud por medio de muchos cuidados. Tan pronto como concluyeron las guerras civiles, renunció al caballo y al ejercicio de las armas, y se limitó á jugar á la pelota y al globo; bien pronto ya no hacia mas que pasearse en litera ó á pié.»

Bien á las claras se ve aquella casa modesta; pero no exageremos la sencillez de la arquitectura de esa época. Aquella sencillez tiene algo de las casas griegas. Es seguro que las casas de Pompeya habrian aparecido excesivamente sencillas á los contemporáneos de Augusto, y para nosotros, ¿no es verdad? esas casas son un encanto, una ilusion; nos

1 Estrígil. Cepillo duro, con mango largo, para asearse y frotarse el cuerpo.

parece que en ellas se pasaria la vida mas poética del mundo, con aquellas columnas, aquellas pinturas, aquellas estatuas, aquellas fuentes de agua brotante, aquel sol que inunda los pórticos. En esa vida antigua, revelada por un municipio de provincia, bien raquítrico comparado con Roma, hay todo un sueño de felicidad poética, que acomodaria muy bien á los modernos, aun cuando fuesen amigos del lujo.

La casa de Augusto, que no habia sido mandada hacer por él, y que habia comprado, tenia ciertamente estos caracteres. Comprendel, pues, que era una casa contemporánea de la introduccion del arte griego en Italia, que tenia toda la gracia y la poesía que los griegos llevaban consigo á todas partes. En aquel tiempo no abundaban todavía las maderas preciosas, el pórfido, el alabastro, las taraceas del Oriente, los muebles suntuosos, etc. Pero lo mas encantador era el cuadro en que estaba colocada aquella habitacion, situada sobre el Palatino, lo que le daba una belleza mas, la belleza pintoresca. Desde allí se gozaba de una de las mas hermosas vistas de Roma. El Palatino está situado en medio del círculo de las siete colinas: desde la plaza que ocupaba la casa de Augusto, desde la extremidad del Palatino que miraba al gran circo, se veian el Capitolio, el monte Aventino, con sus jardines, sus templos, la llanura con los magníficos monumentos que los romanos habian levantado á lo largo de la via Appia hasta diez y nueve millas de distancia, y por fin, las colinas de los bordes del Tíber.

Esta situacion tan favorable para deleitar la vista, habia sido, desde el principio, una tentacion para los primeros personajes de Roma; aun habia tradiciones sobre el nombre de Palatino. Se decia que el viejo Evandro habia sido el primero en establecer allí su habitacion, y que su hijo Palas

habia dado su nombre á la colina. Cinco de los reyes de Roma habitaron el Palatino. Los recuerdos de la dignidad real estaban de tal modo enlazados con esta colina, que cuando el mejor de los ciudadanos, Valerio Públicola, quiso construir ahí una casa, los murmullos del pueblo lo forzaron á demolerla. Durante los primeros siglos de la república esta parte de la ciudad tuvo, pues, una especie de mal nombre. Querer habitarla, era para los grandes personajes de la república, dar cabida á la sospecha de ambicionar la dignidad real. Fué preciso que el ejemplo viniese de los gefes demócratas, que ninguna sospecha podian inspirar, porque eran los órganos de las pasiones populares. Los Gracos, sin el consentimiento del senado, construyeron en el Palatino; y los malos recuerdos quedaron corjurados desde que ondeó ahí la bandera popular. Algunos advenedizos y enriquecidos vinieron á su vez á construir ahí sus casas. Tal fué Scauro, cuya casa se elogiaba en la antigüedad como un tipo de riqueza y de elegancia; tal fué Ciceron, el orador Hortensio su rival, Publio Clodio, que tal vez en esto queria imitar á los Gracos, pero que fué el vecino mas desagradable para Ciceron. Sabeis que la batalla entre ellos fué larga, que Ciceron fué desterrado, que Clodio quemó su casa, y que el gran orador fué víctima de vejaciones diarias de parte de su peligroso vecino.

La casa que habitaba Augusto era la del orador Hortensio. Primero habia vivido en la region del Palatino, en un lugar que se llamaba *Cabezas de bueyes*, sin duda porque el friso de algun edificio vecino estaba adornado con cabezas de buey. Era la casa del orador Caloo, casa pequeña y mal situada, pues los Octavios eran pobres.

Augusto compró, pues, la casa del orador Hortensio. El

emperador se contentó con esta casa que no había sido hecha para él; pero, añadido de nuevo, que lo que había podido bastar á un orador ilustre, que tenía gusto por las cosas bellas, rico, que tenía á pueblos enteros por clientes, colmado de regalos, que había hecho venir á artistas griegos para decorar con molduras y esculturas las partes esenciales de su casa, que lo que había podido ser suficiente para un amigo del arte griego como Hortensio, podía perfectamente convenir al emperador Augusto, con sus gustos y sus cálculos de sencillez.

Al lado había jardines cuya extension no era muy considerable, pero suficiente para construir en ellos algunos edificios, como lo hizo Augusto. Un templo ocupaba el centro de las poblaciones; al rededor del templo se desarrollaban grandes pórticos en cuatro lados; á estos pórticos se unian unas salas que componian una biblioteca.

El templo estaba consagrado á Apolo, á un Apolo particular á que Augusto había dado el nombre de Palatino.

¿Y por qué había preferido Apolo á los otros dioses? era el dios de la poesía, de las artes, de las musas; pero su devoción databa de mas léjos. En su juventud, en medio de la prostitucion sangrienta del triunvirato, había dado una fiesta que escandalizó á los romanos, y recordó lo que en Atenas había hecho Alcibiades en sus noches de depravacion. Había tenido la idea, con once de sus amigos, conspiradores ó fautores de guerras civiles como él, de celebrar un banquete secreto, un banquete de los doce dioses. Se vió llegar á los doce amigos vestidos de divinidades, y al decir amigos no defino el sexo, pues en los doce dioses están comprendidas las diosas. Aquello era un sacrilegio tanto mas injurioso para los romanos, cuanto que una de las grandes solemnida-

des de Roma era la fiesta de las Camas, *Lectisternium*. En los dias de victoria ó de supremo peligro, se preparaba un festin, se traian del Capitolio las estátuas de los doce grandes dioses y diosas, las trasportaban con pompa, y las ponian en una cama, donde les servian el festin.

Augusto, ese hombre que debía ser mas tarde tan sobrio, que, en su vejez, llegó á vivir con dátiles é higos, encontró divertido parodiar en una orgía ese banquete de los doce dioses. Ya sea que su belleza ó que razones de familia lo decidiesen, había tomado el traje de Apolo, y tomó asiento entre Latona y Diana, como dios de la luz. Este acto licencioso se supo desde el dia siguiente: grande fué el escándalo, y han legado hasta nosotros monumentos incontestables de la irritacion pública. Marco-Antonio primero, que en ese tiempo aun no era cómplice de Octavio, se apresuró á divulgar un secreto que fué de los primeros en saber. Hizo contra ese sacrilegio unos versos que Suetonio nos ha conservado. Los versos no son muy buenos, pues se puede ser á la vez un triunviro malvado y un mal poeta. Pero mientras Antonio hacia versos, el pueblo los hacia tambien y no ménos elocuentes. Habiendo faltado los convoyes de trigo en Ostia, se escribió en las paredes: «No es de extrañar que los ciudadanos se mueran de hambre, pues los dioses se han comido todo el grano.» Se añadia: «que el mas gloton de todos los dioses era Apolo Verdugo.» Es notable que muy temprano el pueblo haya dado á Octavio ese nombre, que Mecenas al fin de su vida debía arrojarle al rostro, un dia que en el tribunal criminal el viejo emperador condenaba imperturbablemente á muerte á todos los acusados. El pueblo había grabado tambien en las paredes: «Apolo Torturador.»

En esto hay una especie de juego de palabras, que se refiere á la topografía de Roma.

En efecto, así como en muchas ciudades habia la calle de los Boneteros, de los Silleros, existia en Roma una calle donde se vendian cueros, correhuelas, azotes é instrumentos de suplicio. Los que comerciaban en esta clase de productos eran muchos y estaban ahí agrupados; recordad que en efecto la guerra civil habia hecho estos instrumentos de un uso muy frecuente. Además, las grandes casas de Roma contenian prisiones particulares para los esclavos, y los amos reunian todas las variedades de estos instrumentos de tortura. En aquella calle, pues, se vendian fuetes, manojos de varas, hachas de liectores, y ¡Dios sabe cómo se multiplicaron y fueron empleados los liectores durante las proscripciones de Octavio y Antonio! Como el barrio tenia un pequeño templo consagrado á Apolo, al dios se le habia dado el sobrenombre de Verdugo. Y como Octavio habia tomado el traje y los atributos de Apolo, el pueblo lo asimiló inmediatamente al último de los Apolos de Roma, á Apolo Torturador.

Mas tarde, ya sabemos que despues de la batalla de Actio que decidió la suerte del imperio romano, poniéndolo á los piés de Octavio, este consagró su victoria á *Apolo Actiaco*.

Por estas razones ó por otras que ignoramos, Octavio tenia culto particular por Apolo. Al lado de la casa que habia comprado y en los terrenos libres, hizo levantar el templo de Apolo Palatino, y lo rodeó de pórticos que debian preceder á una biblioteca. Trataré de haceros comprender, por medio de algun plano análogo, que tengamos á la vista el aspecto del templo de Apolo Palatino y de los accesorios que lo rodeaban. Figuraos el palacio real, y sus cuatro hileras de arcos cambiados en pórticos sostenidos por columnas con capi-

teles, en lugar de arcos abovedados; pensad que las columnas tienen la ventaja de ser ménos pesadas, mas elegantes, de dejar pasar el sol y la luz y de tener la apariencia mas monumental. En lugar de las tiendas que están en el palacio real, suponed construcciones mas espaciosas, y tendreis unos salones como las tiendas bajo los arcos, destinados á contener los manuscritos, los papiros, las colecciones de objetos preciosos, sobre todo de piedras grabadas. Suponed en medio del palacio real un templo, un paralelógramo con su peristilo, y tendreis el templo de Apolo Palatino, desprendido de los cuatro pórticos particulares que lo rodean y que forman los cuatro lados de la biblioteca. Ahí se reunian los ciudadanos letrados, los trabajadores y los ociosos de la inteligencia, ya para escuchar lecturas, ya para oír á los poetas recitar sus versos, ya para buscar materiales en las salas de la biblioteca, ó bien para solazarse con la conversacion. Además, en el espacio al aire libre que separaba el templo de los pórticos de la biblioteca, habia un coloso de bronce que representaba á Apolo y que no era el del santuario, sino un coloso aislado que, segun dice un comentador de Horacio, reproducia las facciones de Augusto.

Este hecho no lo cita sino un comentador oscuro, Acron; por consiguiente hay motivo para ponerlo en duda. Me parece que era demasiado temprano. Que en tiempo de Neron, cuando los espíritus están hechos á la servidumbre, se erija el coloso de Neron asimilado al dios Sol, que se dore ese coloso de arriba á abajo, que tenga 110 piés, me parece natural; pero obrar así en tiempo de Augusto, hubiera sido prematuro; en los momentos en que les rendia á los hombres inteligentes de Roma, era difícil que se asimilase á un dios, sobre todo bajo el aspecto de coloso, que es la forma mas mages-

tuosa. La estatua tenia 15 metros de altura, y dicen los antiguos que era de bronce fundido en Etruria, y que tanto se admiraba la belleza de la forma como la perfeccion del trabajo. En una palabra, segun este testimonio parece que el arte etrusco, en el siglo de Augusto, tenia todavía fábricas que practicaban siempre el arte de fundir, que le era propio como al arte griego, y que era capaz de ejecutar un coloso de 15 metros.

Tal era el conjunto del monumento. El templo en medio; un gran espacio vacío, bosqueillos, flores, fuentes; en un ángulo un pedestal y una estatua al aire libre; al derredor de este espacio vacío, cuatro hileras de pórticos unidos entre sí. Estos pórticos no eran mas que la parte delantera de una serie de salas, contiguas una á otras, que tenian sus puertas y salidas para los pórticos, y que servian para el uso de los bibliotecarios y del público.

Las columnas de los pórticos eran magníficas. Eran de un hermoso mármol, de mármol africano, veteado de manchas rojas, violetas, negras, y de una extremada riqueza, como todavía se ven algunas en Roma, é indudable es que mas de una mejora se ha hecho en las iglesias de Roma con esas columnas del Palatino. Entre cada columna de mármol africano, habia una estatua, estatuas que habian sido llevadas de Grecia por Augusto, pero no sabemos de dónde las habia tomado. Representaban las cincuenta Danaides, y la quincuagésima primera era su padre, Danao, colocadas entre cada columna. ¿Y por qué, señores? ¿No habia en esto una intencion simbólica? ¿Esas Danaides esforzándose incesantemente por llenar sus toneles, que se vacian siempre, no son el símbolo de la ciencia que trata de saciarse y no consigue jamas su objeto? ¿No son el símbolo de nuestra memoria, que va á

recoger conocimientos á las bibliotecas, y que deja escapar lo que ahí recoje?

En fin, esa disposicion de pórticos que rodean un templo, está tomada de las construcciones de Metelio Macedonio, y habia causado sensacion, puesto que fué reproducida en el templo de Trajano. Este templo, del que se descubrieron magníficos fragmentos en Roma, el invierno pasado, estaba tambien rodeado en tres lados de pórticos, y el único que estaba abierto daba sobre la Basílica y sobre la plaza de la columna Trajana.

La biblioteca era pública. Y por esto, no falta quien exclame: «¡hé aquí una cosa liberal,» y quien me diga: «hé aquí los beneficios del poder de uno solo! Ha sido preciso Augusto, para que hubiese una biblioteca en Roma; ese espléndido monumento abierto á todos los amigos del arte griego y del arte latino, compensaba muchas cosas y hacia palidecer de rabia á vuestros republicanos romanos.» Pero recordad, señores, que os he prometido demostrar que todo lo hecho bajo el imperio, puede ser mas grande, mas magestuoso, hecho con materiales mas costosos que bajo la república; pero en los monumentos de esta, el tipo habia existido siempre. Así sucede en cuanto á la biblioteca Palatina, que no fué una invencion propia de Augusto. No era necesaria la accion del poder absoluto para obtener el beneficio de una biblioteca pública en Roma, ya ántes la habia habido, y debida á la iniciativa de particulares que eran ricos, y á los esfuerzos de particulares que amaban las letras.

Se habia visto á Lúculo mandar construir una biblioteca en su inmenso palacio, que copió de los de la Grecia, y no digo que de la de Alejandro, que era un mundo, pero sí probablemente de las de Atenas, de Seleucia, de Pérgamo, y de

todas las ciudades en que se habian levantado esos santuarios del trabajo y del pensamiento. Se nos habla, muchas veces, en nuestras clases, de los festines de Lúculo, de las cocinas de Lúculo; esto es tomar la historia por su lado mezquino; es necesario tambien ver el lado hermoso de la vida de los grandes señores de la república. Veamos lo que hizo Lúculo: mandó construir una biblioteca, con pórticos, exactamente semejante á las de la Grecia. Y estos pórticos tenian su razon de ser, y era que en los climas ardientes, en donde el sol y la sombra son igualmente necesarios, los pórticos dando á cuatro lados, ofrecen sombra en el lado Norte cuando la estacion es caliente; el sol bienhechor en el lado Sur, cuando la estacion es fria; mientras que los pórticos intermedios del Oeste y del Este, sirven para las estaciones dudosas y para las personas que huyen las temperaturas extremas. Las bibliotecas de la antigüedad no se parecen á las de los tiempos modernos. No consistian en una enorme aglomeracion de edificios, en donde se acumulaban los volúmenes, ni en una sola sala, donde la primera ley es el respeto del vecino y el silencio. Gracias á su extension, y á la multiplicidad de sus subdivisiones, las bibliotecas antiguas estaban en parte expuestas al aire, y en parte cerradas.

Habia salas á donde se retiraban los que querian trabajar; habia pórticos en donde se establecian en el sol, los que querian dedicarse á lecturas divertidas y que no temian que los distrajesen; habia pórticos para conversar. Ahí se reunian los filósofos y los espíritus superiores; ahí iban, en tiempo de Augusto, á comunicarse sordas cóleras, maledicencias demasiado verídicas; pero no hubieran podido hacerlo en tiempo

de Tiberio, porque de cada columna habria brotado un delator.

Lúculo habia construido una biblioteca, no para él solo, no para algunos amigos, sino que su biblioteca era pública á la que todo el mundo podia entrar, así los ciudadanos romanos como los del mundo entero, y sobre todo los griegos; los griegos entónces tan escuchados, tan seductores, alrededor de los que se formaban grupos bajo los pórticos de Lúculo. Otro romano, el primer protector de Virgilio, Asinio Polion, á su vez, habia mandado construir una biblioteca mas grande aún, ¡y qué bello nombre le dió! Se llamaba el *Atrio* (como si dijéramos el Santuario) *de la libertad*, como para decir que no hay libertad posible, sino en donde el pensamiento se recoge y se eleva sobre las debilidades de los hombres.

La de Augusto, en fin, es la tercera. Será la mas rica, contendrá los monumentos mas preciosos, y en mayor número, estará tal vez dispuesta con mas orden y método, pero porque, siendo posterior á las otras dos, habrá aprovechado la experiencia adquirida, porque Augusto todo lo puede, porque la ha revestido con los despojos del mundo. Para adornar las salas habia bustos de todos los grandes hombres, bien de Grecia, bien de Roma, uso que se remonta á los griegos, á las bibliotecas de Seleucia, de Pérgamo, de Alejandría. Como mueblage, habia los armarios y las cajas [*serinia*] en donde se depositaban los manuscritos. Esos armarios hacian parte del adorno, porque eran de materias preciosas, de maderas incrustadas de colores, de otras de países lejanos acomodadas segun los coloridos y los colores, de manera que formasen dibujos. Podeis formaros una idea de esta clase de decoracion por la biblioteca del Vaticano, contenida en una serie de armarios, demasiado bien cerrados para los que

quieren estudiar, pero cubiertos de arabescos, que se elevan un poco mas arriba de la cabeza humana, pero no mas, y de los que cada uno contiene un pequeño número de libros. Hay en esto un dato de la antigüedad. En los manuscritos de los siglos V, VI y VII hay pinturas que representan unos armarios con manuscritos, y así es como podemos formarnos una idea de las bibliotecas de los antiguos.

En los estantes habia pequeños anaqueles ó divisiones, no separados como los nuestros por un grande espacio, sino al contrario muy cerca unos de otros, pues los manuscritos enrollados estaban puestos de plano entre cada anaquel; en la extremidad del manuscrito estaba atado un hilo de seda ó de metal, y en una etiqueta que bajaba del anaquel, constaba el nombre de la obra. Por consiguiente, en un estante se podian colocar cuatro ó cinco veces mas manuscritos que volúmenes colocamos hoy. Esos estantes eran de maderas de calidades requeridas. En el dia no podemos abrigar gran temor de que la polilla se coma los libros, pues estos se hacen generalmente de papel preparado con cloruro, que le roe pero que ahuyenta los insectos. Entre los antiguos los manuscritos eran de pergamino, materia animal mas susceptible de ser atacada por los gusanos. Se construian los armarios de las bibliotecas, de maderas incorruptibles, como el cedro, el cipres, cuyo olor y sabor amargo alejaba los insectos.

Para guardar los manuscritos se servian no solo de armarios, sino tambien de cajas, y habreis visto en las pinturas de Pompeya, al lado de las estatuas antiguas que representan á un orador ó á un poeta, la imágen exacta de un cofre que contiene manuscritos. Es una caja enteramente redonda, con su tapa. Esta tapa tiene un pié que se adapta á

una cerradura; y se pueden encerrar en esta caja redonda, quince ó veinte manuscritos segun sus dimensiones.

Llego al templo de Apolo, uno de los mas magníficos de los contruidos bajo Augusto.

El templo era de mármol blanco. Delante del templo habia un altar. Augusto creyó ingenioso consagrar el recuerdo de las hecatombes que se ofrecian á los dioses los dias de fiesta, poniendo en los cuatro ángulos del altar, cuatro estatuas de vacas del célebre escultor Myron, admirables por su naturalidad y aun por su belleza. Se veia á los animales siempre dispuestos al sacrificio.

Sobre el fróntis habia una losa chata, como la veis en los monumentos romanos figurados en las medallas, en la que habia una cuádriga.

Una vez subidas las gradas del templo, teníanse delante las puertas. Eran estas de marfil esculpido, hechas de pedazos unidos y ajustados con el arte exquisito de los antiguos griegos, sobre los que se habian esculpido bajo-relieves que divididos en pequeños cuadros ó compartimientos representaban: en una hoja, la historia de Apolo y de Diana, vengando á su madre Latona en los hijos de Niobe; en la otra hoja, la derrota de los galos, arrojados del monte Parnaso. Los galos habian querido saquear el templo de Delfos, Apolo habia venido en auxilio de su templo y los habia anonadado con el rayo expulsándolos del Parnaso. Estaban representados en completa derrota, precipitándose de roca en roca, cayendo sobre sus armas y matándose unos á otros en su horrible confusion.

Estas puertas, quitadas evidentemente á la Grecia, recuerdan las del Bautisterio de Florencia, aunque no me atrevo á comparárselas ni por el estilo ni por la forma.

Al entrar en el templo, se veía la estatua de Apolo en el fondo, á su derecha Latona, á su izquierda Diana.

Pero, señores, ¿de quién eran esas estatuas? ¿Eran obra de artistas romanos contemporáneos de Augusto, ó de artistas griegos venidos á Roma por orden suya y capaces de hacer trabajos tan importantes? No, á esos artistas se les empleaba en multiplicar las estatuas de Augusto y de su familia. La estatua de Apolo era de Scopas. La de Diana era de Timoteo, otro escultor ateniense que habia trabajado con él en el *Mausoleo*, y la de Latona era de Praxíteles, rival de Scopas, que representaba en el arte ateniense el lado delicado, afeminado, voluptuoso, miéntras que Scopas representaba la fuga, la pasión, la violencia de los movimientos.

Ese Apolo del interior del templo, se llamaba el Apolo Musagetes (que conduce á las musas). No tenemos esa estatua, pero en tiempo de Augusto han debido copiarla para repetir la en los santuarios privados, pues se hacia la corte á Augusto, copiando aquel hermoso mármol de Scopas. En el Vaticano hay, en efecto, un mármol conforme á las descripciones que nos dejaron los antiguos del Apolo Musagetes. Este Apolo tenia la cabellera abundante, estaba cubierto con una gran túnica que le caía hasta los piés, y que está como agitada por el viento ó por un soplo interior, y es tan amplia que parece el vestido de una muger. El pecho está sostenido por un ancho cinturón semejante á los que usan los actores en las pinturas de Pompeya.

Habia tambien á derecha é izquierda de las tres divinidades, el coro de las musas formándoles una especie de cortejo eterno.

En el interior del templo se veía tambien un monumento célebre, que era mas bien la obra maestra de un artesano y

no de un artista: era un gran candelabro de bronce que tenia la forma de un manzano; en vez de frutos, tenia lámparas suspendidas en sus ramas, y cuando se prendian á aquellas lámparas, que figuraban unas manzanas, parecia tener frutos luminosos. Este candelabro era de origen griego; Augusto lo habia tomado del templo de Cymé en la Asia Menor, en donde Alejandro lo habia consagrado á Apolo. Se veian tambien en los frontis del templo, estatuas muy antiguas, obras de artistas griegos llamados Búpalo y Antermo, que remontaban al siglo de Pisítrato. Augusto habia quitado á la isla de Scio estos productos de las escuelas primitivas.

Para terminar esta nomenclatura, diremos que al lado de los manuscritos de la biblioteca habia un depósito de piedras grabadas. El jóven Marcelo, sobrino de Augusto, habia tenido pasión por los camafeos y las piedras grabadas y habia formado una coleccion; y como murió jóven, se reunió esta coleccion en la biblioteca Palatina, y la sala en que se exhibia, se llamó Dactylióteca, nombre griego, cosa, recuerdo griego.

Como veis, señores, tal era la habitacion de Augusto en el Palatino. La casa, que es modesta, pero que tenia hermosas proporciones, que habia bastado á Hortensio, y que bastó al emperador, está contigua al templo de Apolo y á las salas de la biblioteca.

Entre la casa y el edificio público habia una comunicacion análoga á la que existia en el Luvre cuando lo habitaban los soberanos, entre su habitacion privada y la parte de ese monumento destinada á usos públicos. Así habia en el Luvre colecciones preciosas y ahí tenia sus sesiones la academia de escultura y de pintura. Al emperador, cuando se volvió vie-

jo, no le gustaba bajar al Palatino. Cuando tenia que convocar el senado, lo hacia en el santuario de Apolo. Saliendo de su casa, se encontraba frente al peristilo del templo, y solo unos cuantos pasos tenia que dar para presidir las reuniones del senado.

¿En qué estado se encuentra hoy el terreno? ¿Qué datos podemos hallar allí?

Sabeis que el lugar antiguo está en el día ocupado por la quinta Mills, trasformada en convento de la Visitacion. Cuando estais cerca del arco de Tito, si mirais á vuestros piés, hácia una pequeña callejuela que entre dos paredes conduce al convento de Capuchinos y al de la Visitacion, percibís un enlosado antiguo formado de trozos de forma polígona admirablemente ajustados. No se distinguen mas que tres metros de largo. A poco ese enlosado desaparece bajo la tierra que se ha llevado allí en los tiempos modernos. Si echais una ojeada á los jardines vecinos, vereis que el Sr. Rosa, que examina los jardines Farnesio para el emperador Napoleon III, ha hecho reaparecer, en el interior, un enlosado polígono. Es el mismo camino que sigue; y ese camino enlosado no es mas que la vía que conducía, en la antigüedad, á la biblioteca Palatina, al templo de Apolo y á la casa de Augusto. Pero de repente el enlosado pasa bajo los muros del claustro, y tiene uno que detenerse. Este claustro es el convento de la Visitacion, en otro tiempo la quinta de Mills.

En 1857 las religiosas de la *Visitacion* compraron el terreno y se establecieron ahí: puede decirse que nunca ha habido nombre mas merecido que el de ese convento. El año pasado os conté, señores, el sitio pacífico que estas religiosas tenian que sufrir; por un lado el Sr. Rosa que tenia muchos

descos de hacer pesquisas en la direccion de la casa de Augusto; por el lado opuesto, en un jardin que en otro tiempo fué el jardin de los irlandeses y que el Papa habia comprado, el caballero Guidi, antiguo agente del marques Campana y agente del Papa Pio IX, queria decentar el convento y habia comenzado á hacer subterráneos, con la esperanza de pasar bajo el muro medianero, á fin de hacer sus investigaciones en secreto á veinte piés bajo el suelo del monasterio. Se ataca de este modo á las religiosas por el lado Norte y por el Sur. Es el único punto en que están de acuerdo el imperio y el papado. En la vertiente que mira al valle del Circo están los restos de una escalera por la que se subia al Palatino en los últimos tiempos del imperio romano. Por desgracia, hoy día hay una pared á pico y un jardinero que no quiere dejarse cohechar, y la entrada es imposible. Un día toqué en la puerta de la fachada principal, á pesar de que en la puerta está inscrita la palabra *clausura*. Pude echar una ojeada al primer prado. Ví un espacio cultivado, alcachofas, *broccoli*, pero nada de ruinas, el terreno habia sido completamente igualado para las necesidades del cultivo.

Querriase colocar en otra parte á las religiosas, cuya presencia hace imposibles las pesquisas; se les persuade de que el lugar no es sano, que sufren fiebres; todo el mundo se interesa por su salud, el Papa, Napoleon III, los anticuarios romanos; y se espera trasportarlas á otra parte. En fin, se ocupan singularmente de la casa de Augusto: esto puede interesar mucho á ciertas personas; en cuanto á mí, confieso que la cosa por sí misma, poco me interesa. No será sino una casa de Pompeya. Que Augusto haya dormido, vivido en ella, es cuestion de culto á un ídolo. Lo que sí será in-

terésante, será el templo de Apolo Palatino y los pórticos de la biblioteca.

Ademas, no hace mucho tiempo que la quinta está cerrada; ha sido visitada y descrita, y cuando fué visitada y descrita habia pocas ruinas. Las investigaciones se hicieron en 1777; se encontraron tres cuartos que debian pertenecer al primer piso, y que nada particular tenian, excepto para los corazones que palpitan al solo recuerdo de Augusto; pero para el arte no hay ilusion. Olvidaba decirnos que la casa de Augusto se quemó el año 756 de Roma. Augusto tenia 63 años.

El incendio no fué considerable, pues en una casa antigua no hay mucho que se queme, si no son los pisos superiores, pues los pórticos, los patios, ofrecen espacios al raso que detienen las llamas. No necesito decirnos, señores, que fué aquel un dolor inmenso, universal, y como sabian que Augusto tenia en su mano la fortuna de todos, cada cual le ofreció su fortuna privada. Los cuerpos colegiados, los senadores, los caballeros, los centuriones, los decuriones fueron á suplicar á Augusto que aceptase sus bienes para reconstruir su casa. Augusto, como buen cómico que era, comprendió muy bien que le estaban representando una comedia, no tomó á ca la uno mas que un dinero de plata, volvió á hacer su casa, un poco mas elegante que ántes, porque era soberano pontífice, y que á un soberano pontífice convenia, decia él, estar bien instalado; pero no consintió en embellecerla sino á título de soberano pontífice. En el lugar de la casa de Augusto propiamente dicho, las pesquisas no tendrán interes ni bajo el punto de vista histórico, ni bajo el punto de vista artístico; sino en el terreno que se encuentra delante, porque ahí estaba el templo de Apolo Palatino, con sus magnificas

columnas de mármol africano y los admirables adornos que hemos descrito.

No dudo que los escavadores de la edad media hayan sacado de ahí casi todo. Pero los datos topográficos subsistirán, y tenemos alguna esperanza de conocer las disposiciones del templo de Apolo Palatino, así como conocemos tan bien, merced á las pesquisas del Sr. Rosa, las construcciones del palacio de los Flavios.

Así, señores, veamos ahora qué era lo que escondia esa casa de Augusto, cuya magnificencia ha querido hacernos comprender en todo lo que era público y estaba al alcance de los ciudadanos, y todo lo que tenia de sencillez elegante, griega, de buen gusto, la parte reservada al emperador. Veamos cómo se vivia en esa casa, que ha sido objeto de tanta curiosidad; cuál era el interior de ese hombre, que se nos representa como al mas feliz de los soberanos, el mas inatacable de los sábios y de los hombres moderados. En otros términos, trataré de mostraros las principales figuras que rodeaban á Augusto, los miembros de su familia, ya por la sangre, ya por las alianzas; procuraremos encontrar las huellas de esa vida íntima, ya con ayuda de la historia, ya con ayuda de los monumentos, rectificando la historia por medio de los monumentos, y cuando guarde silencio, supliendo este silencio con lo que nos enseñen los monumentos. Reconoceréis que hay una moralidad aun en este gran juego del destino que se llama la historia. Vereis que el arte de engañar á los hombres tiene su compensacion, que la conciencia no se vela con una falsa serenidad, y que los atentatos contra la patria, tienen su expiacion aun en vida del culpable. Penetraremos en los castigos secretos de este hombre, que la posteridad engañada exalta al rango de los dioses.

para él una esperanza ó un temor, vereis que habia en su vida grandes dolores, suavizados por el egoismo, pero muy sensibles, y que en la casa imperial habia verdaderas plagas que fueron la expiacion del poder que Augusto habia conquistado de una manera á la vez violenta y tortuosa.

Livia y las dos Julias, su muger, su hija única y su nieta, fueron verdaderas plagas para él. Las dos primeras, sobre todo, merecen que se les estudie. Son dos tipos históricos, y podria decir dos prototipos, que de antemano reasumen á la mayor parte de las mugeres y de las hijas de los emperadores futuros, ambiciosas ó prostitutas, malvadas ó desvergonzadas. Tenemos sus retratos, que completan la historia. Empezaré por la emperatriz Livia, que fué, segun Tácito, *una madrastra funesta para la familia de Augusto y para el Estado.*

Augusto habia tenido tres mugeres. En su juventud se habia casado con una persona, apénas núbil, de la familia Claudia, á quien repudió virgen todavía, para casarse con otra romana, pariente de Pompéo, Scribonia, de la que tuvo á la famosa Julia. A su vez repudió á Scribonia, por causa de adulterio, y sobre todo, porque tenia el proyecto de casarse con Livia. Livia, su tercera muger, le habia inspirado una pasion loca; estaba casada con Tiberio Claudio Nero y en cinta de seis meses, cuando Octavio envió á Tiberio Nero la órden de que repudiase á su muger. Los historiadores dicen que esa órden causó un profundo dolor á Tiberio, pero que tuvo que obedecer, no pudiendo oponerse á la voluntad del triunviro. Tácito añade que no se sabe si Livia se prestó ó no á ese divorcio, *«incertum an invitam.»* A los tres meses que Livia dió á luz, se envió el niño á su padre. De este modo Livia llegó á ser con Augusto el personaje mas

III.

LIVIA Y LOS JOVENES CÉSARES.

Augusto, dueño de sí mismo, dueño de los demas, vivia en apariencia en una gran seguridad, exento de todo remordimiento, al abrigo de toda prueba, en esa tranquilidad de alma que es el término medio entre el egoismo y la falta de inquietud. Parecia, pues, que una perfecta felicidad habia recompensado una vida que no estaba exenta ni de audacia ni de crímen.

Pero, señores, existe la expiacion: la hay en todos tiempos, en todas situaciones, y aunque la remuneracion del bien y del mal no sea siempre aparente á los ojos del observador, tanto en la historia como en la vida humana, existe un castigo al lado de las faltas que se cometen: esto es evidente en cuanto á Augusto. Si pasais revista á los personajes que vivian en su intimidad, que componian su familia, que eran

considerable del imperio, y para mí, mas considerable que Augusto.

Livia tenia cualidades. No se inspira pasion á un hombre como Octavio, y á un gran señor romano como Tiberio Claudio, sin merecer inspirarla. Varios monumentos atestiguan que era hermosa, y no solo era hermosa, sino muy inteligente y de un espíritu cultivado; amaba las letras, la poesía, las artes; lo prueban los monumentos que hizo construir y los objetos de arte de que se rodeó cuando al fin de su vida se retiró al campo. Tenia ingenio, sangre fria; era una persona superior en la extension del término.

Era honrada, no le quitemos ese mérito, ya que no tendremos mucho que elogiarle. Los historiadores antiguos lo han dudado algunas veces, y el mismo Dion, que ha hecho el elogio de los emperadores, parece proponerse una cuestion cuando habla de la honradez de Livia, diciendo que ocultó lo bastante su vida para que nada se haya podido probar. No creo que se deba abrigar esta duda. Necesario es dejar á Livia la castidad, que no está en contradiccion con su carácter, y que al contrario lo completa. Habia, en efecto, en ella, aspiraciones tan altas, que en nada tenia las emociones subalternas, tales como la satisfaccion de pasiones efímeras. La frialdad, la dominacion de los sentidos, eran necesarias para una muger que queria ser grande como lo fué Livia. Apenas entró á la casa de Octavio, y supo borrar el escándalo de su matrimonio y rodearse de exterioridades imponentes. Tenia una vida sencilla, digna, y trataba de recordar á las antiguas matronas; hilaba ella misma la lana de los vestidos de Augusto, afectaba un ódio profundo hácia el lujo, que habia invadido la casa de las señoras romanas; era cásta sin exageracion. Era una matrona muy medida, con

una sencillez que era el colmo del arte y que podia hacer creer en la realidad de todos los sentimientos que afectaba, y de ello dió pruebas un dia. A su paso, unos hombres se mostraron enteramente desnudos. ¿Fué por insultarla ó por descuido? La historia no lo dice. El hecho era grave; era un crimen de lesa-magestad. Livia prohibió que se persiguiera á aquellos audaces, diciendo: «Para una muger cásta, esos hombres no son mas que unas estatuas.» La frase es digna de una Virginia ó de una Cornelia.

Este es el lado hermoso, pero tiene su reverso. Tácito dice que era una esposa llena de facilidad, una esposa cómoda, *uxor facilis*; cerraba los ojos respecto de las pasiones y las infidelidades de su marido. Y hacia mas todavía: se presentaba ya á satisfacer la pasion que le inspiraban otras mugeres, ya á hacerla nacer.

En lo que sobre todo se parecia á su marido, era en la ambicion y la política. Tácito ha dicho en dos palabras, [*artibus mariti*] lo que no se puede absolutamente traducir sino con el nombre de Maquiavelo; era disimulada, mucho mas política que Octavio, tenia todo el maquiavelismo de Augusto; y creo que con el carácter que le reconoce la historia, y que atestiguan tambien sus imágenes, ha debido tener sobre Octavio un poder mayor que el que se cree. En esa trasformacion maravillosa del carácter violento, impetuoso, sanguinario del jóven Octavio, que llega á ser dueño de sí mismo, capaz de dulzura, de moderacion y de una hábil hipocresía, se ve la influencia de una muger.

Sabeis lo que puede la muger sobre aquel cuya existencia comparte durante muchos años; y Livia, durante 49 años, vivió con la vida de Augusto. Ciertamente tuvo grande influencia sobre todo lo que le rodeaba, y principalmente sobre

su marido. Si quereis penetrar ese carácter, recordad que era madre de Tiberio, que se ha conservado en el mundo como un modelo completo de hipocresía profunda y astuta, y que Calígula, que era su biznieto, que no la quería, pero que debía un día alabarla públicamente despues de su muerte, tenia costumbre de llamarla Ulises con enaguas, queriendo decir que tenia la maña y toda la perfidia de Ulises.

¿Corresponden las imágenes que tenemos en los museos á las descripciones de los antiguos? ¿Cuál era su figura y esa belleza tan ponderada? En general, las facciones del rostro son una especie de espejo del alma, sobre todo cuando se trata de una alma de pasiones fuertes. Por desgracia, aunque tenemos cierto número de monumentos antiguos que representan á Livia, no hay muchos que nos inspiren entera confianza.

La imagen mas bella que de Livia existe, la tenemos en Paris, en el Luvre; es la estatua que se encuentra hoy en la sala baja, que se llama, segun creo, la sala de los emperadores, y que estaba ántes en otra parte del museo. Esta estatua, ántes de las guerras del imperio, se hallaba en la quinta Pinciana. Fué uno de los rescates dados al primer cónsul y se le quedó á la Francia. Ha sido restaurada en estatua de Ceres; las espigas que tiene en la mano son de un escultor moderno, y en la cabeza tiene una corona de flores.

Otra estatua que tiene ménos interes, porque fué hecha para una provincia, es la encontrada en Otricoli. En la curia municipal habia cierto número de estatuas colocadas de modo que hacian juego unas con otras y que representaban á la familia imperial. Se encontró, por ejemplo, en frente de Augusto á una muger vestida de sacerdotisa; es Livia, sacerdotisa de Augusto. En los nichos mas lejanos habia dos

estatuas de jóvenes; en una se reconoció á Calígula; en la que está enfrente se ha querido ver á Marcelo. Ya diremos lo que de esto deba creerse. Pero esta estatua de Livia tiene ménos interes que la del Luvre, pues Livia no fué sacerdotisa sino despues de la muerte de Augusto.

Livia, generalmente no está representada en las monedas. Las que tienen su efigie son monedas acuñadas bajo Tiberio, cuya omnipotencia compartia asociada al imperio, hasta el grado de importunar á su hijo. Algunas de esas monedas acuñadas bajo Tiberio representan á la sacerdotisa Livia con la inscripcion *Diva Augusta*, cuyo nombre debió tomar, porque Augusto le habia dejado en su testamento la mayor parte de su fortuna. Semejante testamento, segun la ley romana, constituia la adopcion, y al volverse hija de Augusto, Livia tomaba su nombre. Pero no pudo tomarlo sino despues del testamento que instituia la adopcion, es decir, despues de la muerte del emperador. Además, la medalla tiene inscrita la época en que se acuñó: se ve que data de Tiberio, del año vigésimo cuarto de su tribunado. Tiberio habia sido, bajo Augusto, diez y seis veces tribuno, y ocho siendo él mismo emperador. Livia tenia, pues, 76 años, y al ver la medalla se mira á una jóven de veinticinco.

En cuanto á los camafeos, son mas bien de cuando Livia habia llegado á la vejez, pues lleva la corona de sacerdotisa, y no obstante, sus facciones son las de la juventud. Es porque los artistas griegos que trabajaban en Roma no eran afectós á representar las enfermedades del cuerpo, ni las señales de decadencia que los años dan al rostro; tenian una manera de idealizar sus modelos que consistia en rejuvenecerlos. Hay, sin embargo, un camafeo, que reproduce á Livia, ya de edad. La papada traiciona la madurez; la cabeza

coronada de laurel, quiere decir que Livia es sacerdotisa de Augusto, pues la corona de laurel es el símbolo del pontificado. Por consiguiente, esa obra fué hecha despues de la muerte de Augusto.

Pero la estatua que está en el Luvre merece toda nuestra atención. Es un gran monumento, mas hermoso que los otros, y mejor conservado, excepto los atributos de Ceres, que han sido hechos últimamente. El peinado es bonito. Los cabellos tienen esas ondulaciones que son peculiares de las magníficas cabelleras negras con reflejos azulados de las mugeres italianas; tiene tambien una espesa corona de flores. Hay en el rostro una robustez agradable, amable, que no disimula el escultor; las facciones son bellas, el cuello tiene esas dos líneas que se llaman el collar de Vénus. Todo anuncia á una persona que ha podido inspirar grandes pasiones. La frente es neta, límpida, tersa; tiene algo de inatacable, como la pureza material del acero bien pulido; parece que ni el resentimiento ni la cólera pudieran dejar en ella huella alguna, ni que una pasión pudiese alojarse allí, ni una idea traicionarse; es lo que se llama una frente de bronce, en el buen sentido de la palabra, una frente lista á todo y sobre todo á no sonreirse. Los ojos son un poco saltones, no tienen la ancha cavidad de la órbita de los ojos griegos, y como los artistas griegos eran inclinados á idealizar sus modelos, supongo que Livia tenía los ojos mas saltones que los de la estatua. A pesar de esto, los ojos son hermosos, tienen armonía, tienen carácter, tienen poder, y aun una gran tranquilidad. Hasta donde la escultura deja emanar algo del mármol silencioso, se adivina una mirada que debía penetrar fácilmente la de los demas, sin dejarse penetrar ella misma.

La nariz es aguileña, ligeramente levantada en el medio

de su curva, pero tiene otra circunstancia característica: las ventanas de la nariz están comprimidas en direccion del rostro. La costumbre de dominarse, se traiciona en el juego de los cartílagos que forman la extremidad de la nariz. En efecto, si en la cara humana, la parte superior de la nariz es inmóvil, la parte inferior, al contrario, se contrae con la influencia de las pasiones; hay, pues, en las ventanas de la nariz una gran expresion de cólera, de sensualidad ó de compresion moral. La nariz de Livia descubre una verdadera maldad; tiene una expresion opuesta á la del resto de la cara, que tiene gracia y respira calma. Pero llegando á la boca, la verdad se revela. Es una bonita boca, exageradamente pequeña; se pregunta uno si la verdad ha podido alguna vez salir de ella. En los ángulos de aquella boca tan pequeña, en aquellos labios tan delgados, no hay lugar para la expresion de un sentimiento, de una sonrisa, y podeis estar convencidos de que no por su voluntad un escultor del tiempo de Augusto se haya dado el gusto de hacer aquella boca tan diferente de las nobles bocas griegas bien abiertas, que presentan la célebre línea que se llamaba en tiempo de David el arco de Apolo, que era tradicional en la escultura de aquella época. En esa boca se ve algo mas que la maldad, y si en la cara de Livia alguna faccion expresa la inclinacion al crimen, sin duda es la boca.

En efecto, examinad, señores, el conjunto de la fisonomía, y vereis que es á la vez serena é implacable; sentireis, al ver esa cara, algo que os oprime el corazon y que os encanta al mismo tiempo, porque reúne los dos caracteres extremos de elevacion en la inteligencia y de refinamiento en la maldad.

El encanto principal de Livia, y que la escultura no pue-

de poner de manifiesto, pero que es fácil comprender, atendiendo al tipo romano de hoy día, es el brillo, la suavidad del cutis, una flor de epidermis extendida sobre un rostro lleno, con un colorido discreto incapaz de traicionar los movimientos del corazón. El encanto de la estatua es la belleza de las vestiduras, la elegancia, la expresión de aquella virtud que se llama la virtud de las matronas. Todo esto ha sido muy bien interpretado por el escultor, si acaso todos estos caracteres no son impersonales.

Otro rasgo llama la atención: una semejanza singular con una ave de rapina, no con el águila, sino con la lechuza, gracias á la pequeñez de la boca y de la nariz, á la forma del ojo y del arco de las cejas. Y no es que quiera decir una sátira. No creáis que sea esto un tipo de fealdad como entre las razas del Norte. No es lo mismo con las razas orientales; he visto mugeres en Oriente, que tienen esta semejanza de la manera más marcada; Lavater se detendría ante ellas, si las encontrase en la calle. Y sin embargo, eran muy bellas. Recuerdo, en Atenas, á dos jóvenes, dos hermanas de muy poca edad, que eran encantadoras, y que tenían esa pequeñez de boca y de nariz que se nota en la estatua de Livia; estas muchachas hacían recordar á la lechuza.

Desde los primeros días de su matrimonio con Augusto, Livia estuvo poseída de una ambición sin límites. No era vanidosa, ni tenía gusto por la ostentación y el lujo, sino que toda su vida prosiguió un solo fin, el poder de su marido, á quien aspiraba, y el poder de su hijo Tiberio, á quien esperaba dominar, así como había guiado secretamente á Augusto. Pero lo que amaba, tanto en su marido como en su hijo, lo que quería conservar á costa de sangre y de veneno, era la omnipotencia para sí.

Livia se casó con Octavio en 716. De este año al de 725, época en que fueron vencidos los partidos de Sexto Pompéo y de Antonio, transcurre un espacio de nueve años. Durante estos nueve años, señores, estad persuadidos de que Livia, con su prudencia, sus buenos consejos, su moderación aparente, su conocimiento de los hombres, ejerció una influencia considerable sobre su marido, cuya pasión por ella fué sin límites; pues hasta su último día Augusto estuvo ciego en cuanto á Livia (lo que es notable tratándose de un hombre tan desconfiado) y hasta el último día, tuvo sobre él un poder absoluto. Estoy convencido de que durante estos nueve años se operó la transformación del triunviro, que ántes no conocía sino un procedimiento político, matar á todo el mundo, aun á su tutor, aun á Cicerón, aun á sus amigos, desde que eran un obstáculo para su ambición. Livia comprendió que para llegar á confiscar las fuerzas de la república en provecho de uno solo, eran necesarios medios más duraderos, y que valía más asegurarse del corazón del pueblo después de haber suprimido las almas viriles que se habían atrevido á defender la libertad. Observad hasta qué grado se hace sentir la influencia de Livia en las últimas guerras del triunviro. Livia es la que hace regalos á Antonio, cuando este, dueño del Oriente, llena de humillaciones á Octavio, que no está listo, y cuando Sexto cuenta con la mar. ¿Qué es lo que entonces le aconseja Livia? La astucia, la temporización, el silencio. Hace que Antonio se case con la hermana de Octavio: Antonio la echa la primera vez, y se la vuelven á enviar con regalos, con dinero y con tropas, es decir, con lo más precioso que para él podía haber, y lo más peligroso para Octavio. ¿Y por qué? Porque aun no están listos, porque preciso es engañar á un adversario que todavía no se puede vencer.

AUGUSTO.

5.

Julia, hija de Octavio, se promete, cuando solo tiene dos años, al hijo de Antonio Antylo, que tiene diez. Todo es diplomacia, reserva, lazo, hasta el día en que se excitan los espíritus de los romanos contra Antonio, y en que las fuerzas de Octavio son capaces de vencer. Livia es la que refrena al joven triunviro feroz é impetuoso, la que le aconseja la paciencia y la política expectante. No fué ella la que casó con el maquiavelismo de Augusto como quiere Tácito, sino él quien se casó con el maquiavelismo de Livia, y quien insensiblemente fué formado por ella, hasta llegar á ser el dueño de Roma y del mundo.

Pero, si quereis, señores, examinar hasta el fin la carrera de Augusto, vereis que de cuando en cuando se escapa de esta dominacion, que reaparece su verdadero carácter cuando Livia no está presente, y que sus pasiones lo sorprenden de improviso; al día siguiente se corrije, se modera, vuelve á la prudencia, porque la muger vuelve al marido á la línea de conducta que le ha dado el poder y que puede conservárselo. Se ve que el alma del emperador es una tela ruda, doblada, retenida, restregada, por otra tela mas suave pero tambien mas fuerte, que es el alma de Livia. La asociacion de esta terrible pareja fundó la eterna servidumbre del pueblo romano.

Ante todo esto, parece que es preciso inclinarse y exclamar: "Feliz Augusto! tiene al mundo en la mano, tiene un hogar casto, una muger que es el mejor de los consejeros y que le sugiere una política admirable, que lo ayuda á desbaratar las conspiraciones, que le advierte lo que valen los hombres, que separa á los que son peligrosos, y que le indica los que debe escoger y que le pueden ser útiles. En fin, la antigua leyenda romana de Numa que consulta á la ninfa Ege-

ria, se ha convertido en realidad. Egeria, es Livia, y parece que el emperador tenga en la tierra la felicidad mas perfecta á que puede aspirar un soberano absoluto, la tranquilidad en el exterior y en el interior, la paz en el imperio y en su casa.»

Pues bien, señores, ahí es donde es preciso buscar el contrapeso moral, y donde es necesario descubrir el castigo, no el castigo en la persona de Livia, puesto que hasta el último día, Octavio y Augusto, confundidos en uno solo, estarán deslumbrados por Livia y ciegos respecto de sus defectos y sus crímenes. El castigo consistirá en los crímenes que Livia va á cometer, unos tras otros, para desbaratar todos los apoyos de Augusto, para suprimir lo que este tiene de mas querido, su raza y la herencia dinástica, hasta que llegue á su objeto; cuando el emperador se convierta en un obstáculo, Livia hará desaparecer al mismo emperador, algunos días ó algunos meses antes de la hora marcada por la naturaleza.

Nueve obstáculos cierran á Tiberio el camino del trono. No es Livia la que los ha sumiprido todos, la fatalidad tambien le ha ayudado; pero en seis, ella ha ayudado á la fatalidad. Livia no entró sino tarde en la via de los crímenes domésticos. Durante los primeros años de su matrimonio, podia esperar el tener hijos de Augusto. Este no fué dueño del mundo sino á la edad de 35 años; varios años fueron empleados necesariamente en pacificar los espíritus, en afirmar el porvenir, en disciplinar al senado. Esto bastaba para satisfacer los sueños de Livia, y su espíritu no se preocupó con motivo de la sucesion de Augusto. Pero el día que Augusto empieza á envejecer, ella que se siente siempre joven y capaz de llegar hasta el fin del siglo, se pregunta qué será de ella cuando uno de los herederos legítimos de su marido, cuando

un príncipe de una sangre que no es la suya, suba al trono; percibe que el instrumento en que se apoya le hará falta, se estremece, busca otro, y este otro será Tiberio, el hijo de sus primeras nupcias.

Os he dicho que nueve obstáculos separaban del trono á Tiberio y á Livia. Había primero, dos seres que Augusto amaba, que le tocaban de muy cerca y que eran objeto de todos sus cuidados: su hermana Octavia y el hijo de esta, el jóven Marcelo.

Octavia se había casado con Marcelo, descendiente del vencedor de Siracusa, y uno de los nombres mas hermosos de Roma. Tuvo de él varios hijos, un varon que tenia el mismo nombre que su padre, y dos hijas. Despues de la muerte de Marcelo, se casó con Antonio, del que tuvo dos hijas. Como no tenia mas que un hijo varon, este era el designado para ser el sucesor de Augusto.

Octavia era una persona de carácter suave, encantador, que fué juguete toda su vida de los acontecimientos políticos. Casada con Antonio, que no era un personaje muy recomendable y que era un detestable marido, sufrió sus insultos sin quejarse, haciendo esfuerzos por unir á los dos rivales. Aparece como el ángel de conciliacion entre los dos cuñados, yendo de uno á otro, y llevando el ramo de oliva de Occidente á Oriente, y de Oriente á Occidente.

Quisiéramos tener una imagen de Octavia, cuya personalidad hace descansar los ojos, como la vista de un oasis en el desierto, en medio de las figuras de tantos hombres y mugeres sanguinarios. Por desgracia, esto es difícil. Octavia no se prestó á ser representada por el arte. Cuando era jóven, su hermano no había llegado á la omnipotencia. En los últimos años de su vida, que fué corta, resintió un profundo

dolor por la pérdida de su hijo Marcelo, y no quiso dar acceso ni á los poetas ni á los artistas. Su muerte coincide, no con el fin, sino con el principio del reinado de Augusto, y al fin de este reinado es cuando se multiplican las imágenes de todos los miembros de la familia imperial en Roma y en las municipalidades. La única medalla de Octavia que tengamos, y que ni siquiera se cree auténtica, es una medalla de plata que está en el museo de Viena, y que ha sido publicada por Eckel, conservador de ese museo, pero con toda clase de reservas.

Por un lado de esta medalla, se ven dos cabezas, una en frente de otra, una de muger con un pequeño creciente, la otra de hombre con la estrella de los *Julii*. Son Octavia y su hermano Octavio. En el reverso hay una sola cabeza, la de Tiberio, y natural es preguntarse qué tuvo que ver Octavia con Tiberio.

Se puede responder que esa moneda fué tal vez acuñada bajo este príncipe, y con el fin de unirle mas estrechamente á la familia de Augusto.

En la coleccion de Mr. Luis Fould, que fué vendida hace algunos años, se admiraba un busto muy hermoso, de basalto verde, que actualmente se halla en el Luvre. Siempre se ha querido que ese busto sea de Octavia. El peinado es, en efecto, del tiempo de Augusto, pero nada prueba que dicho busto represente á esa princesa. Y sin embargo, en ese busto hay yo no sé que encanto que me persuade y me seduce. Consiste en que esa cabeza, aunque de basalto, es decir, esculpida en una materia ingrata que se resiste al cincel del artista y que es preciso trabajar por medio de la friccion, como el diamante, tiene una expresion tal de dulzura y de bondad, que corresponde á lo que de Octavia nos dice la his-

toria. Los ojos, muy hermosos, respiran una dulzura que no harán desaparecer los años. La boca, así como la mirada, tienen un no sé qué de amable, de adicto, que dejan traslucir á una persona siempre pronta á sacrificarse por los demas; se ve en ellas esa bondad que llamaré italiana, llena de abandono, de gracia irreflexiva, de indiferencia de sí misma y de atractivo para los demas.

Quisiera que el busto del Luvre fuese un retrato auténtico de Octavia, porque tiene sin duda, la fisonomía que, segun la historia, se atribuye á la hermana de Octavio, tan poco semejante, tan opuesta á su hermano.

Marcelo, pues, era heredero presunto de Augusto. Habia sido pontífice, tribuno ántes de tener la edad necesaria: su tio lo preparaba así al ejercicio del poder supremo que le esperaba.

Pero este jóven cayó enfermo de repente. Su médico era el médico de Livia; se llamaba Musa. ¿Cómo se le cuidó? Muy bien, evidentemente; pero murió sin causa aparente, sin que se pudiese explicar qué enfermedad lo condujo al sepulcro. Tenía 21 años. La estatua que se cree lo representa, hace ver á un jóven muy fuerte y muy bien constituido; pero murió.

Por todos lados circuló en Roma el rumor de que habia sido envenenado, y los escritores que han querido elogiar á la familia imperial, Dion entre otros, encontraron razones muy singulares para desviar esta acusacion de la persona de Livia: «Ese año, dice, hubo muchas enfermedades en Roma, y el año siguiente, sobre todo, fué en extremo malsano.» Pero entre los demas historiadores, permaneció la conviccion de que Marcelo habia muerto violentamente. ¿Pero quién tenia interes en perderlo? Solo una persona, la que queria

expeditar el camino á Tiberio. Muerto Marcelo, Octavia experimentó un dolor cuyo recuerdo nos ha conservado la poesía; no quiso dar acceso cerca de sí ni á los escultores, que pretendian representar las facciones de su hijo, ni á los letrados, ni á los poetas, que proponian consuelos á su pesar. Se encerró en la soledad mas profunda y murió diez años despues que Marcelo.

¿Quién no conoce la leyenda inmortalizada por el arte y sobre todo por los versos de Virgilio? Uno de los rasgos mas simpáticos del reinado de Augusto es la escena en que se representa á Virgilio leyendo sus versos en la casa del Palatino, en presencia del emperador y de su hermana, á Octavia desvaneciéndose de repente sobre las rodillas de Augusto, á este vertiendo lágrimas de pesar y pagando al poeta por cada uno de sus versos una cantidad que equivale á dos mil francos de nuestra moneda.

En efecto, episodio es este de los mas conmovedores del reinado de Augusto, pero temo mucho que no sea cierto. Hay un escritor que mas que ningun otro, ha hecho el elogio de Octavia y de Marcelo. Mas tarde este escritor fué preceptor de Neron. Séneca nos ha dejado la narracion mas detallada del dolor de Octavia. Nos describe su vida, nos dice que se encerró en un aislamiento absoluto. Y no obstante, Séneca no dice nada de esta escena, y ni siquiera hace alusion á la lectura de Virgilio.

¿En qué época se habló de esta lectura? Por primera vez se habló de ella el año de 304, por cierto comentador que se llamaba Donacio, quien comentando á Virgilio cuenta por primera vez esta leyenda, tres siglos despues de la muerte de Marcelo. ¿Y cómo asienta Donacio este hecho? En sus notas y empleando la incierta forma de: *se dice*. Mas tarde,

bajo el reinado de Honorio, se presenta Servio, otro comentarista de Virgilio. Aunque vivió en una época mas lejana todavía, cambia la forma incierta de la leyenda por afirmación. Dice: *es cierto* que Virgilio leyó esos versos. ¿Cómo se podía saber, en la época de Honorio, lo que no se sabía un siglo ántes?

Esta tradición tiene, pues, tan poco valor como la de Belisario cegado por orden de Justiniano y mendigando en las puertas de Constantinopla. Pero cualquiera que sea su autenticidad, vivirá, porque la poesía y el arte se han apoderado de ella, y no seremos nosotros los que la repudiamos, pues ha dado motivo á una de las mas bellas composiciones de M. Ingres.

No encuentro mas que un solo monumento iconográfico que se refiera á Marcelo: es una de las estatuas descubiertas en la basílica de Otricoli, de que os hablaba con motivo de Livia. La cabeza es robusta, acentuada, regordida en las espaldas; por lo demas la estatua tiene una elegante postura, la bula de oro cuelga sobre el pecho. Se ha convenido en reconocer en esta estatua la imágen de Marcelo, pero tal cosa me parece difícil. Las estatuas de la basílica de Otricoli parecen de fecha posterior á la muerte de Augusto, puesto que hasta entónces Livia no fué sacerdotisa. Esta basílica habria, pues, sido fundada bajo Tiberio, cuando ya Marcelo tenia mucho tiempo de muerto, y cuando despues de él, otros muchos personajes de la familia de Augusto habian desaparecido. ¿Ademas, por qué tiene la bula de oro? Habiendo muerto Marcelo á los 21 años, lo habrian representado con los atributos de esta edad y no vestido de túnica y con la bula que era la insignia de los niños. Añadiré que la cabeza tiene una expresion sorprendente de concentracion y de du-

reza. La frente, sobre todo, ofrece un gran trabajo en los músculos; está contraída, y sobre las cejas hay dos grandes protuberancias. Todo esto expresa el esfuerzo y hace pensar en los bustos de Caracala. No es esta la fisonomía que se supone á Marcelo, á ese hermoso lirio que se inclina sobre su tallo. Si esa estatua fuese realmente del jóven príncipe, tendria trabajo en creer que este príncipe hubiese estado destinado á volver á traer la edad de oro sobre la tierra. En este caso, ved á lo que están reducidos los pobres romanos; ¡á no adorar como buenos príncipes, sino á aquellos que mueren siendo niños! Muere Marcelo: ¡ah! ¡hubiera hecho la felicidad del mundo! Despues de él, Cayo César muere á los 23 años: ¡qué grande hombre! Despues Lucio César muere á los 20 años: cuando los romanos hablan de él, lo hacen con la expresion del mas profundo dolor. Así sucederá con todos: con Druso, hermano de Tiberio, como con Germánico, que al ménos lo merece realmente. El mismo Británico ha quedado en la historia como el tipo de los príncipes destinados á hacer las delicias del mundo, cuando hubiesen sido sus amos. Los pueblos esclavizados se parecen á las mugeres novelescas, que se consuelan de la realidad con suspiros y con sueños.

Quedan, pues, siete obstáculos ante la ambicion de Livia. Los dos mas terribles son Agripa y Mecénas, Agripa sobre todo, que habria sucedido en el imperio como yerno de Augusto, espíritu perspicaz, mano firme, consumado general. Pero la fatalidad sirvió muy bien á Livia. Agripa murió ántes de Augusto, y Livia no tuvo ya que desconfiar de un hombre enérgico, capaz de velar sobre toda su familia y de protegerla. En cuanto á Mecénas, el negociador astuto y

penetrante, el consejero hábil y sincero cortesano de Augusto, su adicto y vigilante amigo, hasta donde se lo permitia un egoismo indolente, es mas de temer que nadie. Pero ahí está la fatalidad, Mecénas muere despues de Agripa, y estos dos hombres considerables dejan la vía libre á la ambicion de Livia. Desde ese momento los golpes se asestarán casi sin descanso. Ahí teneis primero á la hija de Augusto, á Julia, la famosa Julia, cuya vida escandalosa trazaremos luego, pero que era madre, que habria defendido á sus hijos con el furor de una leona, á Julia, muger de una gran altivez, de una inteligencia viva y de una rara audacia, que anonadó á Livia con sus desprecios. Llegada la hora, Livia, que habia cerrado los ojos respecto de los excesos de Julia, juzgó oportuno levantar el velo, mostró á Augusto lo que este fingia ignorar, y suscitó en su alma una de esas cóleras que se guardaba de apaciguar. El emperador, en la indignacion de su magestad ofendida, desterró á su hija y envió al senado la lista de sus amantes, apoyada en una memoria, que fué leida solemnemente por el cuestor. Una vez desterrada Julia, sus hijos, aunque adoptados por el emperador, se encontraron sin defensa.

El primero que cae es Lucio César. De 21 años apénas, va á Marsella, y cae enfermo muy ligeramente. No se sabe cuál es su mal, y muere. Su hermano, Cayo César, hace su primera expedicion, da algunos combates felices á los Partos, siente el fierro enemigo, lo hieren, pero su herida es insignificante, la punta de una flecha lo toca superficialmente. Se le atiende con gran cuidado, languidece y muere. Nadie entiende que la rozada de la punta de una flecha, que no está envenenada, pueda producir la muerte; pero muere. Demasia-

do tarde se observa que tenia por compañero á un hombre que era el alma condenada de Livia, Solio, y que Solio habia presidido todos los cuidados que con Cayo se habian empleado.

El tercer hijo de Julia, á su vez, es adoptado. Este está en Roma, á la vista de Augusto, que lo cuida con particular empeño, porque es la última esperanza de su raza. Pero un dia descubre Augusto, ó mas bien le hacen descubrir, que este niéto, que se llamaba Agripa Póstumo, es de carácter duro y salvaje. A Agripa le gusta la pesca; sus camaradas, sus pequeños aduladores, le dan el sobrenombre de Neptuno; va frecuentemente á Ostia y se pasea en barca. ¡Vese en esto algo terrible! Augusto se siente tan bien prevenido contra su niéto, que lo destierra. Habia sido designado para el imperio, estaba ricamente dotado, y tenia rentas considerables; se rompe la adopcion, se confiscan todos sus bienes que se dan á la caja militar, se le trasporta á Sorrento, y á poco, percibiéndose de que Sorrento es demasiado risueño, se le envia mas léjos á una isla casi desierta, vecina de la Córcega, é la isla Planaria.

Los monumentos no nos dan á conocer á Agripa, pues no se puede citar mas que una medalla, acuñada en la provincia, en la que se ve una cabeza que recuerda á Julia, y tres cabezas pequeñas, cuyas facciones apénas se distinguen, que son las de sus hijos, Lucio y Cayo César, y Agripa Póstumo, que se llamaba así porque habia nacido despues de la muerte de su padre. En cuanto á los dos bustos encantadores que se enseñan en el Vaticano al lado del de Augusto todavía niño, y en los que se reconoce á Cayo y á Lucio César, no son mas que una suposicion, pues no hay pruebas ningunas.

Agripa está separado, pero no basta, porque Augusto puede morir de repente; el ejército y el senado pueden ir á buscar á Agripa á Planaria, que no está bastante lejos, y entonces ¡desgraciado de Tiberio!

La historia no teme insinuar que el último crimen de Livia fué envenenar á su mismo marido. Parece inverosímil que una muger se resuelva á este extremo despues de cincuenta años de matrimonio. Pero considerad atentamente, señores, la deduecion de los hechos. Augusto tuvo una de esas reacciones que los corazones mas firmes tienen en sus últimos dias. Tenia 76 años, veia desaparecer á todos sus amigos, uno tras otro; habia trasportado ó dejado matar á sus hijos y á sus nietos. En esta soledad, un dia de tristeza, manda llamar á un senador que juzga digno de su confianza, á Fabio Máximo, descendiente de la gran familia Fabia; le ordena que equie secretamente una galera, y se embarca. Se va con él en secreto sin avisar á Livia. No habeis olvidado que tenia miedo de Livia, y en prueba de ello os he citado un rasgo característico: cuando tenia que conversar con ella de cosas graves, escribia de antemano lo que queria decirle, y esta precaucion le parecia una de las necesidades de su vida privada. Pero en sus últimos dias, cuando siente que todo lo abandona, experimenta un secreto deseo de ver á su nieto; se oculta de Livia y se dirige á la isla Planaria con Fabio Máximo, se hace llevar á Agripa, lo toma en los brazos y llora. Lágrimas en las que creo mas que en las que Virgilio le hizo derramar sobre Marcelo; es su última esperanza ese nieto que ha tratado tan injustamente. Vuelve y recomienda á Fabio que guarde el mayor secreto. Pero Fabio sabe que el emperador no es el único amo, que Livia tie-

ne armas terribles, y dice todo á Livia. Un dia despues habia dejado de vivir, y oyose á Livia acusarse de su muerte. Pero al dia siguiente Augusto moria tambien. La historia cuenta que le gustaba cortar higos en su jardin, y que ese dia Livia le ofreció unos cuantos y los comió con él; los que le ofreció estaban envenenados, los que ella comió no lo estaban.

Augusto murió algunos meses ántes de lo que hubiera muerto de muerte natural; pero murió oportunamente para los proyectos de Livia. Esta ocultó su muerte, hizo que un centurion se embarcase en una galera, que hizo fuerza de remos, y fué consumado el último acto que debia dar la omnipotencia á Tiberio. Agripa Póstumo fué matado: solo entonces se publicó la muerte de Augusto y quedó abierta su sucesion. No habia mas que un sucesor, adoptado por Augusto, dueño de las legiones y del senado, que era Tiberio.

Tal es esta muger, señores, en apariencia el buen génio de Augusto, en realidad una madrastra para la familia imperial y una plaga para la cosa pública, pues hizo desaparecer á príncipes que habrian podido hacer el bien, y que en último caso, tenían instintos preferibles á los de Tiberio. Me preguntareis cuál fué el fin de Livia. Primero comparte el imperio con Tiberio, y el senado le confiere tales honores, que excita el celo de su hijo. Tiberio marcha á Caprera para escapar á su dominio; cuando comprende que él es el mas fuerte, demuestra á su madre todo el desprecio que merece, prohíbe al senado que le dé honores, la envia á su quinta, y no ve durante tres años una sola vez á aquel hijo por quien todo lo ha inmolado, aun á su marido, y muere sin

influencia, abandonada, llena de despecho, si no de remordimientos. Y despues de su muerte, parece ser para el mundo un objeto de horror. Su cadáver se descompone. Espérase en vano que el emperador manifieste su voluntad. El emperador no responde, y solo cuando el cuerpo entra en putrefaccion, da la órden de quemarlo. Ni siquiera estuvo á ver á su madre en su lecho de muerte. Livia hizo testamento, pero su testamento no se abrió, quedó letra muerta, dice Tácito, y no fué ejecutado sino bajo Calígula. Habia una costumbre en la familia imperial: consagrar á los soberanos muertos, consagracion que los colocaba entre los dioses; Tiberio rehusó esta gloria á Livia. Tiberio se opuso á todos los honores que quiso hacerle el senado; de manera que la memoria de Livia fué envilecida por el mismo que se habia aprovechado de todos sus crímenes.

Livia no es, pues, únicamente, la explicacion del carácter y del reinado de Augusto, sino tambien su verdugo. Los crímenes que cometió cuando jóven, ella los vuelve contra él. Livia es la que hace matar uno á uno á todos los que están llamados á sucederle, y la que comete tantos crímenes para destruir la familia de Augusto, cuantos él mismo habia cometido para preparar su grandeza.

El emperador Claudio hizo divinizar á Livia, llamándola *díva Augusta*. Claudio, que era de cabeza débil, creyó honrar así á la familia imperial. Y ciertamente el nombre de *Augusta* es muy merecido, pues Augusto sin Livia no hubiera pasado del triunfiro Octavio. Ella, en efecto, fué la inspiracion política de Augusto, reinó en él y detras de él, despues de haberlo transformado. Livia rompió el instrumento cuando se volvió inútil, suprimió su raza para que Tiberio

lo sustituyese. Livia hace presentir por la audacia de sus crímenes, la época que va á seguir. Ella es el precursor de las pasiones egoistas, desenfrenadas, que van á determinar la historia del imperio romano, y al mismo tiempo, preciso es que se conserve para la posteridad como la personificacion del castigo adherido á los flancos de Augusto.

su familia, el azote de sus descendientes hasta el último grado, y como dice enérgicamente Tácito, la madrastra de la cosa pública.

Fué la expiación de una política tortuosa, complicada, hipócrita. Hubo otra expiación igualmente necesaria, que la historia no nos negará. Os he dicho, señores, que tanto en su juventud como en la edad madura, Augusto fué un prostituido sin escrúpulos, que los excesos del triunviro fueron salpicados de sangre, y que los del emperador no fueron menos odiosos, favorecidos como lo fueron por la complicitad de Livia y por el prestigio del poder absoluto; bastaba una litera enviada á la primera de las matronas romanas para obligarla á ir al Palatino, y para que se entregase como la última de las esclavas. ¿Os he contado la historia de Apolodoro, que habia sido preceptor de Augusto, y que, viendo á una jóven desesperada de ser llevada de esta manera al palacio, entró en la litera en su lugar, y mostró al emperador que los conspiradores podian hacer lo que él habia hecho, usando de la misma estratagema para introducirse cerca de él? Esta fué toda la moral que Augusto sacó de esa aventura. Pero la gran leccion debia dársela su hija única, su misma sangre, la hermosa Julia. Cuando Augusto, llegado á la decadencia de su vida, habla de sus pesares demasiado públicos, toma un verso de Homero, y aplicándoselo, dice: «De dos cosas, una: ó bien habria debido vivir sin esposa, ó bien morir sin hijos.»

Esta frase, señores, es una revelacion, y no está sino demasiado justificada por los hechos.

Augusto tuvo dos mugeres ántes que Livia: una jóven de la familia Claudia, que repudió ántes que fuera núbil; luego Sirbconia, de la que tuvo á Julia. Pero apenas levantada

AUGUSTO.

6.

IV.

JULIA Y SU PADRE.

Se dice muchas veces, que el despotismo es el castigo de los pueblos que abdican, que renuncian á sus deberes y se complacen en entregarse á un sueño político y administrativo. ¿Pero cuál es el de los que han sido instrumentos de ese castigo, y que han llegado al poder con desprecio de las leyes, de la justicia, y á veces de la humanidad? El castigo ha existido siempre, aun para esos grandes ánimos serenos, consagrados hasta cierto punto, por el asentimiento de la historia y por las complacencias de la posteridad. Por lo que toca á Augusto, os he hecho ver que en su casa, en el interior de su familia, es donde debe buscarse el castigo que la historia no pone de manifiesto. Os he trazado el retrato de la que fué á la vez muger, cómplice y confidente de Augusto: Livia, esta amiga en apariencia, fué su azote secreto, el azote de

Scribonia de su parto, la repudió por crimen de adulterio. ¿Era cierto el crimen? Lo creo, pues Octavio no necesitaba pretexto para repudiar á Scribonia, puesto que el divorcio se habia introducido en las costumbres romanas; solo es preciso añadir que inmediatamente despues de haber repudiado á Scribonia, se casó con Livia, por quien habia concebido una pasion desenfadada. Es, pues, posible, que las acusaciones contra Scribonia fuesen tanto mas violentas, cuanto mayor era su deseo de casarse con Livia.

Julia nació el año 715 de Roma. Desde su nacimiento, esta niña, destinada á tener muchos amantes, por las combinaciones políticas de su padre, estuvo destinada sucesivamente á varios maridos. A la edad de dos años, fué prometida á un hijo del triunviro Antonio, que tenia diez años y que se llamaba Antylo. Ya reconocéis la influencia de Livia y la hábil política que encadenaba á Antonio por medio de alianzas hasta que se pudo combatirlo y derrocarlo. La historia cita en seguida, y esto debe ser una sátira de Antonio, los esponsales con Cotison, rey de Getes; otros, cuando tenia catorce años, con Marcelo, sobrino de Augusto, adoptado por el emperador y destinado á sucederle.

Marcelo muere; de nuevo queda libre la mano de Julia. En 732, cuando apenas tenia 17 años, Augusto la da á Agripa, ya casado con su sobrina Marcela, hija de Octavia, de quien tenia hijos. Augusto lo obligó á repudiar á Marcela para que se casara con su hija Julia y fuese su sucesor designado para el imperio. Agripa murió despues de once años de casado; la misma política de Augusto hace que Tiberio repudie á su muger Agripina, á quien amaba. Tiberio, á su vez, llegó á ser marido de Julia. Segun las ideas modernas, se veria en todo esto una serie de incestos, ademas del escán-

dalo de uniones así contraidas y deshechas. La reflexion no es mia, sino de La Harpe, que deja escapar esta observacion al redactar una nota que se encuentra inserta en su traduccion de Suetonio.

Julia fué educada con severidad. Augusto tuvo empeño en que tuviera la enseñanza extensa que ordinariamente se da á los hombres, y al mismo tiempo, las virtudes de la muger. Quiso que aprendiera á hilar la lana; Livia le daba el buen ejemplo. Aun cuando fué grande, Augusto la vigilaba de lejos y se hacia dar informes exactos de todo lo que la rodeaba.

Así, un verano, á fin de sustraerla al aire malsano de Roma, tan peligroso en aquella época como hoy dia, se habia enviado á Julia á tomar los baños de mar de Baia. Supo Augusto que un jóven patricio de buenas costumbres y de carácter serio, de quien no se podia desconfiar, se habia acercado á ella, en la playa, para saludarla. Inmediatamente escribió á ese jóven haciéndole los mas vivos reproches, diciéndole que aquel simple paso era una inconveniencia, y que habia faltado al respeto que le debia á ella y al emperador. Este hecho demuestra con qué vigilancia Augusto cuidaba á su hija. El cultivo de las artes se añadia á la fuerte educacion que le hacia dar. Pero Augusto olvidaba una cosa que otra persona, mucho mejor que yo, pudiera decirnos, pues se está dando en este momento un curso en el colegio de Francia, con grande y legítimo éxito, el de Mr. Legouvé, sobre los padres y los hijos.

Mr. Legouvé, señores, os recordará en términos vivos y elocuentes lo que Augusto olvidaba: y es que las mejores lecciones de los padres, no son nada comparadas con los ejemplos que dan. Augusto era severo con Julia, pero le daba el ejemplo de la inmoralidad mas tranquila é inalterable. Y por

eso fueron inútiles tantos cuidados. Apenas emancipada por el hecho de su casamiento, y porque siendo hija del emperador tenia el pié en la garganta de su marido, Julia no conoce ya freno alguno y se lanza en una de las vidas mas desvergonzadas de que pueda dar ejemplo el imperio romano. Acabada de casar con Agripa, ya Roma puede nombrar á su amante preferido, Sempronio Graco, uno de los hermosos nombres de Roma. Triste empleo de sus ocios era este para un heredero de los Sempronio; pero no era el único. Bien pronto se agrupa al derredor de Julia una multitud de jóvenes patricios amantes únicamente del placer, que no buscaban sino el escándalo, y que no respetaban ni á la patria ni al honor. Y para colmo de miseria, son excusables hasta cierto punto. ¿Qué tienen que hacer? Nada. Todos los generales son príncipes de la familia imperial, las funciones públicas están todas en manos del emperador ó de los suyos, de suerte que, excluidos de la vida de los campos de batalla, de la vida política, de la tribuna y de las asambleas, esos descendientes de los grandes hombres de la república se entregan con pasión desenfrenada á los placeres, siendo inútiles á sí mismos, inútiles á su país, buenos únicamente para formar el cortejo de Julia. La falta no es solo de aquella generacion, sino que proviene de la cobardía de sus padres y sobre todo del despotismo de Augusto, que secó en flor la energía cívica, el trabajo generoso, el patriotismo.

Julia era prostituida, no con medida, sino mas bien con cierto cálculo, pues preciso es observar que era una persona infinitamente inteligente. Tenia ligereza en las ideas, pero mezclada con orgullo. Su vanidad no era solo una vanidad exterior, procedente de su belleza, y que se manifestara por medio de una gran afectacion de coquetería en el tocador;

era un orgullo profundo, convencido, y hasta cierto punto, de raza. Apenas sube su padre al trono, y se siente superior á todas las mugeres, lleva al extremo la estima de su sangre, cuyo origen se proclama divino y es cantado por los poetas contemporáneos. Conserva este sentimiento aristocrático en el seno de los excesos á que va á entregarse, y en medio de los que conserva tal altivez, tan altanera compostura, que durante muchos años impone, no á la corte, que lo ve todo, sino tambien á Augusto, su padre.

Parece cierto, en efecto, que durante mucho tiempo, Augusto no supo cuál era la conducta de su hija; habia visto tan solo una coquetería loca y síntomas que era imposible que no sorprendiese un padre que vivia con su hija. La historia nos ha conservado algunas pequeñas escenas de familia que quitan toda ilusion sobre este punto.

Un dia, se presentó Julia ante su padre con un traje tan bello, tan rico, y de un lujo que era casi ofensivo, sobre todo para Augusto, que queria que en su casa hubiese gravedad y la sencillez que recordara las costumbres de la república.

Augusto frunció el entrecejo é hizo violentos reproches á su hija. Al dia siguiente volvió esta con un traje sencillo, digno de una matrona, de una madre de familia, por el que Augusto le hizo cumplimientos; y ella le respondió con una ironía y una hipocresía que huelen á la hija de Augusto: «Ayer estaba yo vestida para gustarle á mi marido, y hoy para gustarle á mi padre.»

Otra vez se reservaron en el teatro dos palcos para la familia imperial: en uno estaba Livia; en el otro Julia. Livia, persona austera, de costumbres irreprochables, y que alimentaba una ambicion demasiado grande para comprometerla á causa de placeres inútiles, estaba rodeada de hombres de

edad: su palco tenia un aspecto de gravedad y de decencia. Julia, por el contrario, tenia su palco lleno de jóvenes calaveras, estaba vestida de una manera deslumbradora, con los dedos llenos de anillos y de piedras preciosas, atrayendo las miradas y provocando el escándalo con las risas de sus amigos. Augusto se escandalizó mas que nadie y escribió algunas palabras en su librito de memorias que hizo llevar á su hija. Le reprochaba no tener á su rededor sino á hombres demasiado jóvenes. Ella le contestó con una especie de burla: «No tengais cuidado, que ya se envejecerán al mismo tiempo que yo.»

Su padre no le escaseaba las reprimendas, y le hacia comprender, muy á menudo, que deseaba se condujera con mas gravedad, y á veces ponía el dedo en la llaga. Un dia le dijo: «Querida hija mia, qué preferís: ¿estar calva, ó peinar canas?» Y ella le contestó: «No sé á dónde va á dar esa pregunta, pero no quisiera estar calva.» Entonces le dijo Augusto: «¿por qué, pues, os haceis arrancar los cabellos por vuestras esclavas?» y le enseñó sobre el vestido una cana que se habia quedado ahí al entresacarle el pelo. Julia tenia los cabellos negros, y como sucede con las cabelleras de este color, tenia uno que otro hilo de plata.

Crear que entre el padre y la hija habia un grande afecto, seria ponerse en contradiccion con los testimonios históricos, pues parece que Julia, aunque muy orgullosa de ser su hija, sentia desdeñ hacia su padre y aun cierto desprecio. ¿Ese desprecio era á causa de su conducta política, ó de su conducta exterior, ó á causa de aquella compostura general que, á los ojos del vulgo, constituye la dignidad? Augusto era muy sencillo en todo, y esto chocaba á Julia. Un dia, un amigo de su padre, tal vez el mismo Agripa, le decia:

«¿Por qué no seguís el ejemplo de vuestro padre? ¡Ved cómo cuida de no ofender á los demas, cómo evita herir su amor propio con trajes demasiado hermosos y con adornos demasiado ricos, cómo se empeña en no hacerles sentir que es el dueño del imperio! Julia respondió entonces: «Mi padre no sabe lo que es conservar su dignidad; en cuanto á mí, sí y no olvidaré jamas que soy la hija del emperador.»

Este orgullo de raza, de que estaba poseida y que era uno de los rasgos dominantes de su carácter, le inspiraba desdeñ y aun una severidad mas viva hácia la hipocresía que afectaba su padre, y que lo hacia arrodillarse delante del pueblo, suplicándole que no le llamase dictador, cuando, en realidad, era mucho mas que un dictador.

Llevaba ese orgullo hasta los últimos límites: ese orgullo era desenfrenado como sus pasiones; y lo probó con una frase que espanta repetir. Sin embargo, fuerza es ir hasta el fin. ¿Por qué no me atreveria á repetiros lo que ha dicho una persona de familia imperial? Tenia cinco hijos de Agripa, tres varones cuyos nombres os he dicho y cuya corta existencia os he referido, y dos hijas, Julia y Agripina. Estos cinco niños se parecian de una manera notable á su padre; esto admiraba á todo el mundo, y sobre todo á los íntimos de Julia, que no le guardaban muchos miramientos y que le preguntaban un dia, cómo era que con la vida que llevaba, sus cinco hijos fuesen verdaderos retratos de Agripa: «Nunca tomo pasajeros, respondió, sino cuando el cargamento está completo.»

Esto hace estremecer ¿no es verdad? Hay algo horrible en ese orgullo de raza asociándose á la depravacion mas profunda, é introduciendo el cálculo en la prostitucion. Pero vais á ver en la conducta de Julia un hecho mas grave toda-

vía que esas palabras, que será una expiación para su padre y una causa de ruina para su joven familia.

Julia no consideró suficiente el escándalo de la vida que llevaba. Se puso á recorrer las calles, como lo hará mas tarde Mesalino; y una noche, rodeada de su cortejo de jóvenes prostituidos, subió á la tribuna de las arengas, á aquellos tablados que durante cinco siglos habian sido el santuario de la república, de la libertad, y que ya no servian mas que para tristes ceremonias en tiempo de Augusto. Sin embargo, la tribuna habia servido la víspera misma al emperador. El mismo habia promulgado, con sus labios, leyes sobre el adulterio, ante el pueblo reunido. Augusto se habia hecho conferir por el pueblo, que nada podia negarle, el título de amo de las costumbres, *magister morum*.

Comprendia los deberes que este título imponia, no á él, pues no cambió de costumbres, sino á los demas. Su primer cuidado fué, pues, redactar una ley severa contra el adulterio, y él mismo la promulgó. La noche siguiente fué cuando Julia le halló gracia á ir al foro con cierto número de prostituidos, á ridiculizar las leyes de su padre, á manchar los recuerdos mas venerables de la república, y á entregarse á sus amantes en la tribuna de las arengas. No es esto todo, habia llevado consigo unas coronas, y esta circunstancia nos da tal vez la explicacion que la historia no ha podido darnos acerca de una de las particularidades del foro. Habia cerca de la tribuna una estatua que represensaba á Marsyas. Hemos investigado y la historia no nos dice por qué Marsyas estaba cerca de la tribuna.

El ejemplo de Julia permite sospechar que en el momento de hablar el orador, cuando tenia una corona en la cabeza, ya fuese una corona ganada en el sitio de una ciudad ó en

los combates por salvar la vida de un ciudadano, ya fuese la corona triunfal, el orador la suspendia del brazo de Marsyas, ó la ponía en la cabeza de la estatua.

Julia tenia tambien sus coronas. ¿Sabeis lo que hacia? Tantas cuantas veces se abandonaba en los brazos de un nuevo amante, otras tantas colocaba una corona en la estatua de Marsyas.

Necesito hacer resaltar de la narracion de esas infamias la moralidad que contiene, y esa moralidad es profunda. Hay algo de providencial en esa conducta de Julia. Observad que aquella tribuna profanada, es la que Augusto ha hecho enmudecer. Por una expiación terrible, ahí, en esa tribuna, en donde fueron clavadas la lengua y la mano de Ciceron, como para decir al pueblo romano: «el patriotismo ha muerto con la elocuencia,» ahí es donde la hija del emperador, la hija querida de Augusto, viene á prostituirse y á deshonorar á su padre á la faz de la república, vengada ante la posteridad. Las ruinas del pudor son el digno complemento de las ruinas de la libertad.

Difícil es llevar mas adelante el estudio de la vida escandalosa de Julia. Las acusaciones contra ella, no se limitan, no obstante, á esos horrores. Se ha dicho que Julia aconsejó á uno de sus amantes que matara á Augusto. No lo creo. No soy indulgente con Julia, y os traduzco con sinceridad sus procederes. Era una muger altiva, pero no ambiciosa hasta ese grado. Tenia una especie de desprecio por su padre; pero nada en su vida permite decir que fuese una criminal, que tuviese un deseo tan salvaje del poder. Esta acusacion os puede hacer comprender que proviene de un ódio secreto: probablemente es una calumnia de Livia, que la historia ha registrado y aceptado, pues Livia vela en la penum-

bra. Todo lo que Julia hace, lo tiene oculto, porque todavía no es tiempo de revelarlo al emperador. Cuando llegue la hora, todo será descubierto, y la calumnia desempeñará su papel. Es, pues, posible, que sea Livia la que haya hecho esparcir, en aquella época, el rumor de que Julia había pensado en matar á su padre y aconsejado á uno de sus amantes que conspirase contra Augusto.

Interesante sería tener una imágen exacta de esta muger que era elogiada por su hermosura y que fué la precursora de todas las liviandades del imperio romano.

He buscado en las medallas. Hay monedas romanas que representan á Julia, hija de Augusto; por desgracia nada nos permite darnos cuenta de la semejanza con alguna exactitud. Así, el año de 727 de Roma, Julia tenía entónces veintidos años, el triunviro monetario, C. Mario Trogo, mandó acuñar una moneda de bronce, con motivo de la adopción de los dos hijos mayores de Julia, Cayo y Lucio César. Esa moneda es muy pequeña y contiene tres cabezas; en medio está la de Julia, á derecha é izquierda están las de sus hijos. Pero ya adivinareis que estas tres cabezas son de tales dimensiones, que apénas puédense reconocer las facciones, y que, por consiguiente, el grabador trató mas bien de hacer una conmemoracion que una imitacion. Representó á los personajes sin tener lugar ni posibilidad de dar un verdadero retrato en un tamaño tan diminuto. Sé tambien de una moneda en la que Livia y Julia son el asunto principal. Está acuñada por la ciudad de Smyrna, con inscripciones griegas. Representa de cada lado la cabeza de una muger. Lo que hace que estas cabezas se distinguan, es la inscripcion, que nos deja ver que Julia está identificada con Vénus y Livia con Juno.

Esto sí es perfectamente claro; y parece que debemos estar seguros de tener sus retratos; pero si examinamos las dos cabezas, percibimos que son exactamente iguales, y que así como no se parecen á Livia, que conocemos, tampoco deben parecerse á Julia. Es evidente que queriendo Smyrna acuñar una moneda conmemorativa, comparé con gran delicadeza dos personas de la familia imperial á dos diosas, y que la nobleza de esta idea hizo descuidar la semejanza; la lisonja está en la inscripcion.

Queda, pues, la famosa estatua de Julia, que está en el Louvre, pero es de sentirse que ese monumento no pueda confirmarse con exactitud por medio de las medallas. La estatua está renovada en diosa Ceres, con espigas en la mano; pero nada tiene de esta diosa; es un tipo individual. El decir que es Julia, es una hipótesis, puesto que las medallas no ayudan á afirmar la identidad del tipo. Sin embargo, tal es el nombre que siempre se le ha dado, que está aceptado, y creo que para ello la principal razon es que no hay otra persona de la familia de Augusto á quien se pueda atribuir esta estatua. Se conoce á Livia, á Agripina, á las principales mugeres del tiempo de Tiberio, de Calígula, de Claudio, y esta figura, tan encantadora, tan jóven, tan coquetamente ataviada, no corresponde á ninguna de ellas; esto, pues, ha conducido á hacer pensar que no podia ser sino Julia.

Por mi parte, yo sí creo que es ella. Tiene, en efecto, un aire vano y provocativo, altivo y delicado á la vez. La boca es en extremo fina, cerrada, tan lista para la sátira, como para la sonrisa; es la boca de una coqueta espiritual, que está siempre sobre las armas. Julia tenia el pelo negro, lo adivináis por la anécdota de Augusto que os he citado hace poco. La barba es un poco pronunciada, lo que para noso-

tros es una prueba de que la estatua representa un tipo individual, pues aquella barba en nada se parece á lo que crea el arte griego; es mas llena, mas redonda, que lo que requiere la parte superior de la cara; hay algo de material, de sensual, y mirándola con atencion, se acerca del tipo de Augusto. Recordais que, tratando de traslucir el carácter de Augusto en las fisionomías, os señalé la barba como llena de sensualidad y de voluptuosidad, y que contrastaba con su cara tan grave, tan dueña de sí misma. En la parte inferior de la cara de Julia se encuentra tambien un no sé qué de rudo, que indica la materia dominando el alma.

La estatua está cubierta con un manto, admirable como ejecucion, con pequeñas franjas en el borde. Uno de los brazos está cerca del talle, para recoger los pliegues contra el cuerpo, con elegante simetría; el otro está levantado hácia la barba, gesto que en la estatuaria griega, expresa á la vez el abandono, la gracia y la coquetería.

El perfil, el estilo del peinado, las proporciones de la nariz, de la frente, de las cejas, sugieren una comparacion bastante singular. Es enteramente el tipo, el peinado, el conjunto de las mugeres célebres por su belleza en tiempo del Directorio y del Consulado.

Julia, por el tipo, es de la familia de Mme. Tallien, de Mme. Récamier y de todas las hermosuras de aquel tiempo, y la analogía que existe llama la atencion no solo á los franceses, sino que un alemán ha hecho la misma observacion. Mr. Adolfo Stahr publicó en 1854 una obra sobre la escultura, intitulada *Torso*, y dice al hablar de la estatua de Julia, que tiene «una expresion de amabilidad y de gracia, que son cosas francesas por excelencia.»

Ningun deseo tenemos de dar derechos de ciudadanía á una muger tan perversa como Julia; sin embargo, esa observacion no carece de verdad. En la época del Directorio hubo una corriente en el arte, y por consiguiente en la moda, que llevaba á la imitacion de la antigüedad. Todos los trajes del Directorio tratan de reproducir los trajes griegos; solo que Grecia era mal conocida, y para los arqueólogos del imperio, Grecia era Roma, y de esta tomaban sus modelos. Es indudable que esta estatua de Julia fué una de las que mas se copiaron en el arte y que mas inspiró á los elegantes del siglo XVIII. Y de aquí resultó que al copiar á Julia, se encontró cierto número de mugeres que se le parecia. Cada moneda, en efecto, hace resaltar ó introduce tipos diversos en la multitud, segun que les es ó no favorable. En cada generacion se encuentran los tipos mas variados y bellezas de todo género. Depende de un peinado ó de un adorno esencial el hacer brillar, haciéndolos mas aparentes, los tipos de una misma clase, ó el relegarlos á segundo término, si el adorno, y sobre todo el peinado, les son contrarios. De ahí viene ese flujo y reflujo en las bellezas.

Es un principio para nosotros tratándose de historia, ¿no es verdad, señores? que no admitimos que haya crimen sin que haya castigo, y desgraciadamente á medida que avancemos en el estudio de la época imperial, tendré muy á menudo motivo de probaros que tenemos razon.

Es cierto que para nosotros será un motivo de admiracion que durante veinte años,—pues la vida de desbordamiento de Julia duró 20 años,—Augusto no la conociera ni supiera nada. ¿Cómo es que aquel amo omnipotente que penetraba las conciencias, que interrogaba las fisionomías, que vigilaba cuanto á su rededor pasaba; cómo es que aquel

ojo que no se fiaba mas que de sí mismo para verlo y preverlo todo; cómo es que aquella policía tan bien organizada que lo investigaba todo en el seno de las familias, que desbarataba las conspiraciones, que hasta prevenía los malos pensamientos, que daba órdenes á las intenciones; cómo es que aquel pretendido *magister morum*, aquel amo de las costumbres, rodeado de cortesanos tan celosos; cómo es que Augusto no supo nada de la conducta de su hija? ¿Cómo es que durante 20 años no adivinó los crímenes que lo deshonoraban á los ojos del mundo? Dion hace con este motivo una reflexion bastante curiosa; dice: «Aunque los príncipes no toman empeño en ocultar su conducta á su familia, son sin embargo los últimos que saben la conducta de sus parientes.» Esta sátira involuntaria encierra mucha verdad. En efecto, con un príncipe que se teme y se adula, la mas hábil de las lisonjas es muchas veces el silencio. No decir nada que pueda ser penoso, ocultar lo que puede ofender al príncipe, no expone á ningun peligro; veo además otras razones en lo que respecta á Augusto. Habia á su rededor, ambiciones siempre alerta, que tenian interes en ocultarle todo, aun el honrado Agripa, cuyo elogio haremos cuando llegue su vez. Este gran general sabia todos los excesos de su muger. Nada podia ignorar, pues no se le guardaban muchos miramientos! Agripa temblaba en secreto, pero jamas se habia atrevido á quejarse, á denunciar á Julia, porque habria sido tener que repudiarla y por consiguiente perder el imperio. No podia suceder sino por Julia, á título de yerno de Augusto; durante 10 años sufrió en espera del imperio, y murió sin obtenerlo.

Muerto Agripa, Augusto hace que Julia pase á los brazos de Tiberio. No será este quien se queje. Tiberio tiene una

ambicion mas violenta aún, y ademas, Livia está ahí, Livia, la prudente, que ha sufrido otras muchas injurias de Augusto y que por consiguiente sabe sufrir la vergüenza de Julia. Livia apoya á Tiberio, á Tiberio que detesta á Julia, como se lo probará cuando llegue á ser el dueño del mundo. De suerte que hay una conspiracion unánime en la familia imperial para guardar silencio, porque los que habrian debido dar luz al emperador, tienen sucesivamente delante de los ojos el atractivo, el cebo supremo: el imperio.

Aun añadiré que si algunas veces llegaba hasta Augusto algun síntoma desagradable que pudiese alarmarlo, Livia era la primera que desvanecía la nube, que le daba explicaciones, que adormecía la vigilancia de Augusto, y que disculpaba á Julia, á su querida hija política.

Pero de repente los papeles van á cambiar. Ha muerto Agripa, ha muerto Mecénas, Marcelo ha dejado de existir, Octavia vive en su retiro, sin ambicion, y sin querer mezclarse en las intrigas de palacio. Por consiguiente, los amigos, los consejeros, los herederos presuntos de Augusto, han desaparecido; ya no hay mas que cuatro obstáculos entre Tiberio y el trono. El primero es Julia como madre, que por depravada que sea, es una muger inteligente, penetrante, ingeniosa, capaz de deshacer lo que haga Livia.

Los otros obstáculos son sus tres hijos, Cayo y Lucio César y Agripa Póstumo, designados los tres sucesivamente para suceder á Augusto. Livia comprende que la primera precaucion para deshacerse de una manera segura de esos tres niños, es descartarse de Julia, y arroja la máscara el dia que le viene este pensamiento. Julia está perdida en una hora como por un relámpago. Esto fué el año 752 de Roma.

Livia, de repente, va á ver á Augusto, y en el acto, sin piedad, le revela toda la conducta de Julia. Livia sabia el modo de excitar el furor de Augusto. Este hombre moderado concibió una cólera tremenda, que nada pudo contener. Un terrible drama doméstico estalló en el Palatino. Se dió tortura á unos esclavos, se encontraron cartas, se registraron armarios y cajones. Se apoderó de Augusto el placer salvaje de recoger por sí mismo lo que llamamos, en un proceso escandaloso, los objetos de convicción. Hubo una liberta de Julia, Phœbé, que excitada hasta el extremo por la desesperación ó por la cólera de Augusto, se colgó de una viga, y Augusto enfurecido exclamó: «¡Ojalá fuese yo el padre de Phœbé!» Quiso nada ménos que mandar matar á Julia; él mismo redactó un informe detallado, en que exponia todas las infamias cometidas por su hija. Hecho este informe, lo hizo llevar al senado reunido, por un cuestor encargado de leerlo públicamente, sin temer, en la ceguedad de su cólera, destruir el prestigio de su familia y su honor de soberano. Si Augusto se dejó llevar de su furor, señores, estad seguros, fué porque le faltó el freno que durante toda su vida lo contuviera; fué porque Livia lo dejó entregado á sus arrebatos.

Ella, como siempre, se quedó en segundo término; creia haber perdido á Julia, y en efecto, la habia completamente perdido. En cuanto á Augusto, el arrepentimiento no fué tardío. Al día siguiente ó dos días despues, percibió el efecto inmenso que aquello habia producido en todo el imperio. Percibió la locura insigne que habia cometido, y lanzó entónces, señores, un grito, que hasta hoy es una revelacion sobre su vida privada: «¡Ah, si Mecénas y Agripa hubieran vivido!» exclamó. Pues en efecto, la muerte de esos buenos consejeros, lo habia dejado en cierta manera sin defensa;

abandonado á las instigaciones y á las terribles astucias de Livia.

Poco á poco recobró su sangre fria; se encerró en su casa, no quiso ver á nadie y logró serenar su espíritu y su fisonomía.

Pero Augusto á sangre fria no era mas tierno que Augusto encolerizado: Julia lo notó, y no solo Julia, sino todos sus amantes. Uno de ellos era nieto del triunviro Antonio; se llamaba Julio Antonio; hasta entónces lo habian perdonado; elegante, faustoso, probablemente despreciado. A este le hicieron tales amenazas de parte del emperador, que tomó su espada y se dió la muerte. Otros que no tuvieron el mismo valor, fueron trasportados: se les envió á las islas. El poeta Ovidio, amante de la segunda Julia, debia ser desterrado mas léjos todavia, á los bordes del Puente-Euxino, donde se dió gusto en escribir sus *Tristes*, y no sé si cierto verso de Ovidio no hace alusion á algun agravio secreto del emperador, que agravaba notablemente el crimen de haber sido amante de su nieta; pues dice que se le castigó ménos por lo que hizo que por lo que vió.

Se supone que Ovidio habia descubierto que Julia era la querida de su padre. Nada autoriza semejante suposicion. No hay necesidad de forjarse incestos en la imaginacion; Ovidio, sin esto, pudo ver bastantes cosas vergonzosas que justificaran la frase que dejó escapar.

Se relegó á la misma Julia á una isla situada en las costas de la Campania: se llamaba Pandataria. Se le sometió al trato mas duro; se le prohibió el uso del vino, ningun hombre tenia acceso á la isla, y cuando por casualidad se tenia necesidad de introducir á alguno, á un médico por ejemplo, era preciso enviar al emperador la descripcion exacta de

AUGUSTO.

aquella persona, su edad, su tamaño, su calidad; era forzosa una verdadera filiación de policía.

Apénas se castigó á Julia, cuando empezaron á echarla ménos. Probablemente hacia falta en las distracciones, en los teatros de Roma. El populacho estaba ganoso de escándalo. Cada vez que Augusto se mostraba en público, ya en los comicios, ya en los paseos, volvian á pedirle á su hija. Pero él era inexorable, y decia que primero verian correr fuego en el Tíber que Julia volviese á Roma. Entónces imaginaron construir una balsa en la que amontonaron materias inflamables, á las que prendieron fuego, y el pueblo gritaba: «¡Por el Tíber corren olas de fuego, volvednos á Julia!» Tiberio mismo, el prudente Tiberio, pidió gracia para su muger; ya vereis dentro de poco lo que de ella pensaba; pero Augusto fué inflexible, y respondió á los romanos que merecian todos tener hijas y mugeres como Julia. El único favor que le concedió fué que cambiase de residencia. La mandó trasportar de la isla Pandataria á Rhegio, desde donde podia contemplar los navíos y las barcas con vela color de azafran que atravesaban el estrecho de Mesina.

Pero abí tuvo que sufrir un castigo mas duro que los que Augusto le habia impuesto, y fué asistir de léjos á la destruccion de su familia, saber que se envenenaba á sus hijos uno despues de otro, á los 21, á los 23 años, sin poderlos defender, sin poder intentar lo que intenta la béstia feroz por la conservacion de sus hijuelos. La terminacion del castigo fué el advenimiento de Tiberio. Apénas dueño del mundo, arrojó la máscara y dió curso á su sentimiento contra Julia; hizo buscar á Sempronio, su primer amante, y lo mandó matar porque lo habia pintado un dia, en una carta á su querida, con colores demasiado verdaderos; hizo encer-

rar á Julia en una prision, le retiró los auxilios que Augusto le enviaba, de tal suerte que murió á los 52 años, de miseria, de abandono y de hambre.

¿Pero es esto todo, señores? ¡No! Supo que su hija Julia habia seguido sus huellas, y que la habian trasportado tambien léjos de Roma, á un lugar desierto.

Hé aquí, señores, la historia de Julia. Con ella se completa la biografía de las mugeres que rodeaban á Augusto, y que este designaba por medio de una expresion enérgica: sus tres úlceras, ó para emplear la expresion latina, sus tres *cánceres*. Estos tres cánceres eran su muger Scribonia, su hija Julia, y la segunda Julia, su nieta.

Esta fué otra parte de la expiacion de Augusto, del que habia atentado tantas veces contra la moral y la familia, que ya sus amigos solo lo excusaban diciendo que habia obrado por política, con el fin de procurarse connivencias entre sus enemigos y entre sus súbditos.

Ya veis cómo aquella sociedad romana, reorganizada, segun ciertas teorías, gracias á la omnipotencia de Augusto, se desorganiza, por el contrario. El adulterio se iastala en la familia imperial con una audacia de escándalo, que nunca se habia visto desde que Roma fué fundada.

En esto debemos, pues, buscar la explicacion de esa palabra que traduce tan bien el derecho de poderlo todo sobre los demas y de no poder nada sobre sí mismo; de esa palabra de que se servian los romanos para designar la licencia y el desencadenamiento de las pasiones; de la palabra *impotentia*, impotencia moral, impotencia para refrenar sus gustos, su ambicion, sus apetitos, su maldad.

¡Pues bien! La familia imperial os da el mas terrible ejemplo de esa *impotentia*: Scribonia repudiada por adúltera,

Livia entregada á una ambicion que no retrocede ante los crímenes, y por fin, Julia.

Sí, Augusto encontró su castigo, y bajo la forma mas cruel para un soberano. Fué sanguinario durante una gran parte de su vida; aun en aquella en que Livia lo contenia y lo moderaba, mas de una vez asestó golpes y los hizo asestar: fué castigado con las muertes prematuras que acabaron con su familia, hasta que Tiberio, que no es nada suyo, y por quien tiene aversion profunda, pueda tomar su lugar.

Fué cauteloso, hábil, lleno de una hipocresía que lo convierte en uno de los tipos mas completos del maquiavelismo, y está castigado porque tiene á su lado á Livia, mas fuerte que él, que lo detiene ó lo desencadena, que lo hace matar ó perdonar á su antojo, que consigue hasta el último dia tenerle los ojos cerrados respecto de sus crímenes; á Livia, que es una Egeria complicada con una Locusta.

Augusto, en fin, ha dado á su familia el ejemplo de la inmoralidad, y lo castiga su misma sangre, que lo deshonorra en la primera y segunda generacion, su hija y su nieta, á quienes llama sus cánceres.

Veis, pues, señores, que no se necesitan muchas investigaciones, que no hay tantas dificultades que vencer, aun en las épocas mas turbulentas y mas insolentes, para encontrar el castigo, para cerciorarse de la existencia de la gran ley humana, que es bueno buscar en todos los tiempos y que se llama la penalidad.

Posible es que motivos de complacencia y el brillo exterior oculten el castigo tras la grandeza, que la adulacion de los contemporáneos ofusque á los siglos venideros que repiten con indiferencia esas adulaciones, que el miedo ó la bajeza hagan á veces callar á la historia. Sí, sin duda, se pue-

de encontrar hasta en la posteridad, apologistas complacientes, abogados de causas venales y perdidas, y legistas sutiles que gustan de rehabilitar lo que debe ser eternamente condenado.

Pero estad bien convencidos, como lo están todas las conciencias honradas, que para el crimen siempre existe el castigo; y si no lo encontrais en las conclusiones que sacan los historiadores, decid á la arqueología que os abra las puertas y las ventanas de los palacios; y os hará ver de un lado á la Justicia, y de otro al Castigo, sentados en el hogar de cualquiera que ha sido criminal, y que ha violado las leyes de la moral al mismo tiempo que las leyes de la patria.

V.
ALERE FLAMMAM
VERITATIS
AGRIPIA Y LA FUNDACION DEL IMPERIO.

No hay auxiliar mas poderoso y mas irresistible para el despotismo, que un hombre recto, enérgico, de grandes facultades, pero que carece de perspicacia política, y lo que es mas todavía, de esa perspicacia superior que dan los principios, y que por lo mismo, no comprende que es una vergüenza poner su inteligencia y todas sus facultades al servicio de la ambicion de un solo hombre.

Tal es, en efecto, uno de los instrumentos mas temibles y mas tremendos para el establecimiento del poder. Lo que han osado hacer los espíritus atrevidos y sin escrúpulos, el hombre honrado lo consagra; aquellos todo lo han derrocado, el hombre honrado establece algo en lugar de lo que han destruido; aquellos han introducido el desórden en el Estado, el hombre honrado viene y funda esa organizacion en aparien-

cia sábia, en apariencia fecunda, y que sin embargo no es mas sino la servidumbre bien arreglada y organizada para siempre.

Se hallan muchas veces en la historia hombres que han nacido para quedarse en segundo término, por culpa de su época, y que habrian podido brillar en primero en tiempos mas regulares. Agripa, de quien quiero hablaros hoy, Agripa, yerno de Augusto, y ántes compañero de su juventud, es uno de esos caracteres. Lo vereis por su vida así como por las imágenes que de él nos ha conservado la escultura. Es uno de esos temperamentos capaces de hacer los mayores esfuerzos en servicio del que los conduce; que despedazan los obstáculos sin investigar el objeto ni la causa; que cavan su surco, como el buey labrador, sin inquietarse de la cosecha que en él germinará. Parece que Virgilio escribió este verso para Agripa:

Sic vos non vobis fertis aratra, vobes.

Y en efecto, vereis en los bustos de Agripa, algo de la constancia, de la firmeza y de la resignacion un poco salvaje del buey de que habla Virgilio.

Agripa nació el año 691, algunos meses ántes que Augusto. Se llamaba Marco Vipsanio, y le dieron el sobrenombre de Agripa, sobrenombre que se aplicaba á una categoría de individuos. Así se designaba á los niños que venian al mundo con los piés por delante. El famoso Menenio Agripa, autor del apólogo de los miembros y del estómago, tenia ese sobrenombre por el mismo motivo. Pero nada habia de comun entre las dos familias. La familia Vipsania era oscura; la familia Menenia habia, por el contrario, adquirido ilustracion. La felicidad, ó mas bien la desgracia de Agripa, quiso que desde su infancia tuviese relaciones con la familia

Julia. Fué compañero de estudios y de juegos del jóven Octavio. Lo vemos por primera vez aparecer en la historia, cuando Octavio parte para España, á donde va á unirse á César. Agripa lo acompaña. Se envia á Octavio, al año siguiente, á Epiro, á Apolonia, donde habia una célebre escuela de retórica y filosofía; y lleva consigo á Marco Vipsanio Agripa. Estos dos jóvenes se entregan juntos al estudio y adquieren el amor del arte griego, que ha de dejar en el alma de Agripa una huella bastante duradera, como nos lo demostrará en su carrera subsiguiente.

De repente, el año 711 de la era romana, se supo en Apolonia el asesinato de César: entónces entre dos jóvenes de los que el mayor tenia 19 años y que estaban dedicados á los estudios mas encantadores, se tomó la resolucion terrible de ir á revindicar la herencia del dictador y á disputar el imperio del mundo. Octavio heredaba, Agripa ¡oh! no heredaba; pero convenceos, señores, que si Octavio se decidió á ir á Roma solo, sin tropas, sin defensa, y á presentarse para recoger la herencia de César, cuando Roma pertenecia á los asesinos de este, fué porque habia tras de él un consejo viril, que era el de Agripa. Agripa mas maduro, y ménos indeciso, fué el que decidió, con este fatal consejo, de los futuros destinos del mundo. Fué tambien el hombre de valor; fué el hombre de accion; él fué el primero que dió la señal del ataque, acusando á Casio, uno de los asesinos de César. Al acusar á Casio hace lo que se llamaba, bajo la república, sus pruebas de buenas humanidades. Al entrar en la vida política, era costumbre buscar á un ciudadano que se hubiera malversado, y acusarlo. Se daba así una prueba de valor, y si se era capaz de elocuencia, una prueba de elocuencia. Así fué como Agripa se estrenó. Pero á poco la

elocuencia cayó en desuso, se reunieron los ejércitos, llegaron los veteranos al rededor de Octavio, y la guerra civil empezó. En el sitio de Perusa, que fué sangriento, Agripa fué quien determinó el éxito. Su amigo Octavio lo nombró en el acto pretor. Y en esta ocasion vais á ver aparecer los dos lados dominantes del carácter de Agripa, el heroismo en la batalla y la abnegacion respecto de Octavio. Era mucho ser nombrado pretor á los 23 años. Pero habia complicaciones. Cada triunviro nombraba los suyos por su lado; cuando concluian entre sí algun tratado de paz, era preciso hacer sacrificios y reducir el número de los magistrados al fijado por las leyes. Inmediatamente Agripa se oscurece, renuncia la magistratura para no crear embarazos á su amigo, y vuelve á la vida privada. Nada perdió, pues despues de haberle enviado Octavio á las Galias, donde pacificó una provincia insurrecta, luego á los bordes del Rhin, que, despues de César, fué el primero que los atravesó para conducir ahí á una tribu de Galos, fué nombrado cónsul á la edad de 25 años; Octavio que, en esa época, necesitaba satisfacer á sus amigos, llegó á concederle el triunfo. Agripa, por abnegacion una vez mas, rehusó el triunfo, como habia renunciado el título de pretor, alegando que la causa de Octavio estaba demasiado comprometida para que fuera permitido aceptar el triunfo como al dia siguiente de una victoria que hubiese aumentado el poder de la república.

Cierto es que en aquella época, el año 717, los negocios de Octavio estaban en tan triste estado, que sin Agripa Octavio estaba perdido. Agripa habia ido á las Galias y á la Germania; Octavio, que se habia quedado solo en Roma, se habia visto poco á poco, retirado y restringido. El número de sus tropas habia disminuido; su flota habia sido arruinada

por una tempestad, y habia perdido su prestigio sobre el pueblo. El Oriente pertenecia á sus rivales; la mar, hasta los canales de Ostia, pertenecia á la flota de Sexto Pompéo. Octavio perdía valor, él, que si era capaz de grande audacia, no tenia la resolucion fria y tenaz que las circunstancias difíciles exigen. Enviaba á Agripa correo tras de correo para que volviese á toda prisa. Este, al llegar, encuentra casi perdidos los negocios de su amigo. Entónces se muestra tal cual es, un hombre de resolucion y de accion. Hace que Octavio lo nombre general en gefe de los ejércitos de mar y tierra. Reconoce que Ostia es un puerto demasiado pequeño, peligroso, accesible á las incursiones de las flotas enemigas; va á Baias, estudia el litoral, y nota que cerca de Baias dos lagos, el lago Arverno y el lago Lucrin, están separados del mar por una montaña; que con hombres bastantes y obrando con celeridad se puede perforar aquella montaña y comunicar aquellos lagos con el mar; que de este modo se tendrá un puerto admirable, al que será imposible sorprender, ni ir á quemar los arsenales, ni atacar las flotas.

En un año, el puerto y los arsenales quedan construidos; todos los preparativos necesarios para cargar los buques de armas y víveres quedan terminados. Al mismo tiempo, se ejercita á los soldados á combatir en las embarcaciones. Agripa está listo, y da en plena mar á Sexto Pompéo, dos batallas que son dos victorias, Mylae y Nauloco. No contento con haber triunfado de Sexto Pompéo en la mar, toma tierra en Mesina, y derrota sus tropas de tierra, así como habia derrotado sus flotas. Esto era la destruccion del partido del senado y de los que querian restituir la libertad, que no habian cedido sino ante el valor y los talentos militares de Agripa.

Apénas vuelve á Roma, y lo acoge el triunviro, que no esperaba semejante victoria, confiriéndole no solo la corona rostrata ordinaria, sino una corona de oro de particular belleza, cuyo recuerdo nos han conservado las medallas de aquel tiempo. Dentro de poco os hablaré de algunas que fueron acuñadas ántes y despues de la muerte de Agripa, que lo representan coronado con esta rara insignia de su victoria naval.

Acababa de llegar á Roma, cuando Octavio lo envió de nuevo á Ilyria, pues el papel de Agripa será el de ser casi el único general de Octavio y el hombre de todas las circunstancias difíciles. La Ilyria fué pacificada y parecia que la paz estaba restablecida en el mundo. La particion se habia hecho amigablemente: Antonio reinaba en Oriente y Octavio en Occidente. Hubo durante dos años, una era de diplomacia, de reconciliaciones hipócritas, de sordas injurias, de redes tendidas por una y otra parte. Todo esto constituia lo que se llamaba la paz. ¿Que podia hacer Agripa durante estos dos años de descanso? Os lo he dicho, señores, era preciso que fuese un instrumento en manos de Augusto, y un instrumento siempre en movimiento, á manera de esas máquinas que no han de pararse jamas so pena de enmohecerse. Durante esos dos años, quiso Octavio atraerse el corazon de los romanos. Comprendia que en ir á habérselas con Antonio en Oriente, habia un peligro terrible, que era dejar á Roma, tras sí, con un pueblo que no esperaba mas que el momento de romper sus cadenas. Octavio comunicó á su amigo sus temores, sus escrúpulos personales. No sé si halló en Agripa un buen consejo, ó si la idea nació de Octavio, hombre muy sutil, muy entendido, muy político, mal general en el campo de batalla, pero mas capaz que aquel de penetrar

el estado moral de un pueblo, tanto para conducirlo como para engañarlo. Comprendió que era tiempo de que los romanos, después de las desgracias de las guerras civiles, probaran los encantos de la buena vida de la gente media, de embellecer á Roma, de que fuese agradable habitarla, de dotarla de placeres de todas clases, de esos placeres que pueden romper al pueblo, pero que le hacen la vida tan dulce, y lo enervan tan agradablemente, que no preferirá jamás exponerse á las revoluciones, de miedo de perder ese encanto de todos los días. Miró á su redor para buscar agentes activos y laboriosos. Puso los ojos en los amigos y los cómplices que lo rodeaban, en los cortesanos que empezaban á nacer, y no halló al hombre que necesitaba. Tenía hombres capaces de construir un templo, teatros, bibliotecas, baños, y de ejercer una acción muy parcial en los placeres del pueblo, pero no capaces de un esfuerzo más grande. Pensó en Mecénas; este se había reservado el departamento de las letras y de los buenos festines; era un poco grueso, indolente, egoísta, y no el trabajador infatigable, audaz y paciente que necesitaba. Al fin fijó su elección en Agripa, el soldado salvaje, como decían los antiguos, *miles rusticus*, que parecía no tener gusto más que por la guerra y por la sangre lealmente vertida en los campos de batalla, y convirtió en un cebo la pacificación que quería introducir en Roma; le propuso que fuese edil.

La edilidad era la magistratura más baja de Roma; todo ciudadano que, bajo la república, quería recorrer la carrera de los honores, comenzaba por pedir este cargo al pueblo, que consistía..... simplemente en tener el derecho de arruinarse, para construir caminos, hermosos acueductos, templos, pórticos, para contribuir al bienestar de todos á expen-

sas de su propia fortuna, probando así que se tenía abnegación completa y que no se llevaba por mira el interés personal al dedicarse al servicio de la patria.

Agripa, gran personaje, cargado ya con todas las coronas militares, y que sobre todo había sido cónsul, acepta ser nombrado edil por Augusto, á fin de coadyuvar á sus cálculos políticos, que él tal vez le había inspirado. ¿Pero de dónde le viene el dinero que consagra á los inmensos trabajos que emprende? Pregunta es esta que no podemos contestar á tantos siglos de distancia, después de los disturbios de las guerras civiles. El botín recogido en los campos de batalla, el fruto de las proscripciones, las contribuciones impuestas debida é indebidamente, la fortuna personal sin duda de la mujer de Agripa, que era hija del rico Atico, y sobre todo las sumas dadas por el fisco imperial, fueron indudablemente las principales fuentes de donde aquel dinero salió. ¡El que ha confiscado la libertad y dispone de la vida de los ciudadanos, es igualmente dueño de su bolsa! Pero lo que es cierto, es que Agripa ha necesitado tener á su disposición recursos inmensos para inaugurar así en toda la extensión de la ciudad, un conjunto de trabajos que debían ocupar á la vez los brazos y los espíritus, derramar el dinero y el bienestar, acostumar á los romanos á placeres que les eran desconocidos, y hacerles amar de tal manera estos placeres, que temieran la llegada de un nuevo gobierno y el volver á una situación ya fuese más digna y más gloriosa. ®

Empezó Agripa por el lado menos poético, pero el más práctico: principió componiendo y desensolvando los desagües. Empezó este trabajo como Hércules al limpiar las caballerizas de Augias, y se cuenta que cuando hubo termi-

nado esta obra, pudo pasearse en una barca bajo las cloacas de Roma, y llegar de este modo hasta el Tíber.

Creo que esta tradicion hace decir en el día á los romanos, que se puede pasear en barca en la cloaca Máxima. Probablemente, es el recuerdo de este viaje subterráneo de Agripa, que ha pasado al estado de leyenda.

Una vez limpios los desagües, se trajeron las aguas puras. Habia antiguos acueductos excelentes, y os he dicho que los acueductos de Roma, de nueve, por lo ménos cinco habian sido construidos por los magistrados de la república. Agripa quiso añadir el sexto. Fué á buscar, á doce millas de la via Latina, un manantial que llamó la agua *Julia*, y que hizo venir de una manera bastante ingeniosa, pero sin embargo tomada de la república.

Ya os he dicho, señores, que habia un acueducto construido por *Marcio Rex*, que conducia la agua *Marcia*; otro manantial se llamaba la agua *Tépula*, y se habia construido para llevar sus aguas á Roma, un segundo acueducto exactamente encima del otro; se habian evitado los gastos y el tocar la via pública ó las propiedades particulares. Agripa siguió esta idea y construyó un tercer canal encima del segundo. El agua *Julia* fué la que pasó por este tercer conducto.

Aún hoy día podeis juzgar de este trabajo. Al lado de la puerta *Mayor*, en la muralla de circunvalacion construida en tiempo de la decadencia, se ve un acueducto que nace ahí. Este acueducto es de toba,¹ con el aspecto de las construcciones de la república, y se ven muy bien los tres grandes canales: el de l'Aqua Marcia, el de l'Aqua Tépuia, y el de

¹ Piedra es, onjosa y de muy poco peso.

l'Aqua Julia, que pasaban uno sobre otro sin confundirse, gracias á la solidez de los materiales empleados.

Agripa, pues, se encontró en posesion de una cantidad inmensa de agua, y la empleó en el bienestar y para goce de los ciudadanos.

Los antiguos nos cuentan que en cada casa habia tomas de agua y depósitos abundantes; que en todas las plazas habia fuentes en profusion, que las habia en las calles, en las encrucijadas; que habia fuentes no solo para satisfacer las necesidades, sino tambien por lujo y porque eran agradables á la vista; que habia un gran número de fuentes brotantes y castillos de agua. Hasta se hizo el inventario de los trabajos de Agripa, y parece que despues de su edilidad, habia setecientas fuentes en Roma, de las que 150 eran brotantes, y 130 que formaban castillos de agua.

Para adornar esas fuentes, empleó 300 estatuas, 400 columnas de mármoles preciosos, y todo esto se hizo en ménos de tres años. Natural es preguntarse de qué brazos dispencia Agripa, de donde sacaba el dinero necesario, y qué actividad, en fin, ha debido desplegar aquel soldado, que en una edilidad rápida, sirvió tan bien los deseos y las ambiciones de Octavio.

Satisfecho así el bienestar, llegó su turno á los placeres. Se proveyó con munificencia á los espectáculos tomados de las costumbres tanto griegas como etruscas, á los combates de gladiadores lo mismo que á las producciones del espíritu, á las representaciones sangrientas y prolongadas tanto como á los ejercicios de los histriones. En una palabra, todo lo que podia divertir y contener al pueblo, habia sido previsto por el rudo Agripa.

No es esto todo; fué el primero que introdujo en Roma un uso, que hasta entónces Roma habia despreciado: me refiero á los baños termales, cuya tradicion han conservado los turcos y los árabes, á los que iban los hombres á enervarse durante largas horas con una muy elevada temperatura, pasando por toda clase de manos, acabando por extenderse en camas de reposo, y quedando en seguida agradablemente debilitados, ociosos, disgustados de los negocios, desdñosos de los deberes y de las fatigas del ciudadano.

Los baños termales de Agripa fueron construidos detras del Panteon, ó mas bien, el Panteon que se concluyó algunos años despues, no es, en realidad, sino el frontispicio de los baños.

Ya veis, señores, que la actividad terrible de Agripa tuvo mucho en que ocuparse, y que introdujo goces populares en Roma que el populacho apénas conocia. Pero habia introducido, al mismo tiempo, ese sentimiento de satisfaccion y de quietud que débese condenar, porque en los momentos difíciles, cuando preciso es defenderse contra la ambicion y bañarse en el Tíber para endurecer sus miembros, cuando fuerza es que las almas se robustezcan para conservarse en el bien, se han perdido la fuerza y el valor. Todos los placeres proporcionados por Agripa no eran sino incentivos para fundar la tiranía, y esto era precisamente lo que Octavio habia comprendido. Habia dicho á sus partidarios: «Sacrificad vuestra fortuna, yo os la devolveré mas tarde; ¡todos á la obra!»

De todos sus amigos, Agripa fué el que mas hizo para conseguir ese sueño del pueblo romano. Pero el sueño en aquel tiempo, no duraba mucho. Al cabo de tres años, las alarmas volvieron á empezar, y Antonio, que se espantaba

de ver á Octavio tan bien establecido en Roma, le presentó el combate.

Agripa arroja entónces el manto pacífico del edil, y revisa la coraza del soldado. Es preciso que parta; pues, entendedlo bien, Octavio no cuenta mas que con él. Octavio no es general. Se ha querido que no fuese valiente; tenia valor personal, afrontó mas de una vez el puñal de los conspiradores; pero lo que no tenia, era sangre fria en el campo de batalla, la mirada que de un golpe lo abarca todo, el génio atrevido ó creador, y esa calma del pensamiento que sugiere los medios de alcanzar la victoria.

Observad, señores, que no hay una sola circunstancia difícil de su vida, el sitio de Perusa, las guerras de Galia y de Iliria, la guerra naval contra Sexto Pompéo, y ahora esta guerra formidable contra Antonio, en que no ponga á Agripa al frente, como general en gefe de sus tropas de mar y tierra. En cuanto á él, desaparece. En efecto, todos los historiadores, aun los que se han hecho panegiristas de Augusto, os dicen que la batalla de Accio fué ganada por Agripa. Algunos añaden, que durante la batalla, Augusto se quedó en su tienda, que habia tenido presagios fatídicos, sueños que predecian un desastre, y que fiel al espíritu supersticioso que han conservado los romanos, aun bajo el imperio, no quiso conducir los soldados al combate. Agripa fué quien los condujo y quien alcanzó la victoria.

Despues de la derrota de Antonio, Octavio concedió á Agripa una insignia de las mas raras. Habia mandado bordar para sí un estandarte color de mar; Agripa tenia derecho de hacerlo flotar delante de sí á donde quiera que iba, tanto en tierra como en el mar, en la puerta de su casa lo mismo

que en su buque. Este estandarte era, en cierta manera, el símbolo vivo de la batalla naval de Accio.

Después de esta victoria, pensando Octavio que Roma se agitaba, que había dejado ahí á Livia sola con Mecénas, y que éste no tenía la mano bastante enérgica para conservar sumisos á los veteranos, envió bien pronto á Agripa. Y Roma permaneció sometida durante un año entero á Agripa, á Livia y á Mecénas, un general, una muger astuta, y un simple caballero, los tres sin mas poder que su audacia y la cobardía de los romanos, lo que quiere decir que este poder era á la vez ilegal, violento é inmenso.

También es cierto, que cuando Octavio volvió á Roma, en 725, se puede decir que el imperio estaba fundado.

El historiador Dion Casio, que había comenzado su carrera en tiempo de Cómodo, y que fué senador bajo Séptimo-Severo, era muy afecto á la elocuencia; pero como hallaba pocas ocasiones de satisfacer este gusto bajo el imperio, aún en el senado, reducido á sancionarlo todo en silencio, ha consignado en su historia los trozos de elocuencia que componía. En su quincuagésimo-segundo libro ha colocado la célebre deliberación que inspiró á Corneille.

Desaparecidos todos sus enemigos, muertos todos los defensores de la libertad, Octavio, según Dion, reúne en secreto conciliábulo á sus dos amigos, Agripa y Mecénas, y les propone la pregunta que Augusto, en la tragedia de Corneille, propone á Cina y á Máximo: «¿Debo conservar el poder soberano? ¿debo restablecer la libertad?»

Dion Casio reproduce los dos pretendidos discursos de Agripa y de Mecénas. Agripa defiende la república; Mecénas

aboga por la causa del imperio, porque es de origen aristocrático. Recordais el verso de Horacio:

Mecenas atavis editis regibus,

según el cual desciende de los reyes etruscos. Una simple ojeada basta para advertirnos que esta narración no es exacta. Y no lo es, porque ningún historiador habla de ella, antes de Dion Casio, porque los discursos que cita Dion no tienen el carácter de aquella época, porque no tienen ninguna autenticidad, y aun más, ninguna verosimilitud. Tal cosa no es más que mala retórica. En ellos se encuentran alusiones contra los cristianos, y en ellos exhorta Mecénas á Augusto á que los persiga cuando ni siquiera existían, el año 28 antes de Jesucristo. Se reconocen el estilo y los sentimientos de un cortesano de Cómodo y de un senador de Séptimo-Severo.

Las declamaciones estaban entonces muy de moda. Por esto es que Juvenal exclama: «Yo también, cuando era joven, compuse hermosas declamaciones, en que aconsejaba á Sylva que durmiese en la vida privada.» Se prestaban las ideas propias á las grandes figuras históricas, como lo hacemos todavía en los bancos del colegio, donde hacemos hablar á Temístocles y á Pericles en términos que medianamente halagarían á estos ilustres oradores.

Pero, señores, apelo á vuestro buen sentido. Si Octavio hubiese tenido la idea que Dion le supone y que Corneille tomó de Dion, no la habría emitido á puerta cerrada, en un conciliábulo. Claro es que Octavio, que jamás tuvo sino un solo objeto, su grandeza personal y la ruina de la república, no podía pensar, después de haber derramado sangre durante catorce años para llegar á su fin, sino en representar una comedia, continuación de las lágrimas grotescas que ver-

tia cuando rogaba arrodillado ante el pueblo que no lo llamase *dictador*, hazañas de hipocresía que se perpetuaron bajo Tiberio, y con las que Tiberio hastió al mundo.

Semejante comedia, la habria representado ante el senado y no en un consejo secreto, ante los senadores, que á su vez no encontraban acentos mas que para suplicarle que conservase el poder que ninguna gana tenia de soltar.

Agripa, pues, no pronunció discurso alguno, y mucho ménos en el sentido indicado: era con exceso el ángel malo de Augusto, en el buen sentido de la palabra, pues muchos jueces encontrarán honrados á los que no cometen crímenes sino contra el Estado. Fué soldado valiente y enérgico, pero las naturalezas de este temple son máquinas tanto mas terribles cuanto que son ciegas, que no emplean su inteligencia en discernir lo bueno de lo malo, y que van, no digo sin reflexion, pero sí sin principios, y asestan el golpe que se les indica. Augusto lo sabia y rodeaba á Agripa de honores, haciéndolo su segundo en todo. Así fué como á los dos años de ver establecido el imperio lo hizo cónsul con derechos iguales á los suyos, y comprendiendo que no se podia hacerlo tan grande sin volverlo peligroso, lo enlazó con la familia imperial. Agripa era casado, se habia unido con la hija de un hombre á quien la amistad de Ciceron habia hecho ilustre, y que era inmensamente rico, la hija de Pomponio Atico.

Agripa, luego que recibió la órden de Augusto, repudió á la hija del rico Atico, y se casó con Marcela, hija de Octavia, y sobrina del emperador.

Hubo algunos años de paz, y Agripa emprendió de nuevo en el interior, los trabajos que eran uno de los grandes medios de gobierno de Augusto. Buscó un terreno bastante vasto para emprender construcciones incesantes y emplear

innumerables operarios. Esto era difícil en Roma. El imperio habia podido abolir muchas leyes políticas, pero no habia tocado las leyes religiosas y civiles; habia respetado un derecho esencial en el que reposaba la legislacion romana, el derecho de propiedad que era al mismo tiempo un derecho religioso, pues el dios Término volvía sagrada la propiedad. De suerte que Roma era una ciudad llena de calles estrechas que no se atrevían á ensanchar, llena de recuerdos de la república que no se atrevían todavía á hacer desaparecer, y en la que no habia lugar para nuevas construcciones. La expropiacion era imposible. No habia otro modo de expropiar admitido por la ley mas que la expropiacion amigable, que era el que se habia empleado bajo la república, y del que hizo uso César cuando construyó su Foro. Sedujo á los propietarios con sumas fabulosas, que no habian costado caras sino á los Galos, nuestros antepasados. Es cierto que habia otro medio de expropiacion que habia sido puesto en práctica muchas veces en las épocas de guerras civiles. Se mataba á las gentes y se confiscaban sus bienes, pero Augusto, emperador, habia renunciado á estos medios sumarios. ¿Y qué hizo Agripa? Encontró fuera de la antigua muralla de Servio Tulio, que existia aún, el inmenso espacio que se llamaba el Campo de Marte, terreno consagrado á los ejercicios militares y á las grandes solemnidades nacionales, y se puso á llenarlo de construcciones destinadas á los goces de los ciudadanos. Inmediatamente al pié del Capitolio, entre el palacio de Venecia y la Piazza Colonna, construyó las *Septa Juliae* que era un conjunto de construcciones que servían para votar los dias de comicio. Habia ahí un sistema completo ingeniosamente combinado para hacer votar á los ciudadanos con órden y bien abrigados. Su voto era irrisorio, pero ellos

estaban á sus anchas. No se votaba nunca sino por el candidato imperial, pero con muchísima comodidad. ¡Tal es la bajeza de los tiempos en que los cuidados materiales se sobreponen á las preocupaciones políticas y morales!

Agripa mandó construir un gran pórtico, que mas tarde se llamó el pórtico de los Argonautas, porque Agripa hizo pintar en las paredes del pórtico una serie de composiciones que representaban la expedición de Jason. Se construyó otro edificio para los soldados, con el fin de que estuviesen al abrigo del sol y de la lluvia los días que iban ahí á recibir su paga. Se le llamaba *Diribitorium*. En seguida vienen los baños termales, que se extendían desde la Piazza Colonna hasta la Septa Julia. Los baños termales habían sido construidos bajo su edilidad, á los que agregó el Panteon que fué hecho despues, y que tal vez no era mas que una gran sala trasformada de los baños.

Algún dia hablaremos detalladamente del Panteon.

De improviso se interrumpió aquella grande obra de Agripa: Augusto había caído enfermo, y su enfermedad era bastante grave para que se creyera cerca de la tumba. Miró en su rededor, y no tenía por heredero mas que al jóven Marcelo, apénas de 17 años de edad, é incapaz de sostener el peso del imperio. En un momento de delirio, tomó la mano de Agripa é hizo lo que había hecho Alejandro con Pérdiccas; le puso su anillo en el dedo, lo que era designarlo por su sucesor.

Ya sea que se hubiese arrepentido de aquel primer movimiento, ó bien que quisiera calmar los celos de Marcelo, Augusto, una vez restablecido, mostró á Agripa una marcada frialdad. Este no se quejó, no afectó ningun disgusto, se dirigió á Brindes, se embarcó y fué tranquilamente á esta-

blccerse en la isla de Lesbos. Augusto se alegró infinito de aquella partida, se alegró tanto, aunque le escribió cartas de péseme á Agripa, que lo hizo gobernador de la Syria. Sin rehusar, Agripa envió á un teniente para que gobernase el Oriente en su lugar y se quedó en su isla, dejando á veces á Lesbos por Aténas, donde se hacia querer de la población que le levantó una estatua colosal, cuyo pedestal existe aún. Así vivió durante algun tiempo, resignado en apariencia á la vida privada, dedicado enteramente á los placeres que eran los de la Grecia, los placeres del espíritu.

Pero Marcelo murió el año 732. Agripa tenía 41 años, y parecia el único sucesor digno del imperio. Mecénas, que era prudente, fué á ver á Augusto y le dijo: «Es necesario llamar á Agripa, es preciso hacerlo tu sucesor casándolo con Julia. Lo has hecho tan grande, que ya no te queda mas que matarlo ó hacerlo tu yerno.» Se ve en esto uno de los síntomas del poder absoluto. En todas las circunstancias difíciles, Augusto no cuenta mas que con un solo hombre. No parece sino que alrededor del soberano, en lo que mas tarde se ha llamado la corte, no se pueda admitir á ningun hombre nuevo y que sea siempre preciso servirse de las mismas comparsas, que se hacen reaparecer bajo todas las formas; así sucede en los teatros mal montados en cuanto á personal, en donde se ven reaparecer á los mismos figurantes con trajes diferentes. Había al rededor de Augusto tal escasez de hombres, que era preciso ir á buscar á los que se había echado la vispera.

Primero Mecénas no fué escuchado, pues Augusto tenía un resto de envidia contra Agripa. Los déspotas temen á los hombres que han hecho grandes cosas en su servicio. Pero á pesar de que Augusto era un hábil político, no tenía la ma-

no bastante firme para contener á aquel pueblo de Roma que se agitaba y murmuraba el nombre de libertad. Las elecciones se acercaban. Se iba á nombrar á los personajes consulares. Hasta entónces, Augusto estaba seguro de las elecciones; se presentaba en los comicios, tomaba á los ciudadanos de la mano y les recomendaba sus candidatos. Y sus candidatos salian todos nombrados. Pero esta vez fué mal recibido; hubo agitaciones de mal agüero, la ciudad tenia mala apariencia. Esto hizo mas efecto que todos los discursos de Mecénas. Augusto envió á Lesbos el buque mas rápido.

Agripa al retirarse, no habia hecho cálculo de ninguna especie; era bastante desinteresado y tenia las ideas demasiado reducidas para emprender con Octavio un juego en que al fin habria sido la víctima. Simplemente se habia hecho á un lado, esperaba. Fueron á buscarlo. La pobre Marcela fué repudiada; las mugeres, en la familia de Augusto no eran dueñas por mucho tiempo de sus maridos, pues la política violaba los derechos mas sagrados; Agripa se casó con la famosa Julia.

Inmediatamente, Agripa vuelve á tomar su vida activa. Es el factotum del imperio; se agitan los galos, y parte, teniendo tiempo, durante su camino, de levantar un acueducto en Nimes, de construir unos baños termales y de ir á subyugar á los cántabros en España. Apénas regresa á Roma, cuando se sabe que hay agitacion en Oriente; Agripa parte para la Judea. Pero tambien el Ponto se agita; un tal Scribonio, descendiente de Mitrídates, quiere insurreccionarse: Agripa va á reprimir la revuelta, se hace entregar algunos estandartes romanos, trofeos del viejo Mitrídates, y vuelve á Roma, donde hay una fiesta con este motivo. Augusto quiere que Agripa triunfe, y fijaos en este hecho, señores: el

prudente Agripa, á pesar de ser yerno de Augusto, y sucesor designado para el imperio, rehusa el triunfo. Tres veces seguidas en su carrera, rehusa un honor que mas bien que Augusto, le conferia el sentimiento público. Conocia á su amo y temia lo que á este pudiera hacerle sombra: solo Augusto tenia derecho de triunfar.

Esta vida de caballero errante del imperio, era para acabar con el hombre mas vigorosamente constituido. En aquel tiempo los viajes no eran cosa sencilla. Correr hasta las extremidades de la Galia, de ahí á Asia, á Iliria, á España, volver á cada rato á Roma para sofocar las conspiraciones y encontrarse en medio de las intrigas de palacio, era para un hombre, por bien templado que fuese, una vida de muy rudas pruebas. Era necesario viajar haciendo jornadas largas y por malos caminos; si se iba por mar, afrontar en embarcaciones maniobradas por remeros los vientos contrarios y las olas agitadas. Este gasto sobrehumano de actividad abrevió la vida de Agripa. Apénas de vuelta de su expedicion contra el Ponto, sabe que los panonianos se agitan en los bordes del Danubio. Vuelve á partir, calma la revuelta con su sola presencia, pero al regresar, sea que su temperamento estuviese agotado, ó que ya la mano de la emperatriz Livia viniese á ayudar al destino, cayó enfermo en Campania. Sábelo Augusto, parte á encontrarlo, pero Agripa muere ántes de su llegada.

Dice la historia que Augusto sintió profundamente esta muerte: trajo á Roma el cuerpo de Agripa en medio de una pompa triunfal, lo colocó en la sepultura de la familia imperial, en el vasto mausóleo del Campo de Marte, donde se habian preparado catorce sepulcros, y él mismo pronunció el elogio fúnebre de Marco Agripa. Para que su emocion fue-

se ménos viva, como era costumbre en esta clase de ceremonias que el cadáver estuviera al lado del orador, mandó suspender un velo entre el cadáver y él, de manera que el pueblo tuviese el triste espectáculo que estaba oculto al orador.

Tal es en resúmen la vida de Agripa. Su busto puede ayudarnos á comprender su carácter, pues es uno de los mas hermosos bustos romanos que se puedan citar. Veamos cómo podemos asegurarnos de su identidad y semejanza.

Agripa ha sido representado en medallas acuñadas durante su vida, bajo su tercer consulado; son de cobre, y lo representan con la corona rostrata, y está figurada una proa con un espolon de buque. Mas tarde, se acuñaron tambien monedas de plata con su efigie. Creemos que esto fué despues de su muerte, porque solo Augusto tenia derecho de acuñar esas monedas, y ciertamente no concedió este honor á Agripa sino despues de su muerte, cuando ya nada excitaba sus celos.

Existe, pues, una magnífica moneda de plata con la efigie de Agripa en que tiene combinadas las coronas mural y rostrata. La mural tiene en la parte superior unas torres, y las termina un espolon de embarcacion que se adelanta hácia la frente y forma el centro de la corona. Estas monedas son auténticas y presentan un tipo muy particular; por consiguiente, si hay bustos que reproducen ese tipo, esos bustos son de Agripa. En el museo de Florencia y en el del Luvre hay dos bustos muy desiguales, pero que se parecen uno á otro: uno bastante mal conservado, es el de Florencia, el otro admirable por la pureza y el carácter, es el del Luvre. Se le ve al entrar por la puerta del pabellon Denon, está enteramente en el fondo de la galería, en una columna, y mira á la persona que entra. Este busto es de una expresion y de un arte

magníficos. Es uno de los mas dignos de atencion entre los de los emperadores.

El carácter particular de esta escultura es una gran superioridad y una firmeza militar; tiene algo de varonil, y respira la calma del hombre siempre listo. Grandes planos bastante distantes y bien concebidos parecen indicar la grandeza de alma, ya en el mando, ya en las luchas de la vida. Se nota tambien la nariz, de una belleza y, de una pureza típicas, y la boca que es grave, reflexiva, hasta elocuente. Los antiguos citan un discurso de Agripa en que exhorta á los ricos á que exhiban á los ojos del público sus pinturas, sus estatuas, sus objetos de arte, en vez de aprisionarlos en sus palacios y de ocultarlos á la admiracion y al estudio. Aquella boca expresa la gravedad, los consejos que maduran y la elocuencia que se impone. Lo que tambien es notable, es el desarrollo de los huesos maxilares. Parecen muelas dispuestas á mascar cuanto se les presente. El ojo, en fin, y la ceja sobre todo, tienen el carácter que los latinos designaban con la palabra *torvitas*, y que los poetas aplicaban al toro que arrastra el arado ó que vaga en los pastos. Agripa tiene esas cejas, ese arco inmenso que se proyecta sobre el ojo cubriéndolo, y ese aire salvaje que no excluye ni la calma ni la bondad. Esta facion característica habia llamado la atencion de los contemporáneos, puesto que aplicaban igualmente la palabra *torvitas* á la fisonomía de Agripa. Tiene algo de extraño esa enorme ceja. El aspecto no es cruel, no, y no se puede dejar de conocer en ella un signo de paciencia, de concentracion tranquila, de aptitud inmensa para el trabajo, de resignacion un poco tétrica que caracteriza al buey labrador y que caracterizaba á Agripa.

Tambien hay en Venecia, en el palacio Grimani, una es-

tatua admirable, obra maestra del arte griego, que representa á Agripa. Fué hecha en Oriente ó en Aténas, durante la permanencia de Agripa en esos lugares; los venecianos han debido traerla de Grecia, en tiempo de su dominacion. Esta estatua está perfectamente conforme con los bustos y las medallas. Representa á Agripa como héroe divinizado; tiene en una mano la espada corta, el *parasonium* de los latinos, símbolo del mando militar; con la otra mano tiene un delfin derribado sobre el altar de Neptuno, recuerdo de sus victorias navales, atributo del dios de los mares. Es una estatua admirable, y no vacilo en decir que es mas hermosa que la de Augusto.

He aquí, señores, el retrato vivo que completa el retrato histórico. Tal fué Agripa. Lo que domina en el conjunto de sus actitudes lo mismo que en sus facciones, es una especie de firmeza tranquila é implacable, pero no contra los demas, sino contra sí mismo; es una adhesion ciega, no á una causa, sino á otro hombre; es una abnegacion que no es mas que el velo de una ambicion profunda, pues busca en un papel subalterno la via mas rápida y las mas deslumbradoras satisfacciones. Agripa no es un hombre completo. No tiene principios políticos, que hacen la grandeza moral del hombre; gran general, el único general de Augusto, buen administrador, improvisado tal vez, pero improvisado bajo la inspiracion de Augusto; en una palabra, hombre de segundo orden, le falta lo que constituye á los hombres verdaderamente superiores. Letrado y fiel á las tradiciones de la Grecia, habia escrito sus memorias, «Memorias de mi vida,» que evidentemente fueron un modelo para Augusto al dictar el famoso testamento que ha sido conservado en diferentes fragmentos, especialmente en el templo de Ancyra en el Asia

Menor. Escribió tambien un tratado de geografía, del que pretende Plinio haber sacado algun partido. Era una explicacion de los mapas de geografía que se habian mandado pintar en el pórtico de Octavia. En él estaban representadas todas las partes conocidas de la tierra, y la famosa galería de los mapas que está en el Vaticano, no es tal vez sino un recuerdo de aquel pórtico.

Para reasumir la figura de Agripa y colocarla en su cuadro, puede decirse que es la explicacion exterior de Augusto, así como Livia es su explicacion interior y doméstica. Si Livia es el secreto de aquella política hábil, pérfida, disfrazada, que trasforma á Octavio en Augusto, si le dicta la moderacion fingida, la costumbre increíble de la hipocresía, el arte de guiar á los hombres y de engañarlos, la falta de escrúpulos que se encubre con los mas especiosos motivos, Agripa es la accion, la energía, la actividad atrevida, el ímpetu decisivo, la perseverancia inexorable, la fuerza moral en los momentos críticos, el génio en los azares de las batallas. Agripa es quien arrastra á Augusto y lo hace salir de Apolonia para ir á reclamar la herencia de César; á él es á quien se llama en los momentos críticos; solo él puede combatir á Sexto Pompéo, solo él triunfar de Antonio. En una palabra, es el instrumento mas formidable contra los enemigos de Octavio y contra la libertad. El salvó al triunviro, él hizo y consolidó el imperio. El vacío que deja Agripa demuestra, así como la historia de su vida, cuál fué la importancia de su papel. Cuando muere, y esta es una prueba decisiva, el imperio ya no tiene general. Se envia sucesivamente á las fronteras, para probarlos, á algunos jóvenes príncipes de 20 años; se envia á Tiberio, que, dícese era un hombre de guerra bastante hábil, contra los pueblos pequeños. Pero duran-

te un encuentro terrible, Varo conduce á una red grosera á tres de las mas bellas legiones romanas, y el reinado de Augusto concluye bajo el peso de una afrenta que no vengará Germánico sino mucho tiempo despues. La muerte de Agripa es igualmente la señal de los crímenes que van á hacer desaparecer á la familia imperial. Ni Livia ni Tiberio se habrian atrevido á conspirar ni á obrar miéntas Agripa viviese: temian su ojo salvaje y vigilante.

De suerte que Agripa es el verdadero fundador del imperio, y estad convencidos de que sin él jamas habria habido ni un Octavio victorioso, ni un Augusto impune, ni imperio romano, ni destruccion de la república; por lo ménos, esos males habrian sido dilatados hasta una época que no es posible indicar.

Ved tambien, señores, la triste consecuencia de aquel poder confiscado por una sola mano, que hace depender la suerte de un pueblo y hasta del mundo entero, de un amo cuya frágil salud y precaria razon dirigen su felicidad ó su desgracia. Que Agripa hubiese vivido tanto tiempo como podia esperarlo, y los romanos habrian sentido siempre, á la cabeza de los negocios, á un hombre relativamente honrado, que sabia conducir bien la vida de los gobernados, que habria protegido á Augusto contra arranques funestos, que habria defendido á sus cinco hijos contra los venenos y el odio de Livia, que habria hecho subir al trono á príncipes de su raza, inspirados con su ejemplo; y en todo caso, aquellos príncipes no hubieran sido peores que Tiberio, que Calígula y que Neron. Bastó que ese hombre muriese á los 51 años para que sus hijos, segados ántes de tiempo, cediesen el lugar á Tiberio y á una serie de emperadores que debian ser el azote de la humanidad. ¡Leccion memorable que nunca se

recomendará y señalará lo bastante á las naciones dispuestas á abandonar sus derechos para depender del capricho ó de la salud de un solo hombre!

¿Y no tiene Agripa su parte de responsabilidad en un estado político tan peligroso y tan excepcional? Porque muere á los 51 años en la cúspide de su gloria, de su fortuna civil y militar, ¿va á convertirse para siempre en un objeto de envidia sin compensacion? ¿Habrá podido hacerse el brazo derecho del tirano, el destructor de la libertad y de las instituciones de Roma en provecho de Augusto, sin quedar culpable ante la posteridad y sin sufrir castigo durante su vida? Agripa fué castigado, señores, no lo dudeis, y bajo el esplendor de este advenedizo no es difícil mostrar su castigo. Desconfiaríais de mí, que abogo con todas mis fuerzas por la causa de la justicia y de la moralidad en la historia; pero no desconfiaréis de un escritor latino á quien no inquietan ni las ideas preconcebidas, ni la investigacion de los principios; es un naturalista, es Plinio. Hablando de los niños que vienen al mundo con los piés por delante, y á los que se daba el sobrenombre de *Agripa*, hace la observacion de que todos los que así nacen, nacen bajo un mal presagio y deben ser mas tarde muy desgraciados. Y añade: «Preténdese que Agripa, yerno de Augusto, fué una excepcion, pero no;» y para justificar su teoría acerca de los malos presagios, demuestra que Agripa tuvo tres clases de desgracias.

La primera plaga fué Julia, que lo deshonró. Arrastró por el cieno el nombre de su esposo, ante todo el pueblo, y Agripa tuvo que sufrir tanta vergüenza porque era la hija de Augusto, porque no se trevia á quejarse con su padre, porque temia sobre todo verse obligado á repudiar á la muger que le aseguraba el trono. Este carácter, por consiguiente,

uno de los mas hermosos de aquel tiempo, tiene un lado muy triste, puesto que consintió, durante todo el fin de su vida, en aceptar una deshonra pública á fin de satisfacer su ambicion y de llegar al imperio.

En segundo lugar, dice Plinio, fué desgraciado en sus hijos. En efecto, Lucio y Cayo César, fueron envenenados los dos; Agripa Póstumo fué deportado por su abuelo y matado el dia del advenimiento de Tiberio. Una de sus hijas, Julia, continuó los excesos de su madre, y fué echada como ella de Roma; su otra hija Agripina, muger honrada, excitó las sospechas de Tiberio, quien la relegó á una isla desierta en la que murió de hambre como su hermana.

La tercer desgracia, en fin, para Agripa es haber sufrido toda su vida la cruel servidumbre de Augusto, *durum servitium Augusti*. Fijad bien la atencion en estas palabras, señores, pues Plinio escribia con toda sencillez y candor; no se quejaba de la servidumbre por un resentimiento personal ó de aversion contra el imperio; se limitaba á hacer una reflexion sobre el papel de Agripa cerca del emperador. Pero esas tres palabras, *durum servitium Augusti*, son toda una revelacion para la historia. De modo que Agripa tuvo que obedecer toda su vida, al mas astuto y al mas desconfiado de los amos, ya sea que lo enviase á propósito de todo á las extremidades del imperio, ya sea que lo desterrase ó le impusiera las faenas de la edilidad, ó bien que le ofreciese un triunfo que era prudente rehusar, ó que lo sacrificase á Marcelo, ó que lo obligase á repudiar sucesivamente á sus dos mugeres para que soportase á Julia. Vivió en la servidumbre mas dura, fué un instrumento y un esclavo, y tal vez, ademas de todo esto, tenia ese temor personal que un gran corazón puede tambien experimentar, cuando sabe que su

amigo puede fácilmente convertirse en su verdugo. ¿No tenia, en efecto, ejemplos de la manera con que Octavio trataba á sus protectores? ¿No habia el estoico Octavio dejado matar á Ciceron, su amigo, y mandado degollar á Toranio, su tutor?

Esta reflexion de Plinio es, pues, de gran importancia, pues la justifica la vida entera de Agripa: fué esclavo de Augusto, he ahí su castigo. Tambien si es cierto, señores, que en la otra vida se pueda echar una mirada á las cosas de aquí abajo, si la alma de Agripa ha podido ver en lo que se convirtió el imperio romano, si ha tenido no ya alguna inquietud por su patria, sino siquiera algun amor por su propia gloria, ¿cuántos remordimientos debe haber experimentado esa alma! Queriendo ó no queriéndolo, ¿qué de males no causó Agripa! ¿Qué de esfuerzos no hizo por asegurar el infortunio perpetuo de sus conciudadanos! ¿Qué via no abrió á una serie de monstruos que han deshonrado á la humanidad! Fué la muela que pulveriza la libertad, mientras que si hubiera servido ó salvado á la república, sus hazañas y su actividad le habrian conquistado diez veces mas gloria, y una gloria pura. Habria colocado su nombre despues de los nombres de los Escipion, de los Marcelo, de los Caton; habria sido gran capitán, tomador de ciudades, constructor de templos y acueductos, protector de las artes y las letras, ilustre y libre entre sus iguales. Habria podido representar uno de los mas hermosos papeles que fuese dado á un ciudadano, si hubiese socorrido á Sexto Pompéo y no precipitado á Octavio, si hubiera puesto su génio militar y su fuerza de alma al servicio del senado y de la república. Por el contrario, en ese mundo superior, desde donde las almas miran nuestro mundo, ha podido ver desde el dia siguiente de su muerte, que

AUGUSTO.

9.

no había conquistado más que la oscuridad. Fué un hombre de segundo orden, un subalterno. Os he hablado de él durante una hora, señores: ¿qué historiador ha hecho otro tanto? En cierto modo, Agripa ha desaparecido. Augusto lo absorbió; su actividad se ha perdido, su nombre se ha borrado, su personalidad se ha desvanecido en ese océano amargo y sin límites que se llama el despotismo. ¡Justo castigo! pues si había hecho algún bien, efímero como él, fundó un mal profundo, duradero, sin remedio, que fué el imperio romano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

MECÉNAS Y LOS POETAS.

Entre los fundadores del nuevo imperio, hay que mencionar á un personaje que fué el consejero, el negociador de Octavio, así como Agripa fué su hombre de acción y su general; estos dos fueron los brazos, lo mismo que Livia fué la cabeza de aquella temible asociación. Os hablaré hoy de Mecénas, y trataré de hacer su retrato con una severidad á medias, porque es difícil mostrarse completamente riguroso ante una figura tan amable, tan popular á los ojos de la posteridad, y que tanto han cantado los poetas, que su nombre ha llegado á ser el nombre genérico de todos los protectores de las letras.

Mecénas no era romano de nacimiento; no lo era sino por adopción. Era etrusco, originario de Arrecio. Su familia paterna se llamaba con el nombre etrusco de *Cifelne*, que

no había conquistado más que la oscuridad. Fué un hombre de segundo orden, un subalterno. Os he hablado de él durante una hora, señores: ¿qué historiador ha hecho otro tanto? En cierto modo, Agripa ha desaparecido. Augusto lo absorbió; su actividad se ha perdido, su nombre se ha borrado, su personalidad se ha desvanecido en ese océano amargo y sin límites que se llama el despotismo. ¡Justo castigo! pues si había hecho algún bien, efímero como él, fundó un mal profundo, duradero, sin remedio, que fué el imperio romano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI.

MECÉNAS Y LOS POETAS.

Entre los fundadores del nuevo imperio, hay que mencionar á un personaje que fué el consejero, el negociador de Octavio, así como Agripa fué su hombre de acción y su general; estos dos fueron los brazos, lo mismo que Livia fué la cabeza de aquella temible asociación. Os hablaré hoy de Mecénas, y trataré de hacer su retrato con una severidad á medias, porque es difícil mostrarse completamente riguroso ante una figura tan amable, tan popular á los ojos de la posteridad, y que tanto han cantado los poetas, que su nombre ha llegado á ser el nombre genérico de todos los protectores de las letras.

Mecénas no era romano de nacimiento; no lo era sino por adopción. Era etrusco, originario de Arrecio. Su familia paterna se llamaba con el nombre etrusco de *Celne*, que

enviaba al hábil, al suave, al festivo Mecénas, que de nada se enojaba, que escuchaba con paciencia los gritos del populacho, y que le ofrecía en cambio algunos dones y todas sus flores de elocuencia. De suerte que cuando volvió á Roma, sin tener mas mandato que la voluntad del triunviro victorioso, fué dueño del Occidente, durante la permanencia de Octavio en Oriente, aunque, preciso es decirlo, Livia estaba detras de él, sosteniéndolo con su energía y sus consejos que se parecían á órdenes de una manera singular. Tuvo, sin embargo, una séria dificultad con los veteranos de César. Se les habian hecho grandes promesas, cuya ejecucion reclamaban, no dándose por satisfechos con solo palabras. Mecénas agotaba en vano su retórica y su flexibilidad, y entónces fué preciso enviar á Agripa, el hombre de guerra, cuya mano mas ruda sabia manejar soldados.

Esto fué casi al fin de la carrera pública de Mecénas. Por un momento fué á unirse con Octavio, mientras Agripa ocupaba su lugar en Roma; lo siguió hasta el Egipto, y estoy persuadido de que él era quien prevenia á Octavio contra las seducciones de Cleopatra, que esperaba excitar su pasion como habia cautivado la atencion de César y el amor de Antonio.

Estando fundado el imperio, ya no quedaban obstáculos ni enemigos, ya no habia mas que gozar de la seguridad y del poder conquistados. Y si alguno estaba dispuesto á esos goces, era Cilnio y Mecénas.

No tenia ambicion; en cuanto á honores era enteramente desinteresado. En cuanto á riquezas, las tenia inmensas. ¿Cómo las habia adquirido? La historia no lo dice: no creo que de Arrecio procedieran rentas tan magníficas. Su fortuna provenia sin duda de los regalos de Octavio, del botin re-

cogido en la guerra, de los despojos de los proscritos; preciso es no mirar de muy cerca las fortunas nacidas de las guerras civiles y de los golpes de Estado. Lo que sabemos es que Mecénas no tenia ambicion personal, que rehusó ser senador, que permaneció simple caballero, relativamente libre, siempre adicto á Octavio, de quien era amigo y consejero, y cuya munificencia no solicitaba sino para los demas. Era partidario de la paz, y empleó el crédito que cerca del amo habia conquistado, de una manera bienhechora, tomando la defensa de los proscritos, protegiendo á los literatos y á los poetas; en una palabra, era un hombre excelente, que ya no empleaba la astucia, una vez allanadas las dificultades de la guerra civil, sino para hacer querer á los que hasta entónces no habian sido dignos de aprecio.

Hacia tambien uso de su influencia para moderar las cóleras del emperador, de lo que dió una prueba bien conocida un dia que Augusto juzgaba en materia criminal; arrastrado por los recuerdos de su juventud, por su ferocidad nativa, condenaba imperturbablemente á muerte á todos los que pasaban ante su tribunal. Entónces fué cuando Mecénas, confundido entre la multitud, le arrojó su libro de memorias, en el que habia escrito: «Detente al fin, verdugo.» Augusto se detuvo en efecto, dejó las causas para el dia siguiente y al dia siguiente ya habia moderado su temperamento sanguinario. Mecénas abogó por Agripa olvidado en Oriente en una faustosa residencia, diciendo á Augusto: «Has hecho á Agripa tan grande, que es preciso matarlo ó escogerlo para yerno.» Como le demostró las ventajas que hallaria tomándolo por sucesor, no se mató á Agripa, pues así se decidia el destino de los hombres mas considerables, en los primeros consejos del imperio.

En el fondo, Mecénas era un epicureo, un excelente vividor á quien gustaban el sexo hermoso, la buena mesa, los placeres de todas clases, que dan á conocer sobre todo las épocas de corrupcion. Era de una depravacion elegante y delicada, y segun los autores que han hecho su elogio, no aborrecia ni el escándalo de buen gusto ni la prostitucion brillante y de noble apariencia. Era, pues, uno de esos hombres hechos á las mil maravillas para preparar, para hacer amar y aceptar el poder absoluto.

Sabeis que hay dos influencias que es necesario tener muy en cuenta en las sociedades avanzadas: la de los prostituidos que por fortuna son los ménos, y la de los buenos vividores que por desgracia son el mayor número.

En las épocas de conmocion y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se ve surgir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones mas delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven mas que un fin, la satisfaccion de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el dia que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinion, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer mas divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta gerarquía, pues la depravacion es una escuela terrible de ambicion, de audacia y de servilismo.

Los otros, mucho mas numerosos, que son gentes bastante honradas, afeminados mas bien que delicados, mas bien acomodaticios que convencidos, sin energía si no es para el placer, egoistas y únicamente preocupados de su bienestar, amantes de la buena mesa, de los teatros, de los paseos bien

trazados, de las calles cómodas y tranquilas, que los molesta una hoja de rosa en su cama; en una palabra, estos son los sibaritas, multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio, y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro; no piñen mas que la tranquila posesion de sí mismos y de sus amables vicios. Estas gentes aman el despotismo con furor, porque no quieren que se nuble su estado de satisfaccion y de contento. Mecénas se hallaba á su cabeza. Quería la paz, una paz profunda, no mas misiones, no mas viajes á Oriente, en los que se estropeaba y golpeaba uno tanto en las literas ó se sacudia al vaiven de las olas; no, ya no mas un solo viage, ir de las Esquilias á Tibur, y de Tibur á las Esquilias. Esto nos prueba, señores, que Dion, de quien hablábamos hace ocho dias con motivo de Agripa, y que tan mal se inspiró en sus discursos de retórica, ha sido mas juicioso haciendo de Mecénas el defensor del poder absoluto. Porque, en efecto, es el tipo de esa clase muy numerosa, que necesita, no diré la servidumbre, pero sí la tranquilidad, bajo un yugo comun, que es dable soñar en los tiempos modernos así como en los antiguos! Mecénas era, pues, uno de los apóstoles natos del poder dictatorial de Augusto. Dion dió pruebas de ingenio al escogerlo por campeón del despotismo.

Comprendeis, pues, señores, por qué, aunque epicureo y egoista Mécenas, permaneció siendo amigo de Augusto, profundamente adicto á la fundacion del imperio y al interes personal del soberano. Comprendia muy bien, y Augusto no ménos que él, que el ejemplo que daba de la vida fácil de la voluptuosidad que se proporcionaba de manera que no atraía

las miradas de Roma, no dejaba de ejercer una accion lenta, un poco deletérea, que quitaba á los ciudadanos el gusto de los negocios, que consolaba á la juventud de no ser nada, que adormecía á los ancianos y les impedía echar ménos el pasado, dejándose mecer por la dulzura del presente. Mecénas era el gran pontífice de aquella religion del bienestar que mantenía al pueblo adormecido en una honrada obediencia. Al mismo tiempo, tenía gusto por las letras; sabia á la perfeccion acariciar á los poetas, raza muy sensible á las caricias, y trasformar en aduladores á los que hubieran podido ser adversarios. Mecénas no tenía rival en el arte de encantar á espíritus recelosos y al orgullo tan fácil de desarmar ó de satisfacer, que se llama el orgullo de los literatos. Los servicios que prestaba á Augusto eran pues servicios diarios que le costaban tanto ménos, cuanto que no hacia mas que seguir su inclinacion, satisfacer todos sus gustos y vivir bien; vivir bien, es la frase de Horacio, es la enseña de toda la corte de Mecénas. Augusto se los agradecía á su modo, y su intimidad fué siempre en aumento, pues cada vez que Augusto estaba un poco triste, ó se sentía enfermo de alguno de los innumerables males cuya nomenclatura se encuentra en la biografía de Suetonio, se hacia llevar ya sea á la casa ó á la quinta de Mecénas, y este lo cuidaba. La casa de Mecénas era la estancia de reposo, de convalecencia de Augusto; en ella la salud le volvia, gracias á la jovialidad, al ingenio de su huésped, y á las distracciones que sabia procurarle.

Mecénas tenía, por supuesto, algo que sufrir en compensacion. No se tiene impunemente el honor de ser amigo de Augusto; es preciso comprar tanta gloria. Agripa pagó esa gloria hasta el grado de ver su vida abreviada por el exceso de las fatigas, y adivinamos por una frase terrible que se es-

capó á Plinio lo que era la servidumbre privada, secreta, pero implacable de Augusto, *durum servitium Augusti*.

En cuanto á Mecénas, ofrecía mayores dificultades. Era el hombre mas afable del mundo, jamas oponia resistencia, pero generalmente se hacia lo que él persuadía que se hiciese. Las compensaciones eran de otro género. La muger de Mecénas era mucho mas jóven que él, se llamaba Terencia. Imposible es negar que Terencia fué querida de Augusto, siendo esta una de las recompensas de los servicios de Mecénas. Cierto es que este era un filósofo, y probablemente no fué esto lo que turbó su buen humor; fué un lazo mas entre los dos amigos, y esto es todo. Pero Terencia, que era muger muy bonita, de un carácter difícil y capaz de ejercer un gran imperio en su marido, probablemente á causa de su mal carácter, tenía un hermano que se llamaba Murena y á quien se le ocurrió conspirar contra Augusto. Augusto lo supo, é impuso silencio á Mecénas acerca de su descubrimiento, queriendo sin duda dejar que se comprometieran en aquella vigilada conspiracion, todos los hombres enérgicos que hubiera todavía que protestaban contra la servidumbre universal. Mecénas no se calló, avisó á Terencia el peligro que su hermano corria, esta avisó á Murena, y los conjurados se salvaron.

Desde ese dia todo acabó. Augusto no era tierno, y una de sus cualidades era ser implacable; nunca perdonó á Mecénas. No hubo entre ellos ruptura violenta, lo que no era fácil, puesto que Mecénas no era nada en el Estado. Tampoco se rompieron sus relaciones. Augusto estaba mas malo cada dia, la casa de Mecénas le era cada vez mas necesaria; pero hubo una tibieza que la historia hace constar, y la desconfianza no volvió á salir del corazon de Augusto.

Esta es una compensacion, me direis, de las dulzuras que Mecénas habia sacado de sus relaciones con Octavio. Pero creo que esto no fué todavía para Mecénas un gran castigo, de que estaba de antemano consolado por la manera de vivir que habia adoptado. Su vida se dividia entre su residencia de verano y su residencia de invierno; iba de una á otra variando sus placeres con las estaciones, y arrastrando consigo al cortejo de sus amigos.

Sabemos poco mas ó ménos, sin poder precisarlo exactamente, el lugar en que se hallaba la casa de Mecénas en Roma. No era solo una casa, sino un terreno considerable, con jardines elogiados por su frescura, su belleza y su vista. Los jardines de Mecénas se hicieron célebres en Roma, y Nerón se apoderó de ellos, cuando quiso extenderse sobre el valle que separa al monte Esquilino del monte Palatino. Esta localidad debe buscarse mas allá de Santa María Mayor, entre esta iglesia y los baños de Tito, dirigiéndose á San Juan de Letran. Ahí estaban la habitacion de Mecénas y sus jardines, para cuyo embellecimiento el arte griego habia puesto sus magnificencias al servicio del gusto romano.

En cuanto á la casa de campo de Tibur, ya la conocéis. Existe todavía, al ménos en parte; y es imposible no conocer esta localidad. Está situada arriba de las Cascatelas; hace pocos años estaba transformada en una fábrica, y todavía existe el patio cuadrado de la casa de Mecénas, con arquerías en las que recargan unas medias columnas dóricas, poco mas ó ménos como en el teatro de Marcelo.

Dije ya que la vida de Mecénas no era siempre ejemplar. Es necesario, señores, no olvidar que era etrusco, y los etruscos tenian, aun en sus buenos tiempos, la reputacion establecida de ser afectos al placer y á la prostitucion. Los

latinos se burlan incesantemente de su grueso vientre, de su buen estómago y de su gordura, consecuencia de una vida enteramente material.

Mecénas se conservó siempre etrusco; de modo que tenia dos existencias, una para la inteligencia y otra para la satisfaccion de las necesidades del cuerpo. Los baños, el cuidado de su persona lo ocupaban mucho tiempo; habia importado á Roma el uso de unas piscinas de agua caliente, en las que se podia nadar en cualquiera estacion. Tenia un gusto extraordinario por el tocador, no un tocador muy exquisito y elegante, sino por el tocador algo descuidado. Se le encontraba en la calle con el cinturon desabrochado, con la túnica que le flotaba, y llevando en la cabeza un pequeño manto que solo dejaba pasar las orejas, y que protegía su calvo cráneo contra el viento, seguido por dos eunucos, lo mismo que una muger de Oriente yendo al mercado.

Era muy vanidoso de su persona, tenia bonitos dedos bastante cortos, que cargaba de anillos y piedras preciosas. Era la moda de los etruscos, como se ve en las tumbas del museo Campana. Augusto lo llama en una carta «mi esmeralda de Etruria,» haciendo alusion á su gusto por las pedrerías, gusto mas digno de una muger que de un hombre. Arrastraba tras sí una multitud de buenos para nada, de parásitos, de mites, gente que no gustaba á Augusto, pero que le toleraba á Mecénas. Aun se cita á uno de esos mites, Batilo, que le habia inspirado un afecto cuya naturaleza seria inútil definir.

Así, pues, Mecénas reunia una mezcla de grandeza y de pequeñez, de grandes cualidades y de defectos casi grotescos, de gustos elevados y de inclinaciones vergonzosas; aliaba á una gran munificencia por las letras una complacencia miserable por aduladores de baja esfera, por parásitos é histrio-

ha sido traducido al latin por el de *Cilnius*, nombre de pila de Mecénas. La familia de los *Celne* habia ejercido el poder en la lucumonia de Arrecio, de donde fué expulsada por un levantamiento y restablecida por los romanos. Por el lado materno, Mecénas descendia de otra familia que se llamaba ya sea *Mecne*, ó bien *Mesne*, de donde formaron la palabra latina *Mæcenas*. Segun la costumbre etrusca, su nombre mas importante era el de su madre. Esto se nota en las tumbas etruscas, en las que se designa á los muertos con el nombre de la madre, tal vez porque en un país tan corrompido como lo era la Etruria, no habia filiacion segura mas que por el lado materno. Prefiriéndose el nombre de la madre, el del padre no se usaba sino como nombre de pila.

Mecénas era de mas edad que Augusto; ignoramos el año en que nació. Augusto tenia 55 años cuando murió Mecénas, y sabemos que era ya un anciano muy entrado en años, casi decrepito. Cómo las acontecimientos los unieron, lo ignoramos. Mecénas, en Roma, no era mas que un personaje sin grande interes. Era un simple caballero, que no debia probablemente alguna importancia sino á su gran fortuna: pero cualquiera que fuera, tenia necesidad de aumentarla. Era un espíritu vivo, perspicaz, y cuando por vez primera lo encontramos en la historia, ya ha sabido unirse á la fortuna de Octavio, no como hombre de armas, á pesar de que se portó muy bien en la batalla de Accio, sino como consejero; tenia, en efecto, poco gusto por la accion, era sobre todo un hombre de negocios, hábil y conciliador. Siempre que habia que engañar á alguno, ó que entablar una negociacion, era á él á quien Octavio confiaba esa mision. Una de esas negociaciones fué la de casar á Octavio con una descendiente de Pompéo. Estaba para concluirse una alianza entre Anto-

nio y Sexto Pompéo; si se realizaba era la ruina segura de Octavio. Se envió á Mecénas á pedir la mano de Scribonia, que era sobrina segunda del gran Pompéo. La obtuvo, y quedó rota la alianza de Sexto y de Antonio.

Asunto mas difícil fué el de reconciliar á Antonio con Octavio, cuando este todavía no estaba listo para sostener la lucha. Se envió á Brindes al hábil Mecénas rodeado de todas sus seducciones, es decir, de su corte de poetas que ya tenia formada. Entre ellos estaban Horacio, Virgilio y Domicio Marso, nombre mucho mas oscuro, pero sin embargo uno de los amigos de Mecénas. Llegaron á Brindes como á una cita de placer. Antonio, que estaba privado desde hacia mucho tiempo de esos goees delicados, quedó encantado. Mecénas triunfó una vez mas, y se volvió á enviar á Oriente al triunviro, reconciliado con Octavio, es decir, acariciado, engañado, hasta el dia en que este fuera bastante fuerte para aniquilarlo.

Presentóse otra transaccion delicada cuando estalló la guerra con Sexto Pompéo, y que Octavio tuvo que pedir socorros á Antonio. Fué tambien Mecénas á quien se envió; fué necesario salir de nuevo hácia Brindes, embarcarse, atravesar la mar, é ir á ver á Antonio para conseguir tropas y sobre todo embarcaciones. Y tuvo el mismo buen éxito que alcanzara en todas sus misiones.

En fin, despues de la victoria de Accio, lo encontramos en Roma con plenos poderes. El, simple caballero romano, sin título conferido por las leyes, sin eleccion del pueblo, se encuentra dueño de Roma y de la Italia! Ciertamente es que ya habia aprendido el modo de aplacar á la multitud, pues cada vez que habia una sedicion en Roma, durante al triunvirato, y que Octavio tenia que dirigir palabras suaves al pueblo,

nes. Podría comparársele con el superintendente Fouquet, en lo que tiene de noble y de generoso, con tal de completar la comparacion con la imágen de Turcaret con sus vicios y sus ridiculeces.

Siento encontrar una sombra en este cuadro, y no poder mostraros á Mecénas moribundo como os lo he dibujado durante su vida. Pareceria que esta figura feliz, que habia aceptado con delicia el imperio de Augusto y cuya esparcida serenidad nada habia turbado, deberia abandonar el mundo siempre risueño y radioso.

Pero nada de esto; Mecénas sufrió tambien su castigo y pagó su tributo á la gran ley humana de la penalidad. Instrumento de Augusto, fué recompensado con la deshonor introducida en su hogar y con la tibieza del amo. Esclavo de Terencia, fué el juguete de esta muger coqueta y caprichosa. Esclavo del placer, pasó los tres últimos años de su vida en un estado de insomnio que fué un suplicio. Cada ocho dias, Roma se divertia con las querellas de estos esposos, que se manifestaban de la manera mas violenta. Con cualquier motivo, se veia á Mecénas que iba ante el tribunal para repudiar á su muger. Pero apénas lo habia hecho, y se arrepentia. Ocho dias despues encontraba á Terencia mas bella que nunca, y volvia á unirse con ella para volver á repudiarla. Al fin, se llegó á decir en Roma «que se habia casado mil veces.»

El ridículo no era nada para un filósofo de la secta de Epicuro. Pero el sistema nervioso del prostituido emérito, se excitaba con aquellas escenas domésticas; fatigado el estómago y con ayuda de las consecuencias de los excesos, Mecénas contrajo una enfermedad cruel, implacable, incurable: el insomnio. Le habian aconsejado como remedio, que bebie-

se mucho, y él seguia el consejo á la perfeccion; pero este medio no dió resultado sino por poco tiempo. Habia inventado otro artificio mas delicado, que era reunir una orquesta á alguna distancia del cuarto en que reposaba, cuyos sonidos le llegaban suavizados y como un murmullo. Todo fué inútil, y sin embargo llegó á vivir durante tres años sin dormir. Amaba la vida que le habia sido tan dulce; Séneca nos dice que tenia mucho miedo á la muerte, á pesar de su filosofía y de las promesas que le hacia Horacio de seguirlo á la tumba. Tenia siempre ante los ojos el espectro de la muerte, que contribuia todavía mas que los gritos de Terencia á hacer dolorosos sus insomnios. «¡Que esté yo enfermo, exclamaba, que sea yo ciego, manco, cojo de las dos piernas y me arrastre, con tal que viva!» Caton, por su parte, habia exclamado: «¡Muramos, ya que no puedo vivir libre!»

Mecénas murió bien, segun parece: se llamaba morir bien, bajo el imperio, hacer al emperador su legatario universal. Augusto fué el heredero de Mecénas.

¿Cuál fué el papel de Mecénas en las artes? Yo no veo que ejerciera una accion marcada en los artistas. Mecénas tenia principalmente la direccion de las letras. En cuanto á bellas artes, gustaba sobre todo de lo que podia aumentar su bienestar interior; pensó tambien, por fortuna, en hacer reproducir sus facciones. Hay, en efecto, dos piedras de los dos grabadores mas célebres del tiempo de Augusto, Solon y Dioscórido, que nos han conservado la imágen de Mecénas.

La piedra de Solon representa á un hombre en la fuerza de la edad; es gordo, es el *pinguis Etruscus* de que se burla Horacio cuando habla, no de Mecénas, sino de los etruscos

en general. Es calvo y unas cuantas mechas de cabello le forman una corona al rededor de la cabeza, pero el cráneo está desnudo, y esto explica por qué, cuando se presentaba en público, se cubria la cabeza con un pequeño manto que no dejaba pasar mas que las orejas. Los músculos del cuello son muy pronunciados; no son los músculos del toro, es más bien una hischazon que hace comprender que las venas están obstruidas por efecto de los excesos. El perfil es puro y caracterizado, y da muy bien una idea de la raza etrusca tal cual la conocemos por las esculturas y las pinturas de las tumbas. En la nariz hay algo que recuerda la del Polichinela latino, pero la barba es ancha, con hermosos pliegues que le imprimen un aire magestuoso. La boca, cuyos labios están bien dibujados, es buena, tiene abandono, facilidad, y expresa los sentimientos afectuosos; es la boca de un hombre excelente, y se ve que si dió la mano á la tiranía, fué para vivir él tranquilo y no para hacer sufrir á los demas.

La piedra de Dioscórido es enteramente diferente. Representa la vejez llegada á la decrepitud, y me pregunto si no accedió Dioscórido, al representar á Mecénas enteramente viejo, á los deseos de su ilustre patron, que preocupado con sus insomnios, quiso consagrar la imágen de lo que llega á ser un hombre, por grande y feliz que sea, cuando las enfermedades lo agotan durante tres años.

Diríase, en efecto, que Dioscórido hizo ese retrato por orden de Mecénas, pues lo representa en extreme viejo y disecado: el labio le cuelga; la cabeza permanece siempre viva é inteligente, pues á no dudarla la inteligencia no ha decaido, la irritacion de las vigilia solo ha podido aguzarla. Pero es curioso observar la sequedad, la descomposicion, lo protuberante de todas las partes musculares de las faccio-

nes. Hasta cierto punto, ya no queda sino la piel sobre los huesos. Extraño contraste con la cabeza llena, grave, repleta del retrato de Solon.

Hay otro busto de Mecénas en Roma, pero no está bastante bien conservado, para que merezca se le estudie, sobre todo al lado de las obras maestras de Solon y de Dioscórido.

He aquí un bosquejo, señores, rápidamente trazado, pero bastante exacto, de Mecénas. Habeis visto que no es un Pericles, ni siquiera un Alejandro. Y sin embargo, su nombre ha tenido suerte, pues se ha conservado como el tipo de los protectores de los poetas; la posteridad se ha forjado un Mecénas ideal, que será tan duradero como la humanidad.

Porque realmente se apropió la mejor parte, pues al proteger á los poetas, se aseguraba sus alabanzas, y pasaba con sus versos á los siglos mas remotos. Consagrado está el renombre que le dieron; su nombre ha sido, aun en los mejores tiempos de nuestra literatura, tan popular como en el siglo de Augusto, y los amigos de las letras han tenido siempre ante los ojos un modelo, un ideal, un tipo, que es Mecénas.

En la conducta de este se ven, primero, sus gustos personales. Amaba las letras como todos los romanos ricos y bien educados; las amaba y las cultivaba; parece que escribió tanto en prosa como en verso, pero se cuenta tambien que era descuidado y al mismo tiempo muy afectado en la forma. Que fuese descuidado, parece conforme con su carácter general: un buen vividor no podia imponerse la tension de espíritu que da la precision y la pureza del estilo. Pero que fuese afectado, no le era permitido á un talento lleno de delicadeza, que vivia en relaciones con escritores de una forma

tan pura y de un gusto tan elevado. Su temperamento se sobreponía, pues, á todos los ejemplos: la pretension que ostentaba en su tocador, la afición que lo dominaba por las pedrerías, ciertos lados pueriles de su organización original, explican que fuera inclinado á la afectación.

Perfectamente se alían la afición por las cosas del espíritu y la amistad por los literatos, con el gusto por los festines y las animadas y joviales conversaciones que prolongan el placer de la mesa. Desde temprano debe Mecénas haber buscado los mas distinguidos y amables entre los espíritus superiores de su tiempo.

Entró, pues, en relaciones con Virgilio, recomendado por Asinio Polion, luego con Horacio y con Propercio. Era este un jóven romano, de grandes dotes, de un carácter encantador, y que parecia nacido para las acciones heroicas. Mecénas lo alojó en su casa y lo perdió. Aquella hermosa inteligencia que prometia á Roma un gran poeta y obras de un órden elevado, se evaporó en medio de las voluptuosidades de la casa de Mecénas, se gastó cantando alabanzas á Augusto ó los encantos de una querida, y Propercio murió á los 30 años, formulando como último voto espirar en brazos de Cyntia. El poeta pagaba cara la protección de Mecénas.

En cuanto á Virgilio, debemos hablar de él mas detalladamente, porque Mecénas ejerció considerable influencia, no en su vida, sino en sus poemas y en sus ideas. Con este motivo tengo que hablaros con mas particularidad, del valor político y del papel de Mecénas respecto de los hombres de letras.

Es de creer que al mismo tiempo que cedía á su afición personal, Mecénas obedecía un mandato, y que su conducta estaba convenida con Augusto. Augusto debía temer aquel

espíritu latine, cáustico, un poco amargo, que habia conservado el sabor acre de Ennio, del viejo Caton, y de Pacuvio. Augusto no ignoraba que habia que temer sobre todo á los hombres que con sus versos recitados pública ó privadamente, podian excitar los sentimientos republicanos, despertar la mal apagada altivez de los corazones romanos y comprometer la fundación del imperio. Mecénas tuvo, pues, la misión de atraer á su casa á todos los poetas, y de dirigir con dulzura su inspiración, que se les imponía, por vías favorables á la conservación del órden establecido.

Virgilio, ciertamente, es uno de los ejemplos mas notables de la influencia que puede ejercer un hombre dulce, vivo, suave con perseverancia, cínico con medida, y corrompido con tacto, en una organización mucho mas elevada, mucho mas poética, pero por esto mismo mas ingenua.

Lo que salvó, no á Virgilio, sino su dignidad personal, fué que vivió lejos de Roma. Aunque se le hizo volver su propiedad de Mantua, tenia siempre de vecino al terrible veterano tanto mas irritado, y por esto vendió sus bienes, partió con su familia, puso toda la Italia entre él y su perseguidor, y fuese hasta Tarento. Esta expatriación tuvo al ménos el resultado favorable de alejar á Virgilio de Roma. Iba, sin duda, á Roma, para ver á Mecénas y leerle sus versos, pero nunca residió en esta ciudad.

Habitaba en Tarento y la Campania, de manera que vivió, por decirlo así, aislado, nunca se sumergió en la corriente de servilismo y de degradación moral que el siglo de Augusto inauguraba, y conservó todo lo que tenia de bueno, de honrado y de elevado en los sentimientos. Por desgracia, su talento no conservó la misma independencia, pues Mecénas lo tenia, á pesar de todo, demasiado á menudo cerca de

sí, ó sabia llegar hasta él por medio de sus cartas y sus consejos. El poeta no pudo resistir á un lenguaje dorado, á los argumentos especiosos, á seductoras súplicas, al pérfido llamamiento hecho á su patriotismo. La inspiracion general de sus obras proviene de Mecénas.

Hay mas independenciam en sus *Bucólicas*, aunque divinizó á Octavio por exceso de gratitud, á pesar de que cantó la preñez de su muger Scribonia, y de que prometió un héroe, que resultó una niña, la famosísima Julia. Pero sus *Geórgicas*, fueron en cierta manera dictadas por Mecénas. Augusto sentia la necesidad de atraer los espíritus al amor de los campos. Habia grandes propiedades en decadencia, inmensos espacios que ya no se cultivaban. Era tambien un medio de hacer olvidar los negocios públicos, el mutismo de la tribuna, la confiscacion de las elecciones, la alteracion de las magistraturas, y de asegurar la sumision al amo. A fin, pues, de que la teoría condujese á la práctica, se recurrió á las descripciones de los poetas.

Virgilio se dedicó naturalmente á celebrar la agricultura, á poner en hexámetros los preceptos mas áridos de los libros cartagineses y de los libros de Caton. Las *Geórgicas* están dedicadas á Mecénas, y con justicia, pues son sus hijas. Virgilio fué la forma, la expresion, el instrumento melodioso; el pensamiento fué de Mecénas, es decir, de Augusto.

Lo mismo sucedió con la *Eneida*. Examinadla con atencion y reconocereis que el pensamiento fundamental del poema, es popularizar las tradiciones de la familia imperial, referir la historia de los pretendidos autores de la familia de los Julios, y crear el prestigio histórico y divino al rededor de la cuna imperial. Toda la historia de Eneas, de Anquises, de Ascanio, será referida con complacencia, porque son los abuelos

de Julio César y de Augusto; y Virgilio da tortura á su imaginacion, y crea é inventa haciendo verdaderas hazañas, en servicio de un asunto muy mediano.

Si Virgilio hubiese sido dejado á sí mismo, á las inspiraciones libres de su hermoso génio, en la campiña encantadora de Nápoles y de Tarento, habria concebido otras obras, de forma tan pura y tan perfecta, pero de inspiracion altiva, personal, tal vez grandiosa. Su génio se debilitó tratando un asunto que se le imponia; al morir quiso quemar la *Eneida*, cuyas bellezas muy bien conocia, pero que en algo pesaba sobre su conciencia, ó por lo ménos, permitido es suponerlo. Esto os dirá cuál fué la influencia de Mecénas en una alma cándida y honrada, que se hallaba tanto mas ligada cuanto mas vivo era el recuerdo de los beneficios que habia recibido. Virgilio fué traicionado por la gratitud, único sentimiento que podia unirle á la política de Mecénas y de Augusto.

El manuscrito de Saint-Denis, que se halla ahora en el Vaticano, contiene un retrato de Virgilio. Tiene el traje griego; el pelo, bastante corto, cae como sobre la frente de un diácono; la cara está rasurada, la nariz bastante mal dibujada; la expresion general es dulce y tranquila.

Este manuscrito es de la época bizantina, y el personaje que se toma por Virgilio tiene un carácter eminentemente bizantino. A falta de mejor modelo, han tenido que aceptar este tipo, segun el cual, el arte moderno trata de reconstruir la imágen de Virgilio. Aun en la antigüedad, Calígula, por locura, hizo destruir las imágenes de Virgilio. Despues de él se buscaron sin embargo las facciones del poeta y se le levantaron estatuas, pues sabemos que en el santuario *lararium* de la casa de los emperadores habia un busto de Virgilio, y con buena derecho, pues mas que nadie, el gran poeta hizo acep-

tar el imperio, y contribuyó de una manera singular á conagrarlo, rodeándolo de la doble auréola de la poesía y del sentimiento nacional.

Horacio, por el contrario, es hijo de un liberto que no olvidó lo bastante su origen, sobre todo en su conducta pública, y que no tiene los escrúpulos ni las delicadezas del cisne de Mantua. A Horacio, que tiene por principio el no admirarse de nada, lo conquista mas fácilmente Mecénas; en el acto se vuelve su comensal y su obligado, pues Mecénas le da simplemente, de la noche á la mañana, un terreno bastante considerable en la Sabina. Dotado por Mecénas, Horacio no solo se hace aliado del imperio, sino que lo canta, alaba á Augusto, y ayuda á llenar de atractivos y á hacer encantadora la servidumbre pública. Elogia la concordia, la paz, la sumision y el orden admirable establecido por el despotismo, que permite los prolongados festines, los ocios infinitos, los cantos de amor, los placeres campestres, y que sobre todo dispensa de los deberes de ciudadano. Horacio, que tiene versos muy nobles, y acentos, á veces, dignos de mejores tiempos, tiene tambien horas de cinismo en que exhibe á toda luz y como con jaetancia, acciones vergonzosas, que se deben callar, aun cuando no sea sino por pudor, y que él afectaba haber cometido.

Así, yo no creo que haya huido, arrojando su escudo, en la batalla de Felipe. Bruto lo habia escogido para tribuno de los soldados, grado que equivale al de coronel, y Bruto se entendia en materia de conocer á los hombres. No; fué derrotado con sus compañeros de armas, pero se batió bien. Si se ha jactado de una cobardía que habria hecho gemir á un corazon romano, ha sido para hacer sonreir á Mecénas y adular mejor á Augusto, vencedor de Felipe.

Encuentro igualmente una prueba de bajeza, en los insultos que prodigara á uno de los caracteres mas hermosos de la época, á Antistio Labéo. Labéo era un republicano, á quien no pudieron doblegar ni las astucias ni las amenazas de Augusto, y que jamas consintió en inclinar la cabeza al yugo. Horacio lo persigió con sus sátiras y aun con sus calumnias, hasta el grado de que Tácito no pudo abstenerse de reprobar aquella indigna complacencia hácia Augusto.

El fué tambien quien cantó la victoria de Accio, como si el silencio no fuera el único deber ante triunfos semejantes.

Lo que es admirable en Horacio, es la inteligencia, la cultura del espíritu, la fuerza de la expresion, la perfeccion de forma que rara vez se ha igualado, el exquisito lenguaje que revelaba un gusto exquisito, la sábia vivacidad de estilo, los detalles admirables, el arte que yo compararia al arte mas delicioso de los plateros florentinos. Es un poeta maravilloso, es hasta un gran talento; pero su alma, á pesar de los relámpagos que la iluminan, á pesar de los recuerdos de la filosofía griega, se vuelve ante Augusto y Mecénas, si no servil, digna por lo ménos de un liberto.

Horacio es el gran sacerdote de la falsa libertad que se llama la indiferencia y el ocio. Cantaba y le gustaban los festines, el vino, las hermosas queridas, los placeres de la ciudad y los del campo, que mucho se asemejaban á los de la ciudad en la casa de Mecénas en Tivoli. Se deleitaba en la pereza y se mofaba de cualquier cuidado. Augusto quiso unírsele haciéndolo su secretario; Horacio se negó, no por temor de estar bajo la mano del emperador, sino porque tenia horror de todo lazo regularizado, y porque queria dis-

poner de su tiempo para escribir, para vivir bien, y para gozar de sus amigos.

No obstante, continuó siendo íntimo de Augusto, y aun conocemos una carta muy curiosa, que demuestra cómo hacían Mecénas y el emperador para tener siempre á la obra á aquellos hermosos talentos disciplinados.

En una carta que es á la vez una caricia y una amenaza, se queja Augusto con Horacio de que no lo elogia en sus versos con bastante frecuencia: «¿Sabéis que no estoy contento de vos? ¿Creeis que os deshonraris ante la posteridad si confesais que sois mi amigo?» Lo que preocupaba, pues, á Augusto, era hacer borrar la huella de sus crímenes con las alabanzas de los poetas. Cuando por casualidad componían demasiados versos sin tocar en ellos las virtudes ó la gloria del emperador, Augusto les escribía con toda suavidad, pero bajo la forma tierna y amistosa de sus palabras se siente una especie de punta de acero.

El retrato que tenemos de Horacio en varios medallones es conforme á la imagen que él mismo nos dejara. Dice que tenía pequeña la nariz, bonita la frente, negros los cabellos, un aspecto agradable, una sonrisa siempre lista para los que á él se acercaban. En efecto, en esas medallas se ve que la frente es recta, el perfil bastante regular, la nariz fina, (*vir emunctæ naris*), las facciones delicadas y espirituales, pero sin elevacion; aun hoy día se encuentran en Roma algunos tipos italianos, que no llaman sino muy ligeramente la atencion, y que tienen muchísima afinidad con el tipo de Horacio. Confiesa este que desde muy temprano se le abultó el vientro y se enfermó de los ojos; que tenía estos ribeteados de colorado, mal rasgados en el párpado inferior, y el poeta añade sin falsa vergüenza que los tenía también le-

gañosos (*lippus*). Sabemos además que tenía el talle corto, y que Augusto, cuya jovialidad misma tenía algo de cruel, lo llamaba «mi barrilito» [*sextariole*]. Este mal nombre tenía dos aplicaciones, pues se dirigía á la vez contra la redondez y contra la capacidad del antecesor de Falstaff, que celebró demasiado el buen vino para no haber abusado de él algunas veces.

Por estos géneos, que dieron brillo á Augusto y á su siglo, se puede juzgar de la accion mucho mas poderosa que debió ejercer Mecénas en inteligencias de segundo orden. Propercio, enervado por la voluptuosidad en la casa de Mecénas, muere á los 30 años, sin tener mas ambicion que la de espirar en los brazos de Cyntia. Ovidio, mucho mas jóven, pero pervertido desde su infancia con semejantes ejemplos, mezcló á sus preceptos sobre el arte de amar y á su insípida languidez, las adulaciones mas bajas á Augusto y aun á Tiberio. También Tibulo no quiere cantar mas que el amor; la literatura, en fin, del siglo de Augusto, mientras mas la representan talentos inferiores, sistemáticamente, se vuelve mas enervada, mas corrompida, mas inclinada á la voluptuosidad, y mas llena de adulacion y de servilismo. En ello se reconocen la influencia de Mecénas y la política maquiavélica de Augusto que tras él se ocultaba.

Que otros admiren al elegante corruptor, al dispensador amable de beneficios, que solo hizo mas dulce la vida á los pobres poetas, para desviar sus inspiraciones, comprometer su génio, haciéndolo servir los intentos de una política egoísta, y por medio de incentivos péfidos y encantadores, comprometerlo inconciente, en las redes del despotismo! Semejantes á esos pájaros domesticados que atraen á la jaula á los que gozan de su libertad y les hacen amar el cautiverio,

los protegidos de Mecénas consiguieron convencer á sus compatriotas, y hacerles aceptar el olvido de sus deberes, la degradacion de su conciencia, la abdicacion de su voluntad ante la voluntad de uno solo. Gracias á esos hombres que encantan, la posteridad ha compartido las ilusiones políticas de los romanos del imperio; ha hecho de Mecénas el tipo de todos los protectores de las letras, así como ha formado de Augusto un ideal de clemencia y de poder paternal. En cuanto á mí, no puedo dejar de mezclar con el desprecio indulgente que merece un hombre semejante, un resentimiento mas profundo, cuando pienso en las nobles obras que nos ha robado. ¿Qué no habria hecho un génio como el de Virgilio, si hubiera estado libre, aislado, al abrigo de los peligros de la gratitud, y animado solo por su inspiracion? No habria escrito las *geórgicas*; pero habria rivalizado con Hesiodo y habria vencido á Teócrito. No hubiera celebrado al piadoso y lagrimoso Eneas, ni al pequeño Julo, ni á la fria Lavinia; pero hubiera cantado los esplendores de Roma republicana, hubiera narrado la guerra púnica, que tan débilmente pintó Silio, y que fué una guerra de gigantes; hubiera creado, imitando á Homero, una epopeya mas hermosa que la *Eneida*; y sobre todo, no hubiera subordinado sus composiciones á las pretensiones y á los intereses de la familia imperial. Sin Mecénas, Horacio se habria conservado digno de la amistad de Bruto; y en vez de murmurar sin cesar los nombres de Lesbia y de Lalagéa, habria elogiado á los Escipiones, á los Gracos, á los dos Catones, en versos semejantes á su oda sobre el Justo.

Propercio, á su vez, en lugar de consumirse vergonzosamente entregándose á las delicias del palacio de Mecénas, habria correspondido á las promesas de su primera juventud,

que era varonil, llena de un ardor altivo, y que dejaba presentir algo heróico. ¡Mas feliz fué Ciceron! ¡Mas felices los proscritos que Octavio hiciera degollar! ¡Pues no perdieron mas que la vida!

No respetar el génio, corromperlo, convertirlo en instrumento de una egoísta ambicion, en cómplice de un sistema político, desviar dirigiendo contra la libertad de la patria el fuego divino que la patria habia producido para salir airosa de sus pruebas y glorificar su libertad, es mas que habilidad, es un crimen. La humanidad tiene derecho de pedir severa cuenta á los que así han ahogado en su germen, bellezas para siempre perdidas.

La superioridad del griego sobre el latín, no necesita demostrarse; los mismos latinos la han confesado. Todos los escritores latinos están llenos de lo que deben á los griegos, y del sentimiento de su superioridad respecto de los que proclaman sus maestros, como para tener el derecho de plagiarlos sin cesar. Este hecho lo han reconocido aun en nuestros días, los jueces mas ilustrados. M. Sainte-Beuve, en unos versos célebres dirigidos á M. Patin en 1837, defendía la causa de los griegos y la hacia triunfar de la de los latinos. Hoy M. Mommsen, á su vez, establece de una manera vivísima la preeminencia de los griegos, y el año pasado, en el colegio de Francia, el valiente profesor de literatura latina, M. Havet, daba una lección espiritual, persuasiva, en la que, al admirar la belleza del latín, proclamaba la superioridad de la literatura griega. Es, pues, un lugar común, una verdad aceptada por las partes mas interesadas, por los que en otro tiempo escribieran el latín y por los que en el día lo enseñan. Lo que propongo es sacar la consecuencia de estos principios, aplicarlos, introducir en nuestras costumbres lo que está en nuestras ideas, y practicar lo que ha permanecido en el estado de teoría. Conviene, pues, haceros comprender los lados realizables, prácticos, y podría añadir, necesarios, de una reforma de este género en la enseñanza.

Hay, señores, tres puntos de vista. Primero, el de la *lengua* tomada en sí misma; luego, el de la *literatura*, es decir, de las producciones del espíritu con las formas bajo las cuales se manifiestan; y en fin, el punto de vista *moral y político*, que á nuestros ojos es el mas importante.

Empiezo por la lengua.

No pido que se haga una de esas grandes reformas que agitan é inquietan á la juventud, que trastornan los estudios,



LA LITERATURA DEL IMPERIO.

Hablar de Mecénas, de sus amigos y de su influencia inmediata, es formar el proceso de la literatura latina en el siglo de Augusto. No he temido enumeraros, señores, mis principales motivos de queja contra esa literatura, bajo el punto de vista moral y político. Nada he agregado acerca del peligro que presenta como alimento perpétuo de las jóvenes generaciones. Necesario es vo' ver á este asunto á fin de mostraros el remedio al lado del mal.

No tengo la pretension de haber inventado el remedio: hace mucho tiempo que ha sido propuesto. Consiste en la preeminencia que el griego debería tener sobre el latín en la enseñanza, y particularmente sobre la literatura latina del siglo de Augusto, que es la literatura clásica por excelencia.

y que pueden acarrear perturbaciones profundas en la enseñanza bajo todas sus formas, tanto en la enseñanza libre como en la enseñanza del Estado.

¡No! lo que pido se limita á esto: cambiar dos palabras, dos palabras nada mas en los programas de educacion. En donde quiera que haya la palabra *latin*, se borrar  para poner en su lugar la palabra *griego*; en donde exista la palabra *griego*, se borrar  para poner en su lugar la palabra *latin*. Así el niño empieza sus estudios en un establecimiento del Estado ó en un instituto particular; tiene ocho años;  qu  se le quiere enseñar? el latin. En vez del latin, ense adle el griego. Luego, cuando llega á una edad un poco mas avanzada,   los once   doce años,  qu  es lo que se le hace estudiar ademas? el griego. Ese será el momento, por el contrario, de introducir el latin. Sobreponed el estudio del griego al del latin, en vez de sobreponer el latin al griego. Esto se puede hacer sin cambio brusco. A medida que las generaciones que se trata de instruir entren al liceo, y lleguen despues   su duodécimo año, se les aplicará el nuevo programa. De manera que pido sencillamente la sustitucion del griego al latin. He aquí por qué. Es mucho mas lógico pasar ocho   diez años estudiando el griego y cuatro ó cinco el latin, que estudiar diez años el latin y cinco el griego, puesto que este es infinitamente mas rico, si no es mas difícil que el latin.

Cuando haceis aprender las lenguas vivas   vuestros hijos, si empezais por un idioma mas complejo y mas difícil, por una lengua madre,  no es verdad que despues, jugando aprenden las que de ellas se derivan?  No es verdad que el niño que sabe el aleman, por ejemplo, puede aprender el inglés en unos cuantos meses, porque el inglés es mas sencillo,

porque su sintáxis es m enos complicada, porque sus raíces tienen mucha afinidad con el aleman? De suerte que las deducciones se hacen maquinalmente en el cerebro del niño, que se encuentra casi sabiendo el inglés por el solo hecho de conocer el aleman.

Lo mismo sucederá, si   la edad en que los niños tienen la mas viva percepcion de los sonidos y de las palabras, les haceis aprender primero la lengua griega, mas abundante y mas compleja, y llegais despues al latin, aprenderán este mas rápidamente, pues no es mas que una lengua hermana, subordinada en muchos respectos   la lengua griega.

Creo que mi proposicion debe pareceros racional; en cuanto á mí, estoy convencido de que la transicion del griego al latin seria tan fácil, tan fecunda en resultados rápidos, como la del aleman al inglés, y aun como la del latin al italiano. El que sabe el latin aprende el italiano en seis meses. Notad, señores, que no descarto el latin; muy al contrario, deseo que la juventud lo sepa bien, pero creo que lo aprender  mucho mejor con la fuerte preparacion y la alimentacion robusta que implica el prévio estudio del griego.

Por mas de una razon, debemos poseer la lengua latina. Ante todo, es nuestra lengua materna: la lengua francesa es hija de la lengua latina, y no debemos perder de vista el origen de nuestro idioma, sus fuentes, sus explicaciones. En seguida, es la lengua del derecho, de la administracion, de la medicina, de todas las apelaciones razonadas de la ciencia y del arte. Pero, lo repito, no solo no se sacrifica al latin, sino que encuentra un poderoso auxiliar en el conocimiento prévio de la lengua griega; y m ientras mas temprano se enseñe el griego   los niños, mas flexible estar  su memoria y mas pronto lo aprenderán. Lo veis con los niños que desde la

edad de cinco años hablan el alemán tan bien como el francés. El griego no es más difícil que el alemán, por consiguiente, los niños podrían leerlo y escribirlo, si no es que hablarlo, como leen y escriben el alemán.

Hay otra razón, y es que el latín es una lengua muerta, mientras que el griego ya no lo es. El griego renace; ha sido siempre una lengua viva; se reforma, se enriquece, y antes del fin del siglo, será tal vez digno de que se le clasifique entre las lenguas literarias.

Desde hace cuarenta años, los griegos ya libres, han regenerado su lengua, que no fué, durante muchos siglos de servidumbre, sino una lengua empobrecida, mezclada con palabras turcas y albanesas, pintoresca y armoniosa, es verdad, pero reducida al estado de dialecto popular. En Atenas y en los principales centros del Oriente, ha habido, desde principios del siglo, celosos filólogos que han vuelto á encontrar, que han reformado, reconstruido su lengua moderna, purificándola por medio de una conversión hácia las antiguas formas, poniéndola en relación con el espíritu moderno, con las invenciones de nuestra industria y con todos los detalles de nuestra civilización. En el día se imprimen más de 150 periódicos ó revistas, publicaciones hebdomadarias y cotidianas escritas en griego corriente, que se asemeja mucho más al griego antiguo que á la lengua popular. El desarrollo de la literatura helénica es mayor cada día; la influencia comercial que todos los días adquieren los griegos, difunde más y más su lengua en Oriente; se habla en todas las islas del Archipiélago, en la Tracia, en Macedonia, en las costas del Asia Menor, en Alejandría y en Bucarest, en Viena y en Trieste, en Constantinopla sobre todo, futura capital de la Grecia, y en los grandes centros de comercio, como Marsella, Londres

y San Petersburgo, en donde las colonias griegas son numerosas, ricas é influyentes. En todas partes se habla la lengua griega, que tiende más y más á convertirse en lengua literaria y cuyo conocimiento puede llegar á ser, el día que la Grecia esté de nuevo floreciente, un recurso para todos los que tengan en el Levante intereses comerciales y políticos. Cierto es que una de las condiciones sería abandonar la inepta pronunciación que indebidamente lleva el nombre de Erasmo, y que asimila la pronunciación del griego con la del francés, destruyendo la fisonomía, el acento, la armonía de una lengua eminentemente musical.

Esto sentado, al hacer aprender á nuestros hijos el griego antiguo, nos encontraremos con que les hacemos aprender una lengua viva, una lengua que dentro de poco se hablará y escribirá en todo el Oriente, y á la que no faltará más que un Dante ó un Descartes, para que quede constituida y sea literaria y célebre.

Puesto que vuestros aplausos, señores, me aseguran que compartís mis ideas y que no dudáis ya de la excelencia del estudio filológico del griego, paso á la segunda parte de mi tesis, que es también fácil de demostrar. ¿Cuál sería en nuestra educación literaria la influencia de la literatura griega, aprendida desde temprano y verdaderamente analizada? ¿Cuál sería su acción en el espíritu nacional y en nuestras creaciones en el órden de la inteligencia?

Preciso es no ser ingratos; preciso es ni renegar del pasado, ni dirigirle una censura retrospectiva, que sería casi una impiedad. Es indudable que la literatura francesa es hija de la literatura latina, que de ella está profundamente imbuida y que casi constantemente por ella ha sido inspirada.

Sin hablar de la Edad media y de las sutilezas un poco con-

fusas de la escolástica, el Renacimiento, que tanto debía sin embargo á los griegos expulsados de Constantinopla, se ha convertido y conservado latino. La memoria de nuestros poetas del Renacimiento frances es enteramente latina; las ideas y las imágenes latinas penetraron hasta las fibras mas delicadas de su cerebro. Inútil fué el esfuerzo intentado por Ronsard y su escuela por volver al griego; la exageracion que en esa tentativa se introdujo, el pedantismo, el estudio de las palabras sustituyendo al de las ideas, paralizaron la famosa pléyade. Nuestro Renacimiento es, pues, tan latino como galo por el conjunto de su inspiracion.

Basta tambien recordar lo mucho que se adhiere la literatura del siglo de Luis XIV á la literatura del siglo de Augusto. En ella se notan algunos espíritus ávidos de una luz mas pura, como Racine, que leen una que otra novela griega, y esto á hurtadillas de sus maestros, ó que consultan alguna tragedia de Eurípides. Se encuentran espíritus delicados y predestinados al aticismo, como Fenelon, pero son excepciones, y el siglo de Luis XIV estuvo tan cerca de la literatura latina como léjos de la literatura griega.

Las reminiscencias, los plagios, se ven en aquella literatura á cada instante, y sabeis tambien lo mucho que copiaron los poetas del siglo XVIII á Propercio, á Tibulo, á Ovidio, á todos los insípidos doctores en el arte de amar. Pero precisamente porque esa influencia fué manifiesta y duradera en tantos grandes y hermosos espíritus, es por lo que las fuentes se han agotado de una manera absoluta. Hemos sacado de la literatura latina todo cuanto de ella podiamos sacar, como imitacion directa y como inspiracion indirecta. Tan cierto es esto, que al principio de este siglo, despues de las conmociones militares, de los trastornos civiles que inflamaron

y regeneraron los espíritus, habiamos llegado á un verdadero cansancio, á una especie de disgusto ante las imitaciones de la antigüedad latina. Por eso habeis visto á naturalezas ardientes, á hombres de talento incontestable, desviarse de un terreno agotado para ir á pedir modelos á las literaturas extrangeras, tomar por maestros á Goethe ó Shakespeare, y propagar en Francia lo que entónces se llamaba el romanticismo.

Pues esa necesidad de rejuvenecernos, de que no siempre hemos tenido conciencia y cuya manifestacion es el romanticismo, esa necesidad habria encontrado su mas pura, su mas abundante satisfaccion en la antigüedad griega, si hubiéramos hecho lo que hicieron los latinos, si hubiéramos recurrido á ella para vigorizarnos.

Los autores griegos, en efecto, ofrecen á las inteligencias manantiales incomparables en toda clase de ideas. Los romanos así lo habian perfectamente comprendido. Apénas llegaban á la adolescencia los hijos de las nobles familias, apénas dejaban la túnica pretesta y la bola de oro, cuando partian para Grecia, á concluir ahí su educacion; y no solo los hijos de los senadores ó de los caballeros, sino hasta hijos de libertos, como Horacio. ¿Y por qué iban á Grecia, á aquella Grecia que no tenia ya mas que sofistas, retóricos y filósofos degenerados? Porque ahí habia todavia un soplo superior, y una abundancia de modelos de que ni idea podian tener en el suelo latino.

¿Y no es lo mismo, señores, tratándose de nosotros? Estoy seguro de que, como hijos de los latinos sacariamos gran provecho, si tuviéramos valor de imponernos desde la infancia, la asimilacion de la lengua y de la literatura griegas, cosa que no puede tener efecto en una edad mas avanzada. Cuan-

do se llega al quicio de la vida libre, de las luchas y de los placeres del mundo, no hay ya tiempo de sujetarse á los estudios tranquilos y vigorosos que nos hacen penetrar en el corazón de una literatura. Se necesita una edad mas tierna, una memoria que la menor imágen impresione y encante, que posea todavía la frescura, la inocente sensibilidad en que deja huella todo lo bello: es preciso el primer despertar del espíritu, que se verifica al mismo tiempo que el de los sentidos, y cuyo recuerdo ha perdido cada uno de nosotros, pero del que hallaría una idea vaga, si bajara hasta el fondo de su corazón, y de los sueños indecisos de sus primeros y juveniles años.

Abrid, pues, á esas inteligencias, los radios horizontes, la luz tan pura y tan libre de la inteligencia griega, y abrid al mismo tiempo á la inspiración moderna el manantial que buscamos y que en vano ha pedido el romanticismo á diferentes razas, que no tenían los magníficos modelos, los tipos para siempre inimitables que la Grecia ha creado y vuelto inmortales. Si quereis obrar sobre las almas, ponellas en contacto, desde la infancia, con el génio griego para que forme poetas, grandes prosadores, oradores, moralistas, filósofos, pensadores políticos, bienhechores de la humanidad, en una palabra, hombres superiores en las mas elevadas órdenes de ideas. Antes de la adolescencia es cuando es necesario comenzar á despertar las imaginaciones, á poblar la memoria, á abrir los corazones con las claridades serenas de la bella literatura griega; en una edad mas avanzada, ya es demasiado tarde.

Puédese comparar la permanencia prolongada que quisiera conseguir para la juventud en medio de las obras griegas, á la que mas de uno de nosotros ha podido hacer en medio

de las ruinas, de los sitios, de las bellezas pintorescas del suelo griego. Ciertamente el país ha decaído mucho de su pasado esplendor, y sin embargo, ¿quién lo ha recorrido sin sentir un encanto que jamas podrá olvidar? Ciertamente es que cuando se hace el viaje de Grecia un poco tarde, ya en el dintel de la edad madura ó de la vejez, se experimentan goces singulares; pero tiene mas parte en esos goces el raciocinio que la imaginación, el impulso involuntario y la impresión irreflexiva.

Si, al contrario, vais á los 30 años á Atenas, á Tesalia, á la Asia Menor, al Peloponeso, á las islas, á todos esos países benditos, cuyos nombres balbuceais desde la infancia, entonces se produce una especie de iniciación y de embriaguez que os hace capaces de sensaciones mucho mas profundas. En esa edad, sobre todo, el solo nombre del Pentélico ó del Hymeto, solo la vista del Parnaso ó del Helicon, hacen latir el corazón y entrever un mundo de aspiraciones pósticas y de deliciosas sensaciones. A esa edad no se puede recorrer el mar sin comparar sus olas á innumerables sonrisas, sin saludar con piadosa emoción cada una de las Cíclades colocadas al derredor de Delos como al derredor de una reina, sin ver jugar tras del azul, á Vénus y á las Nereidas, sin que evoque un recuerdo ó un sueño cada ola acariciada é impelida por la brisa. En esa edad se dejan pasar dias enteros, sin conciencia de ello, en las rocas del Acrópolis de Atenas escuchando el murmullo del pasado que melodiosamente resuena en vuestro oído con el zumbido de la abeja, el canto de las cigarras en el bosque de olivos y los ecos lejanos de la llanura; deslumbrado con el brillo de los mármoles dorados por un sol de veinte siglos, deslumbrado sobre todo con la belleza y perfección que irradian del medio de las ruinas

y que animan el menor fragmento, respirando no sé qué sople desconocido, mas varonil, mas altivo, mas heróico, que se llama el ejemplo del génio y el amor á la libertad. Tomad poetas ú hombres de primer órden de los que se producen cada cien años, tomad aun simples literatos que no tengan mas mérito que su sinceridad, ni mas fuerza que su pasión por la literatura griega, y los desafiad á que no se trasformen durante su permanencia en medio de los esplendores pasados y de los debilitados encantos de la Grecia. ¡Pues bien! ese viaje apénas es el símbolo del que con facilidad incomparable y mucho mas fecundo, podeis hacer emprender á vuestros hijos á traves de los autores griegos, ofreciéndoles la llave mágica que se llama la inteligencia del texto, haciendo que les sean familiares esos libros demasiado poco hojeados, en los que todo lo que la Grecia ha visto, pensado, soñado, referido, aconsejado ó inventado, se encuentra en letras de oro y de luz. Abí es donde se debe ir á buscar inspiracion, si anhelaís que la Francia no deje de producir talentos y á veces génios.

Un ejemplo os prueba que no afirmo nada que no esté puesto en razon, y que no esté justificado con precedentes.

Hemos intentado en el arte lo que propongo se aplique á la literatura. A principios del siglo, el arte se sintió un poco cansado de la imitacion latina, de las ruinas de la Italia y de Roma, y buscó nuevo ímpetu en las ruinas de la Grecia, y en los mármoles del Partenon. Inmediatamente se produjo en todos sus ramos, con ayuda de la arqueología, un movimiento sensible de renacimiento. Se estudiaron los monumentos de la Grecia, sus templos edificados en los promontorios y las rocas, con sus capiteles mutilados, sus columnas der-

ribadas, sus adornos apénas reconocibles; á fuerza de respeto y de paciencia, los arquitectos comprendieron poco á poco los principios de la antigüedad, y han tratado de penetrar el espíritu de la arquitectura griega. De ella han recogido como recompensa una nueva fuerza, un sentimiento de medida y de delicadeza, que ántes de ellos no existia. Así mismo, la escultura francesa, que habia recorrido un círculo glorioso, pero que se habia enervado con la voluptuosa pereza del siglo XVIII, fué á vigorizarse en el seno de la escultura griega, no contentándose ya con las copias romanas que inundan los museos, sino ateniéndose á los originales encontrados en el suelo de la Grecia. Tambien es cierto, que desde hace 50 años, la escultura francesa ha producido obras que la colocan en primer lugar entre las escuelas de Europa.

Los mismos pintores, que no habian podido adivinar toda la pureza de la pintura antigua, que no habian tenido mas que revelaciones imperfectas hechas por medio de vestigios que les eran recordados por manos secundarias y por un gusto alterado ya, han encontrado, sin embargo, en las pinturas que adornan la pequeña ciudad de Pompeya, modelos de elegancia y de proporcion, de que se han aprovechado para los trages, el cuadro pintoresco y los accesorios de sus cuadros. Todo el mundo sabe lo que M. Ingres sacó del estudio de esos pintores sin nombre de un municipio de Campania; lo que sacó sobre todo de los dibujos trazados por simples artesanos, en los vasos griegos.

Lo que se ha hecho en el arte, se ha intentado tambien en uno ó dos ramos de la literatura, en la filosofía, por ejemplo. M. Cousin, cuya muerte lloramos dos dias despues de la de M. Ingres; difundió entre la juventud las obras de Platon, elegantemente traducidas, dió impulso á muchos trabajos del

mismo género, en los que se respira no sé que soplo de las bellas tradiciones, el amor de lo ideal, la investigación de los mas nobles pensamientos y de las formas mas delicadas.

Lo que se ha principiado á hacer respecto del arte y la filosofía, que se continúe con todos los ramos de la literatural. Que por medio de la inteligencia de los textos, se ponga en comunicacion á los espíritus que por vez primera se abren para las cosas bellas, con los modelos de la Grecia! Se hará así accesible una fuente nueva, imprevista, y mucho mas fecunda que las fuentes latinas.

Llego al tercer punto, el mas importante tal vez, en el que os pido mayor indulgencia, porque la debilidad de mis palabras las hará inferiores á mi pensamiento. Es el punto de vista moral y político.

El lado moral, hélo aquí. La literatura, y sobre todo, los poetas del siglo de Augusto, ofrecen á mis ojos cierto peligro, si son por mucho tiempo el alimento de la juventud, alimento, por decirlo así, exclusivo, puesto que se les llama clásicos por excelencia. Este peligro consiste en la debilidad de los sentimientos y de las imágenes, el aderezo que daban á sus obras, su uniformidad de miras, pues generalmente eran obras de convencion, siendo tomadas de los poetas griegos, y resultando débiles á causa de este mismo hecho, ó con motivo de la traduccion. Este peligro es una tendencia general hácia el abandono, hácia la laxitud amorosa, hácia la voluptuosidad. Este peligro, es la filosofía indiferente y escéptica que profesaban los súbditos de Augusto, y que se trasluce á traves de sus obras; consiste en los cuadros eróticos que multiplicaron á porfía los comensales de Mecénas, y en la pasion afeminada de que no están exentos, ni las *Bucólicas*, ni los primeros libros de la *Eneida*. Se necesitan acentos mas al-

tivos, principios mas enérgicos, lecciones mas varoniles para formar hombres, para elevar su carácter, para constituir su dignidad moral. No me extenderé respecto de la incuria desdénosa, ni de las máximas anacreónticas del demasiado popular Horacio, no diré siquiera todo lo que merece el triste Ovidio, con sus pueriles metamorfosis, sus lamentaciones serviles y su insípida languidez, que escandalizaron al mismo Augusto; no haré mas que nombrar á los Gentil-Bernard y á los Parny del siglo, Catulo, Tibulo, Propercio, que son poco leídos, pero que pintan su época á la perfeccion.

Todos los poetas de Augusto, tan encantadores por la forma, por la muy rara perfeccion en el estilo, por el arte incomparable, dan á su pensamiento mas gracia que fuerza; mas bien son eruditos que inspirados; yo los compararía á los plateros florentinos del Renacimiento, que aplicaban sus mejores cinceladuras á objetos pequeños. Aun cuando canten esos poetas en un tono mas sublime, se desmienten en la página siguiente, y no hacen olvidar nunca que no son mas que imitadores. Y no es un relámpago lo que necesitan las almas que se desarrollan y quieren llegar á ser vigorosas, es la luz directa, la luz del medio dia, el cielo libre y la irradiacion del sol.

Desgraciadamente los poetas de Augusto son, por fuerza, los únicos que los jóvenes pueden tener en sus manos, porque su estilo es mas puro, mas trabajado y mas inteligible. Tómense, en efecto, los restos de los poetas de la república, y sin esfuerzo, no es posible hacerlos comprender á los jóvenes. Dificiles son los fragmentos del anciano Ennio, de Pacuvio, que tienen la desventaja de no ser mas que fragmentos. Tienen todavía algo de la rudeza del terruño, y recuerdan á los antiguos latinos y sabinos; tienen una acritud

severa que repugnaria á espíritus jóvenes. Tampoco se les puede recomendar á Lucrecio. Una forma complicada encubre pensamientos magníficos, los que, además se hallan perdidos en un fondo de peligroso materialismo.

Tampoco Plauto, á pesar de su talento, es poeta que pueda dejarse hojear al acaso; y no creeríamos conveniente tratar de corregir sus preceptos sobre el arte de burlarse de los podres, recomendando la prosa rústica del gran Catón. Es cierto que los satíricos que sucedieron al reinado de Augusto tienen un vigor increíble, pero pintan tan bien los vicios que flagelan, que la pintura hace olvidar los latigazos. Además la indignacion es una virtud negativa que implica mas amargura que fuerza, que consuena mas bien que vigoriza en las épocas de degradacion, y que no está exenta de peligros para las almas infantiles, á las que sobre todo, son indispensables para desarrollarse, la calma, las inspiraciones suaves, y el espectáculo de lo bello. El mismo Tácito, el hombre de bien, tiene algo de la amargura de los satíricos, y tiene que describir demasiados horrores, para que sus obras no sean adecuadas sino para la lectura de hombres ya formados.

La necesidad, por consiguiente, de eliminar, en la educacion de la juventud, á la mayor parte de los poetas romanos, la relativa pobreza de la poesía republicana, y sobre todo la forma admirable de los escritores del siglo de Augusto, circunscriben la literatura clásica al reinado de este príncipe. ¡Pues bien! esa literatura sirve mas bien para degenerar razones que para crear almas bien templadas.

Sé que al lado del escollo está la salvacion. Ahí está el maestro, vigilante, lleno de precaucion, que aconseja al discípulo, que le abre el libro en tal página, que se lo cierra en tal otra, que hace extractos, que está siempre alerta con-

tra el menor ataque dirigido á la honradez de sus ideas ó á la dignidad de sus aspiraciones. Horacio no dejará escapar un axioma de epicuréo sin que no sea refutado, una lisonja cobarde, sin que no sea denigrada por el profesor. La Universidad, sobre todo, que ha dado á la sociedad francesa tantos defensores en el órden moral como en el político, tantos espiritualistas y liberales, tantos escritores y oradores, sabe separar ó combatir las fáciles doctrinas de los cortesanos de Augusto, y hacer que encuentren eco en los corazones infantiles los mas nobles acentos de Virgilio ó de Ciceron.

Pero que el discípulo esté en el liceo, ó en el instituto eclesiástico, ó en la casa paterna, el profesor no está presente sino á horas determinadas, mientras que el libro siempre está á su disposicion. El jóven lo hojea, tiene sus pasages favoritos, que no siempre son los que elocuentemente ha comentado el profesor. Confesemos con sinceridad, señores. ¿Qué leíamos con mas gusto, en Virgilio, en nuestras horas solitarias cuando lo leíamos? ¿No eran los amores de Didon, las perfidias de Vénus, ó bien las lánguidas quejas del hermoso Corydon? ¿Qué es lo que hemos retenido de Horacio? ¿El arte pético, ó el Viaje á Brindes? ¿No serán mas bien los nombres de Lesbia, de Lalangéa, de los vinos que celebra, Falerno y Cecubia, el elogio de las mugeres y del placer? Esto era lo que excitaba nuestra atencion, lo que halagaba nuestra juventud risueña ó meditabunda, lo que se grababa en nuestras memorias mas fácilmente que las cosas bellas, morales y de grande trascendencia, que tambien se encuentran en Horacio, pero que son la excepcion.

El tono general de la poesía del siglo de Augusto, es, pues, cierta laxitud, un abandono epicuréo que resalta del conjunto de esa literatura. No creo que preste alimento sufi-

ciente para siete ú ocho años de estudio, y no es de ella de donde se sacará el temple enérgico, el vigor moral, que es preciso esforzarse por dar á la juventud de todos los tiempos, sobre todo en las épocas en que el estado político de la sociedad enerva naturalmente las almas, las disgusta de los negocios públicos y les hace desdeñar tanto los deberes como los derechos del ciudadano.

¿Cuál es en efecto, la atmósfera que se respira, cuando se vive por el pensamiento con los poetas contemporáneos de Mecenas y de Augusto? Es una atmósfera de buena voluntad, de suavidad, de adulacion, de renunciacion personal, es la servidumbre afable, ataviada con los disfraces más nobles. Se siente en todas partes la conciencia muda en presencia del amo, el esfuerzo por desviar á los ciudadanos de los negocios, y por inspirarles aversion á toda tarea varonil. Uno celebra la tranquilidad del campo y la suave indolencia de la vida campestre; otro celebra la risa, las hermosas queridas y la voluptuosidad; el tercero elogia la sabiduría digna de los dervises ó de los alfaquies que consiste en despreciarlo y abstenerse de todo. Aconsejan la abdicacion de todo derecho, y hacen grata la confianza ciega en la voluntad de uno solo, la anonadacion voluntaria ante un poder irresistible. Se deshacen en alabanzas al príncipe, lo inciensan, lo vuelven un Dios, y todos apocan su génio con el triste hábito del servilismo. Tácito caracterizó muy bien esa época al esclamar: «No faltaban los génios pero la adulacion los debilitaba.» La posteridad no puede dejar de repetir la frase de Tácito.

¿Es esta la escuela de la juventud en un Estado que es libre y que quiere serlo? ¿Es así como se pueden formar ciudadanos en un país organizado? ¿Son esos ejemplos bastante nobles, bastante vigorosos? ¿Esa laxitud que se respira bajo

la forma mas persuasiva, no deja una huella peligrosa en las imaginaciones tan sensibles de la infancia? ¡Ciertamente sí! esos recuerdos quedan grabados: la belleza de la forma, hace que las doctrinas afeminadas sean todavía mas seductoras. Y mas tarde, cuando se deja la casa paterna, el instituto particular, ó el liceo, la forma póstica que se tiene en los oidos, si no dirige nuestros pensamientos, tiene en ellos sin embargo mas influencia de la que se supone. Un jóven propietario, por ejemplo: sueña, no con el trabajo, sino con la tranquilidad del campo, como Tityrio y Melibéo y los amigos de Horacio. Se dice á sí mismo que seria muy agradable ir á vivir en su propiedad, burlarse ahí de toda molestia, alejar los deberes que comprometen ó los esfuerzos inútiles de la vida pública, no ser ni regidor del ayuntamiento, ni prefecto de su distrito, contentándose con administrar bien sus bienes, con vivir á su antojo y sobre todo con vivir bien. Otro, de constitucion mas viva, inclinada al placer, que cita con orgullo los preceptos epicuréos de Horacio y sus versos anacreónticos, que conoce á Delia, á Lesbia, á Cyntia, y que se apresura á reemplazar esos añejos nombres con los de bellezas mas modernas y mucho mas populares. Otro, es rico, pero no consiente en decir que tiene un modo honrado de pasarla: es afecto á lo que brilla; tiene gusto por los honores; necesita una carrera rápida; no tendrá embarazo en pedir por favor lo que encuentre demasiado penoso ganar con el trabajo, es hombre que espía las circunstancias favorables, que se abre camino por todos los medios, que se pone bajo la proteccion de toda clase de patrones; es ambicioso, pero de sus goces personales; lo que le gusta del poder, es el placer, la riqueza, el cortejo, la excitacion, el insustancial y fácil torbellino. Recuerda los versos de Hora-

cio, de Propercio, de Ovidio; sueña con un Polion ó un Mecenas; y suspira por los beneficios de Augusto. Atrévase á lo que se atreviere, se creará justificado con semejantes ejemplos, y en los días de escrúpulo fortificará su conciencia, recitando hermosos versos.

El que, por fin, tiene gustos modestos, humildes si se quiere, que teme el esfuerzo, la competencia, las luchas generosas, las escuelas especiales, las carreras liberales, que no pide mas que un pequeñísimo empleo, seguido de otro y de otro mas, ambicion que no es desmedida, puesto que la Francia desarrolla de tal manera la centralizacion y sus funciones administrativas, que de preverse es el día en que haya tantos funcionarios como franceses; ese repite toda su vida, con una gratitud que varia de objeto y con una satisfaccion que no varia, el famoso verso de Virgilio: «Un Dios nos ha creado estos vicios.»

Deus nobis hæc otia fecit.

Añadiré, señores, que en la degradacion de los ciudadanos en tiempo de Augusto, en la corrupcion del sentimiento individual, en la negacion de lo que á la patria debemos, en las lisonjas exageradas, que llegan á hacer de un hombre el igual de los dioses, y hasta divinizar sus pretensiones y sus errores, hay en el conjunto de esa poesía un peligro inevitable para las literaturas que de ella se inspiran. Despues de haber alabado lo que la literatura francesa ha tomado de los latinos, imposible es disimular lo malo que el espíritu de imitacion ha producido. En los poetas de Augusto es donde los poetas del Renacimiento aprendieron á comparar con los dioses y las diosas del Olimpo, no solo á los reyes y á las reinas, sino á las queridas de los reyes y á los cortesanos mas vulgares. Ciertamente no era inspiracion del antiguo gé-

nio frances, que era severo en la censura, satírico, liberal, amigo de la independencia, y que jamas habia aprendido á arrodillarse ante un amo. Los poetas del Renacimiento tomaron esas formas serviles en los libros latinos, en los recuerdos de su juventud, y creyeron hacer maravillas con divinizar á sus contemporáneos, como los poetas del imperio habian divinizado á los emperadores. ¿No os habeis sonrojado, señores, de los génios que admiramos y veneramos, al leer ciertas páginas muy de sentirse de nuestros clásicos franceses, y al convenceros del grado de adulacion á que descendieron algunos escritores del reinado de Luis XIV? Y me pregunto lo que debian pensar los extranjeros, los ingleses y los holandeses del siglo XVII, los protestantes de Suiza y de Alemania, al leer las adulaciones no del llano Benserade, sino de Boileau, de Racine, de Corneille, de los predicadores del Evangelio y de los mismos grandes obispos, trasformados en cortesanos. Estos grandes ingenios no creian degradarse. ¿Por qué? Porque, desde su infancia, estaban imbuidos de las forma serviles, porque cien veces las habian aprendido en los autores del siglo de Augusto, porque las fórmulas ya hechas se habian grabado en su cerebro, porque la educacion literaria se presentaba á su espíritu tan naturalmente como las palabras vienen á los lábios del que habla su lengua materna, porque la poesía latina habia sido su alimento, su modelo, su ideal, su sueño, y porque ese alimento habria llegado á formar parte de su sangre.

Aun en el siglo XVIII, veis que las inteligencias mas libres, las que reivindican con mas fuerza los derechos de la humanidad, no escapan de esa influencia; que Voltaire mismo tiene lisonjas indignas, y un modo de adular que provocan el disgusto del lector. En el fondo creia burlarse de

aquellos á quienes adulaba, pero jamas habria consentido en expresarse de esa manera si no hubiera tenido la autoridad y el ejemplo de los poetas de Augusto.

Comprenderéis, señores, que si ese contagio ha seducido y corrompido á inteligencias de un órden superior, será tambien un peligro para inteligencias mas comunes, que no escriben, pero que adulan, que no piensan, pero que obran, que no hacen versos, pero que se someten, que no divinizan á sus amos, pero que á todo están dispuestos.

¿Luego, cuál es el mal de nuestra época? Debemos decirnos nuestras verdades en la cara: el mal de nuestra época, es la languidez de los espíritus, el abandono de nosotros mismos, el gusto por el reposo, la indiferencia, el sentimiento individual sustituido al patriotismo, el arte de mucho pedir á la cosa pública y de poco darle, la confianza en el Estado y la abdicacion de nuestros derechos y sobre todo de nuestros deberes de ciudadanos. Creemos justificarnos con imputar el mal á los que nos dirigen, y echando siempre la culpa á los acontecimientos superiores á nuestra voluntad. Cuando un pueblo cae hasta ese grado, no debe buscar la causa de su caida sino en sí mismo. Es indudable que el desarrollo del comercio, las múltiples invenciones de la industria, cincuenta años de paz y de prosperidad, el aumento de las riquezas, las súbitas fortunas, las especulaciones escandalosas, el gusto por el lujo y el falso brillo, un bienestar que no ha tenido igual en ninguna época y que ha penetrado en todas las clases, aun las mas pobres, es indudable, que todo ha contribuido á crear entre nosotros la necesidad incesante de placeres. El dia en que el hombre no piensa mas que en sus placeres, se separa de la sociedad, y se cree superior á todo deber porque no ve ya mas que necesidades.

Hay en esto en peligro, y un peligro grave, señores; tiempo es de conjurarlo, y tiempo de aplicarle el remedio. Somos un poco viejos para curarnos; pero pensemos en nuestros hijos y esforcémonos por darles una educacion mas fuerte, mas moral, mas política que la nuestra. Somos demasiado latinos con nuestros maestros, demasiado epicuréos con Horacio, demasiado lánguidos con Virgilio, demasiado cortesanos con Augusto.

Si queremos que sean mejores que nosotros, nuestros hijos, han menester una educacion mas viril y mas generosa. Releguemos el latin al segundo término; siempre tendrá su lugar, puesto que es necesario para la inteligencia de nuestras leyes, de nuestras ciencias, de nuestro mismo lenguaje y de los modelos que ha inspirado á nuestra literatura, pero no tendrá sino el segundo lugar. La mayor parte, la mas larga, pertenecerá á la literatura griega. En ella se encuentran las manantiales puros, abundantes, irreprochables; en ella se preparan los filósofos, los pensadores, los ciudadanos, los hombres de Estado. De ella podeis poner en manos de los niños las obras mas sencillas y mas admirables. Hay, sin duda, autores que debemos separar. No aconsejaré que se les haga leer á Anacreonte y Aristófanes, ó por lo ménos seria necesario escoger lo que de ellos leyeran. Pero aun sacrificando á estos dos poetas, ¡qué inmenso horizonte se nos presenta! Homero, lleno de lecciones y de heroismo, Hesiodo con su bella moral, Solon con sus exhortaciones patrióticas; luego Esquiles, Sófocles, Eurípides, en que la alma aprende á pensar con grandeza y á expresarse en magnífico lenguaje. Si queremos prosistas, tenemos á Herodoto, el maravilloso narrador, cuyas narraciones tanto encantan la imaginacion del niño como la razon del anciano, á Tucídides, á la vez

gran historiador, gran político, gran filósofo, á Xenofonte, que tiene en los labios el perfume de la miel de Hymeto y que traza al mismo tiempo con energía las hazañas inmortales de un puñado de griegos, á Platon, que transporta el alma á las esferas mas elevadas, y cuya forma armoniosa es un modelo de proporcion y de belleza, á Aristóteles, que guió la Edad media, que es á veces árido, pero que da á la inteligencia la exactitud, la precision, y que enseña cuáles son los derechos del ciudadano, las reglas de los Estados, las constituciones de las sociedades, á Teofrasto, el mas puro y encantador de los moralistas, á Luciano, el mas agudo é ingenioso de los críticos, á Demóstenes, el enérgico patriota, Esquino, á Lysias, á toda la escuela de los oradores áticos.

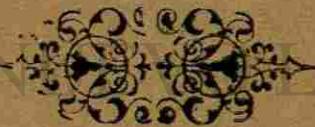
Calculad, señores, el resultado de la enseñanza de esta gran literatura. Suponemos una generacion que estuviese iniciada desde la infancia, en el conocimiento de la lengua griega, y que hubiese crecido penetrándose de todas estas bellezas: se dirigiria, sin comprenderlo, á todo lo que es bello, grande, generoso. Seria superior á las convicciones sistemáticas, á las teorías preconcebidas que pertenecen á la edad madura ó al espíritu de partido; el alimento intelectual que cada dia se le presentara, despertaria sin esfuerzo los nobles sentimientos que ¡gracias á Dios! no están en el día muertos, sino debilitados, ó al ménos silenciosos. La elevacion del sentimiento moral, que respiran todos los libros griegos, seria la salud y la fuerza de nuestra juventud. No hablo de la filosofía que los griegos inventaron, analizaron y desarrollaron hasta tal grado, que la moderna filosofía no ha podido ménos que seguir sus huellas, pero la moral misma encontró intérpretes tan admirables en los escritores griegos, que solo el Cristianismo los sobrepujará; y todavía, mas de

EL PROCESO DE LOS CESARES,

LA HERENCIA DE AUGUSTO TIBERIO

POR

MR. BEULE



BIBLIOTECA ECONOMICA

gran historiador, gran político, gran filósofo, á Xenofonte, que tiene en los labios el perfume de la miel de Hymeto y que traza al mismo tiempo con energía las hazañas inmortales de un puñado de griegos, á Platon, que transporta el alma á las esferas mas elevadas, y cuya forma armoniosa es un modelo de proporcion y de belleza, á Aristóteles, que guió la Edad media, que es á veces árido, pero que da á la inteligencia la exactitud, la precision, y que enseña cuáles son los derechos del ciudadano, las reglas de los Estados, las constituciones de las sociedades, á Teofrasto, el mas puro y encantador de los moralistas, á Luciano, el mas agudo é ingenioso de los críticos, á Demóstenes, el enérgico patriota, Esquino, á Lysias, á toda la escuela de los oradores áticos.

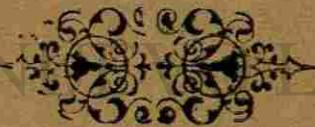
Calculad, señores, el resultado de la enseñanza de esta gran literatura. Suponemos una generacion que estuviese iniciada desde la infancia, en el conocimiento de la lengua griega, y que hubiese crecido penetrándose de todas estas bellezas: se dirigiria, sin comprenderlo, á todo lo que es bello, grande, generoso. Seria superior á las convicciones sistemáticas, á las teorías preconcebidas que pertenecen á la edad madura ó al espíritu de partido; el alimento intelectual que cada dia se le presentara, despertaria sin esfuerzo los nobles sentimientos que ¡gracias á Dios! no están en el día muertos, sino debilitados, ó al ménos silenciosos. La elevacion del sentimiento moral, que respiran todos los libros griegos, seria la salud y la fuerza de nuestra juventud. No hablo de la filosofía que los griegos inventaron, analizaron y desarrollaron hasta tal grado, que la moderna filosofía no ha podido ménos que seguir sus huellas, pero la moral misma encontró intérpretes tan admirables en los escritores griegos, que solo el Cristianismo los sobrepujará; y todavía, mas de

EL PROCESO DE LOS CESARES,

LA HERENCIA DE AUGUSTO TIBERIO

POR

MR. BEULE



BIBLIOTECA ECONOMICA

UN GAUDILLO

Memorias del General
PORFIRIO DIAZ

*Su Cuna. - Su Infancia. - Su Ado-
lescencia. - Sus Campañas, etcétera*

Un Tomo de 564 páginas a la rúscica

\$2.00

Pedidos a la

BIBLIOTECA ECONOMICA

Apartado Postal 2799.--Jardín de S. Fernando 5.--Méxi. o, D. F

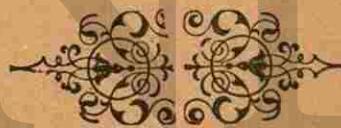
MUY IMPORTANTE. --- No serviremos pedido alguno que no venga acompañado de su importe. --- \$2.30---si es CERTIFICADO, o bien, si se desea por REEMBOLSC, de \$0.60.

EL PROCESO DE LOS CESARES

LA HERENCIA DE AUGUSTO TIBERIO

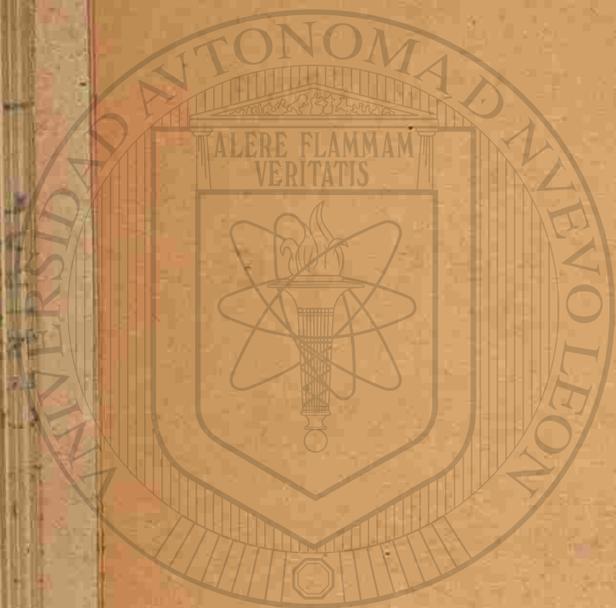
POR

MR. BEULE



BIBLIOTECA ECONOMICA

1934



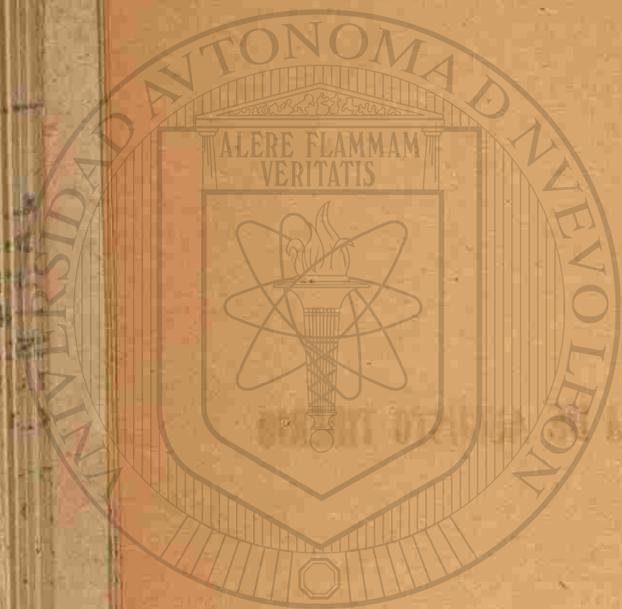
UANL

LA HERENCIA DE AUGUSTO TIBERIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

LA MUERTE DE AUGUSTO

HEMOS estudiado (1) la célebre figura de Augusto, astuto tirano según la expresión de Montesquieu; su historia, que no es más que una parte del conocimiento de la antigüedad, la hemos completado por la arqueología, que la suministra el auxilio de los monumentos, cuyo testimonio es irrecusable, el de las estatuas, que tienen también su idioma y descubren la fisonomía moral, el de las medallas, las piedras grabadas y las inscripciones, textos oficiales cuya concisión está llena de elocuencia. El arte como la literatura, nos han proporcionado instrumentos de precisión para arrancar la máscara del emperador y refutar la palabra sonora de los poetas, y la crédula complacencia de ciertos historiadores. Al arrancar el velo a su vi-

(1) Véase Augusto, su familia y sus amigos, publicación del "Tercer Imperio," obra escrita en francés por Mr. Beulé.

da privada y a su conciencia, hemos descubierto con profunda satisfacción, en nombre de la verdad, de la moral y de la dignidad humana, los castigos de ese hombre que se hizo superior a las leyes.

Pero esto no basta. En los atentados contra los países, hay dos culpables: el que se atreve, y los que permiten; el que emprende y los que toleran que se emprenda contra las leyes; el que usurpa y los que abdican. El pueblo, el pueblo romano, en una palabra, fué culpable con la patria, y para consigo mismo, desde el día en que se dobló al yugo de Augusto. ¿Fué a su vez castigado ese pueblo, y la historia ha consignado su castigo? No es este, por cierto, el objeto de nuestras inquisiciones; pero resaltará con energía de los hechos mismos, a medida que la arqueología haga revivir la civilización del imperio en su claro espejo, y los hechos solos, hablarán.

Y sin embargo, es preciso decirlo: la ley general que conduce el destino de los pueblos no les aplica la pena sin consideración: deja intervalos, ocasiones de arrepentirse, y días favorables que como un solo pasajero, más puro y más libre, advierten a una nación, haciéndola aparecer el deber olvidado, y recordándose.

Tal momento se presentó en la vida del pueblo romano, con singulares facilidades y una persistencia evidente. Esta ocasión fué la vejez moribunda, o para emplear el término consagrado, la decrepitud de Augusto. Al declinar de este hombre tan temido como envuelto en una falsa dulzura, ¡qué de promesas para los corazones valerosos! Todas las ambiciones del amo estaban satisfechas, sus ilusiones destruídas, y agotados, hasta las heces sus placeres, hasta el de mandar a los hombres, si en esto puede encontrarse alguno. Añadid, no la debilidad de sus facultades, sino la de aquella especial, que constituye el nervio y el secreto de un déspota, quiero hablar de la voluntad. Muchos años hacía,

que la de Augusto comenzaba a ceder, sufriendo el ascendiente de Livia y el de los palaciegos, y era evidente que había llegado la hora de las concesiones. ¿Qué hizo el pueblo romano, legal, honradamente, a la luz del día y por el camino recto para obtener esas concesiones? ¡Nada! ¿Qué reivindicó, qué reconquistó, qué esperó qué solicitó? ¡Nada!

Otro socorro para aquellos que esperaban una poca de mesura en el mando, una ruptura en el poder absoluto, eran las faltas cometidas por ese mismo poder.

El fin del reinado de Augusto fué triste; los consejeros y generales de su juventud habían muerto; su dinastía había sido segada por duelos tan implacables como repetidos: Augusto estaba solo, con sus potencias debilitadas, y con las faltas de que se le reputaba único responsable. Tipo elocuente de esos desastres era Varus, atraído a una red, y sus legiones degolladas más allá del Rin. Augusto se golpeaba la cabeza en las paredes de su habitación, gritando: "Varus, Varus, devuélveme mis legiones," y habría sido lógico y patriótico, señores, que al mismo tiempo los ciudadanos golpeasen las suyas contra las columnas del "Forum," exclamando a su vez: "Augusto, Augusto, devuélvenos, no nuestros conciudadanos, cuyos huesos blanquean los bosques de la Germania, sino nuestras libertades, la participación en los negocios del Estado, el derecho de dividir contigo la responsabilidad, el peligro, el esfuerzo y las faltas, si éstas son una consecuencia, indispensable de la política." ¿Y por ventura el pueblo romano dejó escuchar al rededor del Palatino, estas nobles reconvenciones? No, ni aun se atrevió; pero aquel que tan espantosamente pesaba sobre aquellas almas, habría debido leer en ellas, o mejor dicho, recordarles su deber, concediéndoles lo que no le habían pedido.

¡Qué papel tan hermoso, señores, qué gloria tan pura, qué prestigio en la historia, si al fin de su reinado,

después de triunfar de las facciones y de él mismo, hubiera devuelto a los romanos la libertad que exigían, el orden, la armonía y el interés mismo de la patria! Sylla abdicaba al otro día de sus asesinatos, más por disgusto de los hombres y del poder, que por efecto de una política justificada por reformas, o por razón de un sistema; pero qué ejemplo tan magnífico, tan desconocido, tan incomparable en los anales de la humanidad, si Augusto después de un reinado de cuarenta y cinco años, hubiera llegado a decir: "Herí, fui terrible y después clemente; tuve el poder, lo ejercí absoluto, y no dejé a las magistraturas más que una simple apariencia; pero fué por salvaros, por regeneraros. Vertíais sobre los campos de batalla y sobre el "Forum" la sangre que vuestros enemigos hubieran debido derramar; apacigué las guerras civiles; humillé la corrompida aristocracia, acostumbrada a un orgullo y desdén insolentes: el pueblo estaba animado por un espíritu peligroso, novador y turbulento, le calmé elevándolo, y ahora que habéis contraído la costumbre de vivir unidos, disciplinados, iguales, bajo el nivel del despotismo, os devuelvo la libertad, para que hagáis una nueva prueba; quizá ya sois dignos de ella, la disfrutaráis después de mi muerte, y si fuese durable, habré tenido también la gloria de ser su verdadero fundador."

Augusto podía tomar esta rara resolución, sin sacrificar ninguno de los intereses que le fuesen queridos: no tenía hijos, ¿a quién, pues, iba a transmitir el cetro, a quién? A un extraño, a Tiberio, que no le estaba ligado por el vínculo de la sangre, a Tiberio a quien odia y le había sido impuesto por Livia. Por consecuencia, el sacrificio era fácil, y el heroísmo no debía realizarse sino después de su muerte. Si así hubiera terminado Augusto su larga y sangrienta carrera, habría sido un objeto de admiración para el mundo, sus más

severos jueces habrían quedado desarmados en la posteridad, y se hubieran visto obligados, por decirlo así, a perdonarle sus proscripciones e hipocresía, en favor de los últimos actos de su vida, y el generoso cuidado que había tenido por el porvenir del pueblo romano.

Pero tal pensamiento ni aun se presentó siquiera al espíritu de Augusto. La historia es una indiscreta; los pequeños hechos que consigna, son la manifestación afirmativa o negativa de lo que pasa en el interior de una conciencia, por tortuosa que sea, como lo fué la de Augusto.

El año 14 de la era cristiana fué la época decisiva en que los destinos de Roma iban a atarse o desatarse de un modo irrevocable. El mes de agosto, después de los calores caniculares, el Emperador fué atacado de un mal en las entrañas que le debilitaba poco a poco, y a esa enfermedad se añadía otra incurable que se llama, setenta y seis años.

Partió, sin embargo, esperando que la frescura del mar, la brisa salada, el movimiento de la embarcación y las distracciones del viaje serían un remedio a sus sufrimientos. Tiberio, hijo de Livia, debía marchar a Iliria para apaciguar una rebelión, y Augusto quería acompañarle hasta la extremidad de la Campania.

Durante muchas semanas, a pesar del estado no doloroso, pero sí alarmante del Emperador, no se pensó más que en el placer, sin el menor cuidado del porvenir de Roma. Augusto se detuvo cuatro o cinco días en Caprea, esa isla tan griega por la pureza de sus contornos y la belleza de sus rocas, que más tarde debía convertir Tiberio en objeto de execración. Admiró Augusto la naturaleza, asistió a los juegos, gozó de los encantos del golfo de Nápoles, y en su admiración llamó a Caprea, la "Isla de la ociosidad." Pasó luego a Puzozoles, donde los viajeros que volvían de Egipto impro-

visaron una gran fiesta, detúvose en Nápoles con Tiberio en medio de las seducciones de la voluptuosa Campania; pero cuando le dejó en Benevento, el mal se agravó, y fué preciso a la vuelta detenerse en Nola, célebre por sus hermosos vasos pintados, que se disputan nuestros museos.

Comenzaba el mes de septiembre, y durante ese tiempo ¿qué se decía en Roma? Todos los espíritus estaban atentos, los oídos vueltos hacia el príncipe ausente, como estaban fijos en él todos los ojos cuando se encontraba presente; ¿no había proyectos, ni agitación, ni esperanza? No, nada hacía latir los corazones. Con efecto, ¿en qué fuerza podían apoyarse los ciudadanos amantes de un orden más estable y más digno?

¿El Senado? Desacreditado durante las guerras civiles, había perdido su energía, su ardor y su fe; había proporcionado a Augusto buenos administradores; pero ya no contaba en su seno hombres libres, sino intereses insaciables y humillaciones sin pudor. Las fortunas de los patricios todos estaban comprometidas, después de haber agotado las rentas que sacaban de las provincias y de la clientela de las naciones: el lujo se había aumentado, las necesidades eran imperiosas, la vida más magnífica, y sólo los dones del Emperador podían ser bastantes para llenar los abismos siempre abiertos ante sus ojos.

¿Los caballeros eran acaso más fuertes? Contábanse cinco mil, que se admiraban los días de revista, con sus caballos y sus bellas armas; aumentaban diariamente sus privilegios, se les llamaba el semillero del Senado ("seminarium senati,") eran ambiciosos y gobernaban también las provincias, pero para participar de los negocios públicos, para llegar a la administración, a la hacienda, a la locación de las tierras, era necesario esperar y obtenerlo todo del favor imperial.

¿Podían dirigirse al pueblo romano? Aun admitiendo

que hubiera habido un pueblo, ese pueblo estaba entregado al placer y a la pereza. Cien días de fiesta y de juegos por año, eran su primera exigencia: pan no ganado por el trabajo y congiarios concedidos por cualquier motivo por el Emperador, su segunda necesidad. Cuando la ociosidad es la reina de un populacho, desierta toda virtud política es amo de aquel pueblo, el que le nutre, le acaricia, le divierte y se burla de él. Apenas se reconocía a los romanos en aquella multitud compuesta de libertos, aventureros y extranjeros de todos los países, el traje mismo había sufrido alteración, y ya no se veía la blanca toga de los tiempos antiguos, pues cuando el Emperador iba a solicitar los sufragios, temía ensuciarse con las togas oscuras y grises, y se lamentaba de no ver al traje nacional. ¡Ay! lo que había desaparecido más completamente que el traje, era la conciencia de los ciudadanos.

¿Las provincias del imperio conservaban mayores resortes? Estaban bien administradas, gozaban prosperidad, no temían las exacciones de los Salustio o de los Verres, porque los que la gobernaban tenían sobre ellos un vigilante sin piedad; pero las provincias no disfrutaban más que de la vida administrativa, vejetaban y no se interesaban en nada de la política. El gran drama pasaba en Roma: la provincia estaba al abrigo, permanecía obscura, tranquila, y quizá más servil que la capital, porque había necesidad de sus favores y todo lo recibía de aquel a quien todo iba. Un rasgo del destierro de Tiberio, permite medir lo que era entonces el espíritu público. Tiberio estaba en Rodas, en desgracia, sin esperanza de obtener el imperio y amenazado por Cayo César, nieto de Augusto: vivía como simple particular, vestido a la griega, meticoloso, humilde y recogido. Un día proyecta visitar a los enfermos y anuncia su resolución: sale al día siguiente de su casa y vé bajo el pórtico, enfermos y moribundos reunidos por

los magistrados, que los hicieron trasladar a ese lugar con riesgo de matarlos. Bien se ve, que esto era llevar la bajeza hasta la ferocidad.

¿Valía acaso más el espíritu de la capital? En una capital la energía de la opinión suple los desfallecimientos individuales, y una corriente imprevista reanima su llama amortiguada. El espíritu romano debía subsistir en Roma, existía en algunas almas vigorosas, fermentaba en el seno de una multitud pronta a sacudir su indolencia; pero el espíritu romano, desapareció, señores, a medida que a Roma la invadían los extranjeros. Roma era el lugar de cita de todos los pueblos del mundo: Asia, Egipto, Africa, las Galias, España, y hasta las Provincias Danubianas, todas las naciones arrojaban a Roma sus olas de comerciantes, de caballeros de industria, de mercenarios, de esclavos, de libertos, de hombres de talento, de preceptores, de intrigantes, de gente de toda especie, en una palabra, que iban a buscar la fortuna o el pan cotidiano, la prostitución y hasta el crimen. Lo más raro que había entonces en Roma, eran los romanos, y cuando un capital se vuelve cosmopolita, pierde el gran elemento, el espíritu que constituye su poder, y el espíritu romano cedió el puesto a otro cosmopolita, indefinido, banal y cínico: Roma fué el centro del universo, pero un centro de goces, de lujo, de placeres de todo precio. El gran soplo nacional que mantiene un pueblo y le hace respetable, tanto en el interior como en el exterior, debe desaparecer cuando su capital se convierte en la posada del género humano. Roma no podía conservar su preponderancia sobre las provincias, pronto debía tornarse en su esclava, y sus amos llegarían de las extremidades del mundo, ora a la cabeza de las legiones o al frente de los bárbaros.

Quedaba una fuerza tal vez, que no podía pertenecer a ningún partido, ni conocer el interés, el temor o

la traición; quiero hablar de la juventud, de ese tesoro que renace sin cesar para orgullo de las naciones prósperas y esperanzas de las oprimidas; de la juventud que no tiene ni compromisos ni remordimientos, que siente latir su corazón a las palabras de patria y desinterés, que tiene sobre todo la necesidad de aire para respirar y para vivir, y ese aire, señores es la libertad. Pues bien, la juventud romana concurría asiduamente a los teatros, a los circos, a los baños públicos, a todos los lugares de prostitución: una literatura llena de molice y de adulación la corrumpía, desde que su memoria podía recibirla: amaba el placer, el lujo, los goces bajos y materiales de que dieron ejemplo la hija y la nieta del Emperador con su enjambre de adoradores. ¡La juventud! era positivista, calculaba con un pedazo de yeso, desde que podía calcular, y quería oro, los tristes honores que procura la riqueza, tenía prisa por recorrer el "cursus honorum", es decir, la carrera perfectamente graduada del ascenso, que encadena todas las carreras las unas a las otras, por el lazo único y omnipotente que se llama el favor del amo. A la juventud de aquella época no había que hablarle de la libertad, ni de la austera gloria de la antigua República, estos eran recuerdos de hacía cincuenta años. Dos generaciones pasaron borrando lo que esos recuerdos tenían de vivificante, y el deleite murmuraba burlándose, al oído de aquellos afeminados, que eran ridículos. Mucho es medio siglo de tiranía, y para que la independencia de un pueblo no quede para siempre ahogada bajo su yugo, vale más que esa tiranía sea franca, dura y militar.

Un despotismo audaz y sincero comprime, hace inclinar la cabeza hasta el suelo, pero no rompe todos los resortes de un pueblo, de manera, que cuando la mano le hace encorvarse, la retira la muerte, puede levantar se y reconquistar su acción. Lo que es fatal es una do-

minación hipócrita, que deja el nombre y destruye el fondo de las cosas, que corrompe, afemina, enerva y abate las almas, les enseña la mentira y la lisonja, y las atrae por un incentivo tan poderoso, que el medio es un miedo de gobierno inútil, las aduerme en brazos de una administración que no satisface más que sus necesidades materiales, asegura su tranquilidad en los placeres, y después mirándolas sujetas al lujo, a la avaricia y a los goces físicos, reina como Circe, sobre un ganado tal, que Ulises mismo no pudo reconocer a sus metamorfoseados compañeros.

A la juventud le compararía yo de buena voluntad, a ese trigo nuevo, que naciendo en el otoño, sufre pronto los rigores del invierno. Mirad un campo lleno de verdura, que repentinamente es invadido por una banda de cazadores; hombres, caballos y perros se precipitan a él y le destrozan, todo lo quiebran y lo destruyen; el campo se ha convertido en un desierto, y todos creerían que el trigo ha perecido hasta en su germen. Volved, sin embargo, a la primavera siguiente; ha renacido, los tallos son más fuertes, ha duplicado el número de las espigas porque nunca faltaron el aire y el sol, porque la brisa fecunda sopló devolviendo la savia a las raíces enterradas en el suelo. Por el contrario, arrójense yerbas sobre el mismo campo, cúbrasele de paja, extiéndase cuidadosamente sobre él una capa de abono, todo perece, porque se ahoga, y el aliento de la primavera jamás hará reverdecer los surcos, a los que se ha interceptado el aire durante largo tiempo, porque lo que es el aire para las plantas, es la libertad para la juventud.

Si en Roma hubiera habido una fuerza política, y sobre todo, hombres, cuán diversa hubiera sido su suerte. El pueblo romano no tiene excusa ante la posteridad ni ante él mismo, por no haber aprovechado la fácil ocasión que le presentaba la Providencia, pues ha-

brá podido erigirse en árbitro de sus destinos, sin rebelión, sin violencia, sin haber roto pacto alguno, sin sacrificio, lealmente y sin reserva.

Augusto moría, tenía por seguro su fin: rumores a cual más diversos llegaban sin cesar de Nola. Allá, muy lejos de Roma, en la Capania, un anciano iba a espirar, había espirado quizá, entre las manos de una anciana, y aun no faltaba quien asegurase que Livia lo había envenenado. Ella desde luego, se dirigió a Tiberio, que estaba en Iliria: Germánico su sobrino se encontraba sobre los bordes del Rhin, y entretanto transcurren muchos días. Llegan nuevos viajeros, diversos mensajeros se presentan. ¿qué dicen? que Livia permanece en Nola; que espera a Tiberio y oculta la muerte de Augusto; que los soldados guardan las cercanías de la casa, impenetrable a los curiosos; que Tiberio llega, vacila y se oculta también; que partió un centurión para la isla de Planasio, con objeto de matar a Agripa Póstumo, último nieto de Augusto, que se ha consumado el sacrificio: y que al volver el centurión, Tiberio comienza a respirar.

¡Cuán largo drama, señores, cuánta agonía y al mismo tiempo cuánta dilación! ¡qué incertidumbre para los romanos, pero también cuántas tentaciones! y no pasan horas, ni días, sino semanas son las que transcurren, y no era necesario tanto para libertarse, o más bien para demostrar por un acto cualquiera, que la nación dejaba de tener amo.

¿Qué hizo el senado? nada; ¿qué el pueblo? nada; ¿qué medita? nada; ¿qué se espera? nada. Todos fueron únicamente espectadores glaciales, de ese juego de cubiletes en que se aventuraba su fortuna.

Verdad es, que un miembro de la familia de Pompeyo, Lucio Escribonio Libo, pretendió reivindicar la herencia de su tío abuelo, y hacer aclamar por los romanos un nombre que les era querido; pero se contenta-

ron con menear la cabeza, y Libo gozaba de tan poco crédito, que Tiberio le dejó dos años en el senado sin herirle.

Verdad que Clemens, esclavo adicto del joven Agripa, recorrió los campos capitaneando una banda e intentó aunque muy tarde, salvar al nieto de Augusto, pretendiendo hasta simular que era el mismo Agripa; pero, ¿qué podían hacer unos cuantos foragidos, sino entregarlo al furor de Tiberio?

Verdad es, por último, que muchas veces se atrevieron a pronunciar el nombre del popular Germánico, cuyo padre Druso amaba la libertad y la habría devuelto a los romanos si hubiera vivido; pero ¿Germánico realizaría lo que había prometido su padre? ¡vano error! esto no hubiera sido más que cambiar de amo, y además Germánico estaba sobre el Rhin.

Y entre tanto, el tiempo transcurría, y no se obraba, ni se deliberaba, se veían como rebaño sin pastor, eran libres de hecho y esclavos por el pensamiento. El poder absoluto se extinguía con la vida de un hombre que era su encarnación; ese hombre se había apoderado de todas las fuerzas de la República, respetando únicamente las apariencias: la constitución subsistía nula y vilipendida, pero existía: los magistrados no eran más que sombras, pero podían devolver a las magistraturas el soplo de la vida. Allí estaban los cónsules Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo, y según las leyes, el uno no tenía más que la dirección de los negocios y el otro el mando de los ejércitos: bastábales reunir al senado para que les respondiera con la célebre fórmula "Caveant Consules;" podían reunir la asamblea del pueblo, y este hubiera nombrado sus tribunos cuyos privilegios había asumido Augusto, para ser inviolable y sagrado. Esos dos actos hubieran sido suficientes para poner en movimiento las instituciones que estaban paralizadas; no había más que hacer funcionar los cadá-

veres que conservaban sus etiquetas, y que tal vez no eran más que cuerpos dormidos. No era necesario emprender nada contra las leyes que Augusto fingió respetar, ni contra la persona del emperador a la que se juró fidelidad, pues había muerto; ni contra la dinastía que con la desaparición de los nietos de Augusto había terminado; porque el poder absoluto era una dictadura personal, sin título, una excepción y no una institución. A Roma para libertarse le bastaba querer vivir.

En efecto, ¿qué obstáculos podían presentarse? ¿la guarnición de Roma con un jefe indeciso? el senado con el prestigio de su nombre habría elevado su voz y el ejército le habría prestado obediencia ante el pueblo reunido en el "Forum." ¿La permanencia de Tiberio en Nola? tampoco, porque si abundaba en valor militar le faltaba el cívico. Bravo ante el enemigo, temblaba en la presencia de Augusto y la del último de los cortesanos; su cobardía no habría hecho frente a la actitud firme, de una nación, que tranquilamente recobraba el ejercicio de sus derechos. Hubiérase manejado como lo hizo después y durante muchos días, declarando que todo quería que se realizara, por la voluntad de sus conciudadanos.

Así transcurrieron, estériles, sin movimiento ni agitación, esos días de tregua, de tentaciones honradas, y de salvadoras provocaciones que la Providencia presentó al pueblo romano. Todo estaba agotado, ahogado por el interés, por los sentimientos personales, por la necesidad de goces, y he aquí por qué Tiberio pudo sin peligro y sin esfuerzo, empujado por la impaciente bajeza de los romanos, apoderarse del poder que estaba ya por tierra y recogerle como un centurión levanta la espada de un camarada caído, en el campo de batalla.

Voy a conducirlos, señores, a los pomposos y magnífi-

cos funerales de Augusto, que al mismo tiempo eran los de la libertad romana, muerta para siempre, renegada por una raza envilecida: de la libertad que bajaba a la tumba con Augusto, como se sepulta un trofeo con el que le conquistó.

Augusto fué llevado hasta Bovillae, a doce millas de Roma, por los magistrados de los municipios que sucesivamente se atravesaban. La marcha fúnebre era de noche, a la luz de muchas antorchas; durante el día el cuerpo se depositaba en un edificio público o en un templo. Los caballeros fueron a encontrarle a Bovillae, y a su vez le llevaron en hombros hasta Roma, depositándolo en su casa del Palatino. Entretanto, los senadores fueron convocados y al sentarse entre ellos Tiberio, no encontró sino rostros marcados con el sello de una perpetua esclavitud. Tácito ha hecho una enérgica pintura de esta escena: era un lúgubre cuadro histórico, que exigiría del pintor un poder psicológico, igual al de un filósofo, porque era necesario que el rostro de esos medrosos aduladores manifestase el dolor de haber perdido a Augusto, no el de ver llegar a Tiberio; la alegría de saludar a un nuevo amo, no la de haber perdido al antiguo, y pintar a Tiberio, por su lado moderado, modesto, desinteresado, sumiso a las leyes y al bien público, pidiendo por toda prerrogativa poder tributar los últimos deberes a su padre adoptivo. Esa sesión del senado se ocupó únicamente con la lectura de las supremas voluntades de Augusto; y con el reglamento de sus funerales. Los honores excedieron, no sólo a lo que se pudiera suponer en un país pagano, sino a todo lo que el mismo Augusto pudo soñar, porque la política de Tiberio, era aumentar en provecho de su predecesor un prestigio que reflejase sobre el poder que heredaba, esto es, sobre él mismo.

Augusto era previsor y abarcaba un gran horizonte, hemos negado su moralidad y su grandeza de alma; pe-

ro nunca hemos puesto en duda ni su prudencia política, ni su deplorable habilidad. Augusto había previsto hasta lo que debía suceder el día siguiente de su muerte; desconfiando del pueblo, del senado y de sus sucesores dejó arreglado todo lo que debía preceder, acompañar y seguir a sus funerales. Tiberio presentó al senado cinco rollos ("volumina") que contenían las precauciones de Augusto, y no os admiréis de que este hombre tan hábil en componer su vida, hubiera cuidado en componer su muerte.

Uno de los escritos contenía la enumeración de las armas y riquezas del imperio; otro, consejos para sus sucesores; el tercero el programa de sus funerales (estos tres documentos se han perdido); el cuarto, su testamento privado, cuyo tenor conocemos, y el quinto, su testamento político, o para hablar con exactitud, el resumen de su vida ("Res gestae.")

Dejaba cerca de veintinueve millones de nuestra moneda; (1) poca cosa cuando se ha sido dueño del mundo; añadía Augusto, haber recibido más de ochocientos millones legados por diversos ciudadanos, en los "veinte últimos" años de su reinado. ¿Cómo obtuvo tan innumerables herencias, por qué medios y ejercitando qué temores? lo sabremos respecto de los emperadores que sucedieron a Augusto; en cuanto a éste, lo ignoramos. Puede dudarse del origen atribuido por Augusto, a esta inmensa suma, pero no de la cifra misma, que excediera a muchos billones, teniendo en cuenta el valor comparativo del numerario.

"Este dinero, dice Augusto, lo he empleado en bien del Estado". En su testamento político sabremos lo que por tal entendía. Dejaba dos tercios de su fortuna a Tiberio, y un tercio a Livia, legaba ocho millones al pueblo romano, ordenaba además que se diesen dos

(1) Aproximadamente, 5.700,000 pesos.

cientos francos á cada uno de sus guardias, por cabeza a los soldados de la guarnición de Roma, y sesenta a cada legionario, en toda la extensión del imperio, siendo de advertir que estas sumas estaban dispuestas en el tesoro para su distribución.

En cuanto a lo que se llama testamento político de Augusto, y cuyo verdadero título es, "Res gestae divi Augusto," se habría perdido sin una circunstancia, que hizo se le encontrase en Asia. Ese resumen debió ser grabado sobre dos planchas de bronce, colocadas a derecha e izquierda del vestíbulo del mausoleo. Las planchas desaparecieron, y probablemente fueron fundidas.

Pero hacía muchos siglos que a consecuencia de una invasión, se habían establecido en Ancyra, capital de la Galacia (Asia menor) algunas tribus galas. Sus jefes, que se llamaban en la época de que nos ocupamos Pylaemenés, Albiorix hijo de Ateporix, y Amyntas, hijo de Gaesetodastes, profesaban un afecto particular a Augusto y ya fuera que desearan obtener algunos favores, o que el antiguo carácter galo tuviera un defecto, que ha desaparecido de entre sus descendientes del suelo francés, el de ser cortesanos y dados al servilismo, esos galos, repetimos, viviendo aun Augusto, le levantaron un templo de mármol que aun existe, y otra vez hemos descrito, y muerto Augusto, se dirigieron a Tiberio solicitando una copia de la "historia de su antecesor," que él mismo escribió con su mano, para hacerla grabar sobre los muros de su templo. lo que les fué concedido y se ejecutó. Por esto, el "resumen de la vida de Augusto," se conservó en griego y en latín, y fué dado a conocer de una manera imperfecta por varios viajeros, y recientemente en toda su extensión, por un Ministro de la escuela francesa de Atenas, Mr. Perrot, que hizo demoler y después reconstruir, los estribos que los turcos habían colocado junto a las paredes del tem-

plo y que ocultaban la inscripción que cuidó de copiar con toda exactitud.

Como de ese memorable documento nos hemos ocupado otra vez con extensión, hablaremos ahora de él con brevedad. Recordaréis, señores, que os dije, que estaba admirablemente escrito. Augusto amaba la literatura, era un buen escritor. Cuando refería grandes cosas, o hablaba a la faz del género humano, lo hacía con un sentimiento de elevación material, que daba al estilo el mismo carácter. Ese escrito es un modelo, ya como latinidad, ya como buen lenguaje, las expresiones son sobrias, de una concisión enérgica, se dicen grandes cosas en pocas palabras; pero de uno al otro extremo, sólo una persona aparece, domina y existe; el YO.

Cuidó Augusto de referir su reinado, desde las guerras civiles hasta su muerte; porque ese escrito lo re-dactó al concluir el septuagésimo sexto año de su edad. Desconfiando de los que lo rodeaban, tomó sus precauciones para la historia, y pretendió imponer a la misma posteridad el juicio que acerca de su persona debía pronunciar.

Durante su reinado, sólo "él" combatió, venció y triunfó: "él," quien estuvo sobre todas las fronteras, quien alcanzó todas las victorias: "él" quien abrió todos los caminos y construyó todos los monumentos de utilidad pública: "él" quien obtuvo y ejerció todas las magistraturas. En una palabra, su relato es el más monstruoso ejemplo de egoísmo que conozco, la infatuación más deslumbradora de su personalidad. Para él no hubo contemporáneos, auxiliares, servidores, amigos ni parientes. Agripa que fué el grande hombre del imperio y quien formó a Augusto, no se menciona ni para fijar la fecha de un censo: Mecenas, Statlio Taurino, y Balbo, fueron suprimidos, los generales y magistrados quedaron como sombras borradas, y los consu-

les no se mencionan sino para marcar los años, según el sujeto y el verbo, el único personaje que desempeñó un papel y apareció sobre la escena. Preciso es remontarse a las inscripciones grabadas por los faraones de Egipto o por los potentados de la alta Asia, que conducían a los hombres a latigazos, para encontrar una insolencia más radiosa, agravándose el fausto oriental por la inflexible posición de la lengua latina, que es de acero. Lo interesante sobre todo, son las cifras de los gastos hechos por el Emperador, pues contienen la explicación de los ochocientos millones que menciona su testamento privado. Augusto comienza por una complacencia que revela el secreto de su dominación; las fiestas, juegos y espectáculos que dió al pueblo romano. Refiere que hizo combatir a ocho mil gladiadores, que dió veintiún representaciones en el anfiteatro y veintiséis cacerías: que hizo matar tres mil quinientas fieras en el circo, y en una palabra, sólo exceden sus relatos a los del rey Sargon o de Nabucodonosor. Distribuyó seiscientos millones al pueblo y a los veteranos, y da el número de los que recibieron sus prodigiosas liberalidades: "las distribuciones de trigo y de dinero, jamás dejaron de darse, dice, a menos de doscientos cincuenta mil plebeyos, y algunas veces a trescientos veinte mil." Cada veterano, en las colonias recibía gratificaciones del mismo género. "He conducido a las colonias, continúa, o enviado a los municipios, más de trescientos mil veteranos: a todos les he dado tierras compradas por mí mismo, o dinero para que las adquirieran." Y más lejos: "He pagado por las colonias de mis veteranos, seiscientos millones de sextercios."

Ya os he referido qué edificios se habían concluído en esa época; os he nombrado a los que los levantaron. con qué recursos y a quiénes estaban dedicados; sin embargo, Augusto se atribuye todo el honor, contando con

suprimir la historia o con ser el único que figure en ella. De la misma manera que para él no hubo Generales, ni administradores, ni amigos, quiere aparecer como un coloso en medio de un desierto, borrando todo su siglo con su gigantesca sombra.

Esto es un raro esfuerzo de su orgullo, pero en el fondo es una singular niñería. En ese resumen tan soberbio y tan injusto para sus contemporáneos que lo ayudaron, al fin, revela impensadamente la debilidad del autor, y el coloso descubre que tiene pies de barro. Tanto hinchamiento va a parar en una moderación hipócrita y en una humildad fingida que dan a conocer desde luego al discípulo de Livia. Escuchad al actor consumado: "Dueño y señor de la República, por haber extinguido las guerras civiles, la he puesto en las manos del senado y del pueblo romano. Por tal beneficio un senado consulto me confirió el título de "Augusto", mi frente fué adornada con laureles y coronas cívicas y una inscripción sobre un escudo de oro ha atestiguado mi valor, mi clemencia, mi sabiduría y mi piedad. Desde entonces he sido superior a todos en el rango, "sin tener por eso mayor poder que mis colegas, ocupados en diferentes ramos."

La caída es brusca, porque se pasa de la arrogancia sonora de un potentado asiático que ignora si aún existen hombres inferiores a él, a una modestia que rivaliza con las virtudes de los futuros cristianos. Tantas precauciones preparan mal a tanta impostura, si no se comprendiera que esa falsa grandeza era una máscara, como lo era también tan falsa bajeza.

Después de la era cristiana, tres representantes del poder absoluto han llamado la atención del mundo, y los tres nos han legado pensamientos supremos que pueden llamarse "testamentos políticos:" esos tres representantes son Augusto, Napoleón I y Luis XIV.

Comparad, señores, a la insolencia inalterable de un

hipócrita sin escrúpulos, las agitaciones de espíritu y el drama moral del prisionero de Santa Elena. Se confiesa, se interroga, se acusa, se justifica y recuerda sin cesar los actos de su pasado y los problemas de su porvenir. Se coloca frente a frente de sus faltas, las discute, se inquieta por los destinos del pueblo que arrastró a su ruina, y siente quizá la necesidad de engañar a los otros para engañarse a sí mismo. Esa tortura voluntaria o forzosa que está consignada en el "Memorial de Santa Elena," aumenta la grandeza del héroe caído, y hace comprender mejor cuán locas son las naciones al entregarse a tan terribles soñadores.

Luis XIV que arruinó a la Francia por su lujo y trabajo sobre nuestros invadidos campos muy justas represalias, antes de morir, vuelve en sí mismo, hace llamar al delfín y le dirige estas palabras: "Hijo mío, mucho he amado la guerra, no me imites en esto, ni en mis grandes despilfarros. Toma consejo en todo;" alivia a nuestros pueblos lo más pronto que puedas, y realiza lo que he tenido la desgracia de no poder hacer yo mismo."

Cuando un soberano, animado por tantos años de dicha y de prosperidad e infalible por derecho divino, se acusa con tal simplicidad ante un niño, ese día, señores, es más grande que en los prósperos días de su reinado. Sus consejos merecían grabarse con letras de oro en la cabecera del lecho del delfín, y lo fueron, como deberían de estar en la cabecera de todo príncipe que no quiere olvidar sus deberes, ni la debilidad humana, ni el secreto de la verdadera grandeza de alma que consiste en desconfiar de sí mismo.

El reinado de Augusto, tratado por él, es precioso para los historiadores y para los amantes de la bella latinidad; pero no ilusionará ni a los que saben ni a los que juzgan: causará cierto placer literario y al mismo tiempo una indignación profunda, porque se combinaron el

talento y la impostura en ese trabajo, para engañar hasta las generaciones más remotas.

Concluida la lectura de estos actos, el cortejo comenzó a desfilar. Habíase dejado el cuerpo expuesto durante siete días en el vestíbulo de la casa palatina: ahí se había levantado un magnífico lecho, pero no era el emperador el que se veía tendido sobre él, sino su imagen en cera, admirablemente ejecutada, y el cadáver que ya había entrado en verdadera descomposición estaba en una especie de cajón colocado en el espesor del lecho, o más bien, en una triple caja cuidadosamente sellada y oculta por las colgaduras.

Partió el cortejo y se detuvo en el "Forum" para escuchar la oración fúnebre que pronunció Tiberio. Dion Cassio pretendió transcribirla; pero nadie ha creído que es la verdadera. Porque el discurso de Dion es el de un pedagogo y se reconoce en él perfectamente su estilo, y el discurso de Tiberio se ha perdido. Continuó por la vía Flaminia ("vía recta") que es el Corso actual: por todas partes había una abundancia de soldados inusitada en la ciudad de Roma, todos se admiraban. Tiberio lo comprendió y dijo: "Temía que el pueblo romano en su amor por Augusto quisiese hacer con él lo que había hecho con César, quemar su cuerpo en el "Forum." Pero la verdad era que Tiberio tenía miedo; Roma era un motivo de temor que no desapareció para él jamás, y en consecuencia había tomado sus precauciones. Llegó por fin cerca del Mausoleo, es decir, al Corso moderno, a la altura de la "via dei Pontifici" más allá de la iglesia de San Carlos: ahí desde mucho antes había hecho preparar Augusto un terraplén rodeado de una balaustrada a la extremidad del Campo de Marte; este era el lugar donde se levantaban las hogueras sobre las que se quemaban los cuerpos de la familia imperial que en seguida iban a ocupar su lugar en el Mausoleo, cerca al Tiber.

En ese mismo lugar se levantó una hoguera gigantesca parecida sólo a las célebres de la Alta Asia, de que tanto se ha hablado: a la hoguera de Hephestion, por ejemplo. Los constructores habían artísticamente dispuesto los montones de leña, de manera que formasen pisos, claros, arcos y perspectivas arquitectónicas. El conjunto estaba cubierto por magníficas colgaduras y se veían diseminadas estatuas doradas, pinturas decorativas, cuadros y materias preciosas; en una palabra, ese catafalco destinado a ser devorado por las llamas, era de una prodigiosa riqueza.

Se elevó el lecho fúnebre hasta el segundo piso; allí se colocaron los senadores que habían querido llevarlo sobre sus débiles espaldas para no ceder en nada a los magistrados de las provincias y a los caballeros que habían ido a buscarle hasta Bovillae. Cuarenta centuriones se acercaron y dieron fuego al catafalco: luego que subieron las llamas se hizo jugar algún ingenioso mecanismo y se devolvió la libertad a una águila oculta desde antes en la parte superior de la hoguera. El pueblo vió lanzarse el águila al cielo, y se le certificó que era el alma del emperador, arrebatada así al Olimpo, del mismo modo que en otro tiempo había llevado Júpiter al bello Ganimedes.

Esta fué la señal del apoteosis, y desde luego se decretaron los honores divinos; se erigió en Roma un templo en honor de Augusto, y fué votado en todas partes del imperio; se fundó un colegio de sacerdotes, y Livia fué la gran sacerdotisa del nuevo dios; en una palabra, púsete en juego toda la vergonzosa idolatría de que eran capaces en aquellos tiempos. Se buscó y encontró un senador que había ejercido la pretura, esto es, la segunda dignidad del Estado, que afirmase por los juramentos más terribles que había visto distintamente a Augusto subir al cielo. Ignoro si ese juramento le costó mucho, pero sí es cierto que a Livia importó dos

cientos cincuenta mil francos, que se entregaron de contado a ese miserable visionario vendido, cuyo nombre se debe retener en la memoria; se llamaba Numerio Atico.

Durante cinco días, Livia acompañada de los principales caballeros romanos, permaneció descalza, con una simple túnica y suelto el cinturón, esperando que las cenizas se hubieran enfriado, retirando en seguida los restos de Augusto, que se llevaron al mausoleo que él mismo había hecho construir, porque era un espíritu previsor, que sabía muy bien que para fundar el poder, era necesario impresionar la imaginación de las masas por las apariencias; y a ejemplo de los Reyes de Egipto, que levantaron las pirámides, de los soberanos del Asia y de los sátrapas del Asia menor, construyó un inmenso monumento, superior en altura a todos los de Roma, con diámetro de doscientos pies, y que tomó el nombre de mausoleo, porque el tipo de los edificios de este género, era la tumba de Mausolo, una de las siete maravillas del mundo.

Hemos descrito la tumba de Augusto, sus dos obeliscos, sus tres pisos, los árboles siempre verdes, que se habían plantado sobre su cúspide, sus mármoles, sus estatuas, su magnificencia, y los catorce lechos sepulcrales, en donde el mismo Augusto había colocado a las personas que le eran más queridas; pero lo que es preciso repetir, porque la lección será siempre provechosa, fué la suerte que corrió tan soberbio edificio, destinado a causar la admiración de las edades futuras, recordándoles la grandeza material de un solo hombre. Destruído en parte, mutilado, perdido entre las construcciones modernas que se han levantado a su lado, se oculta a las miradas de los viajeros y apenas se le distingue con trabajo entrando al palacio Corea, o desde algunos lugares de la vía "del Pontifici." Hay turistas que conociendo bien a Roma, confiesan no haber

visto el mausoleo de Augusto, y vosotros habéis hecho conmigo la autopsia de esos colosales restos: os he conducido a las caballerizas que en ellos han fabricado los romanos modernos, a los lugares que allí mismo se han proporcionado los fabricantes de chorizos y de queso, a los pozos perforados por los señores de la Edad Media, que ahí mismo se preparaban a sostener un sitio, y al circo, en fin, que se ha establecido en su parte superior, sobre la bóveda cuartada y donde cada estfo los volatines y los cómicos de la legua lucen sus habilidades durante el día; y no os he ocultado que allí se representan farsas "(tutta da ridere)" traducidas del repertorio del teatro del Palais Royal, y que los aplausos se confunden con las risotadas, a razón de ocho "ba yocos" por cabeza, hasta la puesta del sol.

¡En verdad que el destino tiene cambios singulares y vengadoras ironías! Lo más sagrado para los romanos era su última morada, el monumento que encerraba las cenizas de su familia, y como por una tradición de respeto, lo que sobrevive hoy en los campos de Roma, lo que le llena de innumerables visitas son las tumbas. La de Bíbulo está en su lugar, la de los Escipiones es el honor del Vaticano, la del Cecilia Metella es un admirable punto de vista, la de los Nasones es preferida de los pintores, y todos hemos ido en peregrinación piadosamente emocionados sobre esa larga vía Apia, en la que se encuentran a uno y otro lado tumbas, la mayor parte obscuras, y esto, porque las ruinas tienen siempre algún prestigio, el pasado alguna elocuencia, la muerte alguna gravedad. Pues bien, la más grande tumba de Roma, la más espléndida, la que debía dominar la ciudad entera, como el emperador dominaba todo por su personalidad, ¿en qué se ha convertido? en una cosa sin nombre, oculta, olvidada, abandonada, en vilecida por usos e industrias groseras, profanada, sobre todo, por las risotadas del populacho, que repercu-

ten en los cuartos fúnebres, convertidos hoy en caballerizas o en celdillas.

¡Ay, señores! ¿recordáis las últimas palabras que pronunció Augusto al expirar? Se dirigió a sus amigos, y les dijo: "¿He desempeñado bien mi papel en la comedia de la vida?" "Sí," respondieron ellos, porque los amigos de un Emperador siempre responden "sí".— "Entonces, como los espectadores en el teatro, aplaudid." La providencia se apoderó de esta palabra; la transformó en acción sangrienta que dura todavía, que se renueva todos los días, y que a la vez nos permite decir: "Debes estar contenta, alma del divino Augusto, cuando te ciernas con el águila de tu apoteosis, sobre el Tiber y el campo de Marte. La comedia continúa, nada hay más alegre que tu fastuoso mausoleo, los romanos siempre ríen en él, y pisotean sin pensar lo las cenizas que allí depositaste, sus aplausos suben diariamente hasta tu olimpo, y no hay más diferencia, que no los prodigan a tí ni a tu memoria, sino actores de baja esfera y condición. Si se abrieran las entrañas de ese monumento desconocido, se encontrarían todavía buenos congarios reunidos por los fabricantes de chorizos, y casi dignos de los que distribuías a la multitud hambrienta: te burlaste de todo lo que hay sagrado en la tierra y el emblema de tu dinastía sin mañana, este monumento que debía oprimir con su gran peso el suelo romano, no subsiste sino para ser objeto de desprecio. ¡Justo castigo!"

Pero lo hemos dicho, señores, en el gran atentado contra la libertad y contra la patria, no hubo sólo un culpable: Augusto tuvo por cómplice al pueblo romano y esa complicidad se renovó espontáneamente a los pies de otro nuevo amo; y de la misma manera que hemos estudiado los monumentos del reinado de Augusto, estudiaremos los de Tiberio y Calígula: buscaremos

a través del arte y del genio de una sociedad, en las manifestaciones que se llaman arquitectura, pintura, grabado en piedra, medallas e inscripciones, primero la historia del arte, después el carácter de los personajes que en él han ejercido una influencia directa y encontraremos a nuestro pesar el mismo brillo de las observaciones, el castigo del pueblo romano.

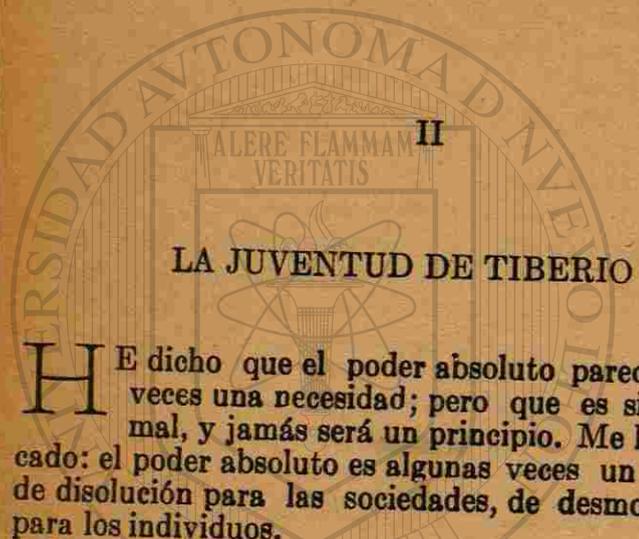
Ese castigo va a revestirse en dos formas, o más bien, va a aparecer en los dos legados que Augusto hizo a los romanos, consistentes en una persona y una cosa, esto es, un sucesor y una institución. El primero es Tiberio, a quien conocía y despreciaba, y al que sin duda escogió para hacer resaltar su propio reinado por un odioso contraste, obligando a los romanos a que le llo-rasen, a quien escogió sobre todo, porque Tiberio tenía el secreto de su política, porque era discípulo también de Livia, y porque nadie sabía como él, asentadas las premisas por su predecesor, deducir las más rigurosas consecuencias.

La institución fué el imperio, es decir, la omnipotencia de un solo hombre, sin apelación, sin contradicción, sin otra regla que la satisfacción de todos sus caprichos, de todos sus apetitos, de todas sus locuras, con detrimento de toda la humanidad. El pueblo romano supo lo que le costó haber abandonado sus derechos y haber rehusado recuperarlos cuando la fortuna se les ofreció de nuevo. Reconocerá, aunque tarde, que si el poder absoluto parece algunas veces una necesidad, es siempre un mal y no debe jamás establecerse como un principio. Cuando Tiberio rehusaba el imperio y se arrojaban a sus plantas los senadores para obligarlo a que lo aceptase, dejó escapar una frase de doble sentido que para nosotros debe ser un purísimo rayo de luz: "No sabéis qué monstruoso es el imperio,

"*quanta bellua esset imperium.*" (1) Sí, era un monstruo, y ese monstruo después de haber devorado las instituciones en tiempo de Augusto, iba a hacer otro tanto con los ciudadanos, bajo Tiberio, bajo Calígula, bajo Nerón y debía concluir por "devorarse a sí" mismo.

(1) "*Adhortantes amicos increpans ut ignaros quanta bellua esset imperium.*"

(Suetonio, Vida de Tiberio, XXIV.)



LA JUVENTUD DE TIBERIO

HE dicho que el poder absoluto parece algunas veces una necesidad; pero que es siempre un mal, y jamás será un principio. Me he equivocado: el poder absoluto es algunas veces un principio de disolución para las sociedades, de desmoralización para los individuos.

Todo axioma necesita demostrarse, y desgraciadamente es muy fácil la demostración del que antecede. Por lo concerniente a las sociedades, la historia se ha encargado de responder en diferentes épocas y por diversos desastres. Por lo que toca a los individuos, tenemos ante nosotros un ejemplo memorable que completa y resuelve victoriosamente el problema.

Para medir los efectos que produce el poder absoluto en un hombre, pongámonos en algunos casos. Supongo que elegís un príncipe de un amor benevolente y fácil, o de un carácter dulce y jovial, o de un temperamento indolente y voluble, tendréis un reinado bastante tranquilo, con Ministros que dominen y que mientan, con queridas que se sucedan y engañen; pero nada

notable, si no es el envejecimiento de la nación, que sufre una no interrumpida serie de golpes y de oprobios. Si por el contrario, elegís una naturaleza excepcional y que participe más del bruto que del hombre, con apetitos groseros, instintos bajos y una inteligencia limitada, tendréis una bestia feroz embriagada desde luego por el poder, extraña a la humanidad y a la razón: tal como la historia de Roma las presenta desde el primer siglo del imperio.

Pero la cuestión queda establecida de una manera más eficiente, si encontráis un hombre bien dotado por la naturaleza, de grande inteligencia, firme y cultivada, descendiente de una noble raza, de un carácter frío y una salud inalterable, soldado generoso, buen General, administrador espaz, rodeado de excelentes servidores, sostenido por los consejos de la madre más astuta y más hábil, favorecido a menudo por la fortuna, llevado sin esfuerzos a la grandeza, colocado primero muy cerca del poder absoluto, tocándolo e, si, renunciándolo después, apoderándose luego de él, y concluyendo a la edad de cincuenta y seis años por dominar solo el mundo; si este hombre se altera gradualmente, se transforma hasta llegar a ser un día la execración del género humano, confesad, señores, que el ejemplo será decisivo, la demostración seguida, desarrollada, perfecta. Preciso será convenir que las pasiones excitadas por el contacto del poder absoluto, el temor y la envidia, las esperanzas sin límites y las alarmas sin nombre, los apetitos provocados o contaminados, satisfechos o disimulados, la amenaza diaria de los favores sin razón, o la desgracia sin remedio, la necesidad de lisonjear y de mentir, el derecho de atreverse a todo, a condición de fingirlo todo, la inmoralidad de un incentivo perpetuo, el desprecio creciente para los que obedecen con servilismo y para el que manda a tales servidores, la embriaguez del orgullo excitado hasta el delirio o dismi-

nuido hasta el disgusto de sí mismo, preciso es reunir, repito, que todas esas alternativas enervan el alma, la turban, la vuelven frenética, hasta el punto de no ser dueña de ella misma, el día en que se la llama para gobernar el mundo. Tal déspota, al subir al trono, no es en realidad otra cosa que el esclavo más digno de compasión.

Después de lo que acabo de decir, habéis nombrado a Tiberio, y en efecto, señores, vamos a estudiar a Tiberio, no bajo el punto de vista histórico que es bien conocido, sino bajo el psicológico. Es mucho pretender, es verdad, porque si sus contemporáneos no consiguieron penetrar el alma de Tiberio, ¿cómo nosotros, la posteridad, puede creerse tan perspicaz? Propiamente hablando, haremos un estudio de historia natural: imitaremos a los sabios cuando se les presenta un animal desconocido; antes de juzgar, observan, analizan sus formas, comparan sus elementos constitutivos, y concluyen por diseccionarlo, de manera que después de haberlo descompuesto, hacen resaltar sus principales caracteres para luego clasificarlo.

Ese método de historia natural es el único aplicable a Tiberio; sin embargo, no os prometo conseguirlo y salir vencedor en la empresa, no obstante que no me espantan las contradicciones de talentos muy elevados que se han esforzado en comprender a Tiberio y le han juzgado del modo más opuesto.

Los unos le han tenido por un hipócrita sanguinario; los otros por un hombre de Estado calumniado. Estos últimos debieron dar principio por debilitar el testimonio de Tácito, y de Suetonio, diciendo: Tácito es un pintor que recarga su paleta, y cuyas sombras son muy oscuras; es preciso desconfiar; Suetonio un narrador que recoge anécdotas sin discutir las, un espíritu superficial que merece poco crédito. Pero se olvidan de dos cosas que la verdad exige tener siempre presentes en la

memoria, y que peclaro me inspiran un gran respeto por Tácito y una viva atención por Suetonio. Se olvidan de que Tácito vivió pocos años después de Tiberio, que fué un personaje oficial, cuya carrera política comenzó en el reinado de Vespasiano, continuó en el de Domiciano, y en el de Neva obtuvo el consulado, la segunda dignidad del Imperio, y que Suetonio fué el secretario del emperador Adriano, que vivió en el palacio imperial, en el corazón de los negocios, y en medio de los archivos más secretos, que manejó las cartas y las memorias de Augusto, de Tiberio y de Agripina, que estuvo en la fuente y recogió los recuerdos apenas fríos, las tabletas de los libertos, y las tradiciones vivas aún del Palatino. Debemos, sobre todo, tratar a Tácito con respeto, no solo porque fué un gran ciudadano, un moralista, y una privilegiada inteligencia, sino porque ha guardado cierta reserva, que le imponía su carácter oficial. No dice todo lo que sabe, y por lo mismo debe creerse cuanto refiere.

La historia de los juicios pronunciados sobre Tiberio en los tiempos modernos cambiaría nuestro programa, y bástenos saber que en los últimos quince años se ha pretendido en diferentes países rehabilitar la memoria de Tiberio. Se ha hecho notar, lo que era fácil, que tenía valor personal, que mandó con habilidad en su juventud la fuerza armada, que administró las provincias con pericia en su edad madura, y que sus cualidades políticas si no son bastantes para pronunciar su absolución, podrían hacer echar un velo sobre sus vicios secretos y algunos de sus momentos de crueldad. Se han alegado las conspiraciones, la costumbre de los combates de los gladiadores que habituaban a los romanos a la vista de la sangre, y por último, la famosa doctrina de la salud del Estado. Estas rehabilitaciones se han emprendido sin pensamiento ulterior y sin lisonja, es verdad; pero si muchos príncipes han permitido que

sus cortesanos les comparen con Augusto, ni uno sólo habría que aceptase esa comparación con Tiberio.

La obra en que tamaño trabajo se ha emprendido, apareció en Alemania, es decir, en el país de la libre crítica y de las hipótesis atrevidas, y Mr. Stahr refiere la vida de Tiberio con mucha mayor parcialidad de la que Plutarco tenía para sus héroes. Además, señores, es conveniente que os advierta que también Linguet escribió en muy buen francés, y con gran indignación de La Harpe, una analogía de Tiberio.

Yo simplemente os ruego, que por algunas horas (porque serán necesarias algunas conferencias para tratar el asunto), borrés todo recuerdo de vuestro espíritu, todo juicio o preocupación, todo sentimiento de admiración o de repulsión hacia Tiberio. Suponed que os es completamente desconocido, como he tratado de persuadirme a mí mismo antes de empezar mis estudios en los historiadores y sobre los monumentos, con objeto de ser en lo absoluto independiente absolutamente imparcial. Para comodidad del análisis, dejadme dividir la vida de Tiberio en varias épocas, y tratemos de reconocer qué clase de ser va a representarse a nuestros ojos, si es un monstruo con rostro humano, un príncipe ordinario simplemente pervertido, o un grande hombre calumniado.

Comenzaremos por examinar su juventud, esto es, la edad en que los instintos buenos y malos se manifiestan más libremente, y para no despreciar ningún elemento, imitemos a los naturalistas, que consideran primero la familia del "sugeto," explicando alguna vez el individuo por el tipo general. Tiberius Claudius Nero, pertenecía a la familia Claudia, una de las más ilustres de Roma, que hacía remontar más alto que otra alguna la insolencia de la sangre patricia. Descendía de Apio Claudio que fué de las montañas de la Sabina con todos sus clientes, maltratando desde entonces a todos

los plebeyos. Los Claudios nacían bajo un astro muy variable; sucesivamente, presidían su nacimiento un genio bueno o malo, de manera que eran útiles o funestos a su patria, lo que es propio de las razas violentas, que siempre se ven arrojadas a los extremos por el ardor de su temperamento combinado con las circunstancias.

Por eso contemplamos a Apio Claudio el Ciego, que levanta por su carácter, su elocuencia y su autoridad, el abatido espíritu de los romanos vencidos por Pyrró, preparando los futuros triunfos de la República: a Apio Caudex que en la primera guerra pública pasa la Sicilia, y ataca y derrota a los Cartagineses; a Apio Claudio Nero, atacando a Asdrubal, en el momento en que procuraba unirse con su hermano, derrotarle, matarle y arrojar su cabeza al campo de Anibal. Estas eran obras del buen genio.

Veamos el otro lado. La familia Claudia produjo al famoso decenviro, tirano de un país, destructor de las leyes que había él mismo promulgado y verdugo de la hija de Virginius: a Apio, llamado también Druso, que se levantaba a sí mismo estatus coronadas y armaba a sus clientes para esclavizar a Roma: a Apio el "Hermoso" que perdió su flota en Drepanes, (1) por un exceso de capricho o de impiedad, y condujo a una derrota cierta a los romanos, desmoralizados, por haber arrojado a la mar, los pollos sagrados. A la hermana de ese mismo Apio, que paseando en carro por las calles de Roma, y no pudiendo avanzar por la muchedumbre, deseaba a gritos que su hermano volviese a la vida y que procurase una nueva derrota, para que diezmando el pueblo no le impidiese el paso. A un Clodio, en fin,

(1) Hoy Trapini. N. T.

que adoptado por un plebeyo aspira al tribunado, destierra a Ciceron, llena a Roma de espanto y de sangre, y a la cabeza de una banda de foragidos, se hace matar por Milon, en la emboscada que él mismo le había parado.

Ya lo véis: todo en esa familia era extremo; pero con excepción de Clodio el tribuno, todos habían tenido para el pueblo el más absoluto desprecio, combatido sus derechos; y apaleado a sus tribunos, a pesar de su inviolabilidad. De manera que Tiberio algo tenía de esa raza vigorosa, enérgica, dura y de carácter tan áspero, como las montañas de la Sabina. En toda familia, los miembros no son igualmente distinguidos: hay siempre una ley de reposo, algunas generaciones de transición entre los hombres eminentes, como para los campos una época de descanso. El padre del que ahora nos ocupamos, nació en uno de esos intervalos. Llamábase también Tiberius Claudius Nero. "Nero" es una palabra sabina que quiere decir "fuerte, robusto," (1) de ella se formó un apellido, para substituirlo al de Lucius, al que renunció la familia, porque dos de sus antecesores que lo habían llevado, fueron asesinos y ladrones de camino real. A la aspereza de los Claudios debe agregarse un instinto sanguinario.

El padre de Tiberio, era por lo contrario, de un carácter dulce, vivió sin fausto y apenas figuró en una muy mediana escala. El hecho más prominente de su vida, después de haberse filiado en el partido de Antonio, fué haber hecho la paz con Octavio, cediéndole a su mujer. Casóse con la célebre Livia cuando apenas tenía catorce años, ésta le hizo padre de su primogéni-

(1) Del griego neura, que es su primitivo origen.
N. T.

to Tiberio, y estaba la misma en cinta de su segundo hijo, cuando el triunviro la vió. Para el terrible Octavio, ver, desear, mandar y ser obedecido, era una sola cosa. Tiberio Nero lo comprendió perfectamente, y repudió a Livia. Nada de censurable encontraron en esto los Pontífices, a pesar de que atacaba tal precipitación a la ley y al culto. Cuando el niño, que fué Druso, nació en la casa de Octavio, éste le envió a su padre que murió algunos años después.

Luego que Livia estuvo segura de su ascendiente sobre Augusto, hizo llevar sus dos hijos al Palatino. Tiberio, que entonces contaba nueve años, era un pequeño prodigio, ya había pronunciado ante una numerosa multitud, en la tribuna del Forum, el elogio fúnebre de su padre. Inútil sería garantizar que el mismo Tiberio hubiera escrito ese elogio, nadie lo creería; pero presentarse ante el público, pronunciar el discurso con una voz sostenida, tener la memoria y la calma necesaria, era en un niño de nueve años, un esfuerzo que excede a lo ordinario. A pesar de esto, su infancia fué triste y sombría. Suetonio lo dice, y diferentes razones lo confirman. En el Palatino no mejoró su condición, porque Livia, que no teniendo hijos de Augusto, le prefería como a primogénito, y concentraba en él todas sus atenciones, le vigilaba con severidad.

No olvidéis, señores, cuál era el carácter de Livia. Fría por temperamento, sus costumbres eran rígidas, su vida austera y grave, y teniendo tanto imperio sobre ella misma como sobre Augusto, medía sus palabras y arreglaba su gesticulación. Por el amor de Tiberio no retrocedió ni ante el crimen; y si nutría grandes pensamientos, no tenía para su hijo ni las caricias ni la bondad que hacen que un niño crezca confiado y feliz.

Augusto no amaba a Tiberio, tanto por su origen

que despertaba celos retrospectivos y desagradables recuerdos, como por una repulsión natural; prefería a Druso. En su vida íntima, Augusto era picante y cáustico; todo debía sonreír a su derredor, y Tiberio tenía una figura seria, grave, y sus facciones estaban contradas antes de tiempo. Era el lunar entre las amables fisonomías de Druso y de Marcelo, lleno de gracia y de belleza, heredero presunto del imperio y sobrino de Julia, hija del Emperador.

La mala voluntad de Augusto se demostraba por las burlas que herían el orgullo del niño, y por las palabras punzantes que le dirigía y que luego repetían las personas de su intimidad. Augusto, que se burlaba de Mecenas, de Agripa y de Horacio, no perdonaba al niño, y él fué sin duda el autor del apolo, de "el viejecito," con que los libertos y aun los esclavos lo señalaban sin miramiento. Después, cuando Tiberio hacía sus primeras armas contra los Cántabros, incurrió en la falta de inclinarse al vino de España, Augusto no lo olvidó, y se complacía en repetir los equívocos que habían cambiado en nombres ridículos los tres de Tiberio. Le llamaban "Biberius," ("bibere") beber, "Caldius," (vino caliente), "Mero" ("merum,") vino puro. Estas chocarrerías de los soldados, que os doy a conocer porque valen la pena, encontraban eco en el Palatino.

Tiberio tenía demasiado orgullo para no sufrir, y muy poca gracia para desarmar a los burlones, así es que más se concentraba y se apartaba de la sociedad. Los consejos de Livia, llenos de prudencia y de finura, pero más a propósito para un hombre que para un niño, apresuraban la madurez de un espíritu sin juventud.

Sin embargo, Tiberio era capaz de afecciones. Se unió íntimamente a Marcelo su camarada de juegos, que

era de su misma edad y que pronto debía presentarse en una pública ceremonia. Augusto no quería rehusar a Livia ninguna satisfacción, y cuando él entraba solemnemente sobre un carro triunfal, se veía a Marcelo a la derecha del carro y a Tiberio a la izquierda. Después de la batalla de Actium, por ejemplo, cuando se celebraba con juegos esta victoria, desde la que se cuenta la era de la servidumbre para los romanos, y de la gloria para Augusto, o cuando se imitaban los juegos troyanos cantados por Virgilio, los individuos que a caballo tomaban parte en esos juegos, eran unos mandados por Marcelo y otros por Tiberio. Había, pues, una especie de igualdad exterior, que se rompió así como la intimidad que entre ellos existía luego que Julia se casó con Marcelo, quien a poco tiempo murió teniendo apenas diecinueve años.

Otro afecto tuvo cabida en su alma, el de su hermano Druso. Como si el mayor hubiera tomado del seno de la madre toda la violencia y aspereza de la raza, el menor estaba dotado de todas las cualidades de la dulzura. Más tarde pintaremos ese género natural, tan caro a los romanos y que inspiró a Tiberio un verdadero culto. Como por el tiempo que ha transcurrido debemos medir los sentimientos por pruebas y no por suposiciones, examinemos la conducta de Tiberio en una dolorosa circunstancia, Druso, que mandaba el ejército del Rin, fué atacado de una enfermedad mortal. Sábelo Tiberio, y partiendo al momento de Roma, atraviesa los Alpes, las llanuras, los ríos y hasta haciendo doscientas millas romanas en un día, llega oportunamente para abrazar a su hermano y recibir su último suspiro. Sin detenerse a tomar el mando, vuelve a dirigirse a Roma llevando el cuerpo de Druso, acompañando a pie por todo el camino aquel fúnebre convoy. En Roma le tributa los honores póstumos, pronuncia

su elogio fúnebre en la misma tribuna en que dijo el de su padre, y sólo cuando acabó de cumplir con todos esos deberes, se volvió a la Germania para ponerse a la cabeza del ejército.

En esa época, Tiberio no tenía interés en ser hipócrita, para captarse la benevolencia de Augusto que desconfiaba de Druso, del que se aseguraba que suspiraba por la república y al que señalaban por única esperanza los amigos de la libertad. De lo que se deduce, que al demostrar Tiberio tan vivo dolor por la muerte de su hermano, obedecía a un verdadero sentimiento y no al deseo de captarse la estimación del emperador. Tuvo también otros amigos, Messala Corvino que le enseñó la historia, la literatura y la elocuencia Lucilio, que fué senador; Sejano, que merece que nos ocupemos de él separadamente, y Flaco, simple caballero, después Prefecto de Egipto, que sobrevivió a Tiberio y fué quizá el único de sus compatriotas que le lloró con sinceridad.

No me parece indiferente, señores, para establecer los primeros elementos de nuestro análisis, patentizar que si Tiberio tuvo una infancia sombría, no fué un monstruo desde su nacimiento, y que por el contrario, poseía una alma tierna, la necesidad de unirse a alguien por el cariño y por el sentimiento de la amistad, capaz si no de expansión, a lo menos de fidelidad.

Respecto a las afecciones de otra especie, de aquellas de que es objeto la mujer, me permitiréis que me ocupe de ellas y que no retroceda ante cierta precisión. Tiberio se casó siendo muy joven. La hija de Agripa no contaba más que un año cuando Livia la hizo prometer a Tiberio: Agripa era el yerno de Augusto y su sucesor, Agripina Vipsania, (así se llamaba la primera mujer de Tiberio) era nieta de Atico el amigo de Cicerón. Inspiró a su marido un amor sincero y vivió con

él en buena inteligencia, haciéndole padre de dos hijos, el primero al que se dió el nombre de su tío, Druso; el segundo no había nacido, cuando se sujetó a Tiberio a la prueba impuesta a su padre Tiberio Nero; esto es, que tuvo que repudiar a su mujer, cuando se encontraba en la preñez. Agripa había muerto. y Augusto, que sin cesar sacrificaba a su hija Julia a sus cálculos dinásticos, y que se procuraba un yerno tan pronto como perdía el anterior, sin retroceder ante el incesto, ordenó a Tiberio que repudiasse a Agripina para enlazarse con Julia.

En esa época, cuando una mujer era repudiada, lo que entraba en las costumbres romanas, y cuando lo era en estado interesante, lo que era exclusivo de las costumbres imperiales, no faltaba quien se encargase del precioso depósito; así es que Asinio Galo, hijo de Asinio Pollio, amigo de Augusto y protector de Virgilio, Asinio Galo, repetimos, cortesano atrevido y espiritual, que para todo tenía una respuesta y al que nada inquietaba, ni aun el oprobio, tomó a Agripina. Asinio comenzó por decir como en secreto, que el niño que iba a nacer tenía de él algo más de lo que pudiera suponerse, y que aun con Druso, el primogénito, le ataban fuertes lazos. (1)

Si ese impudente decía verdad, Tiberio fué engañado desde el principio de su matrimonio; desgraciado si lo comprendió; ridículo si sólo los demás lo supieron, y en tonces sería caso de exclamar: no, "horrible Tiberio," sino "¡pobre Tiberio!"

Mi creencia es, que Asinio Galo mentía; que procuraba justificar una bajeza por una calumnia, y que hacía la corte a Augusto con detrimento de Tiberio, obje-

(1) "Dion Casio, LVII, 2."

to de la aversión del Emperador. Y examinemos, señores, ¿era Tiberio tan repelente? ¿ese intruso tan burlado en el Palatino, era tan mal conformado en su persona que cualquier mujer lo viera con desagrado y la suya con disgusto? ¿Había algo en su parte moral, en sus costumbres o en su exterior, que desde su juventud lo hiciese intolerable? Es conveniente que bosquejemos su retrato, y describamos sus ventajas físicas o sus deformidades, pues le hemos colocado frente a frente de las mujeres.

Dejemos la palabra a Suetonio sin comentarlo sino en lo que sea necesario, para la claridad.

“Tiberio era robusto, corpulento, de una estatura mayor que la común; y bien proporcionado de los pies a la cabeza. Sus espaldas y pecho eran anchos, gozaba de una magnífica salud, y hasta los treinta años él fué su solo médico. Su mano izquierda era más fuerte y ágil que la derecha; sus articulaciones tan vigorosas y bien unidas, que atravesaba con un dedo una manzana verde, y hería de un papirote la cabeza de un niño o de un adolescente.”

Esto demuestra la sólida estructura, los fuertes músculos, la complexión seca a toda prueba, de ese descendiente de la Sabina. Suetonio continúa:

“Era blanco, sus cabellos bajaban hasta la parte inferior del occipucio, cubriéndole casi el cuello, lo que es una señal de raza.”

No: esto era moda. Augusto tenía naturalmente el cabello en esa forma, y los romanos dejaron crecer los suyos para arreglárselos del mismo modo y adular a Augusto. Tiberio, hijo adoptivo del Emperador, debía más que cualquier otro buscar su parecido.

“Tenía el rostro hermoso (“facie honesta”), aunque a veces cubierto de súbitas erupciones (tumores). Sus

ojos eran muy grandes y veían en las tinieblas luego que despertaba, aunque esta facultad se extinguía poco a poco.” Facultad distintiva de la raza felina, desde el tigre hasta el gato.

“Marchaba con el cuello erguido y algo inclinado a un lado; de manera severa y aire taciturno; rara vez hablaba a los que le rodeaban, y eso con lentitud y meneando torpemente los dedos. A Augusto no se ocultaba ninguno de esos defectos o señales de orgullo, y muchas veces procuró atenuarlos ante el senado, atribuyéndolos a enfermedades naturales, y no a vicios de carácter.”

En este retrato de Suetonio, es necesario distinguir lo que se refiere únicamente a la madurez o ancianidad de Tiberio. Por ejemplo, es evidente que Augusto no trató de justificar a su hijastro ante los romanos sino después de haberlo adoptado, y cuando le preparaba el acceso a la omnipotencia. Es probable también que las pústulas que aparecían en su rostro repentinamente, se multiplicaron sobre todo en los últimos años, cuando una no interrumpida prostitución inflamó o corrompió su sangre acre por naturaleza.

Vamos a justificar esa descripción o mejor dicho a completarla con el estudio directo de las imágenes de Tiberio. Numerosísimos son los monumentos antiguos en que está representado, y sería imposible enumerar las bellas medallas, las piedras grabadas y los camafecos. (Viena y París poseen las más raras muestras de ese género), los bustos y las estatuas que han llegado hasta nosotros. La mayor parte representan a Tiberio, joven y divinizado; el gabinete de medallas de la Biblio

teca imperial (1) posee un magnífico camafeo, en que se ve al César viejo y arrugado, más tarde le describiremos así como el que existe en la Santa Capilla. También es preciso escoger entre las estatuas de Roma y París y los bustos de Louvre y del gabiote de medallas, porque son de un mérito desigual y de diverso pa- recido, no en el conjunto, sino en los detalles.

Para encontrar el tipo personal en toda su exactitud, es necesario eliminar tres series de imágenes, cuya ejecución presidió un pensamiento preconcebido: en primer lugar, aquellas en que por lisonja el artista se esforzó en hacer que Tiberio se pareciese a su predecesor, como si la adopción penetrase, transformase, regenerase, o como si la voluntad del amo tuviera tanto poder como la transmisión de la sangre: en segundo lugar las representaciones ideales, hechas con sumo cuidado por hábiles artistas que quisieron divinizar a Tiberio, y le dieron líneas más puras y una belleza más dulce; y por último, los monumentos de menor importancia, que son sólo una conmemoración y que no tienen parecido ni con Augusto ni con Tiberio divinizado. A esta clase pertenecen ciertas monedas acuñadas, en ciudades lejanas del imperio, en que grabadores poco diestros copiaban con exactitud los tipos corrientes, las estatuas y bustos esculpidos para las colonias y los municipios, que no merecen ninguna confianza. En nuestros días vemos lo que valen la mayor parte de los retratos

(1) El señor Beulé pronunció sus discursos que reunidos, intituló: "El proceso de los Césares," en tiempo de Napoleón III. El gobierno del moderno César comprendió que los ataques le iban dirigidos, e hizo cuanto pudo por interrumpir los trabajos del señor Beulé, la ley sin embargo, fué más fuerte.—N. T."

oficiales de los soberanos, y sobre todo, las copias con que se sacrifica a las provincias.

Los muy raros monumentos que representan a Tiberio viejo, los reservaremos para el día que estudiemos su ancianidad; es decir, un personaje nuevo. Hoy nos ocupamos de Tiberio en la fuerza de la edad, de la juventud, de la belleza.

Después de haber comparado las más célebres representaciones, no vacilo en recomendar a vuestro estudio, una magnífica cabeza de bronce que se admira en el gabinete de medallas y perteneció al conde de Caylus. Ese bronce célebre ya en el siglo último, es el monumento más elocuente y conmovedor que conozco, por su carácter de personalidad, que resalta más todavía si se le compara con el busto del Louvre que viene de la colección Borghesa, y con la estatua del "Braccio nuovo," encontrada recientemente en Terracina. Se tiene ante la vista, vivo y hasta cierto punto palpitante, si es que algo palpité en Tiberio, a ese impenetrable personaje, que ocupará eternamente a los historiadores y a los filósofos. Allí se presenta de edad de treinta años, mudo y sin nada que le lisonjee, al más minucioso examen de todo el que quiera, aunque en vano penetrarle.

Sorprende desde luego la proporción del cráneo; es bien hecho, redondo y de hermosa plenitud, se comprende que es el asiento de la inteligencia y que las cavidades cerebrales están felizmente distribuidas. La frente más ancha que elevada, se desarrolla más en el sentido horizontal que en el vertical, los cabellos cortados al rededor forman una especie de pequeña muralla que disminuye esa elevación; pero no es condición esencial para una gran inteligencia una frente muy elevada. La experiencia ha refutado esa teoría que David d'Angers contribuyó a derramar con sus obras. Las orejas son grandes y no mal hechas, y se separan de la cabeza, co

mo no es raro verlo en los bustos romanos. Ese detalle característico, prueba que el artista no alteró la naturaleza y la aceptó en toda su verdad. Los ojos son difíciles de apreciar porque son de plata, y se colocaron en las órbitas después de la fundición. El blanco de la plata en medio del bronce, da al conjunto de la fisonomía, un aspecto fantástico, feroz; si esa idea corresponde de más de lo que conviene a la idea que pueda formarse de los ojos de Tiberio, recuérdese la descripción de Suetonio, que pretende que ese príncipe veía durante algunos minutos en las tinieblas. Los pómulos están colocados en alto y dan al desarrollo de los huesos maxilares un gran poder. En ese lugar reside ese sentimiento de fiera, de orgullo indomable, que se atribuía a la raza de los Claudios, y que Tiberio heredó con tanta profusión. La nariz que goza de celebridad, es el tipo de la nariz aguileña, del que se apoderaron los grabadores de medallas fácilmente, porque es bello y notable, no obstante que cuando el busto se ve de frente, no parece tan bien modelada. La boca es un poco plana, más indecisa de lo que pudiera suponerse, no tiene una expresión franca, se diría que era inerte e incapaz de movimiento. Se observa cierto empaste en los músculos que la rodean, como en los que limitan la parte inferior de la barba, son poderosos, pero como atrofiados, no tienen esa facilidad, ese juego que se observa en los hombres acostumbrados al mando y al uso de las palabras. Sabemos, en efecto, que Tiberio no la tenía fácil; aunque pronunciaba discursos en público, le faltaban expresiones y pronunciaba de una manera lenta y laboriosa; por eso Augusto, que no perdonaba ocasión de burlarse de él, exclamó alguna vez: "¡Cuánto compadeceo al pueblo romano que será triturado por esas pesadas mandíbulas!"

El busto acusa, en efecto, una mandíbula pesada. La dificultad de articular obligaba a Tiberio a buscar las

palabras, y para no impacientar a los que le escuchaban, hacía que el gesto precediese a la voz. Esto producía una gesticulación desagradable, que parecía afectada, y que traicionaba la necesidad de pintar con la mano, la idea o el objeto, que la palabra no manifestaba con bastante rapidez. Tiberio tenía que luchar con una dificultad no intelectual, sino material. La conformación de los músculos de la parte inferior del rostro va a explicarnos ese embarazo.

La barba es potente sin ser pronunciada; de la misma manera que la frente se extiende a lo ancho, así la extremidad de la barba no tiene ese modelado que pudiera inscribirse en un óvalo puro, es más extendida que lo necesaría. Por último, un signo característico que se apreciará mejor en los camafeos y en las medallas, es el estrechamiento de la nariz en la parte superior, los cartílagos son estrechos, enjutos y como sujetos con una pinza entre los ojos, de manera que la cavidad de estos parece más profunda, y recuerda la fisonomía del pájaro de presa, más bien del buitre, que de la águila. Ese rasgo curioso nos recuerda la figura de Livia, en cuyos ojos y nariz reconocimos alguna analogía con la lechuza, tan estimada de Minerva y de los atenienses. La boca de Tiberio sin facilidad de movimiento, contraída en su expresión natural, revela un parentesco cercano con la de Livia, que la tenía tan pequeña, que sus labios carecían de puntas y que se contraían mucho más por la costumbre de disimular. El camafeo que está en el Louvre, (1) bajo una de las vidrieras de la sala de vasos griegos, demuestra la facilidad con que un hábil artista puede formar el tipo de Tiberio por el de Livia.

(1) Representa de perfil a Tiberio, joven, idealizado, y a Calígula: está grabado en la Iconografía romana.

Tal era Tiberio según los historiadores y según sus imágenes auténticas. A pesar de sus defectos que debían referirse mejor a la expresión que a la construcción, no podía inspirar a su mujer ni aversión ni disgusto. Era hermoso, dice Suetonio, y nos lo atestiguan diversas obras de arte. Si aun fuera preciso un testimonio irrecusable, tenemos el de una mujer conocedora de la belleza, quiero hablar de Julia, que se enamoró de Tiberio, viviendo aun su marido Agripa, suegro del mismo Tiberio. Ella fué la primera en declarársele y públicamente fué conocida su pasión. Si Tiberio accedió o repelió sus pretensiones, lo ignoramos; pero se concibe que cuando más tarde Agripa murió, y Augusto impaciente por tener un nuevo yerno consultó a Julia, no encontró ninguna resistencia; quizá ella misma de acuerdo con Livia, que procuraba acercar a su hijo al trono sin escándalo, sugirieron a Augusto tal pensamiento.

No obstante todas esas sollicitaciones, la historia refiere, que Tiberio no quería separarse de su amada Agripina, que resistió a Augusto cuanto pudo, y que vencido al fin, no repudió sin un profundo dolor ("non si ne magno angore animi") a su joven esposa que estaba en cinta, para dar su lugar a Julia.

¿De qué especie era el amor de Tiberio para con Agripina Vipsania? ¿La ternura de un esposo? ¿El amor sensual de un joven cuya frialdad exterior ocultaba su temperamento y que en su ancianidad debía arrojar lejos de sí todo velo de pudor? Dos hechos permiten resolver la cuestión. El primero, la conducta de Tiberio para con Julia, luego que se casó; segundo, su aspecto en un encuentro imprevisto que tuvo con su primera mujer. Aunque por Julia manifestaba el mayor desprecio, después se enamoró de su belleza: si olvidó a Agripina, al volverla a ver experimentó una emoción fácil

de caracterizar. En uno de los paseos de Roma un día encontró a Agripina que acababa de levantarse del parto, más atractiva que nunca, y la contempló con unos ojos tan expresivos, tan hinchados, tan inyectados, (1) que causaron espanto a los que lo acompañaban. Augusto lo supo y cuidó de que Agripina jamás volviese a encontrarse con su yerno.

Pocas palabras dicen mucho: no fueron las lágrimas las que saltaron a los ojos de Tiberio a la vista de la compañera de su juventud; no demostró ni dolor ni pesar; sus ojos se hincharon, se tendieron, se inflamaron. Hablaban únicamente los sentidos: era el caballo que relinchaba ante la hembra.

La súbita pasión de Tiberio por Julia desde que le perteneció, es otra prueba del secreto ardor de su temperamento. Conoció a Julia; sus casamientos, sus hijos, sus amantes, sus orgías, su vida desenfrenada, y sin embargo, se rindió a los encantos de aquella criatura, tan diestra en el arte de seducir. Vivió con ella más de un año, no sólo en perfecta inteligencia, lo que era fácil, atendido que las mujeres galantes tienen el humor más amable, sino con mutuo amor ("mutuo amore") lo que no se comprende si no es por el ardor de los sentidos.

Julia tenía veintiocho años y estaba en todo el esplendor de su belleza: aquel a quien iba a fascinar por poco tiempo, había pasado una adolescencia y una juventud tristes, retiradas, sin escándalo, y no contaba treinta y un años, así es que pasada la hora de la sociedad, despreció a Julia tan implacablemente, como había sido débil contra sus seducciones. Nada dejó sin embargo percibir, no tenía derecho, y además era pre-

(1) "Oculis adeo, contentis ac tumentibus."

ciso estar bien con el terrible Augusto: pero cuando Julia dió a luz y perdió en Aquilea, un hijo que no vivió sino algunos meses, todo quedó terminado entre ellos. Tiberio, mesurado en público, la arrojó de su lecho, y en el interior de su casa vivió con ella como con una persona extraña.

Volvió a entregarse Julia a los desórdenes (1) Los mismos prostituidos le rodearon; Sempronio Graco continuaba siendo el preferido de sus amantes, al que excitaba contra Tiberio, escribiéndole cartas, con los colores más odiosos y más ridículos.

Todo lo soportó Tiberio, ocultando en el fondo de su alma la vergüenza y un eterno rencor. Lo que el virtuoso Agripa sufrió por temor al amo y por apoyo al poder, el débil Tiberio lo soportó a su vez, porque si el poder estaba lejos, a pesar de las promesas de Livia, Augusto estaba cerca, y todo temblaba en su presencia.

Tal fué Tiberio en su juventud y en su vida privada.

Qué síntomas amenazadores aparecen? ¿qué instintos culpables? ¿qué faltas, qué vicios declarados? Nada se ve en sus primeros treinta y cinco años, nada que anuncie una alma perversa, ni gusto por la sangre: nada deja percibir un malvado ni un tirano.

Era orgulloso y duro, todos sus antepasados lo habían sido; era sombrío, (su honor natural debía agravarse en la casa de Augusto); decíase que era dado al vino, (algunos excesos pasajeros le granjearon esa reputación, y su conducta no se resintió de ellos); amaba a las mujeres, pero hasta entonces a las que le pertene-

(1) Véase el cap. IV de Augusto, su familia y sus amigos.

cieron legítimamente: podrán señalársele otros defectos; pero ninguno dejaba entrever un monstruo, y si hubiese vivido bajo la replica, habría dependido de las circunstancias, que se hubieran inclinado el genio de los Claudios, hacia el bien o hacia el mal.

Pero vivió en tiempo de Augusto, cerca de él, en su intimidad, bajo un yugo más particular y más duro, y entonces comienzan sus deformidades morales: niño, fué víctima de los sarcasmos de un padrastro que lo odiaba; la aversión que resentía y que le era preciso ocultar, igualaba a la que inspiraba y que no se le disimulaba: adolescente, se le ve mirando lentamente por el veneno de la envidia en medio de las grandezas que toca, que su madre le enseña y que tal vez no le pertenecerán: los que amaba fueron cegados por la muerte, la mujer que amaba le fué arrancada de sus brazos por Augusto; su corazón estaba triturado como su voluntad; la turbación de sus sentidos, no le consolaba del oprobio que sobre él derramaba Julia: el más justo sentimiento debía abogar por él, y disimularlo cuidadosamente, porque era preciso que a la cobardía se uniese la hipocresía.

¡Cuántas pruebas, señores! ¡cuánta tortura todos los días! ¡cuán lenta la presión que poco a poco inclina una cabeza erguida, hacia la tierra y le hace tomar un pliegue indeleble! Agregad luego los consejos de Livia, su previsión fría, su maquiavelismo, su resolución de soportarlo todo por el porvenir; agregad el ejemplo de Augusto, su inmoralidad, su hipocresía, y las pérfidas lecciones del contacto diario de su política como de su vida privada, y confesad, que para resistir a tan larga corrupción, y para no envilecerse por tal servidumbre, era necesario una naturaleza superior a la ordinaria, una altivez natural, que no hubieran podido abatir 30 años de precauciones mal disfrazadas, por los favores arrancados por Livia.

Para enervar absolutamente el alma de Tiberio y conducirlo al grado de bajeza, que engendran los tiranos, es necesario una prueba suprema. Después de haber conocido la protección funesta del amo, conocerá sus rigores; después de haber gemido bajo el ala del poder absoluto, temblará lejos de él y se le aparecerá como un espectro terrible, y entonces el heredero de los Claudios, desaparecerá con los instintos altivos y el vigor republicano de su raza, y no quedará más que el digno heredero de Augusto.



III

EL DESTIERRO EN RODAS

ES sumamente difícil bosquejar la fisonomía moral de Tiberio, por el estado pasivo en que pasó la mayor parte de su vida. Una naturaleza activa, atrevida, emprendedora, libre en sus movimientos, se revela por una multitud de síntomas inherentes a sus actos; pero la condenada desde la infancia, tanto más estrecha cuanto mejor disimulada, bajo la sofocante sombra de un poder absoluto, y bajo la vigilancia de un déspota malevolente, permanece embozada, incierta, y si no impenetrable, a lo menos singularmente obscura para la posteridad.

Sin embargo, hemos podido descubrir en Tiberio, una inteligencia precoz, sumamente concentrada y tortuosa, un espíritu industrial, sin imaginación y por consecuencia sin expansión, un orgullo concentrado que envenenaba todos los días nuevas heridas, instintos bajos y sensuales contenidos por el temor en los límites de placeres legítimos, una sensibilidad taciturna, una

disimulación necesaria, afecciones raras, fencores re-concentrados, todo lo que revela el estado pasivo, todo lo que conviene a un extraño tolerado en la casa imperial y sometido al yugo inmediato de un protector. El mismo Agripa fundador del imperio, el salvador, el amigo, el yerno de Augusto, había estado sujeto a tan dura servidumbre ("durum servitum"). Pero para el niño al que no amaba, para el joven a quien atestiguaba su aversión, esa servidumbre era tanto más dura, más implacable, cuanto que era una venganza de amo, disfrazada bajo las apariencias más dulces, bajo la burla, bajo el sarcasmo, y principalmente bajo la afectación de una paternal vigilancia.

Tan tristemente educada esa alma, en que el bien nativo y el mal adquirido se asociaban en una proporción indeterminada, Tiberio fluctuaba entre el bien y el mal; los sucesos y los azares de la vida, decidirán si se inclinará hacia el genio del bien o al del mal, que sucesivamente solicitaron a todos los Claudios.

Cuando Tiberio, como todo joven patricio, tomó parte en los negocios públicos, había sido preparado por tres maestros; el primero y más poderoso fué Livia, que algunas veces se ha comparado a Catalina de Médicis, aunque muy superior a esta italiana, que sólo labró la ruina de su familia; Livia fué hábil para soportarlo todo, para fingir todo, para sacrificar todo al triunfo de su plan y de su raza. El segundo, el mismo Augusto, aunque sin saberlo, pero tanto más eficaz, cuanto que predicaba el ejemplo, y no podía ocultar a aquel con quien partía los secretos del hogar, esa política tan bien definida en la historia y a la cual Maquiavelo, otro italiano, debía dar su nombre. El tercero, Messala Corvino, orador, escritor, historiador, encargado especialmente en iniciarle en los negocios públicos, en la literatura y la elocuencia, no obtuvo un completo re-

sultado, porque hemos dicho que la conformación física de Tiberio, correspondía a su compleción moral, y el empaste de su boca, así como las trabas impuestas a su joven espíritu, fueron sin duda un obstáculo para su desarrollo en la oratoria. Habló, sin embargo, en las ocasiones que refiere la historia. Defendió ante Augusto al rey Arquelao, a los habitantes de Tralles y a los Tesalios; intercedió en el senado en favor de muchas ciudades del Asia menor, que habían sido casi destruidas por los temblores de tierra; pero no bastaba de fender; tanto bajo el imperio como bajo la república, era necesario atacar para darse a conocer. Escogió por su víctima (y en esto se reconocen los consejos de Livio) y acusó a Pano Cepion, implicado en la conspiración de Murena; y sin trabajo alguno le hizo condenar por el crimen de lesa majestad. Coincidencia funesta, porque Tiberio fué el primero que demostró a los romanos, cuando fué su amo, el alcance terrible e imprevisto de la ley de majestad (lex majestatis)."

Llenadas estas conveniencias, aun faltaba otra formalidad, la de dar al pueblo juegos y fiestas magníficas a fin de obtener sus sufragios; el emperador y Livia bastaban, es verdad, para procurarse votos, pero el placer y el reconocimiento ayudaban eficazmente al libre movimiento de las conciencias. Tiberio dió juegos que costearon su madre y su padraastro, y aun se pagaron 20,000 francos por cabeza a los gladiadores veteranos, que consintiesen en entrar a la arena.

Después de semejantes manifestaciones de patriotismo, había adquirido el derecho de alcanzar todos los honores. En efecto, a los dieciocho años Tiberio fué nombrado cuestor, estaba encargado de proveer a Roma ('annona') y de visitar las casas de corrección ('ergastula'), a donde se arrojaba a los viajeros detenidos en los caminos, a los refractarios que rehusaban

entirise a sus legiones, y los esclavos a quienes hacían castigar sus amos; sabido es como llenan estos deberes los jóvenes príncipes, o como los llenan otros en su lugar.

Tres años más tarde (733 de Roma) fué tribuno militar, e hizo sus primeras armas contra los Cántabros en España. Al año siguiente fué enviado por Augusto a la extremidad de Oriente a reponer a Tigranes sobre el trono de Armenia; pero el viaje era largo, y cuando Tiberio llegó, reinaba tranquilamente Tigranes, y se contentó con darle una especie de consagración, que la diplomacia hacía fácil, y al mismo tiempo los Parthos juzgaron oportuno devolverle las águilas de Craso, que hacía veinte años estaban en su poder, después de la derrota del rico y ávido triunviro. A la edad de veinte y seis años, Tiberio fué encargado del gobierno de las Galias, en las que solo permaneció un año, bastando este tiempo para que Nimes colonia imperial, que abrigaba una profunda gratitud a Agripa le tratase como yerno de éste a la vez que como a hijastro de Augusto, y se le erigiera estatuas y aunque eso era elevarse muy rápidamente, el entusiasmo calmó bien pronto.

Después con su hermano Druso, penetra Tiberio entre los Rethos y los Vindelicios rebelados y por "razias" semejantes a las que hicieron los franceses en Argelia, es decir, sorprendiendo al país, quemando las poblaciones y robando los ganados, sometió a aquellos pueblos, y en recompensa Livia le hizo nombrar cónsul a los veintinueve años de edad.

La muerte de Agripa, y su casamiento con Julia por la fuerza, hicieron a Tiberio si no más querido, a lo menos más necesario al Emperador. Tiberio se manejó como buen General en la guerra contra los Panonios y Germanos, y recibió como recompensa las insignias del triunfo, y el consulado por segunda vez; de manera

que a los treinta y cuatro años de edad era en el imperio el personaje más importante después de Augusto. Los consejos de Livia, y el partido que debía sacar aun de los sucesos más adversos, hicieron que el Emperador le delegase una de sus más preciosas prerrogativas, quiero hablar del "poder tribunicio," y no es inútil, señores, que os haga comprender la gravedad política de tal acto.

El tribunado era la magistratura popular, y en otro tiempo hacía inviolables a los defensores del pueblo. Augusto que era pontífice, emperador, cónsul y senador, al acumular sobre su cabeza todas las funciones de la República confiscada, había cuidado de no olvidar el tribunado. No se podía hacer elegir tribuno, porque no era plebeyo; pero había inventado el "poder tribunicio" que le fué prorrogado indefinidamente, haciendo su persona inviolable y sagrada, dándole el derecho de que nada se hiciese contra su voluntad, ya en el senado, ya en las asambleas populares.

Delegar a Tiberio por cinco años una parte de este poder tribunicio, era hacerle igualmente inviolable, y conceder a la ambiciosa Livia las prendas más lisonjeras y la confirmación de todas sus esperanzas. Tiberio tocaba el poder soberano tan de cerca, que el último paso parecía fácil y el triunfo seguro.

En este momento, señores, un inesperado golpe de teatro echó por tierra los proyectos de Livia, admirando al mundo y cambiando la vida de Tiberio. Repentinamente se supo que solicitaba entrar en la vida privada, que tenía necesidad de reposo, que estaba hastiado de los honores, y que quería partir. No se le creyó: tenía una salud de fierro, apenas había tocado esos mismos honores, y no contaba más que treinta y cinco años.

Su madre le hizo las más vivas instancias, y descen-

dió hasta las súplicas, porque sólo en él descansaban todos sus planes, era su instrumento sin que él mismo lo advirtiese, no su cómplice; pero sí el único instrumento que le quedaba cerca de Augusto. El Emperador después de haber mandado inútilmente, quejóse ante el senado manifestando su dolor y su indignación al verse abandonado, traicionado, por el que había escogido para ser una de las columnas del imperio, y sin embargo, sus quejas oficiales no tuvieron éxito.

Tiberio permaneció inflexible; se encerró en su casa, rehusó todo alimento durante cuatro días, demostró una tenacidad de que no se le creía capaz, y se vió que se dejaría morir primero, que quebrantar su voluntad. Era éste un rasgo frecuente del carácter romano en las épocas de decadencia; los ciudadanos que no sabían soportar ni las pruebas de la vida, ni el peligro de obrar como hombres libres, ni caer en la desgracia de un tirano, sabían morir con valor.

Preciso fué ceder; Tiberio tuvo la autorización que deseaba, dejó a Roma, a su mujer, a Druso, su hijo del primer lecho, y tomó el camino de Ostia, acompañado de unos cuantos amigos que le siguieron a su pesar, a quienes no habló una sola palabra durante el camino, embarcándose en seguida sin responder a sus preguntas ni a sus despedidas: con suma frialdad abrazó a uno o dos, apartó los ojos de todos, y la galera que le llevaba hizo fuerza de remos alejándose de la orilla.

¿Qué había sucedido, señores? ¿cuál es la explicación de este golpe teatral? Los romanos la han buscado y los historiadores han presentado muchas que no son más que el eco de rumores que entonces corrían. "Tiberio está harto de ultrajes" decían unos; otros: "Julia le deshonoró públicamente y no se atreve a repudiarla por miedo de Augusto, tampoco puede quejarse por

que es hija del Emperador, y encontrándose en tan odiosa situación, prefiere abandonar a Roma."

Hacia cuatro años que Tiberio soportaba lo que Agripa muy diferente a él, había él mismo soportado, y las razones que se daban por motivo de su conducta no eran ni determinantes ni subsidiarias. Los espíritus más profundos, los hombres más pensadores acostumbrados a buscar en el alma humana el antro de la ambición, decían: "Tiberio se hace el necesario: ha llegado a un punto muy alto y quiere ascender más todavía; sabe que cerca de Augusto tiene dos terribles rivales futuros, los hijos de Agripa. Lucio y Cayo, han sido ya nombrados Césares, o lo que es lo mismo, presuntos herederos de Augusto, y Tiberio, que no quiere que estos niños ejerzan ninguna influencia sobre su abuelo, forzará la mano de Augusto: se va como Agripa cuando se retiró a Mytilena, cediendo su lugar a Marcelo, para volver a los dos años más poderoso que nunca, adoptado por el emperador y heredero presunto del trono."

Tiberio era capaz de desempeñar tal papel; pero era bastante inteligente para comprender que la ausencia tiene sus peligros, que en una corte todo se reemplaza prontamente, que Cayo César, tenía catorce años, que era ambicioso, y estaba rodeado de ambiciosos. No, Tiberio se vió obligado a tomar tan desesperada resolución, por un móvil más activo, ciego, desesperado, por el miedo. Tuvo miedo y tras el espectro del miedo que desquicia o precipita las resoluciones, se dió lugar a los motivos secundarios que confirmaron su primera voluntad. Un corto relato de lo acaecido en Roma os hará penetrar en esa alma educada por Augusto para la servidumbre y la cobardía.

Los dos hijos de Julia, festejados, adulados, mimados, comenzaban a permitirse todo. Oleadas de cortesanos se agrupaban en su derredor, el pueblo, persuadi

do de que nunca le faltarían años, el pueblo imbécil, les aclamaba sin cesar, llamándoles "sus delicias." Su tierna edad hacía parecer sus caprichos encantadores, y todos se complacían en ver sus frescos rostros al lado de las rígidas figuras de Augusto, Tiberio y Livia. Cayo, como hemos dicho, contaba catorce años, y se embriagaba fácilmente con los aplausos que se le prodigaban en los circos, en las asambleas y en los paseos públicos. En el teatro un día pidió a gritos a los ciudadanos, que nombrasen cónsul a su hermano, y como aquellos habían adquirido el hábito de no rehusar nada en ese género a Augusto, encontraron la pretensión muy natural, y el Emperador se vió en mil aprietos para resistir a la exigencia del pueblo romano, y aun tuvo que ceder, prometiendo que Cayo sería cónsul a los dieciocho años, confirniéndole un sacerdocio y haciéndole ingresar al senado; pero no cedió sin resentimiento contra sus nietos, que desgarrando el velo, dejaron desnudas sus ficciones políticas, cubriendo de ridículo su artificioso sistema, asestando un golpe mortal a la omnipotencia del abuelo.

Livia participó de este resentimiento, y le envenenó; y desde luego sugirió a su marido de quitar con una mano lo que daba con la otra, secreto esencial del poder absoluto y celoso. Al mismo tiempo que los hijos de Agripa entraban en la carrera política de un modo ridículo, el hijo de Livia se acercaba a Augusto de una manera seria, confirniéndole el poder tribunicio. Ya comprenderéis, señores, la situación de Tiberio; veía la red, palpaba el peligro, y sabía que respecto de los nietos de Augusto, no era más que el contrapeso. Por otra parte, escuchaba en Roma el súbito murmullo de la multitud que adoraba a los jóvenes príncipes, veía el desbordamiento de los cortesanos que apresuraban con sus votos la aurora de un nuevo reinado; la conducta de los hijos de Agripa, mal educados, arrebatados y animados

por sus aduladores, y Tiberio que no tenía una alma generosa, que tal vez hubiera vivido en otro tiempo, sin estar sujeto más de veinte años a la sumisión y al temor, se sobrecogió de espanto, dudó de su madre, y vió las asechanzas, la venganza, el aumento del ascendiente de los nietos sobre un anciano, la probable traición de Augusto, la cólera del pueblo, el resentimiento sin escrúpulo de los ambiciosos y hasta el veneno. Cuando un hombre inteligente se encuentra en tal situación, adopta una resolución suprema, coloca en la balanza todos los motivos que deben preparar su resolución, y no es uno solo el que hace inclinar el platillo, si hay uno más poderoso que los otros, todos tienen su peso, y he aquí por qué los historiadores romanos al explicar de diversa manera la voluntad de Tiberio, han acertado en la verdad, engañándose al referirse a una sola causa y deteniéndose en ella.

Lo que domina todo es el miedo, tras él se agrupan el deseo de probar a Augusto que le era necesario, la esperanza de ser llamado por la falta de hombres que originaba el despotismo, la alegría de verse librado de la vergüenza de que le cubría Julia, y el placer de respirar lejos de Augusto. Pero que todas esas razones constituyesen un plan político, no pudo creerlo. El juego era muy incierto: Tiberio comprendía que estaba odiado, y veía claramente, guiado por el instinto de la propia conservación, por esa segunda vista que se llama terror, que tenía necesidad de huir.

Detiéndose sobre la costa de la Campania como si esperara que le llamasen, ahí circula el rumor de que Augusto estaba gravemente enfermo, ¿y si llegara a morir?... Tiberio con algunas legiones hubiera fácilmente dado razón de aquellos dos niños: pero la noticia es falsa, sus enemigos ríen y pretenden haber descubierto sus proyectos. Lánzase de nuevo al mar precipitadamente a pesar de la tempestad, a pesar de la perspectiva

va de una navegación peligrosa; porque ese hombre que carecía de valor civil, tenía el valor del soldado, y se confina al retiro que ha escogido en la extremidad del Mediterráneo oriental, cerca de las costas de la Caria, en la isla de Rodas.

Cuando al volver de la Armenia, en uno de los viajes de su juventud se detuvo en Rodas, le cautivó la dulzura de su clima y el encanto de sus campos que producían rosas tan bellas como las de Paestum. La ciudad era magnífica, Protógenes la había embellecido con sus obras, una célebre escuela de escultura la había llenado de mármoles maravillosos, el famoso coloso había sido derribado por un temblor de tierra; pero otras noventa y nueve estatuas del sol, colosales, aunque más pequeñas, estaban en pie todavía. Los pedagogos, y los gramáticos tenían establecidas escuelas que se alababan mucho, y Tiberio poco afecto a las artes, pero amante de la literatura se estableció en Rodas.

Detengámonos un instante, señores, y preguntémosnos lo que la posteridad habría pensado de Tiberio, si la tempestad que le arrebató a una isla lejana, hubiese sumergido la embarcación que le conducía, ¿hasta entonces qué crimen había cometido en el orden moral? ¿en el legal de qué atentado era responsable? ¿qué falta grave pudiera reprochársele si no era la debilidad que le tenía encadenado al implacable Augusto, y le hacía repudiar a su mujer en cinta para casarse con la despreciada hija del emperador? ¿qué acto de crueldad le había dado a conocer? ¿qué esclavo había torturado, a qué ciudadano había maltratado, qué violencia podían reprochársele, qué leyes había personal y voluntariamente infringido? La historia permanece muda, puede sospechar sus tendencias, censurar ciertos rasgos de su carácter y señalar algunos instintos alarmantes para el porvenir; pero según el freno, según las circunstancias, todo podía inclinarle hacia el bien como hacia el mal.

Si entonces Tiberio hubiera muerto a la edad de treinta y cinco años, habría dejado una memoria parecida a la de su hermano Druso, que se había dado a conocer como un valeroso soldado; como un buen General, como un ciudadano estrictamente honrado, superior a los demás porque echaba de menos la libertad, y se mostraba más altivo para con Augusto.

Si por el contrario, Tiberio hubiera vivido bajo la antigua república, no habría tenido necesidad de deterrarse, porque entonces no hubiera quedado expuesto a caprichos sin límites, a amenazas sin escrúpulo, a ambiciones que a todo se atrevían. Hubiera servido a su país por la vía recta, y si su fortuna se hubiera estrellado contra el escollo a menudo funesto para su raza; si hubiera debido alejarse por violencia o por orgullo, habría también podido proponerse por modelo ya a Coriolano volviendo sobre Roma a la cabeza de los Volscos, ya a Camilo esperando en Ardea la ocasión de hacer un servicio señalado a su patria; habría tenido ante él doble camino que la mitología colocaba ante Hércules al entrar en la carrera: habría tenido a su derecha y a su izquierda, al bueno y mal genio de los Claudios, que se había sucesivamente apoderado de sus antecesores. Bajo la dominación de Augusto, no podía tener ni la tentación de imitar a Camilo ni a Coriolano. Tiberio, que tenía poca imaginación, se contentó con copiar a su suegro Agripa, que como hemos dicho, se había retirado a Mitylena dos años, cediendo su puesto a Marcelo, habiendo sido recompensada su prudencia por una vuelta triunfal y la sucesión del mismo Marcelo.

Confesemos que lo que faltaba de inventivo al espíritu de Tiberio tenía de profundo y de penetrante: no debía ignorar cuán torpe es en política el papel de plagiarario. Los mismos medios triunfan en tiempos diversos, porque la necedad humana es la misma, y porque

los pueblos son siempre imbéciles; pero una generación no soporta dos veces la misma comedia, está advertida, se cansa y silba, porque la fortuna no sigue dos veces la misma pista. Tiberio no ignoraba que habría sido estrangulado entre las puertas que se abrieron a Agripa de par en par; sólo el temor pudo hacerle cometer tal falta, quien expiará pesando sobre el resto de su vida de una manera tan extraordinaria, como la educación de Augusto.

La historia del Imperio Romano, es la historia de una serie de personalidades. Un solo hombre conduce el universo durante uno o veinte años: del estado moral de ese hombre depende la felicidad o la desgracia del mundo; si es bueno, si es señor de sí mismo, la humanidad respira, y no teme más que a su ancianidad y a su sucesor; si es malo, si su inteligencia está pervertida, la humanidad atraviesa los días más sombríos y no espera más que la muerte. En el estudio de tal historia la psicología es importantísima. El alma cuya medida ha sido la de los destinos del universo, es preciso que la historia la sondée, que la explique, para comprender perfectamente los actos exteriores, que son la manifestación de sus enfermedades, o de su salud. Esto lo dijo un poeta de la corte, el mismo Horacio:

Quidquid "delirant" reges, plectuntur Archivi.

"Estudiar el reinado de cada tirano es analizar su lo cura."

Tácito, el gran pintor que ha colocado sobre el rostro de Tiberio sombras tan terribles, aumentó más bien que penetró su profundidad: por la magia del colorido le dió proporciones muy bellas pero no lo puso tan bajo como merecía, al lado de la mayor parte de los hombres, inferior a las gentes de corazón, al simple nivel de esos monstruos que tiemblan, al mismo tiempo que hacen temblar a los demás.

Ninguno se ha ocupado de analizar psicológicamente a Tiberio, durante su permanencia en Rodas (de los 35 a los 42 años), prolongada durante ocho años, en la edad de la madurez, que imprime a cada naturaleza un sello definitivo, permanecía ocioso, estéril, lleno de fastidio, de vicisitudes y de terror, que redujeron a aquel orgulloso sin grandeza, al estado moral más lamentable.

Todo fué bien durante los primeros días. Tiberio llegaba con el prestigio del imperio, era yerno de Augusto, hijo de Livia, estaba revestido del poder tribunicio, aureola política que ejercía sobre la imaginación de los Griegos, la misma influencia que el recuerdo reciente de Agripa. El recién llegado se estableció como simple particular con sus amigos Atico, Julio Marino y Lucilio; escogió una casa modesta, sin lujo, y se dejó ver como un príncipe sencillo. Gozaba de los placeres de la novedad, era libre, respiraba, olvidaba sus penas, cantaba las dulzuras de la vida y no le faltaban distracciones. Por lejos que estuviera Rodas, los vientos son indomables, los pilotos torpes y casi siempre embarcaciones que habían perdido su ruta, anclaban en los puertos de la isla: ya un procónsul que volvía del Asia, ya un magistrado que a ella iba, ya un tribuno militar que llevaba un mando a Oriente, ya centuriones que volvían con licencia, hablaban con Tiberio; y los atrevidos navegantes de la Grecia y de Egipto, afirmaban que solo habían prolongado su viaje para saludarle. Se hablaba de Roma, de los negocios públicos, de las continuas enfermedades del Emperador, de la incapacidad de sus nietos, de sus prematuros excesos, de las campañas de Tiberio, de las victorias pasadas y de las esperanzas venideras; todos los movimientos administrativos en Oriente se resolvieron a los pies de Tiberio, y nunca la isla se había visto visitada por tan gloriosos personajes. El retiro tenía sus compensaciones, y los

funcionarios trataban de probar a Tiberio, que eran capaces de fidelidad a la desgracia voluntaria o fingida, o próxima a convertirse en un triunfo más espléndido.

Aun tuvo un día de verdadera alegría cuando supo que Livia no teniendo ya que ver por el interés de un hijo ingrato, cediendo a un deseo de venganza largo tiempo contenido, había perdido a Julia. (1) Tiberio se manejó galantemente, escribió a Augusto no para implorar gracia en favor de una mujer a quien detestaba, sino para suplicarle le dejase los regalos que había recibido de su esposo. Pensaba hacer la corte a un afilido padre, y aprovechó esta ocasión para entrar en correspondencia con el emperador, sin comprender que el último lazo que a él le unía, se había roto por el destierro de Julia.

El respeto de los insulares a Tiberio, no disminuía aunque él afectase para ellos una perpetua igualdad. Tomaba parte en sus ejercicios en los gimnasios, frecuentaba sus escuelas, escuchaba a los maestros, aplaudía a los sofistas; y seguía los cursos, lo que era de moda bajo el imperio, como en todas las épocas de inacción política, y en que se tiene amordazada la elocuencia: pero señores, no os espante este ejemplo, no es sólo el papel de oyentes el que forma los Tiberio.

Un día le olvidó, y dejó ver la garra. Un sofista al que en una discusión no le quiso conceder la razón, se volvió contra su adversario llenándole de invectivas. Tiberio no dijo una palabra, salió y volviendo con algunos guardias le hizo llevar a la prisión en nombre del poder tribunicio. Cesaron de reír. En cambio, Tiberio se confundió en excusas e hizo ostentación de humildad, así con el más pequeño como con el más grande, con los enfermos y moribundos que la víspera ha-

(1) Véase Augusto, su familia y sus amigos.

bía declarado querer visitar, y a los que los magistrados de la isla habían hecho reunir brutalmente delante de su puerta. El equilibrio estaba restablecido con una precaria popularidad.

Tiberio languideció realmente estaba devorado por el fastidio, su oído estaba atento hacia lo que pasaba en Roma, pero las noticias eran más raras, las visitas menos frecuentes, y el quinto año en el momento en que espiraba el poder tribunicio que le hacía inviolable, el desterrado voluntario fué presa de una amarga inquietud.

Escribió a Augusto para confesarle, que no había tenido al dejar a Roma a su pesar, y contra la voluntad de su madre, otro objeto que ceder el puesto a Cayo y a Lucio, sus nietos, a los que podía hacer sombra, y que ya que estaban sólidamente establecidos en la segunda dignidad del Estado, suplicaba se le permitiese volver a ver a su familia, y a sus amigos.

La respuesta fué tan exacta como cruel. El Emperador le declaraba, "que permanecería en Rodas, y que no contase con ver más a los que tan voluntariamente había abandonado." (1) Ningún consuelo, ninguna esperanza, ninguna promesa. El poder tribunicio no se le había prorrogado, y Livia por el mismo correo, advertía a su hijo que para librarle del desprecio de los súbditos cuyo igual tenía que ser, con trabajo había obtenido en su favor, el título de teniente de Augusto, "le gatus Augusti."

Os parecerá, señores, a primera vista, que esta respuesta no tenía una inmensa gravedad; desengañáos, el cambio que se operó en la situación de Tiberio fué com-

(1) 'Etiam admonitus est dimitter et omnem curam suorum quos tam cupide reliquisset. (Suetonio. Vida de Tiberio, XL.)'

pleto, lleno de peligros, terrible. En un mundo constituido como lo estaba el romano, y tan acomodado al servilismo, que adoraba como a dioses a los que ejercían el poder, caer en desgracia era lo mismo que una condenación; desde que el soberano retiraba su mano protectora, el favorito era menos que un proscrito, pues mientras más elevado estaba, más profundo era el precipicio que se abría a sus pies.

Todo cambió en Rodas. Esos magistrados que habían rodeado a Tiberio de obsequiosas adulaciones, tornáronse en arrogantes, y ni aun firmaban las cartas que le dirigieron. El gramático Diódoro, cuyo curso público seguía todos los sábados, le rehusó una lección particular que solicitaba, respondiéndole que podía volver el sábado inmediato. Las miradas de los transeuntes eran malignas, una sonrisa de desprecio se dibujaba sobre sus labios. Tiberio se turbó, y ese sentimiento de temor que había contraído al lado de Augusto desde sus primeros años, aceleró los latidos de su corazón. Por fortuna, Cayo, el mayor de los jóvenes Césares llega de Oriente, y se detiene en Samos, donde se reúne su corte, Tiberio marcha en una galera para obtener su gracia, se torna en pretendiente, y vuela hacia las costas de la isla lejana; él, que en otro tiempo veía que tantos romanos se apresuraban a ir a Rodas.

Pero, ¡hay! Cayo le recibió de una manera glacial; el caballero romano Lollio, el hombre de confianza de Augusto y de Livia, el compañero, o como diríamos hoy, ayo del príncipe, le ha indispuerto contra Tiberio, porque es su enemigo, y ha jurado su pérdida. Parte Tiberio lleno de agonía, que no debía calmar una carta de Augusto que le esperaba en Rodas; pues en ella le reprochaba que tenía conversaciones equívocas con los centuriones, sus criaturas, que volvían a las legiones de Oriente, dejándoles entrever la posibilidad de una revo-

lución. ¡Qué respuesta dió entonces Tiberio, cuántas protestas, cuánto fuego, cuánta desesperación! pide vigilantes, guardianes, espías y agrega: "que se me vigile, que se recojan todas mis palabras, que se dé cuenta de todas mis acciones."

Al punto deja la ciudad, renuncia a sus paseos, a sus ejercicios, a todo placer que le aproxime a los hombres; acabaron para él el gimnasio, la caza y los caballos, deja la toga y adopta el traje griego, para perder hasta la apariencia de ciudadano romano. Se convierte en objeto de aversión para los isleños, que sabían lo que había pasado en Samos, y le evitan como a unapestado. El mismo, bajo la impresión de la carta de Augusto, huye las miradas, se retira al interior de la isla, se aparta de los puertos y de las playas accesibles, de temor de que le vea un centurión y excite nuevas sospechas. Mal conocía a sus contemporáneos; en lo sucesivo nadie lo visitó.

Su terror se aumenta sin cesar: llega a sus noticias que los habitantes de Nimes con su natural viveza ostentaron de una manera muy clara su hostilidad contra él. Las estatuas que tan apresuradamente le levantaron cuando apenas tenía veintiseis años, las echaron por tierra más pronto todavía, para complacer al hijo de Agripa. ¡Cuánto había de pesar más tarde su conducta a los hijos de Nimes, y qué ejército de estatuas debía reparar el desfallecimiento de su entusiasmo imprudente, a fuerza de prudencia! Tiberio ve en todo, el odio de Cayo, y sabe por último, que en un festín los amigos del príncipe se entregan a las más atroces burlas sobre el "desterrado de Rodas," y que uno de ellos se ofrece para cinglar desde luego hacia la isla y llevar la cabeza del proscrito.

Entonces se entrega Tiberio a una negra melancolía, y sufre torturas dignas de piedad: para él todo es ame-

naza, todo peligro; desconfía hasta de sus más íntimos amigos, huye a las selvas, se oculta en las montañas escarpadas, y busca las rocas inaccesibles que se encuentran a la orilla del mar. Un solo hombre, Thrasylo, se le acerca, un astrólogo, un charlatán, que trastorna su cabeza, por presagios lisonjeros, por decepciones más crueles, y por promesas futuras que redoblan las agnias presentes. Su razón parece abandonarle: "¡Un viaje! huyamos: ¡un pastor que nos observa! huyamos; una galera que hiende las olas! huyamos..... No. ¿qué traerá? ¿acaso la salud? ¿acaso la muerte? Viene de Italia, ¿traerá alguna carta? Viene del Asia, conducirá algún comisario de Lellio que deba volverse con mi cabeza?"

Este suplicio, o para mejor decir, este delirio, duró no dos días, ni dos meses, sino cerca de dos años, durante los que, Tiberio envidió el destino del más miserable de los humanos, y la muerte que se habría dado voluntariamente, si no se le hubiera dejado partir de Roma, la temía sin cesar y veía su espectro por todas partes. Conoció, al fin, señores, el peso de ese poder, del que pretendió ocultarse; se substrajo de la mano del Emperador, y éste le retiró su mano por simples represalias, y no era necesario más, para que un abismo se abriera entre él y sus semejantes.

Pero si no había cometido ningún crimen, si era inocente, si nadie le había condenado, si había una justicia y una policía, si tenía el derecho de vivir y de respirar que toda sociedad garantiza al último de sus miembros, si las leyes le protegen, los magistrados tomarán su defensa, y los ciudadanos volarán en su socorro, ¿por qué temer? No; las leyes callan cuando el Emperador habla, los magistrados se detienen cuando no abre los ojos, los buenos ciudadanos palidecen cuando amenaza. Donde no hay favor no hay ley. El infi-

nito poder de Dios se ha limitado él mismo por leyes generales que rigen el mundo durante la eternidad, y sin embargo, el poder absoluto del hombre sobre el hombre, no tiene valladar. El pajarillo que sufre el rigor de los elementos, tiene preparado un abrigo contra su violencia, los animales que entre ellos se devoran, cuentan con medios de defensa; la Providencia ha colocado siempre el remedio junto al mal; pero para aquel a quien ha abandonado el poder imperial, no hay ni protección ni remedio. En vano huye como el animal perseguido por una jauría, en vano se oculta en los antrós como una bestia ojeada por los cazadores; sabe que se le encontrará, que las miradas de todos están fijadas sobre él, que los brazos no esperan más que una señal, y que no puede contarse ya en el número de los vivos, porque el sol le ha retirado ya sus rayos.

¡Qué lección, señores, qué prueba! ¡Cuán fortalecida en esta lucha, cuán consagrada para siempre con el sello de una verdadera grandeza, habría sido una alma superior, valerosa, desinteresada, sostenida por convicciones firmes, animada por el sentimiento del bien y consolada por el patriotismo! ¡Qué inextinguible sed de libertad no hubiera llevado a Roma, qué tesoro de piedad para las víctimas del capricho de uno solo, y qué ternura tan inagotable para los proscritos!

Pero un espíritu que no poseía sino cualidades de segundo orden, cuya fuerza natural era el orgullo de raza, hacía veinte años que se había transformado en hipócrita y bajo, y debía al mismo tiempo quedar desfallecido, enervado, impotente, y frenético por ese régimen de voluntario terror. Tiberio volverá a Roma, para desdicha de la misma Roma, y no volverá como un hombre sino como un simple instrumento flexible por el miedo. La cobardía cívica se envolverá en el manto de la hipocresía, el recuerdo de los males pasados, no

se olvidará, y le inspirará el deseo de hacerlos sufrir a los que ante él palidezcan, el prolongado temor de una muerte violenta le convertirá en sanguinario, para poder exclamar con razón, con el preceptor de sus primeros años, Teodoro de Gaddara: "Es una alma amasada con lodo y sangre."

Y no era esto todo; debía ir a Roma para poner en espectáculo, esa cobardía que era su enfermedad dominante, el estado permanente de su alma.

Compendiaré el relato de su vuelta. Sus cartas estaban escritas con tal desesperación, que Livia o sintió algo de la ternura maternal, que las fieras tienen por sus cachorros, o creyó que Tiberio había llegado al punto de madurez que ella deseaba para la realización de sus planes. Augusto había puesto la suerte de Tiberio en la mano de Cayo César: este tuvo un desacuerdo en su confidente Lollio; y se aprovecharon de esta circunstancia para que volviera el desterrado. Esta ridícula intriga debía ser de consecuencias fatales para el género humano, pues fundaba definitivamente el imperio.

El perdón fué condicional, Tiberio no debía tomar absolutamente participio en los negocios públicos. ¡Dioses inmortales, cuán poco lo deseaba! Entró ocultándose a las miradas de todos, como hacía ocho años se había ocultado, y huyendo de sus enemigos, fué evitado con más cuidado por sus amigos, si algunos le quedaban. No se ocupaba más que de su hijo Druso que en tonces contaba catorce años; dirigió sus primeros estudios en el derecho y la elocuencia, le cedió su casa de las "Carenas," que para él a quien se reputaba sospechoso estaba muy cerca del Forum, y se retiró a los jardines de Mecenas, sobre el Esquilino a la extremidad de la ciudad, en un cuartel [casi desierto. Allí se dedicó a la literatura, y se rodeó de gramáticos y de

pedantes. La filosofía no podía comprometerle, la elocuencia tiene sus arrebatos y temía despertar hasta la menor sospecha; Tiberio concibió la pasión más violenta por las fábulas y los apólogos; se refan en Roma, pero Esopo era su Dios. Los gramáticos que reunía debían tener en las discusiones la mayor prudencia. El amo de la casa elegía el tema y les proponía cuestiones de este género: "¿Cómo se llamaba la madre de Hecuba?—¿Qué hombre llevaba Aquiles cuando vivía disfrazado entre las hijas de Lycomedes?—¿Qué versos cantaban las Sirenas?"

Este método de vida no podía causarle ningún mal; pero los peligros se encarnizaban sobre el infortunado Tiberio. Lucio, el más joven de los Césares muere en Marcella de un mal desconocido: Augusto estaba consornado; el pueblo gemía; se hablaba de veneno; se acusaba a Livia en voz baja y a su nombre se asociaba el de Tiberio. "¡Vamos, alma meticulosa, que te alienate la audacia, que el miedo sea tu inspiración y la hipocresía tu musa! Canta ese cándido lirio marchito en su tallo: escribe una elegía, que sea tierna, patriótica, que respire el más sincero dolor! Callará la calumnia, Augusto se enternecerá, y sólo se acusará a mi madre Livia." Y... el desgraciado escribió esa elegía sobre la muerte de Lucio y cuidó de hacerla circular.

He aquí, señores, a donde conduce la degradación moral; he aquí en lo que se convierte a la sombra del despotismo, un hombre que bajo un gobierno libre, hubiera sido digno, útil y honrado. El desprecio que tiene de sí mismo, supera al que abriga por los demás, cuando pretende levantarse por uno de esos golpes de la fortuna; que no se atrevía a esperar, y que aun temía, era demasiado tarde, él mismo se anonadaba, el silencio era su moral, la hipocresía su plan y su políti

ca. Había abdicado, no comprendía más que la obediencia pasiva, y como por tanto tiempo la soportara, estaba dispuesto a todo; un día será el señor de Roma, pero en el instante a que nos referimos, era menos que el último de los esclavos, menos que un esclavo: un instrumento sin pensamiento, sin gesticulación, sin habla, marcado con el indeleble sello del terror. El "desterrado de Rodas," explica muy bien el "desterrado de Caprea."



IV

LA ADOPCION

LA adopción de Tiberio y la ancianidad de Augusto comprenden un espacio de diez años, época curiosa, instructiva, llena de moralidades; es decir, de lecciones para los que subordinan los hechos a la moral. Es una larga comedia representada por tres actores de primer orden: Livia, artista consumada, superior a las conocidas, que se eleva sin esfuerzo hasta el drama y hasta la traición. Tiberio, humillado por su permanencia en Rodas, dispuesto a todo, resignado, indiferente, dócil como el esclavo del hogar. Augusto, en fin, el amo satisfecho y engañado, burlado y exigente, disimulado y descuidando del mañana, mezcla de sarcasmo, de ceguera voluntaria y de egoísmo.

Ciertos espíritus burlones pretenden que los soberanos, se proporcionan el placer de la comedia a costa de sus súbditos: confesad, señores, que es muy justo, cuando se presenta la ocasión, que los pueblos usen de las represalias, y se diviertan con la comedia, a costa de

ca. Había abdicado, no comprendía más que la obediencia pasiva, y como por tanto tiempo la soportara, estaba dispuesto a todo; un día será el señor de Roma, pero en el instante a que nos referimos, era menos que el último de los esclavos, menos que un esclavo: un instrumento sin pensamiento, sin gesticulación, sin habla, marcado con el indeleble sello del terror. El "desterrado de Rodas," explica muy bien el "desterrado de Caprea."



IV

LA ADOPCION

LA adopción de Tiberio y la ancianidad de Augusto comprenden un espacio de diez años, época curiosa, instructiva, llena de moralidades; es decir, de lecciones para los que subordinan los hechos a la moral. Es una larga comedia representada por tres actores de primer orden: Livia, artista consumada, superior a las conocidas, que se eleva sin esfuerzo hasta el drama y hasta la traición. Tiberio, humillado por su permanencia en Rodas, dispuesto a todo, resignado, indiferente, dócil como el esclavo del hogar. Augusto, en fin, el amo satisfecho y engañado, burlado y exigente, disimulado y descuidando del mañana, mezcla de sarcasmo, de ceguera voluntaria y de egoísmo.

Ciertos espíritus burlones pretenden que los soberanos, se proporcionan el placer de la comedia a costa de sus súbditos: confesad, señores, que es muy justo, cuando se presenta la ocasión, que los pueblos usen de las represalias, y se diviertan con la comedia, a costa de

los dueños del mundo, principalmente cuando se llaman Augusto, Tiberio y Livia. Los antiguos se vanagloriaban de penetrar los secretos de los dioses, nosotros procuraremos profundizar los del imperio.

Aparece en escena primeramente la encantadora y fría Livia, impenetrable como el destino, con los labios cerrados y el alma llena de audacia. ¿Qué ha hecho, qué trama ha urdido, durante el destierro del hijo ingrato, que había conducido hasta el dintel del poder supremo, y que desbarató sus planes por su fuga? Su cólera, cuidadosamente contenida, no ha dejado de producir sus frutos. Se ha vengado de Julia; la denunció, le arrancó la máscara, y la hizo deportar, sin temor de romper el último lazo que unía a Tiberio con Augusto: ha castigado al mismo Tiberio abandonándole a su miserable suerte, y permaneciendo sorda a sus gritos, por que su hijo tan exaltado y tan poco querido, no tenía precio sino como instrumento; porque no era más que la encarnación viril de la ambición de una mujer, y muerta la ambición había concluido para Livia. Entre tanto, los años transcurren, trayendo cada uno de ellos, si no el arrepentimiento, a lo menos algunas reflexiones. Augusto envejecía, contaba sesenta y tres años cumplidos y estaba cerca el sexagésimo cuarto, y su salud cada día más delicada estaba verdaderamente gastada. Si su médico hubiera redactado un diario de sus enfermedades, como lo hizo el de Luis XIV, los males del gran emperador hubieran formado una lista tan larga y tan poco edificante como la de los del gran Rey.

Basta para explicar las crecientes inquietudes de Livia, lo que la historia ha recogido sobre la salud de Augusto. Comenzaba a dormirse en la litera y aun en la calle, síntoma de apoplejía. Tenía tan débil el ojo izquierdo, que podía temerse que el vigilante del mundo se quedara ciego. Un herpes agudo le causaba comezo

nes tan vivas, que continuamente se le frotaba con un "strigilo." (1) En las manos tenía la gota, y para escribir se había hecho construir de cuerno una especie de vaina para los dedos, y padecía también de cálculos, otra forma de la gota. Cojeaba de la pierna izquierda, lo que no tenía nada de gracioso; y sufría de obstrucciones en el hígado, lo que era más grave. En una palabra, enfermedades diversas, periódicas y crónicas, con hinchazones del diafragma, fluceiones y otras varias, alarmaban sin cesar a los que le rodeaban. Los cuidados que ocupaban a un soberano tan absoluto como Augusto, su gusto tan desenfrenado por las mujeres, que en nada se diferenciaba de una completa prostitución, acabaron de gastar el servicio de su inteligencia y de sus sentidos y de sus fuerzas, que siempre fueron medianas. Este doble exceso que no es raro entre los que pueden permitirse todo, se paga de dos maneras; ya por la debilidad del cerebro, ya a costa del cuerpo. El dichoso Augusto conservaba la lucidez de su espíritu, y sólo estaba castigado con los padecimientos del cuerpo.

Y ¡cuántos cuidados le prodigaba la prudente Livia! ¡de cuántas precauciones, precauciones verdaderamente maternales le rodeaba! Le hacía frotar con aceite tibio, lavar con agua igualmente tibia bajo un pórtico a donde daba el sol; y como era demasiado nervioso para soportar un baño entero, le obligaba a mojarse alternativamente las manos y los pies, que no cesaba de agitar.

(1) Instrumento en forma de rescador, de bronce, plata u oro, con el que los gladiadores se quitaban del cuerpo la mezcla de aceite de olivos, con que se ungió el cuerpo antes de sus ejercicios, y el polvo y sudor que con el aceite se mezclaban.—N. T.

No por esto la naturaleza se desvió de su camino, y la debilidad de Augusto fué tal, que no pudo asistir más al senado, que se reunía en el templo de Apolo Palatino, a la distancia de unos cuantos pasos de la casa del Emperador, quien solo tenía que dar algunos y a travesar una pequeña plataforma, para encontrarse en medio de la asamblea. Llegó el día en que no pudo hacer ni ese esfuerzo; pero los padres conscriptos eran infinitamente condescendientes para con Augusto y eligieron de su seno veinte delegados, que se reunían en la pieza del Emperador alrededor de su lecho, en unión de sus nietos y de los cónsules, y las decisiones todas de aquel consejo, tenían fuerza de ley y regían en todo el imperio.

Por esto Augusto, en los últimos años de su vida, gobernaba el mundo desde su lecho. ¡Qué cosa tan admirable! ¡qué perfección de ruedas! ¡qué máquina tan sabia la de la administración romana! ¡cuán bien engranado y dispuesto estaba todo! ¡qué suaves ponía el aceite las articulaciones de ese prodigioso mecanismo! Un anciano impotente tiene, a la cabecera de su lecho, el destino de todos los hombres que habitan el mundo civilizado, que haga un gesto, que pronuncie una palabra y todo se moverá del uno al otro lado, hasta las más lejanas fronteras, los romanos estarán administrados, mandados, contenidos y sujetados. ¡Cuánta docilidad, cuánto cansancio, cuánto envilecimiento! Esto me hace pensar en esos buques de vapor que, navegando sobre un mar inmenso, son dirigidos por un capitán indolente, que sin dejar su hamaca, por medio de un conducto acústico, trasmite sus órdenes y le da la conveniente impulsión. La máquina funciona sin cesar de día y de noche, la embarcación voga, nada la detiene, ni el viento ni las olas; más hay un escollo que no ve el capitán encerrado en su camarote, escollo oculto, imprevisto, fatal, sobre el que puede estrellarse.

De ese peligro no tiene conciencia Augusto; más Livia lo prevee, teme por ella y vela. Livia tenía entonces sesenta y un años; pero gozaba de una completa salud, de toda su fuerza, de toda su energía que le conservaba la vida retirada y casta que había pasado en la casa del Palatino, y su ambición no estaba satisfecha todavía. Debía sobrevivir a Augusto, y muerto éste, ¿qué sería de ella? ¿qué suerte correría el imperio? ¿pasaría a manos de los dos Césares hijos de Agripa y de Julia? Eran muy niños; entregados al placer, corrompidos por los aduladores, enervados antes de tiempo, eran incapaces, y el imperio estaba comprometido, el imperio no estaba aun cimentado y al que hacía falta una consagración definitiva. Pero si esos niños eran capaces, la comprometida era Livia, estaba perdida, porque los hijos de Julia llamarían a su madre. Julia reinaría y su rival iría a ocupar su lugar en el destierro. ¡Qué alternativa! y el peligro se aproximaba, era inminente. ¡Oh! ese Tiberio, ese cobarde! si no hubiera destruído mis planes, estaría a mi lado y muy cerca del trono. ¿Qué hace en Rodas? ¿Qué ha sido de él entre esos griegos cuyo traje ha adoptado? ¿Cuál será el estado de su alma, valdrá algo todavía? ¿qué partido podrá sacarse de él? Veamos sus cartas. — Veámosle a él mismo. — Que vuelva, es preciso. — Por fin, ¡ya volvió! ¡hele aquí!

Si un observador espaz de penetrar las almas, hubiera asistido a la primera entrevista entre la madre y el hijo, después de ocho años de separación, habría hecho el estudio más dramático, a través de las reticencias, el disimulo y las mentiras de estos dos seres, tan semejantes entre sí y tan distantes el uno del otro. Entre ellos jamás hubo ni ternura ni expansión. Livia, complaciente con Augusto, afable para todos, dulce para con los que necesitaba, era severa para ella misma y mucho más para su hijo. Tiberio, por su parte, siem-

pre melancólico, volvía del destierro más taciturno e irritado contra su madre que siempre le había inspirado aversión, cuyo recuerdo nos han transmitido los historiadores, y nutriendo contra ella también la más legítima desconfianza. Las madres ambiciosas, señores, no se preguntan a sí mismas, cómo podrán sus hijos juzgar su egoísmo, pues comprenden que al acariciarlos, acarician sus proyectos, que al besarlos, besan su ambición en carne y hueso, que al estrecharlos con pasión entre sus brazos, estrechan sus sueños, sus quimeras y sus triunfos.

Tiberio conoció muy temprano la desgracia, para conservar alguna ilusión por su madre; pero los sentimientos y el cariño de su hijo, no podía tenerlos en cuenta una alma como la de Livia. Estaba dominada por otras preocupaciones; ve entrar a Tiberio, y de una simple mirada, esta mujer acostumbrada a penetrar lo todo, lo mismo los secretos de Estado que las conciencias, adivina la verdad. Reconoce bajo una fisonomía tranquila y una buena salud, una palidez secreta, algo de enervado, que revela la debilidad interior: la inteligencia está intacta, pero el alma desgarrada; la máquina está perfecta, más suave que antes; pero el resorte está roto. Y sin embargo, es cuanto pide Livia: "El cuerpo está bueno, yo seré el alma; subsiste la inteligencia, yo la pondré en juego; la máquina es excelente, yo seré el motor." Y supongo, señores, que al despedirse de su hijo después de una conversación que nadie descubrirá, una ligera sonrisa vagó por sus labios; luz interior que iluminaba las profundidades más ocultas, luz profética que le hacía ver el camino, aunque fuera a través del crimen. Los antiguos nos hablan de una hábil obrera, que la mitología ha consagrado con el nombre de Aracné, que transformada en insecto, teje sus telas, y tiende asiduamente sus redes. En vano las despedaza el tiempo; en vano las desgarran el pájaro

con la extremidad de su ala; en la mañana, al despertar la aurora, la tela está reconstruida, más sólida, mejor anudada, mejor suspendida. ¿Qué importa que las perlas del rocío se condensan en ella, ni que los rayos del sol del levante, depositen sobre la superficie sus reflejos de púrpura y esmeralda? ¿Qué importa que la maga que pasa agregue a esos colores múltiples una idea de sangre y de veneno? El crimen no existe para ciertas almas, para ellas se llama "necesidad." Cuando se medita en la conquista del mundo, las cabezas que haya que segar, no inspiran más emoción ni remordimiento que los moscones que se agitan espirantes sobre la tela de Aracné. Así se explica la inalterable persistencia y la criminal serenidad de Livia.

Para los que estudian a Tiberio, la cuestión interesante es ésta: ¿fué el cómplice de su madre? ¿conspiró contra los vástagos de Augusto?

En cuanto a mí, estoy convencido que Tiberio no fué cómplice, por tres razones: Primera, porque era inútil que lo fuese; una mujer como Livia se bastaba a sí misma, tenía sus criaturas en todo el imperio y en todos sus palacios, y le bastaba decir una palabra o anunciar un deseo para que se hiciera lo que juzgaba oportuno. Segunda, porque estaba incierto, pues Tiberio desterrado, tolerado por piedad en Roma, sin amigos, sin poder, oculto en un barrio lejano; no podía prestarle socorro alguno. Tercera y última, porque era peligroso, pues Livia había leído en el alma de su hijo, a qué grado de bajeza le había reducido el infortunio. ¿Quién sabe si en un exceso de terror hubiera traicionado involuntariamente a su madre? ¿quién sabe si para salvarse, se habría convertido en su delator?

No; Tiberio no estuvo iniciado en los crímenes de Livia, que era muy superior a él para comprometerle y muy prudente para dejarse comprometer por él. Livia lo hacía todo por ella y por él, e ignorándolo él mismo:

le estaba trazado el papel de hijo, se le empujaba por determinados medios, y él espera, calla, juzga y se aprovecha.

En efecto, señores, comparad las fechas. El año 755 de Roma, o sea el 11 de la era cristiana, vuelve Tiberio a Roma; el mes de Agosto del mismo año, Lucio César muere en Marsella, de un mal sin gravedad, desconocido, pero que le arrebató; y el siguiente, el año III de la cristiandad, Cayo César, su hermano mayor, que a penas contaba 21 abriles, es herido en Asia por una flecha. La herida es ligera, los soldados las sufren todos los días, el arma no estaba envenenada, y sin embargo, Cayo languidece, un mal desconocido le invade y muere antes de la primavera del año siguiente, el 24 de febrero del año IV de nuestra época.

La coincidencia entre la vuelta de Tiberio a la muerte de los dos príncipes en la flor de su juventud, los romanos la explicaron, designaron a los envenenadores, no por un grito (porque en tiempo de Augusto no se gritaba), sino por un murmullo universal. Estas sospechas están registradas por los más graves historiadores, por Tácito en sus "Anales" (Libro I, 3), por Dion Casio (Libro LV, II), y por un naturalismo, por Plinio, cuyo testimonio tiene tanto más peso cuanto que en lo menos que se ocupaba era en la política. (Hist. nat. VII, 46.)

Paréceme, señores, que nuestra comedia se convierte en drama, y que a pesar nuestro, nos dejamos arrebatados por serias reflexiones, y hacemos mal porque todo pasa en familia. ¿Deberemos indignarnos más que el "divino" Augusto? El "divino" Augusto, de avanzada edad, era más débil que anciano; pero tenía una compleción moral tan feliz, que todo se le deslizaba. ¿Sería por ese simple sentimiento de indiferencia que procura la sucesión de los hechos, acumulados durante una larga vida? ¿o el egoísmo natural en un hombre, para

quien nada eran los demás, o tal vez la siempre creciente influencia de Livia? Porque Livia le presentaba las cosas bajo tan dulce aspecto, tan verosímil, tan encantador, que se consolaba antes de sufrir el dolor. Esos jóvenes príncipes habían comprometido el imperio, carecían de vigor, de cualidades morales, habían sido frívolos, disipados y juguete del primer aventurero o del último favorito, y la gran obra en que Augusto y Livia habían trabajado, el monumento que habían levantado y que se lisonjearan sería más durable que el acero, habría perecido entre manos indignas. Antes que el bien de la familia, está el del público, antes del dolor particular, la razón de Estado, y como la familia de Augusto contaba aún algunos vástagos, el bien público comenzaba a sobreponerse, y la razón de Estado a triunfar, pues recordaréis que el tercer hijo de Agripa y de Julia, Agripa Postumo, fué al punto deportado como a su vez lo fué la segunda Julia, salvándose únicamente Agripina, nieta de Augusto, porque habiéndose casado con Germánico, nieto de Livia, había pasádose al campo de sus enemigos.

Así fué como se desarrollaron dos planes, uno al lado del otro y más tarde uno contra otro llegando el de Augusto y el de Livia a su solución. Augusto quería fundar la grandeza eterna de su raza; Livia, extraña y madrastra, ayudada por el destino y muchas veces su pléndolo por el crimen, hizo desaparecer toda la raza de Augusto, y él mismo acabó por suprimir civilmente a los que no habían perecido, y no habían sido sepultados por sus propias manos en su magnífico mausoleo, de suerte que Tiberio Nero, ese débil defensor del partido de Antonio, cuando cedió su mujer en ciata a Augusto, dió al hogar imperial una furia que debía devastarlo, no una furia con enroscada serpiente en la cabeza y un rostro terrible y amenazador, sino una furia bella, como el arte antiguo en la época del refinamiento.

to, como los grabados de los camafeos, por ejemplo, sabían representar a Medusa, virgen igual a Venus, de facciones puras, boca sonriente, ondulosos cabellos como las ondas de una mar tranquila, alas delicadamente ajustadas en la parte superior de la oreja, ojos de una limpidez implacable, y un encanto al que nadie podía resistir.

Volvamos al tono de la comedia: usemos del género familiar y estudiemos algo de historia natural. No es de buen gusto, pero grandes autoridades y entre ellas la primera, la Biblia, nos representa a Nabucodonosor cambiado en bestia y paciendó la yerba: vienen en seguida los fabulistas que cuando quieren hacen hablar a los reyes y grandes de la tierra, los substituyen con animales, (y el mismo Tiberio era afectísimo a las fábulas y juraba a menudo por Esopo), y la historia natural nos enseña que la hembra de cierto pájaro pone un huevo cada primavera, sólo uno, en el nido de otro pájaro de más pequeña especie. Este relato que es la admiración y la dicha de nuestra niñez, es una de nuestras primeras revelaciones científicas; pero nunca se piensa en el padre de esta cría aumentada, sino después de algunas semanas, cuando sus fuerzas están agotadas para nutrir al extranjero a quien ha hecho nacer. El intruso pronto crece y se desarrolla, en medio de sus hermanos más pequeños y débiles que él: empuja a la derecha y cae un chicuelo, se mueve a la izquierda y derriba otro, de manera que la cría muere al pie de un árbol, de hambre y de frío, mientras que el hijo único prospera, lo llena y absorbe todo; pero cuando le crecen las plumas, cuál será la impresión del padre adoptivo, cuando observa que aquel enorme monstruo no tiene nada de su raza, que no lo ha escogido, que le ha soportado, que ha eliminado a los suyos, y que se le presenta como un objeto de horror, Tales debieron ser los sentimientos de Augusto, al encontrarse en presen-

cia del hijo de Tiberio Nero, que no era nada suyo, que desde su infancia le había inspirado la aversión más profunda, que le repugnaba tanto por su espíritu como por su figura, que había relegado a sus fronteras o a una isla lejana durante casi toda su vida, y que sin embargo quedaba sólo a su lado reemplazando a toda su familia, a quien se veía obligado a adoptar, a considerar, a acariciar por necesidad, por la absoluta carencia de hombres de Estado, de Generales, de administradores, es decir, del inevitable vacío que a su derredor había criado el poder absoluto.

Aquí es donde comienza la verdadera comedia, señores, porque es preciso que no tomemos a Augusto por ese anciano fácil del teatro moderno, a quien se engaña y no se apercibe de ello. Tiberio debía pagar caro la amistad de Augusto, y para ello estaba preparado. No me refiero a los cortesanos, a esos pobres cortesanos, cuyo estado os figuraréis, cuando Tiberio el apestado, el desterrado de Rodas, cuya cabeza hubieran todos a porfía querido arrojar sobre la mesa del alegre Cayo, fué repentinamente nombrado César, revestido del poder tribunicio, adoptado por el emperador, llamado al gobierno de las provincias y destinado al mando de los ejércitos. Os dejó el cuidado de bosquejar el cuadro de esa evolución general, que un coro de Aristófares, no habría nunca ejecutado con tal presteza; vuestra experiencia encontrará por todas partes elementos y modelos, y sólo os pido alguna indulgencia para los desgraciados habitantes de Nimes, nuestros antecesores, que con tanta imprudencia habían echado por tierra las estatuas y que hubieran querido volver a levantar en las uñas para hacerlo con más prontitud. ¡Ay! Tiberio había subido nuevamente al pináculo, antes que las estatuas se hubieran colocado de nuevo sobre sus pedestales.

Y ¿cuál fué la actitud de Tiberio ante tan imprevi-

ta grandeza? ¿con qué rostro aceptó su próspera fortuna? ¿estaba alegre? ¿perdió su habitual ceño? ¿concibió una afición filial y súbita por el anciano que le adoptó, y que se convertía en su padre según la ley? Niño aún, se le llamaba el "viejecito," ¿al fin de su madurez hará el papel de hijo sumiso y respetuoso. Sí, en verdad; pero con un estoicismo sin placer, y una desconfianza mezclada de terror, porque la experiencia de lo pasado estaba delante de sus ojos como una continua amenaza. Abandona el Esquilino para entrar al Senado y a la casa del Palatino, con la misma indiferencia de que hizo alarde al partir de Rodas, y cuando de allí volvió ¿creció su orgullo? nadie lo vió; ¿oculta algunos rencores? más tarde se comprenderá; ¿atestiguaba a los hombres el desprecio que merecían? calló, nada decía, y obraba. Y nadie se ha atrevido a decir que deseaba el poder que tan de improviso alcanzó por el crimen de su madre, porque sabía que la servidumbre de Augusto era la más dura e inflexible de las servidumbres. Sus sentimientos fueron impenetrables, por que la disimulación era su refugio y la hipocresía su salud, y sólo dejó ver una gran energía exterior y la resolución de profesar para con Augusto una obediencia pasiva. Esa obediencia pasiva, es, señores, la mejor explicación de sus actos posteriores; se mostró débil, exacto y tan cándidamente sumiso como un joven de quince años; no quiso usar de ningún derecho, hacer ninguna donación; ni emancipar ningún esclavo sin la autorización de Augusto. Si un "nuevo" amigo le mencionaba en su testamento, aceptaba el legado sólo a título de "peculio" (tal era el nombre que se daba a las economías de un esclavo); de modo que el descendiente de la orgullosa familia Claudia, se colocó en la dependencia legal y sufrió la adopción con humildad: en todas circunstancias hizo ver a Augusto, no una ternura que su fisonomía austera y poco móvil no logra-

ba fingir, sino una abdicación filial y una complacencia servil.

Al mismo tiempo fué el más activo, el más útil y el más celoso de los servidores; era infatigable y su cuerpo parecía de fierro. Agripa, ese tipo del funcionario imperial, fué su modelo; si carecía de sus grandes cualidades, tenía mayor resistencia para el servicio de Augusto: volaba de roma a las fronteras y de las fronteras a Roma, ni discutía ni hablaba, porque aprendió en Oriente la fórmula consagrada que es un principio para los potentados asiáticos: "Oír es obedecer." La actividad fué para él la única compensación de su abatimiento: llenaba su vida, se convirtió en una necesidad, y le apartaba por el alejamiento y los viajes, del contacto más duro y más inmediato al yugo.

Inútil es referir sus campañas contra los Germanos, su expedición a Elba, la guerra con los Marcomanos, la sumisión de los Panonios y de los Dalmatas: según su propio testimonio, recogido por Tácito, "nueve" veces hizo el viaje de Roma al Rhin. Después de la derrota de Varus, volvió para levantar la moral del ejército, contener a los vencedores, y restablecer la disciplina entre los vecinos, y entonces también, cuando por primera vez, y por un nuevo acto de humildad o por desconfianza, formó un consejo de guerra, sin el cual no tomaba ni ejecutaba ninguna resolución. Tanta modestia encantaba a Augusto y le tranquilizaba, así es que a su vuelta, pudo Tiberio celebrar el triunfo que le había sido concedido por el Emperador, y que había retardado el desastre de Vanes.

Montado sobre un carro magnífico a la cabeza de sus soldados, llegó a la puerta triunfal donde lo esperaba su padre, sentado con el senado entero. Tiberio, que tenía entonces cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años, descendió del carro ante Augusto y abrazó sus rodillas como si fueran las de una divinidad. El Empera-

dor se conmovió hasta el fondo de su alma de una señal tan pública de envilecimiento, y Livia que sin duda la aconsejó, hizo immortalizar su recuerdo por un monumento que ha llegado hasta nosotros. Es un camafeo que por su tamaño material, es el segundo entre los conocidos, y su asunto es el triunfo de Tiberio.

Cómo llegó este objeto precioso a las manos de los caballeros de San Juan de Jerusalén, se ignora; pero ellos lo regalaron a Felipe el Hermoso, que a su vez lo dió a los religiosos de la comunidad de Poissy. En las guerras de religión, Poissy fué saqueado y el camafeo desapareció. Más tarde fué vendido por un mercader a Rodolfo II en doce mil escudos de oro (350 000 francos). Así quedó ese camafeo en el museo de Viena; es más pequeño que el de la Santa Capilla, tiene 19 centímetros de altura sobre 23 de anchura; es una sardónica de dos capas.

El artista que la talló la dividió en dos zonas, la superior más considerable, representa a Augusto sentado sobre un trono, con el dorso desnudo como Júpiter, y el manto sobre las rodillas: tiene en la mano derecha el bastón augural, símbolo del gran pontificado, y en la izquierda el cetro. Abajo de su asiento está el águila, imagen de la omnipotencia, y a la que se llama reina de las aves, sin duda porque a todas indistintamente las devora; sobre su cabeza, en un círculo, brilla el signo de "Capricornio" bajo el cual nació. A la edad de dieciocho años, cuando hacía sus estudios con Agripa en Apolonia, quedó sorprendido del horóscopo que hizo el astrólogo Diógenes, que desde que descubrió la posición del astro que presidió su nacimiento, se arrojó a sus pies adorándolo como a un dios. Después de Augusto, la diosa Roma (Roma personificada) se reconoce por su casco, está sentada y huella con los pies armas y escudos, detrás del trono Neptuno y Cibeles

coronan a Augusto, igualmente victorioso en tierra y mar.

Delante del grupo descrito se ve un carro, cuyos caballos detiene una Victoria alada: del carro descende un personaje cuya figura aunque modelada sobre muy pequeña escala, manifiesta un sentimiento de veneración, de terror religioso, es Tiberio que contempla a Augusto con un temor respetuoso, Tiberio que descende de su carro para arrojarse a los pies de Augusto. En la zona inferior están sentados cautivos bárbaros, inclinados y con las manos atadas, mientras que los soldados romanos levantan un trofeo.

Tal es el memorable camafeo que se encuentra en Viena: y que recuerda una de las escenas más dulces y agradables de la ancianidad de Augusto, cuando vió a Tiberio, cuyo carácter sombrío y triste orgullo había odiado siempre, humillarse en el momento del triunfo, y renunciar su gloria, para colocarla a sus pies. Si Livia no hizo grabar este monumento, ella dió sin duda la idea, y debe suponerse que ella es la que está colocada detrás de la escena.

A los ojos de los cortesanos, las conveniencias oficiales se habían llenado debidamente. No podía imaginar se un padre más feliz, ni un hijo más sumiso; pero los romanos sabían que estas bellas demostraciones no eran más que un juego. Vosotros mismos, señores, ¿creéis que dos hombres tales como Augusto al terminar su carrera y Tiberio en su madurez, hubieran concebido tan súbito cariño el uno por el otro, olvidando la aversión secreta que había llenado toda su vida? Que Augusto por interés, por egoísmo y por la influencia de Livia, hubiese considerado a Tiberio, cuando lo necesitaba; que lo aceptara cuando no le quedaba otro a quien elegir, son prácticas ordinarias de la política; que Tiberio no hubiera tenido para con Augusto y bajo la inspiración de Livia, más que una obediencia pasiva, un celo

de funcionario, que fuera silencioso, respetuoso, servil, siempre pronto, siempre en acción, tanto más satisfecho cuanto más lejos estaba de Roma y de Augusto. También se concibe fácilmente; pero la ternura hipócrita de estas dos naturalezas repulsivas, no eran más que un velo, con que no se ha engañado a la posteridad, y del que tienen derecho de reír las gentes honradas.

Y de esto poseemos documentos y pruebas; los hechos tienen su elocuencia, y la historia es indiscreta algunas veces. Los archivos imperiales del Palatino, no han desaparecido del todo, algunos restos han llegado hasta nosotros.

Tiberio durante su larga expedición escribía a Augusto, y éste le contestaba. Se conservan muchos fragmentos de tales cartas. Tiberio tuvo ese mismo cuidado, porque esas cartas las más afectuosas, las más exigentes, las más lisonjeras para Tiberio, debían confundir a los que se atrevían a manifestar que reinaba contra la voluntad de Augusto ("invito Augusto") y por solo la influencia de Livia. Esas cartas eran difíciles de descifrar: Augusto no separaba las palabras; cuando llegaba al fin de una línea sin que la palabra estuviera completa, en vez de continuarla en la línea siguiente, escribía arriba o abajo de las primeras sílabas, las que le faltaban para terminar la dicción. Tampoco usaba de ortografía, pues era de la opinión de aquellos que aseguran que debe escribirse como se pronuncia. (1) Olvidaba las sílabas, ponía "simus" por "sumus,"

(1) *Ortographiam, id est formulam rationemque scribendi a grammaticis institutam, non adeo custodit, sed videtur eorum sequi potius opinionem qui perinde scribendum ac loquimur existimant.* (Suetonio, XXXVIII).

"domus" por "domas," lo que no impidió que destituyera un personaje consular como ignorante y grosero porque había escrito "ixi" por "ipsi."

Se observa no sin alguna admiración, que Augusto no habla a Tiberio más que de cosas frívolas, de placeres seniles, de su salud y de su ternura. ¿Era debilidad, prudencia o incuria? Ni una palabra de negocios; ni un consejo; parecía tan indiferente a lo que pasaba sobre el Rhin o sobre el Elba, como quería que Tiberio estuviese ignorante de lo que pasaba en Roma. Verdad es, que Augusto amaba mucho la tranquilidad, que era incapaz de sostener una fatiga por delicadeza de constitución, y de conducir los ejércitos por insuficiencia de genio, que cifra su gloria en cerrar el templo de Jano, aunque el imperio no hubiese sido más que una serie de guerras renovadas sin cesar; que no había expediciones desde que tenía treinta y nueve años, habiendo caído enfermo la víspera de atacar a los Cántabros, permaneciendo sobre las armas todos sus generales, y que, en una palabra, era el héroe de la paz; pero a lo menos tenía el buen sentido de no enviar planes a sus lugartenientes, de no embarazarles con órdenes, y contraórdenes, y de no echarla de estratégico a distancia y por apoderados. Encontraba más dulce y menos comprometedor contar sus pérdidas en el juego, sus proezas en la pelota, su constancia en pescar con caña, sus partidos de dados y aun de nueces con los niños, que lo creaban por su lindo rostro y charla infantil, prefiriendo a los pequeños Sirics y Moros, a los que hacía buscar a cualquier precio.

He aquí el primer fragmento de una carta:

"He cenado, Tiberio mío, con las mismas personas: Vicinio y Silvio el padre, se unieron a mis convidados. Hemos jugado ayer y hoy, con una pasión de viejos. A cada golpe de dado, el que sacaba el perro (el as)

“o el seis, pagaba un dinero: el golpe de Venus pagaba todo.”

Otro fragmento: “Hemos pasado, Tiberio mío (“mi Tiberi”), con mucho placer las fiestas Quincuatrias. Hemos jugado días enteros y calentado el foro aleatorio. Tu hermano daba fuertes gritos aunque al fin perdió poco, reparando gradualmente sus fuertes pérdidas del principio. Yo perdí veinte mil sextercios, por haber sido generoso hasta el exceso, porque habría ganado cincuenta mil, si me hubiera hecho pagar exactamente, o no hubiese dado a unos y otros; pero esto vale más, porque mis bondades me elevarán hasta las nubes.”

Una tercera carta contiene cumplimientos exagerados e irónicos: “Adiós dulcísimo Tiberio (“jucundissime”). Se feliz en tus empresas, tú que tanto eres mi jefe, como el jefe de tus soldados, por mi fortuna eres el más querido, el más valiente y el más sabio de mis generales.”

“.. ¿Y tus cuarteles de estío? Creo Tiberio, que nadie se habría manejado como tú en medio de tantas dificultades y con tropas tan indolentes. Los mismos que te han acompañado confiesan que es necesario aplicarte este verso de Enio.”

“Unus homo “vigilando” restituit rem.”

Algunas veces habla de la salud: “No hay judío, mi querido Tiberio, q’ ayune más rigurosamente el día del sábado, como lo he hecho yo hoy, pues hasta después de la primera hora de la noche y en el baño he tomado dos bocados (“duas buceas”), antes de que me perfumaran.”

Pero emplea los giros más hiperbólicos para hablar de la salud de Tiberio: “Cuando se me presenta un negocio que exija la atención, o cuando tengo un disgus-

to, echo de menos a mi Tiberio y pienso en estos versos de Homero:

“Con semejante compañero saldríamos ilesos
“Hasta de una hoguera, gracias a su prudencia.”

“Si llega a mi noticia que te debilitas por el exceso de trabajo, que los dioses me condenen si no se estre-
“mece todo mi cuerpo, Cuidate, te lo suplico, yo y tu madre entregaríamos el alma, y el pueblo romano tem-
“blaría por la salud del imperio. Mi salud es nada, la tuya es la importante, Ruego a los dioses te conser-
“ven para nosotros, y que si aman al pueblo romano, velen sobre ti, ahora y siempre.”

Ya sabéis, señores, cómo escucharon los dioses esos votos y cómo amaron al pueblo romano; pero, no es cierto que cualquiera se engaña, por la ironía afectuosa y la candorosa sencillez de esas cartas? Diríase que son de dos honrados corazones unidos desde la infancia por la amistad más tierna, y es preciso hacer un esfuerzo, para concebir que fué el terrible Augusto el que así hablaba al terrible Tiberio. Eran dos admirables actores, dos grandes hipócritas que tenían necesidad el uno del otro. Cada vez que leo los pequeños fragmentos que he citado, me recuerdan, a pesar de la gravedad de los personajes, una comedia alemana de Kotzebue, intitulada “Las farsas de un paje (Pangestreiche)” Un gentil hombre que tiene miedo a los aparecidos, pasa la noche en su sillón después de haber persuadido a un criado que se llama Stiefel, que debe velar con él, en otro sillón al lado de la chimenea; pero el criado se duerme a cada paso, y cada vez que un crujido de la madera asusta al gentil-hombre, tiende su bastón y deja caer afectuosamente el pesado puño de oro, sobre el dormido: “Stiefel, mi buen Stiefel, mi querido Stiefel.” De la misma manera, Augusto, que no tiene más que al hijo de Li-

via, para ayudarle a sostener el peso del imperio, bajo el cual vacilan sus envejecidas manos, le dice: "Tiberio mío, mi dulce Tiberio, mi queridísimo Tiberio" ("ju cundissime Tiberi").

Pero al lado de tales cumplidos se encuentran los golpes rudos, y los hechos desmienten las dulces palabras del Emperador. Primero, si le hizo tan señalados servicios (y esta es la verdad), ¿por qué no le mencionó en su testamento político, que es la historia de su reinado? Sobre la inscripción de Ancyra, no se nombra a Tiberio más que una sola vez, y esto a propósito del ridículo viaje que hizo para restablecer a Tigranes sobre el trono de Armenia, cuando sólo él se había restablecido: Augusto cuida entonces de citar a Tiberio, pero no le menciona cuando se trata de la derrota de los Germanos, o de la conquista de la Ilyria hasta el Danubio, o de la sumisión de los Panonios. Cuando Augusto escribió este memorable relato de su reinado, tenía 76 años y su tardío cariño para Tiberio debió haber llegado al paroxismo.

Segundo, si Tiberio era tan caro a Augusto, ¿por qué criticaba su conversación, su estilo, sus expansiones antecuidadas y oscuras ("exoletas reconditasque voces"?). ¿por qué desde que le veía entrar cambiaba de conversación? ¿por qué si platicaba alegremente mudaba de tono y arrojaba de sí toda la alegría? ¿por qué cuando hablaba de él al pueblo o al Senado, no dejaba de mencionar nunca su rostro duro, su silencio moroso, su ademán altivo? "No le quería mal, repetía, éstos son defectos naturales y no intencionales." ¿Por qué Livia, confidente de los pensamientos más secretos de su marido, proclamaba más tarde, que para hacer llegar a su hijo al imperio, había tenido que vencer la obstinada resistencia y la mala voluntad de Augusto? ¿por qué cuando se suscitaba una discusión entre ella y Tiberio Emperador, buscaba desde luego las cartas de Augusto

en que criticaba amargamente el odioso carácter de Tiberio? ¿por qué se creía mortalmente ofendido, él, que más que otra persona conocía el juego de Augusto, y temía siempre, que su madre mostrase sus tablillas ("tabellae") y destruyese el prestigio de las tiernas cartas que había hecho guardar en la Biblioteca del Palatino?

Dos palabras solamente que nos ha conservado la historia, arrojan vivísima luz sobre los verdaderos sentimientos del amo. Quejándose con Livia, criticaba la aspereza e "intolerancia" de Tiberio ("acerbitatem et intolerantiam.") La palabra latina "acerbitas," manifiesta la sensación desagradable que causa una fruta que no está madura, es exactamente lo contrario de "jucundus," que designa lo que es agradable al gusto, una fruta madura y sabrosa por ejemplo. De manera que cuando Augusto encontraba a su hijo adoptivo tan desagradable como una fruta verde, al compararle en su correspondencia a una deliciosa, "jucundissime Tiberi," o mentía con toda impudencia o se burlaba de él.

Tiberio sabía lo que debía creer, y sosteniendo su papel nutría en el fondo del corazón, el resentimiento mejor contenido. Ante todo estaba su celo, y pretextaba los peligros del imperio para permanecer el mayor tiempo posible lejos de su buen padre. De diez años pasó ocho en el ejército guardando las fronteras y conciliándose el afecto de los soldados por su asiduidad y sus cuidados. En vano Augusto y Livia le llamaban, multiplicaba los pretextos para permanecer en las fronteras del imperio, lejos del yugo, lejos de ojos perspicaces, lejos de humillaciones públicas y secretas. En su deseo de permanecer lejos de Roma, se dejó sorprender por la muerte de Augusto, falta que le habría hecho perder el imperio sin la energía y audacia de Livia.

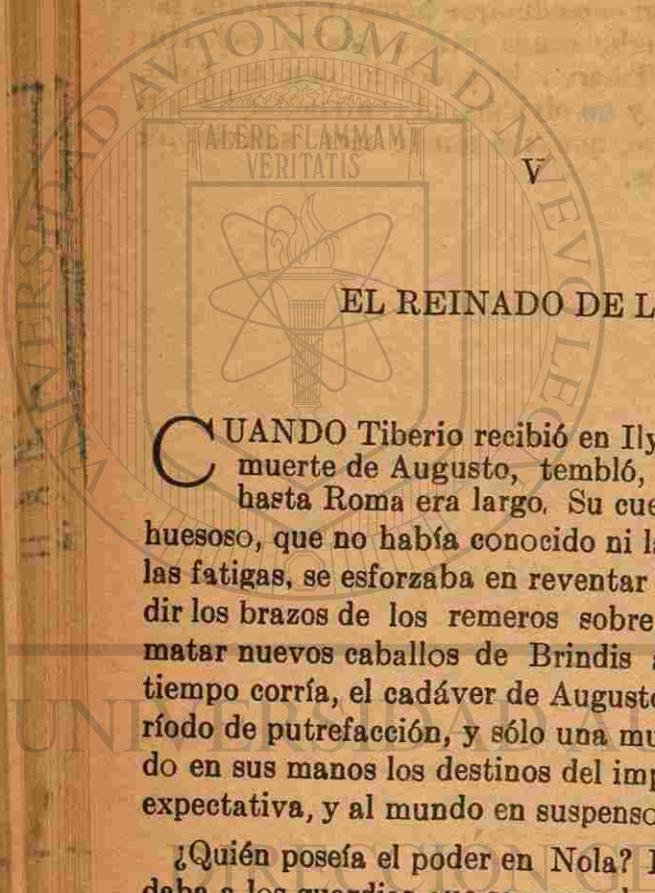
Apenas fué Tiberio Emperador, no quiso volver a entrar en la habitación de Augusto, al que sólo recor-

de un daba modo muy amargo. Avaro y enemigo de construcciones mandó hacer otra casa en el ángulo o puesto del Palatino, con objeto de no habitar la misma casa que su padre adoptivo. Los honores divinos que permitió se le tributaran, fundaban la tradición imperial, consagraban al sucesor y arrojaban sobre él un favorable reflejo, por lo mismo no se opuso a ellos; pero todo lo que más tarde le recordaba a Augusto, le era inoportuno e intolerable. Nada le hería más en los actos oficiales que oírse llamar "hijo de Augusto," y Livia conociendo esta aversión se servía del nombre de Augusto, como de un látigo para hacer saltar y retroceder el alma ingrata y cobarde de su hijo.

Por último, mientras que Roma, Livia, el senado, las colonias, las ciudades griegas y las provincias más remotas del imperio, levantaron templos al nuevo dios, Tiberio se vió "obligado" también a declarar que elevaría otro: comenzó la construcción; pero fué tal el ardor de su gratitud y su piedad, que veintitres años después, el templo no solo no estaba concluído sino que fué vergonzosamente abandonado, en un estado de ruina precoz.

Ya comprendéis, señores, con qué impaciencia cubría la obediencia pasiva, y cuánto odio ocultaba el respeto oficial: comprendéis también cuán comprimida estaba el alma de Tiberio y cuál era su estado al subir al trono. Su fuerza material se había aumentado, la moral destrozado; desplegó una gran actividad exterior, interiormente abnegó su libertad, su voluntad y su pensamiento, fué un ser pasivo. Tuvo para con Augusto la fidelidad del perro, del esclavo mentiroso, del autómatas movido por la mano de su poseedor. Livia nada hizo para levantarlo y sostenerlo contra la presión de Augusto, quizás agravó su situación, sabiendo desde antes que el instrumento flexible para su marido, sería más dócil en su mano. De la misma manera que el

cuerpo de un niño quebrantado por fuertes convulsiones, no sana jamás y queda sujeto a temblores epilépticos, el terror profundo que dobló el alma del desterrado de Rodas, no le permitió nunca elevarse. Si Augusto hubiera reinado cien años, cien años habría mostrado Tiberio la misma bajeza: el miedo es la última palabra de esa tragi comedia que hemos procurado penetrar, como es igualmente la última palabra del estudio psicológico de Tiberio. El miedo lo domina todo, hasta la ambición, y no olvidéis, al contemplar los últimos años de Tiberio, que si el miedo hace esclavos, forma también tiranos.



EL REINADO DE LIVIA

CUANDO Tiberio recibió en Ilyria la noticia de la muerte de Augusto, tembló, porque el camino hasta Roma era largo. Su cuerpo lleno de vigor, huesoso, que no había conocido ni las enfermedades ni las fatigas, se esforzaba en reventar los caballos, en rendir los brazos de los remeros sobre el Adriático, y en matar nuevos caballos de Brindis a Nola, porque el tiempo corría, el cadáver de Augusto entraba en el período de putrefacción, y sólo una mujer velaba teniendo en sus manos los destinos del imperio, a Roma en expectativa, y al mundo en suspenso.

¿Quién poseía el poder en Nola? Livia: ¿quién mandaba a los guardias que se agrupaban en su derredor? Livia: ¿quién engañaba a los romanos con falsos rumores, con falsas apariencias, con alternativas de curación

y recaídas hábilmente manejadas? Livia. (1) Y los días transcurrían, esos días cuya cuenta jamás ha sabido la historia, y de los que sólo se tiene un indicio en la vuelta triunfal en que se llevaba sobre un lecho de respeto un Augusto de cera, admirablemente imitado, mientras que su verdadero cuerpo, encerrado en un triple cofre sellado, se ocultaba bajo las fúnebres colgaduras, de manera que nadie pudo calcular la fecha de la muerte por la descomposición del cadáver.

Durante esas horas de espera y de delirio, Livia no tuvo más que un solo pensamiento: "Tiberio tendría el imperio, y yo el poder." — Pero él también había simulado su orgullo y su ambición, de manera que al encontrarse frente a frente los enemigos, iba a comenzar un duelo secreto, sordo, reavivado por intereses comunes, templado más por el temor que por el respeto, lleno de la reserva que exigía el peligro y el escándalo, amortiguado por la prudencia, mezcla de ingratitud sin valor, de resentimientos contenidos y de heridas que, destilando sangre, se habían cuidadosamente ocultado. En lucha tal, Tiberio estaba seguro de quedar vencido; era hijo de la madre más altiva, más política y más astuta. Tenía su sangre y era de su escuela; pero si él poseía las mismas cualidades, eran en menor escala, si tenía los mismos defectos, eran en él más violentos; si le animaban iguales vicios, estaban debilitados y hasta cierto punto enervados.

La disimulación era innata en Livia: Tiberio disimulaba por necesidad, para sufrir las afrentas y ocultar su cobardía. Livia vivía satisfecha de ella misma; Tiberio con un orgullo que destilaba sangre y una suscep-

(1) Véase el capítulo III de Augusto, intitulado: Livia y los Césares.

tibilidad siempre contrariada. La serenidad de Livia disipaba todos los obstáculos y gastaba a los hombres; el carácter sombrío de Tiberio hacía que él mismo se devorase. Livia tenía una frente de acero y una serie de planes que nada desconcertaba; Tiberio era desconfiado, y sus desfallecimientos provenían del miedo. Livia tenía habilidad para conducir a los hombres, y ¡qué hombres! Tiberio era frío, torpe, imitador, porque había contraído el hábito de obedecer. Livia no tenía ni remordimientos, ni desprecio para el género humano y el más absoluto desdén que otro, y un camino más corto, Tiberio era sanguinario por temperamento, pero contenido por la prudencia, y violento sin audacia. En Livia la ambición era viva, creciente, inagotable, era la salud de su alma; en Tiberio era triste, intermitente, llena de disgustos y una verdadera enfermedad. Lo que ambos tenían de común era el rencor ignorado y durable, el arte de sufrirlo todo para llegar a la dominación, pudiéndosele aplicar las terribles palabras de Tácito: "omnia serviliter pro dominatione." Lo que tenían de común, era la falta de escrúpulos, el desprecio para el género humano y el más absoluto desdén para todo lo que los hombres han considerado en la tierra como más sagrado.

Los cuerpos ofrecían en su conservación y en sus apariencias la misma desigualdad. Livia a los setenta y un años era aún bella, y conservaba una expresión de calma casta y tranquila que la edad no había podido borrar. Algunos camafeos la representan en su madurez. El perfil es siempre puro, la nariz aguileña de una hermosa curva, los labios menos cáusticos y más delgados que en su juventud, porque para los grandes actores, lo natural es la última palabra del arte. Había engruesado; el cuello era fuerte y firme y tenía algo de viril, porque en la cabeza que sustentó durante cincuenta

años, bulleron fuertes resoluciones y altos pensamientos.

Sabemos, al contrario, por los historiadores, que Tiberio envejeció más pronto, que su cráneo estaba desnudo, que sus facciones estaban alteradas por una decrepitud precoz, que tenía erupciones más frecuentes, hediondas pústulas, y hasta ulceraciones que le obligaron al fin a ocultarse, símbolo todo de la acritud moral y de la hiel concentrada que asomaba a su rostro. Así se realiza esta ley, observada tan a menudo, de la inmediata degeneración de una raza. Muy feliz sería la humanidad si a los genios benefactores, sucediesen otros que les excedieran; muy desgraciada y bien pronto diezmada, si a los monstruos debieran seguir otros más funestos. Por consiguiente, casi es preciso felicitarse de que Livia hubiera sido la digna madre de un hijo indigno de ella.

Pero Livia conocía a ese hijo, leía en lo más recóndito de su alma, adivinaba sus móviles, jugaba con sus malos sentimientos, y sobre todo, sabía que para con ella tenía contraído el hábito inveterado de la más ciega obediencia, "inveteratum erga matrem obsequium." Livia, sin cuestiones, sin demora y sin discusiones se aprovechó inmediatamente de su posición, obró como un General con un soldado. Apenas murió Augusto, se apoderó de las flotantes riendas del gobierno: apenas llegó Tiberio, lanzó vigorosamente su carro en la vía, y se apresuró a llevar el imperio a su forma definitiva.

Hubo un acto que sólo he tocado someramente, pero que, a los ojos de los romanos, tuvo una gravedad singular, y en la historia suma importancia, y ese acto fué el testamento privado de Augusto. Según él Livia era su heredera, como Tiberio; como éste, estaba adoptada, como él representaba la elección de Augusto. Si que

réis saber la importancia de la adopción, según la ley romana, pensad que el imperio se perpetuó debido a ella únicamente. Livia, adoptada por el Emperador, no era sólo su esposa y su viuda, sino su hija, entraba en la familia de los Julios, tomaba su nombre, pertenecía a la sangre de César, y dejaba el nombre de Livia para tomar el de "Julia Augusta." Tácito, el escritor que respeta la legalidad y las conveniencias oficiales, no le menciona en sus "Anales" sino con el nombre de Augusta. Por lo mismo, adquirió doble prestigio, el de cincuenta años pasados en la intimidad y confianza de Augusto, y el de la adopción que la igualaba a Tiberio, y exigía de los romanos para con ella el mismo respeto y obediencia. Comprendió, sin embargo Livia, que esto no era bastante y se procuró un tercer prestigio que hacía resaltar a Tiberio y a sus sucesores, pero que más la hacía resaltar a ella misma.

Muy difícil es definir este nuevo elemento de influencia, porque para ello sería preciso desentrañar una idea religiosa de la antigüedad, que para nosotros no tiene más que una significación política. Debe, sin embargo, satisfacernos la convicción de que cuando Livia inauguró lo que podemos llamar "fetichismo imperial," había concebido un pensamiento político mejor que religioso.

Al querer que Augusto fuese un dios que pesase aún después de su muerte sobre los corazones y sobre las conciencias, Livia comprendía que ese poder sobrehumano, al prolongarse en la eternidad, aumentaba el poder real de los herederos de Augusto, y consagraba a sus más indignos sucesores; sabía de qué manera se intimidaba a los hombres, y cómo debía imponérseles como dogma, el principio de su servidumbre. Desde luego debía influir en los espíritus, y concentrarlos por una serie de actos exteriores en un solo punto, que era Au-

gusto. Los sacerdotes, los poetas, los artistas, los constructores de todo género y la multitud que ama las ceremonias y las fiestas, estaban en continuo movimiento por las incesantes consagraciones de templos, altares y estatuas; después la divinidad nuevamente proclamada, suministraría medios seguros para intimidar a los romanos.

La ley de "lesa majestad" dada en otro tiempo bajo la república para reprimir los atentados contra la patria y contra la libertad, fué una arma terrible para los fines de Livia. Ya no había libertad ni patria, o más bien, la patria y la libertad estaban encarnadas en un solo hombre, el Emperador; y al convertirse éste en un dios, la menor duda era una impiedad, el más ligero olvido un crimen. La muerte era una pena demasiado suave para castigar la falta más inocente, para con el ídolo que era la deificación del poder absoluto. Mientras más absurdo es un culto, más sujetará y envilecerá a la humanidad: a medida que sus castigos sean más odiosos y violentos, asegurarán más la fe o el miedo, que es su singular compañero. Temeridades de este género en política, no admiten términos medios: Livia, que por temperamento no era sanguinaria, no tuvo embarazo en herir a sabiendas desde el primer día.

Poco tiempo después de la muerte de Augusto, los legados a los ciudadanos romanos no estaban pagados: un chusco al ver conducir a un muerto, exclamó en medio de la multitud: "Cuenta al divino Augusto que estamos esperando su dinero." Se apoderaron de ese desgraciado, se le contó la suma que le pertenecía y después se le asesinó, exhortándole para que él mismo atestiguase en el otro mundo la exactitud del pago. Este ejemplo de ferocidad "in anima vili," no fué inútil, porque produjo un saludable terror. La ley, además,

era de una maravillosa elasticidad y admitía giros imprevistos hasta contra los aduladores. ¡Desdichados de los que erigían a Augusto una estatua en su casa! Azotar a un esclavo o cambiarse ropa en presencia del dios merecía la muerte; ir a un lugar de prostitución con una moneda en que estuviese la efigie de Augusto, la muerte. (1) Tal rigor era insensato, ridículo, execrable; pero profundamente político. Livia y su hijo no tuvieron necesidad más que de tres o cuatro ejecuciones: bastaban para la consagración definitiva, y fué muy fácil después hacer uso de la clemencia.

Por último, después de haber encadenado a la multitud por las fiestas y la novedad, intimidado a los espíritus fuertes y aterrorizado a los levantiscos, Livia, sabía muy bien que de los mitos más pueriles, se pasa al miedo y a la costumbre, y de la costumbre al fanatismo. La especie humana en ciertas épocas es tal mezcla de necedad y de bajeza, que se ve en política renovar el entusiasmo ciego de aquellos Indios, que para adorar mejor al dios que pasa en su carro, se precipitan voluntariamente bajo las ruedas para ser aplastados por ellas, Livia, al crear la leyenda de Augusto, y al pagar doscientos cincuenta mil francos al senador que le había visto subir al cielo, preparaba la servidumbre voluntaria de un pueblo crédulo y encantado, porque el astro de que dotaba al cielo, debía bañar a sus sucesores con sus favorables reflejos. Establecer sólidamente el fetichismo imperial, equivalía a fundar el derecho divino del imperio y a ceñir la aureola a las bestias feroces y a los idiotas, que hasta la última generación pudieran entroncarse con Augusto.

¡Comprendéis ahora, señores, la actividad de esa mu

(1) Suetonio, Vida de Tiberio, XVIII.

jer superior, cuando se propuso revelar por la primera vez ese dogma y organizar ese culto sobre la superficie del mundo? Asoció a su gran designio al senado, éste impuso al imperio la nueva religión, y se hizo nombrar gran sacerdote para dirigir el movimiento con un carácter sagrado. Por todas partes se instituyeron colegios, es decir, corporaciones en honor de Augusto, ¡cuántas competencias, cuántas intrigas, cuántas luchas para pertenecer a tales corporaciones y obtener la corona de laurel que usaban los sacerdotes y sacerdotisas del nuevo dios! Por todas partes se levantaban templos, no sólo en Roma y sus cercanías, sino en las colonias en la mayor parte de las ciudades de la Grecia y hasta en los puntos más lejanos del imperio. ¡Cuántas cartas, correos, delegados y embajadores! Esta agitación que ocupó los primeros años del reinado de Tiberio, dió a Livia una singular importancia, cuyo resultado previó y supo aprovechar.

Fácil es demostrar que los historiadores no han apreciado debidamente el papel político y religioso que desempeñó la viuda de Augusto. Monumentos tan numerosos como incontestables justifican nuestras inducciones y completan el relato de los historiadores. Basta dar una ojeada a la numismática del imperio romano, en la época de la muerte de Augusto y principio del reinado de Tiberio, para probar, por signos sensibles, la infatigable acción de Livia, y los constantes triunfos que obtuvo. Y sin embargo, ¡cuántas monedas se han perdido, cuántas series han desaparecido, cuántas han sido destruidas, yacen a grandes profundidades o han sido corroídas por el tiempo!

A menudo una sola muestra sobrevive, para representar millares de monedas semejantes construídas el mismo año. Preciso es, por tanto, que la imaginación aumente en proporciones colosales los momentos de es

te género que aún subsisten. Por uno que se encuentra, deben contarse cien perdidos. Por ejemplo, cuando al reconocerse en el reverso de las medallas de Smirna y Pérgamo, un templo de Augusto, que se sabe que no sólo esas ciudades los levantaron y conmemoraron en sus monedas; ¿qué personaje ocupa el anverso? Livia, ya con Tiberio, ya con el senado, personificada bajo las facciones de un joven imberbe, o caracterizada por el latíclave y principalmente por la inscripción. Para evitar una descripción detallada que tendría poco interés, para que podáis medir la magnitud de la influencia de Livia, y su ascendiente sobre los países más remotos, bastará una simple enumeración.

Las monedas que representan a Livia con Augusto, se han encontrado hasta hoy en cuatro colonias, entre las que se cuentan Leptis y Palermo, y en diecinueve ciudades griegas. Las monedas que tienen reunidas las efigies de Livia y de Tiberio, se han señalado en cuatro colonias, entre otras Cesáres e Hipona y nueve ciudades griegas de las que pueden citarse Efeso, Mitylena, y Pérgamo, pudiendo agregárseles las monedas de Tesalia y la Judea en la misma época. Pero cuando es sólo Livia, representada sin Augusto ni Tiberio, el número de los tipos se duplica. Así se encuentra sobre las monedas de siete colonias, de Chipre, por ejemplo, Cesaraugusta y de Corinto: sola, está en las monedas de veintidós ciudades griegas, entre las que pueden enumerarse Aezanis, Alabanda, Alejandría de Egipto, Amphipolis, Afrodisias, Clazomema, Elea, las dos Magnesia, Mileto, Pella, Sardes y Teos.

Ese derecho de regalía, ese honor insigne de figurar sola sobre las monedas, no lo obtuvo Livia solamente en las provincias, sino en la misma Roma, y en virtud de repetidos Senados consultos. Las iniciales S. C. grabadas en el reverso nos lo justifican, mientras que en

el anverso brilla la bella Livia, ya con la diadema de Juno, ya con el velo de las sacerdotisas combinado con la diadema de Emperatriz, ya asimilada a la "Justicia" o la "Piedad," como lo demuestran las inscripciones. En otra serie se le llama "Salus Augusta." Por consecuencia la numismática confirma brillantemente el testimonio de la historia que cita sólo algunos de los honores concedidos a Livia por el Senado. No hay motivo para admirarse de que los senadores le concedieran títulos desconocidos ni la proclamasen madre de la patria, "mater patriae," porque ella tenía su afecto, satisfacía su ambición y comprendía sus intereses. Lisonjeaba a Tiberio; pero le desconfiaban, y de buena voluntad le hubieran obligado a dejar su nombre, pues le propusieron que adoptara el de "Livius," para que no apareciese más que como el "hijo de Livia".

A ésta sólo se le llamaba "Augusta," llevaba el mayor nombre del universo, y representaba la tradición de Augusto, su voluntad, su pensamiento y su poder, tenía en sus manos los secretos y los favores, y reinaba. Realmente durante los primeros años mandó en Roma con tanta majestad y firmeza, como Tiberio ejercía el poder con disimulación y vergüenza. Tácito ha pintado la humildad sombría de ese cobarde que temblaba al tomar el poder: "¡No sabéis qué monstruo es el imperio!" exclamó como si fuera él a ser devorado. — "Tengo el lobo de las orejas," añadía, confesando sin temor que ese proverbio vulgar, grotesco, hace que los historiadores juzgan que fué fingido, y que yo estimo que fué real, por probarlo así suficientemente la vida anterior de Tiberio.

Livia no conoció ni la excitación, ni los escrúpulos, deseó el poder con audacia, lo ejerció con serenidad, y fué Emperatriz más que su hijo Emperador. Cuando los pueblos y las ciudades escribían a Roma, ya para

una felicitación, ya para pedir un favor, sus cartas iban dirigidas a la vez a Tiberio y a Livia, y esto no era una lisonja, sino el uso, porque cuando Livia y Tiberio contestaban, su respuesta era común, y sus nombres unidos, se encontraban al pie de los documentos. Una palabra de Dion certifica que Livia no limitaba a esto sus pretensiones. "Quería, dice, no un poder igual, sino un superior al de Tiberio."

Pero se objetará; ese feroz Tiberio, que ha dejado tan execrada memoria. ¿cómo se sometió a Livia hasta tal punto, cediéndole una parte del poder, por el que tan celoso aparecía? La posteridad tiene necesidad de escudriñarlo todo: agobiada por las innumerables tradiciones del pasado no quiso complicar su misión, ni tener sobre cada personaje más que una idea exacta y una simple fórmula de juicio. Preciso es conservar, por el contrario, una profunda diferencia entre el Tiberio contenido por el temor materno, y el Tiberio libre de toda traba por la muerte de Livia, que es el de la historia, el de la poesía, el de la leyenda, el Tiberio que causa horror, es, en efecto, el de los últimos años. No era sin duda mejor que cuando comenzó su reinado y su alma estaba ya penetrada por el disgusto y la amargura; pero estaba sujeto por un freno sólido, el miedo su madre, y aunque estaba devorado por la envidia, los honores discernidos a Livia le parecían un ataque a su propia grandeza, callaba, disimulaba y sufría. Para nulificar algunos privilegios que el senado quiso conceder a Augusta, los rehusó para sí mismo, aconsejando la moderación y afectando la más baja humildad. En el fondo comprende que su madre le es necesaria o temible, y tres motivos diferentes determinan su conducta.

Primero: había vivido mucho tiempo fuera de Roma ocho años en el destierro y ocho en campañas casi con

secutivas, ignoraba, por lo mismo, los secretos e innumerables hilos que Livia tenía en su mano, no conocía los hombres como ella, por una práctica de cincuenta años, y no había penetrado todo el maquiavelismo y todos los laberintos del gobierno de Augusto, como su esposa, que era el alma de él, por consecuencia tenía necesidad de ella.

Segundo: tenían que cometer juntos algunos crímenes indispensables. No hay solidaridad política más estrecha que una complicidad de este género. Había matado el primer día del reinado a Apripa Póstumo; pero era necesario matar a Julia, la que ultrajó a Tiberio en cartas, que hacía catorce años no se olvidaban; a Dursio Libo, descendiente de Pompeyo, que conspiró contra Tiberio, cuando aun no había afirmado su poder, tenían que deshacerse de un falso Agripa, que a la cabeza de una banda podía levantar las campañas, unirse contra el dulce y popular Germánico, figura que estudiaremos otra ocasión, que al cabo de cinco años su cumbiría, declarando que moría envenenado por Pison, criatura de Tiberio, y por Plancina, amiga de Livia. Era necesario que a Pison se le encontrase muerto en su casa; que Calpurnio Piso, alma fuerte y peligrosa por su independencia, que Silano, complicado en un proceso injusto, fuesen víctimas de la venganza de Tiberio y de Livia. Este es el catálogo de los únicos crímenes importantes cometidos por orden del hijo y de la madre en los once primeros años de su reinado; pero la sangre correrá a torrentes, las más ilustres cabezas caerán diariamente, cuando Sejano sea señor de Roma y Tiberio se haya refugiado a Caprea, porque faltaba Livia para moderar a su hijo, porque ella le contuvo, y no le aconsejó más que crímenes necesarios y útiles, Livia y Tiberio, después de haber solventado las cuentas de su familia, haciendo desaparecer a los parientes

que les interesaban, y otros particulares, deshaciéndose de antiguos o bien escogidos enemigos, convinieron en no derramar sangre inútilmente, de manera que al principio de este poder sin límites hubo alguna moderación.

El tercer lazo que unía al hijo con la madre era la dificultad de fundar de un modo definitivo el sistema político de Augusto, y formular lo que éste dejó indeciso. Convencíos, señores, que es preciso reconocer la profundidad del genio de Livia, en los actos esenciales que constituyen el fundamento del gobierno de Tiberio.

Livia se avergonzaba, al fin del reinado de Augusto, de ver que se mendigasen los votos de los ciudadanos para sus candidatos; tal comedia era tan inútil como indigna de la majestad del Emperador ¿por qué suplicar, cuando se tiene el derecho de mandar? Se suprimieron los comicios y el pueblo dejó de reunirse en el Campo de Marte para hacer las irrisorias elecciones. Murmuró la multitud, pero el Senado ocultó su alegría sin límites, y exclamó: "¡Qué placer, ya no hay súplikas, ni candidaturas, ni consideraciones para con los electores, ni juegos, ni espectáculos, ni gastos ruinosos! ¡todo depende de una inclinación de cabeza de los que gobiernan el mundo! ¡Livia designa, y Tiberio nombra a todos los funcionarios! ¡Entreguémonos a patrióticos transportes, que ya no queda ni un simulacro de libertad!"

En seguida la ley de lesa majestad se extendió del orden religioso al orden político, de la persona de Augusto a la de sus sucesores, y a todo lo concerniente al soberano. La historia enseña cuál fué después el formidable alcance de esta ley bajo Tiberio, y cuánta sangre costó al fin de su reinado.

La delación fué otro elemento del gobierno; abrió todas las carreras, inspiró la elocuencia, fué el objeto de los ambiciosos, la escuela de la juventud romana y el oprobio del pueblo.

Por último, se dotó de sueldo a todos los funcionarios sin excluir ni a los cónsules. En la antigua Roma el honor de servir al país era tal, que no sólo dejaba provecho alguno, sino que era necesario obtenerlo a expensas de la fortuna propia, de esta manera, todas las familias ilustres y honradas se congregaban al bien público; pero Tiberio, al asalariar a los magistrados, desde los más ínfimos hasta los más elevados, al hacer de los cónsules mercenarios, cambió las ideas de los romanos: todos los pagados por el fisco, como diríamos hoy, los presupuestívoros, fueron criaturas del Emperador.

Profundo fué el alcance de estos medios que modificaron en poco tiempo la constitución de la sociedad romana. En todo veo los consejos de Livia, su maravillosa penetración, su experiencia de cincuenta años, su perfidia más atrevida y más libre que la de Augusto. Con él había quedado todo flotante, provisional, equívoco, con esa mezcla de gracia y de abandono, de simplicidad y de hipocresía, de firmeza implacable y de fingida dulzura que le caracterizaban. Con Tiberio y Livia todo se preveía, todo toma forma: las sombras se desvanecen, las ficciones huyen, el imperio "está hecho." Se llama hipócrita a Tiberio, y sin embargo, fué mucho menos que Augusto, porque aquel proclamó el despotismo con violencia, y le constituyó de un modo duradero.

Tiberio comenzó a creerse firme en el trono. Cinco años habían transcurrido. La muerte de Germánico lo libertó, así como a Livia, de un temor constante: la multitud estaba sometida; los ejércitos en calma, las

que les interesaban, y otros particulares, deshaciéndose de antiguos o bien escogidos enemigos, convinieron en no derramar sangre inútilmente, de manera que al principio de este poder sin límites hubo alguna moderación.

El tercer lazo que unía al hijo con la madre era la dificultad de fundar de un modo definitivo el sistema político de Augusto, y formular lo que éste dejó indeciso. Convencíos, señores, que es preciso reconocer la profundidad del genio de Livia, en los actos esenciales que constituyen el fundamento del gobierno de Tiberio.

Livia se avergonzaba, al fin del reinado de Augusto, de ver que se mendigasen los votos de los ciudadanos para sus candidatos; tal comedia era tan inútil como indigna de la majestad del Emperador ¿por qué suplicar, cuando se tiene el derecho de mandar? Se suprimieron los comicios y el pueblo dejó de reunirse en el Campo de Marte para hacer las irrisorias elecciones. Murmuró la multitud, pero el Senado ocultó su alegría sin límites, y exclamó: "¡Qué placer, ya no hay súplikas, ni candidaturas, ni consideraciones para con los electores, ni juegos, ni espectáculos, ni gastos ruinosos! ¡todo depende de una inclinación de cabeza de los que gobiernan el mundo! ¡Livia designa, y Tiberio nombra a todos los funcionarios! ¡Entreguémonos a patrióticos transportes, que ya no queda ni un simulacro de libertad!"

En seguida la ley de lesa majestad se extendió del orden religioso al orden político, de la persona de Augusto a la de sus sucesores, y a todo lo concerniente al soberano. La historia enseña cuál fué después el formidable alcance de esta ley bajo Tiberio, y cuánta sangre costó al fin de su reinado.

La delación fué otro elemento del gobierno; abrió todas las carreras, inspiró la elocuencia, fué el objeto de los ambiciosos, la escuela de la juventud romana y el oprobio del pueblo.

Por último, se dotó de sueldo a todos los funcionarios sin excluir ni a los cónsules. En la antigua Roma el honor de servir al país era tal, que no sólo dejaba provecho alguno, sino que era necesario obtenerlo a expensas de la fortuna propia, de esta manera, todas las familias ilustres y honradas se congregaban al bien público; pero Tiberio, al asalariar a los magistrados, desde los más ínfimos hasta los más elevados, al hacer de los cónsules mercenarios, cambió las ideas de los romanos: todos los pagados por el fisco, como diríamos hoy, los presupuestívoros, fueron criaturas del Emperador.

Profundo fué el alcance de estos medios que modificaron en poco tiempo la constitución de la sociedad romana. En todo veo los consejos de Livia, su maravillosa penetración, su experiencia de cincuenta años, su perfidia más atrevida y más libre que la de Augusto. Con él había quedado todo flotante, provisional, equívoco, con esa mezcla de gracia y de abandono, de simplicidad y de hipocresía, de firmeza implacable y de fingida dulzura que le caracterizaban. Con Tiberio y Livia todo se preveía, todo toma forma: las sombras se desvanecen, las ficciones huyen, el imperio "está hecho." Se llama hipócrita a Tiberio, y sin embargo, fué mucho menos que Augusto, porque aquel proclamó el despotismo con violencia, y le constituyó de un modo duradero.

Tiberio comenzó a creerse firme en el trono. Cinco años habían transcurrido. La muerte de Germánico lo libertó, así como a Livia, de un temor constante: la multitud estaba sometida; los ejércitos en calma, las

fronteras seguras, y pareció a Tiberio que tenía menos necesidad de Livia. Entonces comenzó entre el hijo ingrato y la madre imperiosa, esa lucha sorda que fué la crónica escandalosa y el estéril consuelo de Roma. En vano el emperador obligaba a la grande Augusta a que tomara algún reposo: era infatigable; en vano elogiaba por insinuaciones un tanto vergonzosas las dulzuras de la vida privada; hacía como que no las escuchaba. Una vez aun se atrevió a suplicarla que no se mezclase en los negocios públicos, no se dice la contestación que le dió, pero habla muy alto la conducta que ella siguió.

Los romanos, con un maligno placer, repetían que el Emperador nada hacía sin consultar a su madre, y Tiberio, para contrariar sus sarcasmos, evitaba visitar a Livia y conversar con ella públicamente; pero en cambio Livia le buscaba. Si él rehusaba un privilegio, ella se lo arrojaba, un título, se lo hacía discernir, y más pronto se cansaba él de la defensa, que ella del ataque. Tiberio no gozaba de popularidad, era avaro, seco, pedante, no gustaba de los placeres del teatro, ni de las dádivas que cautivan a la multitud.

Livia se mostraba afable, sonriente prodigaba el oro a manos llenas, daba juegos magníficos y dotaba a los jóvenes pobres. Tiberio recibía a los senadores en cuerpo, haciendo creer que era para evitarles el fastidio de las antesalas: Livia hacía consignar en el diario de Roma ("diarium") el "Monitor" de aquel tiempo, los nombres de los magistrados y personajes que iban a hacerle la corte, oponiendo la larga lista de sus aduladores al aparente abandono de Tiberio. Cuando Tiberio sabía, no permitía que persona alguna lo acompañase: Livia cuidaba de llevar siempre senadores y caballeros a las portezuelas de la litera. Tiberio, so pretexto de moderación, impedía al Senado que levantase estatuas a su madre: Livia erigía una a Augusto cerca del tea-

tro de Marcelo, y sobre un hermoso pedestal, hacía grabar una dedicatoria en la que su nombre precedía al de su hijo.

Tiberio se libertaba de la presencia de su madre en los campos y en el Senado; pero en cualquiera otra parte estaba presente, siempre activa e inspirada, y tanto que iba al fuego como un soldado. Cierta vez hubo un incendio cerca del templo de Vesta; allí pasó la noche entre los vigiles y los ciudadanos, a quienes animaba con una energía viril, con gran desagrado de Tiberio que no se dejó ver en tal circunstancia. Cuando resistía a sus instancias o no aceptaba un consejo, le recordaba con frialdad y sin cólera, que ella lo había sacado de la obscuridad, transportado de la casa de Tiberius Nero al Palatino, promovido a los honores, venciendo la aversión de Augusto, salvado del destierro en Rodas, héchole adoptar por el Emperador a pesar de los obstáculos y de él mismo, y por último, en Nola, era ella la que había conservado y salvado el imperio. Lo mismo que le decía al oído, cuidaba de repetirlo en público, para obligar a retroceder a una alma que comprendía estaba vencida con el ascendiente de su genio.

Un día quiso que uno de sus libertos fuese inscrito entre los caballeros; Tiberio se negó, insistió ella; y: "consiento, replicó Tiberio, pero a condición de que conste en el registro de que esta inscripción me ha sido impuesta por Augusta." Livia se ofendió por esta amenaza que habría hecho recaer sobre ella la impopularidad de tal acto, y como siempre tuviera armas reservadas, sacó del seno algunas tabletas de cera ya amarillentas: eran las cartas de Augusto, en que criticaba el carácter de Tiberio, pintándole con rasgos cáusticos y sangrientos.

Esta revelación tardía, hirió al Emperador de la manera más cruel, no en su sensibilidad o en su reconoci-

miento, pues estaba convencido de mucho tiempo atrás de la sinceridad y afecto de Augusto, sino en su orgullo: Livia era capaz de enseñar esas tablillas por toda la ciudad, del mismo modo que por todas partes refería lo que había hecho por su hijo, y la reprobación póstuma del divino fundador del imperio podía explotarse contra su persona y su poder, añadiéndose a lo odioso y a lo ridículo un gran peligro.

De esta manera jugaba Livia con el triste e impenetrable envidioso, a quien faltaba valor para secudir el yugo o sujetarse a él. Ella arrancaba los favores, los ordenaba procurando satisfacer a una corte de ambiciosos, de desconocidos, de personajes ilustres o menesterosos, de gentes ricas dadas al placer, y de mujeres elegantes que buscaban su parte de influencia y la debían a Livia. La Emperatriz madre tenía el talento de mezclar en su corte mujeres honradas como Marcia, hija de Cremucio Cordo, con intrigantes como Plancina, esposa de Lerón, o Urgulania, tipo de orgullo y de insolencia. Plancina fué acusada una vez, hizo que se le absolviese; Urgulania fué citada como testigo, se burló de la citación, fué perseguida y Livia le aconsejó se refugiase en el palacio de Tiberio, que fué luego a pie y como simple particular a suplicar por ella. Los favoritos de Livia eran un poder contra el que no se podía luchar. Implacable para con su hijo, irracional alguna vez en sus exigencias, Livia contaba con el peso de sus consejos, de su popularidad y de su título inviolable de mujer, hija y gran sacerdotisa de Augusto. Lo que la fuerza no superaba, la astucia lo obtenía: Calígula, niño, llamaba a su abuela, "Ulises con enaguas," pero es necesario concederle una serenidad que Homero no dió siempre a su héroe.

Quiérese muchas ocasiones aplicar la medida de la humanidad a personajes famosos, que se han hecho su

periores a las leyes humanas, y por lo mismo, muchas madres se preguntarán si Livia no tuvo momentos de dolor, coloquios íntimos con ella misma, cuando leía en el alma de Tiberio la perfidia y la ingratitud enmascaradas por el miedo y la impotencia. Semejante pregunta hubiera obtenido de Livia una sonrisa de desdén: ella era ante todo una gran artista. El escultor que hace una bella estatua no se irrita contra ella, ni le guarda resentimiento ni rencor, si al moverla le aplasta un dedo; el armero que fabrica una cortante espada, no se indigna contra ella si le hiere; el alquimista que compone un veneno sutil no le detesta porque puede ser para él tan peligroso como para sus otras víctimas. Tiberio era para Livia su instrumento, o mejor dicho, su obra: no el hijo de su carne y de su sangre, porque olvidan que la tienen las ambiciosas de este temple, era el hijo de su inteligencia. Había sacado de la nada, hecho creer, protegido, salvado, y coronado a tan triste personaje, para identificarse con él, como el alma se identifica al cuerpo. No era Tiberio, sino su ambición materialmente palpable, la que se sentaba en el trono a su lado, era su poder encarnado en un hombre, porque era preciso, porque los romanos no hubieran aceptado a una Dido o a una Semíramis. Livia no abrigaba ni dolor, ni resentimiento, ni deseo de venganza contra su obra, se servía de ella, y se mantenía en guardia, y cuando el instrumento era rebelde sin cólera, sin abandonar su terrible serenidad, hacía lo que los domadores de bestias feroces cuando quieren que el león que ruga, o el tigre dispuesto a lanzarse, retrocedan aterrificados, dóciles, silenciosos; basta para esto una varilla de hierro, elegante, delgada, redonda e inofensiva en apariencia; pero calentada hasta el rojo blanco que abrasa cuanto toca; del mismo modo Livia sabía manejar con oportunidad una arma ligera, encantadora, que hacía temblar a Tiberio y le abrasaba hasta la médula; el

nombre de Augusto. Hablar de Augusto, traer a la memoria el recuerdo de Augusto, los beneficios de Augusto, la aversión de Augusto, las cartas de Augusto, era aplicar al monstruo que quería revelarse, el cauterio del fierro enrojecido.

Así llegó esta mujer a la edad de ochenta y tres años, intacta, temida, siempre igual, dulcemente implacable, altiva y calmada, invulnerable e hiriendo con seguridad, despreciando y sirviendo al mismo tiempo al hijo que la detestaba, no por eso vivía en las sombras, oculta, devorada por los pesares, la ambición o los remordimientos, no, su vida era brillante y magnífica. Habita ba ora en el Palatino, en la nueva casa de Augusto (de la que huyó Tiberio) y en la que se hizo construir en el ángulo opuesto una gran habitación cuyos restos subsisten, que M. Pietro Rosa promete excavar y darnos a conocer un día, pues bajo la fachada que mira al Aventino, se han hecho reaparecer la escalera y los alojamientos de los guardias, ora en un "villa" suntuosa, a dos leguas de Roma, a las orillas del Tiber, cerca de la roca de los Nasones, tan amada de los pintores, en el lugar en que el río hace una curva marcada, y da al paisaje animación y armonía, que se unen a su grandeza. Los vestigios de esa "villa," se han señalado en "Prima Porta;" se hicieron excavaciones hace pocos años, y se descubrió una sala decorada con pinturas que representan un bosque que cubre las paredes y su be hasta el techo; perdices, mirlos y otros pájaros más pequeños que se balancean sobre las ramas o anidan entre el follaje, y las flores se mezclan entre el verde de la selva. La exactitud pintoresca, la proporción, la importancia, la conservación de estas pinturas son tales que más de un anticuario las atribuye a Ludio, el célebre pintor que inauguró en tiempo de Augusto este género de decoración. En Prima Porta igualmente se descubrió la característica estatua de Augusto, que

adorna "Braccio nuovo," que otra vez he descrito, y que Livia hizo cumplir por el más hábil artista de su época.

En sus residencias tenía la Emperatriz una verdadera corte, numerosos amigos, poetas, antiguos familiares de Augusto solicitantes parásitos, aduladores y hasta bufones, que no perdonaban a Tiberio, y cuyas sátiras y burlas contra el feroz ingrato se reprimían a medias, o se aprobaban con una sonrisa. Entre éstos había un tal Fufio, dotado de gran talento, cuyos chistes punzantes y satíricos se repetían sin cesar, que fué la pesadilla de Tiberio, y al que su madre le obligó a nombrar cónsul. Al concluir los festines, sobre todo, se complacía en burlarse con palabras equívocas de aquel que en la corte de Augusto era el blanco de todas las pullas. Suetonio nos ha conservado algunos versos que circulaban en tiempo de Tiberio, cuando aún vivía su madre, y que quizás no eran ignorados de ella, estos por ejemplo: "¡Príncipe feroz y cruel! ¿Será preciso decirte todo en pocas palabras? ¡Muera yo, si puede amarte tu misma madre!" Los siguientes recordaban el destierro de Rodas terminado por Livia y las tendencias sanguinarias del Emperador contenidas por ella: "Todo el que pase del destierro al trono, reinará en medio de olas de sangre." También se burlaban de Tiberio por su afición al vino: "Desdeña el vino porque tiene sed de sangre, hoy bebe ésta con tanta avidez, como apuraba otras veces el otro."

La guerra, pues, estaba declarada; a medida que los años transcurrían Livia era menos dulce para con su hijo, Tiberio estaba más exasperado contra su madre. No pueden pintarse los dramas interiores que pasaron por Tiberio durante once años, sus proyectos, sus falsas resoluciones, su decaimiento súbito, su disimulación. ¿Emprendería un golpe de Estado contra su madre? Ella era más fuerte y más popular que él. ¿La

desterraría? Roma entera y los pretorianos mismos se opondrían. ¿Recurriría al veneno que había hecho desaparecer ante él toda la familia de Augusto? Ella era el gran maestro en el arte de los venenos ("magister veneficiorum"), y desgraciado del que la provocase; y preciso es decirlo, su hijo Tiberio no tenía una alma tan malvada. Son necesarias todavía dos etapas más el poder absoluto, para conducir a los príncipes al parricidio.

Exasperado, impaciente, empujado hasta el extremo, ¿qué partido tomó Tiberio? Reunió todo su valor, usó de su gran remedio, e hizo ante Livia lo que en otra ocasión ante Augusto, emprendió la fuga. Primero anduvo errante en la Campania, de donde volvió precipitadamente al saber que Livia estaba enferma, pero la encuentra en pie, y parte para siempre ocultándose en Caprea su cólera y su vergüenza. Pero ¿cómo se vengará sobre los amigos y sobre su cadáver, el día que deje de existir! Esperará para ordenar sus funerales que el cuerpo entre en descomposición, y no asistirá a ellos, le negará los honores y hasta la consagración que el Senado decreta, dejará sin efecto su testamento, como el de los condenados, perseguirá a sus amigos, a sus hechuras, sin excluir al consular Fufio, les desterrará o arruinará sucesivamente, y cuidará de no olvidar a sus ejecutores testamentarios que nada podrán ejecutar. Ante Livia es preciso no comparar a Tiberio con el tigre sediento de sangre sino con la hiena que merodea en la sombra, y no tiene valor para avalanzarse sino sobre los cadáveres.

La Emperatriz quedó, pues, sola en Roma, dueña del campo de batalla, podía levantar un trofeo, porque el Senado y el pueblo le pertenecían, y Tiberio, lejos como estaba, sufría su ascendiente, y he aquí de ello una prueba. El Emperador que detestaba a Agripina, viuda de Germánico, escribió al Senado denunciándola; su

pérdida estaba resuelta, esa carta como todas, pasó por las manos de Livia, que la guardó y ocultó; odiaba también a Agripina, pero comprendía la importunidad de un ataque contra el poderoso partido que la sostenía. Las maquinaciones supremas se urdieron contra la viuda de Germánico después de la muerte de Livia.

Sejano, cuya fortuna comenzaba, y que llegaría tiempo que fuera el árbitro de la voluntad de Tiberio, estaba íntimamente unido a Livia, que le consideraba porque la lisonjeaba, e ignoró sus intrigas por su edad avanzada, o se las perdonó en gracia de haber acampado los pretorianos en Roma, como en país conquistado, o porque quizá comprendió que Tiberio necesitaba un consejero y un freno, el día que ella faltara. Dícese que Livia recomendó a Sejano que hiciese matar a los dos hijos adultos de Agripina, que podían ser un serio peligro para Tiberio.

A los ochenta y seis años de edad dejó la vida esa mujer funesta para la familia de Augusto, y más funesta todavía para la cosa pública. Convirtiendo a Augusto no en mejor, pero sí en más cauto y clemente, a Tiberio no en menos malvado, pero sí en más timorato, y más hábil, consolidó su tiranía y consagró su autoridad. Ella fue verdaderamente la que por su acción oculta sobre Augusto y su influencia declarada sobre Tiberio, contribuyó a erigir en sistema esa confiscación lenta y progresiva de todas las fuerzas de un pueblo, en provecho de un solo hombre. Al fundar el imperio preparó la impunidad a todas las locuras, y abrió el camino a todos los monstruos que sucedieron a su marido y a su hijo. Fue su genio y la furia del Estado.

Un magnífico monumento hace palpable y hasta cierto punto inmortal la figura de Livia, y ese monumento es el más grande camafeo que existe en el mundo. Mucho tiempo se creyó que representaba el triunfo de Jo

sé, después se reconoció que era el de Germánico; y yo me inclino a saludar en él el triunfo de Livia.

He aquí en pocas palabras la historia de ese camafeo. Fué ejecutado en Roma, probablemente en la época de Calígula que aparece en él, y que tenía por su abuela Livia un culto particular.

Llevado a Bizancio por Constantino, allí permaneció hasta el siglo XIII. En 1244 Baudino II Emperador de Constantinopla lo vendió a San Luis para obtener su favor. En 1379 Carlos V lo regaló a la Santa Capilla y por eso comúnmente se le llama con este nombre. Se exponía los días de fiesta; porque la piedad pública admiraba en él a José y otros personajes del antiguo Testamento. Hasta 1619, el doctor Peirese demostró que ese camafeo representaba, no a la familia de Jacob sino a la de Augusto; por último en 1791, en los momentos de la revolución se trasportó la alhaja referida de la Santa Capilla, al gabinete de medallas de la biblioteca nacional donde se encuentra hoy.

Esta maravillosa sardónica tiene más de 32 centímetros de altura, es de una sola pieza y se observan en ella cinco capas de color graduado. La composición está dividida en tres zonas: la superior representa a Julio César con una corona de laurel y un velo alrededor de la cabeza, en la forma del de Saturno, padre de los dioses; abajo de César un genio alado conduce a Pegaso, que lleva al cielo al divino Augusto; no es, pues, el águila el símbolo del apoteosis, sino Pegaso, encargado en otro tiempo por el poeta Calímaco de colocar entre los astros la Cabellera de Berenice. Del lado opuesto un guerrero con su casco y su escudo escala el Olimpo, es Druso: el hermano de Tiberio, muerto como soldado a las orillas del Rhin. Tal es el cielo o parte superior.

La segunda zona representa la tierra. Sobre un gran trono con un solo escabel, está sentada una mujer de incomparable belleza, en un majestuoso traje, empuñan

do algunas espigas y adormideras, atributos de Ceres. Es Livia asimilada a la diosa y atrayendo todas las miradas; en efecto, las medallas romanas nos la dan a conocer en el traje de Ceres. Al lado de Livia, sobre el mismo trono, pero en el segundo plan, está Tiberio desnudo, como Júpiter, teniendo en la mano izquierda un cetro y en la derecha el bastón augural encorvado en forma de báculo. Las facciones de Tiberio reproducen con una increíble fidelidad las de su madre, el mismo perfil, la misma nariz, la propia expresión; todo está copiado, parece que el artista recibió orden de repetir dos veces la misma fisonomía; Tiberio no es más que la sombra de Livia. Detrás del trono, Druso, hijo de Tiberio, tiene un trofeo sobre la espalda y levanta un brazo hacia el cielo, como para señalar el lugar en que una muerte prematura le destina; cerca de él, está sentada una Musa, según unos. Livilla, mujer de Druso, según otros. Frente a Livia y Tiberio, hay un guerrero que se aproxima al trono, este es Germánico, detrás de él una mujer, afectuosa y familiarmente pone la mano sobre su carro es la célebre Agripina, y ésta, como Livia y Tiberio, tiene una corona de laurel, símbolo del sacerdocio, pues los tres lo eran de Augusto. Detrás de Germánico se ve un niño: con facciones de hombre, duras y acentuadas, como tiene grandes botas militares, se adivina que es Calígula, sucesor de Tiberio, que se ha hecho de la edad que tenía en el momento del triunfo de su padre Germánico.

En la zona inferior o última hay cautivos, bárbaros, mujeres que lloran, imagen simplificada de los pueblos vencidos por Germánico.

Este camafeo es de un estilo menos bello que el de Viena, lo que confirma la idea de que data del reinado de Calígula más bien que del de Tiberio. Os dije que por un fácil esfuerzo de la imaginación, podía llamarse este monumento el "Triunfo de Livia," porque en efec

to, triunfa con toda su raza, reina rodeada de sus hijos, nietos y biznietos, mientras que la familia de Augusto desapareció. Augusto solo, permanece en el cielo con César; pero Octavia, Marcelo, Julia, Agripa y todos sus hijos, quedan relegados a la obscuridad del Tártaro, esto es, el eterno olvido. ¡Oh vanidad del orgullo! ¡Oh mentira de las dinastías pomposamente fundadas! César y Augusto en vano recorrerán la tierra con los ojos, no encontrarán huella de su sangre, sino de la de Claudio Nero y de Livia, de esa sangre que fué substituída por la violencia y la adopción. Para esto, ¡cuántos crímenes, cuántos atentados que hacen ruborizar a la humanidad! ¡qué desencadenamiento de ambiciones, que no hubieran podido desarrollarse en un país libre! Livia triunfó, sí; pero el castigo está sentado tras ella, porque el asesinato engendra el asesinato, y su raza se despedazó con sus propias manos.

Acepto este soberbio cuadro, grabado a la vista de un Emperador, que representa sobre una materia inalterable, toda una familia en el apogeo de su gloria maldita. ¿Qué sucedió con todos los que en él figuran con los atributos de la divinidad y de la omnipotencia? ¿Quiénes les han enviado antes de tiempo a ese cielo que se reservan? ¿Quiénes apresuraron esa muerte con vertida en ridículo apoteosis? Las manos de sus más próximos y queridos parientes, animados por las pasiones más execrables. Dejemos a Julio César, cuyas diecisiete heridas cicatrizó la ambrosía, mientras que las que hizo a su patria aún manan sangre, a Augusto, a quien el Pegaso de Horacio y de Virgilio hace olvidar, los hijos envenenados por su fiel Livia, y quedémonos en la tierra. Veamos a Druso, hijo de Tiberio, ¿cuál fué su muerte? envenenado por su esposa Livilla y por Sejano, que sometió su alma por el adulterio: a Germánico adoptado por Tiberio, igualmente destinado a ceñir la corona, ¿cuál fué su suerte? envenenado con gran

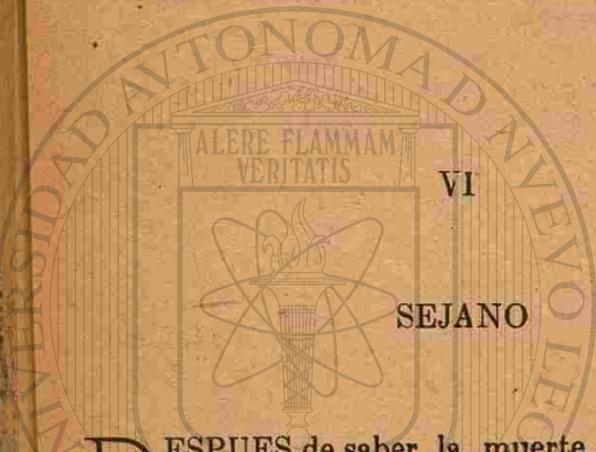
alegría de Tiberio, su tío, y de Livia, su abuela; a Agripina, esa matrona de la antigüedad, bella, casta, fecunda y orgullosa, ¿cuál fué su suerte? proscrita por Tiberio, por el ojo sacado por el centurión que le condujo, dándole de golpes, que acabó sus días en la miseria en una isla desierta. ¿Qué fué de Livilla, viuda de Druso? encerrada en un cuarto del Palatino por su abuela, y obteniendo por toda gracia morir de hambre. ¿Cuál fué la muerte del mismo Tiberio, la obra magna de Livia? ahogado bajo un montón de almohadones por la impaciencia de su sobrino Calígula; por último, ¿cuál será el fin de éste? ¡Ah, señores! dirigid una profética mirada a ese camafeo, y tal vez distinguiréis en medio de los encadenados cautivos, al tribuno militar Chaerea, empuñando la espada que debe degollarle.

Todos esos ilustres miserables que reinaron por la violencia, el crimen o el veneno, murieron por el veneno, el fierro y la violencia, víctimas de ellos mismos, de su ambición y de sus desarregladas pasiones. Una sola persona, una sola murió en su lecho, de ochenta y seis años de edad, omnipotente, con toda su inteligencia y una implacable serenidad, que confirma que nada tuvo de humano, que no participó de los sentimientos del vulgo, ni de las debilidades de los hombres honrados, que no conceió ni las leyes ni los remordimientos, que no fué ni mujer ni madre. Fué de mármol, y en mármol se labra la estatua de la ambición. Sí, fué el genio de la ambición, el genio fatal de Roma, el genio execrable del Imperio, que contribuyó a fundar más que Tiberio y tanto como Augusto; fué el tipo de la insolencia descarada y triunfante, sin creencia, sin amor, sin deberes, sin doctrina, sin excusa, sin respeto por la patria ni sentimientos por el bien público, dotado de inmenso egoísmo hizo del pueblo entero la presa de su marido y después de su hijo, que a su vez fueron la suya. Fué la que principalmente constituyó el imperio en

su forma definitiva y en su detestable legalidad bajo el reinado de Tiberio, porque lo fundó sobre el envilecimiento y el miedo. ¿Pero quién fué el primer envilecido, quién el primero más vergonzosamente miedoso? Tiberio, su propio hijo, a quien contuvo, plegó, refrenó, burló, arrojó de Roma y domó como a una fiera. ¿No admiráis que siempre encuentra límites imprescindibles el poder más absoluto? ¡Dichosos los países en que esos límites descansan sobre una constitución libremente consentida y honradamente aplicada! Tiberio no conoció otra barrera que la voluntad de su madre, puede decirse que Livia fué su régimen constitucional; ella le moderó a su antojo, le arregló a su hora, le excitó cuando le convenía sin escrúpulos, sin patriotismo, sin moral; pero con maravillosa lucidez, que es una arma terrible en la política. Cuéntase que hay venenos tan acres, que apenas un cristal purísimo puede contenerlos; así también hay pruebas tan amargas y humillantes, y que obran tan violentamente sobre los hombres, que sólo las almas heroicas pueden soportarlas.

Tiberio sufrió bajo el yugo de Livia, afrentas repetidas, heridas muy sensibles, todo lo que puede alterar una naturaleza inclinada al orgullo y a la bajeza, cretándola a sentimientos ocultos, a recuerdos llenos de hiel, a la disimulación vergonzosa, pero exasperada, y sólo hasta la edad de setenta años logró en "menor cito" emanciparse, sólo en la decrepitud pudo este esclavo levantarse y convertirse en amo; y entonces, ¡desdichados de los romanos! porque ese anciano había conocido los extremos, durante el drama interior que formó su vida; pasó de la arrogancia al servilismo, de los apetitos excitados a la impotencia: de la debilidad a la rabia y de la hipocresía al frenesí. Todo estalló el día que el esclavo digno de lástima, comprendió que era libre.

No se puede pedir moderación a un soberano, sino cuando respeta las leyes, la dignidad humana y su propia conciencia. Livia fué para Tiberio un dique, pero meramente físico: no apaciguó las olas, sólo les opuso un obstáculo; por el contrario, las fortificó, las alejó, las acumuló, de suerte que rugían prontas a lanzarse más impetuosas y terribles.



DESPUES de saber la muerte de Livia, váis sin duda a exclamar: "Tiberio quedé libre: en lo "sucesivo gobernará sólo, y le podremos juzgar por sus propias obras." Esto sería un error, porque la libertad depende más del carácter que de las situaciones, y Tiberio había contraído el hábito de obedecer.

Se ha descubierto sobre una pared del templo de Delos, una serie de inscripciones griegas, que son otras tantas actas de emancipación de esclavos rescatados en nombre de Apolo: un griego era demasiado entendido para vender al Dios sin provecho, y los pobres esclavos se comprometían las más veces a servir sucesivamente al amo, a su viuda o a su hijo mayor, hasta una fecha remota que poco precedía a la de su muerte; del mismo modo, Tiberio había preparado un sucesor a su madre, en la persona de Sejano, de manera que a la muerte de Livia, no hizo más que cambiar de señor.

El "criterio" supremo de la ineptitud moral de un soberano es abdicar en provecho de un súbdito, es eclipsarse voluntariamente detrás de un aventurero atrevido, no reputarse capaz como hombre y abandonar el peso de los negocios a manos indignas. La elección de los hombres es sumamente difícil, cuando no les elige la opinión pública, porque es preciso ser uno mismo honrado para ser previsor, es necesario inspirar la estimación, sobre todo en el trono, para encontrar verdaderos amigos. El poder absoluto expone al que lo ejerce a despreciar de tal manera a la humanidad, que no encuentra más que favoritos, ni tiene afecto más que a las "criaturas." Esta palabra tiene en nuestro idioma una singular energía, pues pinta la operación de un déspota, que "de nada," hace "alguna" cosa, tomando de los últimos peldaños de la sociedad un hombre sin moralidad o sin valor, para elevarle sobre los demás, sólo por su voluntad, complaciéndose luego en su obra, mirándose en ella, y pareciéndole que la bajeza de los que le rodean es un pedestal propio para hacer resaltar mejor su grandeza personal. Tiberio se vió sujeto a esta ley general, justa, fatal: Sejano fué su criatura y su ministro, y a Sejano vamos a estudiar.

"Lucius Aelius Sejanus," fué hijo de un simple caballero, que se llamaba Seyo Strabon: pasó por adopción a la familia plebeya Aelia, y nació en Vulsinia, es decir, era de origen etrusco, siendo de advertir que los etruscos, después de haber sido conquistados por los romanos, no gozaban de buena reputación. Afeminados, complacientes, glotones, voluptuosos, ávidos de riqueza, insaciables, e insensibles a la vergüenza, ejercían en Roma los más lucrativos y los más viles oficios. Perteneciente al séquito del joven Cayo César, Sejano, que era de arrogante figura, había triunfado con su persona y se había vendido al rico Apicio. Tenía desde luego las condiciones que Aristófanes asegura que favorecen tan

to a los que se dedican a las intrigas políticas, cuando asienta que la prostitución hace flexible la espina dorsal, y que el que ha aprendido a no tener pudor, está dispuesto a todo. Esta misma idea puede expresarse enérgicamente con la palabra "cínico" ¿Quién ignora de qué son capaces los cínicos, desde que logran deslizarse en los negocios públicos? Sejano contaba con esa maravillosa preparación; era un completo "cínico."

Su padre, en tiempo de Augusto, era prefecto del pretorio, posición en aquella época de muy secundaria importancia, equivalente a un funcionario de la alta policía. Sejano, su hijo, después de la muerte de Cayo César, había buscado el sol naciente, y se entregó a Tiberio: estudió sus gustos, su carácter y hasta su tristeza, lisonjeó su genio sombrío, dividió sus terrores, fingió conformar sus costumbres a las suyas, y le prodigó consejos que fueron tanto mejor acogidos, cuanto que le aconsejaba lo que Tiberio deseaba, y ni aun se atrevía a enunciar. Así se abrió, según la expresión de Tácito, "esa alma envuelta en tinieblas para los demás y "que para Sejano estaba sin velo ni defensa." (1)

Luego que Tiberio ascendió al trono, le hizo su brazo derecho. ¿Por qué había merecido tan repentina elevación? ¿Había prestado algunos servicios al Estado? ¿Era un General ilustre por sus victorias, un administrador lleno de experiencia, un magistrado probo? No, había cautivado al amo, nada esperaba sino de su favor, y despreciando a sus conciudadanos y a las leyes, se atrevía a todo por servirle. Cuando se revelaron las legiones de Panonia, acompañó a Druso, muy joven aún para no necesitar de sus consejos, un eclipse de luna hábilmente explotado, calmó a los soldados, y Seja-

(1) Ut obscurum adversus alios sibi uni incautum intentumque efficeret."

no se ocultó tras de Druso, para hacerse más interesante y alcanzar el reconocimiento de Tiberio: el príncipe obtuvo el honor, Sejano el provecho.

Tiberio le agregó a Seyo Strabon, y para que fuese él solo prefecto del pretorio, nombró a Seyo gobernador de Egipto. Entonces fué cuando conociendo Sejano los planes de Livia, imaginó concentrar un poder ya temido de los romanos, que se llamaba las "cohortes pretorianas." Este fué su gran título, el único quizá para el desconocido favor de Tiberio.

En los tiempos de la República, en todos los campos se llamaba cohorte pretoriana, la que velaba al rededor del General, y guardaba el espacio de cien pies cuadrados que rodeaban la tienda denominada pretorio. Luego que Augusto tomó el título de "imperator", teniendo derecho a una cohorte pretoriana, formó diez, de mil hombres cada una y las conservó cerca de Roma: eran diez mil veteranos fieles, probados y resueltos. Para no causar sospechas a los romanos, estaban diseminados por los alrededores de la ciudad; pero listos a la primera llamada.

Sejano se propuso hacer de ellos un ejército, y acamparlo a las puertas de Roma, o por mejor decir, dentro de la misma Roma. Hizo ver las ventajas de la concentración, que eran el espanto de los enemigos del Emperador, el silencio de los descontentos, la calma de la multitud y el aguijón del senado. Se eligió el Viminal, una de las siete colinas para formar un campo permanente donde se establecieron los que debían asegurar la existencia del imperio, y hasta hoy los viajeros visitan ese campo demasiado célebre, que aunque no ha cambiado de lugar, quedó dentro de las fortificaciones, cuando más tarde al aproximarse los bárbaros, Roma tuvo que fortificarse.

Quando se sale por la "Porta Pia" y se dobla a la derecha, se ve un inmenso bastión de forma rectangu-

lar que avanza sobre las fortificaciones de la ciudad; ese bastión es la envoltura del campo pretoriano. En la época de Sejano no había fortificaciones, sino únicamente el foso y el parapeto. Si al entrar en Roma os dirigís a las termas de Dicoleciano y la estación de los caminos de fierro, siguiendo una avenida cuya entrada se marca por unos pines de follaje sombrío, llegaréis bien pronto al terraplén del bastión que acabo de indicaros, que presenta una superficie de muchas hectáreas y que no es más que el campo pretoriano.

En el ángulo de la derecha que mira al campo, las bóvedas y caminos de ronda son parte de fortificaciones más recientes; pero en el ángulo opuesto, a la izquierda, se distinguen construcciones de mejor época. Series de piezas abovedadas y unidas al muro exterior como las celdillas de un panal, conservan aún señales de pinturas, y tres o cuatro capas de estuco superpuestas, indican restauraciones sucesivas. El cuartel de los pretorianos en la "villa" Adriana puede guiar sobre este punto la imaginación de los arqueólogos. Si se hicieron excavaciones en medio de este recinto, se encontrarían las cuatro vías principales que dividen el campo, cortando en ángulos rectos el alojamiento del General, el lugar en que se administraba justicia y en que se colocaba los estandartes, el templo y el altar para los sacrificios y el Forum; y preparando unas caballerizas para los carabineros del Papa, se ha descubierto una vía antigua, embaldosada con trozos de lava de forma poligonal, que circundaba el campo.

Subid sobre la fortificación y gozaréis de una vista admirable. La llanura de Roma se extenderá a vuestros pies a una gran profundidad: las montañas de la Sabina dejan ver sus rocas áridas y los tonos delicados con que el sol las ha revestido, y los olivos marcan con una sombra más negra el pliegue de las barracas. A la derecha el Tívoli y los poéticos desiertos de la campi-

ña romana, a la izquierda las azuladas cumbres de las montañas que se escalonan y se pierden en lontananza; de sus cumbres llega un aire más puro y más vivo, se respira un hálito libre que recuerda la elocuencia del pasado: cada valle ha sido conquistado por un pueblo hestoico, cada colina recuerda una victoria, cada ruina un bello nombre. Por todas partes aparece el genio de Roma, su gloria y su grandeza, que la empujó a la conquista de la Italia y del mundo entero, etapa por etapa, milla por milla, y día por día, a fuerza de una sabia política, de mucha sangre vertida y de innumerables sacrificios, maravilloso poder de las instituciones y del patriotismo.

Repentinamente suena el clarín: volveos, y tendréis a la vista la triste escena del campo pretoriano. Allí estuvo el arsenal más formidable del despotismo, allí fué sepultada para siempre la libertad romana, allí, en la ciudad y contra la ciudad misma se organizó un ejército de opresores: allí se perpetró el estado de sitio, acampando al enemigo frente a los ciudadanos desarmados; allí reinaron con la mayor insolencia la ociosidad, la prostitución, la avaricia, la rebelión mercenaria, y la sumisión más mercenaria todavía; allí se conspiró contra los buenos principios y se adoraron las imágenes de los malos, allí se puso el poder en subasta pública, hasta que ese cáncer establecido en el seno de Roma todo lo debilitó, todo lo destruyó, todo lo devoró. ¡El campo pretoriano! He aquí el título de Sejano para la amistad de Tiberio, para el odio de los romanos, para el desprecio de la posteridad,

"Sejano, dice Tácito, tenía un cuerpo infatigable y una alma audaz. Lleno de precauciones para con los demás (nada puede igualar la energía del latín, "adversus alios eriminator"), era una mezcla de adulación y de orgullo, afectando siempre modestia, y siempre devorado por la ambición." Yo agregaré que era

de una figura arrogante, sin escrúpulos ni pudor, que desde el principio se había acomodado a las ideas, placeres y vicios de Tiberio y que con mucha anterioridad, gracias a la sublime invención del campo pretoriano, era dueño de la fuerza real y de las aspiraciones de legalidad, esto es, del ejército y el senado, porque es preciso no olvidar, que luego que se establecieron las cohortes pretorianas sobre el Viminal, se invitó al senado a una revista solemne y que con las maniobras de esos formidables veteranos, se trató de impresionar a los senadores de espíritus inquietos, que sabían no sólo lo que era la disciplina, sino que ellos mismos se encontraban dispuestos a los más difíciles y terribles ejercicios.

No solamente estaban los pretorianos a las órdenes de Sejano, no sólo les lisonjeaba y envanecía llamando a cada uno por su nombre, sino que tras ellos y bajo su protección, se formó este ejército de delatores, de testigos falsos, de espías y de legistas, que con toda desvergüenza volvían las leyes contra los ciudadanos, como los pretorianos sus espadas. Mil veces desgraciadas las épocas de turbulencia y debilidad, en que los que deben proteger a la inocencia la ultrajan, y las leyes se estudian tan sólo para administrar armas a la injusticia!

Por esa doble presión, Sejano tenía en su poder a Roma entera, y se encarnizó tanto más en tal conquista, cuanto que la ambición crecía en él, y le decía al oído que todos esos crímenes perjudicarían a Tiberio y un día le aprovecharían a él. Ansiaba el poder omnímodo, y el contagio se desarrollaba, ¿por qué no? Donde la fuerza ha triunfado, triunfará; el camino estaba abierto, la patria por tierra, destilando sangre y violada para siempre. Sejano desde la aurora de su despotismo, fué el precursor de las desenfundadas ambiciones, que asaltaron por todas partes al imperio.

¿No os parece interesante, señores, examinar el punto preciso en que tal ambición nació en el alma de ese Etrusco? La historia nos indica el momento en que esa ola que se llama "avidez," sed de poder, orgullo y concupiscencia, se precisa, se convierte en una voluntad decidida, conspira y se pone en ejecución. Parece que la chispa fué el deseo de la venganza y el punto de partida del crimen.

Tiberio tenía un hijo, Druso, que careciendo de todas las cualidades de su padre poseía todos los malos instintos; violento, arrebatado, sensual, dado al vino, a la gula y la sangre. Contemplaba los combates de los gladiadores con una alegría feroz, sus ojos se inflamaban y parecía que deseaba beber la sangre que corría sobre la arena, y hasta se llamaron "Drusianas" unas espadas muy cortantes, recién inventadas, y cuyas heridas eran mortales. Se cree que en el museo del Louvre hay una estatua de ese Druso: Visconti y luego Mongez, han pretendido reconocer en ella una semejanza notable entre sus facciones con las de Tiberio y Livia. A la inferioridad moral corresponde la física: la frente es menos inteligente, las cejas más prominentes y duras, y en el conjunto de la fisonomía hay algo de bestial.

Druso, en un momento de cólera, abofeteó a Sejano, placer delicioso quizá, pero que debía pagar caro. Sejano no dijo una palabra, devoró el ultraje y buscó su venganza. Al mismo tiempo surgió en su alma la fórmula decisiva de su ambición: hacer que desapareciera un enemigo, y usurpar el imperio de que era heredero ese enemigo. Las dos ideas eran generales.

Druso casó con una hija de Germánico llamada Livilla, o más bien Livilla, para distinguirla de la Emperatriz madre. Poco graciosa en su juventud, fué después una belleza admirable, de la que estaba tanto más orgullosa, cuanto que era una sorpresa para ella, un don

imprevisto de la naturaleza. Sejano la sedujo y cuando la había subyugado por el adulterio, le hizo detestar el ser grosero al que estaba encadenada: le dejó entrever la muerte del brutal Druso, sus propias esperanzas, su futura grandeza, el imperio, un casamiento que la elevaría al trono, y para garantía de sus promesas repudió a Apicata, su esposa, de la que tenía tres hijos. Tá cito refiere diferentes veces, y todas de un modo magistral, el complot de Livilla y Sejano. Basta recordar que Eudemo, médico de Livilla y Ligdo, su eunuco, de confianza, ministraron a Druso un veneno lento, cuyos efectos se parecían a una enfermedad por languidez; por fin murió, y su muerte no excitó ninguna sospecha, pues sólo ocho años después de haber perecido Sejano, tuvo noticia del crimen Tiberio, por la confesión de Apicata. Pero es preciso decirlo, los miembros de la familia imperial no se amaban, y los honores que con mejor voluntad se tributaban eran los fúnebres. Para Livia fué muy sensible esta pérdida, Tiberio no permitió ni aun que se suspendieran los negocios públicos, y soportó con impaciencia los pésames que recibía de todas partes del imperio, y aun hizo con este motivo una repugnante bufonada. Después de las dilaciones inevitables en un largo viaje, llegaron los troyanos, y le manifestaron la tristeza que les inspiraba la muerte de Druso; Tiberio les interrumpió dándoles a su vez el pésame por la muerte de uno de sus ilustres conciudadanos, que ellos también habían perdido, y que se llamaba Héctor.

Dado este primer paso, Sejano tenía aún muchos obstáculos que vencer. Era necesario primero adormir el espíritu penetrante y maravillosamente hábil de Livia, alejar a Tiberio, aprovechar el disgusto que tenía por los negocios. más y más sensible con la edad, y su desprecio para con los hombres que aumentaba cada día; era indispensable, por último, hacer brillar ante sus

ojos el reposo, una vida tranquila, placeres desconocidos, el atractivo de la pereza y el deleite.

Ya sabéis cómo Livia, sin quererlo, contribuyó más que nadie a la realización de este plan; cuando su sorda hostilidad contra su hijo, le hizo abandonar a Roma, como un vencido que deserta del campo de batalla. Tres años antes de la muerte de Livia, Tiberio paseaba su indolencia en las ricas llanuras de la Campania, sin haber elegido el lugar de su residencia; un accidente, tal vez preparado de antemano, suministró a Sejano la ocasión de salvarle la vida. Tiberio había entrado a una gruta para gozar de su frescura; repentinamente caen algunas piedras y una roca parece desquejarse; Sejano la detiene, mientras se salva Tiberio, y muchas personas de su séquito quedan heridas. Los dioses no podían manifestar su favor por un milagro más patente; Sejano era adorado de los dioses. Desde entonces Tiberio, que se fijó en Caprea, tuvo una limitada confianza en él.

La muerte de Livia era impacientemente esperada por el Emperador y su favorito; pero por causas bien diversas. Luego que la terrible Augusta dejó de vivir, comenzó el desencadenamiento. Desde esa fecha data el reinado de Tiberio, tal como está grabado en la memoria de la posteridad, con los crímenes, las delaciones sin número y los más vergonzosos artificios. Sejano, calumniador siempre creído y adulador pérfido, convierte las sospechas en verosimilitudes, atiza los odios y facilita los castigos. Todo el que lo ofende está perdido, el que para él es un obstáculo, es declarado enemigo del Emperador: hiere a mansalva emboscado tras de la ley de lesa majestad, y obtiene siempre el asentimiento de Tiberio, que mide el ardor de su celo por la abundancia de la sangre vertida. Sejano manejó a su antojo esa alma de sangre y lodo que había descubierto Teodoro, el viejo preceptor. Hiere primero a los amigos de Ger-

mánico y de Agripina, es decir, a las almas nobles y desinteresadas, a lo que podía llamarse en aquel tiempo partido liberal. Agripina fué condenada al destierro; dos de sus hijos, de edad suficiente para ponerse a la cabeza de los descontentos, uno fué deportado a una isla, el otro, encerrado en el Palatino en donde le esperaba la suerte más lamentable. Los delatores se multiplican, los procesos surgen de todas partes, y los enemigos de Sejano desaparecen uno a uno por orden de Tiberio, que piensa herir a sus propios enemigos, engañado por Sejano en el retiro de su isla.

En medio de una corte vendida a Sejano, Tiberio sólo sabía por su fiel Ministro, cómo el imperio, sin cesar amenazado, se salvaba cada día. Su confianza aumentaba al par que el poder de su favorito, y jamás se ha visto una ceguera tan lúgubre, y esta era, como dije al principio, la señal más flagrante de la incapacidad de Tiberio, que cada vez que escribía al senado, pasando la carta por manos de Sejano, no encontraba términos bastantes para hacer el elogio de su compañero, de su asociado, "socius laborum." Sejano tuvo una hija y Tiberio la casó con el hijo de Claudio, su sobrino, que debía de ser un día Emperador, lo que indignó a la multitud que amaba de corazón al hermano de Germánico; el fuego estalla en el teatro de Pompeya. Sejano hace apagar el incendio que amenazaba comunicarse a las casas vecinas, y el senado vota a Sejano una estatua de oro, que debe colocarse en el teatro mismo. Sólo se esperaba esta señal, y dada los romanos se apresuran activamente en levantar estatuas al favorito. Este es un honor que no debe prodigarse ni aun con los más dignos; pero en los tiempos de bajeza se elevan voluntariamente estatuas a gentes que en tiempos regulares se les habría levantado con justicia una horca. Esos homenajes forzados son un producto mixto del favor en lo alto y del servilismo en lo bajo: mien-

tras un objeto es más mediano, la sumisión es más mérito, la adoración más edificante, la adhesión más insigne. No es al individuo al que se exalta, sino al instrumento, esto es, la mano que sirve del instrumento, y que por su contacto la torna en venerable.

Al multiplicarse las estatuas de Sejano, era él mismo el objeto de todo género de adulaciones. Su "atrium" no era bastante grande para contener a los caballeros, senadores y cónsules que diariamente iban a saludarle como simples clientes. La influencia era tal, que un día el asiento en que hacía sentar a las visitas se rompió por estar demasiado usado; y entre tanto continuaban las delaciones, se acriminaban las miradas, las palabras y hasta el silencio; los escritos estaban sujetos a particulares rigores. Se empleaba toda severidad contra los que osaban atestiguar públicamente o de una manera durable lo que pensaban, y se reprimía de un modo absoluto la manifestación del pensamiento y los medios de comunicarlo. Lutorio Prisco fué condenado a muerte por haber compuesto un poema sobre la muerte de Druso, y haber tenido la torpeza y la falta de previsión de haber leído sus versos, cuando Druso estaba solamente enfermo. Aelio Saturnino, más audaz, escribió una sátira: se le hizo subir al Capitolio, no para ceñir la corona de laurel, tan deseada por los poetas del Renacimiento, sino para ser precipitado de la roca Tarpeya. Fedro el fabulista, debió la vida sólo a la posición que tenía en el palacio, donde estaba empleado, pero perdió su puesto y su fortuna, porque una de sus fábulas había desagradado al favorito; unos afirman que esa fábula fué la del "Casamiento del Sol," otros, que la de las "Ranas pidiendo Rey." Un trágico ponía en boca de Aquiles, imprecaciones muy vivas contra Agamemnon, decíase que era una alusión y se le condenaba a muerte. Bajo un Ministro como Sejano, se necesita un gran valor para ser un escritor honrado. Pero lo que

conmovió a Roma entera, fué la persecución ejercida contra el venerable Cremucio Cordus, anciano venerable del que Tácito hizo el elogio más grave, que tocaba al fin de sus días, y había escrito en tiempo de Augusto unos anales históricos, que el mismo Augusto había escuchado sin darse por ofendido. Sin embargo, Cremucio Cordus, quedaba aún en pie delante del favorito, que no le perdonaba. Sejano hizo buscar su obra, que fué quemada de orden del pretor, porque en ella se leía "que Bruto y Cassio, eran los últimos romanos." Todos los manuscritos que pudieron encontrarse fueron entregados a las llamas, debiendo añadir en honor de los degenerados nietos de Bruto y Cassio, que se ocultaron muchos manuscritos y se hicieron copias con tal apresuramiento, que los anales de Cremucio Cordus, parecía que se multiplicaban con la persecución. ¡Última e inútil protesta de un pueblo, que nada ganaba ni en moral ni en valor, con la lectura y las lecciones de su propia historia! Cremucio se dejó morir de hambre para escapar de las persecuciones de Sejano.

Así se obtenía el silencio en Roma, de esta manera protegía Sejano la literatura y la libertad de pensar. En cambio, un Veleyo, triste lisonjero que alababa a Tiberio y a su Ministro, un Valerio Máximo, que le cedía en bajas adulaciones, estaban impulsados, pagados y protegidos por Sejano; y hasta hoy sus miserables escritos son traducidos y estudiados por nuestros hijos, mientras que los de Cremucio Cordus, se han perdido, porque muchas veces el tiempo es ciego, como la fortuna.

Sejano cuidaba de escribir a Crapea todo lo que pudiera producir en Tiberio alarmas secretas, aversión por Roma y por los romanos, el placer de vengarse por la mediación de un Ministro infatigable, una crueldad nativa que se reproducía sin cesar, la satisfacción de herir sin aparecer responsable, dejando que Sejano re-

portase lo odioso de las condenaciones: Tiberio se engañaba. Nada son los favoritos a los ojos de la justicia humana, instrumentos ciegos e inspirados, dejan que la responsabilidad entera ascienda hasta los amos que le sostienen a pesar de su nada. Sejano no ha sido odiado por la posteridad, como hubiera debido serlo, casi excita la piedad en tanto que la memoria de Tiberio es siniestra y aborrecida.

Las señales inequívocas de la ternura y cariño del amo, contribuyeron a la exaltación del divino Sejano, a quien se honró como a los dioses. Sus estatuas brillaban no sólo en el teatro de Pompeyo, sino en las plazas públicas, en las calles y en los campos, tributándoseles los mismos sacrificios que a las del Emperador. Las pinturas representan fraternalmente reunidos a Tiberio y su Ministro; cuando Sejano entraba a Roma, recibía los mismos honores que el Emperador; el aniversario de su nacimiento ("natalitia.") se festejaba con la misma pompa, se juraba por su vida, "per fortunam Sejani," con más gusto que por la de Tiberio. "per fortunam Tiberii," porque estaba ausente, y por último, se colocaron en el teatro dos tronos de oro de igual "hermosura," el uno, que quedaba vacío, era el de Tiberio, el otro lo ocupaba el favorito.

Había llegado a tal grado la ceguedad moral de Tiberio, que no concebía ni el menor celo: ese espíritu tan inquieto no distinguía ninguna sombra, se adornaba en una profunda confianza, no tenía por su parte ni ocultas intenciones ni hipocresía; amaba a su Ministro como a él mismo, porque le evitaba los fastidios exteriores del poder, dejándole sus goces. Sus cartas estaban llenas de expresiones cariñosas, y cuando hablaba de él al senado decía: "mi Tiberi," y además le daba el nombre de su colega, suponiendo a su favorito asociado al imperio, Hizo más todavía, derogó el antiguo orden de cosas, al que afectaba escrupulosamente a-

pregarse, nombrando a Sejano cónsul por cinco años consecutivos, no obstante que el consulado fuese siempre anual.

La situación era, pues, única, sin precedente; Sejano era un Emperador de hecho, era un César no aclamado. Un espíritu moderado, aun con una ambición immoderada, hubiera tenido la prudencia de detenerse, de gozar, de continuar reinando y de esperar la muerte de Tiberio, que contaba ya con setenta y dos años; pero, señores, el crimen sería muy cómodo si no estuviera rodeado de precipicios; la ambición muy fácil, si la ceguera no fuera al mismo tiempo su peligro y su castigo.

El vértigo arrebató a su vez a Sejano, como a todos los que no han merecido su elevación. Un grano de arena puede desviar un carro magníficamente lanzado, o más bien el primer error origina la primera falta, y después la completa pérdida.

Livilla, su cómplice, que esperaba el poder de que aún no gozaba, que quería recoger el fruto de un crimen que les era común, dividir con Sejano su vida, su habitación, y los honores que le rodeaban, le obligó a cumplir la promesa, a escribir a Tiberio pidiéndole su mano. Tácito nos ha transmitido la respuesta del Emperador, pero de una manera tan bella y tan concisa que desde luego se conoce el estilo del gran escritor. Tiberio rehusa, no como un soberano ofendido, que prohíbe a un simple caballero el acceso a la familia imperial; no, sino por afecto y por talento, por interés de un Ministro contra el que teme excitar el odio de los romanos, la envidia justamente desencadenada del partido de Germánico y Agripina; sus razones son las de un amigo sensato, y no las de un amo que tiende una celada.

No por eso dejó de ser sensible a Sejano la negativa: la petición había sido pública, y pública fué la afrenta:

y desde ese momento la cólera comenzó a precipitar sus actos. La crueldad era para él un consuelo, al mismo tiempo que un medio de allanar el camino que se trazaba, y redobló esa crueldad. El Senado admiraba de tal manera los ejercicios de los pretorianos, que bastaba designar una víctima, para que en el acto fuese condenada con una apariencia de legalidad: formulada la acusación la muerte era segura; porque muchas veces el acusado para escapar del suplicio se arrancaba la vida. A tal precio se obtenía que los bienes no fueran confiscados, que los hijos no quedasen reducidos a la miseria, y el moribundo tenía que inscribir en su testamento a Tiberio y a Sejano para que no se declarase nulo. La suerte no podía burlarse con una ironía más feroz del desgraciado a quien se le obligaba a lisonjear a sus verdugos hasta en el seno de la misma muerte.

El nuevo año comienza por el asesinato de Sabinus, personaje muy considerado que gritaba a los romanos al ser llevado a la prisión: "¡Mirad, ciudadanos, lo que os reserva Sejano; he aquí bajo qué auspicios comienza el año nuevo!" De esta manera aumentaba la indignación pública y sus odios mal disfrazados bajo pálidas sonrisas, se acumulaban sobre la cabeza del insolente favorito. Su grandeza era tal, dice Dion Cassio, que ya se juzgaba Emperador, no hablaba sino raramente de Tiberio, y eso con desprecio, y sus servidores le llamaban tan solo el señor "de la isla, o el gobernador de Caprea!"

Y en efecto, Sejano, contaba con el ejército y con el senado, porque tenía al ejército, y con el pueblo porque le contenía, ayudado del ejército y del senado. Tenía a Roma, al suelo italiano y a Tiberio, dormido y debilitado por los años y la prostitución, confinado sobre una roca aislada, espiado y rendido por una peque

fla corte, que ponía en conocimiento de Sejano cuanto pasaba en Caprea, mientras que Tiberio no sabía sino por Sejano lo que pasaba en Roma. Nunca, ningún advenedizo llegó a una situación más embriagadora. jamás ha habido quien estuviera más cerca de la omnipotencia; no faltaba sino extender la mano y hacer el gesto supremo.

En este momento estalló el rayo: partió del Palatino y del lado más imprevisto, como sucede en todas las revoluciones. Una mujer olvidada mucho tiempo hacía, en el seno de un profundo retiro, se encargó de la defensa de Tiberio, o mejor dicho, de su propia raza que veía inminentemente amenazada; esta mujer fué Antonia, la viuda del hermano de Tiberio, de aquel Druso que tanto amó en su juventud, y que había muerto a la edad de treinta y un años. Verdadera matrona de los tiempos antiguos, Antonia se había retirado al Palatino, al lado de Livia, hilando lana y viviendo en una perfecta castidad. Las medallas de Claudio, su hijo, hizo grabar en su honor cuando obtuvo el imperio, nos dan a conocer una figura que revela un bello carácter: las mejillas son abultadas y en ellas se distingue un pómulo alto, como lo tienen las mujeres de Rafael, las cejas forman un marco noble y los cabellos son abundantes, es un verdadero tipo romano con una armonía arrogante y tranquila.

Antonia hizo conocer a Tiberio los proyectos de Sejano, y como una carta no podía decirle todo, le envió a su liberto Pallas, en quien Tiberio tenía tanta confianza como ella misma. Preciso es, señores, que nuestra imaginación bosqueje un cuadro que renuncie a pintar: la sorpresa de Tiberio, su espanto, su dolor, el conocimiento de un peligro inmenso, la rabia de haber sido engañado, el instinto de conservación, la sed de venganza,

za, y su impotencia en medio de las apariencias del más absoluto poder.

¿Qué habría hecho en tales circunstancias una alma valerosa? Correr al enemigo, tomar la flota en Misena, subir el Tiber y llegar a Roma, era un triunfo cierto. Descender a la Campania, hacer un llamamiento a los magistrados municipales y a los veteranos de Augusto, y marchar sobre Roma, era también un modo seguro de perder a Sejano, pues los pretorianos lo hubieran vendido por el mismo precio que le servían; pero Tiberio no se atrevió, prefiriendo dar al mundo un espectáculo curioso, único en la historia, el de un soberano conspirando contra su Ministro: el primero, temeroso y humilde en una pequeña isla, el segundo, dueño de la capital, del ejército, y por decirlo así, de todo el imperio; Sejano ciñendo una diadema, Tiberio ocultándose entre las sombras, y representando el papel de traidor en esta sangrienta comedia, desplegando en esta larga conspiración una paciencia, una hipocresía y una destreza que caracterizan un genio de segundo orden. Guarda su secreto seis meses, y continúa haciéndose el engañado, urdiendo su trama al derredor de su presa, mostrándose en esto digno hijo de Livia. Esperó a que Sejano no fuera cónsul porque el consulado le suminis traba armas legales: llegado el término, nombró dos cónsules de los que el uno era hechura de su Ministro; el otro, Régulo, su enemigo, y del que Tiberio podría disponer, y al mismo tiempo hizo adormir la vigilancia de Sejano o paralizarla. Con tal objeto, con un cuidado infinito, escribía cartas admirables, de las que, a pesar de mi deseo, no puedo enseñaros el tipo porque ninguna se ha conservado; pero estad seguros que el discípulo de Augusto y de Messala Corvino, debió encontrarse para ellas con un talento imprevisto; el cuidado de defender su vida y reconquistar el imperio inspiraba su musa. Esas cartas ora excitaban la ambición de

Sejano, ora la enfriaban. Un día el Emperador se pintaba moribundo, otro aseguraba estar curado y anunciaba su viaje a Roma; ya agobiaba a Sejano con elogios y caricias, ya le censuraba y criticaba sus actos; algunas veces le concedía los favores que solicitaba para sus amigos; otras los rehusaba con aspereza. El resultado de estas contradicciones hábilmente balanceadas, fué tener en suspenso el espíritu de Sejano, encantarle y espantarle, fatigándole con una perpetua incertidumbre, aletargándole, haciendo que se produjera en él ese estado de torpeza terrible que se llama indecisión.

Llegó el momento en que Sejano tuvo miedo y lo dejó entrever; desde entonces, con un adversario cobarde como Tiberio, estuvo perdido. Desconociendo a "su Tiberio," intentó hacer un reconocimiento, y marchar a Caprea, al antro del monstruo, para restablecer su desquiciado ascendiente; le escribió dándole un espacioso pretexto para su viaje; pero Tiberio le contestó que permaneciese en Roma, y envalentonado por el espanto de su Ministro, preparó los grandes golpes.

Tenía a su lado a Cayo Calígula, hijo de Germano y de Agripina; le detestaba como a toda su familia, pero sabía cuán cara era a los romanos la sangre de Germanico. Para seducir a la multitud y descartar a Sejano, anunció oficialmente que elegía por sucesor a Calígula. Esto produjo una alegría universal y fué una barrera inquebrantable levantada ante Sejano. Luego, había precisión de advertir al Senado y apartarlo de aquel a quien estaba acostumbrado a considerar como la fuente de todos los favores, y algunas señales bastaban para que los ávidos adoradores del sol, comprendiesen que llegaba su ocaso. Tiberio prohibió que se votasen nuevos honores tanto para él, como para su Ministro, y en vez de llamarle en sus cartas como antes "mi Se-

jano, mi colega," le designaba sólo por su nombre, L. Aelio Sejano. No se necesitaba más para que el fino olfato de los cortesanos reconociese la falsa pista y estuviesen atentos.

Por último, la hora decisiva llegó, ¡qué catástrofe! ¡qué enseñanza! Por desgracia el relato de este drama, que fué referido por Tácito, se perdió, así como una parte del libro quinto de sus "Anales;" Dion lo comprendió, y nosotros nos contentaremos con presentar algunos rasgos.

Tiberio comunicó sus instrucciones, a Naevio Sertorio Macron, a quien nombró prefecto del pretorio; puso en sus manos el documento que le hacía reconocer por tal y una carta para el Senado, "larga y verbosa," según la expresión de Juvenal. Macron llegó a Roma de noche, se entendió con el cónsul Memmio Régulo, enemigo de Sejano, y tomó todas sus medidas con Graenico Lago, libertó que mandaba los 7,000 libertos de las siete cohortes de vigiles, encargados de la policía de la ciudad que siempre abrigaban celos de los pretorianos.

Al nacer el día, el Senado se reunió en el templo de Apolo sobre el Palatino, al que subió Macron y donde encontró a Sejano, que habiendo sabido su llegada, estaba inquieto por no haber recibido cartas: Macron le llama aparte, le enseña sus tablillas selladas por el Senado y le anuncia que Tiberio va a conferirle el poder tribunicio. Esto era declararle tan inviolable como el Emperador, y asociarle al imperio. Sejano, cuyo corazón salta de alegría, se precipita al templo, y entretanto Macron se da a reconocer a su escolta, prometiendo a los pretorianos dones considerables en nombre de Tiberio que quiere recompensar su fidelidad, y los envía a sus cuarteles. Los vigiles ocupan el lugar de los pretorianos, rodean el templo, al que entra Macron, para entregar al Senado el mensaje anunciado, vuelve a salir al

punto de la asamblea y marcha al campo pretoriano para hacer que permanezcan allí los soldados y evitar toda sedición.

Comenzó la lectura: Tiberio al principio hablaba de asuntos diversos, después dejó deslizar una censura contra Sejano, volvía después a cuestiones indiferentes formulando después otra nueva queja. Un silencio mortal reinaba en la asamblea. Sejano, acostumbrado hacía seis meses a los giros caprichosos del estilo de Tiberio y consolado por la conclusión de la carta que le había revelado Macon, escuchaba distraído, esperando oír las palabras "poder tribunicio;" pero repentinamente cambia la escena, Tiberio ordenaba el arresto de dos senadores amigos de Sejano, ataca a Sejano mismo pidiendo se le aprehendiera, se declara en peligro y suplica al Senado le envíe a buscar a Caprea con un cónsul y las tropas suficientes.

El ataque fué tan imprevisto que Sejano permaneció estupefacto: nada comprendió en aquel momento, ni pensó en evadirse, ni en correr al campo pretoriano, ni en hacer un llamamiento al pueblo, a los caballeros o a sus amigos. Los bancos que le rodeaban quedaron poco a poco vacíos, y al volver el rostro, vió a su lado a Laco, el jefe de los vigiles, que había penetrado sin ruido: estaba preso y ni siquiera escuchó al cónsul Régulo que tres veces le ordenó que avanzara, y que tuvo que tocarle la espalda para sacarlo de su abatimiento. Al instante, los senadores prorrumpieron en gritos e imprecaciones contra el que adoraban la víspera; la humanidad ha visto más de una vez esta terrible palinodia de los cuerpos constituídos al declarar una abdicación.

Sejano fué conducido a la prisión Mamertina, en medio de una multitud que le insultaba; en vano se cubrió con un extremo de la toga, se le arrancó para herirle el rostro: esas bofetadas vengadoras debieron hacer que se presentara ante él la sombra de Druso. A su paso se

destruyen, se arrastran y se hacen pedazos sus estatuas; vuela el mármol en pequeños fragmentos, y el bronce se lleva a las fraguas. Juvenal pinta esta escena, y dice que es para eterna vergüenza de los romanos; pero estos se deshonraron, cuando levantaban esas estatuas y les ofrecían sacrificios.

Alentado por las violencias de la multitud, el Senado tuvo valor de ordenar la muerte de Sejano: su cuerpo fué arrojado a las gemonias, entregado durante tres días a los insultos de los transeuntes y arrojado al Tiber. Sus hijos corrieron la misma suerte, su hija, muy joven, todavía fué violada por el verdugo al lado de su hermano, antes de extrangularla, por estar prohibido por la ley ejecutar a una virgen, y Apicata, la mujer repudiada, escribió a Tiberio denunciando a Livilla, su rival, dándose la muerte en seguida.

Tal fué el fin de ese terrible duelo en que Sejano y Tiberio son igualmente medianos, igualmente sanguinarios, igualmente pérfidos. Sin moralidad y sin utilidad, dos personalidades estaban en juego, sin otro objeto que la dominación. Los romanos hubieran contemplado la una o la otra en las gemonias con la misma alegría, estuvieron por Tiberio contra Sejano, como hubieran estado por Sejano contra Tiberio: presa miserable del déspota en pie, insultaban con placer al déspota vencido.

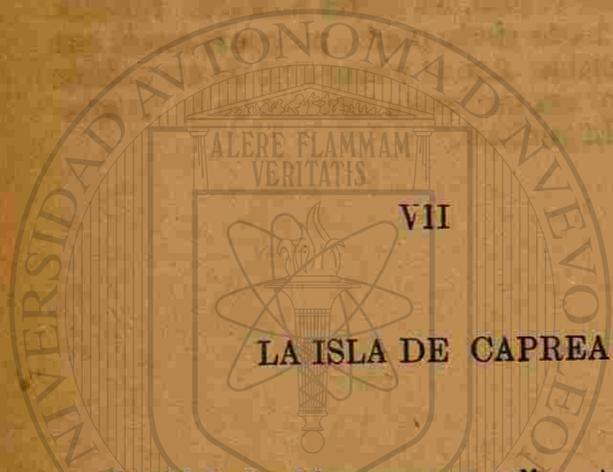
No me pidáis, señores, que os haga conocer las facciones del que había usurpado el imperio, con más resolución o mayor genio. Los romanos se asociaron de tal manera a la venganza de Tiberio, que no dejaron sobrevivir ni un monumento figurativo, ni un camafeo, ni una piedra grabada. Tampoco existen medallas, y en cuanto a las estatuas, Juvenal dice con absoluta veracidad, que fueron convertidas en palas, pinzas, cacerolas y otros útiles para freír; apropiándose las imágenes del rostro de este personaje vil, a usos más viles.

Todo lo que queda de Sejano es el recuerdo de su fortuna, de sus crímenes, de su caída, y la reprobación de la posteridad, mezclada con algo de piedad.

Hay muchas especies de Ministros: unos que se consagran sin reserva a su soberano, a su grandeza, a su gloria, a un principio de que es representante, y se honran por su desinterés, uniendo su talento a su fidelidad: los Ministros de los países libres que sólo se entregan a su patria, sirven al soberano, pero sólo obedecen a la ley, escuchan siempre la opinión pública que les da la medida de las necesidades de sus conciudadanos, que representan una idea y desaparecen desde que esa idea ha conquistado su puesto, puros cuando tocan los negocios públicos, más grandes cuando vuelven a la vida privada; y Ministros, en fin, cuyo tipo es Sejano. Estos no aman a su soberano ni a su país, sino que sólo se aman a ellos mismos. La ambición es su sola ley, la avaricia, su única conciencia: se adhieren al poder como las manos se juntan a ciertas máquinas eléctricas, que aprietan tanto más, cuanto más fuerte es el dolor que causan; para conservar el poder se convierten en los abogados de todas las causas, los instrumentos de todos los planes, los opresores de todos los derechos. En los tiempos de violencia cuando se ahogan las leyes morales, no retroceden ni ante los atentados más graves: Sejano es un ejemplo, no retrocedió ni ante el crimen.

No me pidáis compasión, señores, para el culpable Ministro, que pervirtió a su benefactor, que excitó sus malos instintos y fué el más complaciente de sus verdugos. Fué justamente castigado, porque creó males temporales arrancando a sus conciudadanos su fortuna, su libertad y su vida, y consagró un mal durable por el establecimiento del campo pretoriano. Al acampar en Roma a sus perpetuos enemigos, al volver contra su patria las fuerzas destinadas a defenderla, al preparar

al imperio un santuario nefasto, al dar a las razas futuras ese funesto ejemplo de opresión, Sejano ha merecido y merece sino el horror de la posteridad. Justo es que nuestro desprecio tenga el fiel de la balanza igual entre el amo y el favorito; que se derrumben, que se castiguen el uno por el otro, las gentes honradas respiran y se consuelan hasta cierto punto, porque la moral que dó, no diré vengada, sino al menos dejó de ser hollada con los pies, por esa insolencia suprema de la fortuna, que se llama "Impunidad."



UNA lasitud inmensa y un disgusto profundo hacia los hombres se apoderaron de Tiberio. Había abandonado a Roma, a Livia y a Sejano, a Livia, a la que hasta cierto punto despidió, pero que comprendía que era digna de toda su confianza; a Sejano, al que amaba con esa ceguedad que engendra los favoritos, que para él era lo que él fué para Augusto, durante los diez últimos años de su reinado, un Ministro que no discute, un esclavo siempre pronto a obrar, un amigo que no conoce más que la obediencia pasiva.

Partió para Campania y poco después para Caprea, con la alegría que experimenta el funcionario que ha terminado su carrera, y busca un retiro agradablemente ocupado. La pereza, la sed de placeres que es preciso ocultar, iban a dividir su alma con el ejercicio de un poder lejano y descartado de todo fastidio. Dion Casio hace sobre Tiberio una profunda reflexión: "Es

"te Emperador, dice, era un compuesto de grandes cualidades y de grandes vicios, y unas y otros dejó entrever separada y sucesivamente, como si de esa manera los hubiera adquirido." Esto es verdad: Tiberio demostró sus cualidades durante la primera parte de su vida, porque estaba contenido por el miedo, al inclinarse a su fin, se abandonó a sus vicios, porque se reputó libre y sin freno alguno.

Frente al golfo de Nápoles hay una isla muy célebre y muy conocida de los viajeros para que sea necesario describirla, es Caprea. Esta isla sorprendió a Augusto en la última navegación que hizo acompañado de Tiberio sobre las costas de Italia, y la adquirió de los napolitanos por medio de un cambio. Augusto pasó por ella; pero Tiberio la recordó constantemente y la eligió para su retiro. Su acceso era difícil, no puede llegarse a ella más que por un sólo lado y por una escarpada escalera. Las rocas se elevan por todas partes a una altura inmensa, y están cortadas a pico sobre una mar profunda, bella y peligrosa. En la llanura reina un aire purísimo, la vista abarca un horizonte magnífico, el Vesubio y el Golfo de Nápoles: la belleza del sitio y la nobleza de las líneas recuerdan la Grecia: se diría que era una Cyciade arrancada del círculo divino de Delos. Tiberio, encantado del clima, de la seguridad, de los recuerdos de Rhodas y de Grecia, hizo construir doce "villas," cuyos restos se enseñan aun a los viajeros, sin poder persuadirlos, porque son de tiempos posteriores a Tiberio, las ruinas de las "villas" que existen en Caprea, y apenas si hay una escalera de su época. Las doce "villas" tenían los nombres de doce dioses, la mayor, esto es, la de Júpiter, estaba habitada naturalmente, por el Emperador, las otras eran para los veinte senadores que formaban su consejo, para

los guardias, amigos y esclavos, para el personal y material, cada día mas considerables, de sus desórdenes.

Si Tiberio al retirarse a Caprea no hubiera sido más que un simple particular, habría vivido en la molicie y en la obscuridad, aumentando el rebaño de Epicuro, sin ser por eso un criminal; pero era omnipotente y tenía el derecho de quererlo todo. Sus deseos sin medida encontraron por todas partes los límites que le oponía la humanidad, atentó a sus derechos y fué arrastrado a la iniquidad.

Paso, señores, sobre la pereza que era el genio familiar de Tiberio, sobre su afición al vino, recuerdo de sus primeras campañas, que algunas veces le retuvo dos días y dos noches en la mesa, y le hacía designar para tal o cual magistratura al candidato que vaciaba de un solo trago el ánfora que le presentaba el Emperador: paso sobre la niñería literaria que le arrancaba ochenta mil francos por un diálogo entre el becafigo y el mirlo, el ostión y la ceta, compuestos por Aselio Sabino, y querría pasar en silencio otros placeres más difíciles de describir. Las prostituciones de ese voluptuoso de setenta años han alcanzado renombre, aunque el historiador no pueda mostrar por respeto a él mismo, ese palacio lleno de cuadros vergonzosos, de esculturas las civas, de libros obscenos, ni esos serrallos en que la prostitución más refinada, reanimaba los muertos sentidos de un anciano, ni los bosques poblados de desgraciados y desgraciadas, que estaban obligados a parodiar groseramente la encantadora mitología de los griegos, para excitar los deseos de un bárbaro.

Muy a mi pesar nombraré a uno de esos individuos que son el producto más abyecto de los más abyectos tiempos, mercaderes de carne humana, traficantes desvergonzados, oprobio del soberano que les emplea, de

la corte que los alimenta y del país que los tolera: el intendente de los deleites se llamaba Cesonio Prisco, era caballero romano, y el miserable se enorgullecía con el título oficial de "prefecto de los placeres de Tiberio" ("a voluptatibus") y ¡de qué placeres! La fortuna se complace en ocultar en los pliegues de la historia a muchas gentes honradas que debieran ser conocidas de la posteridad, y nos avergiienza con conocer y pronunciar el nombre de seres, que debieron permanecer ocultos en el fango.

Baste deciros, señores, que los años que Tiberio pasó en Crapea, transcurrieron en medio de una prostitución llevada hasta el delirio; los atentados eran de todos los días y el crimen fué la sazón del placer. A las mujeres de condición libre se las perseguía jurídicamente y se les amenazaba con la muerte si no cedían; así fué acusada Mallonia que prefirió quitarse la vida. Los jóvenes de ambos sexos pertenecientes a las más nobles familias eran objeto de raptos continuos; los esclavos y los libertos del Emperador que servían de proveedores a Cesonio Prisco, recorrían las campiñas y las provincias. Ningún sexo era respetado; se buscaba a los niños de la más tierna edad para destinarlos a los usos más abominables, y caso de resistencia de los padres, se manejaban como en una ciudad tomada por asalto, y el botín era luego llevado a Caprea. Este tejido de horrores lo han resumido en algunas palabras Suetonio y Tácito. No exijáis que traduzca a Suetonio, ni aun con palabras embozadas, los detalles que da, manchan la imaginación: sólo tienen el derecho de leerlo los que purifican la lectura con el odio al despotismo, procurando saber cómo los pretendidos amos del mundo, se han hecho inferiores a las bestias por el exceso de su mismo poder. Más fácil es citar a Tácito, cuya gravedad sublima hasta los más sucios manejos. Emplearemos la traducción de Bournouf:

"En seguida, volviéndose a sus rocas, ocultó de nuevo en la soledad de los mares los crímenes y disoluciones de que se avergonzaba. El ardor de la prostitución hasta tal punto le arrebatava, que a ejemplo de los Reyes, manchaba con sus caricias a los hombres libres. Y no eran sólo la gracia y la belleza de los cuerpos las que excitaban sus deseos, sino que se complacía en ultrajar en unos una infancia modesta, en otros las imágenes de sus antecesores. Entonces se inventaron nombres desconocidos, que recordaban lugares obscenos o lúbricos refinamientos. Esclavos destinados a tal fin, buscaban y encontraban víctimas, ora recomiendo pensando la buena voluntad, ora amedrentando por la resistencia, y si un padre o un pariente defendía a su familia, ejercían sobre ella la violencia, el rapto, y todas las brutalidades de un vencedor para con sus cautivos."

He aquí lo que sufría el pueblo romano, al que en otro tiempo le habían bastado para libertarse la violencia de Lucrecia y el rapto de Virginia.

Pero se dice que Suetonio miente, que miente Tácito, y mienten también los satíricos que han hecho alusión a las torpezas de Tiberio, porque ciertos apologistas son capaces de recusar los asertos más unánimes y precisos, y los que pretendemos justificar o combatir el testimonio escrito, por el de los documentos, tenemos pruebas palpables, materiales, incontestables, que confirman la veracidad de Tácito, Suetonio y sus contemporáneos.

La lengua latina nos ofrece desde luego, palabras que aún existen formadas por y para Tiberio; por ejemplo, el sobrenombre de "Caprinus" que había dado al pueblo y que indica por un doble equívoco "el habitante de Caprea" y las costumbres del "chivo," y no creo te

ner necesidad de recordaros cuál era en la mitología la misión de este animal. Otros, tales como "sellarii y spintriae" que no pueden traducirse, tranquilizáos, fueron inventados por el mismo Tiberio, para designar a los cómplices de sus horrores, o las víctimas de su prostitución.

La arqueología a su vez ministra pruebas irrecusables. Lámparas de barro, bronce, que por su estilo de claran que son de la época de Tiberio, representan las licenciosas escenas de que habla la historia. En Pompeya, sobre la costa vecina, ¡cuántos objetos debieron de ocultarse en el museo secreto! y estad convencidos que la influencia de Caprea se extendía a la afeminada Campania, donde se esforzaban en imitar las costumbres de las cortes con tanta mayor afición, cuanto no habían visto nunca con desagrado tales excesos.

Por último, las grandes colecciones numismáticas, contienen series de medallas de bronce, que comunmente se llaman "monedas spintrianas," o mejor tesoras, y que son más bien señales de reconocimiento o billetes de entrada. Sobre su anverso representan asuntos de una licencia tal, que no pueden describirse; sobre su reverso cifras romanas que llegan a XIX. La variedad de estos tipos, que es necesario ver una vez en la vida para comprobar la historia, es bastante grande para determinar su época, si algunas por su estilo pueden hacerse remontar al tiempo de Augusto, la mayor parte tienen los caracteres de las monedas grabadas en tiempo de Tiberio, y aun hay una serie, que es la más repentina, en la que los numismáticos pretenden reconocer el parecido de Tiberio.

¿Cuál era el uso de esas tesoras? ¿se distribuían a la multitud los días de representaciones licenciosas, o se

destinaban a los Atellanes? ¿daban acceso a los lugares de prostitución, o eran "billetes de hospitalidad" para las casas de mala reputación? ¿De la misma manera que hoy se da a los pobres bonos de pan, de carne, de leña, se daba a la canalla romana, esa especie de gajes a cambio inmediato, el día de larguezas imperiales? La moralidad de los Emperadores podría ir hasta allá, y lo cierto es, que hicieron acuñar con increíble abundancia esas armas parlantes de la prostitución.

Dejemos tan tristes cuestiones, e investiguemos más bien, cómo debemos representarnos en su edad avanzada al que los romanos llamaban el "Viejo chivo de Caprea." Le hemos visto en su juventud noble, hermoso e inteligente, prometiendo a pesar de algunos signos alarmantes al observador, un tipo digno de Livia y de los Claudios. ¿Hay por ventura un monumento que nos lo haga conocer en su vejez? Subiendo al gabinete de medallas y deteniéndose delante del estante que guarda los más bellos camafeos de la época imperial, búsquese el número 211. Allí hay una sardónica de tres capas, que mide siete centímetros de alto por cinco de ancho.

Allí está Tiberio, viejo, con una espesa cabellera, que el artista había inventado, que quizá se había adaptado al original cuando vivía, y sobre la cabellera una corona de encina: sobre la espalda tiene una egida con escamas de cerrada malla, por consecuencia estaba identificado con Júpiter "Aegiochus," esto es, Júpiter armado de egida. ¿La "villa" que ocupaba, no tenía el nombre de "Casa de Júpiter?" El perfil es hermoso, porque los años no modifican la construcción esencial y la silueta del rostro; la nariz es aguileña, desde luego se reconoce a Tiberio; pero la frente está plegada como indicando violencia, el arco superciliar revela una singular dureza, y el ojo tiene algo de terrible: la boca, los

labios y la barba son gruesos, sensuales y se aproximan al tipo de Vitelio: el cuello es enorme, binchado por el vino, la gula y tal vez por un secreto veneno. En las proporciones de esta cabeza construída sin embargo por un hábil artista, hay algo de enorme, de monstruoso, y como una expresión de terror a través de la cual, el mismo artista vió a su modelo. A lo dicho debe agregarse que como la sardónica es de un tono azulado, lo da más sombrío al rostro haciéndolo más obscuro el recorte de los cabellos y la egida casi negra. De esta cualidad de la piedra resulta un efecto más dramático, que imprime algo de espantoso y de teatral a esa imagen de Tiberio.

Útil es recordar que aunque el grabador del camafeo embelleció su modelo idealizándolo, es preciso completar este retrato, agregándole con ayuda de la imaginación ojos enfermizos, rojos, irritados hasta el punto de ver claro en las tinieblas como el tigre: un rostro cubierto de tumores, anuncios de los insomnios y la prostitución, cubiertos de unguentos y emplastos que el mismo Emperador se aplicaba, porque era su único médico, y una calvicie precoz y que debió precipitar su monstruoso género de vida. Tal era el voluptuoso y galante Tiberio, tal el horrible anciano, sultán que superó a muchos de una civilización más moderna, y que en su harem de Caprea, se entregaba a la molicie y a sus tardíos placeres, mientras que su gran visir Sejano, lisonjeando sus pasiones, sus sospechas y sus instintos sanguinarios, era dueño de Roma.

Preguntaré: ¿puede ser verdad que ese abandono a parente y esa triste decrepitud le hayan inclinado a la ferocidad, que la molicie enervada se alfe con el gusto por la sangre? Desgraciadamente, responde la historia a tamañas dudas, en diferentes épocas y por repetidos ejemplos. Degollar y violar son dos actos de poder;

destruir no pudiendo crear, una satisfacción igual para los niños que manejan sus juguetes, como para los tiranos que divierten con sus pueblos. El abuso de las mujeres y el desprecio de los hombres conducen igualmente a la crueldad, porque es una excitación del sistema nervioso, una forma de la saciedad del poder, un incitante para los estómagos estragados.

En los primeros años la sangre no corría a su vista. Roma estaba lejos y Sejano velaba. La crueldad era regular, organizada, fácil y dulce para el déspota. Daba una orden, y no tenía que inquietarse ni por el proceso, ni por la condenación, ni por la ejecución; Sejano se encargaba de todo.

El rayo que sacó a Tiberio de su atonía le volvió a colocar enfrente de la divinidad que había reinado en su alma tantos años: ¡el terror! La carta de Antonia, la carta de Pallas, una disimulación que supo sostener con habilidad por seis meses las aprensiones más punzantes, el deseo de la venganza, aplazan una conspiración perpetua, sepultada en el secreto, luego, el estallido, Macron partiendo para Roma, fueron emociones que debilitaron e inflamaron sucesivamente al anciano, le abatieron, y exasperaron, le aniquilaron o le volvieron furioso. Preciso es considerar a Tiberio, lleno de ansia, devorado, suspendido sobre el abismo, desde el momento en que Macron fué a Roma a jugar sus destinos. Terribles frutos produjeron esas haras de ansiedad febril, pasadas sobre la más alta de las rocas de Caprea, y contadas por las pulsaciones de un corazón que el miedo hacía latir apresuradamente:—“¿Había llegado Macron a Roma? ¿qué pasaba en el senado? “.....¿y Sejano?... ¿muere? ¿triumfa? ¿marcha sobre Caprea? Las señales convenidas no se ven sobre las colinas. ¿Estaré perdido? Ya ha transcurrido la noche, el alba blanquea el horizonte, y aun no se dis-

“tingue ninguna señal. Nació el sol.....sube.....se pone “.....va de nuevo a ocultarse en las ondas.....y ¡no hay “señal!.....¿Será preciso huir?”—Y Tiberio miraba a sus pies, abajo de la escalera tallada a pico, la galera allí amarrada, que debía llevarlo a algún lugar ignorado del mundo para buscar en él un refugio, pues Rodas se presentaba a su imaginación con los terrores de otro tiempo. Las emociones que le sorprendieron en una vida tranquila y enervada por los placeres, hubieran producido un cambio violento, aun en un hombre en la plenitud de su fuerza, y aunque le faltasen el valor civil y la convicción, habría habido una metamorfosis, y por lo mismo para ese lamentable y asqueroso anciano, fué la señal del desencadenamiento de las más negras pasiones.

En esta situación, después de la noticia de la muerte de Sejano, llegó la carta de Apicata, la mujer repudiada, revelando crímenes ignorados, entre los que se enumeraba el envenenamiento de Druso, hijo de Tiberio, por Sejano y Livilla. Una alegría efímera fué reemplazada por un furor amargo. ¡Qué! ¡él, el profundo, el disimulado, el previsor Tiberio, había sido engañado como un niño, había sido durante ocho años el maniquí del hombre que acaban de degollar; le había matado a su hijo y nada había sospechado! ¿De quién podía fiarse en lo sucesivo, si el universo no le presentaba sino traiciones, tramas y miserias? Su alma desde entonces fué presa de sospechas tan punzantes y de una rabia tan feroz, que hubiera querido derramar en el universo el terror de que estaba poseído. Nueve meses permaneció encerrado en su “casa de Júpiter,” comparándose al dios que pesa en su balanza el destino de los mortales; pretendió ser justiciero, y tomó su deseo de venganza, por una necesidad de justicia. Estudió la vida, las acciones, las palabras de sus principales ciuda-

chos, los marinos apostados que les esperaban sobre las barcas.

Tiberio fué tan buen carcelero como Luis XI; visita ba las prisiones, reconocía perfectamente cada cautivo, y medía los dolores por sus propios resentimientos. Cuando algún preso podía darse la muerte, Tiberio gemía exclamando: "Carvilio se me ha escapado". Cuando las víctimas por singular favor solicitaban el golpe supremo, contestaba: "Todavía no; luego que séamos más antiguos." La sed de sangre se desarrollaba, la necesidad de sensaciones violentas le eran necesarias para sacudir la torpeza de ese gastado deleite, y las sospechas se añadían a los crímenes, los insomnios a los temores del día, el terror a los deseos de venganza. Consultaba sin cesar los astros y los presagios, y todos los que parecían destinados a una suerte brillante, eran desde antes condenados. Su familia y sus amigos quedaron más expuestos que ningunos otros. Nerón, su sobrino, desterrado a la isla de Poncia, se vió obligado a darse la muerte, y Druso, su sobrino, también, pereció de hambre en las cuevas del Palatino. De los veinte senadores que formaron su consejo privado, y que él mismo había elegido por su fidelidad, sólo quedaron cuatro a cinco, pues dió sobre ellos a la menor sospecha, y no contento, hizo matar a Vasculano Atico y Julio Marino, que en su juventud le siguieron a Rodas en su destierro de ocho años, le acompañaron en el Esquilino cuando estaba en desgracia con Augusto, y en Caprea durante tres años, participando de su buena o mala fortuna.

Llegó, en una palabra, a ese estado que se llama frenesí, y tuvo arranques que más bien pertenecen a las bestias feroces que al hombre, aunque a las bestias más les advierte su instinto, que a un tirano sus nervios irritados. Sólo así se explica que la tempestad le hiciera

temblar, y que al amontonarse las nubes, se cubriera con coronas de Laurel, en la creencia de que esta planta apartaba el rayo: que habiendo visto aparecer de improviso a un Rodio que le había dado la hospitalidad, le hiciese aprehender, torturar y luego matar, para borrar la huella de un error que muy tarde reconoció: así se comprende cómo se apoderó de un pescador que escaló las rocas para ofrecerle un gran pez, y lleno de miedo, se vengó haciendo frotar el rostro del celoso adulator, con su mismo pez, y que cuando como verdadero napolitano, se felicitaba de no haber llevado una gran langosta que tenía en su barca, Tiberio la hubiese mandado buscar para hacerle despedazar el rostro con la concha. Así, por último, ¿qué diréis al saber, que de tenida su litera en unos zarzales, baja de ella, se precipita sobre el centurión pretoriano que le alumbraba en su paseo, y le deja por muerto.

Actos de esta naturaleza son de un verdadero furioso, y no se puede menos que creer que ese estado era una perpetua turbación de espíritu interrumpida por accesos de locura. Siendo de advertir que Tiberio tuvo algo como presentimiento de esa enfermedad mental, efecto de la intemperancia y de una voluptuosidad sin freno. Cuando el Senado quiso concederle el título de "padre de la patria" (¡qué nombre y qué senado!), Tiberio le respondió:

"Seré siempre semejante a mí mismo, y no cambiaré mi carácter, en tanto que esté sana mi razón: pero cuidad de encadenaros a los actos de un hombre al que cualquier accidente pudiera alterar"; y como lo había sentido en sus mejores años, ese accidente se realizó, la alteración se produjo y turbó su razón, porque el hábito de la prostitución, el gusto por la sangre, la ferocidad súbita e instintiva a la vista de un obstácu

lo, de un objeto indiferente o de un hombre inofensivo, es la locura, la peor de todas: el frenesí.

Tan cierto es que perdió toda influencia sobre él mismo, todo imperio sobre su voluntad, todo recuerdo de las cualidades de su juventud y de los deberes de su madurez, que se convirtió en un ser absolutamente incapaz. El buen general, el administrador infatigable, el laborioso vigilante de una red de funcionarios que se extendía sobre el universo conocido, se entregó a la pereza, renunció a la gestión de los negocios y no tuvo ni la aptitud maquina para el trabajo material que hace adquirir la costumbre. Tácito le pinta en sus últimos años: "Incertus animi, fesso corpore," de alma indecisa y cuerpo fatigado. En efecto, los senadores mueren, Tiberio no los reemplaza; los tribunos militares mueren, deja a las legiones sin jefes; llegan los gobernadores de las provincias, volvían, o las dejaban acéfalas, o bien si algunos nombraba, los retenía a su lado hasta la expiración de su mandato, mientras que sus segundos, hombres oscuros, las administraban en su lugar. La España y la Siria estuvieron muchos años sin gobernadores; los bárbaros insultaban las fronteras: la Armenia era destruída por los Parthos, la Mesia por los Dacios, la Galia entregada a las incursiones de los Germanos. Suetonio dice formalmente, que la incuria de Tiberio era tan profunda, que no cuidaba ni del honor ni de los peligros del pueblo romano. (1)

Comprendía al mismo tiempo que estaba odiado de todo el mundo: ese odio crecía y daba valor a los que

(1) Republicae curam usque adeo abjecit.....magno decore imperii, nec minore discrimine. (Vida de Tiberio, 41.)

se condenaba a morir, que marchaban al suplicio insultándolo. Se escribían libelos que no sólo circulaban en Roma, sino que se hacían llegar a manos del tirano, y que encontraba en la orquesta cuando iba al teatro de Caprea, de Nápoles o de Atella; los bárbaros le insultaban por medio de sus embajadores y se le afrentaba desde las más remotas provincias. Recibió una carta de Artaban, Rey de los Parthos, que acabó de exasperarle: en ella le reprochaba su cobardía, sus crímenes, sus parricidios; le recordaba que era el objeto de la execración de los romanos, y le excitaba a hacer justicia, poniendo término a los males del imperio, y al odio de los ciudadanos, por una muerte voluntaria.

Al mismo tiempo que comprendía que se le detestaba, odiaba a la humanidad, y repetía a menudo un verso griego que significaba:

¡Ojalá y tras de mí sea abrasada la tierra!

Los miembros de su familia que aún existían, eran para él un espectáculo abominable en el que buscaba o una ferocidad naciente o lo que la humanidad tiene de más espantoso. Un día hizo que se le aproximase su nieto Tiberio Gemelo, muy joven para reinar, y le dió un beso delante de Calígula designado ya para que le sucediese; pero sorprendió en los ojos de Calígula, no sé que brillo feroz, y le dijo con frialdad: "¡Tú le matarás, pero otro te matará a tí;" reasumiendo de esta manera toda la filosofía de la historia de aquella época, y dando la última palabra del imperio.

Inhumano y misántropo no se odiaba menos a sí mismo y se veía a sí propio con disgusto. El remordimiento que se cree que sólo pertenece a las conciencias delicadas, no perdona a los ilustres malvados; toma solamente otra forma y se cubre con el disfraz de la violen

cia, y entonces el suplicio es más cruel. Tácito aplicó a Tiberio esta reflexión tomada de un sabio de la antigüedad: "Si se abriera el corazón de un tirano, se le ve ría traspasado y ulcerado. Así como se despedaza un cuerpo a latigazos, de la misma manera se despedaza una alma por la crueldad, la prostitución y la injusticia". Y si esto no basta, ¿queréis la confesión del mismo Tiberio? Tenemos el principio de una carta que escribía al senado, y que decía así:

"¿Qué os escribiré, Padres Conscriptos? ¿Cómo escribiré? O mejor dicho, ¿qué os escribiré en estas circunstancias? Si lo sé, que los dioses y las diosas me envíen una muerte más cruel, que la que me devora todos los días."

¡Oh verdad magnífica y consoladora! ¡Oh confesión llena de sinceridad! ¡Oh moral vengada! ¡Oh triunfo de las gentes honradas! Roma está a los pies de Tiberio; pero según su propia confesión es el más miserable de los romanos: es el terror de todo el imperio, pero nadie en todo el imperio es más digno a la vez de desprecio y de piedad.

A esa Roma que detestó, que diezmó, que temió, se acercó en el momento de las represalias más activas contra el partido de Sejano. El gran justiciero de Caprea, queriendo estimular el celo de los cónsules, los decretos del senado, la espada de Macron, y los verdugos, desembarcó en Campania, y avanzó dos jornadas sobre Roma; esta demostración bastó.

Un movimiento secreto le impulsó otras dos veces a la ciudad eterna, y manifestó el deseo de entrar a ella. La primera subió a una galera, pasó la embocadura del Tiber en Ostia; después, recorriendo las orillas del río, tan llenas de emociones graves y tranquilas para los

viajeros felices, o para las conciencias honradas, llegó al pie del Janículo,

Otra vez hemos descrito la inmensa naumaquia que Augusto hizo cabar, para recibir las aguas, y dar al pueblo el gigantesco espectáculo de un combate naval, en que 20,000 prisioneros de guerra divididos en dos flotas, se degollaban sin piedad. Más tarde el mismo Augusto convirtió ese espacio en jardines fáciles de regar y que se llamaban los "Jardines de los Césares" que estaban cerca del actual Vaticano. Tiberio descendió, pasó algunas horas en esos jardines, subió de nuevo a su galera y regresó a Caprea. No vió a nadie, ni nadie le vió porque había cuidado de hacer escalonar a los pretorianos, que alejaban con sus picas a los curiosos y a los transeúntes.

La segunda vez, poco tiempo antes de su muerte, fué por tierra, siguió la vía Apia y se detuvo a siete millas de Roma. Se detuvo sobre ese magnífico punto, desde el que se contempla uno de los espectáculos más tranquilos y majestuosos del mundo, la llanura de Roma. Vió los muros de Servio Tulio, los templos con sus frontones pintados de brillantes colores, el Capitolio y los bellos monumentos amontonados sobre las siete colinas, el templo de Apolo Palatino, que le indicaba la casa de Augusto y la suya propia; pero apenas admiró Tiberio la capital del mundo; sin decir una palabra, le volvió la espalda como si hubiera sido arrojado de aquel lugar por una fuerza invencible. La sola vista de aquella ciudad que llenó de dolores y crímenes, hizo huir al cobarde, que siempre huyó ante los que temía, ante Augus-

to, Livia y Sejano, hasta que se confinó a un antro como una bestia feroz. Tuvo miedo porque se interpuso un velo sangriento entre él y la ciudad eterna; creyó escuchar ruido de cadenas, y el concierto de maldiciones que el viento le llevaba en sus alas: las vengadoras Furias torturaban su corazón, y el ensangrentado espectro de la patria se levantaba ante sus ojos, para con fundir a su verdugo.

Tiberio, con el alma destrozada para siempre, pretendió volver a su retiro de Caprea, pero no pudo lograrlo: le esperaba la muerte en el cabo Miseno, en la "villa de Lúculo." Calígula y Macron, prefecto del pretorio, le acompañaban, e impacientes por apresurar los últimos momentos del asqueroso moribundo, le ahogaron bajo unos almohadones.

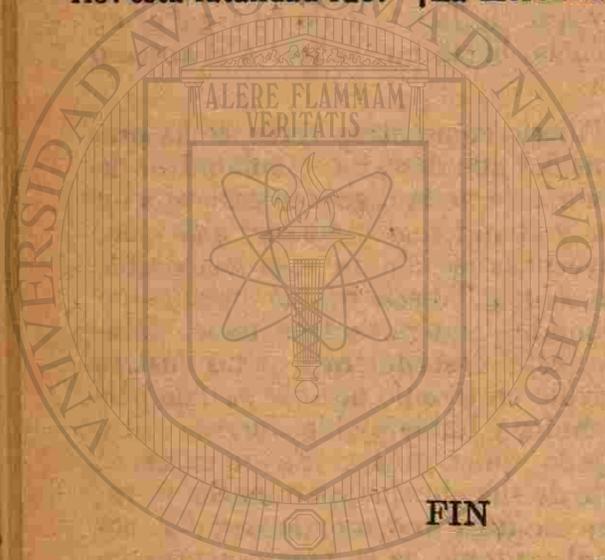
Muerte digna de Tiberio, señores, digna de un frenético. Cuéntase que en tiempos menos remotos, una bárbara costumbre condenaba al hombre atacado de hidrofobia a contemplar cómo se aceleraba su agonía, cuando se presentaban los accesos del mal, y no sólo era permitido a su familia, sino que ésta creía un acto piadoso, ahogarlo debajo de un colchón. Tiberio murió como si le hubiera mordido un perro rabioso, ahogado por los suyos, temerosos de su horrible enfermedad; y esto fué natural y lógico, porque estaba poseído de la rabia más negra: por sus venas corría el veneno más terrible: la saciedad y la infatuación del poder. Desear lo todo con medios raquíticos; arreglarlo todo con una razón pequeña y ciega; igualarse a Dios con órganos impotentes y una materia frágil, es el camino seguro que lleva a la locura.

La medida, la estabilidad, los límites dictados por la justicia, con las bases de toda sociedad: no puede haber equilibrio si el individuo no está refrenado, ni vir-

tud tampoco si la sociedad es impotente para él. Hablamos hace poco de una terrible enfermedad, para hacer más tangible la idea, permitidme que tome una comparación familiar de la medicina. Cuando un médico aplica ventosas, esto es, cuando hincha cualquiera parte del cuerpo por la presión del aire, esa parte se tumefica y se llena de pus: de la misma manera, si a una alma se le quita la atmósfera de la opinión pública y la presión de las leyes se infla, se llena de orgullo, de amargura, de insolencia, hasta que se forma el absceso y revienta.

No busquéis en Tiberio como otras veces se ha pretendido, ni a un Luis XI que deseaba la unidad de la Francia y la independencia de la dignidad real, ni a un Luis XV voluptuoso y abandonado: buscad más bien, y esto será una provechosa lección, la más memorable víctima del poder absoluto, Tiberio no fué siempre un monstruo, sino un hombre como nosotros, mejor dotado que nosotros; si este descendiente de los ilustres Claudios hubiera vivido en tiempo normal y en un país libre, se habría contenido, y hubiera sido fuerte, útil y dichoso, habría dejado quizá una gloria sin mancha; como la mayor parte de sus abuelos; pero nació y creció en una atmósfera mefítica, rodeado de ejemplos detestables, sometido al contagio de la omnipotencia, conociendo sus apetitos, ilegalidades y pasiones; pasó por la bajeza, el miedo, la desesperación y la servidumbre voluntaria, antes de que un brusco cambio le arrojase sobre el trono, envilecido y enervado, en medio de peligros, traiciones, lisonjas y sospechas. De manera que sufrió durante cerca de medio siglo, una desmoralización lenta, que le degradó, haciéndole inferior a las bestias, y le condujo a la rabia y al frenesí. El tirano justamente execrado, comienza y concluye en Caprea.

Tiberio es, pues, señores, una demostración elocuente y formidable de los peligros del despotismo, tanto para los soberanos como para los pueblos, porque éstos no tienen el derecho de pedir a un príncipe que sea bueno, cuando las instituciones que los rigen son malas. La fatalidad que pesa sobre los héroes de la antigua tragedia griega, pesó muy duramente sobre Tiberio: esta fatalidad fué: "¡La Herencia de Augusto!"



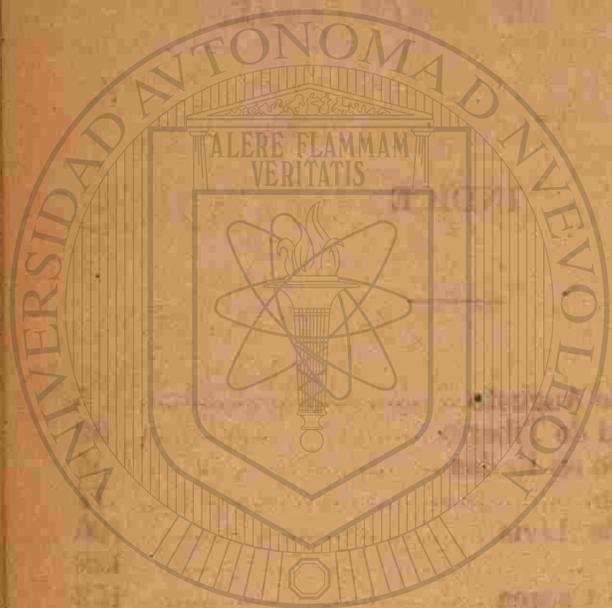
FIN

INDICE

I.—La muerte de Augusto.....	5
II.—La juventud de Tiberio.....	32
III.—El destierro en Rodas.....	55
IV.—La adopción.....	77
V.—El reinado de Livia.....	100
VI.—Sejano.....	128
VII.—La Isla de Caprea.....	152

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡DOS NOVELAS POLICÍACAS FORMIDABLES!

El Testamento de
BASIL CROOKES

El Crimen del
HOTEL BROOME

Lo más intrigante.
Lo más misterioso.
Lo más cautivador.
¡Lo mejor que se ha escrito!

CADA UNA \$2.00
Las DOS „ 3.50 ®

Haga usted su pedido acompañando el importe, y se lo serviremos a vuelta de correo en paquete certificado o por express.

BIBLIOTECA ECONOMICA

Jardín de San Fernando No.5

Apdo. Postal 10700 - Monterrey, N.L.

No tema a la Miseria

Gánese \$10.00 diarios con capital de \$50.00

EXPLÓTE CUALQUIERA DE LAS INDUSTRIAS CONTENIDAS EN EL MAGNÍFICO FORMULARIO INDUSTRIAL

LA LLAVE DE LA FORTUNA

Y VIVA INDEPENDIENTE Y FELIZ

BARNICES, CERVEZAS, CRÉMAS, PERFUMES, TINTAS, LICORES, JABONES, etc. etc. FORMULAS CLARAS, SENCILLAS, EXACTAS, FACILMENTE COMPRESIBLES

Este libro no es una enciclopedia de formulas inútiles, sino una selección cuidadosa y práctica de seguro éxito, que puede conducir a la fortuna, al bienestar e independencia de la familia

DOS PESOS ejemplar
FRANCO DE PORTE

En los pedidos por reembolso aumentaremos cuarenta centavos que es el importe de ese servicio

Pedidos a la BIBLIOTECA ECONOMICA. Apartado, Postal 2799, o al Jardín de San Fernando 5. México, D. F.

Biblioteca de Ideas y Estudios Contemporáneos

GUGLIELMO FERRERO

LAS MUJERES DE LOS CÉSARES



M. AGUILAR.—Editor
Marqués de Urquijo, 39.—MADRID

No tema a la Miseria

Gánese \$10.00 diarios con capital de \$50.00

EXPLÓTE CUALQUIERA DE LAS INDUSTRIAS CONTENIDAS EN EL MAGNÍFICO FORMULARIO INDUSTRIAL

LA LLAVE DE LA FORTUNA

Y VIVA INDEPENDIENTE Y FELIZ

BARNICES, CERVEZAS, CRÉMAS, PERFUMES, TINTAS, LICORES, JABONES, etc. etc. FORMULAS CLARAS, SENCILLAS, EXACTAS, FACILMENTE COMPRESIBLES

Este libro no es una enciclopedia de formulas inútiles, sino una selección cuidadosa y práctica de seguro éxito, que puede conducir a la fortuna, al bienestar e independencia de la familia.

DOS PESOS ejemplar
FRANCO DE PORTE

En los pedidos por reembolso aumentaremos cuarenta centavos que es el importe de ese servicio.

Pedidos a la BIBLIOTECA ECONOMICA. Apartado, Postal 2799, o al Jardín de San Fernando 5. México, D. F.

Biblioteca de Ideas y Estudios Contemporáneos

GUGLIELMO FERRERO

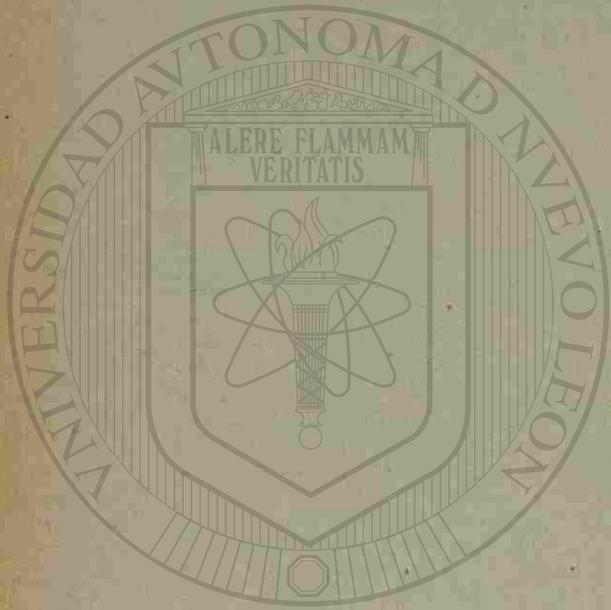
LAS MUJERES DE LOS CÉSARES



M. AGUILAR.—Editor
Marqués de Urquijo, 39.—MADRID

GUGLIELMO FERRERO

LAS MUJERES DE LOS CÉSARES



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA DE IDEAS Y ESTUDIOS CONTEMPORÁNEOS

GUGLIELMO FERRERO

□□□

LAS MUJERES
DE LOS CESARES

TRADUCCION DE
MANUEL USEROS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

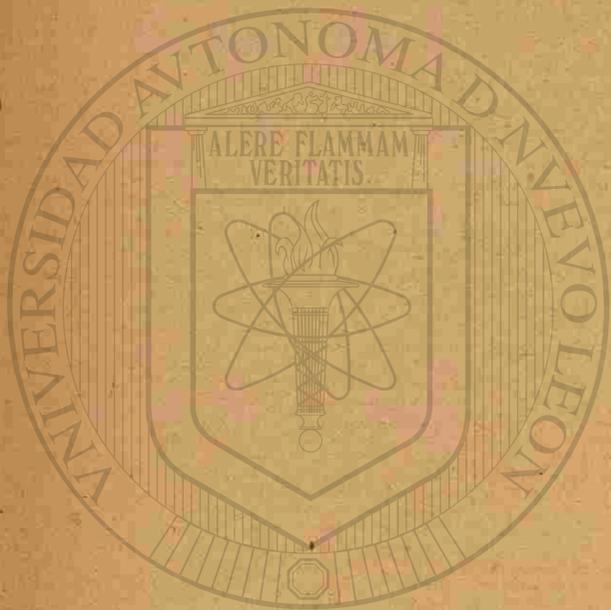


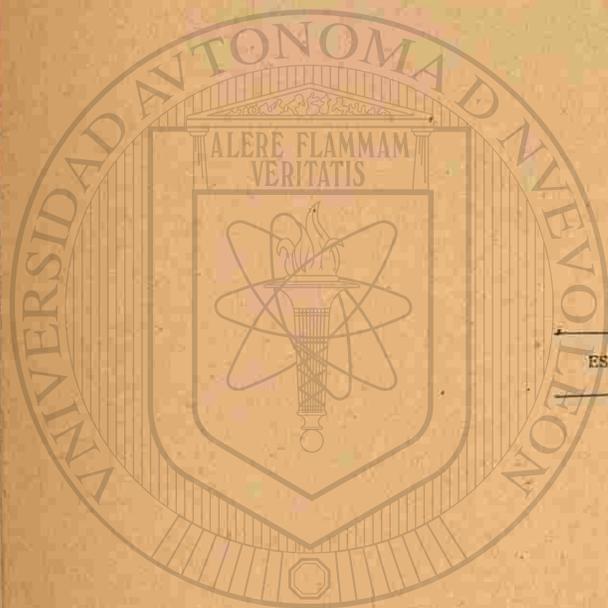
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M. AGUILAR

EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39
MADRID





ES PROPIEDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de J. Pueyo, Luna, 29
Teléfono 10864—MADRID

PRÓLOGO

LA historia antigua es una historia de varones en la que raramente aparece alguna figura de mujer. Hay, sin embargo, una excepción: el siglo comprendido entre la muerte de César y la de Nerón, en el que, entre los grandes de la tierra que rigieron las destinos del imperio romano, se cuentan también algunas mujeres.

Esta insólita aparición de mujeres en una historia tan de varones, ha hecho perder un poco la cabeza a la antigua historiografía, que, en presencia de aquélla, se ha lanzado a inventar fábulas con mayor desenfreno que de costumbre. Tácito, Suetonio y Dione Cassio nos han contado, no la historia de aquellos tiempos, sino una novela de tonos fuertes que fué precisamente, durante mucho tiempo, una mina para dramaturgos y coreógrafos, y es ahora explotada con igual fortuna por los maestros del nuevo arte llamado mudo. Pero, aunque materia virgen du-

rante muchos siglos para todas las artes, esta novela es grosera, inverosímil e incoherente. La verdad es mucho más novelesca y trágica que la leyenda narrada por los escritores antiguos.

He resumido aquí, en sucinta y rápida narración, los resultados de mis investigaciones para encontrar esta verdad, sin detenerme en discusiones críticas. El lector confiado llegará a la meta—la verdad—más expeditamente y por un camino casi recto. El lector que no tiene confianza y que pide suspicazmente al historiador moderno garantías de las que dispensa graciosamente a los historiadores antiguos, se pone en exigente si no en incrédulo. Como le plazca; da lo mismo. Al fin, de una u otra forma, no ha de llegar nunca. El obtuso entendimiento de los filosofastros o pseudo críticos modernos—dos enfermedades diversas, pero igualmente peligrosas—no puede intuir ni sentir la verdad de una historia, porque no poseen ya el sentido de la verdad histórica, y cuando este sentido se extingue no hay argumentación que pueda suplirlo.

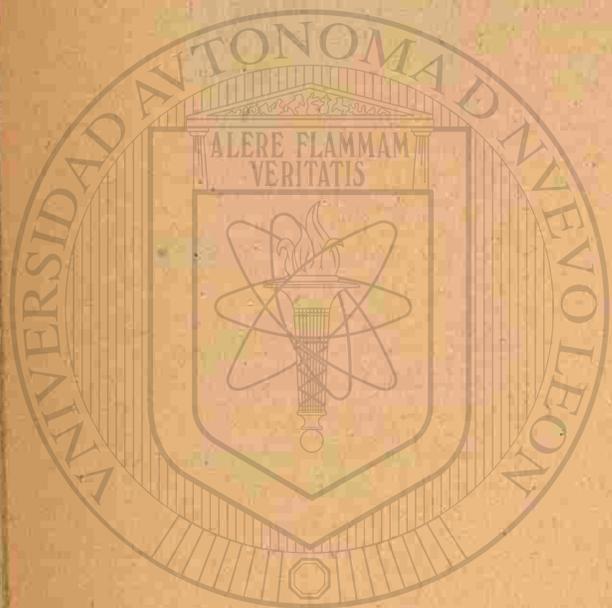
Entienda, pues, este pequeño libro quien pueda. Lleva un nuevo testimonio de una verdad sencilla a la que son rebeldes nuestros tiempos, precisamente porque tienen necesidad de ella. Hoy no hay villano enriquecido por la política o los negocios que no se crea en posesión del genio innato del gobierno y del poder creador

del orden. Parece como si la autoridad se hubiera convertido en el Eldorado de los revolucionarios de profesión; y la disciplina es la coartada grosera de la más desencadenada prepotencia. Este libro, al contrario, demuestra que fundar un nuevo principio de autoridad es una empresa hercúlea de la que ni aun una clase antigua en el gobierno y llena de gloria logra triunfar si no tiene el valor y la abnegación de sacrificarse totalmente. Cuando el poder es una cosa seria su primera víctima es quien lo ejercita; cuando el que lo ejercita lo disfruta y lo goza, el poder, entonces, es una impostura.

La regla no engaña nunca. Y esta historia de las mujeres de los Césares es una de las pruebas más trágicas de la regla.

G. F.

Florenca, 1.º marzo 1925.



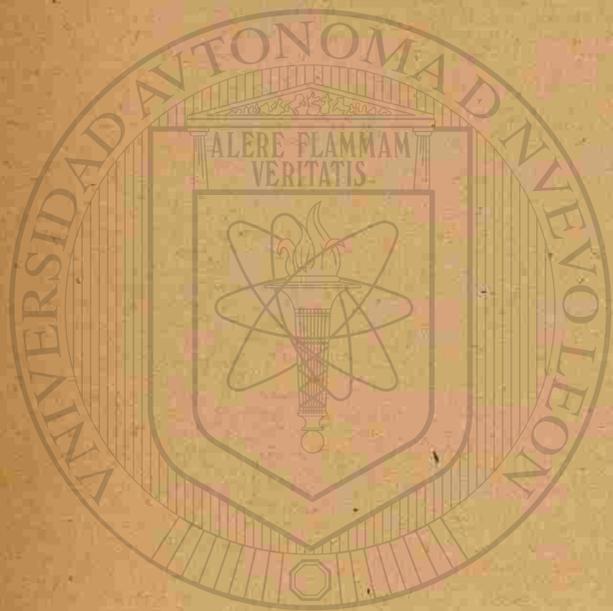
LA MUJER EN LA ANTIGUA ROMA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

I

LA MUJER EN LA ANTIGUA ROMA

I

MUCHAS cosas, consideradas como ilícitas y no convenientes entre los griegos—escribe Cornelio Nepote— están permitidas en nuestras costumbres. ¿Hay quizá un romano que se avergüence de llevar a la mujer a un convite fuera de casa? ¿No aparece el ama de la casa, en todas las familias, en la habitación anterior a aquella en que son recibidos los extraños? En Grecia, no. La mujer no acepta más invitaciones que las de los familiares, y está retirada en la parte interior de la casa, la llamada gineceo a la que únicamente los parientes cercanos tienen acceso.»

Este paso, uno de los más importantes de la mediocre opereta, que aún hoy, todavía, atormenta las primeras escuelas de los latinos, es

un respiradero a través del cual podemos mirar en el interior de la casa griega y de la casa romana y ver en qué se diferencian. Entre las sociedades antiguas, fué en Roma, por lo menos en las clases elevadas, en donde la mujer gozó de mayor libertad y autonomía y más se igualó al hombre, como compañera encargada de oficios diversos, sin someterla, como una esclava destinada a su placer y provecho. La creencia, muy puesta en boga hasta hace treinta años, de que los pueblos guerreros encadenaban la mujer a la casa, está desmentida en la historia de Roma; pues aunque en la historia de Roma hubo un tiempo en que la mujer era una eterna pupila sometida, desde la cuna al sepulcro, a la autoridad del hombre; del marido cuando no del padre, del tutor cuando no del padre o del marido; ¡cuán antiguo y remoto es este tiempo! Cuando Roma era el mayor estado del mundo mediterráneo (máxime en el último siglo de la República), la mujer, salvo pocas y pequeñas limitaciones, más de forma que de substancia, había obtenido ya la independencia jurídica y patrimonial, premisa necesaria de la igualdad moral y social. Por lo que concierne al matrimonio, los esposos podían escoger entre dos regímenes jurídicos muy diferentes: el matrimonio con *manus*, forma más antigua en la que todos los bienes de la mujer pasan a ser propiedad del marido, de donde la mujer no puede poseer

nada; y el matrimonio sin *manus*, más reciente, que reconoce al marido la propiedad sólo de la dote, dejando a la mujer todos los otros bienes que posee o que pueda adquirir. Y como se sabe que, a excepción de algunos casos y por razones particulares, en todas las familias de la aristocracia y por común acuerdo, los matrimonios, en el último siglo de república, se hacían sin *manus*, las mujeres casadas de las clases ricas tenían, por tanto, bienes propios que podían administrar a su gusto sin tener que dar cuentas a nadie. En la misma época conquistaron también este derecho, por la vía ambigua de simulaciones, las mujeres no casadas que, según las antiguas leyes, debían permanecer toda la vida sometidas a un tutor elegido por el padre en su testamento o indicado por la ley si el padre no lo escogía. Para libertar también a estas mujeres se inventó primero el *tutor optivus*, permitiendo al padre que, en vez de nombrar tutor a la hija, por testamento, dejase a ésta en libertad de elegir, bien un solo tutor general o más de uno, según los asuntos, permitiéndosele asimismo cambiar de tutor cuantas veces quisiera. Después, para proporcionar a la mujer el medio de cambiar el tutor legítimo, si el padre no nombraba el tutor en el testamento, se inventó el *tutor cessicius*, o sea el permiso para ceder la tutela legítima. Pero si todas las restricciones impuestas por el instituto de la tutela a la libertad de la

mujer no casada iban disminuyendo, continuaba subsistiendo una restricción: la mujer no casada no podía hacer testamento. Claro es que esto se precavía, bien con matrimonios ficticios, bien inventando el tutor *fiduciarius*. La mujer, hasta no contraer matrimonio, se sujetaba, mediante la *coemptio*, al *manus* de una persona de su confianza, a condición de que el *coemptor* habría de emanciparla.

En resumen, a fines de la República, tanto en el matrimonio como fuera de él, no existía ya, entre el hombre y la mujer, casi ninguna desigualdad, no sólo jurídica, sino tampoco moral ni social. Los romanos no pensaron nunca que entre el *mundus muliebris* y el sexo masculino hubiera necesidad de excavar fosos, levantar muros, marcar lindes insuperables, visibles o invisibles. No quisieron nunca, por ejemplo, separar a la mujer del hombre, con el profundo foso de la ignorancia. Durante mucho tiempo las damas de la aristocracia romana fueron poco instruídas, debido a que, en aquellos tiempos, hasta los hombres desconfiaban de aquellos libros que no fueran de cuentas. Cuando la literatura, la ciencia y la filosofía helénica fueron admitidas en las grandes familias romanas, como huéspedes deseados y gratos, ni la prepotencia ni el egoísmo ni los prejuicios de los hombres trataron de disputar a la mujer la alegría, el consuelo y el esplendor que estos estudios pudie-

ran proporcionarle. Además de la danza y el canto, que eran estudios comunes a todas las mujeres, sabemos que, en los dos últimos siglos de la República, muchas señoras de la aristocracia romana estuvieron familiarizadas con el griego, manejaban poetas e historiadores y se saturaron —que Dios las perdone— hasta de filosofía, leyendo libros o sosteniendo correspondencia con famosos filósofos de Oriente. En la casa la mujer era señora al lado y a la par que el marido. El pasaje de Cornelio Nepote nos prueba que no vivía aislada como la mujer griega, sino que recibía y trataba a los amigos del marido, acompañaba a éste a fiestas y banquetes en casas amigas, si bien en los banquetes no pudiera recostarse como el hombre, debiendo permanecer sentada púdicamente; en fin, no estaba prisionera entre los muros domésticos como la mujer griega. Podía salir libremente, recomendándose, sin embargo, que saliera, siempre que fuera posible, en litera. Aunque el gobierno romano se esforzó, durante mucho tiempo, por frenar la pasión por los espectáculos, no fué nunca la mujer excluída de los teatros, pudiendo ésta, además, frecuentar los lugares públicos y dirigirse directamente a los magistrados... De no pocas reuniones y demostraciones colectivas hechas por las más ricas señoras de Roma en el Foro y en otros lugares públicos para obtener de los magistrados leyes y otras medidas, han

llegado hasta nosotros noticias. Basta recordar la famosa manifestación de que habla Livio (34 l sg.), en el año 195 a. de C., para conseguir la abolición de la ley *Oppia* contra el lujo. ¿Qué más? Tenemos motivos para asegurar que ya bajo la República existía en Roma el llamado *conventus matronarum*, especie de club femenino en el que se congregaban las damas de las ilustres familias de la ciudad. Y es también cierto que, más de una vez, el gobierno, en momentos difíciles, se dirigió oficialmente a las grandes damas de Roma para que ayudasen a la República, recogiendo oro y plata, o impetrando, con solemnes ceremonias religiosas, el favor de los Dioses...

De todo esto se deduce que en todos los tiempos ha habido en Roma, en las familias aristocráticas, mujeres que amaban con pasión la política. La fortuna de las grandes familias romanas, su gloria, su poderío, su riqueza, dependían de las vicisitudes de la política y de la guerra. Los jefes de estas familias eran todos senadores, magistrados, diplomáticos, guerreros. Cuanto más inteligente, culta y adicta fuera la mujer, menos podía abstraerse a las vicisitudes de la paz y la guerra, a las que estaban ligadas la fortuna de la familia y, frecuentemente, también la vida del marido.

II

«¿Luego la familia contemporánea—preguntará en este punto el lector—es, pues, copia fiel de la familia antigua? ¿Hemos vuelto, por un largo camino, al sitio donde ya habían pasado aquellos lejanos antepasados nuestros?»

No. Si la familia moderna y la familia antigua se asemejan en ciertos aspectos, en los otros difieren bastante. Si el romano concedía a la mujer la independencia jurídica y patrimonial, si no le impedía estudiar ni le regateaba esa libertad sin la que un ser humano no puede vivir, también por sí, en cambio, no reconoció nunca, como con más o menos amplitud lo reconoce la civilización moderna, que el fin y la razón del matrimonio sean la felicidad personal de los cónyuges o su personal elevación moral en la concordia de caracteres y aspiraciones. Para él, el objeto del matrimonio era, por así decirlo, externo. Inmune para los fervores místicos y refractaria, por lo menos en la acción, a todas las sugerencias del espíritu filosófico, la aristocracia romana, ambiciosa solamente de engrandecer y fortalecer el Estado, del que era dueña y señora, no consideró nunca la familia y el matrimonio, como tampoco la religión y el derecho, sino como órganos del Estado e instrumentos de dominación; medios para aumentar el poderío de

las grandes familias, para cimentar, emparentándolas, las grandes estirpes de Roma, ya unidas por los intereses políticos. Por otra razón, si el Romano concedió tanta libertad y reconoció tantos derechos a la mujer, no pensó en cambio nunca que en una gran familia pudiese la mujer reivindicar el derecho de elegirse marido, limitando, también, este derecho a los jóvenes, por lo menos en su primer matrimonio. La elección correspondía a los padres, que, de ordinario, prometían a sus hijos en matrimonio, todavía niños. Dos familias amigas, cuyos jefes se encontraban para deliberar en el Senado o para informar en el Foro o para defender el partido en los comicios, y cuyos hijos se mezclaban alegremente en las acostumbradas diversiones propias de la edad, pensaban un día que, desposándoseles, de allí a diez o doce años, aquel muchacho y aquella niña podían estrechar todavía más su gran amistad. Y he aquí a los dos niños, novios, y educados en la idea de que, un día, lo más pronto posible, serían marido y mujer. Las bodas se celebraban amadrinadas por la Razón de Estado. Y esta razón de Estado, mediadora de matrimonios, que entre sus instrumentos contaba también como tal las antorchas nupciales, parecía a todos una sabia providencia pública. A nadie se le ocurrirá que ella hiciera brutal violencia a la libertad, al sentimiento, al corazón del hombre y de la mujer, cuando trataba

sabiamente de hacer que el Estado fuese bien gobernado, destruyendo con estos matrimonios la semilla de la discordia, que tan fácilmente brota en la aristocracia y poco a poco la resquebraja, como esas plantas que crecen sobre los viejos muros, sin que las haya sembrado mano alguna.

Esta es la razón por la que se conocen las mujeres y familias a que pertenecían de todos los grandes personajes romanos. El matrimonio de un senador romano era un acto público y un acto importante; porque, joven u hombre maduro, emparentando con cierta familia, venía, por así decirlo, a desposar también la responsabilidad y los intereses políticos de la misma. Esto fué más verdadero que nunca en el último siglo de la república, a partir de los Gracos, cuando la aristocracia romana, por las razones que he expuesto en *Grandeza y decadencia de Roma*, se dividió en dos fracciones enemigas, de las que una trató de agitar contra la otra los intereses, las ambiciones, la avaricia de la clase media y del pueblo. Los dos partidos tratan de fortalecerse con los matrimonios y éstos siguen las vicisitudes de la lucha política que ensangrienta a Roma. La historia de Julio César y de sus matrimonios nos proporciona una prueba curiosísima de esto. La principal razón por la que Julio César fué el heredero y continuador de los Gracos, el jefe de la facción que en los Gracos te-

nía sus principales orígenes y sus títulos, no debe buscarse en su ambición ni en su temperamento y mucho menos en sus opiniones, sino en su parentesco con Mario. Una tía suya había desposado a Cayo Mario, el modesto publicano que, lanzado en la política, llegó a ser el primer general de su tiempo, fué elegido cónsul seis veces, venció a Giugurta y exterminó a los Cimbros y a los Teutones. El *homo novus*, convertido en célebre y rico, trató de ennoblecerse con un matrimonio con vistas a la antigua aristocracia, orgullosa de sus antepasados, y encontró una esposa en una nobilísima pero empobrecida y decaída familia patricia. Pero estallada la revolución y vencida por Sila la facción de los Gracos, al frente de la cual se había puesto Mario, la facción de la vieja aristocracia, que había vencido con Sila, no perdonó a los Julios el haberse bastardeado con su cruel enemigo; los acusó de sospechosos, los miró con recelo y los persiguió a todos, entre ellos también al joven César, que no podía ser responsable de los hechos y hazañas de su tío, por ser todavía un chiquillo cuando la guerra entre Sila y Mario arremetía.

Así se explica que la primera mujer de César fuera la hija de un caballero y publicano. Para una familia de tan antigua nobleza, y patricia por añadidura, este matrimonio era poco menos que una degradación. Pero hacia el 80 (a. de C.), en

pleno furor de la facción silana victoriosa, ¿qué familia senatorial habría dado una de sus mujeres al sobrino de Mario? Hasta que muerta *Cosuzia*, pocos años después de la boda, César hizo un segundo matrimonio muy diferente del primero, puesto que desposó de repente a Pompeya, sobrina de Sila, emparentando con la familia que era como el corazón de la facción silana. ¿Qué había ocurrido para que el sobrino de Mario, escapado por milagro a la espada de Sila, pudiera desposar a la sobrina de éste en el 68? En el transcurso de aquellos años, la ciudad, perturbada por tantas discordias, se había tranquilizado poco a poco y, olvidados los más sangrientos recuerdos de la guerra civil, empezaba a admirar en Mario la espada y el escudo invencible de Roma, el héroe que había postrado a los Cimbros y a los Teutones. Ser sobrino de Mario, que por tantos años había sido nota de infamia, se convertía entonces en un título de gloria. Pero aquella bonanza duró poco; después de breve tregua empezaron las dos facciones a guerrear de nuevo, y en cuanto tuvo ocasión, César repudia a Pompeya para casarse con Calpurnia, hija de Lucio Calpurnio Pisone, cónsul en el 58 y senador de gran influencia en su facción.

Como César, todos los personajes de su tiempo se casan, se divorcian, vuelven a casarse, según soplara el viento en el Foro, en los comi-

cios y en el Senado. Cuando falta la razón política está la razón pecuniaria. La mujer podía ayudar una carrera política, bien administrando los bienes de la casa del marido, bien contribuyendo a los gastos con la dote o con su patrimonio. El canto, la danza, el griego, la poesía, la filosofía, la política, no dispensaban a la mujer romana de alto linaje del deber de conocer todas las artes de la buena ama de casa, incluso hilar y tejer. *Lanam fecit*. De modo que los numerosos rebaños que poseía la aristocracia podían suministrar a cada familia la lana necesaria para vestirse todos, amos y servidumbre esclava, si la *materfamilias* era hábil en el arte de Aracne y sabía hacer funcionar un pequeño taller de esclavas hiladoras y tejedoras. Impidiendo los hurtos y perezosos abandonos, podía proveer a toda la familia de vestidos, sin el enorme gasto que suponía adquirir las telas del mercader, notable economía en tiempos en los que, a causa de la escasez de moneda, todas las familias trataban de gastar lo menos posible. La *materfamilias* tenía, pues, en cada casa, un deber que hoy diríamos industrial, puesto que su objeto era vestir a toda la familia, y según desempeñara este cargo podía ser útil o perjudicar los intereses comunes.

No sólo parecía a los romanos sabia y laudable idea la de que un miembro de la nobleza tratase de buscar una mujer rica para casarse y

servirse de su patrimonio para medrar en su carrera política, sino que consideraban que el mayor honor y la más grande y envidiable fortuna para una mujer rica, era la de ser desposada con tales miras por un hombre eminente. Sólo se exigía la honorabilidad de la mujer y aun, sobre este punto, parece ser que, en ciertos tiempos, se cerraban algunas veces los ojos, por lo menos si es verdad que Sila había rehecho la fortuna de la familia con la herencia de una griega que no había sido, precisamente, con el bíblico sudor de la frente como había ganado la enorme fortuna que le dejó. Pero esto podría ser una malignidad de los enemigos. De todos modos, la opinión de las personas de bien sobre esta materia nos la demuestra Cicerón y su vida.

Nacido de una familia de caballeros del Arpino, muy respetable e instruida, pero no muy rica, Cicerón pudo hacer lo que hizo, porque se casó con Terencia, que, si no riquísima, era más rica que él y le ayudó con sus bienes a vivir en Roma y a abrirse camino. Luego de larga convivencia bastante feliz, por lo que puede juzgarse, Cicerón y Terencia, ya viejos, se pusieron en discordia y se divorciaron en el 46 (a. de C.). No se sabe bien por qué razón, pero parece ser que, durante la guerra, Terencia se negó a ayudar con su dinero y en la cantidad que él quería a Cicerón; esto es, porque no quiso, en aquella lucha, arriesgar todo su patrimonio, uniéndolo

a la peligrosa fortuna política del marido. Pero el divorcio puso a Cicerón en grave necesidad, porque tenía que devolver la dote. ¿Cómo salir del apuro? Con otro matrimonio. ¡Desposando a los sesenta y tres años a Publilia, riquísima jovencita de diez y siete años, de la que era tutor por añadidura, y cuyo matrimonio había de arreglar de nuevo el menguado del gran orador!

III

El matrimonio romano, ¿era, pues, un bárbaro comercio de la carne de mujer, hechura de una Razón de Estado despiadada y cruel? Sería un error creer que los Romanos no sintieran los más tiernos y dulces afectos del corazón humano. Las cartas de Cicerón bastarían para probar cuán tiernamente supieron también los romanos amar a la mujer y a los hijos, sino que de los afectos personales más tiernos y más dulces, que la literatura, la música, la religión, la filosofía han acariciado, lisonjeado y divinizado como razón suprema del vivir, en nuestros tiempos, desconfiaban los romanos por creerlos demasiado fácilmente peligrosos a la prosperidad y al bien del Estado. ¿Podremos, pues, acusarlos de bárbaros? No olvidemos la diferencia tan grande de los tiempos. La confianza que los hombres tienen en la generosidad del amor, en su fin profundo, en su poder benigno sobre las cosas del

mundo: el derecho, hijo de esta confianza, de elegirse para vivir juntos, la persona de otro sexo hacia la que cada uno de nosotros es empujado por una atracción personal más fuerte, son flores que germinaron sobre el árbol del individualismo moderno. La facilidad sin límites que gozamos hoy por el trabajo, la cultura, las fortunas acumuladas de siglo en siglo, nos permiten suavizar la severa disciplina a que hubieron de someterse tiempos y pueblos, obligados a llevar una vida más pura. Aunque a nosotros nos parezcan duras y bárbaras estas costumbres, no podemos negar que casi todos los grandes pueblos del pasado y el mayor número de los pueblos contemporáneos que viven fuera de nuestra civilización, han concebido y practicado el matrimonio, no como un derecho del sentimiento, sino como un deber de la razón que los jóvenes habían de cumplir, sometiéndose a la sabiduría de los viejos, y éstos, tener como mira, no la satisfacción de una pasión, tanto más fugaz, a menudo, cuanto más ardiente, sino un calculado equilibrio de calidad, de aptitudes y de medios.

Los principios que regulaban el matrimonio romano pueden, pues, parecernos a nosotros contrarios a la naturaleza humana; pero son, no obstante, principios a los que han recurrido todos los pueblos que no quisieron confiar a la pasión, movible como el mar, la tarea de fundar

la familia, en tiempos en que la familia era un órgano del consorcio social bastante más importante que lo es hoy, porque asumía en sí muchos deberes—educación, industria, gobierno—divididos hoy entre otros instintos. Sino que ni aun la razón es perfecta; aun ésta tiene sus debilidades, como la pasión; y aquella Razón de Estado, madrina, a la que las mujeres debían sacrificar igualmente los apetitos del sexo que los impulsos del corazón, estaba llena de peligros y de inconvenientes que conviene conocer, si se quiere comprender la trágica historia de las mujeres de los Césares. El primer inconveniente era la precocidad de los matrimonios, puesto que, casi siempre, eran desposados los varones entre los diez y ocho y los veinte años, y las hembras entre los trece y los quince. El inconveniente es ínsito en la naturaleza misma de los matrimonios, combinados autoritariamente por los genitores; porque sería demasiado difícil imponer a los hijos la voluntad de los viejos en cosa en que las pasiones tienen tan fácil acceso, si se esperase a la edad en que las pasiones son más ardientes y la voluntad ya bastante vigorosa. Apenas salidos de la niñez, el hombre y la mujer son más dóciles; ¡pero cuántos peligros en estos matrimonios precoces, en una sociedad en que la mujer casada adquiría una libertad considerable, podía tratar a los hombres, frecuentar los teatros y reuniones pú-

blicas, afrontar todas las tentaciones, las seducciones y las ilusiones de la vida!

Otro y no menos grave inconveniente era la facilidad de los divorcios. Siendo el matrimonio para la nobleza romana un matrimonio político, los romanos no podían admitir que fuese indisoluble y reservaron al hombre el derecho de anularlo, según su voluntad, aunque la mujer fuese inocente y no diese lugar al más pequeño reproche; sólo porque aquel matrimonio no convenía ya a los intereses políticos. Y se obtenía sin formulismos, con medios expeditivos; ¡bastaba una simple carta! Pero aun hay más: temiendo que el amor pudiese más en los jóvenes que la razón, la ley concedía a los padres el derecho de intimar a la nuera, en lugar y en nombre del hijo, para el divorcio. De forma que el padre podía hacer y deshacer los matrimonios de sus hijos cuando y como más útil y conveniente lo creyera, sobrepasando sin miramiento la voluntad de los mismos. Por consiguiente, la mujer, que en la casa era igual al hombre y objeto de un alto respeto, no estaba nunca segura del porvenir; ni el afecto del marido ni la virtud ni la riqueza ni el lustre del nombre, le garantizaban que terminaría sus días en la casa en que entrara jovencita como esposa nueva; porque de un día a otro, la fatal política podía, no diré expulsarla, pero sí invitarla cortésmente a salir de la casa donde habían nacido sus hijos. ¡Una

carta bastaba para romper un matrimonio! De modo que, máxime en la edad de los Césares, que fué instable como nunca, no podían contarse ya las señoras de la aristocracia que habían cambiado tres o cuatro maridos. ¡Y no por ligereza o capricho, sino porque sus padres, sus hermanos, y algunas veces hasta sus hijos, les habían en ciertos momentos rogado, suplicado u obligado a contraer ciertos matrimonios que habían de servir sus miras egoístas!

Es, pues, fácil comprender cómo esta precariedad abatió las virtudes, que son el fundamento de la familia, y cómo, por el contrario, alentó la ligereza, la disipación, la infidelidad. De manera que la libertad concedida por los romanos a la mujer debía ser mucho más peligrosa de lo que es hoy la libertad, aunque más grande, que gozan las mujeres de nuestra civilización; porque aquélla no tenía el freno y los contrapesos que tiene la libertad en nuestro mundo; la libre elección, la edad más avanzada de los contrayentes, la indisolubilidad del matrimonio y las muchas y diversas condiciones que se ponen al divorcio. En resumen, en la familia romana era una contradicción, que es preciso comprender bien si se quiere extender la historia de los grandes señores de la edad imperial. Roma quería que la mujer fuese en el matrimonio el instrumento dócil de los intereses de la familia y del Estado; pero no quería someterla para lo suce-

si vo al despotismo de las costumbres, de la ley y de la voluntad del hombre, como han hecho todos los otros Estados que exigieron de la mujer una total abnegación. Concedió, en cambio, a la mujer, si no toda, una gran parte de esa libertad que, con poco peligro, ha podido conceder la civilización en la que la mujer vive, no sólo para la familia, para el Estado, para la especie, sino también un poco para sí misma. Roma, en suma, no quiso tratar a la mujer como la trataba el mundo griego y asiático; pero no por esto renunció a exigir de ella la misma total abnegación por el bien público, el olvido absoluto de sus aspiraciones y de sus pasiones en pro del interés común.

Esta contradicción nos explica aquel profundo, tenaz, secular puritanismo de la alta sociedad romana, que es la clave de toda la historia de la república y sin la cual no se comprende nada. El puritanismo había precisamente de conciliar esta contradicción. Como el mundo oriental, Roma trató de imponer la abnegación; pero en vez de aislar a la mujer, como aquél, en la casa y en la ignorancia, atemorizándola con amenazas y castigos, le inculcó, con la educación, con la religión y con la opinión, la idea de que la mujer debía ser piadosa, casta, fiel, sencilla, dedicada al marido y a los hijos; que el lujo, la prodigalidad, el desarreglo, eran horribles vicios cuya infamia degradaban irreparable-

mente cuanto de mejor y más puro había en la mujer. ¿Qué es el puritanismo educado con un esfuerzo perseverante, sino el horror invencible a ciertos vicios y placeres, que no pueden ser perseguidos con una sanción penal demasiado severa? En Roma era el freno y el contrapeso de la libertad de la mujer, llamado a impedir los más fáciles abusos de esta libertad, y, particularmente, la prodigalidad y la disolución.

El puritanismo romano era, pues, una cosa seria, grave y terrible; tan grave y terrible que puede ser como el escenario histórico sobre el que se desarrolla la atroz tragedia que habremos de contar. Era una primera y áspera medicina, para un mal que ha afligido a toda la civilización; la insoluble dificultad de la mujer y de su libertad. Dificultad más grave, más difícil, más compleja de lo que creen los feministas, hombres y mujeres, pululantes hoy en la anarquía moral y en la inmensa prosperidad material de los tiempos modernos. Dificultad que está, precisamente, en esto: que si es tarea cruel, difícil, inicua privar a la mujer de libertad, sometiéndola a un régimen tiránico, para obligarla a vivir para la especie y no para sí, la mujer, después, cuando se le deja la libertad de vivir por sí sola, de satisfacer sus pasiones, abusa fácilmente más que el hombre y, con mayor daño universal que el hombre, olvida sus deberes hacia la especie. Y abusa más fácilmente por

dos razones: porque su poder sobre el hombre es mucho mayor que el que el hombre tiene sobre ella, y porque, en las clases ricas, está más libre que el hombre de la gran responsabilidad que pesa sobre éste y le sirve, por tanto, de freno. Por grande que sea la libertad que goza el hombre y por grande que sea su egoísmo, el hombre se ve siempre obligado, hasta cierto punto, a frenar sus instintos egoístas por la necesidad de conservar, engrandecer y defender contra los rivales los bienes, el rango, el poder, el nombre y la gloria. La mujer, en cambio, si se ha libertado de los deberes familiares; si obtiene el permiso de vivir para sus placeres y por su belleza; si la opinión que la prohíbe, bajo pena de infamia, la vida disoluta, se debilita y la depravación le proporciona, en vez de infamia, gloria, riquezas y homenajes, ¿qué freno podrá contener en ella los ciegos apetitos y la crueldad del egoísmo, latentes en toda alma humana?

Esta es la razón de que la mujer, que en tiempos de rigurosa disciplina es la más tenaz de las fuerzas cohesivas de una nación, sea, por el contrario, en tiempos de anarquía y desorden, con el lujo ruinoso, la relajación y la esterilidad consciente, la más activa fuerza disolvente. Hallar un equilibrio entre la natural aspiración a la libertad, que no es otra que la necesidad de la felicidad personal viva y profunda, lo mismo en el corazón de la mujer que en el

del hombre, y la suprema necesidad de una disciplina sin la cual la especie, el Estado y la familia peligran, cuando no perecen de repente, es uno de los mayores empeños de todas las épocas y de todas las civilizaciones. Aún este empeño es considerado, en la exaltación de la riqueza y del poder por el espíritu moderno, con la frivolidad y el diletantismo que echa a perder y confunde hoy todos los grandes problemas de estética, de filosofía, de política, de moral. Vivimos en medio de aquellos que pudieran llamarse los Saturnos de la historia del mundo, en cuyos clamores no sentimos ya lo trágico de la vida. Esta breve historia de las mujeres de los Césares resucitará ante los ojos de los modernos una de aquellas tragedias en medio de cuyas tenebrosas amenazas vivían nuestros antepasados fortaleciendo sus ánimos.

LIVIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

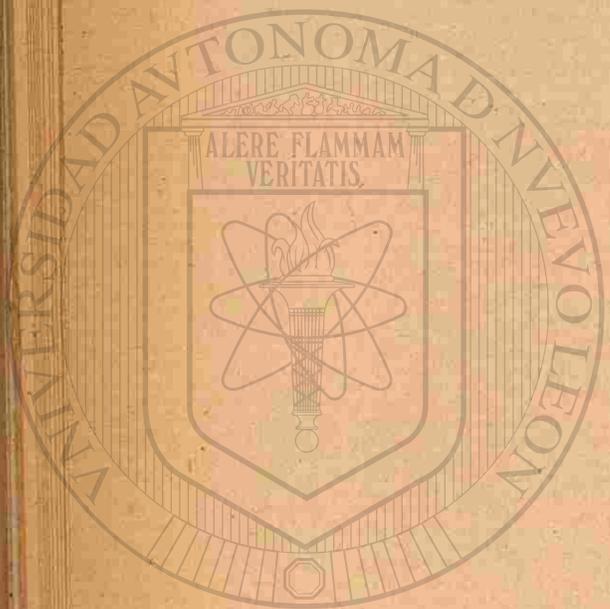
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del hombre, y la suprema necesidad de una disciplina sin la cual la especie, el Estado y la familia peligran, cuando no perecen de repente, es uno de los mayores empeños de todas las épocas y de todas las civilizaciones. Aún este empeño es considerado, en la exaltación de la riqueza y del poder por el espíritu moderno, con la frivolidad y el diletantismo que echa a perder y confunde hoy todos los grandes problemas de estética, de filosofía, de política, de moral. Vivimos en medio de aquellos que pudieran llamarse los Saturnos de la historia del mundo, en cuyos clamores no sentimos ya lo trágico de la vida. Esta breve historia de las mujeres de los Césares resucitará ante los ojos de los modernos una de aquellas tragedias en medio de cuyas tenebrosas amenazas vivían nuestros antepasados fortaleciendo sus ánimos.

LIVIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

LIVIA

I

EN el año 38 a. de C., el más joven de los *triunviri reipublicat constituendac*, el colega de Marco Antonio y de Marco Emilio Lepido, en la dictadura militar, constituida después de la muerte de los Césares, Cayo Julio César Octaviano, preguntaba con urgencia al colegio de los pontífices, que era la suprema autoridad religiosa de la república, si una mujer encinta podía divorciarse y contraer nuevas nupcias antes del parto. El colegio de los pontífices contesta que no podía si la concepción era todavía dudosa; pero si era segura no había impedimento. Después de lo que en pocos días el joven *triunviro* — tenía entonces veinticinco años — repudiaba a *Seribania* y desposaba a Livia, joven señora de diez y nueve años que precisa-

mente se encontraba en aquellas condiciones en torno a las que la sabiduría de los pontífices había sido interrogada, y que, para desposarlo, se había divorciado de Tiberio Claudio Nerón. Si bien los grandes de Roma fuesen expeditivos en estos asuntos, los dos divorcios y el nuevo matrimonio se hicieron aún más pronto que de costumbre. No sólo Tiberio Claudio Nerón cedió graciosamente a la joven y bellísima mujer, sino que la aseguró además para el nuevo matrimonio, como si fuese su padre, una dote y asistió al festín nupcial. Livia pasó en seguida a la casa del nuevo marido, en donde tres meses después dió a luz un niño que fué llamado Druso Claudio Nerón, que fué enviado por Octavio a la casa del primer marido, como cosa que no le pertenecía.

Semejantes costumbres serían para nosotros de promiscuidad y de lenocinio. En cambio en Roma, avezados todos a ver hechos y deshechos de este modo los matrimonios de los grandes personajes, nadie se hubiera asombrado de aquellos divorcios y de aquella boda, si no hubiera sido por aquella extraordinaria prisa por la que no se quiso o no se pudo esperar a que Livia diese a luz el hijo del primer marido, y fué necesario molestar al colegio de los pontífices para obtener un consentimiento más bien sofisticado. ¿Por qué razón fué celebrada esta boda precipitadamente y de común acuerdo entre todos,

según parece? ¿Por qué no solamente Livia y Octavio, sino todos, hasta Tiberio Claudio Nerón, parecen tan impacientes de que todo se termine lo más pronto posible? La leyenda casi hostil bajo todos sus aspectos que persigue a la familia de Augusto desde hace veinte siglos, ha descrito este matrimonio como un alarde de poder y poco menos que un rapto del disoluto y perverso triunviro. Historiadores menos malévolos, entre los cuales el que escribe, en su *Grandeza y decadencia de Roma*, supusieron en esta prisa una explosión de amor por la bellísima Livia, que había trastornado al joven triunviro.

Pero una más detenida reflexión me ha persuadido que de este matrimonio hay otra explicación, menos poética acaso, pero más romana. ¿Qué eran Livia y Octaviano, uno respecto al otro, en aquellos procelosos años en los que la gloriosa república estertoreaba en tierra medio destrozada por la dictadura militar, que la había derribado y le apretaba la garganta? Livia no era solamente una bellísima mujer, como atestiguan sus retratos, sino que, además, pertenecía a dos de las más antiguas e ilustres familias de la nobleza romana. Su padre, Marco Livio Druso Claudiano, proscrito por los triunviros en el 43, y muerto después en *Filippe*, era nada menos que un Claudio adoptado a un Livio Druso, Descendiente de *Appio Cieco*, el famoso

ensor y quizás el personaje histórico más ilustre de la antigua república; nacido de una familia en la que el abuelo y el bisabuelo y el tatarabuelo habían sido cónsules, y un número no menos de cónsules y de censores ensalzaban las ramas colaterales. Una hermana de su abuelo había sido mujer de Tiberio Graco, y una prima de su padre se casó con Lúculo, el conquistador de Asia, y había entrado, por adopción, en la familia de los Livios Drusos, que contaba ocho consulados, dos censuras, tres triunfos, una dictadura. Pertenecía, en suma, por nacimiento y por adopción, a dos de aquellas antiguas familias aristocráticas a las que el pueblo no había cesado nunca de amar, ni aun en medio de las más tremendas revoluciones, como semidioses y cuya historia se enlazaba con toda la historia de la república. No menos noble era el primer esposo de Livia, que con tanta prisa la había cedido, puesto que descendía de otro hijo de Appio Ciego. Livia era, pues, la encarnación femenina de la gran aristocracia romana, de su gloria y de su tradición.

¿Quién era, en cambio, Octaviano? Un hidalguero de fresca data. Su abuelo era un rico usurero de Veiletri. El padre fué el primero de la familia que, con las riquezas del usurero, había logrado insinuarse clandestinamente en la nobleza romana, desposando a una hermana de César; entró en el Senado y llegó a pretor; pero

murió todavía joven. Octaviano era, pues, según diríamos hoy, el descendiente de los ricos burgueses ennoblecidos recientemente, y aun cuando César, adoptándolo en el testamento, le hubiese dado un antiguo nombre patricio, su origen modesto y la profesión del abuelo eran conocidos por todos en Roma. En un Estado en el que, aun después de tantas revoluciones, era venerada todavía la nobleza de antiguo linaje, como el más legítimo y menos controvertido título del poder, esta obscuridad de orígenes era un peligro, máxime para un dictador que era un mediano general, que no había llevado a cabo ninguna gloriosa empresa de guerra y que no podía vanagloriarse hasta entonces más que de enredos, perfidias, violencias y rapiñas en la guerra civil.

Considerando esta diferencia, y descartado que el amor hiciese una de las suyas, podremos explicarnos por qué el futuro Augusto estuviese tan impaciente por desposar a Livia, en el 38 a. de C. Los tiempos eran provechosos. El joven triunviro, al que un capricho inexplicable de la fortuna había hecho a los veinte años partícipe de una dictadura revolucionaria, era, por la edad, por la poca experiencia, por la falta de prestigio y, finalmente, por la obscuridad de su origen, el más débil de los tres colegas. Antonio, que tantas guerras había hecho, solo y con César, que pertenecía a una familia de antigua y

auténtica nobleza, que era mucho más admirado y querido por los soldados, era mucho más poderoso que él. Casándose Octaviano con Livia, entraba, aunque oblicuamente y como un intruso, en la vieja aristocracia, que era la única a quien el pueblo reconocía positivamente el derecho de ejercitar las supremas cargas de la república. De esta manera legitimaba un poco su poder, a semejanza del antiguo oficial corso que, hecho emperador de Francia, había tratado de legitimar su fortuna desposando a la hija de un verdadero emperador. Y puesto que una señora que pertenecía a una de estas familias estaba dispuesta a tomarlo como esposo, no convenía poner tiempo de por medio; los tiempos y la fortuna podían cambiar...

Pero si estos motivos pudieron inducir al futuro Augusto a precipitar la boda, ¿cómo y por qué razones consintió Livia, en tiempos tan provechosos y cuando la fortuna del futuro Augusto era incierta todavía? Según un pasaje de *Velleio* (2, 94) habríamos de creer que quien imaginó y combinó este matrimonio fué precisamente... el primer marido de Livia. Velleio fué un amigo, un confidente, lo que hoy llamaríamos un oficial de órdenes de Tiberio. Pudo, pues, enterarse de este secreto de familia por Tiberio, a quien la madre debió haber enterado cómo se había hecho el famoso matrimonio. Por esto, el testimonio de Velleio es de una gran autoridad. Puesto

que los grandes de Roma no sólo no rehusaban, sino que creían sinceramente que debían servirse de la mujer en las formas legales del matrimonio para gobernar el Estado, no es punto inverosímil que Tiberio Claudio Nerón, considerando que la revolución había vencido, pensase que debía reconciliarse con ella la antigua nobleza, y combinase este matrimonio para preparar la reconciliación. Falto de juventud, cansado, agotado y desilusionado de la guerra civil, enfermizo (murió poco después) Nerón, que había conocido quién era Livia, pensó, quizás, que una mujer tan bella y tan inteligente, mientras en su casa no servía para gran cosa, desposada con el más joven, con el más débil, con el más influenciado de los triunviros... Si Velleio está en lo cierto, Tiberio Claudio Nerón fué el ignoto político que supo emplear a tiempo un pequeño expediente, fecundo en grandes efectos. Con la entrada de Livia en la casa de Octaviano, la antigua nobleza romana lanzaba al cuello del más joven entre los jefes de la revolución una de las cadenas más dulces y ligeras de peso y más difícil de romper y sacudir: los brazos de una mujer bella e inteligente.

Y Livia no defraudó las esperanzas de los suyos, puesto que por espacio de más de medio

siglo fué en la casa de su nuevo marido el genio discreto y siempre vigilante de la antigua Roma. Era difícil imaginar un más perfecto modelo de la mujer de gran linaje, tal cual los romanos la deseaban intensamente desde hacía tantos siglos, que supiese, en la admirable armonía de una larga existencia, ajustar mejor la contradicción entre la libertad concedida a su sexo y la abnegación que se le imponía como un deber. Equilibrada, serena, virtuosa, se amoldó sin dificultad a todos los sacrificios que el rango y los tiempos le impusieron. Dejó sin gran dificultad a su primer marido; se casó con Octaviano cinco años después de las prescripciones, cuando aún estaba manchado de sangre de los suyos; renunció, desposándolo, a sus dos hijos: el futuro emperador Tiberio, que ya había nacido, y el que nació después de su matrimonio; se hizo cargo de ellos nuevamente con igual serenidad, y los educó con la más maternal solicitud, cuando de allí a algunos años murió Tiberio Claudio Nerón, nombrando tutor a Augusto. Del segundo marido, que la razón de Estado le había impuesto, fué compañera fidelísima. La leyenda le atribuyó beneficios absurdos, ambiciones fantásticas e intrigas novelescas; pero ni aun la leyenda, tan rencorosa de por sí, se atrevió nunca a acusarla de infidelidad ni de disolución. Ni el inmenso poder, ni la inmensa gloria, ni las riquezas inmensas del marido, fueron

bastantes para turbarla, para alterarla o echarla a perder. En el palacio de Augusto, ornado de perpetuos laureles, blanco de todas las miradas del inmenso imperio que se extendía del Eufrates al Rin y centro de reunión de los hombres más eminentes del Senado, que en breves conciliábulos trataban los intereses más grandes del mundo, conservó la hermosa tradición de sencillez y de actividad que había aprendido desde su niñez en casa de sus padres, resplandeciente, si no de riquezas, de gloria. Sabemos—nos lo cuenta Suetonio—que la casa en la que Livia pasó la mayor parte de su vida, construída por Augusto sobre el Palatino, era pequeña y poco fastuosa. Ni un solo pedazo de mármol, ni preciosos mosaicos; los muebles eran tan sencillos que en el siglo segundo de la era vulgar se enseñaban todavía al público como curiosidad. Ni lujo ni rumbo en las comidas, a las que a menudo invitaban Livia y Augusto a los conspicuos personajes de Roma, a los magistrados de la reconstituída república, a los jefes de las grandes familias. Sólo en ocasiones solemnes se servían seis platos; de ordinario, tres solamente. Durante cuarenta años durmió siempre Augusto en la misma habitación, y no llevó más togas que las tejidas por Livia, si no precisamente por sus propias manos, que de vez en vez no desdñaban emplearse en los telares, por las de sus esclavas y libertas. Esclava de las tradiciones

de la aristocracia, Livia dirigía también los talleres de tejido de su casa; pensando contribuir asimismo a la prosperidad y grandeza del imperio, midiendo con cuidado la lana a las esclavas, vigilándolas para que no la robasen ni la echaran a perder, y mezclándose de vez en cuando con ellas mientras trabajaban.

Sencillez, fidelidad, laboriosidad, consagración entera de la propia persona a la familia y sus intereses; estas virtudes femeninas, cultivadas por la tradición en las grandes familias romanas, revivieron todas en Livia, entre la admiración de sus contemporáneos. Mas, con estas virtudes, revivió también el interés por la política, el deseo y el orgullo de participar de las vicisitudes y trabajos del marido, comunes a todas las mujeres de algún mérito en las grandes familias. Nadie se sorprendió, nunca, en Roma, de que Augusto recurriese a menudo a Livia en busca de consejo ni de que no tomase nunca ninguna decisión grave sin haberla consultado antes: que ella atendía al mismo tiempo a vestir a su marido y a ayudarle a gobernar el imperio. Así habían hecho todas las matronas de la nobleza, cuidadosas de su buena fama y de la prosperidad de su familia. Livia había de ser tanto más inflexible y rígida en los sagrados deberes de la tradición, por cuanto los tiempos no podían parecer amenazadoramente peligrosos a una mujer educada a la antigua y en una anti-

gua familia. Si la guerra civil había diezmado a la aristocracia de Roma, la paz amenazaba a los que quedaban con una nueva y más insidiosa ruina. Cuando Livia tocaba a los cuarenta años, hacia el 18 a. de C., ya la nueva generación, que no había visto la guerra civil, porque estaba en la niñez o no había nacido cuando aquella terminaba, entraba en la vida ávida de lujo, de disipaciones, de goces, de libertad y de todas aquellas novedades que, poco a poco, minaban la república aristocrática, reconstituída con tantos sudores. Las mujeres empezaban a rebelarse contra los matrimonios por Razón de Estado; el celibato se difundía, acabando con la descendencia de las más célebres estirpes; muchos vicios y desórdenes eran ya tolerados en las más ilustres familias; la aristocracia, tan sencilla y austera en los buenos tiempos antiguos, se entregaba al lujo mientras el Egipto conquistado conquistaba a su vez a Roma, y las antiguas artes del lujo floreciente de Alejandría, bajo los Tolomeos, se transplantaban a Roma, esperando encontrar entre los nuevos dominadores los clientes perdidos con la caída del reino de Egipto. Las mujeres se apasionaban por las nuevas formas orientales; pedían a los maridos telas de gran lujo y tenían horror al telar, antiguo emblema de la mujer. Muchos de los jóvenes de las grandes familias volvían las espaldas a la milicia, a la magistratura, a la jurisprudencia; esto

es, a todos los cargos y honores que habían sido la ambición y el duro privilegio de la nobleza, y preferían quién la filosofía, quién ocuparse nada más de sus propios bienes, quién vivir en el ocio voluptuoso de Roma y de Baía. De donde la *laticlavia* era refutada y desdeñada por quienes más debían honrarla. Casi todos los años, para los cargos más numerosos, como la cuestura, había más puestos que candidatos, como tampoco era cosa fácil encontrar en la aristocracia todos los oficiales superiores que necesitaban legiones.

La aristocracia romana, la gloriosa aristocracia escapada a las proscripciones y a los Felipes, moría de un lento y voluptuoso suicidio. Era preciso salvarla de sí misma. Livia, seguramente, figuró entre los consejeros y los inspiradores de la restauración aristocrática, a la que Augusto fué arrastrado para completar la restauración de la república hecha diez años antes, hacia el año 18 a. de C., cuando propuso las famosas leyes sociales que, precisamente, querían volver a constituir las familias aristocráticas. *La lex de maritandis ordinibus* se esforzaba, con amenaza y promesas, a obligar a todos los miembros de la aristocracia a casarse y a prolicar, combatiendo el celibato y la esterilidad. *La lex de adulteriis* proclamaba la ley marcial y el terror en el desordenado reino del amor, amenazando a la esposa infiel y a su cómplice con el exilio

de por vida y la confiscación parcial de sus bienes. El marido estaba obligado a denunciar a los culpables a los Tribunales, y si éste no quería o no podía, quedaba obligado el padre a presentar la acusación, autorizando, además, a cualquier ciudadano para convertirse en acusador, si el padre y el marido no cumplían con su deber. La *lex sumtuaria* se esforzaba en moderar el lujo de las familias ricas, y particularmente el lujo femenino, proscribiendo las joyas, las fiestas, los vestidos costosos, los esclavos y las edificaciones de lujo. Estas leyes trataban en suma de modelar el mundo femenino de la aristocracia romana a imagen y semejanza de Livia; es cierto que en las largas discusiones de que fueron objeto en el Senado, Augusto hizo una vez un largo discurso en el que citó a Livia como el modelo al que todas las señoras de Roma debían esforzarse en parecerse. Para confirmar cuanto decía abrió las puertas de su casa a la curiosidad pública; contó cómo vivía Livia, qué amistades cultivaba, qué solaz y distracciones se permitía y, en fin, cómo se vestía y cuánto gastaba... Y nadie juzgó indigno de la grandeza de la república que su jefe sacase a la plaza pública, como un negocio de Estado, lo que hoy se llamaría «las cuentas de la modista» de la propia mujer.

III

Hacia el 18 a. de C., Livia representaba, pues, a los ojos de los romanos la perfección femenina, tal cual la tradición secular la veneraba; aquella perfección que, salvada, afortunadamente, de la guerra civil, había sido por fin colocada de nuevo en donde todos pudiesen verla admirarla e imitarla: ¡en la más poderosa familia del imperio! Ejemplo viviente de la virtud admirada por el pueblo romano sobre todas las cosas; esposa amada y consejera influyente del jefe del Estado; rodeada de la veneración que el poder, la virtud, la nobleza del nacimiento, la belleza digna del rostro y del cuerpo, atraían hacia ella de todas partes; alegrada por dos hijos, Tiberio y Druso, que inteligentes, formales, trabajadores, estudiosos, prometían ser, románamente, dignos del nombre que llevaban, Livia hubiera debido vivir, en la universal y merecida admiración, como un ejemplo de felicidad.

Pero las dificultades nacieron en su misma familia. Augusto había tenido, de Scribonia, una hija, Julia, que, en el 18 a. de C. tenía veintiún años, y que, frente a Livia, era el presente prócimo a rebelarse al pasado; la nueva generación, educada en la paz, más inclinada a gozar los privilegios del rango que a soportar las cargas de las obligaciones y de los sacrificios, con la

que las generaciones precedentes habían equilibrado los privilegios. Bella e inteligente, amaba, no sólo los estudios, la literatura y las artes, sino también el lujo y la suntuosidad, aunque el espíritu y la letra de la *lex sumtuaria*, que hizo aprobar su padre, no los consintieran. Era toda fuego, ambición, arrojo, pasión, tanto como Livia era sagaz, prudente, reservada. Augusto, que gobernaba su familia a la antigua usanza, la había casado, como igualmente a los dos hijos de Livia, muy joven, y procurando consolidar los intereses políticos de la familia, los tres matrimonios se hicieron entre personas de la propia familia. A Tiberio lo casó con Agripina, hija de su gran amigo y más fiel colaborador, Agripa; a Druso con Antonia, hija menor de Antonio y de su hermana Octavia, y a Julia con su sobrino Marcelo, hijo también de su hermana Octavia y de su primer marido... Pero si los dos primeros matrimonios resultaron y las dos parejas vivían amándose y felices, no ocurrió así con el matrimonio de Julia y Marcelo. No sabemos por qué razones, aunque parece ser que Marcelo, instigado por Julia, adoptó un tono demasiado soberbio e insolente, hasta para un sobrino de Augusto, y este gesto ofendió a Agripa, que era, después de Augusto, el primer personaje del imperio. En suma, parece ser que Julia no se contentase, según la antigua costumbre, con animar y aconsejar al marido en sus legítimas ambicio-

nes, puesto que ya tenía ella las suyas propias; ¡y qué ambiciones! ¡Que su marido fuese el segundo personaje del Estado después de Augusto para llegar ella a colocarse franca y repentinamente al lado de Livia! Estas ambiciones y las sordas discordias que surgieron en poco tiempo en la familia, asustaron tanto a Augusto, que cuando Marcelo, muy joven todavía, murió en el año 23, vaciló mucho antes de volver a casar a la joven viuda. Hasta hubo momentos que pensó casarla con un caballero, esto es, una persona de secundaria importancia, en cuanto al poder del Estado, con el manifiesto propósito de sofocar sus demasiado ardientes ambiciones, poniéndola en la imposibilidad de satisfacerlas. Luego se decidió por el medio contrario, y en el 21 a. de C., dió Julia a Agripa, causante de los precedentes sinsabores, para ver si, satisfaciéndolas, se aquietaban aquellas ambiciones. Agripa era veinticuatro años más viejo que ella, podía ser su padre, pero era, ciertamente, el segundo personaje del imperio, por gloria, riqueza y poderío, y bien pronto, en el 18 a. de C., se convertiría en colega de Augusto en la presidencia de la república y su igual, por tanto, en todo.

Así Julia, a los veintiún años, fué la segunda mujer del imperio, después de Livia, quizás la primera al lado de ella, y pudo no sólo satisfacer su ambición, sino desfogar el ardor modernizante de la nueva generación, convirtiéndose, poco a poco,

en la antítesis de Livia y de su casi monumental arcaísmo. Si Livia llevaba, como Augusto, vestidos de lana tejidos en casa, Julia adoraba los vestidos de seda que los industriosos mercaderes orientales vendían a precios caros, pero que los arcaizantes en toga y estola odiaban como una ruina por su coste y como una indecencia por el relieve que acusaba de las formas. Era tan pródiga como Livia parsimoniosa. Livia no se mostraba en el teatro sino rodeada de hombres graves y entrados en años; Julia se presentaba siempre en público con un cortejo de jóvenes elegantes. Procuraba Livia estar siempre en su puesto y dar ejemplo de reserva y modestia. Julia, no obstante la ley que prohibía a la mujer que acompañase a los gobernadores en sus viajes por las provincias, logró marchar con Agripa cuando en el año 16 hizo su gran viaje a Oriente, y a su lado se presentó en todos los sitios, en los recibimientos, a las cortes, en la ciudad, siendo la primera mujer latina que fué divinizada en Oriente. Pafos le erigió estatuas llamándola «divina»; Mitileno la llamó nueva Afrodita; Efeso, Afrodita madre... Atrevida novedad en un Estado de tan poderosas tradiciones; pero que no hubiera sido excesivamente peligrosa si Julia no hubiese cometido una imprudencia mucho más grave. Agripa era casi viejo, era un hombre simple, rudo, de oscuro origen, que se preocupaba más de los negocios

públicos que de su joven mujer, desposada en honor a la Razón de Estado. Entre los jóvenes que formaban parte del círculo de Julia, había algunos bellos, elegantes, agradables, entre los cuales se encontraba un tal Sempronio Graco, descendiente de los famosos tribunos. Parecer que Julia, viviendo todavía Agripa, hiciese a éste una de aquellas afrentas a la nupcial Razón de Estado en boga en Roma, que la *lex de adulteriis* castigaba con terribles penas. Es probable, por el hecho en sí, que a partir de entonces no existiese gran armonía entre Julia y Livia, y lo demuestran algunos indicios que quedaron en la tradición y en la historia. Seguro sabemos que en torno a las dos mujeres empezaban ya a reunirse como dos partidos: uno que se podría llamar el partido de los Claudios y de la nobleza arcaizante, y el otro el de los Julios o de la nobleza modernizante. Sin embargo, aún Augusto, balanceándose entre las dos mujeres y los dos partidos, logró conservar cierto equilibrio mientras vivió Agripa. De manera que cuando quiso ponerse en regla con la *lex de maritandis ordinibus*, que prescribía a todo buen ciudadano cuidadoso del bien público de tener tres hijos, adoptó a Lucio y Capo, los dos primeros hijos que Julia había tenido de Agripa. Esto fué un gran triunfo para Julia; pero, en el 12 a. de C., la muerte de Agripa precipitó las cosas, que a duras penas se sostenían en equilibrio.

De nuevo Julia era viuda, y la *lex de maritandis ordinibus* le mandaba casarse nuevamente. Augusto, siguiendo la costumbre, le buscó marido, consultando solamente la dura Razón de Estado, en Tiberio, hijo mayor de Livia. Tiberio, hermanastro de Julia, estaba casado con una mujer a la que amaba tiernamente; pero esta consideración no podía hacer vacilar a un senador romano. El matrimonio de Julia y Tiberio podía y debía extinguir la discordia incipiente entre los Julios y los Claudios, entre Julia y Livia, entre la joven y la vieja nobleza, y Augusto ordenó, por tanto, a Tiberio que repudiase a su joven, bella y virtuosa Agripina para desposar a Julia. El deber era duro (se cuenta que habiendo encontrado Tiberio a Agripina, después del divorcio, en una casa, estalló en lágrimas, y que Augusto ordenó a los dos antiguos esposos que no se volvieran a ver jamás); pero también Tiberio era hombre de ideas antiguas y sabía que un noble romano debía sacrificar sus afectos domésticos al interés público... Julia, en cambio, celebró la boda alegremente. Puesto que Tiberio, muerto Agripa y su hermano Druso, era la esperanza y el segundo personaje de la república, ella en nada decaía del segundo al tercer matrimonio. Además, Tiberio, según atestiguan los mármoles, era un hombre guapísimo que no disgustaba, según parece, a Julia, condición importantísima para una mujer a la que

no le importaba gran cosa la Razón de Estado.

El matrimonio hizo concebir alegres esperanzas. Julia parecía amar a Tiberio y Tiberio hacía los posibles para ser un buen marido. La espera de un hijo fortaleció la esperanza; pero ¡por poco tiempo, desgraciadamente! Tiberio era hijo de Livia, un Claudio auténtico, un tradicionalista de pura cepa, un aristócrata rígido y desdeñoso, un soldado duro con los demás como consigo mismo. Quería que la aristocracia fuese ejemplo del pueblo, al que debía gobernar; ejemplo de piedad religiosa, de sencillez de costumbres, de parsimonia, de espíritu familiar puro, de obediencia a las leyes. El lujo y la prodigalidad tenían en él su más terrible enemigo. Una familia linajuda que derrochara sus bienes en joyas, en vestidos, en francachelas, le parecía traidora a la patria. Nadie exigía, con mayor fuerza que él, que las grandes leyes del año 18 — las leyes suntuaria, sobre el matrimonio y sobre el adulterio — fueran aplicadas con inexorable firmeza. Julia amaba el lujo, las fiestas, las compañías alegres, los jóvenes elegantes, la vida fácil y amena.

Perdidas las esperanzas en el hijo (murió poco después de nacer), estalló la discordia. Es un hecho cierto que Tiberio no tardó en saber que Sempronio Graco, aprovechando la discordia, había logrado acercarse a Julia, hacerse escu-

char, reanudando las antiguas relaciones con ella, y un nuevo e intolerable tormento se unió a la nostalgia de la pura, dulce y dilecta Agripina. Según la *lex de adulteriis* estaba obligado a denunciar y a hacer castigar a la mujer culpable. Y era él quien había condenado más ásperamente la desobediencia a la terrible ley... ¡Ahora que su mujer la había violado y debía, como tantas otras mujeres, sufrirla, había llegado el momento de dar aquel ejemplo de firmeza implacable que tantas veces había reclamado a los demás! Pero Julia era la hija de Augusto... ¿Podía provocar tal escándalo en la casa del primer magistrado de la república, sin el consentimiento de Augusto? ¿Difamar y lanzar al destierro a la hija? Augusto, aun deseando que fuese más prudente y más seria, amaba y protegía a la hija, y no quería peligrosos escándalos. Y Julia se atrevía a lo que se atrevía porque se sabía invulnerable.

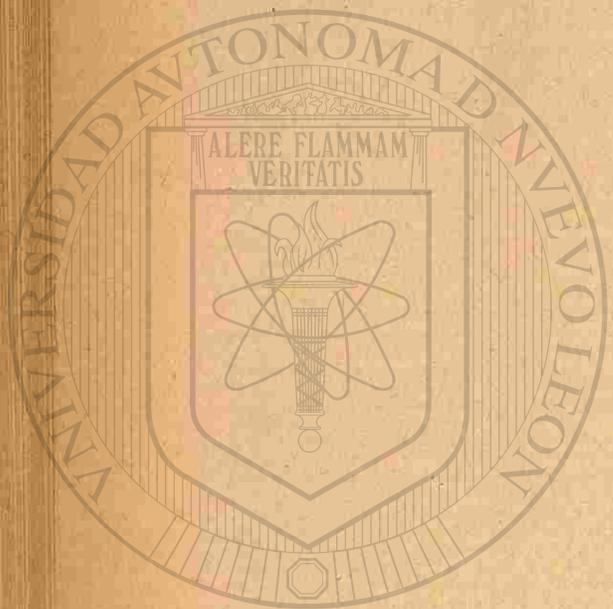
Obligado a hacer la vista gorda, Tiberio no quiso vivir más con Julia en el mismo apartamento ni tener otras relaciones de común con ella que las necesarias a salvar las apariencias, aunque no pudo repudiarla y mucho menos denunciarla. Pero fué peor cuando los rencores políticos empezaron a explotar la discordia. Tiberio tenía, máxime en sus jóvenes coetáneos, muchos enemigos; parte porque su rápida fortuna había ofendido no pocas envidias, parte por-

que su arcaísmo autoritario inquietaba muchos egoísmos. Muchos, también de la nobleza, deseaban un gobierno fácil, que dejara gozar sin esfuerzo de los privilegios y no fuera demasiado severo en la imposición de deberes. A su vez, la ambiciosa Julia, perdida la esperanza de sobresalir al lado de Tiberio, buscó una compensación a sus contrariadas ambiciones entre sus enemigos, y reunió a su alrededor un partido que se esforzó, por todos los medios, de minar y derribar a Tiberio, poniendo frente a él a Cayo César, hijo de Julia y de Agripa, al que Augusto había adoptado y quería mucho. Aunque Cayo César apenas tenía en el 6 a. de C. diez y seis años, empezaron en aquel año los trabajos y manejos para que, mediante un especial privilegio del Senado, fuera nombrado, a partir de entonces, cónsul, para posesionarse cuando cumpliera los veinte años, esto es, en el año 754 de Roma. Con este movimiento trataba el partido de Julia y de los enemigos de Tiberio atraer la atención popular sobre el joven, para preparar a un nuevo colaborador de Augusto, que fuese rival o al menos candidato con Tiberio, para acaparar el porvenir en su persona.

Pero el movimiento era demasiado atrevido; porque un cónsul chiquillo era una afrenta a la constitución y a la tradición romanas, y, probablemente, le hubiera sido funesto a quien lo ha-

bía imaginado si el propio Tiberio no se hubiera encargado, con un error, de hacerlo triunfar. Tiberio se opuso a esta ley y quiso que Augusto se opusiera también. En efecto, Augusto en principio se opuso, pero después, sea que Julia supiera convencerlo, sea que, efectivamente, hubiera en el Senado un fuerte partido que, por odio a Tiberio, quisiera nombrar a Cayo cónsul anticipadamente, cedió al fin, tratando de aplacar a Tiberio con recompensas. Pero Tiberio no era hombre para aceptar recompensas, e, indignado, pidió permiso para retirarse a Rodas, abandonando todos los cargos públicos que ejercía. Quería, sin duda, hacerse desear, puesto que, en verdad, Roma necesitaba de él. Pero se engañó. No sólo Augusto montó en cólera contra Tiberio, sino que esta retirada suya fué vituperada severamente por la opinión pública como represalia contra el Estado de una ofensa privada. Ausente él, todos sus enemigos cobraron ánimos y se convirtieron en leones. Los honores a Cayo César fueron aprobados entre el universal entusiasmo. El partido de Julia ganó demasiado. Y mientras Tiberio se veía en Rodas obligado a consumirse en el ocio triste de un hombre de acción, que poco a poco se siente olvidado, sus enemigos gozaban del favor de Augusto, en los conciliábulos del Senado, y de los caprichos de la popularidad.

Pero en Roma se había quedado Livia.



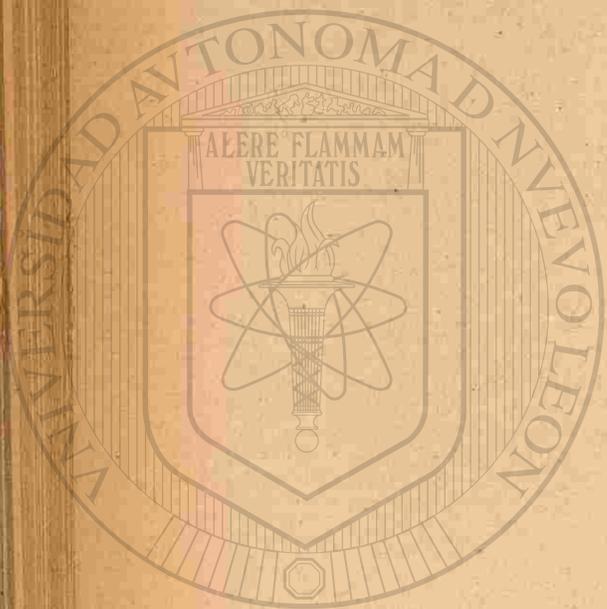
LAS HIJAS DE AGRIPA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



III

LAS HIJAS DE AGRIPA

I

ABANDONADO de la opinión pública, odiado de la mayoría del Senado, en desavenencia con Augusto, Tiberio se encontró bien pronto en Rodas, en el desesperado conflicto del que ha hecho el juego a sus enemigos con un movimiento en falso y no sabe cómo reparar el error. Salir de Roma había sido fácil, lo difícil era entrar. Y quizás su fortuna se habría eclipsado para siempre y no hubiera llegado nunca a emperador, si en el universal abandono no le hubieran permanecido fieles dos mujeres: Livia, la madre, y la cuñada Antonia, viuda de su hermano Druso, muerto en plena juventud, cuando más vivas eran las esperanzas que Roma tenía en él.

Antonia era hija de la hermana de Augusto,

Octavia, y de Marco Antonio, el famoso triunviro de Cleopatra, y fué, sin duda, la más gentil y dulce entre todas las figuras de mujer que comparecen en la trágica y lúgubre historia de la familia de los Césares. Bella, virtuosa, formal, modesta, equilibrada, llevaba a la familia un espíritu de concordia, una severidad, un juicio que, por exceso, no siempre daban razón de las violentas pasiones y de las pendencias de intereses de los otros. Druso y Antonia habían sido para los romanos, mientras Druso vivió, modelo de parejas fieles y amorosas, hasta el punto de que su tierno afecto había quedado casi como proverbio. Pero lo que más profundamente había conmovido de esta pareja a la multitud de Roma, tan inclinada a admirar a los descendientes de las grandes familias, era la belleza, la virtud, la dulzura, la modestia y la reserva de ella. Muerto Druso, Antonia no quiso volver a casarse, aunque la *lex de maritandis ordinibus* la obligase también a hacerlo. «Joven y bellísima—escribe Valerio Máximo—se redujo a vivir en compañía de Livia, y el mismo lecho vió morir al joven marido y envejecer en austera viudez a la esposa.» Augusto y el pueblo se enternecieron tanto de esta suprema prueba de fidelidad a la memoria del inolvidable marido, que por común acuerdo de la opinión pública, fué dispensada de la obligación de volver a casarse, y el mismo Augusto, tan riguroso en la imposición a su fa-

milia del cumplimiento de la *lex maritandis ordinibus*, fué desarmado esta vez. Por primera vez, la Razón de Estado, alcahueta y madrina de prostitución legal, respetó el alma y el cuerpo de una mujer pura, eximiéndola de la promiscuidad política, obligatoria para las otras mujeres de su familia y de su casta. Entre Roma y su villa en Bauí, donde pasaba la mayor parte del año, la bella viuda procuraba educar a sus tres hijos—Germánico, Sivilla, Claudio—viviendo apartada de la cosa política, en la intimidad de Livia, por quien, como la madre, sentía veneración, después de la muerte de Octavio, y tratando de infundir un espíritu de concordia en la lacerada familia.

Antonia era muy amiga de Tiberio, el cual correspondía, a su vez, a la bella y virtuosa cuñada con su viva simpatía y un profundo respeto. Es cierto, por muchos indicios, que Antonia, íntimamente ligada a Livia, había tomado el partido de Tiberio. Pero el alma de la lucha que se empeñó en aquellos años entre los enemigos y los amigos de Tiberio, no fué Antonia, criatura dulce y apacible, sino Livia, más fuerte, más autoritaria, más enérgica.

Las cosas empezaron rápidamente. La opinión pública seguía siendo cada vez más hostil para Tiberio y más favorable para Julia y su hijo. Bien pronto se quiso dar al hermano menor de Cayo Lucio iguales honores que los ya asigna-

dos a Cayo. Los intereses se aliaron a los odios y rencores contra Tiberio, porque apenas Tiberio se marchó, el Senado había aumentado la cantidad destinada a la adquisición de trigo para el pueblo y la que se dedicaba a los juegos públicos. Cuantos se aprovechaban de estos gastos tenían ahora interés en impedir que Tiberio, famoso por su aversión a todo gasto inútil, volviese; con tal de destruir a Tiberio, no se reparó en los medios. Todos los artificios y todas las calumnias fueron lícitas, hasta la acusación de tramitar conspiraciones contra Augusto. Hacer frente a los rencores y a las inclinaciones de Augusto, a la opinión pública, a la mayoría del Senado, a los intereses coaligados, a Julia y a sus amigos, juntos, era ardua empresa, aun para una mujer tan hábil y fuerte como Livia. Pasaron cuatro años, a cual más negro e infausto para Tiberio y los suyos. Las fuerzas del partido de Julia crecían de continuo.

Al fin, el partido de Tiberio se decidió a una audacia desesperada: herir al partido adversario con un escándalo en la propia persona de Julia. La *lex Julia de adulteriis*, hecha por Augusto en el año 18, que autorizaba a cualquier ciudadano a acusar ante los tribunales a la esposa infiel, cuando el marido o el padre no la acusaban, se aplicaba a todos los ciudadanos romanos; por tanto, también a la hija de Augusto, a la viuda de Agripa, a la madre de Cayo y de Lu-

cio César, las dos jóvenes esperanzas de la república. Julia había, hasta entonces, violado la *lex Julia* y no había sufrido la pena que a tantas otras mujeres de la aristocracia había alcanzado, únicamente porque nadie se había atrevido a provocar este escándalo en la primera familia del imperio. El partido de Tiberio, protegido y guiado por Livia, se atrevió al fin. Es imposible fijar cuál fué la parte de Livia en esta tragedia. Lo cierto es que ella o algún otro personaje influyente logró procurarse las pruebas de la culpa de Julia y las presentó a Augusto, amenazándole, si no cumplía con su deber, con llevarlas ante el pretor y que se hiciera el proceso. Augusto había querido con la *lex Julia* que si el marido, como en el caso presente de Tiberio, no podía acusar a la mujer infiel, fuera, en su defecto, el padre quien lo hiciera, y Augusto hubo de sufrir su terrible ley para evitar el escándalo y desdichas peores. Desterró a Julia en la pequeña isla de Pantellería, y a los treinta y siete años, la joven, agraciada, encantadora, voluptuosa señora, que había brillado en Roma tantos años, tuvo que desaparecer para siempre de la metrópoli y reducirse a vivir en un islote salvaje. Su vida había sido truncada para siempre por el odio implacable de un partido enemigo, por la crueldad inexorable de una ley hecha por su padre.

Después del exilio de Julia la fortuna de Ti-

berio y de Livia, que languidecía desde hacía cuatro años, resurgió. Mas no tan rápidamente como tal vez Livia y Tiberio esperaban. Julia, aun en la desgracia, conservó numerosas amistades y una gran popularidad. Por mucho tiempo, el pueblo de Roma se manifestó en su favor, siendo muchos los que solicitaron de Augusto su perdón; prueba evidente de que las horribles infamias que a su costa se contaban eran exageraciones de enemigos. Julia había violado la *lex julia*, esto es seguro; pero si había cometido una falta, no era un monstruo como decían sus enemigos; era una bella señora, como muchas fueron, son y serán, con vicios y virtudes humanas. Recobrado del escándalo, su partido recomenzó la guerra, y firme en su idea de hacer perdonar a Julia, intentó cuanto pudo para impedir que Tiberio volviese a Roma y tomara parte de nuevo en la vida política, seguro de que si el marido ponía de nuevo el pie en Roma, Julia no volvería nunca. Uno de los dos podía entrar en Roma, o Tiberio o Julia. Y la lucha de los dos partidos en torno de Augusto fué más furiosa que nunca.

Cayo y Lucio César, los dos jóvenes hijos de Julia, predilectos de Augusto, fueron los portavoces de los enemigos de Tiberio, y el contrapeso de la influencia de Livia cerca de Augusto. No fué descuidado ningún artificio para sembrar tal odio y desconfianza entre los dos jóve-

nes y Tiberio que hiciese imposible que pudiesen encontrarse juntos en el gobierno y que la presencia de los unos excluyese al otro. Los enemigos de Tiberio encontraron una nueva ayuda en una hija de Julia y de Agripa—Julia menor, como la ha llamado la historia—a la que Augusto amaba tanto como a Cayo y Lucio. Desposada con L. Emilio Paolo, descendiente de una de las más grandes familias de Roma, Julia ocupó pronto en Roma el puesto de la madre, la Autilivia, reuniendo, como la madre, en torno suyo una corte de jóvenes elegantes, de escritores, de poetas—Ovidio formaba parte de su círculo—que equilibrase la camarilla de viejos senadores (viejarracos diríamos nosotros) que rodeaban a Livia. Sin embargo, no tardó mucho en abusar de la benevolencia del abuelo como había abusado la madre; haciendo, a la sombra de su protección, ostentación de un lujo que los enemigos del viejo puritanismo romano admiraban, precisamente porque estaba prohibido por las leyes; construyendo una magnífica villa, que era un desafío a la ley suntuaria; y—de creer a la tradición—violando también aquella *lex de adulteriis*, que tan fatal había sido para su madre.

De modo que aun después de la caída de Julia, sus tres hijos, Cayo, Lucio y Julia, eran, por la debilidad de Augusto, por el favor del público y por el apoyo del Senado, suficientemente

poderosos para disputar el terreno al partido de Livia. Por fin, después de infinitos trabajos y cuatro años de intrigas, en el año 2 después de C., Livia logró conseguir el permiso para que Tiberio volviese a Roma, a condición de inhibirse de todo asunto público y ocuparse únicamente de sus negocios particulares y de la educación de su hijo. Augusto era viejo y le faltaban ya alientos para atender al imperio. El ejército estaba enmohecido, las finanzas desacreditadas, las fronteras poco seguras; la rebelión serpenteaba en Galia, en Panonia, en Germania. Únicamente Tiberio, primer general y uno de los mejores administradores de su tiempo, poniendo a disposición de la República el pleno vigor de su madura virilidad, estaba en condiciones de hacer lo que Lucio y Cayo no sabían. Pero inútil; Augusto no cedía a las instancias de Livia; dueños del Estado los Julios, procuraban tener a los Claudios lo más lejos posible y Tiberio hubiera sido probablemente alejado para siempre del poder si la casualidad no le hubiese ayudado, quitando de en medio a Cayo y a Lucio César. Poco después del regreso de Tiberio, el 20 de agosto del año 2 a. de C., Lucio César moría en Marsella, víctima de breve enfermedad, y veinte meses después, en febrero del año 4, moría también Cayo, en Licia, a consecuencia de una herida que recibió en una escaramuza. Tan prematuras fueron estas dos

muertes, tan próximas una de otra y tan oportunas para Tiberio, que la posteridad se ha negado a considerarlas como uno de tantos accidentes que pueden ocurrir a todos los humanos; ¡y ha sospechado en ellas la mano criminal de Livia! Sino que quien conoce un poco el mundo y los hombres sabe que es más fácil imaginar y sospechar que llevar a cabo estos envenenamientos novelescos. Pues prescindiendo de toda consideración sobre el carácter de Livia—y se podrían hacer muchas—es difícil imaginar cómo se habría atrevido y logrado envenenar a los dos jóvenes a tanta distancia de Roma, uno en Asia, el otro en Galia, sino por medio de muchos cómplices, en tiempos en los que, dividida como estaba la familia de Augusto por tantos odios, cada uno de sus miembros era sospechoso, espiado y vigilado por los del partido enemigo, y en los que el ejemplo de Julia había demostrado que el parentesco con Augusto no era defensa suficiente contra los rigores de la ley y la cólera de la opinión pública. Por otra parte, es cosa sabida que el pueblo se inclina siempre a sospechar un delito cada vez que un hombre de notoriedad muere prematuramente. Sin remontarnos a la leyenda del conde Rosso, envenenado por su madre, recordaremos que en Turín, hace treinta años, era creencia general que Cavour había sido envenenado, según unos por una amante, según otros por orden de Napoleón III,

de los jesuitas, y sólo porque su vida fué truncada repentinamente (por una nefritis, creo), a los cincuenta y dos años, precisamente cuando Italia tenía más necesidad de él. Esta hecatombe sobre los jóvenes de la familia de Augusto, parece la persecución de una obscura fatalidad y puede hacerse sospechosa; pero precisamente porque las muertes prematuras fueron tan numerosas no pueden explicarse sino por consunción de la estirpe, enferma de la médula. Todas las familias envejecidas en el poder o en la riqueza se extinguen; de donde ninguna aristocracia puede durar si no se renueva y las que se han encerrado en sí han perecido.

No hay ninguna razón seria que nos autorice a atribuir a una mujer que fué venerada como un modelo por los hombres mejores de su edad tan horrendo delito. Y las fábulas que contó el populacho, adverso a Livia porque era fiel a Julia, y que los historiadores de la edad siguiente recogieran, deben merecernos tanto crédito como las patrañas del populacho turinés sobre el veneno propinado a Cavour. No se puede negar que la muerte de Cayo y de Lucio César fué una gran fortuna para Tiberio, ya que impuso su vuelta al poder. El imperio era una desdicha por todos sitios; la Germania estaba medio sublevada, el ejército tenía necesidad de un jefe, y, sin embargo, todavía Augusto, viejo e irresoluto, dudaba, temiendo la aversión que incubaba en el

Senado y en el pueblo contra el demasiado autoritario Tiberio. Por fin, de acuerdo con Livia, la parte más seria, más autorizada y más antigua de la nobleza senatorial, capitaneada por un sobrino de Pompeyo, Cneo Cornelio Cinna, le obligó a reclamar a Tiberio, amenazándole, según parece, de recurrir a algún expediente violento, del que no tenemos noticias ciertas. Verdad es que se amedrentó al viejo Augusto, venciendo así, con un temor mayor, el miedo que le causaba la impopularidad de Tiberio, y el 26 de junio del año 4 de nuestra era, Augusto adoptaba como hijo a Tiberio, hizo que le impusieran la potestad tribunicia para diez años y lo tomó como colega. Tiberio, a su vez, por voluntad de Augusto, adoptaba como hijo a Germánico, hijo mayor de Druso y de Antonia, su fiel amiga, joven inteligente y activo, del que todos esperaban mucho.

De nuevo en el poder, Tiberio procuró, de acuerdo con Augusto, poner orden en el ejército y en el Estado, y aplacar, con actos de clemencia y nuevos matrimonios, la furiosa discordia que, en los últimos años, había dividido y turbado a las familias de los Julios y de los Claudios. El destierro de Julia fué suavizado; Germánico desposó a Agripina, viuda de Cayo César, hermana de Julia menor e hija de Julia y Agripa; Sivilla, hermana de Germánico e hija de Antonia, fué dada en matrimonio al hijo de Ti-

berio, Druso, joven coetáneo de Germánico, en el que, no obstante ciertos defectos, irascibilidad e inclinación a los placeres, se mostraban algunas cualidades, firmeza, entendimiento sólido, actividad, de hombre de Estado. Se pretendía con estos matrimonios hacer de las ramas Julia y Claudia, que entrelazadas componían la familia de Augusto, un solo cuerpo formidable y tan unido, que pudiera ser el fundamento sobre el que pudiera apoyarse la república, esto es, el gobierno de todo el imperio. Pero, si los propósitos eran sabios, los fermentos de discordia y la desdicha de los tiempos podían más que los buenos propósitos. Se habían acordado demasiado tarde de llamar a Tiberio al poder. Tras diez años de gobierno servil, el desorden era demasiado grande; las medidas imaginadas por Tiberio para reorganizar las finanzas del imperio, irritaron a las clases ricas de Italia; en el 6 después de Cristo, estalló la gran revolución de Panonia. ¡Qué espanto! Dijérase que volvían los tiempos de los Cimbrós y de los Teutones. ¡En un momento de locura colectiva se temió hasta que pudiera ser invadida la Península y asediada Roma por los bárbaros! Tiberio acudió rápido y domó la insurrección, no afrontándola en campo abierto, sino aislándola, ¡método seguro y sabio, teniendo en cuenta las fuerzas de que disponía! Pero en Roma, pasado el espanto, irritó aquella dilación de la guerra,

que sirvió a muchos de pretexto para desahogar su antiguo odio contra Tiberio, acusado de tener miedo, de no saber su profesión, de alargar la guerra por ambición! El partido adverso a Tiberio levantó la cabeza intentando hasta de instigarle contra Germánico, que, joven, ambicioso y temerario, hubiera preferido una guerra rápida. Y se hubiera, seguramente, creado desde entonces un partido de Germánico frente al de Tiberio, si Augusto, esta vez, no hubiera sostenido en Roma a Tiberio. Pero las dificultades y las incertidumbres eran grandes y renacían de continuo.

En medio de estas luchas y de estos terrores, un nuevo escándalo estalló en la familia de Augusto. Julia menor se dejó coger, como la madre, en falta a la *lex Julia de adulteriis* ¡y también ella tuvo que tomar el camino del destierro! No sabemos cómo y por obra de quién estalló el escándalo; en cambio, sabemos que Augusto amaba mucho a su nieta; de donde puede creerse que en aquel agitado y borrascoso momento, mientras tantos odios se dirigían contra su familia y su casa, y tantos esfuerzos se hacían para derribar de nuevo a Tiberio, a pesar de haber salvado el imperio, Augusto tuvo, por segunda vez, que sufrir su ley, sin atreverse a discutir al partido puritano, a la minoría arcaizante de los senadores, a los amigos de Tiberio, esta segunda víctima de su familia.

Cierto que se hizo cuanto se pudo para limitar el escándalo, y que del exilio de la segunda Julia apenas habría llegado a nosotros cualquier noticia sumaria, si entre los cómplices, que fueron desterrados con ella, no se hubiera encontrado también Ovidio, que había de llenar veinte siglos con sus lamentos, haciéndolos llegar hasta los oídos de la más lejana posteridad. El exilio de Ovidio es, por lo impenetrable, uno de los misterios que más atormentaron la curiosidad de los siglos. El mismo Ovidio, con su prudencia, no hablando nunca claramente de las acusaciones a las que sucumbió, haciendo, respecto a éstas, sólo vagas alusiones, que se resumen en dos palabras: *carmen et error*, no hace más que acuciarla. De modo que en vano se pregunta la posteridad, desde hace veinte siglos, qué *error* fué éste, que mandó al elegante poeta a morir entre los bárbaros, sobre las orillas del Danubio. Pero si no es posible precisar el *error* que tan caro costó a Ovidio, es, en cambio, posible darse cuenta de lo que fué este singular y famoso episodio de la historia de Roma, al que Ovidio debe, en parte, su inmortalidad. Ovidio no fué, como tantas veces se ha repetido, víctima de un capricho del despotismo, y no puede ser, por tanto, comparado a uno de tantos escritores rusos que la administración de los zares deportaba a Siberia por odio o por miedo, sin causa determinada. Su

caso podría más pronto compararse, hasta cierto punto, al proceso de Oscar Wilde, aunque la acusación a la que sucumbieron los dos poetas fuera diferente. El *error* de Ovidio consiste, seguramente, en haber violado alguna disposición de la *lex Julia de adulteriis*, que, como sabemos, era muy detallada y especificaba como casos de complicidad muchos actos y hechos que, también a los ojos de los más rigoristas modernos, parecerían reprobables, sí, pero no dignos de tan terrible pena. Es verosímil que Ovidio incurriese en una de estas disposiciones; pero su *error* grave o leve, más que el verdadero motivo de la condena, fué el pretexto, el pretexto para desahogar sobre él un antiguo rencor que tenía causas más profundas. El tradicional puritanismo romano quiso mandar al destierro al poeta de las señoras frívolas, elegantes, ligeras; al autor de los poemas eróticos que, con la pluma y los versos, había ayudado a los tiempos a transformar en dispendiosa amiga de los hombres y de las diversiones a la antigua y austera *materfamilias*, al poeta que se había hecho admirar sobre todo de las mujeres, lisonjeando sus más peligrosas inclinaciones. El puritanismo odiaba los nuevos derroteros de la vida social, y, por consiguiente, también la poesía de Ovidio, principalmente por sus funestos efectos sobre las mujeres, que en las familias aristocráticas, como vemos, no eran, ni mucho

menos, sostenidas en la ignorancia, puesto que leían a poetas y filósofos. Por esto precisamente se tuvo siempre en Roma una viva aversión a la literatura ligera e inmoral. Si los libros hubieran pasado solamente por las manos de los hombres, las poesías de Ovidio no hubieran tenido, probablemente, la fortuna de una persecución, que había de atraer sobre ellas la atención de la posteridad. En resumen, la libertad de la mujer debía, según aquella sociedad, imponer mayor reserva hasta en la literatura, y Ovidio, que lo olvidó, tuvo que acordarse a costa propia, al tener que marchar al destierro, entre los Getos, a orillas del helado Danubio, porque muchas mujeres leían en Roma demasiado a gusto sus libros. La orden de Augusto para que fueran retirados de las bibliotecas no ha sido bastante para impedir que llegaran todavía a nosotros, cuando tantas obras más serias — la historia de Tito Livio, por ejemplo — se han perdido totalmente o en parte!

II

Después de la caída de la segunda Julia, Augusto no recibió ya hasta su muerte, que advino el 23 de agosto del 14 después de Jesucristo, más que graves disgustos de las mujeres de su casa. La gran desdicha de los últimos años de su gobierno fué una desdicha pública, la de-

rrota de Var y la pérdida de Germania. Pero ¡con cuánta tristeza debía Augusto, en las últimas semanas de su larga vida, volver la vista a la historia de su familia! ¡Todos aquellos a quienes había amado le habían sido arrancados, por un destino cruel, antes de tiempo: por la muerte, Druso, Cayo y Lucio César; por la Infamia y por la Crueldad de la ley, peor que la muerte, las dos Julias! La grandeza sin ejemplo a que se había elevado no había sido portadora de suerte para su familia. El quedaba viejo, casi solo, cansado, superviviente entre las tumbas de sus queridos, extintos por el Hado antes de tiempo; entre la memoria, todavía más dolorosa, de aquellas que habían sido sepultadas vivas en salvaje isla y en la tumba de la Infamia; sin más compañía que la de Tiberio, con quien se había reconciliado de verdad; la de la dulce nuera Antonia, por todos respetada; la de Livia, la mujer que el destino había puesto a su lado en los horrendos años de sangre y hierro; la fiel compañera, por espacio de cincuenta años, de su varia, maravillosa y trágica suerte. Se comprende, pues, que, como cuentan los historiadores, las últimas palabras del viejo emperador fueran un tierno acto de agradecimiento a la mujer fiel: «¡Adiós, adiós, Livia; recuérdate de nuestra larga unión!» Con estas palabras terminaba su vida de verdadero romano, rindiendo homenaje a la mujer a quien la costumbre y la

ley querían fiel y amorosa compañera y no dócil esclava del hombre.

Pero si la familia de Augusto se había atribulado y sangrado ya durante su vida, sufrió y peligró más después de su muerte. No se dará nunca cuenta de la historia del primer imperio quien partiendo del preconcebido de que Augusto fundó una monarquía, se imagine que su familia debía gozar en la sociedad romana los privilegios reconocidos por todas las monarquías a la familia del soberano. Cierto que esta familia, de privilegiada condición, gozó siempre, si no por derecho, de hecho y por la fuerza misma de la cosa, de cierta consideración; pero no en balde había sido Roma, durante tantos siglos, una república aristocrática en la que todas las familias de la nobleza se consideraban iguales y a las mismas leyes sometidas. Del privilegio que la suprema dignidad de su jefe aseguraba a la familia, se vengó la aristocracia, dedicándole su odio, calumniando y sospechando de todos sus miembros, sometiéndola, con cruel voluptuosidad, cuando podía, a las leyes comunes, y hasta maltratando con más feroz encarnizamiento a aquellos que casualmente cayeran bajo la sanción de una ley. El disfrute de privilegios de los miembros de la familia imperial se equilibraba con el peligro de tener que recibir más fuertes los golpes de las leyes si alguno caía debajo, para dar a la aristocracia senatorial la atroz sa-

tisfacción de ver a uno de estos felices martirizado como y más que los otros. No cabe duda, por ejemplo, que las dos Julias fueron castigadas e infamadas más severamente que otras señoras de la aristocracia reos del mismo delito, y que Augusto había tenido que ser despiadado con ellas, para que no se dijese en el Senado que hacía las leyes, no para los suyos, sino para los otros.

No obstante, mientras Augusto vivió fué para los suyos un defensor más que suficiente; porque, sobre todo en el último vintenio, Augusto fué objeto de un respeto casi religioso. La época tempestuosamente grande de la que procedía su extraordinaria fortuna, su largo gobierno y los servicios que verdaderamente había prestado y los que parecía había de prestar, le habían conferido tanta autoridad, que la envidia disponía ante él sus flechas más envenenadas. Por respeto a él tampoco su familia fué, salvo en algunos pasajeros furores de la opinión pública, como el que condenó a las dos Julias, demasiado calumniada y maltratada. Pero muerto él, las cosas cambiaron porque Tiberio, no obstante ser un sagaz administrador, un valentísimo general y un hombre capaz, no gozaba las simpatías y el respeto que Augusto; al contrario, era odiado de aquella considerable parte del Senado que, durante mucho tiempo, había pertenecido al partido de Cayo y Lucio César. No fué la

admiración del Senado y del pueblo, sino la necesidad, quien lo impuso como jefe de la república; porque estando en guerra el imperio al morir Augusto, con los germanos, y sublevadas las provincias panónicas-ilíricas, era necesario confiar el ejército a un hombre que infundiese terror a los bárbaros y que, llegada la ocasión, supiese combatirles. Tan convencido estaba el mismo Tiberio de que sólo a la fuerza sufrirían su gobierno la mayoría del Senado y el pueblo de Roma, que había dudado largo tiempo si aceptar o no. Nadie se engañaba menos que él sobre las dificultades de gobernar con los ánimos tan en contra.

Bajo el gobierno de Tiberio, la familia imperial fué rodeada de un odio mucho más intenso y evidente que bajo el de Augusto. Se exceptuaba a una pareja: a Germánico y Agripina, que eran muy queridos. Pero de aquí, precisamente, empezaron las primeras graves dificultades para Tiberio. En torno a Germánico, que tenía veintinueve años cuando Tiberio fué elevado a la presidencia de la república, empezó a reunirse un partido que, cortejándole y adulándole, ayudado inconscientemente, sobre todo, por Agripina, mujer de Germánico, lo puso frente a Tiberio. Era ésta, al contrario de su hermana Julia, una mujer de costumbres sin mancha, enamorada y fiel a su marido, una verdadera matrona romana, tal como la tradición la había anhelado; casta y fe-

cunda, que a los veintiséis años le había dado ya al marido nueve hijos, de los cuales habían muerto seis. Pero como si Agripina estuviera destinada a demostrar que en la casa de Augusto y en aquellos tiempos turbulentos y extraños la virtud no era menos peligrosa que el vicio, sea también por otra causa y por diferentes razones, su fidelidad al marido, la admiración de que gozaba en Roma, el caso es que Agripina era tan altanera que todos los demás defectos de su carácter eran como hinchazones del desmedido orgullo de esta virtud. Y entre estos defectos conviene enumerar una gran ambición, una especie de actividad confusa y tumultuaria, una irreflexiva impetuosidad de pasiones, una peligrosa falta de ponderación y de criterio. Agripina no era malvada; pero era ambiciosa, violenta, intrigante, imprudente, poco reflexiva, y por tanto, fácil de tomar sus sentimientos e intereses, por la universal razón de lo justo. Amaba mucho a su marido, del que no se separaba nunca, acompañándole en todos sus viajes; pero precisamente porque lo amaba, lo empujaba a secundar aquella sorda oposición a Tiberio, que quería hacer de él su campeón, su favorito.

Si el Senado y la familia imperial no se dividió de nuevo en dos facciones, fué porque Germánico resistió sabiamente a sus demasiado celosos admiradores, y quizás también porque Antonia, su madre, no dejó nunca de ser, mien-

tras el gobierno de Tiberio duró, la más fiel y a dicta amiga del emperador.

Después de divorciarse de Julia, Tiberio no se había vuelto a casar, y los afectuosos cuidados que hubiera llenado cerca de él la mujer, eran cumplidos en parte por la madre y en parte por la cuñada. Nadie como Antonia era escuchado por el reservado y desconfiado emperador, y el que quisiera impetrar de él algún favor no podía hacer cosa mejor que confiar la causa a Antonia. Por tanto, es verosímil que Antonia contrarrestase cerca de su hijo la influencia de su mujer. Pero aunque no se llegó verdaderamente a la escisión, pronto nacieron las dificultades. No sólo Agripina y Livia se enemistaron, sino que—y esto era más grave—Germánico, que a la muerte de Augusto era embajador por la Galia, cediendo un poco a su temperamento, un poco a los consejos de su mujer y de los aduladores, inició por su cuenta una política germánica contraria a las instrucciones de Tiberio. Tiberio, a quien los germanos conocían por larga experiencia, no quería molestarlos más. La sublevación de Armenia demostraba que, si dejados en paz se destruían en guerras continuas, amenazados en su independencia, sabían unirse y se convertían en peligrosos. Era, pues, conveniente no atacarles ni amenazarles, sino hábilmente soplar en el fuego de sus continuas discordias a fin de que, destruyéndose en-

tre ellos, dejaran tranquilo el imperio. Pero esta sabia y discreta política podía agradar a un viejo guerrero que tantos laureles había ya recogido; pero no a un joven que ambicionaba señalarse con grandes empresas, rodeado de una corte de aduladores, y a cuyo lado, estímulo continuo, estaba una mujer ambiciosa. Por propia iniciativa pasó Germánico el Rhin y comenzó una vasta ofensiva, atacando, una después de otra, en rápidas y afortunadas expediciones, las más poderosas poblaciones germánicas. Este atrevido movimiento agradó en Roma, máxime a los enemigos de Tiberio, que eran muchos; ya porque el atrevimiento agrada siempre más que la prudencia, sobre todo a aquellos que nada arriesgan y juzgan de una guerra a centenares de millas de los campos de batalla, ya por la posibilidad de que la gloria de Germánico pudiera ofuscar a Tiberio. Y Tiberio, que desaprobaba tal conducta, dejó hacer, no obstante, al hijo adoptivo, por no contrariar a la opinión pública y por no dar motivo a que creyeran enviaba al joven Germánico la gloria que adquiría.

Con todo, él no quería que Germánico se empeñase demasiado con las tribus germanas, y cuando le pareció que había demostrado suficientemente su valor y hecho sentir suficientemente al enemigo la potencia de Roma, lo reclamó, mandando a Druso, su otro hijo, no adopti-

vo, sino legítimo. Pero esta llamada no pareció bien al partido de Germánico, que recriminó amargamente a Tiberio, susurrando que estaba celoso de Germánico y que lo había reclamado para impedirle que adquiriera gloria en una empresa inmortal. Tan lejos estaba Tiberio de impedir a Germánico que emplease su ingenio en servicio de Roma, que inmediatamente después, en el año 18 (d. de J.), lo mandó a Oriente a restablecer el orden en Armenia, agitada por internas discordias, dándole, por consiguiente, un mando no menos importante que el que le había quitado. Pero al mismo tiempo no quiso confiarlo todo al juicio de Germánico, que era capaz y valeroso, pero joven y acompañado siempre de una mujer imprudente y de una corte de aduladores irresponsables. Por esto, puso a su lado a Gneo Pisone, hombre ya anciano, maduro y experimentado, senador, y que pertenecía a una de las más ilustres familias de Roma.

Gneo Pisone debía ayudar, aconsejar y, si era preciso, frenar a Germánico e informar también a Tiberio de cuanto el joven hacía en Oriente. De esto no puede dudarse. Pero ¿quién querrá discutir a Tiberio, que asumía la responsabilidad del imperio, el derecho de hacer vigilar a un joven de treinta y tres años, al que tantos y tan graves intereses se le encomendaban? Y, sin embargo, esta razonable y comedida cautela dió ocasión a infinitas desventuras. Germá-

nico se ofendió, e instigado por sus amigos, declaró la guerra a Pisone; Plaucina, gran amiga de Livia, acompañaba, como Agripina a Germánico, a su marido, y disputaron, mujeres fieles, no menos que sus maridos. La autoridad romana en Oriente se dividió en dos maquinaciones: la de Pisone y la de Germánico, que se acusaron de ilegalidad, de concusión y de prepotencia, no pensando cada una sino en deshacer lo que la otra había hecho.

Es difícil decir cuál de estas dos cábalas tenía razón o hasta qué punto cada una era culpable; porque la narración de Tácito, cegado por una hostilidad preconcebida, no nos ilumina del todo. Pero es cierto que Germánico no siempre respetó la ley y algunas veces obró con demasiada ligereza, obligando a Tiberio a intervenir personalmente, como cuando hizo con Agripina un viaje a Egipto, que era también entonces término favorito de viajeros curiosos e instruidos, a pesar de estar vigente una orden de Augusto que prohibía a los senadores romanos pisar Egipto sin un permiso especial. No sería de sorprender cómo había burlado esta prohibición, si Germánico en otras ocasiones no hubiese respetado demasiado a la letra las leyes que definían sus poderes.

Desgraciadamente, la discordia entre Germánico y Pisone llenó de confusión y de discordia todo el Oriente y, por reflejo, inquietó a Roma,

donde el partido adverso a Tiberio le acusó de perseguir al hijo adoptivo, por celos, y donde también Livia, falta de la protección de Augusto, empezó a inspirar sospecha de intrigar contra Germánico, por odio a Agripina. Tiberio, molestado por la opinión pública, favorable a Germánico, y deseoso al mismo tiempo de que sus hijos dieran ejemplo de obediencia a las leyes, no sabía qué hacer. En tal punto, el 19 (d. de J.), enfermó Germánico en Antioquía, y después de larga enfermedad, con alternativas de mejorías y empeoramientos, sucumbió, al final, al destino, como su padre, como sus cuñados, en plena juventud, a los treinta y cuatro años.

¿Es para sorprenderse que la imaginación popular, espantada por esta nueva muerte prematura, que truncaba una peligrosísima discordia política, empezase en seguida a susurrar de veneno? El partido de Germánico, exasperado por esta desgracia que lo anonadaba, en unión de las esperanzas de cuantos se habían ligado a Germánico por su fortuna futura, recogió, pintó con vivos colores y propagó por doquiera la especie. Agripina, a quien el natural dolor por la muerte de su esposo hacía más impetuosa y violenta, menos razonable, fué quien creyó con más fe esta invención. Agripina, que de haber sido una mujer ponderada y juiciosa hubiera debido saber mejor que nadie hasta qué punto era absurda aquella patraña.

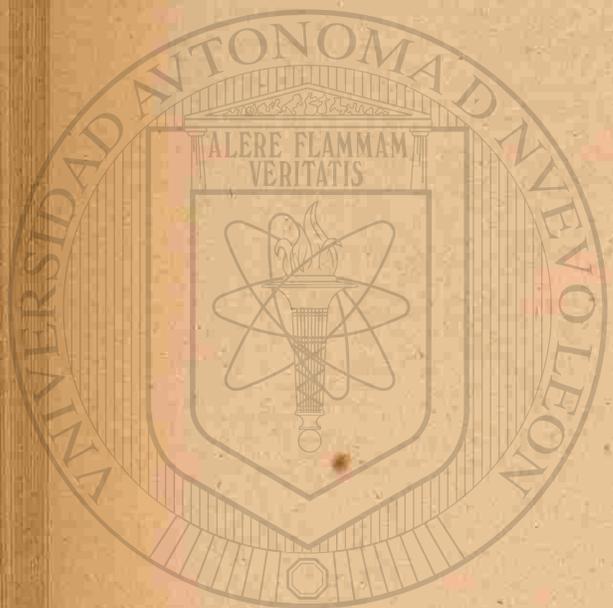
En poco tiempo fué noticia universal en Roma que Germánico había sido envenenado por Pisone, y, en voz más baja, se susurraba que por orden de Tiberio y de Livia. Pisone había sido el instrumento de Tiberio; Plancina, el de Livia. La acusación es absurda; también lo reconoce Tácito al contarnos de qué modo pretendían los acusadores de Pisone que se había propinado el veneno. En un banquete, en el que Pisone, invitado por Germánico, ocupaba un asiento varios puestos distante del de Germánico, había vertido el veneno en los platos de éste, en presencia de todos los convidados, sin que ninguno se diera cuenta. El mismo Tácito, que también odia a muerte a Tiberio, dice que todos juzgaban absurda esta fábula, y así la juzgará todo hombre de buen sentido. Pero el odio hace creer también a personas inteligentes las más inverosímiles fábulas. El pueblo, favorable a Germánico, estaba irritado contra Pisone y no atendía razones. Todos los enemigos de Tiberio se persuadieron fácilmente de que, bajo esta muerte, se escondía algún cruel misterio y que de un proceso contra Pisone podría nacer un escándalo que, de rechazo, alcanzaría al mismo Tiberio. ¡Se empezó a decir que Pisone poseía cartas de Tiberio en las que le ordenaba que envenenase a Germánico! Al fin llegó también Agripina a Roma con las cenizas del marido, y con su acostumbrada vehemencia, empezó a llenar

de protestas, de imprecaciones y de acusaciones contra Pisone la casa imperial, el Senado, Roma entera. El pueblo, que la admiraba por su fidelidad y su amor, se conmovió todavía más, y de todas partes se gritó que un tan execrable delito merecía un castigo ejemplar.

Por otra parte, Pisone, que en un principio había tratado, como merecían, con altanero desprecio, estas acusaciones, se dió cuenta en seguida que era preciso volver a Roma para defenderse. Un amigo de Germánico lo había acusado; Agripina, instrumento inconsciente de los enemigos de Tiberio, enardecía, cada día más, con su luto lastimero y ostentado a la opinión pública. El partido de Germánico agitaba al Senado y al pueblo. De forma que cuando Pisone llegó a Roma se vió abandonado casi de todos. El tenía sus esperanzas en Tiberio, que conocía la verdad y que deseaba disipar esta locura de los espíritus; pero Tiberio estaba vigilado por una malevolencia despiadada y cualquiera cosa que hubiera hecho en pro de Pisone hubiera sido interpretada como la prueba de que era su cómplice y que por eso quería salvarlo. Toda Roma decía, repetía y estaba segura de que Pisone mostraría en el proceso las cartas de Tiberio. Livia se industrió en la sombra para salvar a Plaucina; pero Tiberio no pudo hacer más por Pisone que recomendar al Senado, cuando empezó el proceso, en un nobilísimo discurso, que

nos ha conservado Tácito, la más rigurosa imparcialidad. Juzgar sin miramientos, ni a la familia imperial ni a la familia de Pisone. Advertencia inútil: la condena, a despecho de lo absurdo de la acusación, era segura. Los enemigos de Tiberio estaban tan encolerizados y tan resueltos a llevar las cosas hasta el último extremo, en espera de que apareciesen las famosas cartas, y tan exaltada la opinión pública, que Pisone se mató antes de que terminara el proceso.

Agripina había sacrificado un inocente a los Manes del marido, muerto prematuramente. Tiberio logró salvar a la mujer, al hijo y la fortuna de Pisone, que los enemigos querían destruir de un solo golpe.

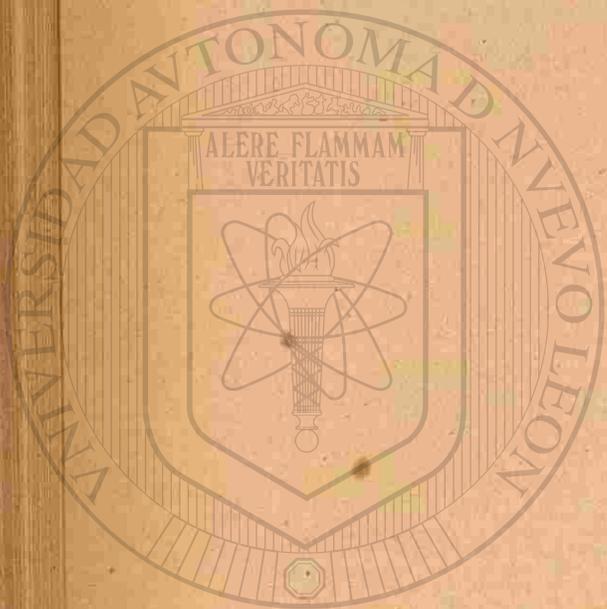


TIBERIO Y AGRIPINA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

TIBERIO Y AGRIPINA

CON la muerte de Germánico, y el proceso contra Pisone, empieza aquel tétrico período que había de pasar a la historia con el nombre de «tiranía tiberiana». En éste, la famosa ley *de majestate*, no aplicada bajo Augusto toma fuerza y flagela a Roma, a sangre con los escandalosos procesos, las atroces denuncias, las condenas crueles, los suicidios desesperados, la ruina y la infamia para tantos ilustres personajes.

De estos procesos, de las denuncias que los promovieron, de las crueles condenas en que terminaron, hace responsable la historia de veinte siglos a la cruel y suspicaz tiranía del hijo de Livia, que sólo toleraba a su alrededor siervos y sicarios, y al que todo recuerdo de la anti-

gua libertad romana habría hecho sombra y fastidio. Y, sin embargo, ¡cuán lejano es de la verdad este juicio! ¡Cuán mal ha entendido la posteridad, superficial y ligera, la terrible tragedia del gobierno de Tiberio! Se olvida siempre que Tiberio fué el segundo *princeps* o presidente después de Augusto; esto es, el primero que, después del fundador, tuvo que regir la nueva y un poco extravagante carga suprema de la república, sin el prestigio y el respeto que aseguraban a Augusto la extraordinaria fortuna de su vida, la universal opinión de que él había terminado la guerra civil, vuelto la paz al atormentado imperio, salvado a Roma de la ruina suprema que la había amenazado por parte de Egipto, Cleopatra y la locura de Marco Antonio. Este prestigio y este respeto habían contenido, mientras Augusto vivió, la envidia, los celos, los odios contra la nueva autoridad de la aristocracia romana, que de ésta se trató siempre que la sufría por necesidad de Estado, pero considerándose siempre como humillada y despojada de una parte de sus privilegios por aquella autoridad. Pero estas envidias, estos celos, estos odios—lo he dicho ya; pero conviene repetirlo porque es el punto capital para comprender la historia del primer imperio—se desencadenaron ferocísimos cuando Tiberio fué elevado al imperio.

¿En qué situación se encontraba Tiberio des-

pues de la muerte de Germánico? Es necesario entender bien este punto, si se quiere comprender el encono de las acusaciones de lesa majestad y el modo con que el segundo emperador trató y gobernó a su familia. El *princeps* era entonces la voluntad motriz y el genio regulador de todo el Estado; de las finanzas, de la anona, del ejército, de la guerra y de la paz. Todas las clases sociales, de todas las partes del imperio, recurrían a él en todas sus dificultades o peligros, por cualquier agravio o desgracia. De él esperaban las legiones la regularidad de la soldada; la plebe de Roma, el grano abundante; el Senado, la seguridad de los confines y la paz civil; las provincias, la justicia; los soberanos aliados o vasallos, aquella ayuda sin la que ya no podían gobernar. Estas responsabilidades eran tantas y tan graves, que Tiberio, como Augusto, se esforzaba para que el Senado se decidiera a ayudarle, asumiendo la parte que le correspondía según la antigua constitución, pero inútilmente, pues el Senado se excusaba dejándole la parte más gravosa. ¿Es concebible que un hombre pudiera bastar a tanta responsabilidad, en tiempos en que las tradiciones del nuevo gobierno empezaban apenas a delinearse, de no estar sostenido por una gran autoridad personal y ser objeto de un profundo y universal respeto? Augusto había podido, por espacio de más de cuarenta años, gobernar con tan escasos medios

un tan gran imperio, porque, por fortuna suya y del imperio, había gozado de este profundo, sincero y universal respeto. Tiberio, que era ya muy impopular cuando asumió el poder, se había enajenado todavía más el favor público en sus seis primeros años de gobierno, a pesar de sus esfuerzos y de su celo infatigable para gobernar bien. Su solicitud por mantener cierto orden en el estado era considerada como soberbia y aspereza; sus escrúpulos, para no dilapidar en gastos inútiles las escasas entradas del erario, como avaricia; su prudencia, que había frenado las temerarias expansiones y agresiones de Germánico, allende el Rin, como envidia y torva malignidad. Y ahora era acusado en voz baja, porque el destino había herido a Germánico, por muchas grandes familias de Roma, en los círculos senatoriales, de haber envenenado por celos a su sobrino, a su hijo adoptivo, al popularísimo vástago de Druso, al hijo de Antonia, que era su más fiel amigo! Pero acreditada y puesta en circulación aquella patraña por las grandes familias de Roma, propagada por el imperio, ¿con qué autoridad hubiera podido un emperador, acusado de un tan horrible delito, mantener todavía la disciplina en el ejército, del que era jefe; el orden en la plebe de Roma, de la que como tribuno era el gran protector; dirigir, estimular, frenar al Senado, del que era, como diríamos ahora, el presidente? La pobla-

ción italiana, de la que salían el ejército y las magistraturas del imperio, no consideraba todavía al jefe del Estado tan superior a las leyes, que le fuese permitido cometer delitos.

Ningún historiador que conozca las cosas del mundo en general, y en particular el primer siglo del imperio, atribuirá los rigores de la *lex de majestate*, que siguieron a la muerte de Germánico y al proceso de Pisone, a la supuesta tiránica crueldad de Tiberio. Estos rigores fueron la respuesta al delirio de calumnias que arreció en la aristocracia, y especialmente en casa de Agripina. Creyendo demasiado a Tácito, muchos escritores han servilmente marcado de infamia la facilidad y la severidad con que el Senado condenaba a los acusados por la *lex de majestate*; pero todos sabemos que el Senado de Roma no se componía, ni aun en aquellos tiempos, solamente de aduladores y de siervos, que todavía eran numerosos los hombres de inteligencia y de carácter. Esta severidad se explica mucho menos románticamente, admitiendo que muchos senadores juzgaran que no podía abandonarse al emperador indefenso a la frenética maledicencia de las grandes familias; porque estas calumnias insidiosas amenazaban al prestigio y fama del jefe, y, como consecuencia, a la tranquilidad y potencia del imperio. Pero la *lex de majestate*—se dice—hecha para defender el prestigio del Estado en los magistrados que lo

representaban, se convirtió a su vez en órgano de falsas acusaciones, de venganzas personales, de horrendas injusticias. Es verdad; pero es preciso andar con tiento al acusar a Tiberio. El mismo Tácito, más de una vez, nos presenta al emperador interviniendo en procesos *de majestas* en favor del acusado, precisamente para impedir venganzas e injusticias. De otros muchos procesos tenemos relaciones demasiado sumarias y demasiado parciales para aventurar juicios.

En cambio es cierto que, después de la muerte de Germánico, los amigos del muerto y de Agripina empezaron una guerra implacable contra Tiberio, y que el llamado tirano fué en un principio muy débil, incierto y vacilante en combatir la nueva oposición. Esta no respetaba su persona; lo perseguía encarnizadamente con la calumnia del maleficio, se esforzaba en difundirla y acreditarla y ya ponía delante para oponérselo en su día a Nerón, primogénito de Germánico, que en el 21 d. de J. tenía catorce años. Con todo, Tiberio trata al principio de moderar las acusaciones de lesa majestad, suprema defensa suya; finge no saber y no sentir, empieza a pasar largas temporadas fuera de Roma, abandonando casi a sus enemigos y a sus calumnias la capital donde residía la guardia pretoriana. De todos sus enemigos el más implacable era la apasionada, la vehemente, la irrazonable Agripina, que, abusando de su parentesco, de su des-

ventura, no dejaba escapar ocasión alguna para echar en cara a Tiberio su pretendido delito, no con palabras, sino con escenas y actos que conmovían al público todavía más que las abiertas acusaciones. Se hizo famosa en Roma una cena a la que Tiberio la había invitado, y en la que ostentosa y obstinadamente se negó a probar bocado de ningún plato, ¡bajo las miradas de asombro de los convidados, que comprendían perfectamente lo que significaba aquella actitud! Y, sin embargo, Tiberio no opuso a estas calumnias y afrentas más que un silencio disgustado y resignado o, a lo sumo, cuando verdaderamente no podía más, algún amargo y conciso reproche.

II

No cabe duda que Tiberio se propuso desde un principio rehuir cuanto le fuera posible los medios demasiado violentos, no atreviéndose él, tan impopular y mal comprendido, a enconar sus diferencias con tan gran parte de la aristocracia y con su misma familia. Además, Agripina era, entre las mujeres de la familia, la menos inteligente; él podía con paciencia tolerar su loca aversión, puesto que Livia y Antonia, las dos mujeres serias de la familia, estaban a su lado. Pero es fácil comprender que esto no podía seguir adelante por mucho tiempo. Un poder

que no se defiende se debilita. El partido de Agripina hubiera logrado, sin duda, favor y poder si al lado del indeciso Tiberio no hubiera aparecido, para sostenerlo, el comandante de la guardia pretoriana Sciano. Sciano no era ni siquiera senador. Nacido de una obscura familia de caballeros, no era más que comandante de la guardia, y en tiempos ordinarios hubiera permanecido en la sombra confundido entre los personajes secundarios, atento a los deberes de su cargo, que era militar solamente. El partido de Agripina, sus intrigas, la debilidad e incertidumbre de Tiberio, hicieron de él por un cierto tiempo una potencia. No es difícil comprender cuáles fueron los principios de esta potencia. La fidelidad de la guardia pretoriana, de la que dependían la seguridad y la firmeza de la autoridad imperial, era una de las cosas que más a pecho había de tomar Tiberio, cuando más insidiosamente lo acusaba el partido de Agripina. Viviendo en Roma la guardia, habían de enterarse sus cohortes, entre las cuales la memoria de Druso y de Germánico era veneradísima, de todo cuanto se decía del emperador y de su familia en los círculos senatoriales o en palacio. Si la guardia se convencía de que el emperador era un envenenador, que había hecho asesinar al hijo de Druso, podía vacilar su fidelidad. Por esto, un comandante de confianza era un hombre que había de ser escuchado atentamente por Tiberio.

Sciano supo inspirar esta confianza, en parte tal vez por su origen, ya que la orden ecuestre, por su antigua rivalidad con la nobleza senatorial, era más favorable a la autoridad imperial; en parte por ciertas reformas que supo introducir en la guardia pretoriana.

Conquistada la confianza del emperador, el ambicioso e inteligente prefecto del pretorio no tardó, aprovechando los momentos, en hacerse necesario para todo. Aumentaban en Tiberio el cansancio, la desconfianza, el disgusto de Roma, de la nobleza, de los hombres a los que había de gobernar; primeros accesos de aquella melancolía, que fué agravándose poco a poco por efecto de los grandes contrastes, de las infinitas amarguras, de los continuos temores y sospechas, y tal vez también un poco por el abuso del vino, si es verdad, como nos cuenta Suetonio, que Tiberio tenía el vicio de beber demasiado. El hombre que durante tanto tiempo lo había hecho todo por sí, que no había querido nunca consejeros ni confidentes, tenía ahora, al envejecer, necesidad de apoyarse en una voluntad más firme. Pero de su familia no podía contar más que con su hijo Druso, convertido por entonces en un hombre serio y digno de confianza, y para el que, en efecto, pidió al Senado, en el 22, la potestad tribunicia, haciéndolo su compañero. Pero, puesto que Druso no bastaba, pudo Sciano convertirse, si no oficialmente, de

hecho, en el primero y más activo y mejor escuchado consejero, en unión de Druso, probablemente más activo y escuchado que éste, pues Druso estaba frecuentemente cumpliendo alguna misión en los confines del imperio, mientras que Sciano estaba casi continuamente en Roma, en donde, en cambio, apenas si aparecía el emperador.

Así había nacido la anómala potencia en Roma de este caballero que no había ejercido ninguna magistratura; potencia que era hija de la debilidad de Tiberio y de las discordias de la aristocracia; potencia que había de ser funesta, sobre todo al partido de Agripina y de Germánico. Si bien se aseguraba que Sciano y Druso no se miraban con buenos ojos, es manifiesto que Sciano, como hombre de confianza de Tiberio, había de dirigirse contra los amigos de Agripina, de los que partía la más fiera oposición. Pero en el 23 también Druso, como tantos otros de su familia, moría prematuramente, a los treinta y ocho años, sin que nadie, al menos por lo pronto, hablara de veneno, y esta inesperada desventura, que hería a Tiberio de un vivísimo dolor, pareció por de pronto reconciliar a Tiberio y al partido de Agripina, con perjuicio de Sciano. Desaparecido su hijo, ¿entre quién sino entre los hijos de Germánico y de Agripina podría Tiberio, de no querer salir de la familia, buscar su sucesor? Y, en efecto,

Tiberio—otra prueba de que deseaba evitar en lo posible los conflictos en el seno de la familia—no vaciló un momento, no obstante las molestias y dificultades que le habían proporcionado Agripina y los suyos, en reconocer que en los hijos de Germánico estaban entonces puestas las esperanzas de la familia y de la república.

Después de la muerte de Druso, la familia de los Césares podía reconciliarse consigo misma, porque la rivalidad entre la estirpe de Tiberio y la de Germánico había desaparecido. Y un rasgo de concordia parece en verdad haber brillado, entre las lágrimas por la muerte de Druso, sobre la casa desolada por tantas tragedias, mientras Sciano, cuya potencia era hija de las otras discordias, es por un momento apartado. Mas por poco, que pronto la discordia volvió a arder. ¿De quién fué la culpa? ¿De Sciano o de Agripina? Tácito culpa a Sciano, al que acusa de haber querido destruir la descendencia de Germánico para usurpar su puesto; pero él mismo tiene después que admitir en otro lugar (ann. 4, 9) que en torno a Nerón, el mayor de los hijos de Germánico, había toda una pequeña corte de libertos y de clientes, instigándole contra Tiberio y contra Sciano y exigiéndole que se decidiera pronto, ya que—le decía—otra era la voluntad del pueblo y el deseo de los ejércitos. Ni Sciano, que ahora se burlaba de la paciencia del viejo y de la lentitud del joven, se

hubiera atrevido a resistirles. De semejantes discursos a propósitos de rebelión y conjuras, el paso era breve.

Es, pues, verosímil que la culpa de nueva y más acerba discordia había de atribuirse, como por lo demás sucede casi siempre, a las dos partes. El partido de Agripina, adentrado por la fortuna que le había tocado y por la debilidad de Tiberio, sintiéndose, después de la muerte de Druso, más fuerte, no tuvo desde entonces más que un deseo: colocar, lo más pronto que fuera posible, a Nerón, primogénito de Germánico, en el puesto de Tiberio. En consecuencia, emprendió de nuevo sus intrigas contra Tiberio, sembrando la discordia entre él y Nerón. Pero esta vez tropezó con Sciano, que defendió a Tiberio con un vigor del que Tiberio no había sido nunca capaz, y entre Sciano y el partido de Agripina empezó una guerra encarnizada y feroz de intrigas, de calumnias, de acusaciones, de procesos, de los que Tácito había sabido pintar, con indelebles colores, todo el horror. Entre las intrigas no podían faltar los matrimonios. En el 25 Sciano repudió a su mujer Apicata y pidió a Tiberio la mano de Livia, la viuda de Druso. La jugada era atrevidísima, porque de resultar habría introducido a Sciano en la casa imperial; pero demasiado atrevida—nos dice Tácito—, y fracasó, sobre todo porque Tiberio tuvo miedo de que este matrimonio irritase to-

avía más a Agripina. El emperador diría a Sciano que bastantes discordias de mujeres agitaban y turbaban ya la casa imperial, con grave daño de sus sobrinos; ¿qué ocurriría si este matrimonio fomentaba todavía más los odios? *Quid si intendatur certamen tali coniugio?* Respuesta notable; porque nos prueba que Tiberio, acusado de odiar a Agripina y a sus hijos, todavía, dos años después de la muerte de Druso, trataba de contentar un poco a unos y a otros, de no irritar demasiado a los adversarios, de conservar entre tantos locos una razonable ecuanimidad.

Sciano tuvo, pues, una negativa de la que el partido de Agripina se regocijó como de una victoria; pero para incurrir un año después, el 26, en un desaire de la misma naturaleza. En este año Agripina pidió a Tiberio permiso para volver a casarse. A creer a Tácito, Agripina hizo esta petición por su cuenta, impulsada por uno de tantos caprichos que de continuo le pasaban por la cabeza. ¿Pero es de suponer que, de repente, sin una razón, después de tan larga viudez, saliese Agripina con tan singular propósito? ¿Y si no hubiera sido más que un capricho de mujer rabiosa, se hubiera comentado tanto en la casa imperial y hubiera merecido que la hija de Agripina contase el episodio en sus memorias? Parece más probable que también este matrimonio tuviese un fin político; dando un marido a Agripina, se daba un jefe al partido

artífiberiano. Los hijos de Germánico eran demasiado jóvenes y demasiado inhábil Agripina para que ni unidos pudieran hacer frente a Sciano, apoyado por Tiberio, por Livia, por Antonia. Esto explicaría por qué Tiberio se opuso. Agripina era ya sólo una ruina; no había necesidad de autorizarla a que tomase, en vez de marido, un consejero.

Esta vez triunfaba Sciano. Y de este modo prosiguió la guerra con varias alternativas. Pero a principios del año 26 menudean los signos de que el partido de Agripina y de Germánico sucumbe, no resistiendo los golpes y las intrigas de Sciano, que logra alejar de aquél, uno tras otro, a todos los hombres de alguna importancia, ganándolos para sí con favores y promesas o aterrorizándolos con amenazas o destruyéndolos con procesos. Tiberio, en medio de esta refriega, se ingenia, en contra de lo que afirma la leyenda, lo mejor que puede, para impedir que de una y otra parte se llegue a los extremos de la crueldad. ¡Mas qué penoso y repugnante trabajo debía ser para él esta desesperada defensa de la razón y de la justicia entre tantas malvadas pasiones, entre tantos odios, ambiciones, rivalidades! ¡Para él, que había crecido en el momento en que más fulgurante esplendía, ante el espíritu de las altas clases de Roma, la visión de una gran restauración aristocrática! ¡Para él, que jovencito había conocido y amado

a Virgilio, a Oracio, a Tito Livio, poetas e historiadores de esta sublime visión; para él, que, como todos los espíritus superiores de aquellos años, ahora lejanos, había visto en el fondo de esta visión un gran Senado, un ejército glorioso y terrible, una república austera, venerable, como la que Tito Livio había pintado, con tan potentes colores, en sus páginas inmortales. Y él se encontraba, en cambio, como jefe de una decrepita y miserable aristocracia, ávida no más que de lacerarse con calumnias, acusaciones, procesos y condenas infamantes, que lo recompensaba de cuanto había hecho y hacía por la república escarneciéndole, motejándole y acusándole de asesino. Había soñado con los laureles de las victorias sobre los enemigos de Roma y tenía que resignarse a guerrear día y noche contra las histéricas extravagancias de Agripina; contentarse — sin estar seguro siquiera de conseguirlo — ¡con no pasar a los ojos de los más como envenenador! La potencia, desprovista de los medios necesarios, sin gloria y sin respeto; ¡esto era el imperio del sucesor de Augusto después de doce años de difícil gobierno! No es, pues, de extrañar que viejo, y disgustado, no sintiéndose seguro en Roma, se retirara Tiberio, entre el 26 y el 27, a Capri, escondiendo su misantropía y su cansancio en la maravillosa isleta que un capricho de la naturaleza ha colocado en medio del divino golfo de Nápoles.

III

Pero en Capri, en vez de la paz, Tiberio encontró la infamia. ¡En qué lúgubres recuerdos envuelta, emerge, del mar azul, la vaga isleta color violeta, en los días de sol! Ese fragmento de paraíso, caído en la orilla de uno de los más bellos mares del mundo, había sido por espacio de diez años un infierno de truculentas crueldades y de vicios abominables. Tiberio, encerrándose en Capri, se ha condenado en la opinión de la posteridad. ¿Debemos transcribir aquí, sin más, esta condena, o debemos, por el contrario, preguntarnos cómo, de quién, de qué fuentes Suetonio y demás historiadores antiguos han conocido tantos detalles? Ciertas cosas no se saben nunca con precisión, precisamente porque, por naturaleza, deben ser secretas. Conviene, pues, tener en cuenta que todos los personajes de la historia de Roma que tuvieron muchos enemigos, Sila, César, Antonio y finalmente Augusto, fueron acusados de costumbres escandalosas. Precisamente por ser fuerte la tradición puritana en Roma, esta acusación perjudica mucho, y por eso los enemigos la repetían gustosos, fuese verdadera o falsa. En fin, todos los escritores antiguos, aun los más hostiles, dicen que Tiberio, hasta la edad madura, fué ejemplo de austeras costumbres; ¿es verosí-

mil que de un pronto, ya viejo, se ensuciara con todos los vicios? Si hay algo de verdad en aquellos relatos, sería preciso llegar a la conclusión de que Tiberio, viejo, había sucumbido a alguna enfermedad mental, y que el hombre que se refugió en Capri no estaba ya sano de espíritu.

Es cierto, sin embargo, que Tiberio, retirándose a Capri, descuidó los negocios públicos, y que Sciano fué considerado en Roma como el verdadero emperador. Todas las informaciones y noticias que del imperio de Roma llegaban al emperador, como las resoluciones que para todo el imperio salían de Capri, pasaban, desde luego, por sus manos. A él se dirigían en Roma para todos los asuntos los senadores; a su alrededor se amontonaban y se apretujaban los aduladores; en su presencia, en fin, callaban, atemorizadas de tanto poderío y fortuna, todas las envidias. Roma toleraba, desde luego, sin protestar, que un caballero, un hombre de oscuros antepasados, dominara el imperio, en vez del descendiente de la gran familia Claudia; y senadores de los más ilustres apellidos se resignaron a hacerle la corte. Peor todavía; le ayudaron casi todos, o favoreciéndole abiertamente o dejándole hacer, a completar la destrucción del partido y de la descendencia de Germánico, de aquel Germánico al que todos habían amado y del que todavía veneraba el pueblo la memo-

ria. Después de la retirada de Tiberio a Capri todos comprendieron que Agripina y sus hijos estaban destinados, tarde o temprano, a sucumbir, y entonces no permanecieron fieles a los vencidos, próximos a ser destruidos, quienes, poco generosos, se preocuparon más que de evitar o alejar la ruina de dulcificar su dolor. Entre los últimos fidelísimos y heroicos amigos había un tal Tizio Labino, al que el implacable Sciano destruyó con un proceso del que Tácito nos ha resumido la historia; horrible historia de una de las más abominables maquinaciones judiciales que la perfidia humana pueda imaginar. Para agravar el peligro, sobrevino la discordia, nacida entre el primogénito Nerón y el segundón Druso, precisamente cuando más necesaria era la concordia de todos contra el implacable adversario, al que todos querían exterminar. Un último refugio quedaba todavía para proteger a la familia de Germánico; Livia, la anciana venerable que había visto nacer y crecer la fortuna de Augusto y la nueva autoridad imperial, que había casi tenido en brazos, niño, a aquel mundo nuevo, nacido en medio de las convulsiones de la guerra civil, y que entonces, ya crecido, empezaba a intentar los primeros pasos sobre la vida de la historia. Livia no amaba mucho a Agripina, de la que había censurado el odio y las intrigas contra Tiberio; pero era demasiado juiciosa y demasiado cuidadosa

del prestigio de la familia para dejar que Sciano destruyera completamente a la familia de Germánico. Mientras ella vivió, Agripina y Nerón pudieron al menos vivir seguros en Roma. Pero Livia era decrepita y, a principios del 29, murió a la edad de ochenta y seis años. La catástrofe, preparada por Sciano con tanta tenacidad, se cumplió entonces. Pocos meses después de la muerte de Livia, Agripina y Nerón fueron sometidos a un proceso, y condenados al exilio por el Senado, bajo la acusación de haber conspirado contra Tiberio. Nerón, poco después de la condena, se mató.

El relato que Tácito hace de este proceso es obscuro e incompleto; porque la narración está truncada en lo vivo por una desgraciada laguna del texto. Los otros historiadores, con sus frases sucintas y sus rápidas indicaciones, no añaden luz al hecho. De forma que no se comprenden bien ni el contenido de la acusación, ni la razón de la condena, ni la posición de los acusados, ni el comportamiento de Tiberio. Parece poco verosímil que Agripina y Nerón fueran reos de una verdadera y particular conspiración contra Tiberio, ya que aislados por Sciano, después del retiro de Tiberio a Capri, no hubieran, aun queriendo, podido urdir ninguna conspiración. Pero ellos pagaron la pena de la larga guerra de calumnias y maledicencias promovida contra Tiberio, de aquel su odio tenaz e insen-

sato, que muchos senadores habían alentado durante mucho tiempo, cuando Tiberio—¡el tirano!—no se atrevía a hacerse respetar de su familia, transformado, para la desventurada mujer y para su desgraciado hijo, en crimen de lesa majestad, ahora que en nombre y en vez de Tiberio, obraba un hombre resuelto que sabía castigar a los enemigos y premiar a los amigos.

El proceso y la condena de Agripina y Nerón fueron seguramente maquinación de Sciano, que se impuso al Senado, a los amigos de la familia imperial y, tal vez, al mismo Tiberio. Uno y otra demostraban hasta qué punto Sciano había vigorizado la autoridad imperial, tan insegura y débil en el último decenio. Sciano había osado hacer lo que Tiberio no había conseguido nunca: destruir la venenosa oposición que anidaba en casa de Germánico. No es ni siquiera necesario decir que después de la ruina de Agripina, todos se inclinaron, temblorosos, ante el hombre que se había atrevido a humillar a la propia familia de los Julios Claudios. Sciano fue hecho senador y pontífice; recibió la potestad proconsular; se ventiló un matrimonio entre él y la viuda de Nerón; se propuso, finalmente, que fuera nombrado cónsul para cinco años, y en el 31, por voluntad de Tiberio, fue colega del propio emperador en el consulado. No le faltaba más que recibir la potestad tribunicia, para convertirse en colega oficial y sucesor de-

signado del emperador. Por otra parte, todos lo consideraban en Roma como al futuro príncipe. Sino que a estas alturas Sciano fue presa del vértigo. Se preguntó por qué razón, ejerciendo él el poder y sosteniendo sus cargas y peligros, había de dejar a otros el fausto, los honores y los provechos. Tiberio, si bien dijo que el Senado cubriese de honores a su fiel prefecto, y manifestase él mismo, de muchos modos, su gratitud, hasta el punto de querer darle por mujer a la viuda de Nerón, no había tenido nunca la intención de tomarlo como colega ni de indicarlo como su sucesor. Tiberio era un Claudio, y no podía ni siquiera pensar que a la cabeza de la aristocracia romana pudiera ponerse un caballero sin antepasados. Desterrado Nerón, había puesto los ojos, como su posible sucesor, sobre otro hijo de Germánico llamado Cayo. No había ocultado su intención; así lo había expuesto claramente en diferentes discursos en el Senado. De donde Sciano debió decirse al fin que, de seguir defendiendo a Tiberio y sus intereses, no podría esperar nunca nada de él; por el contrario, podía poner en peligro el poder y la popularidad que se había procurado. ¿Qué sucedería cuando Tiberio muriese? Tiberio era odiado; el partido adverso a él era numeroso en el Senado; grande su impopularidad en las masas. Muchos admiraban a Sciano como un desahogo de su odio a Tiberio, casi para decir que

antes que del solitario de Capri preferían ser gobernados por un oscuro caballero. Parece que Sciano fué poco a poco ilusionándose de que, si lograba quitar de en medio al emperador, podría sucederle fácilmente, saltando por encima del joven hijo de Germánico; y entendido con los enemigos de Tiberio preparó una conspiración para derribar el detestado gobierno del hijo de Livia. Se adhirieron muchos senadores. En verdad, pocas conspiraciones fueron urdidas nunca bajo auspicios más favorables. Tiberio era viejo, disgustado de todo y de todos y solo en Capri; no tenía amigos en Roma; no sabía del mundo más que lo que Sciano le contaba; estaba, pues, completamente en manos del hombre que se preparaba a sacrificarlo a los odios tenaces de la plebe y de la aristocracia. Sciano, joven, enérgico, favorito de la fortuna, tenía un partido en el Senado, era el comandante de la única fuerza militar que permanecía en Italia; había aterrorizado con sus persecuciones implacables a todos aquellos a quienes sus promesas y sus favores no habían ganado. El duelo entre esta vejez y esta virilidad, entre esta misantropía solitaria y esta ambición infatigable, ¿podría terminar de otro modo que no fuera la derrota de la vejez y de la misantropía? En este punto una mujer, saliendo de pronto de la sombra en que se apartaba, aparece, se lanza entre los dos combatientes y cambia la suerte del duelo. Fué

Antonia, la venerable viuda de Druso, la fiel amiga de Tiberio.

Después de la muerte de Livia era Antonia en Roma el personaje más respetado de la familia imperial. Esta vigilaba todavía apartada, pero atenta a los destinos de la familia, casi destruída entonces por la muerte, por las discordias, por la crueldad de las leyes, por la implacable envidia de la aristocracia. Tuvo indicios de cuanto se tramaba y, rápida y valerosa, advirtió a Tiberio, que desde Capri, en el peligro, encontró de nuevo el vigor y la perspicacia de sus buenos tiempos; tuvo a Sciano entretenido con cartas amistosas, y haciéndole concebir la esperanza de que haría que le concedieran la potestad tribunicia; mientras, secretamente se ocupaba de nombrar sucesor del mando de la guardia pretoriana. De repente supo Sciano que no era ya comandante de la guardia pretoriana, y que era acusado por el emperador ante el Senado de conspirar. En un abrir y cerrar de ojos, bajo este golpe, la fortuna de Sciano se derrumbó. La envidia y los odios latentes contra el caballero que había humillado y pisoteado a la aristocracia senadora, se despertaron de nuevo. El Senado y la opinión pública se enfurecieron. Sciano, su familia, sus amigos, sus cómplices y los que aparentaban serlo, luego de un proceso sumario fueron entregados a la muerte, casi al furor

del pueblo. Toda Roma fué salpicada de sangre.

Antonia había salvado con su perspicacia y con su valor a Tiberio y a lo poco que quedaba de su familia, cuando de esta atroz tempestad de la cólera pública se levantó de improviso una oleada que le arrebató de su lado, y se la tragó también a una hija suya, Sivila, la hija de Druso. El lector no ha olvidado probablemente que ocho años antes Sciano, que esperaba casarse con Sivila, había repudiado a su primera mujer, Apicata. Apicata no quiso sobrevivir a la ruina de su antiguo marido y se mató, pero después de haber escrito una carta a Tiberio en la que acusaba a Sivila de haber envenenado a Druso, de acuerdo con Sciano, para casarse con éste. Confieso que también esta acusación me parece poco verosímil, y no creo que la denuncia de Apicata baste para admitirla. ¿Qué pruebas podía Apicata poseer de este delito, en el supuesto de que el delito se hubiera cometido, cuando los dos cómplices, si tales eran, habían de tratar de ocultar a todos su crimen y a nadie con más cuidado que a Apicata? Por otra parte, no parece creíble que un hombre avisado como Sciano pudiera pensar, en el 23, en envenenar al hijo de su protector. ¿Por qué motivo había de hacerlo? Entonces no pensaba en suceder a Tiberio. Quitando de en medio a Druso complacía a la familia de Germánico, que ya entonces era enemiga suya. ¿No podría, en cambio,

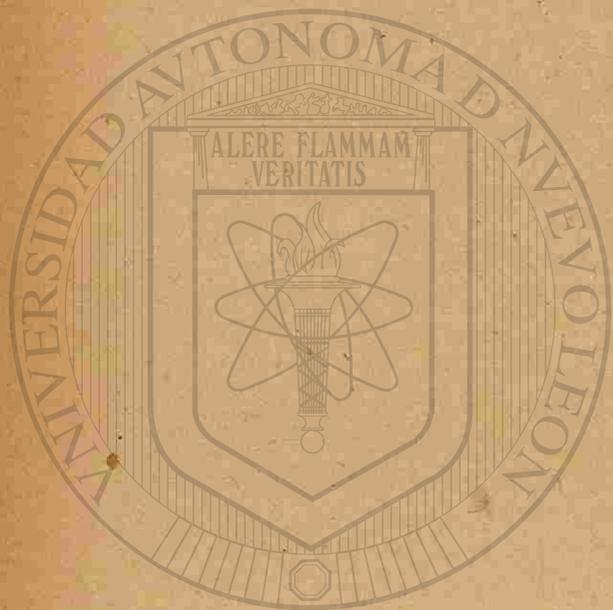
ser esta denuncia *in extremis* la venganza de una mujer repudiada contra la rival, que por un momento había amenazado ocupar el puesto del que aquélla había sido arrojada? Apicata, que no pertenecía a la aristocracia, no había sido educada, como las mujeres de las familias senadoras, en la idea de que debía servir dócilmente a la fortuna política del propio o de los propios maridos. Su denuncia fué forzosamente una venganza de los celos, que las clases menos ilustres de la sociedad romana no extinguían como la aristocracia.

Esta denuncia, sin embargo, fué—así se comprende de los antiguos escritores—uno de los más terribles dolores de la vejez de Tiberio. Había amado tiernamente a su hijo, y la idea de dejar impune, si la acusación era verdad, un tan horrendo delito lo exasperaba. Pero, por otra parte, la presunta reo era la hija de su fiel amiga, de aquella que le había salvado de las insidias de Sciano, de Antonia. En cuanto al público, tan dispuesto siempre a creer todas las infamias que se propalaban sobre la familia imperial, no dudó un instante de que Sivila fuese una desalmada envenenadora. Se inició un proceso; muchas personas fueron sometidas a la tortura, prueba evidente de que nada se ponía en claro, y probablemente no se ponía nada en claro porque se buscaba la prueba de un delito imaginario. Pero Sivila no sobrevivió al escándalo,

a la acusación, a las sospechas de Tiberio, a la desconfianza que la circundó. Porque era hija de Druso y nuera de Tiberio; porque pertenecía a la familia que la suerte había puesto a la cabeza del inmenso imperio de Roma, no podría persuadir a nadie de su inocencia. La obscura mujer sin antepasados que la acusaba desde la tumba sería creída por todos bajo su palabra, convencería a la posteridad y a la historia, sería más potente que su grandeza y que todas las buenas razones. La desventurada, no pudiendo sobrevivir a una acusación que no podía impugnar, se refugió en casa de su madre y se dejó morir de hambre.

Después de este supremo horror, los seis años que vivió Tiberio no fueron más que una lenta y sombría agonía. Todavía, el año 23, vió una tragedia: el suicidio de Agripina y el de su hijo Druso. De la prole de Germánico no quedaban en vida más que un varón, Cayo, y tres hembras, de las cuales la más vieja, Agripina, madre de Nerón, se había casado pocos años antes con Gneo Domicio Enobardo, descendiente de una de las más grandes familias de Roma. Tiberio, último superviviente de una edad más antigua, quedaba representando ideas y aspiraciones, extintas a la sazón, entre las ruinas y las tumbas de los suyos. De estas ruinas, la posteridad, siguiendo el rastro de Tácito, lo ha retenido responsable a él solo y a su sombría natu-

raleza. Y, sin embargo, es más creíble que fuera un hombre nacido para más altos y felices destinos, pero que tuvo, no obstante, que expiar la grandeza única a la que la fortuna lo había elevado. Como los miembros de su familia, exiliados, muertos prematuramente, impelidos por la desesperación al suicidio, fué víctima de una trágica situación llena de insolubles contradicciones, y fué, tal vez, la víctima más desgraciada, porque tuvo que vivir.



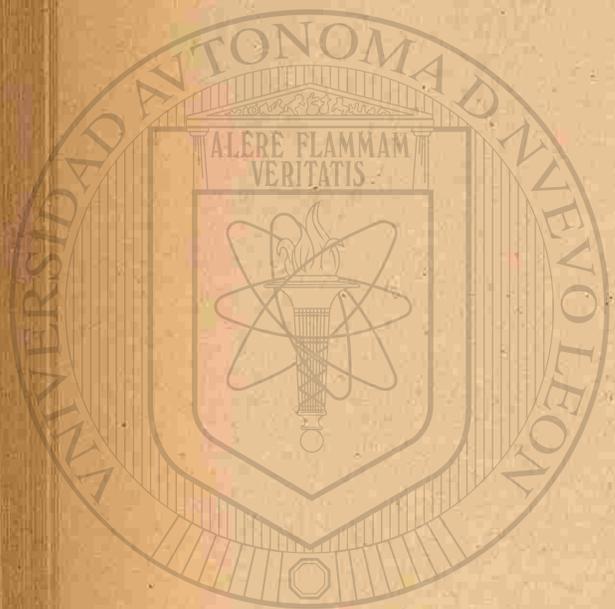
LA MUJER DE CALIGULA
Y EL
MATRIMONIO DE MESALINA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

V

LA MUJER DE CALÍGULA Y EL MATRIMONIO
DE MESALINA

MUERTO Tiberio (37 d. J.), fué necesario buscar un sucesor, tarea poco fácil. Tiberio había adoptado en el testamento como hijos a Cayo Calígula, hijo de Germánico, y a Tiberio, hijo de su hijo Druso. Este último, que tenía diez y siete años, era demasiado joven. Calígula tenía veintisiete, y era, por tanto, muy joven todavía, aunque en rigor de los términos pudiera ser emperador; pero no gozaba de buena reputación. Además de él no había otro miembro de la familia con edad para gobernar más que Tiberio Claudio Nerón, hermano de Germánico, último superviviente de Druso y de Antonia, al que todos consideraban como a un tonto, blanco de las burlas de los libertos y de las mujeres,

al que no había habido medio, por torpe y ridículo, de hacer terminar la carrera de la magistratura. Por otra parte, no era siquiera senador. No pudiendo, pues, pensar en él, no quedaba más que Calígula, si no se quería salir de la familia de Augusto, lo que era preferible constitucionalmente, pero difícil políticamente, porque las provincias y los bárbaros de la Germania y los soldados de las legiones se habían acostumbrado a ver en esta familia el sostén del imperio. Las legiones, por el contrario, eran muy adictas a la memoria y a la descendencia de Druso y de Germánico, cuyas figuras, transfiguradas por la muerte, vivían en los espíritus de los soldados y reaparecían, reclamadas por sus discursos, en las largas veladas, a visitar los campos sobre el Rin y sobre el Danubio, testimonios un tiempo de sus empresas y de sus virtudes. Sobre la familia de Augusto se reconcentraba a la sazón la veneración que los ejércitos de los tiempos más remotos habían profesado a toda la nobleza romana. En tal dificultad, el Senado elige el mal menor: a Calígula y al hijo de Germánico.

Pero si no había sido fácil encontrar un emperador, la muerte de Tiberio había de demostrar por primera vez a Roma que era toda vía más difícil encontrar una emperatriz. Durante el gobierno de Augusto esta dignidad había sido ocupada con incomparable sabiduría por Livia. A Augusto había sucedido Tiberio, que después

de divorciarse de Julia no había vuelto a casarse, quedando, por tanto, un largo interregno mujeril, durante el cual no había pensado nadie si sería fácil o difícil encontrar en Roma una mujer que supiera suceder dignamente a Livia. La dificultad se presentó con Calígula, que a los veintisiete años no podía eludirla, como había hecho Tiberio, ya por ser cosa natural que a su edad sea un hombre casado, ya porque la *lex de maritandis ordinibus* le obligaba a él como a todos los senadores, ya porque el jefe de la república tuviera necesidad para cumplir sus deberes sociales de una esposa. Al funesto aislamiento de Tiberio contribuyó también su celibato. Sino que con Calígula se empieza a ver que encontrar una segunda Livia no era tan fácil; ¡eran tantas las cualidades que se requerían! Debía ser, en efecto, de estirpe nobilísima, procediendo de una de aquellas grandes familias romanas que escaseaban, se esterilizaban y se estragaban cada vez más de generación en generación, y lo que era peor, estaban divididas por odios ferocísimos; gravísima dificultad, porque emparentado con una de estas familias corría el peligro el emperador de enemistarse con todas las familias que fueran enemigas de aquélla. Había, además, de ser la emperatriz modelo de todas las virtudes: prolífica, para cumplir la *lex de maritandis ordinibus*; religiosa, casta y virtuosa, para no violar

la *lex de adulteriis*; sencilla y modesta en honor de la *lex sumptuaria*; había de saber administrar sabiamente la vasta casa del emperador, llena de siervos y de libertos, y ayudar al marido a cumplir todos los deberes sociales—recibimientos, comidas, fiestas—, que si eran gravosos para todo noble romano, lo eran muchísimo más para el jefe de la república. No podía, en fin, ser estúpida e ignorante. En efecto, desde este momento hasta la catástrofe de Nerón, las dificultades de la familia y de la autoridad imperial provinieron, más todavía que de los emperadores, de sus mujeres; de forma que puede decirse que las mujeres han sido, sin quererlo, la ruina de la casa Julio-Claudia.

En suma, la dificultad era grande y ni a propósito se hubiera encontrado hombre menos capaz de superarla que este jovencito de veintisiete años, elevado al imperio después de la muerte de Tiberio. Cuando fué elegido emperador estaba casado desde hacía cuatro años con una tal Ginnia Claudilla, dama que debía pertenecer a una de las grandes familias de Roma y en torno a la que no tenemos noticia alguna. No podemos, por tanto, decir si al lado de un segundo Augusto hubiera llegado a ser la nueva Livia; pero sí podemos en cambio asegurar que Calígula no era un segundo Augusto. Calígula no fué probablemente un loco tan frenético como el que pintan los escritores an-

figuos; pero fué, ciertamente, un hombre extravagante, desequilibrado, trastornado por un delirio de grandeza que el poder exaltó fácilmente por habérsele conferido en edad demasiado joven y sin preparación. Durante muchos años, más que esperar suceder a Tiberio, temía Calígula seguir la suerte de su madre y de sus hermanos mayores; no ya soñar con la dignidad suprema; se hubiera conformado con la seguridad de no acabar desterrado en alguna isla desierta del Mediterráneo. Tanta fortuna, después de tan larga persecución, perturbó sus facultades mentales, ya vacilantes por naturaleza, y fomentó un delirio de grandeza que lanzó violentamente su espíritu fuera de la gran órbita histórica de la tradición romana en la que sus antecesores se habían empeñado en una equivocada carrera hacia Egipto. Calígula había ya mostrado una gran inclinación por las cosas y por los hombres de aquel lejano país tan admirado y tan temido por los romanos. Sabemos, por ejemplo, que todos sus servidores eran egipcios y que su liberto más fiel e influente, Elicone, era alejandrino. Pero esta admiración por la tierra de los Ptolomeos y de los Faraones se encendió; poco después de su asunción al Imperio, en un exotismo temerario que lo impulsó a volver las espaldas a la política de Tiberio y de Augusto para, sin ambages, restablecer, como modelo suyo, aquella de su bisabuelo

Marco Antonio, e introducir en Roma las ideas, las costumbres, las pompas, las instituciones de la monarquía faraónica y ptolemeica; hacer de su palacio una corte semejante a la de Alejandría; de su familia una familia semidivina y única, cual fuera la de los Ptolomeos, y de sí un rey adorado en carne y hueso como era costumbre en las orillas del Nilo.

Calígula estaba loco, sin duda; pero su locura hubiera parecido menos caótica e incomprensible y tal vez se hubiera encontrado el hilo y el sentido de sus accesos y de los desatinos de su espíritu turbado si se hubiera comprendido que, si no todas, muchas de sus locuras más famosas eran impulsadas e inspiradas por la idea monárquica y egipcia. En la locura de Calígula, como en la historia de Antonio y en la tragedia de Tiberio, se vuelve a encontrar todavía y siempre el conflicto ideal entre Italia y Oriente, entre Roma y Alejandría, que es la clave de toda la historia del último siglo de la república y del primer siglo del imperio. En efecto, vemos al nuevo emperador, apenas electo, introducir a Isis entre los cultos oficiales del Estado romano y asignarle una fiesta pública en el calendario; proteger, en suma, aquellos cultos egipcios tan fieramente combatidos por Tiberio, el «viejo romano». Le vemos prohibir la fiesta conmemorativa de la batalla de Azis, que se celebraba todos los años desde hacía un siglo; idea que de

pronto puede parecer extraña e insensata, y sin embargo, ni aun esta idea debe considerarse como puro capricho, ya que significaba la rehabilitación oficial de Marco Antonio, del bisabuelo que había intentado trasladar a Alejandría el imperio del gobierno de Roma; un medio de decir que Roma no debía ya vanagloriarse de haber humillado con las armas a Alejandría, puesto que de allí en adelante tendría que tomar para todo como modelo a Alejandría.

Parece ser que, inspirándose en ejemplos egipcios, trató de rodear de un respeto casi religioso, semejante a aquel que circundaba a la dinastía de los Ptolomeos, a toda su familia, a la misma que Tiberio, el republicano de viejo molde, había dejado de perseguir e infamar con procesos, diezmar con suicidios, impuestos por las envidias de la aristocracia, que no quería perdonarle su demasiado grande fortuna. No sólo se apresuró Calígula a recoger los restos de su madre Agripina y de su hermano para trasladarlos a Roma y depositarlos piadosamente en el sepulcro de Augusto, sino que prohibió que se nombrase entre sus antepasados al gran Agripa, constructor del panteón, porque su origen, demasiado oscuro, manchaba la pureza semidivina de la estirpe. Hizo conceder a su abuela Antonia, a la hija de Marco Antonio y fiel amiga de Tiberio, el título de Augusta y todos los privilegios de las Vestales; iguales pri-

vilegios concedió a sus tres hermanas, Agripina, Drusila y Sivila, asignándoles en los juegos del circo un puesto igual al suyo, y logrando, en suma, que sus nombres fueran comprendidos en los votos que todos los años expresaban los magistrados y pontífices por la prosperidad del príncipe y del pueblo, y que se incluyera en los juramentos por la conservación de su poder un juramento también por su felicidad! De las persecuciones y humillaciones que la familia imperial había sufrido bajo Tiberio, las hermanas del emperador pasaban a los honores y privilegios divinos; novedad contraria al espíritu y a la tradición republicana, pero inspirada en los ejemplos y principios de las monarquías orientales; tránsito demasiado brusco que demuestra el temperamento violento y poco reflexivo del que lo quiso y lo impuso. No obstante, no hubo de momento protestas ni escándalo, ni nadie se lamentó de que en el palacio imperial, tan sencillo, severo, triste bajo Tiberio, irrumpieran en turba alegre los placeres, el lujo, las fiestas y todos los artesanos de la voluptuosidad, mímicos, cantores, actores, bailarines, zurradores, caballeros. El gobierno, avaro y triste, de Tiberio, los había cansado a todos. Calígula fué popular en los primeros meses y aún hubiera podido hacer cosas justas, buenas y útiles a las repúblicas si, tomando como modelo las ideas y costumbres egipcias, se hubiera contentado con

poner sus familias y sus mujeres al abrigo de un respeto que las protegiera contra las infames acusaciones y los inicuos procesos. En efecto, era absurda y peligrosa aquella contradicción de que durante el gobierno de Tiberio el emperador había sido revestido de extraordinarios poderes y hecho objeto de un respeto casi religioso; su familia, en cambio—y particularmente las mujeres—, fué puesta fuera de la ley y perseguida con mil insidias. Pero el lunático Calígula no era hombre para detenerse en los límites de la razón ni tampoco de un propósito sabio. El poder, la popularidad, las alabanzas exaltando su naturaleza bizarra e inclinada a los placeres se condensaron bien pronto, según parece, a fines del 37, en una idea que pareció a Roma una horrible impiedad. Muerta su mujer poco después de su asunción al poder, y teniendo que volver a casarse, anunció que desposaría a su hermana Drusilla. Los historiadores han juzgado este propósito como el perverso delirio de una desenfadada sensualidad. Tal locura era una enorme locura; pero tal vez fuera más que un monstruoso extravío de los sentidos una locura política, ya que pretendía trasladar a Roma los matrimonios dinásticos entre hermanos, que había sido constante tradición de los Ptolomeos y de los Faraones en Egipto. Claro que a nosotros, educados según las severas y austeras doctrinas que en esta materia he-

redó, purificando y haciendo más rigurosa lo más selecto de las ideas griegas, el cristianismo, estos incestos sagrados han de parecernos una horrible aberración. Sin embargo, en Egipto, en la más antigua civilización mediterránea, habían sido por los siglos privilegio soberano que acercaba las dinastías a los Dioses, conservándoles la pureza celestial de la sangre. Y tal vez estas costumbres, que subsistieron en Egipto hasta la caída de los Ptolomeos, eran restos de antiquísimos tiempos, ya que se encuentran vestigios hasta en la mitología griega: Júpiter y Juno, la augusta pareja del Olimpo, son hermano y hermana. Reducida tal vez poco a poco la expansión de esta costumbre a la civilización griega, fué desarraigada definitivamente de la cuenca mediterránea de Roma cuando destruyó el reino de los Ptolomeos.

¡Y he aquí al lunático Calígula queriendo de repente transplantar el incesto sagrado, con todo el aparato religioso de la monarquía egipcia, haciendo de la más ilustre y poderosa familia de la aristocracia romana una familia francamente divina, cuyos miembros habían de desposarse entre sí, para no enturbiar la celeste pureza de la sangre! La extravagante idea estaba ya madura en su cabeza y elegida ya la esposa entre sus tres hermanas en la persona de Drusilla, a fines de 37, como lo demuestra el testamento que, encontrándose enfermo, hizo a fines de dicho año,

por el que dejaba a Drusilla, no sólo sus bienes, sino también el imperio; como si el imperio fuera suyo. Pero apenas advertida su idea, la concordia y la paz, restablecida por un momento en la familia imperial con el advenimiento de Calígula, desaparecieron de nuevo. La abuela y las hermanas de Calígula eran romanas, romanamente educadas, y esta exótica locura no podía inspirarles más que un invencible horror. Fué un trastorno. ¿Se habían librado, pues, las desgraciadas hijas de Germánico de las persecuciones de Sciano y de su partido para caer en poder de los caprichos incestuosos de su hermano? En el 38, ya Calígula había roto con su abuela, a la que un año antes había hecho proclamar Augusta, y entre el 38 y 39 las catástrofes se sucedieron en la familia con pavorosa rapidez. Drusilla, a la que, como dice Suetonio, consideraba ya como a una esposa, murió de repente, muy joven todavía, no sabemos de qué enfermedad, tal vez espantada—no es temerario suponerlo—de la loca aventura a la que su hermano quería arrastrarla desposándola. Calígula hizo en seguida de ella una diosa, a la que debían tributársele honores en toda la ciudad; le erigió un templo; constituyó un cuerpo de veinte sacerdotes, hombres y mujeres; decretó que su natalicio fuese día de fiesta; quiso que la estatua de Venus sobre el Foro se le pareciera. Pero a medida que se enfervorizaba en esta adoración

por la hermana muerta, se hacía más agria la discordia entre Calígula y las hermanas vivas. Julia Sivila es desterrada en el 38; Agripina, la mujer de Domicio Enabardo, en el 39; porque habían, según se dice, conjurado contra el emperador; y alrededor de estos días, la venerable Antonia muere obligada —se vociferó— por Calígula a suicidarse. Es imposible decir lo que pueda haber de cierto en estas patrañas; pero sí puede afirmarse con seguridad que ya no podía nadie vivir en el palacio imperial con este loco, que confundía a Roma con Alejandría, y que quería casarse con una hermana. También Tiberio, el hijo de Druso, coheredero con Calígula, es tragado, por este tiempo, por un oscuro proceso y desaparece.

Quedó solo Calígula en Roma, representando en el palacio imperial a la familia que, por ironía, debía considerarse como la más afortunada del imperio. De las tres generaciones, a las que la suerte parecía haber hecho donación abundante de todos los bienes de la vida, no sobrevivía más que Claudio, el viejo estúpido, cimbel de siervos y libertos, al que no molestaba nadie porque todos podían mofarse de él. ¡Un loco y un imbécil: he aquí los supervivientes de la familia de Augusto, setenta años después de la batalla de Azio! Solo, no pudiendo elevar a una hermana a los honores del Olimpo monárquico, Calígula fué obligado a buscar mujer en las fa-

milias de la aristocracia. Pero parece que ni aun allí había abundancia de mujeres capaces de hacer compañía a un dios tan caprichoso. En tres años desposó y repudió a Livia Orestilla, la primera; a Lolia Paulina, la segunda; a Milonia Cesonia, la tercera; figuras sin relieve, sombras y apariencias de emperadoras; ninguna de las cuales tuvo ni siquiera el tiempo de ocupar el altísimo puesto. En vano el pueblo esperó que compareciese en el palacio imperial la digna continuadora de Livia; Calígula, como todos los locos, era un solitario; no podía vivir con otros seres humanos; sólo se entregaba a sus delirios, cada vez más extraños y violentos. A la sazón quería imponer, sin rodeos, el culto de su persona a todo el imperio, sin preocuparse de tradiciones y supersticiones locales, violentando los sentimientos de Italia, que detestaba este culto a un vivo, por considerarlo como una adulación oriental, tanto por lo menos como al culto de los hebreos, horrorizados por la idolatría. En todas las partes del imperio nacieron dificultades, disgustos, motines; las extravagancias, los gastos locos, los placeres desordenados, la crueldad de Calígula, aumentaron el descontento y el disgusto. Ciertamente que Calígula ha sido pintado con negríssimas tintas y que su crueldad y violencia han sido exageradas por los escritores antiguos; pero no es menos cierto, sin embargo, que su gobierno, en los dos últimos años, dege-

neró en una tiranía irreflexiva, improcedente, violenta y cruel. Un día se apercibió Roma de que la familia en la que la república y el imperio se apagaban, como en una columna, se extinguía; de que en el palacio imperial, vacío de mujeres, vacío de jóvenes, vacío de esperanzas, desatinaba, último superviviente, un loco de treinta y un años que cambiaba de mujer cada seis meses, prodigaba locamente el dinero y la sangre de las súbditos y no pensaba más que en hacerse adorar por todo el imperio como un dios en carne y hueso. En el mismo palacio se urdió una conjura, y Calígula fué muerto.

II

La noticia dejó perplejo al Senado. ¿Qué hacer? La mayoría se inclinaba a restaurar el antiguo gobierno republicano, aboliendo la autoridad imperial y restituyendo al Senado el timón de la República, que poco a poco había pasado a manos del emperador. Pero muchos temían que este retroceso a lo antiguo no fuera ni fácil ni sin peligros. ¿Lograría el Senado, tan indolente, tan discordante, tan decadente, gobernar el inmenso imperio? ¿Respetarían las legiones su autoridad? De esto dependía todo, y el punto era dudoso. Tampoco era mucho más fácil encontrar un emperador si un emperador era en-

tonces, como muchos temían, necesario. De la familia de Augusto el único superviviente era Claudio, demasiado imbécil y ridículo para que pudiera pensarse en hacerlo jefe del imperio. Parece ser que algunos senadores eminentes adelantaron su propia candidatura; pero ¿qué podría hacer un nuevo emperador desconocido de las legiones y de las provincias, sin el apoyo de la gloria de sus antepasados, cuando la autoridad de los miembros de la familia de Augusto era tan incierta, tan discutida, tan profundamente minada? Mientras el Senado se debatía en esta perplejidad, los pretorianos sacaron a Claudio de un rincón del palacio imperial, en el que se había escondido temeroso de que también a él quisieran matarle, y reconociendo en él al hermano de Germánico, al hijo de Druso, del héroe venerado en los campamentos, lo aclamaron emperador. Un acto de voluntad vence fácilmente mil escrúpulos e incertidumbres; el Senado cedió a las legiones y reconoció como emperador a Claudio el imbécil.

Peró Claudio no era imbécil como parecía a los más. Era, por el contrario, un hombre logrado a medias, en el que la inteligencia se había desarrollado mucho; pero el carácter permaneció infantil, asustadizo, caprichoso, impulsivo, atolondrado. Amaba las estudios, la historia, las letras, la arqueología (Tito Livio había sido su maestro); era, más que culto, francamente erudi-

to, y hablaba y escribía bien; pero Augusto tuvo que renunciar a hacer de él un magistrado o un senador, porque no había conseguido adquirir, no ya firmeza y voluntad, sino ni siquiera la aparente dignidad de maneras y porte necesarios para gobernar a los hombres. Medrosísimo, crédulo sugestionable y encima obstinado, glotón y sensual, se había convertido este muchachote erudito, en el palacio imperial, en una especie de hazmerreir de todos, máxime de sus esclavos, que, conociendo sus defectos y debilidades, hacían de él lo que querían. No le faltaba inteligencia para gobernar, pero carecía totalmente de temple; era inteligente y parecía estúpido; sabía apreciar las grandes cuestiones de la política, de la guerra, de las finanzas, con miras amplias, con original y agudo espíritu, pero no conseguía que lo tomaran en serio las personas que lo rodeaban, ni que lo obedecieran la mujer y los libertos. Tenía ingenio suficiente para gobernar el imperio tan bien como Augusto y Tiberio; pero perdía la cabeza a la primer fábula de conjura que sus familiares, fingiéndose espantados, le contasen.

Un hombre de esta condición había de resultar un bien singular emperador; grande y ridículo al mismo tiempo. Hizo leyes importantes, obras públicas gigantescas, conquistas de gran importancia (la de la Britania, por ejemplo), pero fué un marido tan débil e imbécil, que con sus

debilidades conyugales estropeó su hermosa y sabia labor de gobierno, máxime en los primeros años de su gobierno, o sea mientras vivió Valeria Mesalina. Preciso es reconocer que no estuvo afortunado, ya que la suerte le había dado una mujer que, a despecho de su ilustre origen—pertenecía a una de las más grandes familias de Roma, emparentadas con la familia de Augusto—, no era, precisamente, la mujer que él necesitaba. El nombre de Mesalina suena en todo el mundo a desenfrenada lascivia; exageraciones, como de costumbre, del odio que no dió tregua a la familia de Augusto, mientras vivió uno de los suyos; ya que muchas de las infamias que se le atribuyen son fábulas manifiestas, narradas con complacencia por Tácito y Suetonio, y creídas fácilmente por la posteridad. Es, por el contrario, cierto que Mesalina era una mujer bella, caprichosa, ligera, prepotente, despreocupada, rumbosa, avidísima de dinero y pródiga, que no había tenido nunca escrúpulos de abusar de la debilidad del marido; una mujer, en suma, poco virtuosa y seria; pero no un monstruo. Todas las épocas y todos los estados han conocido mujeres cortadas por este patrón, y a ninguno le ha pasado por la imaginación calificarlas de monstruos; siendo consideradas de ordinario por todos como una variedad del sexo femenino muy agradable, aunque un poco peligrosa, que necesita para vivir sin hacer mucho

daño de un hombre que las domine con discreción y firmeza. Faltando esta mano vigorosa, no era Mesalina mujer para comprender que, si había podido abusar impunemente de la debilidad de Claudio, mientras había sido el más oscuro entre los miembros de la familia imperial, sería peligrosísimo continuar abusando después que éste se había convertido en jefe del imperio; al contrario, abusó más que antes, y de este error nacieron todas las desdichas. Empezó desencadenando nuevas discordias en la familia imperial. Claudio había llamado a Roma a sus dos sobrinas Agripina y Julia Sivila, víctimas de los caprichos egipcios de Calígula, que si no encontraron ya en Roma al hermano para perseguirlas, encontraron a la tía, y no ganaron mucho con el cambio. Se inquietó mucho Mesalina de la influencia que las dos hermanas adquirían sobre el ánimo del débil tío, y no se tardó mucho que Julia Sivila fuese acusada de haber violado la *lex adulteriis* y desterrada con Séneca, el famoso filósofo, al que, con razón o sin ella, se empeñaron en hacer pasar como su amante. Agripina no pudo—y ésta es la mejor prueba de que era, como su madre, una mujer virtuosa—ser herida con iguales armas, y quedó en Roma; pero teniendo que estar siempre alerta y ser tanto más prudente cuanto que, siendo viuda, no podía contar ni siquiera con la protección del marido. Si Agripina pudo permanecer en Roma,

fué aislada y reducida a la impotencia. Mesalina, sola, de acuerdo con cuatro o cinco libertos sin escrúpulos, rodeó a Claudio y gobernó con ellos. ¡Gobierno de increíble dilapidación y rapiña! Pues aunque entre estos libertos había hombres, como Narciso y Palate, inteligentes y avisados que, sin perjuicio de sus robos de mucho dinero, ayudaban a Claudio a bien gobernar el imperio, Mesalina no pensaba más que en hacer dinero para prodigarlo en lujos y placeres. Así se vió a la mujer del *princeps* vender su intercesión a los soberanos aliados y vasallos, a los ricos personajes del imperio que deseaban obtener algún favor de la autoridad imperial; entenderse con los contratistas de obras públicas; inmiscuirse en las cuentas del Estado siempre que hubiera ocasión de hacer dinero; y con el dinero logrado de esta forma, acuchillar todos los días la *lex sumptuaria* y hacer burla de la virtud femenina en una vida de desordenados placeres. Claudio o ignoraba o soportaba.

En cambio el público murmuraba. Si los que se aprovechaban de sus disipaciones admiraban mucho a Mesalina, el pueblo empezaba pronto a protestar. Fieles todavía a la tradición Roma e Italia querían al lado del emperador una segunda Livia, un ejemplo de todas las más bellas virtudes de la antigua matrona y no una Bacante—que debía de haber sido, como tantas otras mujeres de Roma infieles a sus maridos, conde-

nada a destierro—, que deshonraba y ponía en ridículo con la impunidad la autoridad imperial. La multitud veneraba en el emperador a un magistrado casi sagrado, encargado de mantener, con las leyes y con el ejemplo, la pureza en las familias, la fe en los matrimonios, la sencillez en las costumbres, y he aquí instaladas, para escándalo de las personas de bien, en el palacio del emperador, a su lado, en la persona de la emperatriz, todas las disipaciones, corrupciones y perversiones de la mujer que quiere vivir únicamente para sus placeres, para gozar y hacer gozar de su belleza! Un emperador que fuera marido débil, era un escándalo, ya que el buen sentido popular no admitía que pudiera gobernar un imperio quien no sabía mandar a una mujer.

Bien pronto fué opinión de todas las personas sensatas que Mesalina, en el puesto de Livia, sobre el Palatino, y con un marido tan débil, era un peligro público. Mas no hubiera sido tampoco cosa fácil, aun queriéndolo el emperador, alcanzar a la esposa como reo de infidelidad y desobediencia a una de las grandes leyes de Augusto; porque si Calígula, que estaba loco, había podido divorciarse tres veces, un emperador más discreto había de pensarlo bien, antes de hacer públicos los escándalos y la vergüenza de la familia en presencia de aquella aristocracia tan pronta a la calunnia y a la sospecha. Pero

la dificultad era efectivamente invencible cuando el emperador no veía o no quería ver las culpas de su mujer. ¿Quién se atrevería a acusarla en su lugar?

Gobernado con inteligencia, pero desordenadamente y entre infinitas contradicciones, oscilaciones y debilidades, el Estado se fortalecía en parte y en parte se disolvía; la prepotencia y las rapiñas de los libertos exasperaban al público. Mesalina, por lo que hacía y por lo que se contaba, era un escándalo público, tanto más insostenible cuanto que no tenía remedio. Roma se apercibía por primera vez de que una emperatriz era invulnerable y que, una vez instalada en el Palatino, ¡ay de aquella si era una Mesalina en lugar de una Livia! Si el emperador no quería intervenir, no había medio de protestar contra sus abusos del poder. Exasperado el público, desfogó también sobre Claudio su cólera por los desórdenes de Mesalina. Fueron achacados también a su debilidad los malos hábitos de su mujer; las intrigas, atentados, conjuras, proyectos de guerra civil, eran en Roma, como dice Suetonio, cosas de todos los días. La debilidad del emperador difundía en todo el Estado la inseguridad y la duda. Todas las mañanas se preguntaban todos cuánto duraría este gobierno, si la conjura de unos cuantos o una revuelta de las legiones no lo derribaba antes de la noche. La sospecha, la desconfianza, el miedo, domina-

ban en el ánimo de todos, y muchos pensaban que, puesto que Claudio no era capaz de librar al imperio de Mesalina, sería preciso librar al imperio de Claudio.

Por espacio de seis años fué Mesalina la debilidad de un gobierno que, sin embargo, tenía altos méritos y hacía grandes cosas. Por causa de su mujer, Claudio, que fué, sin duda, el emperador más amenazado de toda la familia de Augusto, vivió en continuo peligro. Pero las cosas no podían quedar así en suspenso y en equilibrio por mucho tiempo. Y, en efecto, se precipitaron en un escándalo que, tal y como ha sido contado por Suetonio y por Tácito, sería, en verdad, el más monstruoso desorden que haya podido enfurecer la imaginación de una mujer pervertida por el poder. Narran estos escritores que Mesalina, no sabiendo ya qué nueva extravagancia inventar, pensó un buen día desposar a Silio, joven muy amado por ella, que pertenecía a una gran familia y que era cónsul designado, y en efecto lo desposó, en Roma, con los más solemnes ritos religiosos, mientras Claudio se encontraba en Ostia, por el malvado placer de enlodar públicamente de bigamia los sagrados ritos nupciales. ¿Pero es esto creíble, si no se admite, al menos, que Mesalina había enloquecido de repente? ¿Por qué razón, con qué fin cometer un tan enorme sacrilegio que ofendía el sentimiento popular en sus más sensibles

fibras? Mesalina era disoluta, cruel, ávida; pero no estaba loca, y de querer admitir que estuviera loca, ¿hemos de creer que también lo estuvieran los que le prestaron apoyo? Suponer que obraron por miedo, es difícil: la mujer del *princeps* no tenía ningún poder para obligar a conspicuos personajes a cometer un sacrilegio en público.

Este episodio sería, ciertamente, un acertijo insoluble si Suetonio no nos diera, por casualidad, la clave para resolverlo: «*Nam illud omnem fidem excesserit, quod pruptiis, quas Mesalina cum adulterio Silio facerat, tabellas dotis et ipse consignaverit.*» «Lo que nadie juzgará creíble es que él mismo firmara los títulos de la dote en las bodas de Mesalina con Silio.» Claudio sabía, pues, que el matrimonio de Mesalina con Silio había de realizarse, puesto que él mismo dotó a la esposa; y esto parece a Suetonio casi increíble. Mas ya sabemos que en la aristocracia romana se podía ceder de este modo la propia mujer ¿no hemos contado nosotros mismos que Livia fué dotada y cedida a Augusto como esposa por el abuelo de Claudio, que era su primer marido? La cesión de la mujer con una dote formaba parte de las costumbres matrimoniales, demasiado confusas, a decir verdad, de la aristocracia romana, que fueron perdiéndose a medida que, en los siglos primero y segundo de nuestra era, el prestigio y poderío de

la aristocracia romana disminuían; a medida que las clases medias imponían sus ideas y sus propios sentimientos. El pasaje de Suetonio nos prueba que él no se explicaba ya esta costumbre matrimonial; probablemente tampoco Tácito la comprendía bien, y no es sorprendente que aun a muchos contemporáneos de Claudio les pareciera rara. Así se explica que los historiadores del siglo siguiente, no comprendiendo bien lo ocurrido, creyeran que Mesalina se había casado con Silio siendo esposa todavía de Claudio.

En resumen: Claudio se dejó persuadir para divorciarse de Mesalina y darla por esposa a Silio. Ignoramos los medios empleados para persuadir a Claudio y que consintiera este nuevo matrimonio, porque la alusión de Suetonio a este respecto no es muy clara. De todas formas, este punto es menos importante que este otro: ¿por qué razón Mesalina se divorció de Claudio para casar con Silio? El problema no es fácil; pero tras un largo estudio me he decidido a aceptar, con algunos retoques, la explicación que Humberto Silvaqui da en *El Imperio y las mujeres de los Césares*, trabajo rico en ideas originales y agudas observaciones.

Observa Silvaqui justamente que Silio pertenecía a una familia de la aristocracia, famosa por su devoción al partido de Germánico y de Agripina; hasta el punto de que su padre, que había

sido una de las víctimas de Sciano, acusado en tiempos de Tiberio de lesa majestad, se mató, y Sosia Gala, la madre, fué condenada a destierro como amiga de Agripina. Partiendo de estas consideraciones y examinando con agudeza los relatos de los historiadores antiguos, Silvaqui ha sacado la conclusión que este matrimonio encubrió una conspiración para derribar a Claudio y substituirle con Cayo Silio. Debíó comprender Mesalina en ciertos momentos que las cosas no se sostenían ya; que Claudio no era emperador con fuerza bastante para imponer al imperio su desordenado gobierno y el de sus libertos; que estaba todos los días a merced de una conjura o de un atentado. ¿Qué ocurriría si un día fuese Claudio barrido, como Calígula, por una conjura? Ella hubiera sufrido la misma suerte. De aquí el propósito de derribar al emperador para conservar, cerca del sucesor elegido por ella, el poder que había tenido bajo Claudio. Pero, puesto que, muerto Claudio, ningún miembro de la familia de Augusto estaba en edad de gobernar, había de elegirse sucesor en una familia de la aristocracia, y se eligió en una familia famosa por su devoción a Germánico y a la rama más popular de los Julios Claudios, con la esperanza de ganar a las legiones y a los pretorianos. Puesto que la descendencia de Druso se había extinguido, ¿qué otro remedio quedaba sino elegir al sucesor entre las familias de la aristo-

cracia que habían demostrado afecto y devoción a la sangre del ilustre muerto?

En suma, por primera vez se encontró a una mujer a la cabeza de una vasta y verdadera conspiración política para arrebatarse a la familia de Augusto el poder supremo, y esta mujer—otra prueba de que no era tonta—supo tramar tan bien y en tan oportuna ocasión su conjura, que los más inteligentes e influyentes entre los libertos de Claudio dudaron durante mucho tiempo si unirse a ella o decidirse por el emperador, ya que era difícil adivinar quién vencería, si el débil marido o la audaz mujer sin escrúpulos. Estos dejaron, sin abrirle los ojos a Claudio, que Mesalina y Silio buscaran partidarios y amigos y hasta que se entendieran con el prefecto de los vigilantes y celebraran su matrimonio. Claudio hubiera también perecido si, a última hora, no se hubiera decidido Narciso a correr en busca del emperador, que estaba en Ostia, y asustándolo, no lo hubiese persuadido a desarraigar rápidamente la conjura con un golpe. A este descubrimiento siguió una de aquellas matanzas judiciales que desde hacía más de treinta años ensangrentaban a Roma, y Mesalina fué, también ella, envuelta en la matanza.

III

Después del descubrimiento de la conjura, Claudio arengó a los soldados y les dijo que como los matrimonios le salían muy mal no pensaba volver a casarse. El propósito era indudablemente acertado, pero difícil de cumplir. ¡Eran tantas las razones por las que el emperador necesitaba tener a su lado una mujer! Y bien pronto Claudio pidió parecer a sus libertos sobre la nueva mujer que quería escoger. Las discusiones fueron muchas y enormes las dudas; pero al fin fué elegida, y no al acaso, Agripina. Agripina era sobrina de Claudio, y los matrimonios entre tío y sobrina, si bien no estaban prohibidos, repugnaban al sentimiento público; de modo que para que Claudio y sus libertos se decidieran a vencer esta repugnancia graves habían de ser las razones. La más grave entre éstas fué, sin duda, que tras la prueba de Mesalina, se prefirió no salir de la familia; argumentando que una emperatriz de la familia no se habría dejado arrastrar tan fácilmente a conspirar contra la descendencia de Augusto, como había hecho una extraña, venida de una de aquellas familias de la aristocracia, que tanto odiaban a la familia imperial. Agripina era una hija de Germánico, poderosa recomendación cerca de la plebe, las cohortes pretorianas y las legiones;

había crecido en medio de los asuntos políticos y conocía el gobierno del imperio; y hasta entonces había llevado una vida irreprochable. Parecía, pues, la mujer que se necesitaba para hacer olvidar al pueblo a Mesalina; para reanimar en las multitudes el respeto a la familia de Augusto, casi extinto por tantos escándalos y tantas discordias; para no hacer mal papel al compararla con Livia.

Claudio, no atreviéndose a asumir por sí solo la responsabilidad de contrariar el sentimiento del pueblo, pidió al Senado que autorizase los matrimonios entre tíos y sobrinas, y la hija de Germánico, la hermana de Calígula, se convirtió en emperatriz.

LA MADRE DE NERÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

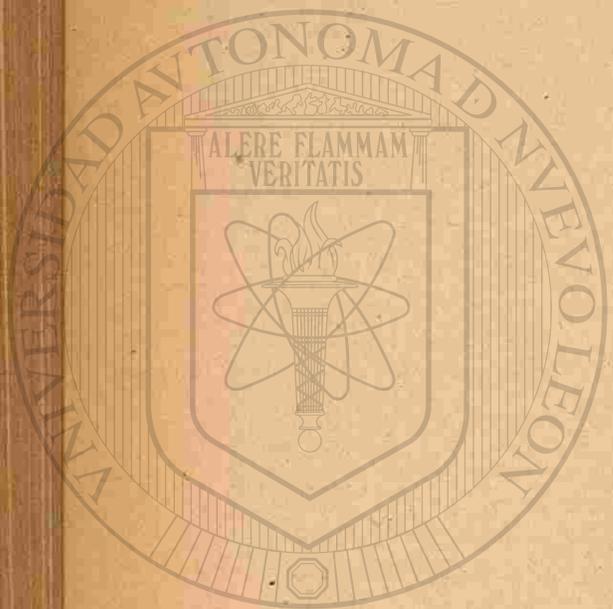
había crecido en medio de los asuntos políticos y conocía el gobierno del imperio; y hasta entonces había llevado una vida irreprochable. Parecía, pues, la mujer que se necesitaba para hacer olvidar al pueblo a Mesalina; para reanimar en las multitudes el respeto a la familia de Augusto, casi extinto por tantos escándalos y tantas discordias; para no hacer mal papel al compararla con Livia.

Claudio, no atreviéndose a asumir por sí solo la responsabilidad de contrariar el sentimiento del pueblo, pidió al Senado que autorizase los matrimonios entre tíos y sobrinas, y la hija de Germánico, la hermana de Calígula, se convirtió en emperatriz.

LA MADRE DE NERÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VI

LA MADRE DE NERÓN

I

SEGÚN Tácito, la máxima ambición de Agripina era ser esposa de Claudio; pero también podía ser abnegación suprema de una mujer a lo romana que se consideraba como instrumento de la fortuna de su familia y de los suyos. Desposando a Claudio, no sólo se casaba Agripina con un tío mucho más viejo que ella, marido poco agradable, sino que unía su suerte a la de un emperador débil, constantemente amenazado por conjuras y revueltas, cuya incertidumbre y pavora eran universalmente consideradas como un peligro público; de no lograr equilibrar con su inteligencia y su voluntad las debilidades del extravagante marido—empresa considerada por todos difícilísima—ponía en mortal peligro su vida y su honor.

Pero Agripina se aprestó a la ardua tarea con ardor y fortuna. Las circunstancias le favorecieron al principio. Las locuras de Calígula y los escándalos de Mesalina habían disgustado tanto a Roma y a Italia que, todos, desde el Senado a la plebe, pedían un gobierno más fuerte, más coherente y más respetable, que diese por terminados los procesos, las discordias, las rapiñas, las conjuras. Apenas aparece Agripina, todas las esperanzas se concentran en ella, en la hija de Germánico, en la sobrina de Druso, en la sangre de los Claudios; en su firmeza, en su puritanismo tradicionalista. Y no en vano, por cuanto esta mujer, aun cuando Tácito lanza también en torno de ella su malignidad, a propósito de Palante y de Séneca, era una especie de Tiberio con faldas, semejante en la pureza de costumbres a su madre, a su abuela Antonia, a su bisabuela Livia. No sólo queda desmentida la malignidad de Tácito por el hecho de que ni aun el odio implacable de Mesalina logró hacerla caer bajo los golpes de la *lex de adulteriis*, sino que él mismo se desmiente cuando dice: «*nihil domi impudicum nisi dominationi expediret*»; lo que significa que Agripina fué mujer de purísimas costumbres, ya que toda su historia demuestra que su poder, primero, y su desgracia, después, dependieron de tales y tantas causas y razones que, precisamente, ni sus gracias femeninas tuvieron fuerza para acrecentar su poder

ni para retardar su ruina. Cuando la vieron al lado del débil Claudio todos pusieron sus esperanzas en ella, porque, precisamente, Agripina, con sus virtudes, recordaba los más venerados personajes de la familia de Augusto. Y alentada por este favor, se dispuso Agripina a restaurar en el Estado los principios tradicionales de la nobleza, en los que Livia había educado primero a Tiberio y a Druso, después a Germánico y a la misma Agripina. El espíritu de la gran abuela, extinto en la familia por los conflictos entre Tiberio y Agripina, por las locuras de Calígula y por los escándalos ridículos del primer gobierno de Claudio, vuelve finalmente en esta bisneta, que consiguió devolver al Estado un poco de aquel vigor autoritario que había sido el pensamiento constante de la nobleza en los tiempos de su esplendor. «*Adductum et quasi virile*» llama Tácito a su gobierno; rígido y casi viril; lo que evidencia que, después del relajamiento y desorden de los primeros años, se restauró, bajo la influencia de Agripina, un poco de orden y disciplina. Agripina, como Livia, como todas las mujeres de la gran nobleza romana, era una honrada ama de casa, parsimoniosa, vigilante, atenta siempre a las entradas y a los gastos, a los esclavos y a los libertos; y odiaba, por tanto, a los hombres de repentinas ganancias, a los contrastistas enriquecidos con demasiada rapidez, a la gente que no se propone más que hacer cuar-

tos. Sabemos que trató de impedir con todas sus fuerzas las malversaciones del dinero público, con el que se enriquecían los libertos de Claudio; tenemos noticias, después de su casamiento con Claudio, de procesos contra dilapidadores del dinero público; cosa de la que no se oyó hablar nunca mientras imperó Mesalina; sabemos, en fin, que restableció la fortuna de la familia, muy castigada, probablemente, por las prodigalidades de Mesalina. Esto quiere decir una frase de Tácito, coloreada por su acostumbrada malignidad: *cupido auri inmensa obtentum habebat, quasi subsidium regno pararetur*. «Procuraba enriquecer a la familia, so pretexto de proveer a las necesidades del imperio.» Lo que Tácito llama «pretexto» era, en cambio, la antigua manera de entender la riqueza, como medio de gobierno y órgano de poder; la poseía la familia, pero para servirse de ella en pro del Estado.

En resumen, Agripina se esforzó de revivir en el gobierno las tradiciones aristocráticas que habían guiado y aconsejado a Augusto y a Tiberio; y no sólo se esforzó, sino que—lo que desde luego parece más singular—lo consiguió casi sin lucha. Desde un principio el gobierno de Agripina triunfa, según parece, en todas sus empresas. Después del casamiento de Agripina con Claudio, no sólo se siente mayor seguridad y coherencia en toda la administración; no sólo

Claudio deja de estar a merced de los libertos y de sus fugaces impresiones, sino que también se esclarece, por algunos años, el tétrico color de los tiempos, y una cierta concordia y tranquilidad retornan a la casa imperial, a la aristocracia y al Senado. Aun cuando Tácito acusa a Agripina de haber hecho cometer a Claudio toda clase de crueldades, es lo cierto que, al contrario, bajo el gobierno de ella, los procesos, los escándalos y los suicidios disminuyeron; fueron tan poco numerosas las tragedias escandalosas en los seis años que Claudio vivió con Agripina, que Tácito, ante la escasez de su materia preferida, despacha la historia de estos seis años en un solo libro. En suma, Agripina no encontró casi oposición, mientras que Tiberio, y aun Augusto, habían tenido, para gobernar el imperio según las tradiciones de la antigua nobleza, que combatir ásperamente el partido de la nobleza nueva y modernizante, del que no se tuvieron ya noticias cuando Agripina hizo revivir el espíritu de los grandes antepasados. El partido de la vieja nobleza parece dominar por sí solo, con Agripina, la república. Es probable que esto naciera, en parte, por los disgustos de los escándalos del último decenio; en parte, por la unión de los dos partidos después de tantos procesos, escándalos y represalias. El vigor belicoso se debilitaba en las dos facciones; una flojedad universal inducía a todos a

aceptar la dirección del gobierno; la autoridad del emperador y de sus consejeros adquiría fuerza a la par que se debilitaban las fuerzas de oposición dentro del Senado y en la aristocracia.

Las debilidades e incoherencias que habían hasta entonces circundado de ridículo al gobierno de Claudio, no se repetían ya. Pero Agripina pensaba también en el futuro. Había ésta tenido, del primer marido, un hijo que cuando se casó con Claudio tenía once años, y a propósito del cual ha hecho Tácito a Agripina blanco de sus más graves acusaciones. Según lo que Tácito cuenta, Agripina había maquinado, desde el primer día de su matrimonio, hacer de su hijo—el futuro Nerón—el sucesor de Claudio, excluyendo a Británico, hijo de Claudio y Mesalina. Para lograrlo no había perdonado intrigas, fraudes, engaños. Hace llamar del exilio a Séneca y lo da como profesor al hijo; hace destituir a los dos comandantes de la guardia pretoriana que eran hechura de Mesalina, y obtiene que en su lugar sea nombrado uno que era hechura suya, Afranio Burro; rodea a Británico de espías y de insidias; consigue, por fin, con mil intrigas y zalamerías, que Claudio adopte a su hijo en el año 50. Pero todo este relato no es más que una novela bordada en una verdad muy sencilla. Por otra parte, Tácito mismo nos dice que Agripina era una madre severisi-

ma a la antigua, esto es, *trux et minax*, como él dice, que no seguía los modos suaves de la nueva educación, demasiado en boga entonces en las grandes familias, y había educado al hijo con gran sencillez, como era costumbre en otros tiempos. Además, se permite observar que Británico no tenía, como tampoco Nerón, ningún derecho a suceder a Claudio. No existiendo el principio hereditario en el gobierno imperial, quedaba en libertad el Senado de escoger a quien quisiera: la elección se había hecho siempre, hasta entonces, en la familia de Augusto únicamente, porque en esta familia era más fácil encontrar personas que fueran conocidas, respetadas y admiradas por los soldados de las lejanas legiones y preparadas para los múltiples y difíciles empleos de la carga. Pero, precisamente por esto, Augusto y Tiberio habían tratado siempre de preparar para la carga suprema más de un joven, bien para que el Senado tuviese cierta libertad de elección, bien para que hubiera una reserva si uno de ellos defraudaba las esperanzas o moría prematuramente, como tantos habían muerto. Que Agripina hiciese adoptar a su hijo por Claudio no prueba que quisiera excluir a Británico en favor de Nerón; demuestra únicamente que quería que el poder supremo no saliese de la familia de Augusto, y por esto entendía que debía prepararse, no un solo sucesor al puesto de Claudio, sino una pa-

reja, como Augusto había preparado primero a Druso y a Tiberio, y después a Cayo y a Lucio César. Conviene no olvidar, para convencerse de la acertada actitud de Agripina, que Nerón tenía cuatro años más que Británico, y por tanto, cuando Nerón fué adoptado en el 50, Británico era todavía un rapaz de nueve años. Y como Claudio tenía ya sesenta, hubiera sido una imprudencia hacer la designación para la sucesión sobre un muchacho de nueve años, teniendo en cuenta que Nerón, siendo cuatro años mayor, había de estar más pronto en disposición de ayudar al padre y de ejercer el poder. Tan lejos estaba de Agripina el deseo de destruir la descendencia de Claudio y Mesalina—hubiera estado loca si lo hubiera pensado—, que antes de la adopción hizo que Nerón desposara a Octavia, hija de Claudia y de Mesalina. Octavia era una mujer virtuosa y a la antigua, como gustaba a los fieles de la tradición; conforme a la antigua costumbre, Agripina había prometido en buen hora a los dos jóvenes, con la esperanza de formar una pareja que sirviera de modelo a las familias de la antigua aristocracia.

En resumen, lejos de querer Agripina debilitar la familia imperial destruyendo los descendientes de Mesalina, lo que se propuso introduciendo a su hijo era reforzarla. Siendo mujer de elevado juicio, no podía pensar de otro modo.

Había visto a la familia de Augusto, tan floreciente en otros tiempos, exhausta y casi destruída por las atroces discordias de los suyos, y puesto que a su entusiasmo de madre se unía una ponderación que había faltado a su madre, quería tratar de reparar en lo posible el mal hecho por la primera Agripina y por Calígula. Todas las esperanzas en lo porvenir estaban puestas a la sazón en Británico y en Nerón. Reaparecía en Agripina la sabiduría de sus gloriosos antepasados, y tan contento estaba el público, que le concedió honores grandísimos, como ni aun a Livia se habían concedido: a más de permitirle que ostentase el título de Augusta, se le concedió que pudiera salir del Capitolio en carro, honor que, desde antiguo, sólo se había concedido a los sacerdotes y a las imágenes de los Dioses. La muerte repentina de Claudio truncó la obra tan bien empezada. A los sesenta y cuatro años, en una noche de octubre del año 54, sucumbió Claudio de un mal misterioso, después de una cena en la que, como de costumbre, había comido desordenadamente. Tácito pretende saber que Agripina le había suministrado un veneno en un plato de setas, y que, temiendo que sobreviviese, había llamado por la noche al médico Xenofonte, que, de acuerdo con ella, fingiendo querer provocar el vómito, le metió en la garganta una pluma empapada de un potentísimo tóxico, matándole. El

relato es tan extraño y tan inverosímil, que el mismo Tácito lo refiere como una patraña (*creditur*). Mas si ningún hombre sensato puede creer que el jefe de un gran Estado pueda ser envenenado en un abrir y cerrar de ojos por su médico, con algunas pinceladas sobre la garganta, más difícil es todavía explicar por qué motivo había Agripina de envenenar a Claudio. ¿Porque — como Tácito pretende — Claudio, desde hacía algún tiempo mostraba, entre Británico y Nerón, su predilección por Británico? Pero este motivo, aun siendo cierto, sería ridículo. Augusto amaba bastante más a Germánico que a Tiberio, y, sin embargo, a su muerte el Senado eligió a Tiberio y no a Germánico, porque en aquellos momentos estaba Tiberio más indicado para jefe del imperio. Cuando Claudio murió, Británico tenía trece años y Nerón diez y siete; eran, pues, los dos unos muchachos, de donde lo que se podía y debía temer para uno y para otro, era que, vacando precisamente entonces el cargo supremo, no quisiera el Senado elegir a ninguno de los dos, por ser ambos demasiado jóvenes. Esta invención es tan cierta, que otros historiadores suponen que, estando en desacuerdo Agripina con algunos de los libertos más poderosos de Claudio, y viendo cómo éste, débil, vacilaba, lo quitó de en medio, temerosa de acabar como Mesalina. Pero también este relato es absurdo. La esposa

del emperador era tan invulnerable, que Mesalina había podido cometer impunemente, durante muchos años, toda clase de excesos y abusos, y sólo cayó cuando se dejó sorprender en flagrante delito de conspiración. Respetada Agripina universalmente por sus virtudes, e investida de honores sagrados, no tenía por qué temer nada ni de Claudio ni de sus libertos.

No; esta acusación era tan infundada y poco seria como tantas otras semejantes a ésta, registradas por la crédula historia en el haber de otros miembros de la familia de Augusto. Claudio, a los sesenta y cuatro años, murió demasiado pronto para los intereses de la familia de Augusto, que tan a pecho había tomado Agripina. ¿Se podía pedir al Senado romano que hiciese emperador y generalísimo de los ejércitos a uno de los dos jovencitos, en los que aún sobrevivía la estirpe de Augusto? La cuestión era tan arriesgada que Agripina — nos lo cuenta Tácito — ocultó durante muchas horas la muerte de Claudio, e hizo creer que los médicos tenían todavía esperanzas de salvarlo, cuando ya estaba muerto, *dum res firmando Neronis imperio componuntur*, mientras preparaba las cosas para asegurar el imperio a Nerón. Luego, si todo se dispuso de prisa y corriendo, en los últimos momentos, fué porque Agripina había sido también sorprendida por la enfermedad y muerte de Claudio, y no la había, por tanto, provoca-

do. No es, pues, difícil reconstruir lo sucedido. Sorprendido Claudio, en la noche del 12 al 13 de octubre, por una violenta y mortal enfermedad, vió repentinamente Agripina el peligro que, por no poder ofrecer un hombre capaz, amenazaba a la familia de Augusto, si el Senado se negaba a entregar el sumo poder, bien a Nerón o bien a Británico. Siendo el Senado contrario a esto, el medio único de salvación era hacer presión sobre él por medio de las cohortes pretorianas, adictas a la familia de Augusto. De forma que presentando a las cohortes a uno de los dos jóvenes, para que lo proclamaran, no jefe del imperio, sino jefe del ejército, el Senado, después, se vería obligado a proclamarlo jefe del imperio, como había sucedido con Claudio. Pero ¿cuál escoger entre los dos jóvenes: el hijo carnal o el hijo adoptivo? Fué elegido Nerón por ambición inicua—dice Tácito— de Agripina. Es probable que Agripina deseara como jefe del imperio más bien a su hijo que a Británico; pero no fué ésta la razón de la elección, que no hubiera sido diferente aunque Agripina hubiese odiado a Nerón y amado a Británico más que a las niñas de sus ojos. Nerón había de ser preferido a Británico porque era cuatro años mayor. ¡Si era ya temeridad proponer al Senado que hiciera emperador a un jovencito de diez y siete años, locura hubiera sido ofrecer a las legio-

nes como jefe supremo a un chiquillo de trece!

El plan de Agripina se llevó a la práctica, con el concurso de Séneca y de Burro, con atrevida rapidez y buen éxito. Preparadas las cohortes pretorianas, el 13 de octubre, a medio día, se presentó Nerón, acompañado de Burro, a las cohortes, que estaban de guardia en el palacio imperial, que lo acogieron con alegres aclamaciones, lo metieron en una litera y lo llevaron al cuartel de los pretorianos y lo proclamaron jefe de los ejércitos. El Senado, aunque a regañadientes, confirmó la elección. Acontecimiento inaudito en Roma. Para jefe del inmenso imperio se había elegido a un jovencito de diez y siete años, educado a la antigua, y, por tanto, ya casado, pero todavía sometido en absoluto, a aquella edad, a la tutela de una madre severa; se había elevado a un jovencito ignaro de los lujos, de los placeres y de las elegancias, que tanto apasionaban en aquellos tiempos; a un jovencito que hasta entonces no había mostrado, aparte la vivacidad de ingenio y la docilidad, ninguna virtud ni ningún vicio particulares. Sólo una rareza se había observado en él: que estudiara con mayor celo y provecho el canto, la pintura, la talla y la poesía—artes frívolas e inútiles—antes que la elocuencia, arte necesaria para una aristocracia que había de emplear la palabra en los comicios, en los tribunales y en el Senado, tanto como la espada en los campos

de batalla. Pero los más creían que se trataba de un capricho de juventud, que pasaría.

II

Ayudada, pues, de Séneca y de Burro, había logrado Agripina conservar en la familia de Augusto el cargo más elevado del imperio; pero era demasiado inteligente para no comprender cuán peligrosa era su atrevida jugada, y para no prever que un emperador de diez y siete años estaba expuesto a toda clase de insidias, de envidias, de evidentes o encubiertas oposiciones. Se previno, pues, rápidamente para atemperar el inconveniente y detener el peligro con otro pensamiento habilísimo: la casi total restauración de la vieja constitución republicana. Entrado Claudio, Nerón se presentó al Senado, y, en un correcto y modesto discurso dedicado casi en su totalidad a excusar su poca edad, declaró que de todos los poderes ejercitados por sus predecesores no deseaba más que el mando de los ejércitos; todos los poderes civiles, judiciales, administrativos los remitía al Senado, como en los buenos tiempos de la República.

Esta «restauración de la República» fué la obra maestra y el apogeo de Agripina. Nerón, el futuro tirano, empezaba a gobernar con una solemne renuncia de poderes, deseada por la ma-

dre, a favor de la aristocracia. Alucinados por Tácito, los historiadores no se han apercibido ni han comprendido el sentido y el valor de esta renuncia en la que, una vez más, renace el espíritu de Augusto y de Tiberio. Para Augusto y para Tiberio el imperio pertenecía a la República y ésta a la aristocracia; el emperador era el depositario temporal de algunos poderes de la nobleza que a la nobleza y al Senado, órgano de la nobleza, debían ser restituidos una vez desaparecida la razón política que hubiera impuesto la transferencia. Puesto que aquel emperador de diez y siete años debía hacer olvidar así su poca edad y la presión ilegítima que las cohortes habían hecho en el Senado, esta restauración no era una renuncia a privilegios y poderes inherentes a la autoridad imperial, sino una restitución aconsejada por una mujer que había aprendido el arte de gobernar en la escuela de Augusto. Y, en efecto, la jugada resultó. La ilusión de que la autoridad del *princeps* era expediente temporal, impuesto por la guerra civil, que cesaría un día u otro, cuando ya no fuera necesario, era todavía tan tenaz y profunda en la aristocracia romana que todo decaimiento de la autoridad imperial era saludado como un feliz retorno de la excepción a la normalidad y al orden. El gobierno de Nerón empezó, pues, bien, entre las más alegres esperanzas y los más generosos propósitos, un univer-

sal renacimiento a la confianza que los primeros actos del nuevo gobierno y los indicios del futuro, parecían justificar. Agripina seguía vigilando, guiando, aconsejando, reprendiendo a Nerón, de acuerdo, como antes de la elección, con los dos maestros del joven, Séneca y Burro. Nerón obedecía dócil al freno y a la fusta; el Senado recobraba sus antiguos cargos; el imperio, gobernado por Séneca, por Burro y por Agripina, de acuerdo con el Senado, y con el dócil consentimiento de Nerón, parecía a todos que florecía y que todo el Estado estaba en tan buen orden como nunca había estado. Pero esto duró poco: que si Agripina había educado al hijo a la antigua y lo había criado con sencillez y dureza desusadas; si lo había casado muy pronto y no abdicaba de su autoridad materna ni aun en presencia del emperador, el temperamento del hijo no estaba dispuesto para estas asperezas o disciplinas. Aquella afición por el dibujo y el canto, aquel fastidio de la elocuencia, que había mostrado desde niño, eran la pequeña semilla de la que, con los años, con el uso y el abuso del poder, había de desarrollarse un furioso exotismo, uno de esos temperamentos agresivos que, de vez en cuando, prorrumpan de la aristocracia, ansiosos de hacer lo contrario de lo que imponen la tradición, la educación y la opinión. Todos los inconvenientes y peligros de la antigua educación romana habían

de aparecer precisamente en Nerón; el primero entre todos, la fragilidad de los matrimonios precoces. Agripina lo había casado demasiado pronto con una jovencita que, por nobleza de nacimiento y virtud, podía ser su digna compañera; pero un año después de su asunción al imperio, el joven de diez y ocho años olvidaba el deber por el amor, a la virtuosa Octavia por la bellísima Acte, liberta llegada de Oriente, exótica belleza de la que se enamoró hasta el extremo de manifestar un buen día su propósito de repudiar a Octavia y casarse con Acte. Era una locura de muchacho enamorado; porque la *lex de maritandis ordinibus* prohibía los casamientos entre senadores y libertas. Es, pues, natural que se opusiera Agripina con vehemencia; la bisnieta de Livia, la nieta de Druso, la hija de Germánico, educada en las más rígidas ideas del romanismo, no podía dejar que su hijo comprometiese el prestigio de la nobleza con un escandaloso concubinato. Pero el joven resistió; si no repudió a Octavia, descuidó su trato y vivió con Acte como si fuera su mujer, siendo vanas cuantas tentativas hizo Agripina para romper esta cadena fabricada por Afrodita. El hijo empezaba a rebelarse porque ya no era solamente hijo, sino también emperador.

Este estallido era inevitable antes o después. Demasiado autoritaria, Agripina incurría en el error de tratar al emperador como había tratado

al hijo. Pero que el estallido ocurriese de aquel modo, a propósito de unos amorios y con una aspereza que podía rápidamente degenerar en odio, fué algo funestísimo. Agripina tenía muchos enemigos ocultos. Todos sabían que ella veía con malos ojos el lujo, el relajamiento de las costumbres, el incremento de los gastos públicos y privados; que se esforzaba para impedir el despilfarro, las malversaciones y todos los gastos caprichosos del Estado y de la familia imperial. Si el respeto de que estaba rodeada, por sus virtudes y por el parangón con Mesalina; si la reverencia del emperador por ella habían hasta entonces obligado a sus enemigos a ocultarse y a callar, no fué ya así cuando las primeras discordias entre ella y Nerón hicieron entrever a muchos la esperanza de molestarla al amparo de la autoridad imperial. Cuanto más se apasionaba Nerón por Acte, más se distanciaba de su madre; cuanto más se distanciaba de su madre, más su temperamento fantástico y rebelde se revelaba a los demás y a sí mismo; cuanto más se manifestaba su egoísmo, más se reanimaba el partido de la nobleza modernizante, amedrentado por la autoridad de Agripina. Empalidecía el recuerdo de Calígula y de Mesalina; el severo y parsimonioso gobierno de Agripina empezaba a cansar; los espíritus aspiraban de nuevo a la novedad.

En la casa imperial y en el Senado se forma-

ron de nuevo, frente a frente, los dos partidos que en tiempos de Augusto destruyeron a Roma: en torno al emperador el partido de la nobleza modernizante, y el partido de la antigua nobleza teniendo como jefe a Agripina. Tácito nos dice que las más antiguas y más respetables familias de la nobleza romana tomaron el partido de Agripina; y aunque se hubiese olvidado de decirnoslo lo hubiéramos supuesto. Pero si Agripina podía ser el alma del partido de la vieja nobleza, ésta necesitaba un hombre para oponerle a Nerón como más capacitado para el cargo de emperador. Y Agripina, que se consideraba antes que madre de Nerón madre de la República, puso sus ojos sobre Británico, que por entonces se había transformado en un joven más formal que Nerón. Antes que ella pensara en substituir a su hijo por el hijo de Mesalina, ya se susurraba. Cuando en el 55, en una comida a la que asistía Nerón, murió Británico repentinamente. ¿Fué envenenado por Nerón, como dice Tácito? Aunque en el relato de Tácito no faltan puntos oscuros e inverosímiles, parece que, por esta vez, la acusación, si no es cierta, es un poco más verosímil que las otras acusaciones hermanas de ésta. Lo cierto es que la especie del veneno corrió y fué creída por toda Roma y que la muerte de Británico fué causa de gran espanto e indecible consternación de Agripina, según dice Tácito, y cuyas razones no es difícil adivinar.

Quedaba Nerón como último y único superviviente de la familia de Augusto y no era ya posible, por tanto, ponerse frente a él, presentando otro miembro de la familia capaz de gobernar. Rápidamente el partido de la nobleza modernizante adquirió fuerza y el poderío de Agripina decreció.

Agripina había podido mandar y dominar mientras logró mantener bajo su influencia al emperador, fuera Claudio o Nerón. Desde el día en que Nerón se escapó a su autoridad, se volvió más bien contra ella, su poder había de declinar, su partido tenía que disminuir. Aunque joven y débil, el emperador, por la fuerza del cargo, era el más poderoso de los miembros de su familia, y esta vez Nerón estaba sostenido por un partido que iba creciendo día a día en número y fuerza; porque, como sucede siempre en la prosperidad y en la paz, los tiempos aspiraban a un gobierno más tolerante, más pródigo, más suave, menos autoritario y severo. No se desanimó, sin embargo, Agripina, que, aun en medio de complots, intrigas y sospechas, conservó todavía mucho poder durante dos años y pudo entorpecer los progresos de la nueva orientación del gobierno; bien porque Nerón, influenciado por su primera educación, aunque no obedecía ya a su madre, era todavía demasiado débil y poco seguro de sí para sublevarse abiertamente; bien porque Séneca y Burro tra-

taban de reconciliar a la madre y al hijo. La ruptura ocurrió en el 58, cuando Nerón olvidó a Acte por Poppea Sabina. Pertenece ésta a una de las grandes familias de Roma, de las más, si no dañadas, adulteradas por el nuevo espíritu y las nuevas costumbres. Rica, bellísima, ávida de lujo y de placeres, ambiciosa, enamoró a Nerón, y para casarse con él precipitó con un resuelto empujón la lenta mutación que del discípulo de Agripina y del nieto de Germánico llevaba el emperador pródigo, disoluto, festero, enamorado de Grecia y de Oriente, ansioso de caligular, aunque un poco menos locamente. Tácito nos relata que de continuo reprobaba en Nerón sus costumbres sencillas, sus maneras poco elegantes, sus gustos groseros; poniéndole como ejemplo y como reproche la elegancia y el lujo de su marido, que era la admiración y el modelo de la nueva nobleza; rehacía, en suma, su educación, demoliendo, piedra sobre piedra, la labor paciente de Agripina. Ni esto le bastó; se convirtió también, con su pequeño cerebro, en su consejera, persuadiéndole de que el parsimonioso autoritarismo de su madre disgustaba al pueblo, y lo incitó a atraerse a las multitudes malgastando y derrochando. Y he aquí a Nerón, que hasta entonces había gobernado poco o nada, imaginar de pronto y proponer al Senado atrevidísimas leyes en favor del pueblo, hasta el extremo de proponer un día que se aboliesen

todos los *vectigalia*, esto es, todos los impuestos indirectos, contribuciones y peajes del imperio. Dicha ley hubiera sido ciertamente aplaudida y fué muy discutida en el Senado; pero hombres experimentados hicieron observar que originaría la ruina de las finanzas del imperio y persuadieron a Nerón para que no insistiera. Pero empeñado Nerón en hacer alguna reforma que agradase al pueblo, ordenó, por medio de edicto, que se hicieran públicas las tarifas de todas las *vectigalia*; que, el pretor en Roma, y el propretor y procónsul en las provincias, decidieran sumariamente los procesos contra los contratistas de gabelas; que los soldados estuvieran exentos de *vectigalia*.

Esta nueva orientación separó para siempre a madre e hijo. Agripina y Nerón casi no volvieron a verse más; procurando Nerón, en las pocas visitas a las que para salvar las apariencias no podía substraerse, no estar solo nunca con ella. Pero la víctima de esta ruptura fué la madre, porque el público, desmemoriado siempre, olvidó cuanto ésta había hecho y la paz que hiciera resurgir de nuevo en el Estado, y le volvió la espalda, esperando toda clase de nuevos beneficios de Nerón, cuya grandeza y prodigalidad gustaba a todos. Envalentonada Poppea por su popularidad, insistió con mayor atrevimiento para que Nerón se divorciase de Octavia y se casara con ella. Pero Agripina no era

mujer que cediera fácilmente, y siguió luchando contra su hijo, contra la amante, contra la pandilla que aumentaba en torno a Nerón, oponiéndose sobre todo al repudio de Octavia, que, hecho por capricho, sin una razón legal o de Estado, hubiera dado ocasión a un grave escándalo en Roma. Y Nerón era todavía demasiado débil e inseguro; recordaba todavía demasiado la larga autoridad de la madre; la temía demasiado para rebelarse entera y abiertamente. Por fin comprendió Poppea que no llegaría a ser emperatriz mientras la madre de su amante viviera, y entonces el destino de Agripina fué decidido. Tanto dijo e hizo aquélla, animada por los nuevos amigos de Nerón, que querían destruir para siempre la influencia de Agripina, que lo persuadió para que matara a su madre. No era ya solamente una infamia, sino también una imprudencia, matar a la madre, matar a la hija de Germánico, matar a esta mujer en la que el pueblo veneraba a un portento de la fortuna, por ser descendiente de un hombre al que sólo una muerte precoz había impedido ser jefe del imperio; por ser hermana, mujer, madre de emperadores. De aquí que se discutiera largamente la forma en que había de realizarse el crimen para que quedase en el misterio, y que Nerón no se decidiera hasta que fué encontrado un medio que pareció seguro para hacer desaparecer a Agripina. ®

Fué propuesto por el liberto Aniceto, comandante de la flota en la primavera del 59, en ocasión de encontrarse Nerón en Baia, sobre el golfo de Nápoles. Se construiría una nave que, como dice Tácito, «se abriera disimuladamente por un lado». Si Nerón hacía que Agripina embarcase en esta nave, Aniceto se las compondría para sepultar en el fondo del mar a Agripina y con ella el secreto del crimen. Dió Nerón su consentimiento al diabólico plan, y fingiendo querer reconciliarse con su madre, la invitó para que, desde Anzio, donde se encontraba, fuera a Baia. Empleó toda clase de atenciones y cortesía, y cuando, confiada por las deferencias del hijo, se dispuso a volver a Anzio, la acompañó Nerón hasta la nave fatal, abrazándola tiernamente. La noche era apacible y estrellada. Agripina discurría con una de sus libertas sobre el arrepentimiento de su hijo y sobre su reconciliación, cuando, alejada un tanto de la riba la nave, se intentó hacer jugar la trampa. No está muy claro lo que ocurrió, porque la descripción de Tácito, pintoresca en apariencia, es confusa e imprecisa: parece ser que la nave no se hundió con tanta rapidez como esperaban los artífices de la insidia y que, en la batahola, Agripina, rápida y resuelta, logró salvarse a nado, mientras los sicarios mataban a bordo a su liberta creyendo que era a ella a quien mataban. De una u otra forma, lo cierto es que Agripina logró po-

nerse a salvo con la ayuda—según parece—de una barca que ganó a nado, y que desde una de sus villas sobre la costa, mandó en seguida a uno de sus libertos para que diera cuenta a Nerón del peligro al que, por bondad de los Dioses y por fortuna para él, había escapado. Agripina había adivinado la verdad; pero precisamente por esto renunciaba a la lucha, y se valía de aquel medio para hacer comprender, sin decirlo, que olvidaba y perdonaba. ¿Qué otra cosa podía hacer, mujer y sola, contra el emperador, que se atrevía hasta a levantar la mano contra su madre? Pero el miedo impidió a Nerón comprender, y apenas supo que Agripina se había salvado, perdió la cabeza. La vió correr a Roma, denunciar a los soldados y al Senado el horrendo matricidio, y fuera de sí por el espanto, mandó llamar a Séneca y a Burro para celebrar consejo con ellos. Es fácil imaginar cómo quedarían los dos maestros del joven al terminar el terrible relato. Ni aun éstos comprendieron que Agripina se sentía y se declaraba, a partir de aquel momento, vencida; también ellos temieron que Agripina provocara el más terrible entre los escándalos que Roma había presenciado hasta entonces; y, mientras Nerón suplicaba que lo salvaran, callaban, no sabiendo qué consejo dar, o mejor dicho, no ocurriéndoseles más que un solo consejo, pero demasiado grave y terrible. Al fin, Séneca, el filósofo humanitario,

se dirigió a Burro y le preguntó qué ocurriría si se diera a los pretorianos la orden de matar a Agripina. Burro comprendió que Séneca, aun siendo el primero en dar el cruel consejo, quería cargar sobre él la responsabilidad mucho más grave de la ejecución; ya que él, como comandante de la guardia, tendría que dar la orden del asesinato. Se apresuró, pues, a decir que los pretorianos no consentirían nunca matar a la hija de Germánico; y agregó después que si necesariamente se quería quitar de en medio a Agripina, el mejor consejo era que Aniceto terminase la obra que había empezado. También Burro daba el mismo consejo que Séneca, pero pasando a un tercero la responsabilidad de la ejecución. El, sin embargo, había sabido elegir esta tercera persona mejor que Séneca, puesto que Aniceto no podía negarse. Si vivía Agripina corría el peligro de convertirse en chivo expiatorio de toda aquella horrible y cruenta intriga. En efecto, Aniceto aceptó. El liberto de Agripina fué encarcelado y puesto en los cepos para hacer creer que había sido sorprendido con armas escondidas, cuando se preparaba, por encargo de su ama, a atentar contra la vida del emperador. Luego, Aniceto, con un puñado de marineros, corrió a la villa de Agripina, la rodeó, entró en la villa, se precipitó con dos oficiales en la habitación donde Agripina, extendida sobre el lecho, discurría con una criada, y la mató.

Tácito dice que cuando Agripina vió a uno de los dos oficiales desnudar el hierro, le dijo que la hiriera en el vientre que había llevado al hijo.

III

Así murió la última, la más insigne, después de Livia, mujer de la familia de Augusto. Murió como un soldado, en su puesto, defendiendo valerosamente las tradiciones de la aristocracia y los principios seculares del romanismo, contra los tiempos nuevos que querían desorientar a la antigua república romana. Murió por su familia, por su casta, por Roma, sin la compensación siquiera de ser recordada con piadoso respeto por la posteridad, sacrificando en esta lucha, no sólo la vida, sino la fama y el honor. Tal fué el destino común de toda esta no sabríamos decir si afortunadísima o desventurada entre las familias del mundo antiguo, a excepción de la privilegiada pareja, Livia y Augusto, en que empieza. No es posible que quien comprenda esta tragedia que mana sangre, no se horrorice de la ferocidad con que Roma se vengó de esta familia porque, para devolverle la paz y conservar el imperio, había tenido que elevarse un poco sobre la común grandeza de la antigua aristocracia. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, malvados y generosos, cuerdos y locos, todos fueron igualmente insidiados y perseguidos; y a to-

dos, salvo a la pareja de los dos fundadores, a Antonia y a los que, como Druso y Germánico, tuvieron la dicha de morir jóvenes, les quitó la vida, o la grandeza, o el honor; con frecuencia todas estas cosas a la vez. Los que, como Tiberio y Agripina, defendieron el romanismo, no por esto fueron odiados, perseguidos e infamados con menos furor que los que, como Calígula y Nerón, intentaron destruirlo. Ninguno, fueran las que fueran sus inclinaciones e intenciones, logró hacerse comprender de sus tiempos y de la posteridad; el destino común de todos, aun de los peores, fué ser incomprendidos y, por tanto, calumniados; el destino de las mujeres fué más terrible todavía que el de los hombres, porque de ellas exigieron los tiempos, como compensación al gran honor de formar parte de esta privilegiada familia, todas las virtudes más raras y difíciles, y cuando las tuvieron, no las recompensaron ni aun con el respeto. ¡A todos exilio, infamia, muerte!

¿Por qué razón? ¿Cómo fueron posibles tantas desventuras y un tan despiadado desfiguramiento de la tradición? Es verdaderamente una lástima que la posteridad haya siempre estudiado y meditado esta cruel tragedia sobre la grosera y superficial falsificación de Tácito. Pocos episodios de la historia pueden hacer comprender mejor, especialmente a las generaciones favorecidas por tiempos prósperos y fáciles, cuán

trágica cosa es la vida, cuando alguno la toma en serio. No lo sabe bien quien no ha vivido en tiempos en que un viejo mundo muere y nace uno nuevo: el primero, lo suficientemente fuerte, todavía, para resistir los asaltos del otro; éste, aun creciendo, sin poder todavía para aniquilar al mundo sobre cuyas ruinas podrá solamente prosperar. Los hombres deben entonces, en todo momento, resolver problemas insolubles e intentar empresas tanto más necesarias cuanto imposibles; se hace la confusión en los espíritus como en las cosas; el odio separa a los que deberían ayudarse, porque tienden al mismo fin, y la simpatía, alguna vez, une a los que están obligados a combatirse. Más todavía que los hombres sufren las mujeres porque, razonablemente, todo cambio que advenga en su condición parece más peligroso. Vestal del genio de la especie, que no debe adormecerse nunca, debe estar la mujer más ligada al pasado, ser más juiciosa, más virtuosa que el hombre; poseer y conservar mejor que el hombre las virtudes de que dependen la estabilidad de la familia y el porvenir de la raza. Es cuestión de vida o muerte para todos los tiempos. Pero precisamente por esto, en los tiempos en que un mundo muere y otro nace, y se confunden todas las ideas y todos los esfuerzos logran resultados inesperados, y a menudo el que quiere conservar destruye, y la virtud parece vicio y el vicio

virtud, la mujer tropieza con más dificultades para cumplir su propia misión, y está más expuesta al peligro de confundir su camino, de desnaturalizar el propio deber, de equivocarse el propio destino y, por tanto, de ser desgraciada.

Tal fué la suerte de la familia de Augusto; tal la suerte de sus mujeres. Los romanos y los extranjeros que visitan Roma van, a menudo, en las tardes de los domingos, a escuchar música buena, en un salón que se llamaba, hasta hace poco tiempo, Corea. Esta sala está construida sobre una antigua rudera romana en forma de rotonda que cualquiera puede ver a la entrada. La rudera son restos de la tumba que Augusto erigió en la vía Flaminia para sí y para su familia. Casi todos los personajes cuya historia hemos narrado aquí, fueron sepultados en aquel mausoleo. Si alguno, entre los que han leído esta historia, se encontrara un día en Roma y fuera a oír un concierto en el antiguo Corea, llamado hoy Augusteo, dirija un pensamiento a estas lejanas víctimas de una historia terrible, y piense que allí, donde en pleno siglo XX oye correr torrentes sonoros de la más melodiosa música, allí solamente pudieron, hace veinte siglos, ponerse a salvo los miembros de la familia de Augusto, de su insidiosa grandeza, y descansar, al fin, por primera vez, hechos ceniza, en paz.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	5
I.—La mujer en la antigua Roma.....	11
II.—Livia.....	35
III.—Las hijas de Agripa.....	61
IV.—Tiberio y Agripina.....	93
V.—La mujer de Calígula y el matrimonio de Mesalina.....	123
VI.—La madre de Nerón.....	153

JEV
S
OTE